CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geologia, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

TOMO VI.



BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.

1857.



PE
Ó EXPO
DESDE
VICARIO GENERAL
Sexta
D. FRAN
LI

CATECISMO

DE

PERSEVERANCIA

Ó EXPOSICION HISTÓRICA, DOGMÁTICA, MORAL, LITÚRGICA, APOLOGÉTICA, FILOSÓFICA Y SOCIAL

DE LA RELIGION,

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO HASTA NUESTROS DIAS,

POR EL ABATE J. GAUME,

VICARIO GENERAL DE LA DIÓCESIS DE NEVERS, CABALLERO DE LA ÓRDEN DE SAN SILVESTRE, SOCIO DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA DE ROMA, ETC.

Sexta edicion, revisada y aumentada con notas sobre la geologia, y una tabla general de materias.

TRADUCIDO DEL FRANCÉS

POR

D. FRANCISCO ALSINA Y D. GREGORIO AMADO LARROSA.

Iesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula. (*Hebr.* XIII, 8).

Jesucristo ayer y hoy: él mismo tambien en los siglos.

Deus charitas est. (*I Ioan.* IV, 8).

Dios es caridad.

TOMO VI.

Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA, calle de Robador, núm. 24 y 26.

1857.

CATECISMO DE PERSEVERANCIA.

PARTE TERCERA.

LECCION XXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO VII).

La Iglesia consolada : continuacion de la vida de san Juan el Limosnero ; su amor á la pobreza ; historia edificante que gustaba de referir ; su testamento. — El de san Perpétuo. — Juicio de Dios sobre los partos. — Devolucion de la verdadera cruz.

Quedémonos aun en Egipto para estudiar al Vicente de Paul del Oriente, á quien la Religion, siempre la misma en su espíritu como en su fe, hará renacer mil años mas adelante entre los occidentales. El santo Patriarca de Alejandría tan fácil era en perdonar las injurias como en dar limosna, y hé aquí una prueba de ello : Su iglesia tenia en el mercado público varios puestos de su pertenencia que alquilaba, para con su producto socorrer á los indigentes ; pero un dia antojósele al senador Nicetas disponer de dichos puestos á favor del tesoro, y como lo impidiese el Santo, medió un acalorado debate, separándose uno de otro firmes en sus treces, sin ánimo de ceder. El Patriarca, muy desazonado por esta ocurrencia, hácia la tardecita mandó un archipreste acompañado de su clérigo, con este memorable recado para el terco senador : *El sol corre á su ocaso.* Nicetas al oir estas palabras entró en sí mismo, y rompiendo en llanto, fué á encontrar al Prelado, que le dijo : «Bien venido seas, hijo ver«dadero de la Iglesia, pues tan pronto obedeciste á la voz de tu Ma-

«dre.» Entonces, arrodillándose el uno delante del otro, se abrazaron, y luego se sentaron. —«Te aseguro, dijo el Patriarca, que á no co- «nocer cuán airado estabas por lo ocurrido, yo mismo hubiera ido «á encontrarte en persona, pues sé que Nuestro Señor recorria por «sí las ciudades, los castillos y las casas particulares para visitar á «los hombres. —¡Oh Padre! repuso Nicetas, nunca mas prestaré «oidos á los que me aconsejen meterme en contiendas.»

Sin embargo, el cariño verdaderamente paternal que el buen Patriarca tenia á los pobres estuvo expuesto á una durísima prueba, ordenándolo así el Señor para que mas brillase la resignacion y santa confianza de su siervo. Entre las grandes riquezas de la iglesia alejandrina contábanse diferentes buques que cada año hacian el tráfico de cereales con Sicilia; pero trece de ellos corrieron una violenta borrasca en el mar Adriático, siendo cada embarcacion de porte de diez mil cahices, y para salvarse hubo que arrojar al mar todo el cargamento, compuesto no solo de trigo, sino de lencería, argentería y otros objetos de cuantioso valor. Solos los buques quedaron salvos. Llegados á Alejandría, los marineros y tripulantes corrieron á la iglesia para guarecerse en ella; pero no bien lo supo el Santo, envióles un billete de puño propio, concebido en estos términos: «Hermanos mios, Dios nos lo dió, Dios nos lo quita; cúmplase su «voluntad, y bendito sea su santo nombre. Salid, hijos queridos, sin «recelo por este percance, que él no nos abandonará.» —La ciudad se despobló para irle á ofrecer consuelos; pero él consolaba á los demás, humillándose en presencia del Señor y poniendo siempre en él su confianza. No le salió fallida por cierto, pues en breve este nuevo Job recuperó con creces lo que habia perdido, cuyos productos invirtió, segun costumbre, en beneficio de los necesitados con una caridad siempre ferviente.

Pródigo en favor del prójimo, era duro y avaro consigo. En la humilde celda que le hacia veces de palacio dormia sobre una camilla puesta en el suelo, sin otra gala que un mal cobertor. Un dia estuvo á verle un caballero principal, y observando la pobreza de aquella manta hecha jirones, dispuso traer otra de valor de treinta y seis piezas de plata, y porfiando en que el Patriarca por amor suyo la tomara, tales instancias hizo que este hubo de aceptar. No le sirvió empero mas que una noche: desvelado, agitado, toda ella la pasó haciendo estas ó parecidas exclamaciones, que oyeron los que

dormian cerca de él: «¡Quién dijera que el humilde Juan tiene so-«bre su cama un cobertor de treinta y seis piezas de plata, mientras «sus hermanos en Jesucristo están pereciendo de frio! ¡Cuántos, «hechos un ovillo entre dos esteras, por no poder alargar las pier-«nas tiritan faltos de abrigo, ó bien pasan la noche en el monte «sin pan y sin lumbre! ¡cuántos pobrecitos á la hora esta, sin asilo «á donde ir, yacerán por las calles de Alejandría sobre el duro sue-«lo, calados por la lluvia! ¡ay! y cómo quisieran ellos mojar los de-«dos en el caldo que mis cocineros espuman, ú oler siquiera el vino «que se derrama en mi bodega, no siendo pocos los que pasan un «mes ó dos sin ni siquiera probar aceite! —¿Y tú que aspiras á la «eterna bienaventuranza, tú bebes vino, comes buenos pescados, «tienes segura morada, y aun semejas á los inícuos en estar cómodo «y bien abrigado bajo un rico cobertor de treinta y seis piezas de «plata? Viviendo con tal relajacion, no esperes gozar en la otra vida «la felicidad de los Santos, antes prepárate á oir la sentencia que se «pronunció contra el rico Epulon, de quien nos habla el Evangelio: «*Hijo, acuérdate que tú recibiste bienes en tu vida, y Lázaro tambien «males; pues ahora es él aquí consolado, y tú atormentado* [1]. ¡Bendito «sea Dios! Hé aquí la primera y última noche que el humilde Juan «se cobija bajo tan espléndido cobertor; pues en verdad, ¿no será «muy justo y mas agradable á Dios que del precio de esta manta se «cubran ciento cuarenta y cuatro de los que, al igual que tú, son «hermanos de Jesucristo, pues con cada pieza de plata pueden com-«prarse cuatro cobertores pequeños?» — Apenas rayó el dia, llamó á sus ecónomos y les encargó que vendieran su manta lo mas aprisa posible; ¡tanto le habia pesado durante la noche! Ejecutaron la órden, pero entre dia, el que hizo el regalo, viendo la prenda en venta, la compró y volvió á mandársela al Santo. El otro dia se repite lo mismo; el Santo vendiendo y aquel comprando, habiendo pagado esta vez treinta y seis piezas por la manta. El Patriarca la recibe con semblante alborozado, exclamando: «Á ver quién de los dos se can-«sará primero.» Es de saber que aquel sujeto era muy rico, y el bendito Prelado poco á poco iba recabando de él muchas cosillas, diciendo placentero que para socorrer á los pobres se puede despojar á los ricos sin pecado, y quitarles con buenos modos hasta la camisa, sobre todo si son avaros y poco compasivos.

[1] Luc. XVI.

Y ¿de dónde sacaba san Juan su vehemente caridad? Del propio manantial que mil años despues el san Vicente de Paul del Occidente: del sagrado corazon de Jesús empobrecido para enriquecernos. Por lo demás, nuestro Prelado tenia siempre á la vista un admirable rasgo de caridad que referia á menudo y que embelesaba su corazon, conforme espero embelesará el del lector.

«En Chipre, decia, tuve yo un criado muy fiel que fue casto hasta «su último dia, el cual puntualmente me refirió lo que voy á tras-«ladaros. Serví, dijo, en África, en casa de un alcabalero del Em-«perador, hombre opulento, pero sin entrañas para los afligidos. «Una mañana de invierno ciertos mendigos, sentándose á tomar el «sol, empezaron á alabar las casas donde se les hacia limosna lle-«nándolas de bendiciones, y á declamar contra la avaricia de los que «nada daban. Acertó uno de los platicantes á nombrar al funciona-«rio á quien yo servia, y preguntándose si alguno habia sido socor-«rido por él, resultó no haberles dado nunca nada. ¿Qué aposta-«mos, dijo entonces uno de ellos, á que hoy mismo le saco alguna «cosa? Aceptada la apuesta, va el pordiosero á colocarse junto á la «puerta de casa de mi amo aguardando su regreso. Permitió Dios «que este volviera al tiempo que una acémila cargada de panes lle-«gaba de la tahona: acercóse el mendigo á pedir limosna, y tanta fue «su porfía, que irritado el amo, no hallando otra cosa á mano, co-«gió un pan y se lo tiró por la cabeza. El pobre lo tomó, y corrió á «enseñárselo á sus camaradas para probarles que habia recibido al-«go, segun su apuesta.

«Á los pocos dias cae enfermo el alcabalero, y ve en sueños que «se le pide cuenta de sus actos, los cuales son pesados en una ba-«lanza: á un lado hay un grupo de hombres negros, de horrible fa-«cha, y á otro un grupo semejante de mujeres de mirada severísi-«ma, vestidas de blanco, ocupadas en vano en registrar su vida para «poner alguna accion buena en la balanza, mientras los primeros lle-«nan el otro platillo con sus fechorías, y mirándose tristemente di-«cen: ¿Nada encontrarémos de provecho? Una de ellas observa: Yo «no veo cosa, á no ser un pan que hace dos dias dió á Jesucristo, si «bien contra su voluntad. Entonces pusieron el pan en el platillo, «con lo que bajó algo, y vueltas al alcabalero le dijeron: Si no aña-«des peso aquí, no podrás escapar á esos hombres negros.

«Despertóse mi amo, y conociendo ser verdad lo en esa vision fi-

«gurado, exclamó llorando :« ¡Ay de mí! si un pan que tiré por eno-«jo me ha sido tan provechoso, ¿de cuántos males no se librará el «que de buena gana da á los pobres?» — De este hecho volvióse tan «dadivoso, que ni aun perdonaba á su cuerpo, pues una vez que al «rayar el dia se iba á su oficina segun solia, encontró un marinero, «despojado á consecuencia de un naufragio que acababa de pasar, «el cual se arrojó á sus piés pidiéndole socorro, y compadecido se «quitó la capa que llevaba puesta, y le cubrió con ella. El marinero «hallando esta pieza demasiado buena para sí, fué á encargar su venta «á un ropavejero; y como mi amo al regresar la viese expuesta en la «calle, congojóse mucho, y llegando no quiso comer, antes se encer-«ró en su cuarto para lamentarse y exclamar: «No he merecido que «aquel pobre hiciese caso de mí.» En tal congoja durmióse, y vió en «sueños un varon resplandeciente como el sol que tenia impresa una «cruz en el hombro y llevaba la capa regalada al marinero, el cual le «dijo: — «Pedro (tal era el nombre de mi amo), ¿por qué lloras? — «Señor, repuso, lloro porque aquellos á quienes hago participar de «los bienes que me dísteis, tienen á mengua recibirlos. — ¿Recono-«ces esta capa? dijo el aparecido; desde que me la entregaste la lle-«vo, y te lo agradezco, porque yo perecia de frio y me has abriga-«do.» Despertóse mi amo en deliciosa enajenacion, admirando la «dicha de los pobres: «¡Viva el Señor! exclamó; ya que Jesucristo «reside en la persona de los indigentes, no quiero morir sin hacer-«me *otro de ellos.*»

«Llama á un esclavo que le servia de escribiente, y le dice: «Te «voy á confiar un secreto, pero cuenta que no lo reveles; y si no «cumples exactamente lo que voy á mandar, te venderé á los bár-«baros.» Dicho esto le entrega diez libras de oro, y añade: «Con este «dinero comprarás algunas mercancías; en seguida me llevarás á Je-«rusalen para venderme á algun cristiano, y el producto lo reparti-«rás á los pobres.» Como el mozo repugnase cumplir esta órden, se «la reiteró con nueva amenaza: «Te aseguro, repuso, que si no me «vendes, yo te venderé á tí á los bárbaros conforme he dicho.» Vien-«do su resolucion obedece el secretario. Llegado á Jerusalen encuén-«trase con un joyero camarada suyo que habia sufrido grandes que-«brantos de fortuna, y hablando de varios asuntos hace recaer la con-«versacion sobre su objeto: «Amigo Zoilo, le dice, si necesitas algun «criado, yo tengo uno de muy buena condicion y tan prudente que

«valdria para senador.» Admirado el joyero de que su amigo pose-
«yese un esclavo, responde: «De buena gana lo compraria, pero me
«falta lo mejor.—Por eso no quedes; álguien te prestará una canti-
«dad. Créeme, no pierdas esta proporcion, porque es un esclavo ex-
«celente, y Dios te bendecirá por su conducto.» Decídese Zoilo; pa-
«ga treinta piezas de plata por el esclavo, andrajoso como estaba, y
«el secretario á su vez, dejando á su amo se vuelve á Constantino-
«pla, donde guardó lealmente el secreto que tanto se le encargara,
«y distribuyó á los pobres el precio de la venta hasta el último ma-
«ravedí.

«Pedro, emprendiendo unos quehaceres del todo nuevos para él,
«ora guisaba la comida, ora lavaba la ropa de su amo; mas en nin-
«gun caso se olvidaba de mortificar su cuerpo con rigurosos ayunos.
«El amo viendo prosperar su casa mas de lo que pudiera desear, ad-
«miraba la prodigiosa virtud y extremada humildad de su siervo, y
«un dia le dijo: «Quiero emanciparte, para que de hoy mas vivamos
«como hermanos;» pero Pedro rehusó este favor.

«Una de las cosas mas admirables para Zoilo era la paciencia con
«que este bendito sufria las injurias y tropelías de los demás esclavos,
«que le tenian por un mentecato y no le llamaban con otro nombre.
«Á veces, cuando de puro sufrir caia atontado, aparecíasele aquel
«mismo varon que habia visto en sueños, cubierto con la propia capa
«y teniendo en la mano las treinta monedas de plata, precio de su ven-
«ta, el cual le decia: «Pedro, hermano mio, yo recibí el precio de tu
«libertad: no te aflijas; ten paciencia hasta ser reconocido por lo que
«eres.»

«Algun tiempo despues, unos joyeros africanos que iban en rome-
«ría á los Santos Lugares fueron convidados á comer por el amo de
«Pedro, el cual les reconoció mientras servia, y ellos á su vez, mi-
«rándole con atencion, decíanse unos á otros: «¡Cómo se parece ese
«hombre al señor Pedro el alcabalero!» El noble esclavo echándolo
«de ver, procuraba volver el rostro; sin embargo, decian á Zoilo:
«En verdad sois dichoso, pues si no nos engañamos el criado que os
«sirve es un personaje público;» y como no acabaran de reconocer-
«le, á consecuencia de sus maceraciones y trabajos, mirábanle con
«ahinco, hasta que uno dijo: «No cabe duda, este es el señor Pe-
«dro; corro á abrazarle. El Emperador deplora su desaparicion, ha-
«ciendo tanto tiempo que no se sabe de él.»

«Pedro oyendo estas palabras, dejó caer el plato que llevaba, y tor«ciendo camino se fué hácia la puerta de la calle. El portero era sor«do-mudo de nacimiento y solo entendia por signos; pero el siervo «de Dios, presuroso por escaparse, le gritó: «En nombre de *Jesucris«to*. —Sí, señor, repuso el sordo-mudo.—Ábreme la puerta.—Sí, «señor, contestó el mudo segunda vez; y levantándose abrió.» Al «mismo tiempo, enajenado de gozo porque oia y hablaba, empezó «á clamar diciendo: «¡Señor, señor!»—Todos los de la casa acudie«ron admirados de oirle, mientras seguia diciendo: «Aquel que ser«via se ha escapado corriendo, pero no es un culpable fugitivo, si«no un grande amigo de Dios, pues no bien me dijo: En nombre de «Dios ábreme la puerta, ví salir de su boca una llama que me hi«rió los labios, y al punto oí y hablé.» Enajenados de placer á la «noticia de tal milagro salieron en busca de Pedro; pero ya habia «desaparecido. Todos los de la casa y su mismo dueño hicieron pe«nitencia por la aspereza con que habian tratado á Pedro, singular«mente aquellos que le llamaban simplon.»

Este rasgo de caridad tan propio para inflamar nuestro corazon, como inflamaba el del Santo limosnero, se reproducia frecuentemente en los primeros siglos, segun lo dejamos manifestado al hablar de las costumbres de nuestros padres en la fe; ¿y somos nosotros los herederos de esta caridad admirable? ¿Qué hicimos de esa herencia que ellos nos legaron? ¿Qué son nuestras obras en comparacion de las suyas? Estas graves preguntas es preciso hacérnoslas alguna vez en presencia de Dios, de nuestra conciencia y del juicio que nos espera.

Entre tanto el ilustre Patriarca de Alejandría, tocando ya á una edad provecta, se retiró á la isla de Chipre donde viera la luz, queriendo dar fin á esta vida de caridad por medio de un hecho que retrata al vivo su corazon entero. No bien llegó al pueblo de su nacimiento, previniendo papel y pluma dictó su testamento en estos términos: «Yo Juan, miserable pecador por mí mismo, pero libre y «exento ya de pecado por merced que el Señor se ha dignado dis«pensarme elevándome á la jerarquía sacerdotal, le doy humildísi«mas gracias porque ha oido lo que le pedí, de no poseer mas que «una moneda el dia de mi fallecimiento, y dóiselas tambien porque «durante mi patriarcado de la santa iglesia alejandrina, en el que «han pasado por mis manos sumas cuantiosísimas, he podido reco-

«nocer que todas estas cosas á él pertenecen, y devolverle lo que era «suyo. Y como esta última y única moneda que poseo, ¡oh mi Dios! «es vuestra cual todo lo restante, á Vos la devuelvo entregándosela «á los pobres.» Tal fue la voluntad postrera de este digno varon, quien, apenas quedó escrita, entregó su hermosa alma al Dios de la caridad.

Este testamento nos trae á la memoria otro, no menos adecuado para demostrar el asombroso cambio que el Cristianismo operó en el corazon de los hombres. Recórrase en efecto toda la antigüedad profana, y en vano se buscará cosa parecida á tales documentos, timbre eterno de gloria para la Religion que los inspiró: aludimos á la disposicion testamentaria de san Perpétuo, obispo de Tours, que vivia en el siglo V, concebida en estos términos:

«En nombre de Jesucristo, amen. Yo, Perpétuo, pecador, mi-«nistro de la iglesia de Tours, quiero antes de morir dar á conocer «mi última voluntad. Vosotros pues, entrañables y queridísimos her-«manos mios, mi corona, mi delicia, mis *dueños*, mis hijos; vos-«otros los pobres de Jesucristo que gemís en la indigencia, que men-«digais vuestro pan, enfermos, viudas y huérfanos, venid; yo os «declaro mis herederos. Excepto algunas deudas que he satisfecho «á mis acreedores, y lo que he dado á mi iglesia, á vosotros os doy «y lego cuanto poseo en tierras, pastos, prados, bosques, viñas, «casas, huertos, arroyos, molinos, oro, plata, vestuario y demás. «Quiero que al punto de seguida mi muerte se vendan estos bienes, y «de su producto se hagan tres partes, de las cuales dos se invertirán «en limosnas á discrecion del sacerdote Agrario y del conde Agilon, «y la tercera se entregará á la vírgen Dadolena, para que la reparta «á las viudas y mujeres pobres [1].» Firmado, *Perpétuo, obispo de Tours*.

[1] La tradicion de la caridad, al igual que la de la fe, se ha conservado y permanece todavía entre los verdaderos cristianos, y aunque muchos ejemplos podrian corroborarlo, bastará citar uno solo. Nadie ignora la inmensa caridad del virtuoso arzobispo de Burdeos Mons. d'Aviau, fallecido en 1827, que solia dar á los pobres cuanto tenia privándose á sí mismo de lo mas preciso. Entre otras cosas carecia cási de vestuario, y su ayuda de cámara le repetia cada mañana: «Monseñor no tiene calzones que ponerse. —¿Qué le harémos? amiguito, res-«pondia el Prelado; mis pobres carecen de pan: ya veré mas adelante.» Cansado el doméstico, dió noticias de la *terquedad* de Monseñor á una piadosa dama que podríamos citar por su nombre, pues no hay pobre en Burdeos que no

Despues de dar á conocer al santo Patriarca de Alejandría, que la Providencia suscitó para socorrer á las iglesias y á los fieles de Palestina y Siria asoladas por los persas, hora es ya que mostremos á esta Providencia manifestándose con no menos brillantez para el castigo de ese pueblo rebelde.

Al igual que el Imperio romano, la añeja monarquía de los persas habia rechazado la antorcha del Evangelio, derramando gustosa por muchos años la sangre de los Mártires; y para colmo de iniquidad puso, segun hemos visto, una mano sacrílega en la cruz del Salvador, que es la verdadera arca de la nueva alianza. Si caro, pues, costó á los filisteos tocar el arca antigua y pretender guardarla en su poder, castigos aun mas tremendos amenazaban á los raptores de la verdadera cruz: una ruina general les hará purgar este rapto sacrílego, vengando de paso la muerte de tantísimos Mártires, y sancionando por medio de un ejemplar espantoso la gran ley de que los imperios solo existen y han sido creados para contribuir á la gloria de Jesucristo, recordando á todos los siglos que ningun pueblo jamás dijo impunemente al Cordero dominador del universo: *No queremos que reines sobre nosotros* [1].

La primera herida mortal que el imperio persa recibió, fue la célebre victoria de Heraclio contra el mismo rey Cosroes, que habia tomado á Jerusalen y llevádose la verdadera cruz. Viéndose derrotado, apeló á la fuga, y despues de andar divagando ocho dias, se

la invoque en sus oraciones. Presentándose esta señora al Arzobispo, le dijo: «Monseñor, sé de un pobre muy digno de lástima, al cual haríais gran servi«cio socórriéndole, pues carece hasta de calzones. —¿De calzones? exclamó el «Prelado; ¡esto es contra la decencia! Tomad luego el dinero necesario y man«dad vestir á vuestro protegido.» —Dos ó tres dias despues preséntase el camarero llevando á su señor unos bonitos calzones nuevos de terciopelo. Enójase al verlos el Prelado: —«¿Cómo es eso? ¿no te dije que no queria gastos para «mí? —Monseñor mismo ha dado la órden. —¡Yo! —Sí, señor; aquel po«bre por quien madama C. L. intercedia... —¿Y qué? —Érais vos.»

[1] El imperio de los partos fue el único que escapó á la dominacion de los romanos. Sujeto desde antiguo al señorío de los persas, hácia el año 256 antes de Jesucristo, Arsaces, mancebo lleno de brio, lo sublevó é hizo independiente alzándose rey, dando orígen á la dinastía de los Arsácidas, que gobernaron con gloria hasta la época de Artabanes, el cual fue inmolado por Artajerjes, que restableció sobre la Partia el señorío de los persas en el año 226 de Jesucristo. Desde entonces ambas naciones siguieron unidas, constituyendo el segundo imperio de los partos ó persas, que terminó en 632 en la persona de Isdegerdes inmolado por Omar, teniente de Mahoma.

acogió á una miserable choza donde solo se entraba á rastras. En tan extremá necesidad, acometido de una violenta disenteria, designó para sucederle á una hija á quien queria; pero siendo en menoscabo del primogénito, sublevóse este, prendió á su padre, dejándole morir de hambre en un calabozo, y se apoderó de la corona. No bien la ciñó, hizo paces con Heraclio, y le remitió todos los cristianos que estaban cautivos en Persia, entre otros el patriarca de Jerusalen Zacarías, con el sagrado madero, robado catorce años antes.

Durante este tiempo la preciosa reliquia habia quedado encerrada en su estuche, sin que los persas rompieran el sello, reconociéndolo así el mismo Patriarca cuando volvieron á entregársela en el estado en que fue robada; visible proteccion de Dios que excitó general admiracion. Entró el Emperador en Constantinopla con todos los honores del triunfo, montado en un carro, del que tiraban cuatro elefantes, llevando ante sí la santa cruz como el mas glorioso trofeo de sus victorias. Á los primeros asomos de la primavera pasó á Jerusalen con objeto de dar gracias á Dios por sus logros y volver á colocar el sacro trofeo en la iglesia de la Resurreccion; y á fuer de monarca verdaderamente cristiano, quiso seguir las huellas del Salvador llevando á cuestas la cruz hasta la cima del Calvario; siendo esto orígen de una gran fiesta para los fieles, cuya memoria aun celebra la Iglesia el dia 14 de setiembre [1], y de la cual hablarémos detenidamente en la parte IV del Catecismo.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los grandes milagros de proteccion que nunca habeis cesado de obrar en favor de vuestra Iglesia; hacednos la gracia de que amemos á los pobres como san Juan el Limosnero, y que respetemos vuestra santa cruz al igual que los piadosos cristianos de Jerusalen.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no pasaré delante de ninguna iglesia sin hacer la señal de la cruz.*

[1] Véase Fleury, lib. XXXVII, pág. 330.

LECCION XXX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VII Y VIII).

Juicio de Dios sobre el imperio de los persas (continuacion).—Mahoma, su mision, su carácter, su doctrina.—Estragos de los mahometanos en África. —La Iglesia atacada: Monotelismo.—Defendida: san Sofronio; concilio general de Constantinopla.—Consolada y propagada: conversion de la Frisia y la Holanda; san Willibrodo.

Dios, para que á él solo se rinda toda la gloria del triunfo, suele valerse de instrumentos los mas débiles para obrar los mayores prodigios, queriendo que los hombres se penetren de que él es quien premia y castiga, á fin de que no desconozcan la mano invisible que rige los imperios, y los eleva ó aniquila á medida de sus virtudes ó sus vicios. Nunca fue mas sensible esta verdad que en el suceso que vamos á referir: el formidable imperio de los persas ó partos, terror de Roma, debe perecer; pero ¿qué potencia se encargará de ejecutar el *decreto* de la divina justicia? Un simple hombre, oscuro y grosero, de orígen perdido en los arenales de la Arabia: Mahoma! Hé aquí el Átila de Oriente enviado de Dios para castigar á los pueblos ingratos y rebeldes contra el Cordero dominador del universo.

Nació Mahoma en los desiertos de la Arabia Petrea por los años de 570, de padre gentil y madre judía. Habiéndolos perdido en edad temprana, fue educado por un tio, que á los veinte años lo dedicó al comercio, incorporándole á las caravanas que hacian el tráfico entre la Meca y Damasco; y de regreso á la Meca se casó con una rica viuda, cuyo gerente era, la cual le donó todos sus bienes cuantiosísimos. Alcanzando así una posicion que jamás hubiera imaginado, empezó á concebir la idea de erigirse en jefe de su nacion; para lo cual bastábale solo explotar la ignorante credulidad de los árabes, y al intento reunia los medios suficientes.

Por poco que se haya leido su historia y consultado su Alcoran, échase de ver que este hombre era naturalmente sagaz, solapado,

fingido, vengativo, ambicioso y arrebatado, de modo que cometia con la mayor frescura un delito para satisfacer sus pasiones; cosa que reconocen y confiesan sus propios sectarios, no sabiendo cohonestarlo sino con decir que en estos casos obraba por inspiracion de Dios: ¡como si Dios pudiera inspirar los delitos!

Á la edad de cuarenta años el impostor empezó á titularse profeta; y diciéndose inspirado, sin dar pruebas de ello, inventó una religion nueva, mezcolanza de cristianismo y de judaismo, con añadidura de algunos errores peculiares á los habitantes de Arabia. Con estos elementos compuso su *Alcoran*, palabra que significa *la lectura,* así como nosotros decimos *la Escritura*, el cual viene á ser el Evangelio de los musulmanes. Mahoma, no sabiendo leer ni escribir, lo hizo redactar por un tercero.

Para apreciar el Mahometismo, es preciso considerarlo en su dogma, en su moral, en sus leyes, en sus resultados y en su establecimiento.

1.° *En su dogma.* Hé aquí los principales artículos de su símbolo: «No hay mas que un Dios, sin distincion de personas, y Mahoma es «su profeta. Los hombres están necesariamente predestinados al cie«lo ó al infierno;» dogma que echa por tierra la libertad, y hace á Dios autor del pecado. «Despues de la vida hay un juicio particu«lar, y al fin del mundo habrá otro universal, en que solo serán sal«vos los mahometanos. Los malos cruzarán el puente enhiesto, y se«rán precipitados en el infierno, y los buenos irán al paraíso, que es «un jardin delicioso surcado de arroyos, donde los escogidos dis«frutarán toda especie de voluptuosidades sensuales.»

No se crea, sin embargo, que estos puntos de doctrina, buenos ó malos, se hallen perfectamente deslindados en el Alcoran, pues los envuelve un fárrago de errores, fábulas, absurdos y puerilidades, que todo buen musulman debe creer como otras tantas revelaciones salidas inmediatamente de boca del mismo Dios, pues el primer artículo puesto por Mahoma es que este libro no admite ambages, y que un castigo tremendo aguarda á los que duden de él.

2.° *En su moral.* La moral de este impostor es aun mas perversa que sus dogmas: con gran severidad prescribe varios ritos y acciones externas, como las abluciones antes de la oracion, el abstenerse del vino y de la carne de cerdo, la circuncision, el ayuno en el mes de Ramadan, la santificacion del viernes entre semana, las cinco pre-

ces diarias y el viaje á la Meca una vez en la vida. Respecto á las virtudes internas, cuales son el amor de Dios, la piedad, la mortificacion de los sentidos, la humildad, la gratitud hácia el divino Autor de lo criado, la confianza en su bondad, la penitencia, etc., nada absolutamente prescribe; y el mahometano cree firmemente que sin la observancia escrupulosa y minuciosa del ceremonial, el corazon mas puro, la fe mas sincera, la caridad mas ardiente no bastan para agradar á Dios, pero que en cambio la romería á la Meca, ó el beber agua en que se haya mojado la vieja vestidura del Profeta, borra todos los crímnees. Léjos de dar importancia alguna á la mas amable de las virtudes que es la castidad, permite por su doctrina, y autoriza con su ejemplo, lo que le es mas opuesto, la poligamia, el divorció y otros horrores que la pluma rehusa transcribir.

3.° *En sus leyes.* La gran ley del Alcoran es la del odio universal que reinaba en el mundo antes de establecerse el Cristianismo. «Pelead contra los infieles (que es decir, todos los que no sean mu«sulmanes), clama el Profeta de la Meca á sus sectarios, hasta que to«da falsa religion sea exterminada; matadles sin tregua y sin com«pasion, y cuando los hubiéreis debilitado á fuerza de carnicería, «reducid á servidumbre los que resten y agobiadles de tributos [1].» No hay ley mas sagrada que esta para los musulmanes, y todos en conciencia se creen obligados á detestar á los que reputan infieles, cristianos, judíos é indios; no hay injusticia, depredacion, insulto, cohecho que no les sea lícito y hasta ordenado en tal concepto, constituyendo ella una de las primeras lecciones que se les imbuye en la infancia. La historia enseña con cuánta fidelidad han cumplido esta bárbara disposicion, pues por no citar mas que un ejemplo, solamente en África, de las veinte mil ciudades que existian antes de la invasion mahometana, apenas quedan en pié algunas pocas [2].

4.° *En sus resultados.* La corrupcion de los dos sexos, el envilecimiento y el cautiverio perpétuo de la mujer, esto es, de la mitad del linaje humano que gime en la degradacion, la vergüenza y la miseria; la multiplicacion de la esclavitud; una ignorancia universal é incurable ya despues de tantos siglos [3] que tiene sumidos á los mu-

[1] Alcor. c. 8, *v.* 12 y 39; c. 9, *v.* 30; c. 47, *v.* 4.
[2] Véase Segneri, la *Incredulidad inexcusable,* parte II, art. *Mahoma.*
[3] ¿No ha dicho el mismo filósofo Condorcet hablando de los turcos: *Su religion les condena á una incurable estupidez?*

sulmanes en la barbarie, y con ella á los pueblos vencidos por sus armas; la servidumbre de los pueblos, la despoblacion de los territorios mas ricos del universo, la mútua ojeriza y las antipatías nacionales; hé aquí los efectos que el Mahometismo ha producido sin cesar y que sigue produciendo en todo lugar donde impera.

5.° *En su establecimiento.* No fue por medio de milagros, pues cuando los habitantes de la Meca pedian á su Profeta que acreditase su mision con ellos, respondíales que Dios no le habia hecho milagrero, sino propagador de su religion por la espada. Llevando en una mano la copa de los deleites y en otra el alfanje, contentábase con decir : ¡Cree, ó muere! y solo por la concupiscencia y el arrebato logró formar prosélitos. Soltando el freno á todas las pasiones y degollando á los que le resistian, es como estableció su religion inícua : bien al revés de los Apóstoles del Cristianismo, los cuales sujetaban las pasiones y ofrecian su cuello á la cuchilla. Así tambien, por un lado todo es materialismo y grosería, al paso que por otro todo aparece con los caractéres indeclinables de la Divinidad [1].

El Mahômetismo, cási en su orígen se dividió en dos grandes sectas, la de Alí y la de Omar, las cuales han engendrado muchas otras, por manera que en el dia se cuentan mas de sesenta. ¡Cosa notable! las *variaciones* musulmanas ofrecen el mismo principio, los mismos progresos y los propios resultados que las variaciones protestantes [2].

Mahoma, no obstante su desprecio por los milagros, conoció cuán necesarios eran para establecer una religion, y no pudiendo obrarlos verdaderos tomó el partido de fingirlos. Los frecuentes ataques epilépticos á que estaba sujeto le dieron pié para confirmar la opinion de su comercio con el cielo; sus accesos eran los raptos durante los cuales el Ser supremo se dignaba instruirle, y sus convulsiones la vehemente impresion de la gloria del ministro que la Divinidad le enviaba. Segun su decir, el arcángel Gabriel le habia conducido en un pollino desde la Meca á Jerusalen, donde despues de hacerle pasar revista de todos los Santos y Patriarcas desde Adan, le volvió á la Meca en la misma noche.

Estos bonitos sueños no impidieron que se urdiese una conspira-

[1] Véase Fleury, lib. XXXVIII; Bergier, art. *Mahoma*, *Historia compendiada de la Iglesia;* Maracci, *Alcorani textus universus,* Patavii, 1698, en fólio. Es lo mejor y mas exacto que hay escrito acerca el Alcoran.

[2] Véase *Historia de Persia,* por Malcom.

cion contra él, de cuyas resultas el flamante apóstol tuvo que tomar soleta para Medina, otra ciudad de Arabia, á cuyo suceso llaman los suyos *hegira* ó persecucion, que aconteció el dia 16 de julio del año 622, dia que han hecho célebre tomándolo por base de sus cómputos. Entonces el prófugo se hizo conquistador: prohibiendo á sus discípulos que altercaran sobre puntos de doctrina con los extranjeros, mandóles que á sus contradicciones no diesen otra respuesta que el puñal; y consecuente con este principio hizo levas para apoyar su mision, no dejando ya un momento las armas de la mano hasta el dia de su muerte. Su última década fue solo una série de combates, ó mejor de continuas depredaciones que siguieron tomando creces despues de él, y por medio de sus generales llevó á cabo grandes conquistas, convirtiéndose de simple mercader de camellos en uno de los monarcas mas poderosos de Asia; pero poco tiempo gozó el fruto de sus fechorías.

Una judía, curiosa de saber si era verdadero profeta, echó veneno á un lomo de carnero que se le habia de servir en la mesa, y el grande apóstol no cayó en la cuenta de ello hasta que hubo comido el último bocado: consumido lentamente por el tósigo, acabó sus dias á los sesenta y dos años de edad, en los 632 del Señor. Tal fue el fin de Mahoma, autor de una supersticion sanguinaria y fundador de un imperio terrible para los Cristianos, destinado á castigar sus delitos y á ser el instrumento de las divinas venganzas en una grande extension de la tierra. Bajo este concepto, el establecimiento del reinado de Mahoma es un milagro, pero milagro que acredita la divinidad del Cristianismo haciendo visible aquella gran Providencia que vela por la Iglesia, y en el momento propicio suscita apóstoles de su sacrosanta doctrina, ó vengadores de sus fueros ultrajados para el exterminio de los pueblos que osan rebelarse contra Jesucristo.

Esta verdad se hace aun mas sensible al considerar que los estragos de los mahometanos empezaron por las provincias de Asia y de África, culpables de herejía, asolando el imperio persa que estaba regado con la sangre de los Mártires. El delito atrae el castigo, como el iman atrae el hierro.

Efectivamente, Omar, suegro y teniente de Mahoma, se lanzó sobre la Persia, pasándolo todo á fuego y sangre. Isdegerdes, el último rey, pereció en esta guerra, dando así fin al señorío de los persas ó partos. Omar, posesor ya de todo en calidad de sucesor de Mahoma,

da curso á su mision terrible talando sucesivamente la Palestina, la Siria, la Fenicia y el Egipto, en cuyos países sus huestes cometen los desafueros mas inauditos para establecer esta religion monstruosa por medio de una predicacion digna de ella. La famosa biblioteca de Alejandría desaparece entre las llamas; pues estos fieros é ignorantes conquistadores no necesitan mas libros que el Alcoran. Nada resiste á sus armas; llegando hasta el corazon de África, son como un torrente desbordado que lleva la desolacion á todas partes, constituyendo, cual las hordas de Átila, un verdadero azote del cielo para castigo de los pueblos inícuos.

Así es como el plan de la Providencia para la conservacion y el desarrollo de la Religion aparece siempre el mismo: en el Antiguo Testamento la terrible monarquía de los asirios sigue ocho siglos con las armas en la mano en las fronteras de Judea, para mantener á los judíos adictos á su ley, y castigarles en caso de que se abandonaran á la idolatría; en el Nuevo vemos esa misma Providencia vigilando atenta y llamando sucesivamente á unos pueblos bárbaros para castigar á los Cristianos y reconducirles al Señor, en especial por medio de los dos hombres que lanza contra el Occidente y el Oriente, y á los cuales no puede darse mejor dictado que de azotes de Dios, Átila y Mahoma [1]; en especial tambien, manteniendo acampado este formidable imperio otomano en las fronteras de Europa, pronto siempre á salvarlas al menor delito contra la Majestad divina que hiciera dignos de castigo á los Cristianos. Ya verémos mas de una vez, en los siglos siguientes, ejercer los turcos la tremenda mision que les cometió la Providencia.

Al paso que el Mahometismo usurpaba á la Iglesia tan dilatadas comarcas, una nueva herejía aumentaba su afliccion en su propio seno. Unos sectarios ocultos de Eutiques empezaron á enseñar que en Jesucristo no hay mas que una voluntad y una sola operacion, que es lo que significa en griego la palabra *Monotelismo* dada á esta secta. La Iglesia, por el contrario, reconoce en Jesucristo dos naturalezas, y de consiguiente dos voluntades, la divina y la humana, nunca opuestas entre sí, pero no menos distintas. Este error fue apoyado con energía por Sergio, patriarca de Constantinopla, el

[1] Al igual que los hunos, los musulmanes parecian tener la conciencia de su mision vengadora; y hay entre ellos el proverbio de que nunca vuelve á nacer yerba allí donde el caballo del Sultan hinca su planta. *(Boter. in relat.)*

cual todo lo puso en juego para acreditarlo; pero insiguiendo la ley inmutable de la Providencia, un campeon de la verdad surgió contra el atleta del error, y fue san Sofronio, patriarca de Jerusalen.

Este Santo empezó por emplear las vias de conciliacion á fin de reducir los herejes á la unidad: fuese á encontrar á Ciro, patriarca de Alejandría, uno de los protectores del Monotelismo, y arrojándose á sus piés, le conjuró con lágrimas que no siguiese desolando por mas tiempo á la Iglesia católica, su comun madre; pero sus esfuerzos fueron vanos. Viendo que nada podia recabar, trasladóse á Constantinopla para mover al patriarca Sergio, infatuado de la misma doctrina; mas no hallando mejor acogida, sin perder tiempo de regreso á Jerusalen publicó una carta sinodal dondo exponia con lucidez la doctrina católica, aduciendo todas las pruebas que la establecen, y se la envió al papa Honorio y al patriarca Sergio. No contento con esto, llevó mas allá sus miras al objeto de patentizar los sofismas y atajar los fraudes de una herejía que tenia muchos y poderosos valedores, y con esta idea, un dia, tomando de la mano á Estéban obispo de Dare, el mas antiguo de sus sufragáneos, llevóle consigo al monte Calvario y le dijo: «Si dejais pasar desapercibido «el riesgo que la fe corre, tendréis que dar cuentas á Jesucristo, cru«cificado en este santo lugar, cuando venga á juzgar á los vivos y «á los muertos. Haced, pues, lo que yo personalmente no puedo á «causa de la invasion de los sarracenos: id, y presentaos á la San«*ta Sede apostólica* donde estriban los cimientos de la sagrada doc«trina; poned á los santos varones que allá están al corriente de lo «que aquí pasa, y no dejeis de suplicarles, hasta que pongan en tela «de juicio esta nueva doctrina y la condenen canónicamente.» Estéban emprendió la via de Roma, y durante los diez años que estuvo en aquella ciudad, instó con mucho celo la proscripcion del Monotelismo, hasta que acabó por conseguirla.

Á instancias del emperador Constantino Pogonato, el papa Agaton nombró tres legados para que en su nombre presidieran el concilio que fue celebrado en Constantinopla el año 680. Examinada con escrupulosidad la nueva doctrina, se reconoció ser contraria al Evangelio y á la tradicion, y los Monotelitas quedaron convictos de haber adulterado los pasajes de los santos Padres que citaban en apoyo de sus errores; y examinada igualmente la carta de refutacion de san Sofronio, se la declaró del todo conforme con la verda-

dera fe y la doctrina de los Apóstoles y Padres de la Iglesia. Realizado el exámen se formuló la profesion de fe declarando adherirse á los concilios precedentes, y luego se dictó la sentencia en estos términos: «Opinamos que hay en Jesucristo dos voluntades y dos ope«raciones, y prohibimos enseñar lo contrario. Detestamos y recha«zamos el dogma impío de los herejes que no admiten en Jesucristo «mas que una voluntad y una sola operacion, cuyo dogma hallamos «ser contrario á la doctrina de los Apóstoles, á los decretos de los «concilios y al general sentir de todos los Padres.» Á renglon seguido se fulminó anatema contra los autores de esta secta, y suscribieron el acta los tres legados, ciento sesenta obispos y el mismo Emperador, el cual dispuso la ejecucion del decreto apoyándolo con todo el peso de su autoridad. En efecto, el error cayó luego, y cesó la turbacion, siendo este el sexto concilio general.

Para expiar los delitos y reparar los escándalos que el cisma y la herejía llevaban en pos de sí, vemos durante este siglo gran número de almas privilegiadas tomar el camino de los desiertos y ofrecerse en hostias vivientes al cielo irritado, entre ellos san Anastasio el Sinaita; otros, derramando su sangre por la fe, granjear á la Iglesia los timbres de la victoria y aun la conquista de nuevos pueblos en indemnizacion de las pérdidas considerables que en el Oriente sufria; pues la antorcha de la fe, á semejanza del sol, si deja una region á oscuras es para ir á alumbrar otra, y por medio de esta economía de la sabiduría y justicia divinas la Iglesia gana en una parte lo que pierde en otra, y sigue siendo siempre católica. De esta suerte, á medida que las luces del Evangelio se debilitaban en Oriente bajo los golpes de la herejía siempre renaciente, y de las conquistas de la morisma, extendíase por las regiones del Norte en alas del ardor apostólico de algunos celosos misioneros.

Tambien esta vez como otras un papa fue el que proporcionó á la antigua Germania los beneficios de la Iglesia y de la civilizacion, compañera suya inseparable. Por su órden, varios santos religiosos de Francia y de Inglaterra partieron á aquella dilatada region, y merced á su celo, la mayoría de los alemanes, de bárbaros é idólatras que eran, fueron civilizados y convertidos en cristianos. Los misioneros penetraron en dichos países, que estaban cási todos cubiertos de bosques, donde convirtieron pueblos, fundaron obispados, establecieron monasterios, abrieron academias y aulas públicas para

el estudio de todas las ciencias, y lograron persuadir á los naturales que echaran abajo parte de sus inmensos bosques al objeto de levantar villas y ciudades[1].

¡Honor á la Órden de san Benito! De su seno salieron los apóstoles de Alemania, conforme en el siglo precedente habian salido los de Inglaterra: san Willibrodo, benedictino[2], establece el Evangelio en la Frisia, la Holanda y Dinamarca. Este eminente varon nació en Inglaterra por los años de 658: apenas contaba siete años, confiáronle sus padres, segun costumbre de aquellos tiempos, á los religiosos benedictinos, y Willibrodo, avezado temprano á llevar el yugo del Señor, lo encontró siempre suave y ligero. Para conservar el fruto de la educacion que habia recibido, tomó desde muy jóven el hábito en el monasterio de Rippon, y con igual precocidad brilló en la virtud y en las ciencias. —Á la sazon la piadosa Inglaterra hacia plegarias para obtener la conversion de la Frisia, que habia empezado á oir el Evangelio, y Willibrodo obtuvo el permiso de pasar á ella: es la Frisia toda aquella region que se extiende por las márgenes del Rhin y por las riberas del océano Germánico. Partió nuestro Santo en compañía de otros once misioneros, y el nuevo apostolado desembarcó sin tropiezo en las bocas del Rhin. Willibrodo, sin tocar apenas aquel suelo yermo, pasó á Roma á implorar del papa Sergio su bendicion apostólica y la autorizacion de predicar á los infieles el Evangelio; y obtenidas ambas del santo Padre, que se penetró de su *celo y santidad*, junto con los mas ámplios poderes y buena provision de reliquias para consagrar las futuras iglesias, volvió á su derrotero lo mas pronto posible, pues tanto era su afan de conquistar para Jesucristo aquella multitud de almas sujetas al poder del demonio.

Asombrosos fueron los frutos de su predicacion; pero el entusiasmo de Willibrodo acreció, si cabe, al recibir poco tiempo despues la uncion episcopal. No contento con implantar la fe en aquellos pueblos, corrióse hácia el Norte, penetrando en Dinamarca. Desgraciadamente gobernaba allí un rey protervo y cruel, cuyo ejemplo, de grande influjo sobre sus vasallos, oponia un obstáculo cási insuperable á su conversion. No pudiendo hacer otra cosa, nuestro Santo compró treinta mancebos del país, á los que bautizó despues de catequizarles, y se los llevó consigo.

[1] *Compendio de la historia de san Benito*, t. I, pág. 2.
[2] Véase Helyot, t. VI, pág. 16.

Cuando regresaba asaltóle una tempestad que le arrojó á las costas de la isla de Fositeland, cercana á la Frisia. Los daneses y los frisones en particular la reverenciaban por estar consagrada á su dios *Fosito,* y hubieran tenido por impío y sacrílego al que matase los animales que se criaban en ella, comiesen alguna cosa de las que producia, y hablasen sacando agua de una fuente que en ella brotaba. El Santo, compadecido de su ceguera, quiso destruir tan liviana supersticion, y al efecto hizo matar varios animales, de los que comió con sus compañeros, y bautizó tres niños en la fuente, pronunciando en alta voz las palabras prescritas por el rito : los infieles esperaban á cada momento verles caer muertos; pero como nada de ello sucediese, no sabian si atribuirlo á sobra de tolerancia ó á falta de poder de su dios.

El rey de Frisia se llenó de ira al tener noticia de lo sucedido, y en castigo mandó echar lotes tres dias seguidos y tres veces cada dia para hacer morir á aquel en quien recayese la suerte. Dios preservó á Willibrodo; pero uno de sus compañeros sacó el lote fatal, y fue sacrificado en aras de la supersticion, muriendo mártir por Jesucristo.

No por esto el Santo y sus demás compañeros cejaron en su empeño, antes á fuerza de celo, de súplicas y de lágrimas llegaron á arrollar el Paganismo en la mayor parte de la Zelandia, de la Holanda y de la Frisia. Los frisones, pueblo bárbaro hasta entonces, se civilizaron poco á poco, y con el tiempo se hicieron célebres por sus virtudes, al igual que por el cultivo de las artes y de las ciencias. Entre otros muchos monasterios, labró el Santo los de Eternac y de Sturem, y por fin despues de cincuenta años de trabajos fué este varon de Dios á prepararse en el retiro para el paso de la eternidad, y durmióse en el año 738.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por el asiduo cuidado que habeis puesto en propagar el Evangelio, y adoro vuestra justicia que arrebata la Religion á los pueblos que no saben apreciarla. Dadnos el celo de san Sofronio y la caridad del santo apóstol de Frisia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré no resistir nunca á las inspiraciones de la gracia.*

LECCION XXXI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO VIII).

La Iglesia consolada y propagada (continuacion): se convierte la Alemania; san Bonifacio; fundacion de la abadía de Fulda; martirio de san Bonifacio.— La Iglesia atacada: irrupcion de los árabes en España y en Francia.— La Iglesia defendida: Cárlos Martel.—Consolada: martirio de los religiosos de Lerins. — Atacada: herejía de los Iconoclastas; Constantino Coprónimo perseguidor.—Juicio de Dios sobre este Monarca.

Á medida que la luz de la fe se apagaba en Oriente, con nueva intensidad brillaba cada dia mas en las regiones del Norte. Los triunfos de san Willibrodo eran tan solo el preludio de conquistas mas dilatadas: en vano el demonio, acosado, por decirlo así, en el corazon mismo de su imperio, llama al arma á sus adoradores; en vano sus sacerdotes azorados alzan el grito de guerra desde el fondo de sus selvas profundísimas: ¡inútiles esfuerzos! llegó la hora para Satanás; su cetro va á estrellarse en mil pedazos, y los pueblos de la Alemania, agobiados desde tanto tiempo bajo su dura servidumbre, van á respirar por fin el aire de la libertad.

Otra vez un benedictino es el instrumento de que al objeto se vale la Providencia: el apóstol de la Alemania se llama Bonifacio. Nacido tambien en Inglaterra en 680, desde tiernecito manifestó una aficion decidida á las cosas de Dios: el amor de la oracion y el celo por la salud de las almas, sentimientos tan dignos de los corazones nobles, se desarrollaron en él á vista de la edificante conducta y en fuerza de las sólidas instrucciones que le prodigaban los religiosos benedictinos encargados de su educacion. Dentro pocos años ingresará como digno miembro en esta Órden tan célebre por el saber y la santidad de sus miembros.

Á los treinta de edad, despues de haber enseñado las ciencias con mucho lucimiento, fue por su abad promovido al sacerdocio: desde entonces un nuevo celo por la gloria del Señor pareció animarle; noche y dia lamentaba la desgracia de aquellos pueblos que perma-

necian aun sumidos en las tinieblas de la idolatría; estas disposiciones le movieron á consultar al cielo sobre si le llamaba al estado de misionero, y no pudiendo ya dudar de su vocacion, dirigióse á su abad, y obtuvo el permiso de ir á predicar en el Norte. Encaminándose á Roma, presentóse á Gregorio II para solicitar su bendicion y los poderes que necesitaba, y el Pontífice, estimando en su valer á este siervo de Dios, le recibió con mucha distincion y le otorgó plenos poderes para predicar el Evangelio á todos los pueblos idólatras de Alemania. Otra vez de lo alto de las colinas de la ciudad eterna descendieron la luz y la civilizacion sobre el norte de Europa.

Parte el misionero sin dilacion : la Baviera, la Turingia, la Sajonia, son alternativamente el teatro de su santo celo; á su voz los pueblos acuden en tropel á implorar el Bautismo, y sobre los templos arruinados de sus ídolos edifican otras tantas iglesias. Consagrado poco tiempo despues arzobispo de Maguncia, esta nueva dignidad no le impide continuar sus tareas apostólicas. Habiendo penetrado en Hesse, mandó cortar una grande encina consagrada á Júpiter, y del tronco hizo labrar una capilla á honra del Príncipe de los Apóstoles.

Para inspirar á los bárbaros del Norte aquel espíritu de dulzura y piedad que el Evangelio prescribe, reclamó de Inglaterra varios religiosos de uno y otro sexo, recomendables por su virtud, y les confió la direccion de los monasterios que habia levantado en Turingia y Baviera. Tambien escribió repetidas veces á su patria al objeto de que le enviaran muchas cosas que necesitaba, entre otras las Epístolas de san Pedro escritas en letras de oro, por cuyo medio confiaba inspirar á aquellos hombres carnales y groseros un profundo respeto hácia nuestros divinos oráculos; sin perjuicio de satisfacer su propia devocion al Príncipe del apostolado, que tenia por patrono de su mision.

La ardiente caridad que hoy dia enlaza á los asociados en la Propagacion de la Fe, y á los misioneros de Oriente y de América, unia en aquellos remotos siglos á las iglesias de Inglaterra y de Alemania; ¡tan cierto es que el espíritu del Cristianismo es siempre el mismo! Aparece en efecto de varias cartas de san Bonifacio que unos y otros se comprometian mútuamente á rogar á Dios por las almas de los que hubiesen dejado ya esta vida.

Á fin de asegurar el fruto de sus trabajos perpetuando el Cristia-

nismo en Alemania, el varon de Dios puso el sello á sus obras por medio de una de aquellas fundaciones asombrosas que solo un Santo puede emprender con esperanza de logro : en el año 746 echó los cimientos de la nombrada abadía de Fulda, la misma que durante largos siglos fue para la Alemania un foco de luces y un semillero de grandes hombres en quienes el saber mas eminente se concilió con la piedad mas tierna y acrisolada. Alzábase este monasterio en el círculo del Rhin Superior, junto al arroyo que le dió nombre. El Santo, despues de haber escogido el local, fué á apersonarse con Carloman, rey de Francia, para que estableciera allí una comunidad religiosa, novedad aun no intentada en aquella region; y el Rey no solo accedió á su demanda, sino que le concedió el terreno designado y todo el adyacente hasta cuatro mil pasos al rededor. Algunos meses despues el monasterio y su iglesia alzábanse sobre su área, y no tardó en ser confiado á san Esturmio, primer abad de él. En breve creció de tal modo el número de los religiosos, que llegaron á reunirse mas de quinientos: todos dados á una vida activa y austerísima, y siendo hábiles en cualquier arte, estos apóstoles de la fe y la Religion á fuerza de trabajos dieron un nuevo curso al rio Fulda haciéndolo pasar por la abadía para que la surtiese del agua necesaria al ejercicio de las industrias indispensables para la vida, sin necesidad de salir del recinto del claustro; causando asombro la rapidez con que se aumentaron las riquezas de este monasterio bajo el gobierno de san Esturmio. ¡Los economistas de nuestros tiempos harian bien en ir á tomar algunas lecciones de estos *frailes*, á quienes tanto se echa en cara su ignorancia y su pereza!

Los cuatro obispados de Baviera fundados por san Bonifacio, en agradecimiento y memoria de su fundador, ofrecieron cada cual un presente á esta abadía como á su matriz : la cual bien pronto llegó á contar bajo su dependencia hasta quince mil cortijos [1]. Mientras los religiosos de Fulda desmontaban terrenos, cultivaban las ciencias, y preparaban nuevos misioneros para los pueblos del Norte, san Bonifacio acompañado de algunos celosos coadjutores salió á continuar su predicacion entre las naciones bárbaras que poblaban los [illegible] confines de la Frisia. Convirtió á muchos, administrándol[illegible]tismo, y para confirmar á los neófitos señaló la víspera de P[illegible]costes. Era la iglesia reducida para tanto gentío, y al objeto

[1] Helyot, t. V, pág. 130.

de verificar la ceremonia con mas desahogo propuso hacerlo al aire libre, á cuyo efecto se levantaron muchas tiendas. El dia señalado, mientras oraba aguardando la llegada de los nuevos cristianos, un tropel de bárbaros armados de espadas y venablos invade repentinamente las tiendas del santo Obispo, cuyos familiares se aparejan á oponer una desesperada resistencia; pero Bonifacio oyendo el tumulto llama á sus clérigos, y empuñadas las reliquias que siempre llevaba encima, sale y dice á los suyos: ¡Queridos, fuera combate! la sagrada Escritura nos prohibe volver mal por mal: llegó, por fin, el dia de mí tan ansiado; pongamos la confianza en Dios que salvará nuestras almas. Seguidamente les exhorta á sufrir con valor una muerte transitoria que ha de conducirles á la vida eterna, animándoles mas aun con su ejemplo que con sus palabras. No bien acababa de hablar entraron los bárbaros, se precipitaron sobre él, y en un momento lo hicieron trizas junto con todas las personas que le rodeaban, en número de cincuenta y dos. Así terminó Bonifacio por medio de un glorioso sacrificio una vida que puede llamarse un continuado martirio, apostolado sin tregua, cuyos inmensos trabajos y los frutos por ellos reportados á la Iglesia bien merecian granjearle corona tan preciosa. Sus restos, que piadosamente fueron recogidos, se trasladaron á la abadía de Fulda, donde Dios glorificó á su siervo con gran número de milagros, habiendo acaecido su martirio el dia 5 de junio de 755.

Mientras la Esposa de Jesucristo recibia plácidamente los muchos hijos que Bonifacio y sus compañeros allegaban para la verdad á costa de sus sudores y de su sangre, experimentaba acerbas congojas al volver sus miradas hácia Oriente. Los árabes, mahometanos ó sarracenos poco á poco ensanchaban sus conquistas, que es decir, sus estragos, viniendo á ser este pueblo, como el antiguo Assur, el látigo de la ira de Dios, quien lo levantaba para azotar á las naciones culpables de herejía ó de otros excesos, por cierto no pocas entonces; de manera que á la órden de la Providencia volaban esas hordas vengadoras á cualquier parte donde habia algun correctivo sério que aplicar.

Desde principios del siglo VIII el Egipto y las costas africanas, reas de herejía, sintieron descargarse sobre ellas la mano de Dios, pues invadiendo los musulmanes aquellos países poco antes tan prósperos y venturosos, bien pronto montones de ruinas, una durísima

servidumbre y la barbarie por remate fueron el pago, que aun sufren, de haber sacudido el yugo de Jesucristo. Á poco tiempo otro delito los atrajo á Europa: tratábase de castigar la rebeldía de unos príncipes contra el rey su padre, y la impudicicia escandalosa sentada en el trono de España. Pasan, pues, los árabes el estrecho, y descolgándose sobre la Península invaden aquel hermoso suelo; y la sangre de los Mártires corre á torrentes... Sin embargo, al igual que los asirios suscitados por Dios para castigar á los judíos cuando se desviaban de la línea del deber, los árabes quisieron excederse de su mision y exterminar á todos los pueblos cristianos; pero aquel Dios que dijo al mar: No pasarás de este límite, y aquí estrellarás el orgullo de tus oleadas; supo tambien poner un dique al torrente que amenazaba inundar la Europa, y su Providencia llamó á otro pueblo que fue siempre protector de la Iglesia y escogido al parecer entre los demás para contener los progresos de la morisma; pues no solo los contuvo en esta ocasion, sino que tres siglos mas adelante tomó la iniciativa de la gran cruzada contra el Oriente. Era este pueblo la Francia, la cual justamente puede envanecerse de que sin su esfuerzo [1] la Europa iba á quedar subyugada y reducida para siempre al estado de la mayor abyeccion.

El año 732, los árabes de España conducidos por su rey Abderraman penetran en Francia por dos puntos á la vez: hácia la derecha avanzan siguiendo el curso del Ródano y el Saona hasta el Yona, apoderándose de Aviñon, Viviers, Valence, Lyon, Macon, Chalons, Besanzon, Dijon y Auxerre, saqueando de paso el célebre monasterio de Luxeuil, é inmolando á su abad Mellin con todos los demás religiosos, de suerte que esta santa casa quedó huérfana y sin culto por espacio de quince años, y últimamente fueron á poner sitio á Sens; pero los habitantes dirigidos por su santo Prelado hicieron una salida tan vigorosa que los desbarataron, poniendo coto á sus fecho-

[1] ¿Con qué *sin el esfuerzo de la Francia* (que se reduce á una ó dos batallas), *la Europa hubiera quedado subyugada y reducida para siempre al estado de la mayor abyeccion?...* ¡Singular orgullo de los galo-francos!... ¿Y los *esfuerzos* de la España por espacio de SETECIENTOS AÑOS coronados con el mas colosal y completo triunfo, para nada cuentan en la balanza de la Europa? ¡Pobre Francia y pobre Europa si la España hubiese humillado su noble cerviz ante la media Luna!... ¡pobre Francia y pobre Europa si la España no hubiese opuesto con inimitable constancia su invencible espada al cási invencible entonces alfanje sarraceno!!! *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

rías por aquel lado. Hácia la izquierda acometieron la Aquitania, penetraron en Oleron, Auch, Bayona, Burdeos, Perigueux y Poitiers, abrasando doquiera los templos y sembrando la desolacion y la muerte. Salióles allí al encuentro Cárlos Martel, rey francés, el cual despues de escaramucear seis ó siete dias, les libró una gran batalla, quedando Abderraman muerto y su hueste derrotada, de cuyas resultas salieron tan escarmentados los árabes, que nunca mas osaron pisar el suelo francés. Ocurrió esta señalada victoria junto á Poitiers, un sábado de octubre del año 732 [1].

Sin embargo, la relajacion y los escándalos harto reiterados de los Cristianos en aquella época demandaban una reparacion; por esto la divina Providencia, obrando como suele, colocó la víctima inocente al lado del crímen, por cuyo medio la cólera del cielo se aplaca, y los afectos de nuestro corazon estragado por el culpable amor de las criaturas vuelven á contraerse á los solos bienes dignos de nosotros. Entre esas víctimas expiatorias es preciso enumerar todos los piadosos cenobitas y santos obispos que florecian en aquella época, y en particular los gloriosos Mártires cuya sangre corrió al golpe de los alfanjes sarracenos, señaladamente los religiosos de Lerins.

Lerins es una isleta del Mediterráneo cercana á las costas de Francia. En ella habia un monasterio famoso por la santidad é ilustracion de sus monjes, cuyo abad san Porcario conociendo por revelacion la cercana ruina de su convento, exhortó á sus discípulos á morir generosamente por la fe, escondió las reliquias de la iglesia y mandó embarcar para Italia los mas jóvenes religiosos, en número de treinta y seis, y además diez y seis niños que estaban á pension. Otros dos religiosos, Eleuterio y Columbo, no pudiendo decidirse á arrostrar la muerte á pesar de las exhortaciones del Abad, fueron á esconderse en una cueva de la costa; pero los demás, sostenidos por el ejemplo de su jefe y fortalecidos por la Comunion y la oracion, aguardaron impávidos la muerte. Llegan los árabes, asaltan la abadía, que encuentran indefensa, y aprisionando á sus quinientos religiosos empiezan por atormentar separadamente á los ancianos con objeto de intimidar á los jóvenes, á quienes prometen maravillas para que abracen su religion; pero ni uno solo quiere renegar la fe por conservar su vida, y todos perecen en medio de los tormentos. Columbo, avergonzado de su timidez, corre tambien á juntarse con sus

[1] Fleury, lib. XLVII; Godescard, 5 de junio.

compañeros, y logra participar de su triunfo. Solo cuatro quedaron con vida, á los que por ser jóvenes y bien fornidos, embarcaron los árabes en la capitana de su flota; y despues de haber echado abajo la iglesia y arrasado todas las dependencias del monasterio, hiciéronse á la vela, y fueron á dar fondo en el puerto de Agat en Provenza.

Los cuatro religiosos cautivos lograron evadirse del buque y se refugiaron en un bosque inmediato, por el cual vagaron durante la noche, hasta llegar á Arluc, monasterio de monjas, junto á Antibes, que dependia de los abades de Lerins; mas al amanecer habiendo cogido una barca se volvieron á su isla, donde encontraron los cadáveres de sus hermanos tendidos por el suelo. Al eco de los lamentos que les arrancaba tan doloroso espectáculo, salió de su escondite Eleuterio, y se les juntó para ayudarles á rendir los últimos obsequios á aquellos infelices; despues de lo cual pasaron á Italia á recoger los que allí habia enviado el difunto Abad, y volviéndose restablecieron el convento, y eligieron por nuevo director á Eleuterio.

El Señor, tan bueno como adorable en sus varios consejos sobre los hijos de los hombres, al paso que tributaba á unos la corona de los Mártires, rodeaba á los otros con su visible proteccion. Derrotados por Cárlos Martel, los sarracenos siguieron cometiendo grandes fechorías en su retirada, no perdiendo ocasion de asesinar cristianos y abrasar los monasterios y santuarios con que tropezaban. San Pardojio era á la sazon abad de Gueret capital de la Marca, y como llegase la noticia de que los enemigos se acercaban al monasterio, este venerable anciano dijo á sus religiosos con mucha calma: «Hijos «mios, si se detienen á las puertas de esta casa, dadles de comer y «beber, porque vendrán fatigados del camino.» Los religiosos, temiendo por sus dias y por los del santo Abad, prepararon un carro cubierto y se lo pusieron delante para conducirle á lugares retirados; pero el santo varon dijo rotundamente que no saldria con vida del monasterio. Entonces los religiosos se escaparon, dejándole solo con su intrepidez y con un servidor llamado Eufrasio, el cual se escondió para ver lo que sucederia. Cuando oyó llegar á los enemigos corrió á dar aviso al santo Abad, diciendo: «¡Padre mio, ya vienen; «no dejeis de encomendaros á Dios!» El anciano se arrodilla y dice: «¡Señor, disipa á esta nacion, y no permitas que hoy penetre en el «monasterio!» En efecto, llegados los infieles á la puerta, se detuvie-

ron de impróviso, y habiendo discurrido largo rato en su idioma, siguieron adelante su camino sin cometer ningun desman.

Libre ya la Iglesia de árabes [1], un contrario mas terrible surgió nuevamente para su tribulacion: los infieles hacen mártires; pero la herejía hace apóstatas; error cruel que tambien esta vez salió de la maldecida tierra de Oriente, y tanto mas trascendental cuanto nació del mismo soberano. Habíanse visto ya emperadores patrocinando la herejía, pero ahora se vió erigirse uno en jefe de secta.

Leon el Isaurio fue promovido al solio por sus bélicas cualidades. Nacido en el campo y criado entre las armas, era uno de los hombres mas rudos, y sin embargo tuvo la loca pretension de constituirse reformador. Habiendo dejado persuadirse por los árabes y por un cristiano renegado, que el culto que se daba á las imágenes de Dios y de los Santos era una idolatría, dominado de esta idea, en el año décimo de su imperio dió un edicto mandando quitar de los templos las imágenes de Jesucristo, de María santísima y de los Santos. Una medida tan contraria á la práctica constante y universal de la Iglesia excitó un descontento general, de modo que el pueblo de Constantinopla murmuró en alta voz, y su patriarca san German se opuso tenaz á la ejecucion del edicto.

Empezó tratando de despreocupar al Emperador en conversaciones particulares, haciéndole ver que el culto que se da á las imágenes se refiere á los originales que representan, así como se honra al rey en sus retratos; que este culto relativo se habia tributado sin cesar á las imágenes de Nuestro Señor y de su Madre santísima desde el tiempo de los Apóstoles, y que era impía temeridad conculcar una tradicion tan antigua y arraigada; pero el Emperador, que ignoraba los rudimentos de la doctrina cristiana, permaneció firme en su empeño. El Patriarca entonces informó al papa Gregorio II de lo que en Constantinopla pasaba, al mismo tiempo que el Emperador enviaba su edicto á Roma para que allí se pusiera en ejecucion. El Pontífice respondió al Patriarca felicitándole por su teson en combatir la naciente herejía, y sin tardanza convocó una asamblea de obispos que la condenaron; escribió tambien al Em-

[1] De que la Francia quedase *libre de árabes* ¿se sigue acaso que la Iglesia lo quedase tambien? ¿No infestaban todavía, y no infestaron por largos siglos la España? ¿Ó será tal vez que *Francia* é *Iglesia* son sinónimos para el autor? (*Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).



perador con mucha entereza advirtiéndole que á los obispos y no á los reyes es á quienes incumbe juzgar en materias de religion.

El Emperador llevó á mal estas sábias increpaciones, y empeñóse mas y mas en llevar á cabo su mandato. Hacia quemar las imágenes en medio de las plazas, y blanquear las paredes pintadas de Santos, y entre otras cosas mandó astillar á hachazos un gran Crucifijo que Constantino despues de su victoria colocara encima de la puerta del palacio imperial; desman sacrílego que costó la vida al oficial que lo dirigia. Irritado el Emperador tiranizó al pueblo, desterró al santo patriarca German, y condenó á muerte á los mas ardientes defensores de las santas imágenes.

Viendo que todo era inútil, procuró atraer á su partido á los letrados que cuidaban de la biblioteca imperial; y como tampoco pudiese lograrlo ni con promesas ni con amenazas, mandó encerrarlos en la misma biblioteca, y hacinando al rededor leña y otras materias combustibles, lo abrasó todo de una vez. Á mas de las personas, perdiéronse en esta ocasion medallas y cuadros sin número y mas de treinta mil volúmenes. Gregorio II y Gregorio III excomulgaron al bárbaro Monarca, el cual echándola de bravo quiso vengarse, y equipó una flota que hizo salir para Italia; pero naufragó en el mar Adriático, y el mismo tirano falleció poco tiempo despues en 741, siendo considerado como un verdadero azote de la Religion y de la humanidad.

Sucedióle su hijo Constantino *Coprónimo,* quien, si cruel fue su antecesor contra las imágenes y sus devotos, obró como furioso en continuar la persecucion, pues hacia arrancar ojos y narices á los Católicos, y despedazarlos á latigazos precipitándoles despues en el mar. Los religiosos eran particularmente el blanco de la ojeriza de este impío Monarca, no habiendo ultraje y martirio que no les infiriera, con tal refinamiento, que hacia quemar sus barbas untadas de pez y resina, y estrellar sobre sus cabezas las tablas pintadas de imágenes. Estas barbaridades le divertian de manera, que él mismo queria presidir las ejecuciones y ver derramar sangre, y al intento hizo levantar un tablado á las puertas de la ciudad, desde donde, nuevo Neron, rodeado de sus verdugos y con todo el boato imperial, torturaba á los Católicos y recreaba su vista con un espectáculo que únicamente para él y sus viles cortesanos podia dejar de ser horrible.

Vivia entonces cerca de Nicomedia un santo abad llamado Estéban, muy acreditado por su virtud entre el pueblo: el Emperador, deseando hacérselo suyo, le hizo conducir á Constantinopla, y se encargó de interrogarle él mismo, lisonjeándose de que lo enredaria con sus argumentos, pues presumia de hábil ergotista. Entablando, pues, su polémica con el venerable anciano le dice: ¿Cómo no comprendes, criatura estúpida, qué se puede pisotear una imágen de Jesucristo, sin irrogarle ofensa á él mismo? Estéban sin responder se adelanta, y presentando una moneda con el busto imperial observa: ¿Luego yo puedo hacer lo propio con esta imágen sin quebrantar el respeto que os debo? y esto diciendo arroja la moneda y la huella con sus piés. Los cortesanos al ver esto se abalanzan contra él para maltratarle, pero Estéban suspirando exclama: ¡Cómo! es delito digno de muerte ultrajar la imágen de un príncipe de la tierra, ¿y no lo será pisotear la del Rey de los cielos? Á esto nada podia contestarse, ni se contestó; pero la pérdida del anciano quedó resuelta, y arrastrado á un calabozo al cabo de tiempo falleció de mala muerte.

La persecucion fué tomando creces, y todas las ciudades del imperio se tiñeron en sangre de los Mártires. Esta guerra contra el culto de los Santos es notable, por cuanto prueba que ninguno de nuestros dogmas ha dejado de recibir su sangriento bautismo: ¿puede desearse mas brillante testimonio de la verdad? Sin embargo la mano de Dios se descargó contra el tirano, que tambien debia atestiguar la divinidad del Cristianismo, convirtiéndose en padron de la divina justicia que habia ultrajado. En una expedicion contra los búlgaros sintió devorar sus piernas por grandes úlceras y carbunclos con una calentura y unos dolores tan intensos, que perdia el seso, quedándole apenas la lucidez suficiente para conocer con desesperacion la proximidad del juicio de Dios. Embarcáronle en un buque con ánimo de volverle á Constantinopla; pero no tuvo tiempo de llegar: el dia 1.° de setiembre de 775 falleció gritando que se abrasaba vivo, y que ya sentia en su cuerpo las llamaradas infernales, en castigo de las blasfemias que se permitiera contra la Madre de Dios. Tal fue la suerte de este Emperador, suerte tremenda y bien propia para contener á los reyes que trataren de seguir tan desgraciada senda.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber consolado á vuestra Iglesia atrayendo á la fe nuevos pueblos en reemplazo de los que la herejía le arrebataba: no permitais que abusemos de vuestras gracias, para que las transfirais á otros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tendré sumo respeto á las santas imágenes.*

LECCION XXXII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VIII Y IX).

La Iglesia consolada y defendida : san Juan Damasceno ; segundo concilio general de Nicea. — La Iglesia propagada : conversion de Dinamarca y de Suecia ; san Anscario. — Atacada en España por los árabes. — Defendida por sus Mártires : san Eulogio. — Propagada : conversion de los búlgaros.

Padecer persecucion, tal es el destino de la verdad en la tierra, desde el pecado original, y en todo tiempo los que la han predicado fueron objeto de animadversion. No se habrá olvidado lo que á los Profetas costó anunciarla á los judíos; el mismo Hijo de Dios, verdad viviente, tuvo que apurar en su persona toda la protervia de los hombres envilecidos, siendo un verdadero hombre de dolores; igual suerte cupo á los Apóstoles, y la divina Esposa del Hombre-Dios, la Iglesia católica, llevará eternamente ceñida en su frente una corona de espinas. Mas si por un lado la verdad es combatida sin cesar, por otro es sin cesar defendida, de manera que en esta lucha perdurable la victoria queda y no puede menos de quedar por ella, conforme nos lo demuestran los siglos que hemos recorrido, y nos lo demostrarán los subsiguientes; para que siempre con verdad pueda decirse, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Mientras los emperadores Leon y Constantino, verdaderos heresiarcas coronados, atacaban con virulencia el culto de las santas imágenes, Dios suscitó nuevos paladines de la verdad, entre ellos el ya citado san German patriarca de Constantinopla, y los papas Gregorio II y Gregorio III; pero otro ilustre Padre descuella en primera línea, cuya potente voz resonó en el universo y conmovió hasta sus cimientos el edificio del error.

Este personaje, formado expresamente para defensa del culto, fue san Juan, apellidado el Damasceno, por ser natural de Damasco, capital de la Celesiria. Oriundo de una familia noble y antigua, su padre, bien que celosísimo cristiano, era muy apreciado de los ára-

bes, señores ya de la Palestina y de la Siria, y por su cuna, talento y probidad eleváronle á los primeros empleos los emperadores musulmanes. Nombrado secretario de Estado, el piadoso ministro tuvo que redoblar su fervor y vigilancia sobre sí mismo, á proporcion del mayor peligro que corria, atendiendo en especial á la educacion del niño, cuya inocencia y religiosidad se hallaban tan expuestas en la corte de unos soberanos infieles.

Dios, que nunca deja sin premio el mérito de sus servidores, vino en ayuda de este virtuoso padre proporcionándole por medio de una obra caritativa un digno maestro para su hijo. Entre varios cautivos que rescató hubo uno, llamado Cosme, religioso tan recomendable por su virtud como por su doctrina, el cual se prestó de buen grado á criar al hijo de su bienhechor, echando el resto para corresponder á la confianza en él depositada. Gracias á los ilustrados desvelos del maestro, no menos que á las aventajadas disposiciones del discípulo, Juan llegó á ser un hombre tan hábil como virtuoso; honrado entre los árabes lo mismo que su padre, obtuvo el gobierno de Damasco; y ¡ cosa rara ! su virtud y capacidad eran tan generalmente reconocidas, que disfrutó el favor del príncipe sin excitar ajenas envidias; cosa que redundó en grandísimo provecho de la Religion.

Hallábase sin embargo muy expuesto en medio de los peligros que le rodeaban, y conociendo cuán difícil es mantenerse bueno en la abundancia y en el seno de los placeres, resolvió dimitir su empleo y retirarse del mundo. Repartidos, pues, sus bienes á los pobres y á las iglesias, pasó secretamente á la laura de San Sabas, cerca de Jerusalen, y presentándose al superior, este le dió por maestro un anciano religioso de mucha práctica en la direccion de las almas, bajo cuya tutela el fervoroso novicio avanzó á grandes pasos en el camino de la perfeccion; pues á fin de probarle y aquilatar su obediencia, sujetábale aquel diariamente á toda clase de mortificaciones.

Entre otras cosas, mandóle un dia que fuese á Damasco á vender cestos, con la prevencion de que no los diera á menos de cierto precio, que le indicó, y que era exorbitante. ¿No te parece, lector, una sutil manera de apurar la paciencia de un hombre? El Santo, sin embargo, humilde como un niño, obedeció sin murmurar, y vestido en traje pobre se fué á Damasco donde tanto tiempo habia

vivido en medio de la esplendidez. Cuando le pedian el precio de su mercancía, respondia con arreglo á las instrucciones recibidas, pero tratábanle de delirante y llenábanle de improperios, los que sufria con la mayor resignacion. Últimamente, acertando á pasar un antiguo criado suyo, lastimóse este y le compró todos los cestos por el precio que exigia. Así triunfó de la vanidad, contra cuya pasion su director procuraba premunirle de todos modos.

Elevado al sacerdocio, y no teniendo ya que temer de aquella presuncion secreta que aun en los escritores cristianos ofusca no pocas veces todo el mérito de sus vigilias y trabajos, recibió la órden de tomar la pluma para sostener la fe, atacada por los Iconoclastas. Escribió, pues, sus tres célebres *Discursos sobre las imágenes*, en el primero de los cuales parte del principio de que, siendo la Iglesia infalible, no hay temor de que jamás caiga en la idolatría; y refutando de paso las objeciones de los herejes, les pregunta: ¿Por qué rehusais dar culto á las imágenes, cuando por otro lado honrais al Dios del Calvario, la losa del Santo Sepulcro, el libro de los Evangelios, la cruz y los vasos sagrados? En el segundo demuestra que no debe hacerse ningun caso de los edictos imperiales acerca de esta materia; y en el tercero aduce gran número de textos de los santos Padres en apoyo de la doctrina católica.

Misionero y apologista, el ilustre Santo no solo escribió contra los Iconoclastas, sino que recorrió la Palestina para consolar á los fieles perseguidos, y con el propio objeto pasó á Constantinopla sin arredrarle la prepotencia de Constantino Coprónimo, caloroso fautor de la herejía. Retirado otra vez á su celda, falleció el año 780, volando á recibir en el cielo el galardon de su humildad y de su entusiasmo en defensa de la Iglesia [1].

[1] Véase Fleury, lib. LXII; D. Cellier, t. XVIII, pág. 110, y Godescard, al 6 de mayo. Las principales obras de san Juan Damasceno son:

1.° Los *Discursos sobre las imágenes;*

2.° El *Libro de la fe ortodoxa*, en el cual todas las verdades católicas se hallan enlazadas de tal modo, que viene á constituir un curso completo de teología;

3.° El *Libro de los vicios capitales*, que despues de definirlos y analizarlos, presenta los medios de contrastarlos y destruirlos;

4.° El *Libro de la dialéctica*, obra que ha hecho considerar á este Santo como inventor del método adoptado despues en las escuelas teológicas, é introducido por san Anselmo entre los latinos. Cave, famoso ministro protestante, dice que no merece llamarse hombre juicioso el que no admire en los escritos

La autorizada voz de san Juan, junto con las reclamaciones de todos los Católicos, fue oida al cabo: la emperatriz Irene, á la sazon regenta del Imperio, se apresuró á escribir al papa Adriano que convocara un concilio para proscribir la herejía de sus parciales; y accediendo Su Santidad, juntáronse los obispos de las varias provincias del Imperio en número de trescientos setenta en la ciudad de Nicea, célebre ya por haberse reunido en ella el primer concilio ecuménico. Refutadas las objeciones de los Iconoclastas ó destructores de imágenes, se confundió é impuso silencio á esta herejía, fallando los Padres, despues de protestar su respetuosa adhesion á los concilios anteriores, en los términos siguientes: «Decidimos que las imágenes «se expondrán no solo en las iglesias, en los vasos sagrados, en los «ornamentos y en los muros, sino tambien en las casas particulares «y en los caminos, pues cuanto mas repetido se vea á Jesucristo, á «su Madre santísima, á los Apóstoles y á los Santos, mas fácil será «pensár en los modelos, y acostumbrarse á venerarlos. Se prestará «á estas imágenes acatamiento y honor, mas no el culto de latría «que solo pertenece á la naturaleza divina, y se las precederá con «incienso y luces, conforme se acostumbra hacer con la cruz, el «Evangelio y otros objetos sagrados, porque el obsequio dirigido á «la imágen se contrae al objeto que ella representa. Tal es la doctri«na de los Padres y de la Iglesia católica.» Sigue á continuacion el anatema contra los Iconoclastas, y en la suscripcion caléndanse los legados del Sumo Pontífice y los referidos obispos. Así acabó esta herejía sanguinaria: ¿por qué secreto arcano los supuestos reformistas del siglo XVI, siguiendo las huellas de estos antiguos fanáticos, hubieron de renovarla con el mismo exceso de impiedad, de crueldad y de furor?

Pasemos ahora del siglo VIII al IX, disponiéndonos á nuevos sentimientos de admiracion y gratitud hácia la Providencia que vela por la Iglesia. Declarados perseguidores ó defensores ineficaces de la Religion los emperadores bizantinos, vióse pasar la corona de Occidente á una de las testas mas dignas que la hubiesen ceñido: Carlomagno, poderoso soberano de Francia, consagrado emperador en Roma

de san Juan Damasceno su erudicion extraordinaria, la exactitud y prevision de sus ideas y la vehemencia poco comun de sus raciocinios.

El P. Lequien, dominico, dió á luz una buena edicion de las obras de este Santo, 2 tomos en fólio, año 1712.



el dia de Navidad del año 800. Protector infatigable de la Religion durante un imperio dilatado y glorioso, los estudios reflorecieron bajo su gobierno, las ciencias recobraron su perdido lustre, y fundáronse aulas en todas las catedrales y grandes abadías del reino. Al mismo tiempo que la Religion prosperaba en el interior, este gran Monarca no perdia ocasion de llevar el Evangelio mas allá de sus fronteras; y como los sajones, entre otros, hacia tiempo osaban permitirse incursiones en sus dominios, llevó á cabo para reprimirlos una guerra, cuyo resultado fue la conversion de aquel pueblo. Los sajones á la verdad se resistieron por algun tiempo, pero últimamente abrazaron la religion cristiana, y esto bastó para que el gran Cárlos les perdonara sus revueltas interminables.

Á la conversion de los sajones siguió la de varios otros pueblos del Norte, por cuyo medio la Iglesia fué subsanando las pérdidas que el Mahometismo y la herejía le irrogaban en Oriente y en el Mediodía, pudiendo hasta decirse que se indemnizó préviamente de las que en breve iba á sufrir.

Lleva san Anscario las luces del Evangelio á Dinamarca y á Suecia, otra vez para gloria y honor de los Benedictinos; pues este Santo era monje de la abadía de Corbie en Picardía. Haroldo, rey de Dinamarca, bautizado solemnemente en la corte de Ludovico Pio, pidió algunos celosos misioneros para que le acompañaran á su país, y diósele entre otros al Santo de quien hablamos, cuyo único anhelo era engrandecer el reino de Jesucristo. Empleándose con éxito en la conversion de los idólatras, ideó un medio eficaz para perpetuar el fruto de sus predicaciones, y fue comprar esclavos jóvenes á los cuales instruia en el conocimiento del Dios verdadero, haciendo de ellos unos misioneros domésticos, con cuyo auxilio logró formar en Dinamarca numeroso proselitismo.

Mientras iba en aumento esta mision, el Rey de Suecia pidió tambien á Ludovico que le enviara apóstoles para anunciar el Evangelio en sus Estados. El Monarca francés, que no deseaba otra cosa, hizo preguntar al abad de Corbie si tendria algun religioso que quisiera pasar á Suecia, y como cabalmente se hallaba en el monasterio Anscario que habia regresado por asuntos de la mision, hecha la propuesta aceptó este nuevo encargo. Presentado al Emperador con otro religioso que se le dió por colega, recibieron varios regalos para el Rey de Suecia, y se embarcaron; pero robáronles en la trave-

sía unos piratas, de modo que privados de todo recurso hubieran tenido que volverse á no ser el celo de nuestro Santo, el cual poniéndose en manos de la Providencia resolvió pasar adelante. Seguido, pues, de su compañero continuó á pié un camino erizado de dificultades, teniendo entre otras cosas que cruzar muchas veces grandes brazos de mar en pequeñas navecillas, flotando á merced del que manda á los vientos y á las tempestades. Llegaron, por fin, á Suecia sin traer encima otra cosa que la buena nueva de salud; no obstante el Rey los recibió con mucho agasajo, y poniendo de contado manos á la obra, en breve sus trabajos fueron coronados con el éxito mas lisonjero.

Uno de los primeros convertidos fue el gobernador de la capital, magnate muy querido del Rey, quien mandó labrar una iglesia dando pruebas de la mas sincera piedad, y perseverando siempre en la fe que habia abrazado. Cuando ya hubo suficiente número de cristianos, estableciόse en Hamburgo una sede arzobispal, cuyo primer titular fue Anscario. El ardor del nuevo Prelado era infatigable; su vida austerísima, pues solo se mantenia de pan y agua, y su caridad con los pobres tan excesiva, que su mayor gusto era lavarles los piés y servirles en la mesa. El Señor, en premio, le concedió el don de milagros, pues sanó varios enfermos con la eficacia de sus oraciones, si bien su piedad no le dejaba aun atribuírselos. Habiendo sido la gran ambicion de su vida derramar su sangre por la fe, cuando se vió acometido de la enfermedad que le llevó al sepulcro, púsose inconsolable: «¡Mis pecados, exclamaba, mis pecados son «los que me privan de la gracia del martirio!» Sintiendo acercarse su hora, reunió las fuerzas que le quedaban para exhortar á sus discípulos á servir á Dios fielmente, y á sostener su querida mision; y habiendo cerrado los ojos dió su espíritu al Criador á los sesenta y siete años de edad [1].

Mientras la barbarie de las razas septentrionales se doblegaba bajo el celo de los misioneros, el fanatismo musulman era vencido en España por el valor de los Mártires. Dueña la morisma de gran parte de aquel hermoso suelo, uno de sus especiales cuidados fue apagar la fe que en él ardia, siendo los Cristianos objeto de violentas persecuciones. Muchos vertieron su sangre en defensa del Cristianismo,

[1] Godescard, al 3 de febrero; Fleury, lib. I, 1 y sig.; *Compendio de la historia de la Iglesia*, pág. 260.

entre otros san Perfecto, santa Coloma y san Eulogio; este último, oriundo de una de las principales familias de Córdoba, habiendo pasado su infancia entre los clérigos de la ciudad, fue ascendido por su virtud y sabiduría al sacerdocio y á la direccion de la escuela eclesiástica cordobesa que era celebérrima entonces. El sábio director santificaba sus estudios por medio de oraciones, ayunos y vigilias; su humildad, dulzura y caridad le atraian el afecto y la veneracion de cuantos le trataban, y era asiduo en visitar los monasterios, para adiestrarse en la perfeccion bajo los cumplidos modelos que en ellos se albergaban.

En esto el rey Abderraman III encendió una violenta persecucion contra los fieles, y el obispo de Córdoba con otros muchos sacerdotes y particulares fue encerrado en una mazmorra oscura. Entre los sacerdotes presos figuraba Eulogio, cuyo único delito consistia en alentar á los Mártires con sus consejos, y cuya única ocupacion durante su encarcelamiento se redujo á componer su *Exhortacion á los Mártires*, dedicada á las vírgenes Flora y María, que fueron decapitadas el año siguiente. Seis dias despues del martirio de estas Santas, Eulogio y sus compañeros salieron libres, cuya circunstancia les hizo atribuir con razon este beneficio á las súplicas que las santas Mártires habian prometido elevar por ellos en el cielo.

Por fallecimiento del Arzobispo de Toledo, eligióse unánimemente en sucesor á Eulogio; pero no sobrevivió mucho á su eleccion. Avivada la persecucion bajo Mohamad, sucesor de Abderraman, prendiéronle de nuevo, y padeció martirio el que á tantos cristianos habia esforzado á padecerlo. Hé aquí lo que motivó semejante desenlace:

Una doncella llamada Leocricia, de ilustre familia muzlime, habia sido instruida desde niña en las verdades de la Religion por una parienta suya, que aun tuvo medio para hacerla bautizar. Los padres, sabedores de esto, maltrataban noche y dia á la pobrecita para hacerla renunciar á su fe; pero firme ella, cual debemos serlo todos tratándose del cumplimiento de los deberes cristianos, contentábase con responder humilde, que antes importa obedecer á Dios que á los hombres. Habiendo dado secreto aviso de lo que pasaba al sacerdote Eulogio y á su hermana Ancelona, pidió retirarse á algun lugar donde libremente se pudiera consagrar á sus prácticas. Eulogio le indicó con cautela el modo de salir de la casa paterna, y por

algun tiempo la tuvo escondida en la de amigos fieles á toda prueba; pero los padres, desesperados, pusieron tanto empeño y diéronse tan buena maña en buscarla, que al cabo dieron con ella. Arrestado Eulogio y conducido con Leocricia ante un cadí ó juez, preguntóle este por qué razon habia apartado á una inocente doncella de la obediencia que á sus padres debia: Eulogio le demostró que hay casos en que la desobediencia á los padres se convierte en deber, y se adelantó á ofrecer enseñarle la via del cielo y que Mahoma era un impostor. Indignado el juez, dijo que le haria matar á palos, pero despreciando los tormentos, nuestro Santo proclamó en alta voz su fe religiosa, y su deseo de permanecer en ella. Viendo tanta entereza, el cadí le remitió al alcázar, para que le juzgara el Consejo real.

Uno de los consejeros, tomándole aparte, le dijo: Eso de correr ciegamente á la muerte es cosa de ignorante gentecilla; pero un hombre ilustrado como tú no debe caer en semejante desvarío. Créeme, acomódate á las circunstancias; solo se te pide una palabra, y despues serás libre de seguir observando tu religion, pues te aseguro que no te molestarémos mas. — Amigo, respondió Eulogio, si tuvieras una ligera idea de los galardones prometidos á los Cristianos, pronto renunciarias á todos los logros temporales para conseguir aquellos; y de paso comenzó á demostrar al Consejo la verdad del Cristianismo, pero desoyendo sus razones le condenaron á la decapitacion. Cuando marchaba al suplicio un esbirro le dió un bofeton porque habia hablado mal de Mahoma, y por respuesta presentó la otra mejilla y recibió otro con la mayor paciencia. Consumado alegremente su glorioso martirio, Leocricia fue asimismo decapitada cuatro dias despues, recogiendo los Cristianos sus cuerpos, á los que dieron honrosa sepultura.

La sangre de los Mártires vertida en España fue, cual en todo tiempo, un semillero de nuevos cristianos. Entre tanto los búlgaros, nacion poderosa y fiera establecida en el Norte de Europa cerca del Asia, á beneficio de la Religion van á ser convertidos de bravos leones en unos hombres llenos de suavidad é inocencia.

Durante cierta guerra que sostuvieron contra Teófilo, emperador de Oriente, perdieron una gran batalla, y entre los prisioneros se halló la hermana de su rey. Llevada á Constantinopla permaneció allí treinta y ocho años, en cuyo tiempo se hizo instruir en la religion cristiana y recibió el Bautismo, y, recobrada su libertad, vol-

vió al país natal cerca del rey su hermano. Allí empezó á hablar á este del Cristianismo exhortándole á abrazarlo; conmovido ya el monarca, una circunstancia providencial pareció venir en ayuda de la piadosa Princesa. Declárase en Bulgaria un funesto contagio, y dirigiéndose el rey al Dios de su hermana, cual en otro tiempo se dirigió Clodoveo al de Clotilde, cesa el azote cási de repente. Convencido el rey á vista de tal prodigio, contiénese sin embargo por miedo de una sublevacion entre sus vasallos, los cuales estaban muy apegados á sus supersticiones.

Así las cosas, san Cirilo, que andaba predicando el Evangelio por las naciones vecinas, recibió órden de penetrar en Bulgaria. El rey al principio resistió los discursos del Misionero, como habia resistido los de su hermana, pero finalmente sonó la hora de la gracia: queriendo hacer pintar una galería de su palacio, pidió un artista hábil al emperador de Constantinopla, quien le envió el santo monje Método ó Metodio, hermano de Cirilo, muy diestro en el arte, el cual llegado al palacio de Bógoris (tal era el nombre del rey búlgaro), invitado por este á elegir entre otras cosas un asunto que aterrase á los espectadores, representó el juicio final con todas sus espantosas circunstancias. Concluida su obra, descorre súbitamente una cortina que la cubria, en presencia del rey: túrbase este al ver el cuadro, y sobre todo al oir su explicacion, y no pudiendo resistir mas, correspondiendo á la gracia que le habla por medio de aquel objeto sensible, pide con instancia ser instruido en los misterios de la Religion. Metodio esclarece sus dudas y le da cuantas instrucciones pudiera necesitar, y aquella misma noche queda el rey bautizado recibiendo el nombre de Miguel.

Cuando los búlgaros tuvieron noticia de lo sucedido, atacaron tumultuosamente la real morada; pero Miguel, puesta su confianza en Dios, juntó á sus guardias y arrolló á los rebeldes. Sin embargo la fermentacion duró poco, calmáronse los ánimos, el pueblo fué olvidando sus preocupaciones, y dócil á la voz de los predicadores evangélicos acabó por recibir el Bautismo á ejemplo de su rey.

Miguel envió entonces embajadores al Sumo Pontífice, cual jefe de la Iglesia, en demanda de obreros evangélicos y en consulta sobre varios puntos de Religion y disciplina. Nicolao I, papa á la sazon, recibió cariñosamente á aquellos nuevos cristianos venidos de tan léjos para obtemperar á las instrucciones de la Santa Sede, y ha-

biéndoles dispensado cordial acogida, dió cabal respuesta á los puntos consultados, y despidió á los embajadores llenos de alborozo, en compañía de dos obispos muy autorizados por su virtud y saber.

Nada mas edificante que la conducta de aquellos pueblos tan recientemente convertidos; á la ferocidad, á las supersticiones groseras, crueles é infames, á los abominables vicios que entre ellos reinaban, sucedieron la dulzura, la concordia, la pureza de costumbres, y cuanto constituye la felicidad y la gloria, aun temporal, de una nacion, viéndose al mismo Miguel, primer rey cristiano de la Bulgaria, abdicar la corona con objeto de acabar sus dias en un monasterio. ¿Qué otra religion sino el Cristianismo, ni qué otros misioneros sino los católicos civilizaron á los pueblos ni obraron jamás tan estupendos milagros?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber manifestado la pujanza de vuestra gracia, convirtiendo á tantas naciones idólatras. Seguid convirtiendo á los pecadores que no os estiman, y á los herejes que os aprecian mal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *utilizaré todas mis dotes para la mayor gloria de Dios.*



LECCION XXXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS IX Y X).

La Iglesia atacada : cisma de Focio.— Defendida : concilio general de Constantinopla. — Propagada : conversion de los rusos y los normandos. — Afligida por grandes escándalos. — Consolada por grandes virtudes : víctimas expiatorias; fundacion de la célebre abadía de Cluny.

Al paso que la Iglesia echaba el resto con tal éxito y eficacia para comunicar á los pueblos del Norte el beneficio del Evangelio junto con el de la civilizacion y demás subsiguientes, el demonio redoblaba sus esfuerzos para tiranizar otra vez y sumir en el error á los pueblos del Oriente; cosa que por desgracia consiguió de sobras. Acercábase el tiempo en que ese Oriente, perpétuo altercador en materias de fe é incansable fautor de herejías, debia perder quizás ¡ay! para siempre la preciosa lumbrera de la verdad católica, de la que no supo aprovecharse. Así como el pueblo judáico, imágen de la Iglesia, vió segregarse sus tribus á consecuencia de un funesto cisma, tambien la Iglesia católica debió ver realizarse en ella esta tremenda figura : el Oriente iba á verse separado del Occidente, y á rasgar la túnica inconsútil de la Esposa de Jesucristo, aquella vestidura nupcial orlada de varios colores, símbolo de los pueblos diversos que habia de reunir en su materno seno.

Focio, primer causante de tan aciago cisma, era un sujeto poderoso de la corte bizantina, que á favor de intrigas y maquinaciones logró lanzar de la ciudad á su patriarca san Ignacio, y aunque no era mas que un simple lego, apoderarse de su silla, llevando el descaro hasta escribir á Nicolao I participándole su eleccion. Como mañoso nada olvidó para disponer al Papa á favor suyo, pues mintiendo modestia decia que su promocion á tan elevado puesto habia sido muy contra su voluntad, que lo habia resistido en gran manera, y que solo habia cedido á la fuerza, recibiendo la imposicion de manos sumido en un mar de lágimas. «En cuanto á Ignacio, decia en «conclusion, se ha retirado de plena voluntad á un monasterio, pa-

«ra acabar allí sus dias en plácido reposo, habiéndole obligado á ello «su mucha edad y sus dolencias.»

Entre tanto Ignacio gemia en un calabozo nauseabundo, sujeto al trato mas intolerable. El Papa no sabiendo por conducto de Ignacio ni de sus amigos nada de lo que pasaba, pues sus adversarios tenian buen cuidado de interceptar las comunicaciones, poniéndose en guardia suspendió todo juicio sobre la eleccion de Focio, hasta preceder un maduro exámen; pero al fin resplandeció la verdad. Ignacio encuentra medio de informar al Pontífice de lo acaecido en Constantinopla, y al punto el Papa declara nula la eleccion de Focio, reconociendo á Ignacio por el único y legítimo patriarca, dando parte de su resolucion al Emperador. Exasperado el intruso, sin poner ya diques á su enojo, atacó de frente á la Iglesia romana, echándole en cara ciertos puntos de disciplina que él mismo hasta entonces habia respetado cual legítimos é irreprensibles; la virulencia de sus palabras embraveció á sus parciales, y esta impía ojeriza, germinando por mucho tiempo cual semilla oculta en la tierra, produjo mas adelante el funesto cisma que todavía dura y que tan caro ha costado á los griegos. El Emperador por su lado, á fin de poner coto á tamaño escándalo, juntó en palacio á todos los obispos hallados en Constantinopla, y en virtud de su decision, destituyó á Focio haciéndole encerrar en un monasterio, al paso que Ignacio era reinstalado en la silla patriarcal con toda solemnidad.

Con el fin de reparar el quebranto de la Iglesia, Su Santidad pidió al soberano temporal que reuniese un concilio, y el Emperador accediendo le rogó que al momento enviase sus legados, haciendo pasar circulares á todos los Obispos del Imperio. Túvose este concilio en Constantinopla el año 869, con asistencia de ciento dos obispos, siendo el octavo general, y en él se condenó y anatematizó á Focio, reconociéndose la primacía de la Iglesia romana, y se formularon dos epístolas, una para el Papa en demanda de que confirmase con su autoridad los decretos del concilio haciendo que fuesen admitidos por todas las iglesias de Occidente, y otra enderezada al comun de los fieles para que se sometieran á los mismos decretos [1].

Así quedó cicatrizada la profunda llaga que la ambicion de Focio causó á la Iglesia: no era esta empero la primera vez en que la di-

[1] Véase Fleury, lib. LI y LIII.

vina Esposa de Jesucristo servia de blanco á los ataques del cisma y de la herejía; sin embargo la rabia del infierno no prevalecerá contra ella, pues así como el hacha de los Nerones y Dioclecianos no la impidió establecerse, el sofisma y la herejía nunca alcanzarán á derribarla, y habiendo triunfado siempre de las sectas pasadas, su victoria es una prenda de los triunfos que aun la esperan. Con decir que venció á todas las herejías, no entendemos conceder que estas le arrebatasen alguna vez parte de las verdades que recibió en depósito, bastando considerar que su Símbolo es el mismo ahora que antiguamente, y en vano se buscará en él una tilde de diferencia. Mas todavía: los grandes caractéres que han de hacerla reconocer al universo como única y legítima Esposa del Hombre-Dios, brillan actualmente con el mismo resplandor que antes; vamos á demostrarlo en pocas palabras. Cualesquiera que fuesen las creces de la herejía, la Iglesia nunca dejó de ser *católica* ó universal, pues ya hemos visto repetidamente que cuando perdia por un lado, ganaba por otro; nunca tampoco dejó de ser *apostólica*, esto es, de remontarse por una série visible y no interrumpida de pastores hasta san Pedro, á quien Jesucristo mismo constituyó jefe del apostolado; al paso que cualquier secta ofrece siempre roto algun eslabon de esta cadena, no pasando de su caudillo ó autor, el cual antes de segregarse debió ser educado en la Iglesia, y cuya segregacion fue estrepitosa, datando de una época cierta y conocida. Aun los paganos miraban á la Iglesia romana como el comun tronco de las demás sociedades disidentes, cual árbol siempre vivo que permanecia siendo íntegro á pesar de la separacion de sus ramas, titulándola con su nombre verdadero é incomunicable de *grande Iglesia*, é *Iglesia católica;* y por el contrario las sectas heréticas y divergentes han conservado el nombre de sus jefes como padron de novedad y estigma ignominioso impreso en su misma frente.

Conforme venció á las persecuciones y herejías, la Iglesia triunfó tambien de los escándalos; tercera prueba por la que habia de pasar. Conforme ya hemos visto, y verémos luego con mas evidencia, triunfó de los escándalos en cuanto su moral nunca ha dejado de ser santa, vedando toda especie de mal, proscribiéndolo hasta en sus ministros, condenando antes las mismas cosas que ahora, y engendrando sin cesar insignes Santos que han atajado como récios di-

ques el torrente de la iniquidad, demostrando en todos los siglos por milagros auténticos su santidad inalterable [1].

Volvamos ahora á las conquistas de la Iglesia. Mientras gemia sobre la intrusion escandalosa de Focio en la silla de Constantinopla, por el Norte recibia grandes motivos de consuelo. Acababa de asomar en las márgenes del Boristenes, hácia el confin septentrional de Europa, una nacion terrible, feroz, impía, sumida en las tinieblas mas densas de la idolatría: esta nacion era la de los rusos, gente diseminada por selvas y campos, mudando con frecuencia de morada como solian hacerlo los pueblos nómadas, y como todavía hacen los tártaros [2].

Para templar su fiereza y evitar que invadieran las provincias, el emperador Basilio les envió varios regalos, yendo allá entre los embajadores un virtuoso obispo ordenado por san Ignacio, el combatido patriarca de Constantinopla que acababa de volver á su puesto. ¿Quereis civilizar á los pueblos salvajes ó bárbaros? Enviadles obispos.

Apenas llegado, el santo misionero obró un milagro que hizo fecundas sus instrucciones. El jefe de los rusos convocó á su pueblo para determinar si dejarian su antigua religion, y estando en medio de los ancianos que componian su consejo y que eran los mas apegados á la idolatría, hizo llamar al obispo y le preguntó cuál era la doctrina que venia pregonando: el misionero les enseñó el libro de los *Evangelios*, y les refirió varios milagros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, entre los cuales el que mas chocó á la asamblea fue el de los tres mancebos ilesos en el horno. — Si nos haces ver, dijeron, alguna maravilla por el estilo, creerémos que nos enseñas la verdad. — No es lícito tentar á Dios, respondió el obispo; no obstante, si estais determinados á reconocer su pujanza, pedid lo que deseeis, y seguramente él os lo concederá por indignos que nosotros seamos. Los rusos pidieron que se echase á una hoguera, que de intento encendieron, el libro que tenia en las manos, prometiendo si salia ileso hacerse todos cristianos. El obispo, alzando manos y ojos al cielo, hizo esta deprecacion: «Señor mio Jesús, glorificad vuestro santo nombre en presencia de este pueblo.» Echaron, pues, el libro en un horno encendido, dejándole en él por largo rato, y cuan-

[1] Véase *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 176.

[2] Tal es el significado de la palabra *Ruso.*

do apagaron el fuego hallaron el libro entero y sin lesion, ni siquiera en los cantos ni en los broches. Á vista de tal milagro, suspensos los bárbaros pidieron á voces el Bautismo, y lo recibieron con efusion [1].

Dios ha reproducido de siglo en siglo y repite aun hoy dia los milagros que señalaron el establecimiento del Cristianismo; su brazo no se ha acortado, y cuando envia misioneros á un nuevo pueblo, opera en favor suyo los mismos prodigios que acompañaron á la predicacion de los Apóstoles [2]. Realizóse la conversion de los rusos el año 851, y esta gloriosa conquista cierra dignamente el siglo IX.

El X nos presenta otra no menos lisonjera y adecuada para convencernos de que aun en aquellos siglos llamados bárbaros la Iglesia rebosaba vigor y lozanía, sin dejar de dar curso á la obra de la civilizacion del mundo y de prohijar numerosa prole para su divino Esposo. Un siglo hacia que los normandos asolaban las provincias mas ricas de Europa: eran los normandos, ó sea *hombres del Norte*, unos bárbaros idólatras, que en sus barquichuelos de velas y remos bajaban de Dinamarca, Noruega y demás países limítrofes á hacer, doquiera podian, buena presa de efectos y esclavos. En Francia penetraron por las bocas del Sena y el Loira, saqueando á Ruan y Nantes, invadiendo gran número de monasterios, asolando vastos territorios, y concluidas sus fechorías habíanse amparado otra vez en sus buques cargados de despojos cuantiosos. Cási cada año llegaban nuevas flotas tripuladas por estos bárbaros, á quienes era imposible resistir, de modo que reinaba un espanto general.

El año de 859 descienden en mayor número, y habiendo entrado por el embocadero del Rhin, dan saco á la ciudad de Amiens y sus contornos, pasándolo todo á fuego y sangre, mientras otra seccion, rodeando la España, penetra por el Ródano y avanza hasta Valence, atropellándolo todo en su paso; é internándose luego en Italia, no perdona tampoco á sus ciudades. La Alemania y la Inglaterra estaban cubiertas de ruinas causadas por esas gentes; y dos años despues formóse un establecimiento fijo de ellas, hácia la via del Sena, desde donde hacian acometidas contra París, cuyos arrabales incendiaron en mucha parte.

La Religion debia poner fin á este prolongado azote de Europa,

[1] Fleury, lib. LII.

[2] *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 267.

humanizando á aquellos feroces invasores. Decidido Cárlos el Simple á sentar paces con Rollon, el mas arrojado de sus caudillos, le envió el Arzobispo de Ruan, el cual habló así al bárbaro: «¿Quie-«res acaso, valeroso jefe, hacernos guerra toda la vida? ¿Ignoras «que eres mortal, y que hay un Dios que te juzgará en la hora pos-«trera? Escucha: si abrazas el Cristianismo, el rey Cárlos te cederá «toda esa costa marítima y te dará por esposa su propia hija.» Rollon consultó á los magnates normandos, y aceptada la propuesta, cerróse el trato. El Rey cedió á Rollon todo el país llamado despues Normandía, y le dió su hija; Rollon por su lado prometió hacerse cristiano y vivir en paz con los franceses. Instruido en los misterios de la fe por el propio Arzobispo, recibió las aguas de salud á principios del año 912.

Esta conversion, aunque al parecer motivada por la política, fue muy sincera, segun el tiempo acreditó, y la oferta hecha á Rollon vino á resultar un camino abierto por la Providencia para atraer á la fe á este jefe y á su pueblo. En efecto, el nuevo Duque, luego de bautizado, mandó instruir y bautizar á sus condes, caballeros y á toda la hueste, y en seguida se informó por el Obispo de cuáles eran las iglesias mas veneradas de su nueva provincia. —«Las principa-«les son, dijo el Prelado, Nuestra Señora de Ruan, de Bayeux y de «Evreux, y las del Monte San Miguel, San Pedro de Ruan, y de «Jumiega. —Y en las provincias vecinas, repuso el Duque, ¿cuál «es el Santo reputado por mas poderoso? —San Dionisio, contestó «el Arzobispo.—Bueno, exclamó el magnate, antes de partir mis tier-«ras entre los caudillos de mi ejército, quiero dar una parte á Dios, «á María santísima y á los Santos al objeto de atraerme su protec-«cion;» y obrando en consecuencia, dentro de la octava misma de su bautizo, vestido aun con el cándido ropaje, señaló cada dia una posesion á las siete iglesias dichas, siguiendo el mismo órden con que le fueron designadas, y el dia octavo, depuesto su traje bautismal, hizo la distribucion correspondiente á sus oficiales, y con grande aparato pasó á contraer su enlace con la hija del Rey de Francia. Tan afable y religioso despues de su conversion, como terrible pareciera antes de ella, dió pruebas de ser no solo un gran capitan, sino un sábio legislador, empleando lo que le faltaba de vida en dictar buenas leyes; y como los normandos hasta entonces habian sido muy dados al pillaje, publicó reglamentos severísimos contra el ro-

bo, cuya eficacia fue tal, que nadie se atrevia á recoger siquiera lo que se hallaba perdido por los caminos. Hé aquí un ejemplo de esta verdad: En cierta partida de caza, el Duque colgó uno de sus brazaletes á las ramas de una encina bajo la cual se habia sentado á descansar, y al irse se le olvidó recogerlo. Pues bien; aquella presea estuvo allí tres años, sin que nadie osara tocarla, persuadido de que nada se ocultaba á las pesquisas ni á la severidad de Rollon. Su solo nombre causaba tal espanto, que bastaba invocarlo en cualquier trance para que el que lo oia corriese tras el malhechor: en tal manera cambiaron las costumbres de los normandos.

Al ver esto, cuantos vacilais sobre la eleccion de una religion, venid aquí é instruíos: ¿conoceis ninguna secta, religion ó escuela de filósofos que así domeñase y subordinase á una nacion la mas fiera y belicosa? ¡No! El milagro de la conversion de los normandos, cual la de todos los pueblos bárbaros, es una gloria exclusiva de la Iglesia católica. Ya, pues, que esta Iglesia civiliza á los pueblos, señal que su doctrina es buena, y si buena, señal que es verdadera, y si verdadera, señal que es divina. Ved si con igual justicia acomodais este raciocinio á cualquier otra creencia ó secta, y en el caso afirmativo consiento en que os hagais sectarios; mas si no es así, si conforme decís andais buscando de buena fe la verdad, ¿qué partido tomaréis? Consultad vuestra razon: á ella apelo.

¡Salve, verdadera Esposa del Hombre-Dios, heredera de sus palabras de vida! solo tú tienes la suficiente fuerza, no ya para curar las heridas que los bárbaros te infirieron, sino para transformar estos nuevos perseguidores en respetuosos y sumisos hijos tuyos! Hunos, vándalos, visigodos, normandos, fieras naciones que echásteis abajo el Imperio romano, léjos de abatir á la Iglesia, vosotros fuísteis su noble conquista; esa augusta y cariñosa hija del cielo triunfó de vuestra barbarie é ignorancia, cual triunfara de la saña de los verdugos y de las mañas de los herejes, y este su timbre de gloria es á la par vuestra felicidad. ¡Ojalá dure tanto la gratitud de los hombres como durarán sus beneficios!

Tranquila ya en cuanto á los bárbaros, á quienes habia convertido, y á los herejes, á quienes habia estigmatizado, parece que la Iglesia debia empezar á disfrutar en calma de su triunfo laborioso; pero esto no puede ser: nuestra Madre, al igual que nosotros, está en el mundo para pelear, y el demonio destronado procura incesan-

temente recuperar su cetro. Otro enemigo, pues, surgió contra la Iglesia, y esta vez fue el escándalo.

Las invasiones de los bárbaros, las falsas máximas de la herejía, las guerras continuas que asolaban al mundo, habian acarreado en pos de sí la relajacion y el desórden, penetrando el mal hasta en el santuario y en los conventos, de manera que muchos hijos desapiadados de la Iglesia, léjos de dar consuelo á esta cariñosísima Madre, desgarraban sus entrañas por medio de crímenes que causaban su propia vergüenza: mas, inútilmente se envanece el infierno; su triunfo acabará pronto, porque el Dios protector de la Religion no ha de abandonarla en tal estado, y la victoria quedará por ella. Ved ya á la Providencia suscitando egregios Santos que se opondrán como barrera insuperable al torrente de la iniquidad; los órdenes eclesiástico y monástico recobrarán su santidad primera, en Francia, en Alemania, en Italia y en Inglaterra [1]; y los pueblos cristianos, dignos otra vez del nombre que los enaltece, proporcionarán á la Iglesia nuevos y mas esplendentes siglos de gloria.

La Órden benedictina, que hacia cuatrocientos años estaba sembrando en Europa sus fundaciones y beneficios, decayó harto de su primitivo fervor; pero reservábase la gloria de reformarla á san Odon abad de Cluny, abadía célebre situada en el Maconés, y planteada en 910 por Guillermo el Pio duque de Aquitania, en la ocasion que vamos á referir. Algunos de sus oficiales habiendo pasado por el monasterio de la Balma, cerca de Lons-le-Saulnier en Borgoña, hoy Franco Condado, quedaron admirados de la vida edificante que se llevaba en aquella casa, y al volver hicieron á su señor tan aventajada pintura de ella, que le movieron á establecer bajo igual modelo otro monasterio en su señorío, confiando su gobierno á san Bernon, superior de la Balma. Llamóle, pues, á Cluny, y habiendo pasado á verle el Abad con otro religioso, recibióles con agrado, y les dijo que escogieran en sus tierras el lugar que creyesen mas adecuado para la obra en proyecto. Los religiosos, entusiasmados por la bonita posicion que Cluny ocupaba, respondieron que aquel era el lugar mas á propósito. — «Dejaos de eso, respondió el Duque; aquí «tengo mis traíllas de caza. — Enhorabuena, respondió graciosa- «mente Bernon, no hay sino lanzar á los perros y dar entrada á los

[1] ¡La España brilla aquí por su ausencia!... (*Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).



«religiosos.» Avínose el Duque, y sobre la marcha mandó extender el acta de fundacion que todavía subsiste, y dice así: «Queriendo «dar un santo empleo á los bienes que he merecido de Dios, creo «bueno conciliarme la amistad de los pobres de Jesucristo y perpe«tuar esta buena obra fundando una comunidad. Así pues, por amor «de Dios y de Jesucristo nuestro Salvador doy mis tierras de Clu«ny para que en ellas se funde un monasterio bajo la advocacion de «san Pedro y san Pablo, el cual sirva para siempre de refugio á los «que, saliendo pobres del siglo, deseen granjear en el estado reli«gioso los tesoros de la virtud.»

Cumplióse el intento del piadoso fundador: la nueva comunidad produjo beneficios inmensos, distinguiéndose por la regularidad de su disciplina; y de ella salieron papas insignes y santos obispos, los cuales realzaron el espíritu del Cristianismo en las diferentes diócesis de Francia.

Bajo el gobierno de san Odon, inmediato sucesor de san Bernon, Cluny llegó á conseguir el mas alto grado de esplendor. Para que se forme idea de la santidad de vida de sus religiosos, recordarémos algunas de sus prácticas. En primer lugar era notable el modo como preparaban el plan destinado para el sacrificio del altar: escogian al intento el mejor trigo, de grano en grano, lavándolo con escrupuloso cuidado; y hecho esto lo guardaban en un costal que servia solo para tal objeto, y un mozo de confianza lo llevaba al molino, donde él mismo límpiaba las muelas, colgaba cortinillas al rededor para guarecerlas del polvo, y revestido de alba se cubria el rostro con un velo. Iguales precauciones guardábanse para la harina, lavando con sumo esmero el cedazo antes de cernerla; y las restantes operaciones corrian á cargo de tres sacerdotes ó tres diáconos asistidos de un hermano converso, quienes despues del rezo de Maitines se lavaban rostro y manos, y mientras los unos, revestidos de albas, amasaban la pasta en agua fria para que saliera mas blanca, los otros cocian las hostias en el horno, que estaba alimentado por leña seca escogida tambien *ex profeso*. Tal era el hondo respeto y la veneracion que aquellos buenos Padres profesaban á la sagrada Eucaristía.

Respecto á sus ejercicios ordinarios, el silencio era una de las cosas que mas estrechamente guardaban, así de dia como de noche, y antes se hubieran dejado matar que quebrantarle hasta haber dado

la hora de Prima. Mientras trabajaban rezaban salmos. Desde el 13 de setiembre hasta la Pascua no hacian mas que una comida, y los relieves del pan y del vino que se servia en el refectorio eran distribuidos á los pobres peregrinos. Amen de esto, mantenian cotidianamente diez y ocho pobres, y durante la Cuaresma ejercian la limosna con tan santa profusion, que desde su principio, en un solo año, repartieron fiambres y otros comestibles á mas de siete mil pordioseros.

Otra de las tareas de estos santos religiosos era la enseñanza de niños, á los cuales daban una educacion y asistencia mas esmeradas que los reyes en palacio á sus hijos.

La puntual disciplina observada en Cluny, el gran número de sus religiosos, y la piedad y devocion de que se sentian poseidos cuantos al monasterio llegaban, hicieron celebérrima esta casa, hasta el punto de solicitar hijos de ella la Francia, la Alemania, la Inglaterra, la Italia y la España, llegando á ser conocidos en toda Europa, y hasta los hubo en Oriente. Así empezó la gran reforma de la Órden monástica, cuya gloria debe atribuirse á los Benedictinos, pues los Cluniacenses eran hijos de san Benito [1], y Cluny fue la primera rama de esta Órden tan celebrada.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de que viniéseis en ayuda de vuestra Iglesia, oponiendo grandes Santos á los escándalos que la contristaban.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tendré vehemente recelo de dar malos ejemplos.*

[1] Véase Helyot, t. V, pág. 184.

LECCION XXXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO X).

La Iglesia consolada : reparacion y expiacion de los escándalos (continuacion); san Gerardo, abad de Brogne en Bélgica; san Odon, san Dunstan, arzobispo de Cantorbery; santa Matilde, santa Adelaida.—La Iglesia propagada y consolada : conversion de los polacos y los vascos; san Pablo de Latre.

La fama de Cluny se extendia por todas partes: su edificante regularidad atrajo pronto á esta casa gran número de personas ilustres por su cuna y dignidad, acudiendo no solamente sujetos legos de la clase mas distinguida, sino obispos que dejaban sus iglesias para abrazar allí la vida monástica. Los magnates, condes y duques se apresuraban á sujetar sus monasterios al de Cluny para hacer extensiva á los mismos su reforma. Así el abad Odon, no reducido ya á su comunidad, pudo trabajar con infatigable celo en restablecer la disciplina por toda la Francia y hasta por la Italia, á donde le llamó el Sumo Pontífice; y si bien tan gloriosa mision le costó inmensos trabajos, pudo consolarle el feliz éxito que obtuvo: en efecto, nunca mejor que en esta ocasion se vió cuánta gloria puede granjear á Dios el celo de un hombre solo, si le sostiene la santidad y le conduce la prudencia.

Otros grandes varones fueron suscitados por el Señor para contrarestar el escándalo y cooperar en la grande obra de la reforma. De este número fue san Gerardo, abad de Brogne en Bélgica. Gerardo era un jóven caballero ocupado en el ejercicio de las armas desde su infancia: una índole apacibilísima, una pureza de costumbres angelical, realzada por su elegante finura, por su afabilidad y amor á los pobres, le hacian el adorno de la corte del Conde de Namur, entonces una de las mas brillantes de la cristiandad; y Dios premió las virtudes de su jóven servidor por medio de las gracias mas exquisitas. Un dia que volvia de caza con su señor, separándose de la comitiva fué á encerrarse en la capilla de Brogne, propia de su familia, donde estuvo mucho tiempo postrado delante de Dios,

y halló tanto consuelo en este santo ejercicio, que solo muy á su pesar lo dejó. — ¡ Dichosos, decia, los que no tienen otro empleo que alabar al Señor noche y dia, y vivir siempre en su divina presencia para consagrarle sin tregua su corazon!

La gracia terminó en breve lo que tan felizmente habia comenzado. Gerardo pasó á París, y como dejase tambien á sus criados para visitar la abadía de San Dionisio, parecióle tan bien y edificóle de tal modo el fervor de aquellos religiosos, que solicitó entrar en su compañía; pero como semejante resolucion no podia llevarla á cabo sin permiso de su señor y soberano, regresó á Namur, y solo despues de muchas dificultades logró conseguir lo que deseaba.

Novicio lleno de fervor y humildad, nuestro doncel fue promovido al sacerdocio despues de diez años de prueba. Desde luego el abad de San Dionisio envióle á fundar una abadía en su señorío de Brogne, y obedeciendo, pronto el nuevo monasterio fue una segunda Cluny. Tal era la reputacion que gozaba el fundador, que obtuvo la inspeccion general de las abadías de Flandes, donde restableció con exactitud la disciplina, y aun su celo se extendió á la Champaña, la Lorena y la Picardía, cuyos monasterios, al igual de los flamencos, le reconocian por su segundo partiarca, atribuyendo á él la disciplina que tan célebres los hizo. Agobiado de trabajos, el santo reformista se encerró en su celda para acabar su vida y prepararse á la muerte, que le avino el dia 3 de octubre del año 959.

Dos hombres bastaron para que refloreciera la virtud en todos los monasterios de Francia y Bélgica; pero la Providencia colocó aun á san Odon en la primera silla de Inglaterra para obrar el mismo milagro y reparar la disciplina en este reino. Apenas instalado en Cantorbery, dedicóse á formular sábios reglamentos para la instruccion del Clero, de la grandeza y del pueblo con el apoyo del rey Eduardo, que secundó sus santas miras y dictó leyes propias para restablecer el buen órden. Así logró reformar infinitos abusos; y como su celo iba acompañado de una suavidad la mas perfecta, toda Inglaterra le designaba con el dictado de *Odon el Bueno*.

Eta obra, tan felizmente incoada, fue llevada á término por san Dunstan, sucesor de Odon. El nuevo y grande Santo que aparece en escena habíase preparado en el retiro para el desempeño de los graves deberes que la Providencia queria imponerle: tras de brillantes estudios, en el rincon de su celdilla juntaba al ayuno y la ora-

cion el trabajo de sus manos, consistente en fabricar cruces, vasos, incensarios y otros objetos destinados al culto divino, y tambien en iluminar y copiar libros. De allí fue sacado para ocupar la silla de Cantorbery, á cuyo cargo el Sumo Pontífice agregó la legacía de toda la Inglaterra; y como una de sus principales atribuciones en esta calidad era visitar las provincias, recorriólas de contado instruyendo á los fieles en las reglas de la doctrina cristiana, é incitándoles á la práctica de la virtud por medio de enérgicas y animadas exhortaciones. Su celo le inducia en especial á reformar los monasterios y el Clero; y otra de las cosas que procuraba con mas entereza era corregir á los legos que violaban la disciplina eclesiástica. En tal materia no habia consideracion ni empeño capaz de hacerle cejar, y en prueba óigase este caso:

Incurrió el Rey en un gran pecado: nuestro Arzobispo apenas lo supo, fué á la corte, y presentándose á su soberano, cual otro Nathan, le dijo con no menos deferente resolucion: Señor, tú has ofendido á Dios. El Rey, poseido de saludables remordimientos, confesó ser culpable, y mostrando en sus lágrimas su pesadumbre, pidió le diese una penitencia proporcionada á su delito. El Santo le impuso la de no ceñir corona, ayunar dos veces á la semana y hacer copiosas limosnas, todo durante siete años, con obligacion además de fundar un monasterio para que algunas vírgenes pudieran consagrarse á Jesucristo. El Rey cumplió puntualmente estos mandatos, y finidos los siete años el mismo Santo le puso la corona en la cabeza, en una solemne asamblea de obispos y magnates.

Infatigable cuanto celoso, á pesar de sus años hacia á menudo personalmente la visita de las varias iglesias del reino, y en todas predicaba é instruia á los fieles, cortaba disensiones, refutaba errores, extirpaba vicios y corregia abusos. De regreso á Cantorbery púsose malo, y redoblando su fervor preparóse para el último trance: llegado el dia de la Ascension, predicó tres veces sobre este misterio para exhortar á los Cristianos á elevarse al cielo con su divino Jefe en espíritu y por la vehemencia de sus deseos: mientras hablaba; su rostro parecia circundado de una auréola de gloria, y al terminar el último sermon, se encomendó á las oraciones de sus oyentes, manifestando á aquella grey tan estimada que pronto iba á separarse de ella; palabras que arrancaron lágrimas á todos. Hácia el mediodía pasó otra vez al templo, y sin inmutarse designó el lugar donde

queria ser enterrado; despues se metió en cama, recibió los santos Sacramentos, y el sábado inmediato pasó de esta vida á la inmortalidad gloriosa, siendo el dia 19 de mayo del año 988 [1].

Al paso que la virtud reflorecia en los monasterios de Francia, Bélgica é Inglaterra, merced al celo de los Santos que acabamos de enunciar, complacíase Dios en restablecerla donde parece que está menos de asiento: las cortes de los reyes, muchas veces asilo del vicio, se convirtieron entonces en santuarios de la inocencia, y el demonio del libertinaje, desalojado de todas sus posiciones, hubo de reconocer, mal que le pesara, el poder divino que milita contra él, y que nos fuerza á nosotros á admirar aquella asombrosa providencia que por extrañas vias y en las circunstancias al parecer mas críticas asegura á la Iglesia un triunfo infalible. En esta época vemos á un san Wenceslao duque de Bohemia, á un san Eduardo soberano de Inglaterra, á una santa Matilde reina de Germania, y á una santa Adelaida emperatriz, reformar con su ejemplo no solo las cortes donde respectivamente brillaban, sino los pueblos sujetos á su jurisdiccion.

Matilde era hija del conde Thierri, poderoso magnate sajon. Sus padres, como muy religiosos, la hicieron educar al arrimo de su abuela, abadesa de un monasterio, bajo cuyas santas inspiraciones se apasionó por la oracion y la leccion de libros devotos, y con todo y ser princesa aprendió las labores propias de su sexo, contrayendo de este modo paulatinamente la costumbre de emplear bien el tiempo en ocupaciones sérias y dignas de una criatura dotada de razon. Llegado el tiempo de volver al mundo, á donde la Providencia la llamaba, fue dada en esposa á Enrique rey de Germania; y mientras su real consorte sometia á los enemigos del Estado, Matilde ganaba victorias contra los enemigos de su salud, apelando á la oracion y la meditacion para mantenerse en el fervor y la humildad. Las sérias reflexiones que hacia acerca las verdades eternas ponian su alma á cubierto de los ataques del orgullo, que nos acecha siempre bajo las seductoras apariencias de las grandezas terrenas; visitaba con frecuencia á los pobres enfermos y afligidos dándoles consuelos, y exhortándoles á conformarse; humilde esclava de los menesterosos, servíales amablemente con sus propias manos, y enseñábales á querer un estado que Jesucristo escogió para sí; á los presos pro-

[1] Godescard, t. VI y VIII.

curábales la libertad, y si acaso los fueros de la justicia se oponian á su soltura, aligeraba el peso de sus cadenas repartiéndoles abundantes limosnas, y proponiéndose singularmente inducir á aquellos infelices á purgar sus delitos con lágrimas de sincera penitencia. La mas halagüeña recompensa de sus buenas obras y preces fue ver que el Rey su esposo seguia las vias de la virtud y se apresuraba á secundar la ejecucion de sus desvelos piadosos.

Un accidente apoplético puso en peligro la vida de Enrique. Su santa compañera, poseida de justo recelo, iba sin cesar á la iglesia á implorar de Dios su curacion; pero cuando los clamores del pueblo le persuadieron que el término fatal habia llegado, conformóse resignadamente á los decretos del Altísimo, y ofreciendo sacrificios para descanso del alma del virtuoso finado, entregó en seguida á un sacerdote las joyas que llevaba, dando con ello á entender que renunciaba para siempre á las pompas y vanidades del mundo.

Otras pruebas le aguardaban sin embargo: una predileccion asaz marcada al menor de sus hijos, Enrique, excitó los celos de Oton, el mayor, y culpable Matilde de la misma falta que Jacob, la expió con la propia resignacion que aquel santo Patriarca; pero al fin la consoló Dios, pues avergonzándose los dos hermanos de la fealdad de su proceder, se reconciliaron sinceramente, y restituyeron á su madre los bienes que le habian arrebatado.

Recobrados sus haberes, invirtiólos en limosnas con mas ahinco que nunca; fundó varios monasterios, entre otros uno de religiosas, al cual se retiraba á temporadas para disfrutar las dulzuras de la soledad, y todo el resto de su vida lo empleó en prácticas de piedad y en obras de misericordia. Bello era ver á esta princesa, viuda de un rey y madre de un emperador, complacerse en enseñar á los pobres é ignorantes el modo de rezar bien, segun habia hecho ya con sus criados, hasta que colmada de dias y de merecimientos vió tranquilamente acercarse su última hora. Despues de hacer pública confesion de sus pecados, recibió los sacramentos de la Eucaristía y Extremauncion, y habiéndose hecho acostar sobre un cilicio, cubierta la cabeza de ceniza, espiró el dia 14 de marzo de 968. Oracion, meditacion y trabajos sérios salvaron la virtud de Matilde del halago de los objetos exteriores, cuya seduccion nunca es mas peligrosa que en el gran mundo y sobre todo en medio del fausto de las cortes. ¿Qué opondrán á este ejemplo tantos cristianos y cristianas

que piensan haber nacido únicamente para el placer, y cuya existencia gira en un círculo perenne de lecturas profanas, livianas conversaciones y visitas insustanciales?

La otra princesa que difundió en su siglo una luz tan pura y consoló con su virtud á la Iglesia contribuyendo á la reforma de las costumbres, fue la emperatriz Adelaida. Hija este ángel de la tierra de Rodulfo II rey de Borgoña, contaba apenas seis años cuando perdió á su padre: llegada á los diez y seis, casáronla con Lotario, rey de Italia, haciéndole ocupar un trono que fue para ella manantial fecundo de sinsabores; pero esas mismas pruebas que Dios le enviaba le sirvieron para desprenderse del mundo y afirmarse en las prácticas de piedad que tan caras le habian sido desde su mas tierna edad.

Viuda á veinte y ocho años, vió arrebatársele la corona por un conspirador, de cuyas resultas, conducida á Pavía, fue puesta en estrecha prision, sufriendo allí los mas indignos ultrajes; pero logró fugarse, y corrió á buscar asilo en Alemania. El emperador, que lo era á la sazon Oton I, tomó su defensa, la restableció en el trono de Italia, y acabó por enlazarse con ella.

Hecha de prisionera emperatriz, no por esto se envaneció con su prosperidad, antes el poder y las riquezas solo le sirvieron para hacer bien á los hombres y en particular á los necesitados. Habiendo enviudado segunda vez, tras once años de matrimonio, consagró sus desvelos á la educacion de su hijo Oton II, cuyo reinado fue venturoso mientras se dejó guiar de los consejos de su buena madre; pero habiendo por desgracia prestado oidos á la lisonja, echó en olvido cuanto le debia, y hasta se propasó á desterrarla de la corte. Lloró Adelaida los extravíos de su hijo, y, cual otra Mónica, sus lamentos fueron atendidos: la desgracia abrió los ojos á Oton; habiendo llamado á su madre, mostróse dócil á sus indicaciones, y reformó los abusos que en el gobierno se introdujeran.

Fallecido este Príncipe, cuyo reinado fue de corta duracion, Adelaida se vió puesta en nuevos compromisos; su nuera la trataba de la manera mas insolente. Sufrió con paciencia y sin quejarse esta nueva amargura, y bien pronto una muerte repentina arrebató á su enemiga, dejándole el espinoso encargo de la regencia del reino durante la menor edad del nieto. Entonces se vió mejor que nunca hasta dónde llevaba el desprecio del mundo y de sí misma; ese poder,

de que nuevamente se veia revestida, se le convertia en carga pesada, y léjos de proporcionarle regalos, solo le sirvió para abrumarla, en su afan incansable de atender á todos los negocios. Otros se hubieran vengado de los autores de sus pasados quebrantos, pero ella, al contrario, aprovechaba todas las ocasiones de favorecerles. De otra parte, la administracion de los asuntos públicos no le impedia dedicarse á sus acostumbrados ejercicios de piedad y mortificacion.

Tan piadosa bajo la púrpura imperial como bajo el sayal monástico, tenia prefijadas varias horas para rezar en su oratorio, y llorar sobre los pecados del pueblo que no le era dado remediar; y si alguna vez tenia que mostrarse severa, templaba el rigor con la blandura, sintiendo en su corazon la pena y congoja que causaba á los demás. Este proceder la hacia amar de todos, y todos con su ejemplo se inclinaban á la virtud: su casa ofrecia la regularidad edificante de un monasterio. Vigilante allende los límites de su imperio, enviaba piadosos misioneros á las regiones del Norte, para que sembraran la fe entre unos pueblos aun incivilizados y descreyentes; y por fin ardiendo en caridad, á pesar de ser muchos sus años, emprendió un largo viaje al solo fin de reconciliar á su sobrino el rey Rodulfo con sus vasallos; pero antes de llegar á Borgoña la sorprendió la muerte, en el año 999.

En esto, Nuestro Señor, que de tal manera curaba las llagas causadas á la Iglesia por el escándalo, proporcionaba á esta nueva ocasion de alborozo con la conversion de varios pueblos aun no agregados á su seno. Realizó, en efecto, la Religion en esta época una de sus conquistas mas hermosas. La nacion polaca, que por tantos siglos fue despues el baluarte de la cristiandad contra los turcos, abrazó la fe, y su conversion se debe en gran parte á la princesa Dubrava, esposa del Duque de Polonia, que granjeándose el afecto de su marido le indujo á bautizarse, y con él á los mas de sus vasallos.

Además de los infieles del Norte agremiados á la Iglesia por la solicitud de santa Adelaida, otra nacion en el Mediodía de Europa ingresaba en el sagrado aprisco á la voz de san Leon obispo de Bayona. Los vascos eran una seccion de los cántabros, que desalojados de su patria se habian establecido en los montes de Viscaya y en los páramos del país de Labor hasta Bayona; y si bien la luz de la fe resplandeciera en esta region desde los primeros siglos del Cristianis-

mo, las agresiones y atropellos de los árabes la habian extinguido cási del todo. Leon, natural de la Baja Normandía, recibió del Papa el encargo de catequizar á los vascos, á cuyo efecto se trasladó á Bayona en compañía de dos hermanos suyos, y dando á conocer á Jesucristo en esta ciudad, fundó una iglesia bajo la advocacion de la Vírgen santísima, y continuó sus tareas evangélicas haciendo florecer la Religion en el país de Labor, en los Landes, mas allá de Burdeos, en Vizcaya y en Navarra. Tantos merecimientos eran dignos de gloriosa recompensa; pero la mejor que un misionero católico puede ambicionar es la palma del martirio, la cual recibió nuestro Santo, junto con sus dignos colegas, de mano de unos bárbaros piratas.

En Oriente, un nuevo Antonio expiaba en el desierto los escándalos que la Iglesia procuraba extirpar: así vemos que al lado del crímen hay siempre aparejada una víctima expiatoria, y sin separarnos de este mismo siglo X, muchas son las que podríamos citar no solo en Oriente sino en Occidente, desde el trono de los reyes hasta las condiciones mas humildes. Era este santo solitario Pablo de Latre, en quien se vieron reproducir todas las austeridades de los primeros anacoretas: retirado desde jóven al desierto, tomó el hábito monástico en el monte Olimpo, desde donde pasó al de Latre, que le dió su nombre. Allí oraba sin tregua, pues el mundo se hallaba entonces en gran necesidad; sin acostarse nunca para dormir, arrimábase á lo mas á un árbol ó á una roca; nadie le oyó palabra ociosa, y encerrado en una gruta, pasó muchas semanas sin otro alimento que bellotas verdes, lo cual llegó á ocasionarle vómitos de sangre. Sufrió grandes tentaciones por espacio de tres años, pero venciólas, como san Antonio, por el fervor y ahinco de sus preces.

Un aldeano, que habia descubierto su retiro, le llevaba de vez en cuando escasas vituallas, pero regularmente vivia de las yerbas silvestres que crecian en el monte. Necesitando agua para beber, Dios hizo brotar junto á su cueva un manantial, que ya no volvió á secarse.

Célebre su nombre, algunos sujetos piadosos acudieron para vivir bajo su régimen, con cuya ayuda formó una laura cerca de su caverna; y si bien no tomaba cuidado alguno por su cuerpo, proveyó abundantemente á las necesidades de sus discípulos para quitarles todo pretexto de relajacion. Así transcurrieron doce años; pero

como cada dia le importunasen mas las visitas, huyó en secreto de su retiro, yendo á esconderse en lo mas áspero del monte, sin perjuicio de bajar de vez en cuando á la laura para confortar á sus hermanos.

La fama de este gran siervo de Dios no tardó en extenderse por todo el orbe cristiano: el emperador Constantino Porfirogeneta le escribia á menudo consultándole sobre asuntos de importancia, y siempre se arrepintió de no haber seguido sus consejos. Otros reyes, papas y obispos le escribieron igualmente; mas él, siempre modesto y humilde, se consideraba el ínfimo de los hombres y el servidor de todos. Para con los pobres era tal su afecto, que les daba cuanto tenia, incluso su alimento y sus vestidos, y una vez llegó á quererse vender como esclavo para favorecer á algunos necesitados. Sintiendo acercarse su hora postrera, dictó reglas para los religiosos á quienes dirigia; luego, dejando su celda, pasó á la laura rogando que celebraran la misa mas pronto de lo acostumbrado; en seguida se acostó, y habiéndole entrado calentura, aguardó la muerte con aquella calma que inspira una vida santa, y hasta el postrer aliento ese grande expiador de los pecados de su siglo no cesó de orar y de estimular á sus discípulos á la penitencia, yendo por fin el dia 15 de diciembre del año 956 á recibir en el cielo el premio de sus heróicas virtudes.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber situado la virtud lo mismo en el trono de los reyes que en la choza de los pobres, dándonos con ello á entender que ningun estado es óbice para ganar el cielo: hacednos la gracia de que vivamos como buenos cristianos en nuestra respectiva posicion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré desempeñar cristianamente mis obligaciones.*

LECCION XXXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO IX).

La Iglesia consolada : reparacion del escándalo en las Órdenes monásticas de Alemania; san Brunon, arzobispo de Colonia ; san Guillermo, abad de Hirsauga. — Reparacion del escándalo generalmente en todo el órden eclesiástico : san Pedro Damian, san Gregorio VII.

Una de las grandes plagas de la Iglesia en el siglo X, la relajacion escandalosa del órden monástico, quedaba ya curada en Francia, en Inglaterra y en la mayor parte de Europa; faltaba solo la Alemania, que por cierto no necesitaba menos de correctivo, y al intento Dios suscitó dos grandes Santos para que restauraran la virtud en los monasterios y entre el clero de aquellas dilatadas provincias.

Fue el primero san Brunon, arzobispo de Maguncia y hermano del emperador Oton: desde su infancia dió muestras de lo que habia de ser con el tiempo, pues las menores irreverencias en el servicio de Dios inflamaban su celo, y un dia durante la misa, viendo á su hermano el príncipe Enrique que hablaba con Conrado duque de Lorena, les amenazó con la ira del cielo. Concluidos con brillantez sus estudios en Utrecht, volvió á la corte, en la cual solo halló estímulos para la piedad, siendo una escuela de virtudes reales y cristianas. Por un lado santa Matilde, madre del Emperador, por otro el mismo Oton y su esposa Adelaida, eran, segun la regularidad de su conducta, modelos elocuentes de religion y de piedad para los cortesanos que les rodeaban; por cuyo medio Dios, á medida que el escándalo acrecia, proporcionaba á la Iglesia notables ejemplos de virtud, que fueron su consuelo en tan amarga coyuntura. Brunon, promovido al arzobispado de Colonia, consagróse con desvelo al restablecimiento de la buena semilla en Alemania, prevaliéndose de su autoridad para erigir piadosos establecimientos, proteger á los débiles, asistir á los pobres, espantar á los malos y alentar á los hombres de bien. Construyó ó restauró infinitas iglesias y mo-

nasterios, y la Alemania volvió á ser en breve una de las edificantes porciones de la Iglesia católica.

Al mismo tiempo que san Brunon trabajaba con tal éxito en reformar abusos entre eclesiásticos y fieles, san Guillermo, abad de Hirsauga, restituia al órden monástico su primitivo esplendor. La abadía de este nombre, en la diócesis de Spira, era una de las mas afamadas y magníficas de la Órden de san Benito; mas por desgracia el desarreglo habia invadido este asilo destinado á la virtud. San Guillermo, nombrado superior de él, puso todo ahinco en extirpar sus escándalos, y por primera diligencia envió á Cluny algunos de sus monjes para que estudiaran las costumbres de aquella casa modelo; cuando volvieron bien impuestos, juntó á los notables, y despues de examinadas con ellos dichas costumbres y oido el relato de los enviados, adoptólas, retocando aquello que no podia convenir á las usanzas del país, al clima ni á las circunstancias de localidad, componiendo con ellas una nueva coleccion, por la que se reformó no solo la abadía de Hirsauga, sino todas las restantes de Alemania.

Pasaban estos religiosos noche y dia cantando alabanzas de Dios, orando, meditando y profundizando la sagrada Escritura, ó bien empleándose en trabajos manuales los que no eran aptos para los mentales; y persuadido el santo Abad de que la leccion de los sagrados Libros es el verdadero pasto del alma, estableció doce escribientes para que transcribieran el Antiguo y el Nuevo Testamento, á la par que las obras de los santos Padres, y otros en mayor número para copiar libros sobre diferentes materias, presididos todos por un religioso de los mas instruidos, el cual dirigia y corregia sus trabajos. De este modo unos sábios y humildes religiosos, ignorados del mundo, al mismo tiempo que sacaban fruto de sus vigilias, transcribieron gran número de obras, las que san Guillermo enviaba á los monasterios reformados ó establecidos por él.

La corporacion se componia de ciento cincuenta miembros; además habia una seccion de hermanos conversos para trabajos de fatiga y para proveer á las necesidades de los pendolistas y literatos, entre los que se contaban diestros artífices en todas facultades, arquitectos, albañiles, carpinteros, escultores, herreros, sastres, correjeros, zapateros, etc., etc., los cuales fueron muy útiles al buen Abad, pues de sus manos salieron todas las nuevas construcciones de Hirsauga y de las demás casas que fundó. Para ellos habia tambien

reglamentos proporcionados á sus tareas, y que regulaban su tiempo de una manera no menos saludable á su espíritu que á su cuerpo: de noche juntábanse en la iglesia á cantar Maitines, que eran cortos en atencion á los trabajos que les esperaban durante el dia; despues de lo cual podian aun volverse á descansar; pero los mas permanecian en el coro hasta concluir sus hermanos. Á la mañanita oian misa, y reunidos en capítulo se confesaban, comulgando por mitad cada domingo, y en total en las grandes festividades, salvo aquellos que partian por muchos dias á las labores del campo, los cuales comulgaban á su partida.

Tal fue el régimen que san Guillermo introdujo en su abadía y en mas de noventa monasterios que reformó ó estableció; tantos asilos de saber y de virtud, de los cuales salieron ilustres prelados, lumbreras de la Iglesia y apóstoles de sus respectivas diócesis. Finalmente, despues de gobernar nuestro Abad la abadía de Hirsauga por espacio de veinte y dos años, granjeándose merecidamente el título de *restaurador de la disciplina monástica de Alemania*, fué á gozar en el cielo el condigno premio de sus trabajos.

Hé aquí para siempre reducido el órden monástico á su espíritu primitivo, vencido el demonio, y curada la Iglesia de sus primeras llagas. Otra quedaba aun quizás mas profunda y mas difícil de cicatrizar: tambien el clero secular habia olvidado la santidad de su vocacion; nefandos vicios mancillaban el santuario, lo confesamos con vergüenza, á la par que con santo orgullo: con vergüenza, porque es humillante tener que reconocer defectos en los que deben ser ángeles en la tierra, pregoneros de todas las virtudes, y representantes del Dios tres veces santo; y con noble orgullo, porque los escándalos del Clero son una prueba perentoria de la divinidad de la Religion, la cual se mantiene siempre pura, santa y verdadera aun á despecho de sus propios ministros.

Con todo eso, el espíritu de Dios, que jamás abandona á la Iglesia, hace que ella encuentre en sí misma, en las circunstancias mas críticas, un principio de vida que la remoza y le restituye su prístina lozanía. La reforma del Clero debia partir naturalmente del Jefe del sacerdocio, del Vicario de Jesucristo que se halla establecido para apacentar á la vez corderos y ovejas, esto es, pastores y fieles. Tal hizo Leon IX, esmerándose en reparar las brechas que la calamidad de los tiempos abriera en la disciplina eclesiástica: al intento no per-

donó viajes repetidos á Francia y Alemania á pesar de obstáculos y peligros; asambleas de concilios; reglamentos los mas sábios para extirpar malas usanzas; destituciones de ministros culpables de algun exceso, y hasta excomunion de los rehacios que osaban sublevarse contra los mandatos de la Iglesia. Hé aquí los esfuerzos de este gran Papa; y cuando él faltó, dióle Dios sucesores que marchasen por sus huellas, y desplegasen no menos energía para la reforma de las costumbres del Clero.

Secundó su celo maravillosamente un santo personaje suscitado *ex profeso* en aquellos tiempos de desórden para oponerse á los ya arraigados, siendo el que prestó tan importante servicio á la Iglesia el beato Pedro Damian, natural de Ravena en Italia. Huérfano desde edad temprana, cúpole depender de un hermano mayor, ya casado, el cual olvidando respecto á él los sentimientos de la naturaleza, tratábalo cual abyecto esclavo, sin querer darle la menor educacion, hasta destinarle á guardar puercos, luego que su edad lo permitió. El niño Pedro tenia sin embargo las mas felices disposiciones, y prueba del buen temple y nobleza de su espíritu es, que habiendo encontrado cierto dia una moneda, fué á llevarla al cura para que celebrara alguna misa en sufragio del alma de sus padres.

Dios, cuya providencia tenia puestas grandes miras en el inocente pastorcillo, lo sacó de su estado de servidumbre, proporcionándole medios de instruirse. Sus progresos fueron rápidos, y en breve pudo enseñar á los demás; pero aun como profesor descolló de tal modo, que el público se agolpaba á oirle, y llegó á ganar mucho dinero. El lauro y el lucro le exponian á peligrosas tentaciones; para no sucumbir á ellas adoptó los medios que una cristiana vigilancia aconseja: asiduidad en la oracion, privaciones, cilicios, y la mortificacion de la carne por medio de continuos ayunos y vigilias. Si la tentacion le asaltaba por la noche, alzábase de contado, y sumergíase en el agua hasta que se hallaban transidos de frio sus miembros. Repartia muchas limosnas y daba mesa á los pobres, honrándose de servirles por su mano, porque la fe le hacia descubrir á Nuestro Señor bajo sus harapos.

No contento aun con tantas precauciones, resolvió dejar el mundo, á cuyo efecto retrájose entre los ermitaños de Fuente-Avellana, que era un famoso eremitorio de la Umbría, al pié del Apenino. Estos ermitaños moraban emparejados en diferentes celdas, dedicando

la mayor parte del tiempo á la lectura y la oracion, manteniéndose de solo pan y agua los cuatro dias de la semana, y privándose del vino, á pesar de que era la bebida ordinaria del país, excepto el caso de enfermedad y para celebrar el santo sacrificio; y por último, iban descalzos y se disciplinaban con frecuencia. Pedro se sujetó á todas esas prácticas con el fervor mas asombroso.

En esto el Papa, echando de ver cuán útiles serian á la Iglesia las dotes de piedad y sabiduría reunidas por Dios en tan eminente sujeto, sacóle de su soledad para promoverle á las mayores dignidades, hasta hacerle cardenal y obispo de Ostia, en cuya calidad, inútil es ponderar el celo y santo arrojo con que el nuevo Prelado se consagró á detener la relajacion y consolidar las leyes de la Iglesia. La reforma de las comunidades eclesiásticas hecha en un concilio que Alejandro II tuvo en Roma el año 1062 fue obra de su celo: desde el siglo IV habíanse organizado unas comunidades eclesiásticas que nada tenian propio, viviendo reunidas dentro de las ciudades bajo la autoridad de su obispo, y practicando en cuanto sus tareas lo permitian la abnegacion, el retiro y la austeridad de los anacoretas; pero esta disciplina desapareció cási del todo, tras las invasiones de los bárbaros, y solo en tiempo de Pedro Damian fueron restablecidas en su perfeccion primera dando orígen á las llamadas *canónicas regulares*.

Frutos opimos de sus trabajos pudo recoger el bienaventurado Pedro antes que le cogiera la muerte; siendo muchas las congregaciones de canónigos establecidas á consecuencia de la reforma. Con los hábitos del retiro reapareció entre los eclesiásticos la aficion al estudio y á la vida laboriosa; la virtud y las ciencias hallaron en ellos celosos propagadores, y los pueblos modelos y maestros [1]. Damian, viendo ya cumplida la gran mision que el cielo le confiara, volvióse al desierto de Fuente-Avellana, y reinstalándose alegremente en su celda, encerróse allá como en voluntario calabozo. Expiador de los desarreglos que durante toda su vida habia procurado destruir, se cargó de cadenas, y laceró su cuerpo inocente con rígidas flagelaciones; sujetóse á ayunos extraordinarios llegando á pasar tres dias sin alimento al principio del Adviento y de la Cuaresma, privándose á veces durante ella de toda cosa cocida, y sustentándose solo

[1] Helyot, t. II, pág. 62 y 106.

de yerbas templadas en agua; su lecho era una estera tendida en el suelo, y su existencia un acerbo y prolongado martirio. ¡Ah! ¡no se necesitaba menos para contrapesar los excesos cometidos en el santuario! Siendo empero la carne flaca para resistir mucho tiempo tamañas maceraciones, el santo anciano tenia marcadas ciertas horas para darse á trabajos manuales, durante las cuales fabricaba laborcillas de palo; y por último, frisando en los ochenta y tres años, durmióse blandamente en los brazos de Dios, cuya causa defendió tanto tiempo y con tal ardor.

No obstante esas provechosas reformas, de temer era que el desórden y el escándalo, que tanto habian lastimado á la Iglesia, reaparecieran si se dejaba subsistente la causa primaria de su introduccion en el santuario y en los monasterios; este manantial funesto, del cual brotó cási por un siglo tal torrente de iniquidades, eran las *investiduras*. Vamos á dar idea de ellas: los emperadores, reyes, magnates y señores, particularmente en Alemania, habíanse arrogado el derecho de nombrar sin intervencion del poder eclesiástico todas las dignidades sacerdotales que hubiese en sus dominios y en los de sus vasallos, á las cuales promovian las mas veces, no sujetos ejemplares, sino cortesanos que adulaban sus pasiones, ó paniaguados que secundaban sus miras en caso conveniente; y como solia haber necesidad de dinero, ya para el gasto de sus vanidades y despilfarros, ya para sostener guerras y contiendas, era muy frecuente poner los obispados y abadías en almoneda y cederlas al mejor postor. Para el caso, un comportamiento regular y eclesiástico era lo que menos se atendia.

¡Júzguese qué innumerables males acarrearia á la Iglesia semejante sistema! Siendo el dinero el alma de todo, el afan dominante era ganarlo, no parándose en los medios, y de aquí concusiones, vejaciones, codicia, dilapidacion de los bienes del pobre, y violencias odiosas contra el pueblo. Mas aun: la mala eleccion conducia á veces á conferir la dignidad episcopal á sujetos los mas indignos, como siervos y troneras, para que desde sus puestos no cuidaran de atajar los excesos de los grandes sus protectores, que precisamente los elegian por esto. Así pues, los desórdenes del Clero nacian principalmente de que el siglo se habia entrometido en el santuario, sembrando en él todos sus vicios y sus hábitos criminales; y la Iglesia, santa é incorruptible como siempre, podia decir al mundo con

plena verdad : *Si malos sacerdotes tengo, es porque tú los has hecho así.*

Esta especie de nombramientos de parte de los príncipes y señores láicos era una usurpacion notoria de los derechos eclesiásticos, pues la Iglesia desde su cuna habia atendido sábiamente á la eleccion de sus pontífices, previendo los funestos males que sucederian de dejar á los soberanos de la tierra la privativa de elegir obispos; y por esto en los cánones apostólicos se pronuncia la destitucion de aquellos prelados que obtuviesen su dignidad del poder secular sin participacion de la Iglesia [1]. Á ella en efecto pertenece esencialmente el derecho de nombrar sus ministros, y si bien llamó el auxilio del pueblo en sus elecciones, concediéndole hasta el derecho de emitir voto, mas fue por favor que por otra cosa, pues en último resultado los Obispos eran quienes decidian, y el pueblo, asistiendo como testigo, mas bien designaba que nombraba.

Al impulso de sus pasiones los magnates temporales hollaron este divino precepto, de suerte que humanamente puede decirse tocaba la Iglesia á su término. Avasallada de un lado por el brazo secular, deshonrada de otro por sus ministros, conculcada hasta en sus constituciones fundamentales, su última hora iba á sonar, y la de la sociedad con ella; pero la inmortalidad es su patrimonio, y nunca mejor que entonces se vió la verdad de esta palabra : *¡Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!* Un reformador faltaba : Dios lo suscitó en la persona del santo papa Gregorio VII.

Al poner en el mundo á este nuevo sustentáculo de la Iglesia desquiciada, el Señor hubo de decirle como á Jeremías : *Yo te he establecido para arrancar, destruir, edificar y plantar; yo te he fijado cual muro de bronce para oponerte á reyes y á príncipes que lidiarán contra tí, pero no lograrán prevalecer.* El niño revestido de tan imponente mision nació el año de 1046 en la pequeña ciudad de Saona en Toscana, recibiendo el nombre de Hildebrando. Su padre, buen carpintero que vivia del trabajo de sus manos, echando pronto de ver las felices disposiciones de su hijo, confióle al abad del convento de Nuestra Señora de San Aventino para que le instruyera en las artes liberales y desarrollase su carácter. El jóven alumno, adornado con el lauro de sus brillantes progresos, pasó á Cluny á efectuar su pro-

[1] Can. 30.

fesion religiosa: en esta célebre casa, por medio de la práctica de todas las virtudes fué formándose para la colosal mision que algun dia debia desempeñar, y en el ínterin su santidad y eminentes cualidades le elevaron al priorato de Cluny. Poco tiempo despues el Emperador de Alemania le nombró ayo de su hijo Enrique, y mas adelante el papa Leon IX le llamó para que se encargara de los principales negociados de la Iglesia. La eminente sabiduría, el teson incontrastable con que durante mas de veinte años desempeñó este comprometido cargo, le merecieron la confianza y el aplauso universal, y todos los hombres de bien le miraban como la única esperanza de la Iglesia.

Fallecido Alejandro II, Hildebrando, á la sazon arcediano de la Iglesia romana, decretó un ayuno de tres dias para conocer la voluntad de Dios acerca la eleccion de un nuevo pontífice. Gran número de cardenales, obispos, abades, diáconos, sacerdotes, monjes y clérigos dirigiéronse en procesion á la iglesia de San Pedro, donde estaba ya una muchedumbre incalculable de personas de todo sexo y condicion al objeto de celebrar los funerales del Papa difunto; cuando súbitamente se advierte una sorda agitacion entre pueblo y clero, y todos se ponen á clamar con voz unánime: El arcediano Hildebrando es á quien san Pedro ha escogido por sucesor. Incidente tan extraño puso en zozobra al que era objeto de él, y subiéndose al púlpito, trató de calmar á las turbas y hacerlas desistir de su proyecto; pero el Clero y el pueblo mas y mas enardecidos voceaban: ¡Sí, sí! ¡Hildebrando es á quien san Pedro nos ha escogido por señor y papa! Revistiéronle luego, segun costumbre, con el ropaje de púrpura y la tiara, y colocándole sin mas ceremonias en la cátedra de san Pedro, los cardenales y obispos se volvieron al pueblo diciendo: El arcediano Hildebrando es el papa que hemos elegido; llevará el nombre de Gregorio; á él es á quien queremos y escogemos por señor: ¿os parece bien? — ¡Muy bien! — ¿Lo quereis? — ¡Lo queremos! — ¿Lo aprobais? — ¡Lo aprobamos!

Sesenta años contaba Gregorio cuando su eleccion. Enviado de Dios para extirpar abusos y contrastar la iniquidad, ya se presentara rodeada del prestigio de la ciencia ó del aparato de la majestad, este nuevo Atanasio reunia á una gran santidad y larga práctica de los negocios las cualidades naturales mas eminentes: rectitud y sensibilidad de corazon, justeza en los planes, prudencia y firmeza en

ejecutarlos, actividad increible, vigilancia universal desde el solio de los reyes hasta la celdilla del cenobita, valor capaz de arrostrar todos los peligros, genio vasto, rico y fecundó en recursos, creciendo á medida de las dificultades, igualmente versado en las letras sagradas y profanas, fuerte en la adversidad, moderado en la prosperidad, modesto, sóbrio, casto, hospitalario, y debiendo toda su elevacion á su sola virtud y merecimientos.

Apenas elegido, el nuevo Pontífice procuró justificar las grandes esperanzas fundadas en él; *salvar á la sociedad por medio de la Iglesia, tal fue el objeto de todos sus trabajos*. Para conseguirlo era ante todo necesario emancipar á la Iglesia de los poderes bastardos que la tenian esclavizada, y la amancillaban dándole ministros indignos; Gregorio emprendió esta gloriosa liberacion; luchó mucho y con porfía, pero al cabo lo consiguió. ¡ Pontífice santo, bendígaos la tierra mientras el cielo corona vuestros méritos! Pueblos modernos, postraos de hinojos ante el Moisés de la edad media, á quien sois deudores de la libertad que gozais, de vuestras luces, de vuestra gloria, de vuestra civilizacion, porque él es quien salvó á la Iglesia, madre de todos estos beneficios. Con respecto al emperador Enrique IV, Neron de su siglo, tuvo que desplegar grandes medidas de rigor; esto ha dado pié á los impíos para que insultaran la memoria del romano Pontífice; pero la verdad, hija del tiempo, ha resplandecido al cabo, y los impíos con sus imputaciones calumniosas han sido juzgados, y hoy dia los mismos Protestantes son los primeros en vindicar al santo Papa y proclamar su profunda sabiduría [1].

Sin embargo, el intrépido valedor de la Iglesia y de la sociedad,

[1] Una de las publicaciones protestantes mas considerables é influyentes de Inglaterra, el *Quaterly Review*, redactado por las *eminencias intelectuales* del país, habla en estos términos del poder temporal de los Sumos Pontífices en la edad media :

«Bella era la soberanía que los Inocencios y Gregorios osaron establecer so-«bre las inteligencias... Respetadme, decia, someteos, obedeced, y yo en cam-«bio os daré el órden, el saber, la union, la organizacion, el progreso, y aun, «en cuanto esa revuelta época permite, la paz y la tranquilidad.» Nada se advierte en este predominio de concreto, de personal ni de bárbaro; él ensancha los límites del orbe cristiano, ataja las invasiones del Islamismo y contrabalancea, con un poder inteligente y moral, el poder brutal y sangriento de los cetros de hierro y de las lanzas de buen temple! Con una mano el poder papal lidia contra la media Luna, mientras con la otra ahoga los restos del Paganismo enérgico del Septentrion : auna como en un punto céntrico las fuerzas morales

llegado á los setenta y dos años, adoleció de una gran debilidad, pues las tribulaciones habian quebrantado mucho su salud; y prolongándose este rendimiento hasta el mes de mayo, fuele imposible ya dejar el lecho. Entonces, habiendo llamado cerca de sí á los cardenales y obispos, cuando estuvieron reunidos junto á su cama, y mientras dirigian al cielo fervientes súplicas bendiciendo al ilustre Pontífice, así por sus constantes esfuerzos como por las altas lecciones que habia dado al mundo, les habló así: «Amados hermanos «mios, poco valor doy á mis trabajos; lo que me llena de confianza «es que siempre he amado la justicia y odiado la iniquidad.» Como los asistentes se lamentasen de la triste situacion en que iba á dejarles su muerte, el Santo Padre alzó los ojos al cielo, tendió los brazos y exclamó: «Allá subiré, y os recomendaré con empeño al Dios «soberanamente bueno [1].» Habiendo platicado con los obispos sobre varios asuntos, dijo otra vez: «En el nombre de Dios omnipotente, y «por la virtud de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, os mando que «no reconozcais por papa legítimo al que no hubiere sido electo y or-«denado á tenor de lo que previenen los santos cánones y la auto-

y espirituales de la especie humana: es déspota á la manera del sol, que hace rodar el globo.

«Cuando la barbarie y ferocidad universales tendian á desorganizarlo todo, «ella lo hacia todo revivir. Conculcaba, decís, las diademas de los reyes y los «derechos de las naciones, hincando insolente planta sobre la cerviz de los mo-«narcas, y nada se hacia sin el pláceme de Roma. —Enhorabuena, pero esta «dominacion *jactanciosa* era un inmenso beneficio: la fuerza del espíritu obli-«gaba á la fuerza bruta á la rendicion; acaso de todos los triunfos reportados «por la inteligencia sobre la materia, ese es el mas sublime.

«Trasladémonos á aquellos tiempos en que la ley enmudecida, acotada por la «espada, se revolvia en sangriento fango: ¿no es cosa admirable ver á un em-«perador aleman, cuando en la plenitud de su pujanza va á lanzar sus sol-«dados para ahogar el gérmen de las repúblicas italianas, detenerse súbita-«mente sin poder dar un paso mas? ¿No lo es ver á unos tiranos, cubiertos «de hierro, rodeados de sus cohortes, un Felipe Augusto de Francia, ó un «Juan de Inglaterra, suspender su venganza y sentirse como heridos de iner-«cia? Y todo esto, ¿á la voz de quién se opera? ¡Á la voz de un pobre anciano, «habitante de una ciudad remota, con dos batallones de malas tropas, y po-«seyendo apenas algunas leguas de un terreno sin cesar disputado! ¿No es «este un espectáculo capaz de elevar el espíritu, y una maravilla mas extra-«ña que todas las que llenan la leyenda cristiana?»

[1] Sobre los últimos momentos de san Gregorio, así como sobre su sepultura y sarcófago, véase las *Tres Romas*, t. III, pág. 40.

«ridad de los Apóstoles.» Esta grande idea de la independencia de la Iglesia no le abandonó hasta el último suspiro.

Acercábase el trance fatal: presintiéndolo él mismo por su estado de postracion cada vez mas alarmante, pronunció aun estas breves y últimas palabras: «He amado la justicia y odiado la iniquidad.» Tal fue la muerte de ese gran Papa. Multitud de milagros obrados en vida y despues de ella acreditaron la santidad de sus obras, y le dieron lugar en los altares del mundo católico [1].

Antes de concluir, no será ocioso decir cuatro palabras sobre las pretensiones al poder temporal que muchas veces se han achacado á san Gregorio.

«Para juzgar de ellas con acierto, es preciso eliminar nuestras «ideas actuales y tomar lo del siglo en que este Pontífice vivió. El «derecho que Gregorio reclamaba era consecuente al régimen feu-«dal, idéntico al que ejercian en aquella época todos los señores y «soberanos, siendo tan ridículo acriminarle sus aspiraciones á la so-«beranía de Hungría y Dalmacia, etc., por ejemplo, como lo seria «increpar al Emperador de Alemania que pretendiese la de Bor-«goña y de Lorena; pues el derecho era el mismo en uno y otro caso, «y en ambos conforme al espíritu de la época. Ya antes del adveni-«miento de Gregorio VII, muchos soberanos, viendo que Roma se «distinguia por su tino, justicia é ilustracion, y por su autoridad tu-«telar, al morir dejaron sus reinos como en feudo de la Santa Sede, «no ya incitados del solo estímulo piadoso, sino de su propio interés, «pues declarándose vasallos de la Santa Sede, aseguraban para sí y «sus hijos una poderosa proteccion contra las usurpaciones de sus «vecinos y la rebeldía de sus pueblos, los cuales á su vez eran mas

[1] Véase acerca san Gregorio VII, al canónigo Muzarelli, y especialmente la *Vida* de este insigne Papa escrita por Mr. Voigt, profesor protestante de la universidad de Hall, y traducida por el abate Jager, 2 tomos en 8.º París, 1838. Su nombre en 1580 fue continuado en el Martirologio romano, corregido por órden de Gregorio XIII, y bajo el pontificado de Benedicto XIII se le colocó en el Breviario con una inscripcion que en Francia fue suprimida por los Parlamentos, y por el Emperador en todos los Estados de Alemania é Italia como atentatoria al derecho de los Soberanos. ¡Vaya una teología! ¡Y esto pasaba en aquellos tiempos en que una filosofía altanera, estimulada por los mismos Reyes se preparaba á jugar con los tronos á medida de su antojo y erigir en principio todos los delirios de la anarquía! ¡Vaya tambien una lógica! verdad es que los Parlamentos y los Reyes no han tardado en expiar su inconsecuencia de un modo harto severo; y no decimos mas por no cansar.



«dóciles viendo en el Papa un garante contra los desafueros de sus «monarcas; garante no corto en unos tiempos en que la autoridad «pontificia era la única universalmente reconocida y respetada aun «de los pueblos mas bárbaros.

«En efecto, siempre que un emperador queria posesionarse de al- «gun Estado vasallo de Roma, atajábaselo el Papa prohibiéndole sal- «var la frontera, y diciéndole lo que san Gregorio VII á Vezelino: «Mucho nos admira que habiendo vos hace tiempo prometido ser fiel «á san Pedro y á Nos, pretendais sublevaros contra el que la auto- «ridad apostólica ha establecido por rey de Dalmacia; así, de parte «de san Pedro os vedamos que hagais armas contra este rey, pues «el ir contra él seria atacar á la misma Santa Sede. Si algun motivo «teneis de queja, acudid á Nos, y os harémos justicia; de otra ma- «nera sabed que desenvainarémos la espada de san Pedro para cas- «tigar la audacia y la temeridad de cuantos os favorecieren en se- «mejante empresa [1].»

«Tal era el lenguaje del Papa; y siendo así, ¿qué extraño que los «príncipes fuesen con él tan liberales, si tanto les impulsaba su in- «terés? Cualquier reyezuelo débil, mal seguro en su trono, se aco- «gia á la proteccion del Santo Padre, recibiéndola cual verdadero fa- «vor. Así Demetrio, rey de los rusos, envia su hijo á Gregorio para «suplicarle con vehementes instancias que acepte su reino en feudo «de san Pedro, segun resulta de una mision del mismo Gregorio: «Tu hijo, le dice al Monarca, habiendo venido á visitar los sepul- «cros de los Apóstoles, se ha presentado á Nos y declarado humildo- «samente *(devotis precibus)*, que deseaba recibir ese reino de nues- «tras manos, asegurando que tú aprobarias su peticion. En atencion, «pues, á ello y á la piedad del postulante, hemos deferido á su de- «seo y otorgádole lo que solicitaba [2].» La misma carta nos indica la causal de este paso del Monarca ruso: el Santo Padre le promete su proteccion cada y cuando sea necesario por motivo lícito.

«Este derecho de soberanía libremente impartido á los Papas en «interés de los mismos Reyes y de sus pueblos, explica toda la his- «toria política de la edad media. En aquellos tiempos de anarquía «pueblos y señores burlábanse de sus Monarcas, y solo respetaban «á los Obispos y Pontífices; los Monarcas á su vez, para asegurar su

[1] Epist. VII, 4.
[2] Ibid. XI, 74.

«trono, tuvieron que echarse en brazos de los Papas, y hé aquí co-«mo estos llegaron á ser grandes y poderosos medianeros entre so-«beranos, reyes y pueblos, y aun jueces suyos en caso de disiden-«cia; y si por un lado sostenian la monarquía, por otro le servian de «contrapeso en sus extralimitaciones; de manera que en este con-«cepto prestaron inmensos servicios á la causa de la humanidad, ser-«vicios que han sido debidamente apreciados por los hombres pen-«sadores de todas las opiniones.»

«El poder papal, dice un ministro protestante, siendo dispensero «de las coronas, impedia que el despotismo se hiciera feroz; y esto «explica por qué en aquellos tiempos de tinieblas no se ve un solo «caso de tiranía comparable á la de Domiciano, por ejemplo. Un Ti-«berio era ya imposible, porque Roma lo hubiera despachurrado: los «grandes despotismos acaecen cuando los reyes creen que nada hay «superior á ellos, pues entonces la embriaguez del poder ilimitado «ocasiona los excesos mas monstruosos [1].»

Un moderno publicista, tambien protestante, añade estas notables reflexiones: «En la edad media, no existiendo órden social, la sola «autoridad del Papa salvó *tal vez* [2] á la Europa de una completa bar-«barie, pues creó relaciones entre los pueblos mas distantes, atrajo «como á un centro comun á las naciones aisladas, se elevó como tri-«bunal omnímodo en medio de la universal anarquía, siendo sus fa-«llos *algunas veces* [3] tan respetables como respetados; previno ó atajó «el despotismo de los emperadores, reemplazó el desequilibrio y ami-«noró los inconvenientes del régimen feudal [4].» Conocida es de to-dos la opinion de Leibnitz sobre el particular.

«En cuanto al imperio de Alemania en especialidad, los Papas te-«nian sobre esta corona un poder propio, emanado del derecho pú-«blico: los príncipes sajones, de acuerdo con gran número de lom-«bardos, franceses, bávaros y suevos, se dirigen á Gregorio VII y le «dicen no convenirles que un soberano tan protervo como el emperador «Enrique IV, conocido mas aun por sus delitos que por su nombre, «siga llevando la corona, máxime no habiendo recibido su inves-

[1] *Ensayo sobre la historia de Jesucristo* por Ch. Coquerel, pág. 75.

[2] ¿Por qué *tal vez?*

[3] Otra reticencia: seamos francos.

[4] Ancillon, *Cuadro de las revoluciones del sistema político de Europa*, introduccion.

«tidura de Roma; por tanto, siendo necesario devolver á Roma su «derecho de establecer los reyes, importa que el Papa y la ciudad «romana con el consejo de sus señores elijan un príncipe que sea dig- «no de la soberanía por su prudencia y buena conducta: recuerdan «además que el Imperio no es sino un feudo de la ciudad eterna [1]. «Insiguiendo ese testimonio, es indudable que Roma confería la dig- «nidad real con derecho de nombrar ó desposeer, de acuerdo con «sus señores, á los reyes del Imperio germánico, y este derecho se «reconoce paladinamente, y su ejercicio se invoca en una circuns- «tancia solemne por los hombres mas interesados en negarla, si ne- «garla fuese posible [2].»

Hé aquí varios extremos que deben tenerse presentes, so pena de desbarrar á cada paso, tratando de la conducta de los Papas en la edad media, y en especial de Gregorio VII.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy con toda la efusion de mi alma por haber salvado al mundo, salvando á la Iglesia valiéndoos de san Gregorio y otros Santos que enviásteis para atajar los escándalos: concedednos un gran celo por la justicia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré á menudo por el Sumo Pontífice.*

[1] Proponunt deinde imperium esse beneficium urbis aeternae. *(Avent.)*.
[2] *Vida de Gregorio VII*, introduccion.

LECCION XXXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XI, CONTINUACION).

La Iglesia consolada : fundacion del monasterio del gran San Bernardo; establecimiento de los Camaldulenses; san Romualdo. — La Iglesia atacada : Berengario; — defendida : Lanfranco, arzobispo de Cantorbery; — afligida : Miguel Cerulario; los musulmanes.

La Iglesia durante el siglo XI puede con verdad decir á su divino Esposo : Medido habeis mis consuelos por la extension de mis padecimientos. En efecto, si copiosas lágrimas corrieron de los ojos de esta Esposa querida, Dios cuidó de enjugarlas suscitando infinitos varones de una eminente santidad : pocos siglos ofrecen mas Santos que este en el episcopado ó en el trono, y ciñéndonos solo á los reyes, tenemos á san Enrique, emperador de Alemania, á san Olao, rey de Noruega, á san Estéban, de Hungría, y su hijo san Emérico; á san Canuto, de Dinamarca, y á san Ladislao, de Bohemia. Ahí están, para dar testimonio á los venideros de que la Religion fue tan poderosa para formar Santos en aquellos tiempos calamitosos, como lo es en las épocas mas bonancibles.

Otra cosa patentiza la lozanía y fuerza vivificante de esta Iglesia inmortal, y es que el cuidado de curar sus llagas no le impidió atender á las necesidades aun corporales de sus hijos. En la propia época aparece uno de aquellos asombros de caridad que descubren cuanto hay de divino en la virtud del Cristianismo, y cuanto de maternal en las entrañas de la Iglesia católica. Vivia en Saboya á principios de este siglo un caballero nombrado Bernardo de Menthon. Oriundo de una familia ilustre, pasó sus primeros años en la inocencia, y habiendo llegado á la edad competente, desechó todo empleo terreno para consagrarse al servicio de Dios abrazando el estado eclesiástico, cuyas obligaciones cumplió con singular exactitud. Por espacio de cuarenta y dos años predicó con celo infatigable, desterrando doquiera la supersticion y la ignorancia, y sabedor de que en un monte

vecino se daba culto á una famosa estatua de Júpiter, fué allá no sin hartas dificultades, y derribó el simulacro, desmintiendo, nuevo Daniel, á los sacerdotes de aquella pretendida deidad, los cuales pronunciaban sus oráculos, segun entonces se averiguó, desde el hueco de una colina. Al momento, en aquel propio sitio consagrado á crueles supersticiones mandó erigir un monasterio y hospicio al que dió su nombre, siendo este el orígen y fundacion del convento del gran San Bernardo.

Situado en la cumbre de los Alpes, tiénese por el punto mas culminante del antiguo mundo donde el hombre haya osado fijar su mansion. Notable por su aridez, está sujeto á seis meses de rígido invierno, durante el cual nieva en aquel lugar tan copiosamente, que sin embargo de que está muy alta la puerta del convento, hay que abrir gradas en la nieve para poder bajar ó subir. El suelo es peñascoso, por no decir roca viva, y apenas queda descubierto tres meses en el año, no siendo raro ver formarse ya en agosto gruesos témpanos de hielo, y helarse enteramente en setiembre la lagunilla que hay al pié de los riscos donde está labrado el convento, la cual de entonces mas, hasta el próximo junio, sirve de tránsito á los caminantes. Súfrense tambien allí récios sofiones, pues embocándose los vientos entre dos gargantas, soplan con violento ímpetu arrebatando á veces tales masas de nieve que oscurecen la atmósfera, sin contar las continuas nieblas y nubarrones que apenas permiten distinguir los objetos á corta distancia. Por de contado que en aquella altura ni aun buen trecho mas abajo no crece el menor arbusto, y nada absolutamente se coge en las inmediaciones del edificio, de suerte que todos los artículos deben subirse de los valles vecinos, y hasta la leña, de que se hace un consumo cuantioso, es trasladada en acémilas desde cinco leguas de distancia por senderos escabrosísimos, apenas practicables durante el breve espacio de seis semanas.

En esos sitios horribles, y en un paraje tan olvidado de la naturaleza, es donde la caridad cristiana congregó algunos hombres, los cuales llevados de sublime abnegacion consagran su vida á acoger, socorrer y auxiliar á aquellos de sus semejantes que por azar, necesidad ó desgracia llegan á su monasterio; y adviértase que se calculan á mas de quince mil los viajeros que durante el año transitan por el monte San Bernardo. Ahora bien, cuando tras mil fatigas y riesgos se llega á la cumbre de la temida montaña, júzguese ¡qué

dulce emocion causa encontrar una vivienda humana en lugar tan árido y escabroso! Y cuando al penetrar en el monasterio se ven unos hombres revestidos del santo sayal que reciben á todo viniente con muestras del mas simpático interés, y se apresuran á restaurarle, calentarle, proporcionarle los auxilios que su situacion exige, todo ello realzado con las formas de una amable urbanidad, y con los delicados y generosos procederes de la caridad cristiana, entonces una religiosa veneracion invade el espíritu, para confundirse á un tiempo con la admiracion, la ternura y la gratitud.

Allí es donde la Religion mantiene y patentiza en sus obras aquellos sentimientos de verdadera *fraternidad* que deben enlazar á los mortales; allí se admiten igualmente todos los extraños sin distincion de países, estado, sexo ó religion, siendo las necesidades de la humanidad el primer título para sus beneficios hospitalarios, sin que por esto descuiden las atenciones debidas al mérito, á la clase ó á la dignidad de las personas.

No se limitan sus generosos beneficios á dar buen acogimiento dentro del hospital, sino que salen al encuentro de los viandantes, anticipándose á las necesidades que por el camino les puedan sobrevenir. La masa de nieve que por la noche se amontona en los caminos, el huracan que á torbellinos la arrebata, las nieblas, las avalanchas y el rigor del frio son causantes principales de las grandes fatigas que allí se padecen, así como del peligro y acaso del extravío de los caminantes. Para socorrerles, un robusto mozo, sostenido exclusivamente á este fin, llamado el *costañero*, cada madrugada desde noviembre á mayo recorre gran parte de la montaña llevando provision de pan y vino para restaurar á los extraviados, á quienes aguarda en cierto punto y hasta cierta hora, y en caso necesario les socorre, les abre camino, y les guia al monasterio. Aunque este empleo es muy peligroso, para que se vea la señalada proteccion de la Providencia, no hay memoria de que ninguno de los costañeros haya sido víctima de su arrojo. Para mejor llenar su cometido, suelen acompañarse de uno ó dos grandes perros adiestrados á orillar el camino por entre la nieve y al través de las nieblas, barrancos y precipicios, y á descubrir á los caminantes que andan perdidos. Si tal vez á la hora fijada este mozo no está de vuelta, otros salen á descubrir terreno; y cuando ni estos bastan á socorrer á los necesitados, al menor aviso de cualquiera de ellos salen los mismos religiosos,

corriendo al través de la nieve, apoyados en récios chuzos, para prestar toda especie de auxilios, y esto se repite cuantas veces ocurre peligro, ya sea por advertirlo los mozos, ó por anunciarlo algun viajero bastante robusto para trepar solo hasta el monasterio.

Si hallan algun pobre detenido en su camino, aliéntanle aquellos buenos Padres, ábrenle un sendero echando el resto de su esfuerzo, le conducen, y aun si conviene alternativamente le llevan en hombros. Á veces los caminantes ateridos por el frio y rendidos de fatiga se obstinan en querer descansar y recostarse sobre la nieve; pero como este pérfido reposo les conduciria á la congelacion y á la muerte, es preciso en tales casos hacerles violencia, combatir su apatía, y obligarles á andar ó á hacer varios movimientos para que se restablezca la circulacion de la sangre. Los mismos religiosos al objeto de evitar en sí propios tal percance, además del ejercicio extraordinario que hacen, danse con sus chuzos fuertes golpes en las manos y en los piés.

Uno de los accidentes mas siniestros que puedan ocurrir, son las avalanchas que caen rodando desde lo alto, arrastrando en su caida cuanto hallan al paso. Si se presume que hayan causado alguna víctima, mozos y religiosos salen velozmente, provistos de palas y azadones para cavar en la nieve y descubrir á los infelices sepultados en vida. Si no es muy espesa la capa que los cubre, regularmente los perros por el olfató conocen ya el lugar donde están; pero si la nieve es mucha, los religiosos hacen catas por medio de unas varillas de hierro, y en la resistencia echan de ver dónde hay algun cuerpo, y cavando en seguida, ahondando y despejando, muchas veces tienen la suerte de encontrar un resto de espíritu vital en personas que iban á espirar. Recogidas al momento las trasladan al monasterio, y allí por medio de baños, fricciones, vapores y otros auxilios procuran reanimarlas, hasta que quedan fuera de peligro.

Á pesar empero de la vigilancia, actividad y esfuerzos de estos generosos custodios de la vida humana en los Alpes, cási no pasa año sin que haya que deplorar alguna víctima, ya sea de resultas de las avalanchas, ya por extraviarse ó caer exánimes los caminantes; y esto acontece especialmente á los que en horas avanzadas, ó desafiando la intemperie, se obstinan en atravesar el monte sin ayuda del costañero. Los cadáveres que se recogen son trasladados al convento, donde se les tributan honras fúnebres, y despues, cubier-

tos con un sudario, quedan expuestos en una casilla cuadrada que hay en lo alto de la peña á cierta distancia del convento, hasta secarse y consumirse lentamente al sereno, pudiendo ser conocidos aun mucho tiempo despues por si algun interesado los reclamare.

Afortunadamente los siniestros son raros, pero lo que sí ocurre con frecuencia es helarse los piés y las manos, á veces sin que se advierta, en cuyo caso los religiosos, como prácticos, léjos de arrimar al fuego á los congelados, procuran restablecerles por otros medios hasta que recobran el calor natural, curándoles esmeradamente, y practicando cuando conviene aquellas amputaciones que se consideran mas indispensables. Con igual ahinco sirven á los enfermos detenidos en el monasterio, proporcionándoles caldos y medicamentos, que les ministran por sus manos, velándoles por las noches, y prestándoles con sumo cariño los oportunos auxilios temporales y espirituales. Hay enfermos que pasan allí meses enteros, durante cuyo tiempo todo se les proporciona gratis; pues tal es la regla á favor de cuantos transitan por aquellos sitios.

Las restantes ocupaciones de los religiosos consisten principalmente en el rezo canónico y oficios que celebran con notable regularidad, á cuyo efecto tienen una iglesia bonita aunque pequeña, donde sorprende ver grandes colunas de hermoso mármol; ejercen además con celo las varias funciones de su santo ministerio, ya en el convento en pro de los viajeros y de los muchos fieles que acuden por simple devocion, ya en varias de las parroquias del Valés que están puestas á su cargo. Algunos tienen además la particular obligacion de ir anualmente cuestando por los valles de la Suiza á fin de subvenir á los gastos de la comunidad y cubrir las numerosas atenciones de su hospitalidad generosa [1].

¿Cuál es, pues, el espíritu que fundó y sostiene hace ocho siglos un establecimiento, cuyo modelo ó símil en vano buscaríamos en los fastos del mundo? Protestantes, filántropos, ¿es acaso el vuestro [2]?

Entre tanto san Bernardo de Menthon, lleno de dias y merecimientos, falleció en Novara el dia 28 de mayo de 1008 á la edad de ochenta y cinco años.

La abnegacion heróica de los religiosos del San Bernardo era una

[1] *Anécdotas cristianas*, pág. 171.

[2] ¡Ah! su espíritu acaba de destruir esta maravilla de la caridad. ¡Bien se conoce el árbol por sus frutos!

condigna expiacion de los desórdenes que habian afligido á la Iglesia; pero desgraciadamente rayaban estos tan alto, que al parecer necesitábanse aun mas víctimas para aplacar la ira del cielo y asegurar á la Esposa de Jesucristo un completo triunfo sobre el demonio. Suscitólas el Señor, entre otras, en la persona del insigne san Romualdo, fundador de los Camaldulenses, congregacion insigne sobre las demás religiosas que son el orgullo de la Iglesia, el ornamento de la vida monástica y el asombro del mundo cristiano por la austeridad de sus prácticas y la santidad de su vida. Los dignos religiosos que la componen, observan cuanto hay de mas áspero y severo en la vida monástica y en la cenobítica, habiendo abrazado la penitencia y las mortificaciones de ambos estados, sin ninguna especie de lenitivo.

Fundó, como hemos dicho, esta Órden san Romualdo, de la ilustre alcurnia de los Duques de Ravena, nacido en la ciudad de este nombre el año 956. Vivió estragadamente en sus mocedades, bajo el doble estímulo de su alta posicion y de las riquezas que le permitian satisfacer sus menores antojos; pero Dios, teniéndole aparejado para ser uno de los consoladores de la Iglesia y el instrumento de la conversion de gran número de cristianos, no le abandonó en tan resbaladiza pendiente, y á favor de remordimientos saludables conturbó su alma y le predispuso á la penitencia.

¡Oh abismo de misericordias! un nuevo exceso fue la ocasion que Dios utilizó para romper los lazos que oprimian á Romualdo: su padre Sergio tuvo cierta contienda con uno de sus deudos, y habiéndole desafiado, exigió que su hijo le asistiera en tan odioso lance. El jóven, asombrado á semejante proposicion, negóse al principio; pero como su padre insistiese hasta amenazar desheredarle, convino en mediar como testigo. Sergio mató á su adversario; pero nuestro jóven, que á la sazon tendria veinte años, sobrecogido de horror considerándose á sí mismo reo de aquel homicidio, corrió á expiarlo en un vecino monasterio, sujetándose á una penitencia de cuarenta dias. Las inspiraciones que allí recibió le movieron á dejar el mundo y vestir el hábito religioso.

Despues de pasar siete años en esta santa casa, se retiró á las cercanías de Venecia bajo la direccion de un venerable ermitaño llamado Martin, cuyo ejemplo le hizo perfecto en la práctica de todas las virtudes monásticas. Su padre, movido igualmente de la gracia, se re-

tiró á otro monasterio, y despues de larga penitencia murió allí en olor de santidad. Romualdo, á medida que avanzaba, iba creciendo en ejemplar fervor, juntando á las labores corporales mas penosas rígidos ayunos, perfecto recogimiento y asidua oracion, siéndole tan grato este último ejercicio, que se condolia vivamente al ver la tibieza de los demás, diciendo: «Mejor seria rezar un solo salmo con «efusion, que ciento con negligencia.»

Habiendo llegado á Italia el emperador Oton III, y héchose públicamente reo de un doble delito, Dios sacó un bien del mal. Era entonces confesor suyo Romualdo, quien, echándole en cara la odiosidad de su falta, le impuso una penitencia pública como ella, que el real penitente aceptó con humildad. Las correcciones del Confesor hicieron vivísima mella en un favorito del Emperador, cómplice de sus desarreglos, el cual, movido tambien á penitencia, consagró al Señor el resto de sus dias, recibiendo el hábito monacal de manos del mismo Santo; y en breve su ejemplo fue seguido por otros señores de la corte que abrazaron el mismo género de vida á las órdenes de Romualdo. La Iglesia pudo, pues, regocijarse al ver tantos príncipes y jóvenes señores que se desprendian del fausto y la grandeza para consagrarse á Dios en la oscuridad del retiro, cifrando su placer en las prácticas de la mas ardua penitencia, repartiendo el tiempo entre la oracion, el canto de salmos y el trabajo de manos, encargado cada cual de una tarea particular, de modo que mientras los unos cultivaban la tierra, otros ejercian diferentes oficios, ganándose con el sudor de su rostro lo necesario para subsistir.

Cuando Romualdo no supo ya dónde alojar á sus discípulos, construyó varios monasterios, entre los que se hizo célebre el de Camaldoli, sito en la Toscana, cerca de Arezzo, en uno de los valles del Apenino que fue cedido al Santo por cierto caballero llamado Maldoli, de cuyo nombre vino el del monasterio y de toda la congregacion [1]. San Romualdo adoptó la regla de san Benito, añadiéndole nuevas prácticas con la mira de que sus discípulos fueran á la par ermitaños y cenobitas. Vese aun á corta distancia del convento el eremitorio que el santo Fundador hizo labrar, en la falda de un cerro poblado de abetos y fecundado por varios arroyos, cuya sola vista infunde el espíritu de recogimiento y de oracion. Contigua al propio edificio hay una capilla dedicada á san Antonio, que está siem-

[1] *Camaldoli* es contraccion de *Campo-Maldoli.*

pre abierta cual avanzado centinela en la frontera de aquel terreno sagrado, á fin de que todo profano se purifique con la oracion antes de llevar adelante sus pisadas. Hállanse de paso las celdas de los porteros, y un poco mas adelante despliégase la magnífica fachada de un gran templo con su campanario sobre la puerta, cuyos ecos sonoramente se repiten por todo el desierto. La celdilla que el Santo habitaba durante las obras está á mano izquierda de la iglesia: las de los monjes son todas de piedra labrada, cada cual con su jardinito y oratorio, donde los religiosos pueden celebrar si quieren. Siendo allí el clima excesivamente riguroso, se les permite tener lumbre para calentarse; y todos ellos dependen de un superior á quien dan el nombre de *mayor*. Todo el eremitorio está rodeado de una cerca que sirve de vallado á los reclusos, los cuales pueden pasear por el bosque que hay dentro de ella. Cuanto necesitan se les envia del monasterio, situado en el valle, al objeto de que ningun cuidado pueda distraerles de sus contemplaciones. Diariamente se reunen en la iglesia para rezar en comun los oficios divinos, sea cual fuere el tiempo que haga, sin hablarse jamás en los sitios regulares, y guardando silencio absoluto en la Cuaresma, en domingos y fiestas, viernes y otros dias de abstinencia, y todo el año desde la hora de Completas hasta la de Prima siguiente. ¡Qué consuelo, repetimos, para la Iglesia, ver á aquellos hombres viviendo como ángeles en un cuerpo mortal! ¡Qué poderoso estímulo para arrancar á los pecadores del amor de las criaturas! ¡Qué contrapeso, en fin, para los delitos del mundo, tantas virtudes y maceraciones cumplidas por unos particulares que fueron ricos y podian disfrutar de todos los placeres de la vida!

Esta Órden ha producido gran número de Santos é ilustres personajes, y de ella salió en nuestros dias el papa Gregorio XVI, cuya firmeza, prudencia, solicitud y alta sabiduría han sido tan útiles á la Iglesia en los difíciles tiempos que atravesamos [1]. Respecto al santo Fundador, sus austeridades siguieron hasta una extremada vejez: vestia sin cesar un tosco cilicio; rehusaba cuanto podia halagar sus sentidos, hasta no querer que le aliñasen las yerbas de que se alimentaba, y si acaso le presentaban algun condimento mejor, decia con calma: «¡Gula, gula! no quiero tocar á eso: ya sabes, enemiga,

[1] Véanse las *Vidas de los Santos de la Órden camaldulense* en italiano por Razzi, 2 tomos en 4.°

«que te tengo declarada perpétua guerra!» Murió al fin conforme habia predicho veinte años antes, contando muchos de edad, en el de 1027 [1].

Esos grandes Santos que florecian en el campo fértil de la Religion, la depuracion creciente de las costumbres, la restauracion de la fe antigua con nueva lozanía, hacian estremecer de contento á la sacra Esposa del Crucificado; pero ¡ay! si se le prodigaban tan puros y dulces consuelos, era para mejor disponerla á sobrellevar nuevas aflicciones.

Hiriéla entonces en medio del corazon el arcediano de Angers Berengario, atrevido innovador, que osó negar la presencia real de Jesucristo en la sagrada Eucaristía. Gritos de indignacion alzáronse de todas partes hasta llegar al cielo, cuya misericordia lanzó un defensor en apoyo del mas adorable de nuestros misterios. Al mismo tiempo Berengario, convicto de error y condenado, retractó él mismo sus palabras muriendo en el gremio de la Iglesia, y exhalando en la hora amarga estas lamentables exclamaciones: ¡Ay de mí! no dudo que Dios tomará en consideracion mis lágrimas para perdonar mis propias culpas; pero ¿me perdonará las que hice cometer á los demás? ¿Acaso las almas que yo perdí no me aguardarán en el tribunal del supremo Juez para reclamar mi condenacion? En medio de estas perplejidades falleció. ¡Qué ejemplo mas propio para retraernos y darnos una idea tremenda del escándalo!

El gran defensor de la presencia real contra Berengario fue el célebre Lanfranco, arzobispo de Cantorbery. Nació en Pavía de Lombardía; cursó derecho y elocuencia en Bolonia, y habiéndose trasladado á Normandía, fue electo prior del monasterio de Bec, donde abrió su escuela, que en breve fue la mas célebre de Europa. Habiendo propuesto á Berengario una conferencia ó debate para reducirle á la buena doctrina, no quiso aceptar; mas sin cejar por esto el brioso paladin del dogma, escribió contra el heresiarca y le confundió en una obra titulada *Tratado del cuerpo y sangre del Señor*. Asistió á varios concilios celebrados contra Berengario, y no dejó las armas de la mano hasta que vió el error destruido, y su autor devuelto al seno de la unidad. Fallecido en olor de santidad el dia 28 de mayo de 1089, sepultáronle en su propia iglesia de Cantorbery.

[1] Helyot, t. V, pág. 258.

Otra pesadumbre para la Iglesia vino de Oriente hácia el mismo tiempo: Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, fomentó las semillas del cisma sembradas por Focio en el animo de los griegos; y aunque en esta ocasion fueron reprimidas, pudo ya preverse que la Iglesia griega, colgada apenas de un hilo de la latina, no tardaria en romper este débil vínculo que la unia con su Madre: deplorable cisma que sin embargo no se consumó hasta mucho tiempo despues, segun verémos. Mayores y nuevos tormentos causaban á los cristianos de Egipto y Palestina los musulmanes, cada dia mas pujantes, afligiendo de rechazo á la Iglesia [1]; pero en cambio otro pueblo se disponia á consolarla.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os dòy por haber velado sobre nuestras necesidades espirituales y corporales: Hacednos la gracia de que tiernamente amemos á la Iglesia, la cual dió orígen á tantas y tan provechosas Órdenes religiosas.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *seré bueno para con los pobres extraños.*

[1] Fleury, lib. LVIII y sig.

LECCION XXXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XI, CONTINUACION).

La Iglesia consolada é indemnizada : conversion de los húngaros; — afligida: guerra de los señores; — consolada : tregua de Dios. — La Iglesia atacada: sarracenos en Oriente, África é Italia; — defendida y consolada : Cruzadas; establecimiento de los Cartujos.

Para consolar á la Iglesia é indemnizarla de las pérdidas que le ocasionaron la herejía de Berengario, el cisma de Miguel y la invasion de los musulmanes, hemos dicho que Dios iba á concederle un pueblo nuevo: volvamos en efecto las miradas al Norte de Europa, pues tambien de allí procede, siguiendo el curso de las conquistas que desde varios siglos granjearon á la Iglesia aquellas dilatadas regiones, habiendo empezado los polacos, seguido los normandos y los rusos, hasta llegar esta vez los húngaros. Sí, los hijos de aquellos hunos tan espantables que á las órdenes del fiero Átila estremecieron al universo en el siglo VI, van ahora á convertirse en mansos corderos bajo el cayado del divino Pastor [1]. Para todo hombre ilustrado, la conversion de los húngaros, al igual que la de los demás pueblos del Norte, es un milagro de primer órden que de sí solo prueba la divinidad del Cristianismo.

Comparables á los normandos en barbarie, los húngaros los sobrepujaban tal vez en crueldad, pues comian carne cruda, bebian sangre, y cortaban á pedacitos el corazon de sus prisioneros para comerlo como remedio [2]: siguiendo los pasos de Átila, asolaron varias veces la Alemania, la Italia y la Lorena, dejando por todas partes sangrientas huellas de su horrenda crueldad; abrasaban las iglesias, inmolaban á los sacerdotes cabe los altares, y se llevaban cautivos infinitos cristianos sin distincion de edad, sexo ó categoría; sin

[1] Véase José Assemani, *Coment. in Calend.;* Deguignes, *Historia general de los hunos.*

[2] Fleury, lib. LIX, XXXIII.

embargo la religion cristiana fue bastante á amansar aquellos mónstruos, é inspirarles sentimientos de humanidad y virtud.

Dios, queriendo convertirles, tocó el corazon de uno de sus reyes llamado Geysa, á quien inspiró disposiciones tan benévolas en favor de los Cristianos, que acabó por recibir el Bautismo con toda su familia, y tan pronto apóstol como neófito, su mayor deseo fue abolir luego el Paganismo en sus dominios. Entonces el Señor le hizo ver en sueños un maravilloso mancebo que le dijo: «No se ejecu«tará por tí tu designio, porque tienes las manos manchadas de san«gre; pero un hijo tuyo realizará lo que deseas, el cual se contará «entre los escogidos de Dios; y despues de reinar en la tierra reinará «eternamente en el cielo.»

Tuvo Geysa, en efecto, un hijo al que llamó Estéban, y fue bautizado por san Adalberto, obispo de Praga. Educado con discrecion desde su infancia, dió iguales muestras de piedad, hasta ser con el tiempo el apóstol de sus vasallos; y no bien ocupó el trono, ajustó sólidas paces con los pueblo convecinos, y consagróse enteramente á afianzar el Cristianismo en su señorío. Para que sus esfuerzos tuvieran buen resultado, daba copiosas limosnas y oraba con fervor, viéndosele á menudo en la iglesia postrado en el pavimento, ofreciendo á Dios sus gemidos y lágrimas. De todas partes mandaba traer obreros evangélicos, y él mismo se asociaba á los predicadores haciendo de misionero. Innumerables fueron las conversiones operadas; y como en algunos sitios corriese sangre de Mártires, la semilla evangélica cundió con tal rapidez que el santo Rey tuvo la dicha de ver acabar enteramente la idolatría de su reino.

Para mayor consistencia y buen órden de la iglesia de Hungría, dividiósela en diez obispados cuya metrópoli fue Strigonia, á orillas del Danubio, confiriéndose el cargo de arzobispo á un digno religioso llamado Sebastian [1]. En seguida el Rey envió embajadores á Roma para suplicar al Sumo Pontífice que confirmara los establecimientos hechos de obispados y monasterios, y *le confiriera el título de Rey* [2], y el Papa accediendo, le envió una rica corona y una cruz que por especial privilegio le consintió llevar al frente de sus huestes, cual emblema del apostolado que habia ejercido entre sus va-

[1] Fleury, *supra*.

[2] Tambien Miceslao, duque de Polonia que habia abrazado el Cristianismo en 905, hizo suplicar al papa Silvestre que confirmara su título de Rey.

sallos; y de ahí procede el título de apostólico que lleva el monarca de Hungría. Civilizador de su pueblo, á fuer de apóstol y modelo suyo, san Estéban quiso asegurar el fruto de tantos trabajos poniendo su reino bajo la tutela de la Vírgen, á la cual profesaba ternísima devocion; cuya consagracion reiteró algun tiempo antes de su muerte, acaecida el dia de la Asuncion del año 1038.

Salvas, pues, ligeras excepciones, de que mas adelante nos ocuparémos, todo el Occidente era ya cristiano; los feroces pueblos del Norte reposaban cual mansas ovejas en el redil de la Iglesia, porque la civilizacion, hija de la fe, habia seguido doquiera la cruz del Salvador, y el sagrado lábaro tremolaba harto mas allá de los límites del antiguo Imperio de los Césares. Para hacer, sin embargo, una gran familia de todos estos pueblos recien cristianos, faltaba combatir cierto abuso, último rastro de la barbarie nativa de tales hordas guerreras: los señores, grandes y pequeños, cuyos castillos presidiados coronaban los montes de uno á otro confin de Europa, apelaban cada dia á la via de las armas para vengar sus injurias reales ó imaginadas, y semejantes á unos buitres que desde la cima de los peñascos en que se anidan precipítanse al fondo de los valles para arrebatar su presa, estos tiranuelos indómitos bajaban de sus torreones con cualquier pretexto, y caian como una plaga sobre las tierras de sus vasallos; de manera que solo se oia hablar de castillos incendiados y destruidos, de cosechas malogradas, de asesinatos en gran número y de familias condenadas á perpétuo llanto.

Violábase la caridad cristiana, y padecian cruelmente los infelices campesinos tras ese continuo guerrear, siendo los Reyes incapaces de reprimir tales desórdenes. La Iglesia, madre comun de villanos y señores, vino en ayuda de la sociedad, y no perdonó medio para acabar con este abuso, y al objeto, dudando del éxito si pedia una paz absoluta, propuso una tregua de ciertos dias, decretando en varios concilios, so pena de excomunion, que todo señor ó caballero se abstuviese de hostilizar á otro desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, y durante todo el Adviento y la Cuaresma. Consagráronse á esta tregua los últimos dias de la semana con preferencia á los demás, en recuerdo de los misterios cumplidos en ellos, á saber: la institucion de la sagrada Eucaristía, la Pasion de Nuestro Señor, y su entierro y Resurreccion. Dióse á esta interesante

ley el nombre de *tregua de Dios*[1], siendo sus pregoneros mas celosos san Odilon, abad de Cluny, y el bienaventurado Ricardo, abad de Verdun. ¡Quién sabe cuántos de los que hoy dia se burlan de los frailes é insultan á la Iglesia, deben el beneficio de su existencia á la tregua de Dios, obra de los frailes y de la Iglesia!

Hé aquí, pues, la divina Esposa del Hombre-Dios, la casta paloma del Calvario tendiendo sobre la Europa entera sus alas tutelares, desde cuyo momento la paz reina entre los Cristianos, las costumbres se depuran, las instituciones sociales se penetran sólidamente del espíritu del Catolicismo, grandes varones brillan con esplendidez en el trono y en el claustro, y la Europa cristiana rebosa vida, siendo todo anuncio de una época solemne y de notables acaecimientos.

Efectivamente, una lucha gigantesca está á punto de trabarse: el Oriente y el Occidente se van á levantar uno contra otro. Los musulmanes ó sarracenos suscitados por Dios para castigo de los cristianos culpables, cual los asirios para castigo de los judíos prevaricadores, olvidando su mision pretenden exterminar al pueblo cristiano; siendo así, su cometido es solo tenerle á raya por medio de saludables correcciones. Conducidos por sus califas apodéranse de gran parte del Oriente; sujetan el África, invaden la España, infestan el mar Adriático y se posesionan de la Calabria, amenazando inundar la Europa y traerle por regalo lo que trajeron á todas partes, corrupcion, barbarie y servidumbre. Jerusalen cayó bajo su empuje, y el Santo Sepulcro, cuna de la Religion y de la civilizacion del mundo, quedaba en su poder, y poco faltaba ya para que la tierra se hiciese musulmana. Pero Dios, que ha dicho al mar: Hasta aquí llegarás, y en ese grano de arena estrellarás el orgullo de tus olas, supo poner un dique al torrente que amenazaba tragarlo todo: un religioso fue el primero en señalar el peligro, á cuya voz la Europa entera se levantó como un solo hombre, y resueltas las Cruzadas, adoptóse la primera por aclamacion. Llámanse Cruzadas unas guerras que se emprendieron en la edad media para reconquistar la Tierra Santa dominada por los sarracenos; y como los que tomaban parte en ellas adoptaron por distintivo una cruz de lienzo rojo fijada

[1] Véase Ducange en la palabra *Treva Dei*, y Fleury, lib. LVII y LX.

en el hombro derecho, dióseles el nombre de *cruzados*, y de *Cruzadas* á estas guerras, las cuales fueron seis principales.

Antes de bosquejar su historia, no estará de mas indicar el influjo que ejercieron. En el dia es cosa ya reconocida que á las mismas se debe:

1.° La cesacion de las luchas particulares que los señores mantenian entre sí, lo mismo en Francia que en Alemania, en Italia y en Inglaterra; guerras siempre renacientes, que diezmaban sin fruto á la nobleza, aniquilaban al pueblo, y acarreaban en pos de sí la rapiña, el asesinato, y violencias y actos los mas odiosos.

2.° Crear, ó á lo menos desarrollar el comercio entre pueblos extraños; pues si bien las Cruzadas trasladaron gruesas sumas á Asia, mayores trajeron de allá á Europa. Adiestrando á los europeos en la marina, les acostumbraron á intentar atrevidas excursiones de circumnavegacion, ocasionaron el invento de la brújula, y prepararon el descubrimiento de América.

3.° Contribuyeron mucho á restablecer y propagar las ciencias en Occidente, y en especial en Francia. Los Papas, con la mira de convertir al Cristianismo á los paganos y cismáticos de Oriente, mandaron crear escuelas para la enseñanza del árabe y otros idiomas orientales; y así Roma como París, Oxford, Bolonia y Salamanca, tuvieron profesores hábiles costeados por el Santo Padre en Roma, en París por el rey, y en los otros países por sus prelados y cabildos ó monasterios. Estos profesores, además del desempeño de su cátedra, tenian obligacion de verter al latin las mejores obras escritas en los idiomas que cursaban.

4.° Diéronnos la idea y el gusto de una porcion de artes, en especial de esa arquitectura gótica hoy tan celebrada, cuyo mayor esplendor data de la época de las Cruzadas, pues se pretendió realizar en Europa lo que se viera en Oriente. De ahí tantas obras maestras, tantas catedrales que son á un tiempo la gloria de la Religion que las inspiró, y la perenne apología de las Cruzadas que proporcionaron su modelo, y perfeccionaron sus detalles.

5.° Emanciparon á las clases pobres. La Religion al declarar que todos los hombres son hermanos depuso en los espíritus el gérmen de la libertad universal; libertad prudente, racional, necesaria, que no excluye el poder ni la subordinacion; pero las revoluciones incesantes acaecidas en el mundo aun no habian permitido á la Igle-

sin sacar todas las consecuencias de su principio salvador. Verdad es que millares de hombres gozaban ya de libertad, mas todavía eran muchísimos los que la esperaban; pero ocurren las Cruzadas, y los señores para adquirir fondos al partir á la tierra Santa dan libertad á sus siervos, ó bien formando pios votos se comprometen á emanciparlos si el éxito de la guerra corona sus esfuerzos, ó si la Providencia les restituye con seguridad á sus hogares.

6.° Suavizaron la suerte de los cristianos orientales, los cuales aun al recaer bajo el dominio de los musulmanes no volvieron á sufrir las mismas persecuciones y tropelías que antes.

7.° Por fin, relegaron al Asia superior el poder mahometano, poniéndole por mucho tiempo en la imposibilidad de atreverse contra la Europa [1].

Hemos dicho que un religioso fue el primero en señalar el inminente peligro que de parte de los sarracenos amenazaba al Occidente: este religioso, cuyo nombre se ha hecho tan célebre, llamábase Pedro el Ermitaño, y era natural de la diócesis de Amiens en Francia. Habiendo efectuado una romería á los Lugares Santos, afligióse sumamente al verlos profanar por los infieles, y hablando de ello con Simon, patriarca de Jerusalen, en varias conferencias, ajustaron el plan de librar á la Palestina de la servidumbre en que tanto tiempo yacia. De regreso, presentóse al papa Urbano II, y le hizo una pintura tan aflictiva de la situacion en que se hallaban los Cristianos, que el Pontífice le autorizó para ir de provincia en provincia excitando á los reyes y á los pueblos á librar á sus hermanos de la opresion.

Á primera vista Pedro no era muy apto para llevar á cabo negocio de tal importancia, siendo de pequeña estatura y de fisonomía poco agradable, con su luenga barba y sayal grosero; mas debajo de ese humilde exterior encubria un gran corazon, mucha energía, elocuencia, entusiasmo, valor heróico, talento elevado, y una vehemencia y calor de sentimientos tales, que transmitia sus propios afectos de una manera irresistible al alma de cuantos le escuchaban. Su vida pobre y austerísima le daban aun mayor suma de autoridad, pues entregaba á otros lo mejor que le daban contentándose con solo pan y agua, pero sin afectacion y con la cuerda piedad propia de un talento de tal valía.

[1] Véase Michaud, *Historia de las Cruzadas*, y la obra italiana *Apologia de' secoli barbari.*

Habiendo Urbano convocado por sí mismo un concilio en Clermont, al cual concurrieron varios príncipes, produjose en él en términos tan patéticos, que los asistentes echaron á llorar, clamando unánimes: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!* Estas palabras, repetidas como por inspiracion, tuviéronse por de feliz augurio, y en lo sucesivo fueron la voz de guerra de los cruzados. Desde luego la Francia, la Italia y la Alemania se pusieron en movimiento; grandes y pequeños aceptaron con entusiasmo la insignia de la cruz, y lo mas edificante fue ver cesar como por ensalmo las enemistades y guerras intestinas que traian revueltas varias provincias; como si la paz y la justicia hubiesen repentinamente descendido á la tierra para disponer á los hombres á la guerra santa.

La Francia, predestinada [1] tan visiblemente para defender la Iglesia y propagar el Evangelio, se distinguió entre las demás naciones, y tuvo la gloria de dar á la cruzada el jefe que la dirigió, el célebre Godofredo de Bouillon, en quien se reunian la prudencia de un anciano con los brios de la juventud, juntando al valor de un caballero intrépido la piedad de un santo.

Puesta en marcha la expedicion, cruzó gran parte de Europa y Asia, y tomando de paso á Antioquía fué á acampar al pié de los muros de Jerusalen. Hallábase esta ciudad bien municionada, y podia resistir mucho tiempo; mas los cruzados hicieron prodigios de valor, y dentro de cinco semanas la tomaron por asalto un viernes á las tres de la tarde: circunstancia notable por haber recaido en el mismo dia y hora en que Nuestro Señor espiró en la cruz. En el calor de la victoria, nada pudo contener al soldado; todos los infieles, — los habia en gran número, — fueron pasados á degüello, siendo por algunas horas horrible la matanza; pero calmándose la saña, y entrando en los corazones sentimientos mas tiernos, depusieron los cruzados sus sangrientas vestiduras, y descalzos, llorando, golpeándose el pecho fueron á visitar los lugares consagrados por la Pasion del Salvador. Los pocos cristianos que habian quedado en Jerusa-

[1] Si los franceses sacan á relucir esa su *predestinacion* para el bien, fuerza será que admitan á su lado su como *predestinacion* para el mal. «Cuando la «Providencia, ha dicho *Lamartine*, quiere que una idea abrase al mundo, la «enciende en el alma de un francés.» *Quand la Providence veut qu'une idée embrase le monde, elle l'allume dans l'âme d'un français. (Histoire des Girondins).—(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

len daban voces de contento y tributaban á Dios rendidas gracias por haberles librado de la opresion.

Ocho dias despues juntáronse los príncipes y magnates para elegir un rey que pudiese conservar una conquista tan preciosa, y habiendo recaido la eleccion en Godofredo, como mas virtuoso y valiente, condujéronle á la iglesia del Santo Sepulcro donde fue proclamado. Al presentarle una corona de oro para que se la ciñera, rehusóla el piadoso héroe, diciendo: «No permita Dios que yo ciña «tal corona en un lugar donde el Rey de los reyes la ciñó solo de es«pinas [1].»

Al paso que los pueblos cristianos resolvian marchar contra los infieles, algunos ángeles de paz y oracion habian tomado el camino de la soledad, ya para granjear victorias á sus hermanos, ya para expiar los desarreglos inevitables de unas expediciones tan lejanas, ó contrabalancear los escándalos que afligian aun á la Iglesia, y enjugar las lágrimas que por la herejía de Berengario derramara recientemente, y tambien para perpetuar el verdadero espíritu del Cristianismo y enseñar á todas las generaciones á servir á Dios en espíritu y en verdad. Entonces se planteó en efecto la Órden cartujana, la mas cabal de todas, puesto que jamás tuvo que reformarse; dejemos el tumulto de los campamentos, y recojámonos para visitar esta maravilla de la soledad.

Bruno, fundador de esa Órden célebre, nació en Colonia por los años de 1060; sus padres, sujetos de piedad recomendable, quisieron criarle á su vista, por cuyo medio el jóven Bruno hizo rápidos progresos en saber y virtud. Nombrado escolar y canciller de la diócesis de Reims, donde acabó sus estudios, vió extenderse rápidamente su fama halagado por el aura popular; mas léjos de envanecerse con los dones de Dios, solo los empleó en propagar el reino de Jesucristo. Estimulado de la gracia y del deseo de una vida mas perfecta, resolvió dejar el mundo, comunicando y logrando hacer adoptar su proyecto á seis amigos suyos, de los cuales dos eran canónigos de San Rufo en el Delfinado. «No basta la soledad, les dijo san «Bruno, si no tenemos un hombre ilustrado en las vias de Dios que «nos trace una regla de conducta.» Los canónigos respondieron: — «Conocemos en nuestro país un santo obispo cuyo solo anhelo es

[1] Véase *Diccionario histórico*, art. *Pedro Damian; Historia compendiada de la Iglesia*, y Fleury, lib. LXIV y LXVII.

«salvar al mundo por la penitencia, el cual tiene en su diócesis mu-«chas selvas, peñascos y desiertos inaccesibles á los hombres.» Era este prelado Hugo obispo de Grenoble. Bruno, alegre á semejante noticia, púsose en marcha con sus seis compañeros para ir á encontrar al varon de Dios, y habiendo llegado á Grenoble en la fiesta de san Juan Bautista del año 1086, su primera diligencia fue echarse á los piés de san Hugo, y pedirle algun rincon en su diócesis donde sin gravámen de nadie pudieran servir á Dios y permanecer léjos del mundo. Viendo el Prelado aquellos siete viajeros desconocidos, hizo memoria de una vision que habia tenido la noche anterior, en la cual se le representó Dios construyendo por sus manos un templo en el desierto de su diócesis conocido por la *Cartuja*, rodeándole en auréola siete estrellas que se elevaban del suelo y le precedian como abriendo camino; de manera que apenas vió y oyó á Bruno y sus compañeros, les aplicó esta vision, y abrazándoles tiernamente quiso en persona conducirles al desierto de la Cartuja.

Nada mas propio que el aspecto de aquella soledad para elevar y fuertemente impresionar el ánimo, al imponente espectáculo de una naturaleza la mas sombría, que convenceria hasta á un ateo de la existencia de Dios, con solo conducirle allí y decirle: *¡Mira!* Un hondo valle rodeado de peñas áridas, escarpadas y cubiertas lo mas del año de nieblas y nieves, tal fue la cuna de los Cartujos; y el obispo Hugo para aislar mas y mas aquel sitio, prohibió acercarse á él mujeres, pastores y cazadores. Contentos Bruno y sus amigos de haber encontrado un asilo cual deseaban absolutamente separado del resto de la tierra, empezaron por labrarse un oratorio y algunas celdillas aisladas cual las antiguas lauras de Palestina. Respecto á la vida admirable que aquellos ángeles en la tierra llevaban, difícil seria pintarla: entre otras cosas obligáronse á guardar perpétuo silencio á fin de conversar solo con Dios, empleando además mucha parte del tiempo en cantar sus alabanzas; á la oracion seguia el trabajo, que consistia principalmente en copiar libros piadosos al objeto de ganarse la subsistencia sin gravámen de nadie; y lo mismo poco mas ó menos practican los cartujos en nuestros dias.

Ayunan durante ocho meses del año: los domingos y fiestas de guardar comen en comunidad, pero los demás dias cada uno recibe su racion separada por una ventanilla ó torno que hay en cada celda, donde comen á solas cual los ermitaños. Oracion, lectura, tra-

bajo de manos, hé aquí sus ocupaciones habituales. Anejo á cada celda hay un jardinito que los religiosos cultivan por sí mismos. Levántanse todas las noches á las diez para rezar los oficios; vuélvense á descansar á las tres de la madrugada, y á las cinco ó á las seis pónense otra vez en pié para continuar su rezo. Llevan siempre ceñido el cilicio; duermen sin desnudarse, y un simple jergon les sirve de cama.

Tranquilos enteramente en el seno de un mundo ruidoso, cuyo rumor raras veces llega á sus oidos, oran sin tregua por los demás hombres, y atraen sobre la tierra continuas bendiciones. Milagros del universo, viven en la carne cual si no la tuvieran, y verdaderos ángeles en el siglo, representan á Juan Bautista en el desierto, constituyendo el adorno supremo de la Esposa de Jesucristo, á manera de águilas prontas á desplegar su vuelo hácia el cielo. Por eso su instituto es preferido con razon á todas las demás Órdenes religiosas [1], por cuanto en ellos persevera con toda fuerza el verdadero espíritu del Evangelio. Hé aquí en prueba el siguiente ejemplo:

El Salvador dijo: *El que es primero entre vosotros, sea como el último* [2]; expresion roborada por el Dios que la pronunció, y que ha invertido las ideas humanas sobre el poder. Efectivamente, segun el Cristianismo, las dignidades, los empleos de nota se llaman *cargas* no sin motivo, siendo muchísimos los Santos, esto es, los verdaderos cristianos, que rehusaron ó no aceptaron sino con temor las dignidades que se les ofrecian, siendo tal vez muchos mas los que fallecieron abrumados por tales cargas, por cuanto el ejercicio del poder fue para ellos un largo martirio, una consagracion perenne de noche y de dia á los intereses de sus subalternos. Ahora bien: esta manera altamente social de considerar las grandezas ha permanecido entre los Cartujos, en cuyo lenguaje, que es del todo filosófico porque es del todo cristiano, se dice que un prior *pide misericordia* cuando solicita ser exonerado de la superioridad, y se tiene con él *misericordia* cuando se accede á su peticion, ó no se tiene cuando no se accede [3]. Esta nocion cristiana del poder no cuaja en el mundo; pero tambien, ved cuánta rivalidad, cuánta intriga, cuánta bajeza, y sobre todo cuántas calamidades para los pueblos.

[1] Bona, *De divina Psalmodia*, c. 18.
[2] Matth. xx, 27.
[3] *Diccionario de Trévoux.*

Modelos de las virtudes cuyo cuadro acabamos de bosquejar, viviendo ya mas en el cielo que en la tierra, ¿quién extrañará que los Cartujos viesen llegar la muerte con santo gozo, y que sus funerales mas parecieran una fiesta que una lúgubre ceremonia? Cuando fallece algun hermano, lo afeitan, lo lavan y revisten de su sayal mejor, poniéndole un pequeño crucifijo entre las manos, cruzadas sobre el pecho, y antes de la celebracion de los oficios lo trasladan al coro, colocándole en su mismo sitial, como si aun viviera, y al proceder á sus exequias, todos los demás religiosos le van saludando, á manera de despido. Llevado en brazos por dos de ellos, es trasladado procesionalmente al lugar del entierro: al descenderle á la hoya le echan la caperuza sobre el rostro, y luego, empezando el abad y siguiendo los demás, le arrojan cada cual una palada de tierra y en seguida un ramillete de las mejores flores de cada jardin, como recuerdo amistoso, y como emblema tierno de las virtudes del finado.

Seis años despues de la fundacion de la Cartuja, el Sumo Pontífice llamó cerca de sí á Bruno, cuyo discípulo habia sido, y el Santo á fuer de humilde obedeció, bien que pesaroso de abandonar su amada soledad; pues tan opuestos eran sus gustos á la vida del mundo, que á poco de morar en la corte pontificia solicitó permiso de volverse al desierto, y el Papa hubo de concedérselo, si bien con la terminante prevencion de que no dejaria la Italia. Bruno se dirigió entonces á las montañas de Calabria, donde fundó otro monasterio, y por fin, cuando llegó el tiempo en que Dios quiso premiar los trabajos de este acendrado servidor suyo, puesto en trance de muerte, Bruno llama al rededor de sí á sus religiosos, y haciendo ante todos una confesion pública de su vida y profesion de fe, declara creer los misterios de la Religion pura, simple é irrevocablemente, y concluye con una larga disertacion sobre la sagrada Eucaristía, atacada á la sazon por la herejía de Berengario. El domingo siguiente, 10 de octubre, dió su espíritu al Criador, frisando apenas en los cincuenta años, el de 1101 [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado tantos Santos que mantuviesen en el mundo la fe y la disciplina,

[1] Véase Helyot, t. VII, pág. 367; Fleury, lib. LXIII.

á mayor provecho nuestro : hacednos la gracia de que sepamos utilizar tamaños beneficios é imitar á tan buenos modelos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, ***me preguntaré á menudo : ¿qué haria un Santo si estuviese en mi lugar?***

LECCION XXXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS XI Y XII).

La Iglesia afligida : fuego sacro, ó de san Antonio; —consolada : fundacion de la Órden de san Antonio de Viennois; — atacada en Oriente : musulmanes ;— defendida : caballeros de san Juan de Jerusalen ó de Malta; — afligida : la lepra ;—consolada : caballeros de san Lázaro; — atacada : escándalos, errores; — defendida y consolada : san Bernardo.

La historia de la Iglesia, propiamente hablando, no es otra que la de la accion divina protegiendo la verdad cristiana y propagándola á pesar de todos los obstáculos. Ya muchas veces hemos manifestado que Dios coloca siempre el remedio al lado del mal, el consuelo al lado de la pena; á la herejía opone los Santos y las Órdenes apologistas; á los escándalos, los Santos y las Órdenes contemplativas; á las calamidades públicas, los Santos y las Órdenes hospitalarias. El siglo XI nos suministrará nuevas pruebas de esta verdad.

Mientras los cristianos de Europa pasaban al Oriente para socorrer á sus oprimidos hermanos, una terrible enfermedad se desplegó de pronto en Francia y en otros puntos del Occidente. Esta enfermedad, nunca bien definida, y que el pueblo dió en llamar *fuego sacro* ó *fuego de san Antonio*, y *fuego del infierno*, hizo sus mayores estragos durante los siglos XI y XII, siendo su principal efecto inutilizar del todo el miembro acometido, el cual se ponia negro y seco como si estuviera quemado, ó se corrompia causando dolores insufribles.

Un caballero del Delfinado llamado Gaston vió caer víctima de ese mal terrible á su hijo Guerino; apeló para curarle á todos los remedios, pero siendo inútil invocó á san Antonio, cuya proteccion le habia valido á él mismo en otra aguda enfermedad, rogándole humilde que volviera la salud á su hijo, y prometiendo, si le oia, consagrarse él y su hijo con todos sus bienes al alivio de los pobres acometidos del fuego sacro, y al socorro de los peregrinos que de todas

partes acudian á implorar la intercesion de aquel cuyo solo nombre, segun frase de san Atanasio, hacia temblar á los demonios y á quien Dios habia dado al Egipto como médico soberano.

Al acabar su súplica, durmióse Gaston, y en sueños se le apareció san Antonio, reprendiéndole porque mas atendia á la salud del cuerpo que á la del alma de su hijo; « mas no obstante, dijo el San- « to, Dios ha oido tu súplica, y así, cumple tu promesa. Tú, y cuan- « tos se consagraren al alivio de los enfermos, tomaréis por insignia « una cruz de color azul. » La figura de esta cruz se veia en el extremo de su cayado, que plantó en el suelo, y al punto pareció reverdecer y echar ramas que cubrian toda la tierra, saliendo al mismo tiempo del cielo una mano que lo bendecia. Esta cruz, semejante á una T mayúscula, es el signo con que, segun el Apocalipsis, está sellada la frente de los escogidos.

Vuelto Gaston á casa, halló á su hijo ya fuera de peligro, y desde luego le dió parte de su vision y de la promesa que habia hecho. Aprobada tan santa resolucion por aquel, sin mas demora que la precisa para arreglar sus asuntos, fuéronse al lugar de San Antonio, y consagrando sus bienes y personas al servicio de los pobres enfermos, dieron principio al hospital que debia albergarles inmediato á la iglesia, y el dia 28 de junio de 1095 dejaron sus mundanas vestiduras por un humilde hábito negro marcado en el lado izquierdo con la cruz susodicha. Tal fue el orígen de la Órden de san Antonio de Viennois, la cual, mientras duró la horrible enfermedad que ella tenia mision de aliviar, hizo extensivos á buena parte de Europa los efectos de su caridad ternísima [1].

Feliz la Iglesia por haber aliviado á sus hijos, cobijados, por decirlo así, bajo sus alas, no se olvidó de aquellos que moraban en las provincias mas apartadas de Oriente. Á manera de lobos rapaces que buscan entrada en los corrales, los sarracenos y turcos andaban al rededor del redil de Jesucristo, y ora salteaban un país cristiano, ora invadian otro, llevándolo todo á fuego y sangre, inmolando á los hombres y cautivando á los niños y mujeres. Para levantar en torno de esta grey escogida un vallado insuperable á aquellas fieras, el Señor habló al corazon de algunos de los nobles guerreros cuyo valor conquistara á Jerusalen, y les inspiró la determinacion de consagrarse en cuerpo y bienes á la defensa de los pueblos cristianos.

[1] Helyot, t. II, pág. 110.

Estos héroes para siempre célebres se reunieron en cuerpos religiosos, llegando á contarse de los que se conocen hasta treinta, siendo el mas célebre el de los caballeros de san Juan de Jerusalen, llamados despues de Rodas ó de Malta, cuando estas dos islas vinieron á ser el lugar de su residencia y el teatro de sus hazañas.

El beato Raimundo de Puy, natural del Delfinado, segundo gran maestre de la Órden, trazó los reglamentos que servian de estatuto á los caballeros, comprendiendo los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, por los años de 1118. Contar aquí los altos hechos que ilustraron á la Órden de san Juan de Jerusalen seria tarea de harto empeño, y bastará referir uno solo.

En 1565 Soliman II emperador de los turcos, uno de los mas terribles enemigos del Cristianisno, resolvió tomar la isla de Malta defendida por estos caballeros, y al efecto avocó contra ella toda la hueste musulmana compuesta de cien mil combatientes, con una flota de ciento cincuenta y ocho galeras, once navíos y otros doce bastimentos. Por espacio de cuatro meses combatieron la ciudad con un vigor increible, si bien con no menos teson la defendieron el gran maestre Juan de la Valette y sus caballeros; esforzado varon que tenia puesta en Dios una confianza igual á su impavidez.

Un domingo, mientras rezaba Vísperas, fueron á anunciarle que los turcos habian practicado una gran brecha y que empezaban á escalar los muros. «Sigan las Vísperas, respondió como valiente; «cuando concluyan, verémos lo que habrá que hacer.» En efecto, concluyóse el rezo, y entonces corriendo al punto amenazado, hizo prodigios de valor y rechazó al enemigo. Mas de veinte mil infieles perdieron la vida en este sitio, habiéndose disparado setenta y ocho mil cañonazos contra la plaza, la cual ya no tenia mas reparos que los pechos de sus heróicos defensores. Arruinada enteramente, restauróla el mismo gran maestre, y aun edificó otra ciudad nueva llamada de su nombre *ciudad Valette*, concluida la cual murió con tanta piedad, como valor y prudencia habia desplegado durante su vida.

El eco de esta victoria resonó por toda Europa, y el emperador Cárlos V envió al gran maestre una espada con rica empuñadura de oro y pedrería. Todos los años, en accion de gracias por el triunfo, celebrábase en Malta una procesion solemne el dia de la Natividad de la Vírgen en que se levantó el sitio, y á ella concurrian todos los caballeros con su maestre á la cabeza, acompañado de un paje que

llevaba la espada regalada por Cárlos V, y seguido de un caballero con el estandarte de la Religion. Al entonarse el Evangelio, el gran maestre tomaba esta espada de manos del paje y la tenia en alto durante la lectura del sagrado texto, como prueba de que lo mismo él que los demás caballeros se hallaban prontos á militar en defensa de la fe.

Distribuíase esta Órden en *lenguas*, correspondientes á las varias naciones de que se formaba, á saber: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Alemania, Castilla é Inglaterra. En cada provincia de estas tenia haciendas, cuyas rentas servian para sostener la guerra contra los infieles y asistir á los pobres; siendo el primer instituto de esta caballería socorrer á los pobres peregrinos de la Tierra Santa, cuyo espíritu conservaron siempre, de suerte que la Europa cristiana vió por espacio de algunos siglos á estos valientes entre los valientes y flor de la nobleza pasar su vida en los campos de batalla ó á la cabecera de los enfermos en los hospitales, y orando en sus claustros.

El hospitalario mayor era siempre un caballero gran cruz, encargado de atender al buen cuidado de los enfermos, asistiéndole otros caballeros que repartian los medicamentos, cuidando tambien uno y otros de los huérfanos que criaban á expensas del tesoro comun hasta la edad de ocho años. El maestre se denominaba á sí mismo *custodio de los pobres de Jesucristo*, y los caballeros llamaban *nuestros señores* á los enfermos y á los pobres [1].

Orar y asistir á los necesitados, hé aquí las ocupaciones de los caballeros en tiempo de paz; pero al menor asomo de alarma, volvian á empuñar sus nobles espadas, y en un cerrar de ojos se trasladaban al punto donde su presencia era necesaria. Terribles en las lides cuanto sufridos en los hospitales, estos héroes verdaderamente cristianos hacian prodigios de valor; mas apenas la trompeta daba la señal de retirada, íbanse, cubiertos aun de polvo y sangre, al pié de los altares para rendir gracias al Dios que da la victoria, y colgar de las bóvedas del templo las banderas ganadas por su valor. Á mas de los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, hacian otro, y era no contar jamás el número de sus enemigos ni volver atrás en el combate, antes avanzar con denuedo, cualquiera que fuese el peligro. Óigase ahora una parte del ceremonial de su recepcion, en el cual

[1] Michaud, *Historia de las Cruzadas*, t. V, pág. 239.

resplandece con una vehemencia é ingenuidad la mas admirable aquel doble espíritu de fuerza y caridad que distingue á la religion cristiana y que ella imprime á todas sus instituciones. El postulante, vestido de un largo ropon negro y de un manto acabado en punta, hincábase de rodillas al pié del altar con una antorcha encendida en la mano y una espada desenvainada, que daba á bendecir al celebrante; habíase de antemano preparado con una confesion general y la sagrada comunion. El sacerdote despues de rezar varias oraciones, rociando con agua bendita al caballero y la espada, le entregaba esta, diciendo: *Recibe esta santa espada, en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, amen. Sírvete de ella para tu defensa, para la de la santa Iglesia de Dios, y para confusion de los enemigos de la cruz de Jesucristo y de la fe cristiana, y procura, en cuanto la humana fragilidad permite, nunca herir con ella injustamente.* Dicho esto la envainaba, y ciñéndosela al caballero, añadia: *Cíñete esta espada en nombre de Jesucristo, y acuérdate de que los Santos no tanto conquistaron reinos por las armas, cuanto por su acendrada fe.* Entonces el caballero la desenvainaba, y el sacerdote seguia diciendo: *Esta espada en su brillo simboliza la fe, en su punta la esperanza, y en su pomo la caridad: empléala en servicio de la fe católica, y de la justicia, y de las viudas y pobres huérfanos. Ella es la verdadera fe y justificacion de un caballero, pues la santificacion consiste en ofrecer el alma á Dios y el cuerpo á los peligros en servicio suyo;* y mientras el mismo caballero blandia tres veces la espada, añadia: *Esta triple accion de blandir la espada que tienes en la mano, significa que en nombre de la santísima Trinidad debes desafiar á todos los enemigos de la fe católica con esperanza de triunfo; así Dios te conceda esta gracia, amen.* Los precedentes avisos y oraciones tienen un sentido tan profundo, que nos permitirémos recalcarlos con ligeras observaciones: el poder de la espada es el mas terrible que los hombres conocen; la Religion antes de confiarlo á uno de sus hijos, quiere que sepa bien con qué espíritu, á qué fin y en qué casos debe hacer uso de él: ¿dónde se buscarán ceremonias mas instructivas y lecciones mas interesantes? Despues presentaban y calzaban al caballero unas espuelas doradas, diciéndole: *¿Ves estas espuelas? ellas significan que así como las teme el caballo cuando se separa de la recta senda, igualmente tú debes temer desviarte de tu rango y de tus votos, y cometer iniquidad. Te las calzan doradas, porque el oro es el metal mas rico y simboliza el honor.*

Venia en pos la recepcion del manto de la Órden: el recipiente mostraba al profesante la cruz de ocho puntas impresas en su lado izquierdo, diciendo: *Esta cruz la llevamos blanca en señal de pureza; debes llevarla tambien por dentro y fuera sin mancha ni borron alguno. Sus ocho puntas simbolizan las ocho bienaventuranzas que debes tener siempre en tí, á saber: 1.° disfrutar contento espiritual; 2.° vivir sin malicia; 3.° llorar los pecados; 4.° humillarse ante las injurias; 5.° amar la justicia; 6.° ser misericordioso; 7.° ser sincero y limpio de corazon; 8.° sufrir las persecuciones. Estas son otras tantas virtudes que has de grabar en tu corazon para consuelo y conservacion de tu alma, á cuyo fin te encargo lleves abiertamente esta cruz cosida al lado izquierdo sobre el corazon sin dejarla jamás.* Dicho esto le daba á besar la cruz y le echaba el manto sobre los hombros, añadiendo: *Toma esta cruz y este manto en nombre de la santísima Trinidad, para salud y reposo de tu alma, para aumento de la fe católica y defensa de todos los buenos cristianos, y en honra de Nuestro Señor Jesucristo. Póngote la cruz al lado izquierdo, hácia la region del corazon, para que la ames perfectamente y la defiendas con tu mano derecha; y cuenta que no la abandones, pues ella es la verdadera enseña de nuestra Religion. Este manto que te echo encima, representa la vestidura de piel de camello que llevaba en el desierto nuestro patrono san Juan Bautista, y tú con recibirlo renuncias á las pompas y vanidades de la tierra. Úsalo en las ocasiones prescritas y procura que tu cuerpo sea amortajado con él.* Sobre el manto habia bordados en lienzo blanco los trofeos de la Pasion, y aludiendo á esto seguia diciendo el celebrante: *A fin de que pongas toda esperanza para la remision de tus culpas en la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, hèla aquí representada en este cordon con el que fue atado por los judíos; hé aquí la corona de espinas; el pilar del azotamiento; la lanza con que fue traspasado; la esponja empapada en hiel y vinagre; los azotes; los cestos para dar limosna á los pobres y para recogerla cuando carecieres de bienes propios; la cruz de la crucifixion, cruz que te he puesto al hombro en memoria de la Pasion, y que servirá de regla para tu alma. Este yugo es muy ligero y suave, y en señal de la servitud que aceptaste, te ligo al cuello este cordon.* El tal cordon era de seda, blanco ó negro. Así, de piés á cabeza, el caballero de la Religion leia á una vez en todos sus vestidos sus deberes, sus promesas y su vocacion sublime, no pudiendo dar un paso, ni echar sobre sí una mirada sin penetrarse de la elevada santidad y

noble valor que debian distinguirle; y ¿qué galardon se le prometia en cambio de tamaños sacrificios? Hé aquí las últimas palabras del recipiente: *Te hacemos á tí y á todos tus deudos partícipe de todos los bienes espirituales que se hacen ó se hicieren en nuestra Religion por toda la cristiandad* [1].

Estos valerosos caballeros, que por tantos siglos formaron con sus pechos unos baluartes vivos al rededor del pueblo cristiano, proporcionaron á la Iglesia el reposo necesario para ocuparse en la santificacion de sus hijos y seguir dirigiéndolos hácia el cielo; y en verdad que este tiempo fue aprovechado. Ábrese el siglo XII, siglo de gloria y de fervor, en el que el doble genio de fe y de caridad cubre la faz de la Europa de inimitables modelos y de asilos consagrados á la oracion y la virtud: en el anterior fundáronse veinte congregaciones religiosas; en el presente, mas de cuarenta inmortalizarán este hermoso período de la época llamada edad media! Lástima, lector, que no podamos hablarte con detencion de tantas maravillas, tantas y tan propias para que lata de alegría el corazon de todo buen cristiano; pero referirémos algunas.

El objeto de la Órden de san Juan de Jerusalen era cuidar á los enfermos y defender á los Cristianos: el mismo fue el de los caballeros Lazaristas, salvo que estos se consagraban en especial á los enfermos conocidos por leprosos. En los siglos XI, XII y XIII, la lepra habia extendido sus estragos por gran parte del mundo; era un mal que atacaba súbitamente todos los miembros del cuerpo y los desecaba con rapidez, siendo contagioso como la peste, y pegábase no solo con tocar al enfermo, sino sus vestidos, sus muebles, y aun respirar el mismo ambiente. Así pues, los leprosos causaban un horror inexplicable; todo el mundo huia de ellos; se les lanzaba léjos de poblado [2], y veíanse obligados á divagar en tropas por los cam-

[1] Helyot, t. III, pág. 74 y siguientes.

[2] El ceremonial de la separacion de los leprosos era una de las mas interesantes liturgias eclesiásticas: el sacerdote despues de celebrada misa en favor de los atacados, se ponia sobrepelliz y estola, y los rociaba con agua bendita, conduciéndolos en seguida al hospital. Allí los exhortaba en buena paciencia y caridad á tomar ejemplo de Jesucristo y de los Santos: « El mi hermano, cati« vo grato al Dios bondoso, que asaz fincades de triste, lazdrado, malato y sin « conhorte; por ende vades al regno paradisial, dó non aviene daño nin duelo, « ca todo es puro é aliñado, sin mancilla é sin rastro de mancilla, brillante co« mo el sol; mas vos cale buen christiano ser, é la vuesa cruz con grande sufri-

pos, hechos unos cadáveres ambulantes, y si por acaso veian llegar alguna persona, estaban obligados á avisarla de léjos con sus tablillas para que se apartase. Así pues, desamparados de todos, presa

«miento conllevar; é Dios facervos ha merced; ca magüer de cuerpo alongado, «en espíritu sodes cual nunca fuistes; é avredes parte é partida en todas las «preces de la Iglesia nuestra santa Madre, cual si entre el pueblo á los divi-«nales oficios quotidianamente fincáredes. É tocante á vuestros livianos me-«nesteres darán de mano las almas buenas, é Dios non vos ha desechar con tal «que andedes acucioso é bien sofrido; ca Dios mora en vos, amen.» Despues de este consolador preámbulo, el sacerdote cumpliendo con la parte penosa de su ministerio, formulaba las terribles prohibiciones legales:

1.° «A vos comán de non entrar en igreja, ne en capilla, ne en cortijo, ne «en mercado, ne en aceña, ne en familiaridad de gentes.

2.° «A vos comán de non salir salvo en arreo de malato, á ese fin que vos «conozcan; de non andar á pies descalzos.

3.° «A vos comán de non vos lavar las manos nin al, en arroyo ni en fuente, «ni de ellas beber, é beber solo en vueso cubilete ó escudilla.

4.° «A vos comán de non tocar á cosa que ajustedes ó merquedes, antes de «vuestra fincar.

5.° «A vos comán de non entrar en tabierna; é si mercáredes vino ó vos le «dieren, lo guardedes en vueso cubilete.

6.° «A vos comán de morar solo con la vuesa mugier, é non otra tal.

7.° «A vos comán de non platicar con viandante, salvo á viento de yuso.

8.° «A vos comán de non andar en calleja, á ese fin de non dar con encon-«tradizo, á sospecha de lo lazdrar.

9.° «A vos comán de non pasar en pasage, é non tocar á soga ne brocal, sal-«vo metidas luas.

10. «A vos comán de non llegar á infante, é de non lo festeiar.

11. «A vos comán de non yantar é non beber sinon en las vuesas escudillas.

12. «A vos comán de non yantar é non beber á compaña de al que de ma-«lato.»

Dicho esto el sacerdote tomaba un puñado de tierra del cementerio y la derramaba sobre la cabeza del enfermo diciendo: «Fina al mundo é á Dios naz. «¡Ah Jesús, el mi Redemptor! de polvo me fizo, é de corporal vestidura: re-«nascerme ha en la jornada postrimeral.»

Duras se hacen estas palabras al hombre que nació y vivió en medio de la sociedad y que ve rotas sus mas santas afecciones y destruidas sus mas nobles esperanzas; así es que el leproso quedaba sobrecogido, sin movimiento, como participando ya de la placidez del tránsito cristiano. Entonces el pueblo cantaba: — Agitados han sido mis huesos y mi alma conturbada, *¡alleluya!* Señor, dispensadnos misericordia y volvednos la salud. — El sacerdote leia el Evangelio de los diez leprosos, y en seguida bendiciendo el traje y el pobre ajuar del leproso, íbale presentando cada objeto por este órden: (Al entregar el vestido, llamado *husa*): «Hermano mio, recibe este traje, en signo de humildad, sin el «cual te prohibo salir en adelante de tu casa, en nombre del Padre, y del Hijo,

de los sufrimientos mas horribles, estos infelices llamaban la muerte como un gran favor.

Compadecióse Dios de sus miserias: la Religion en su maternal

«y del Espíritu Santo.» (Al darle el barril): «Toma este barril para guardar lo «que te dieren á beber, y prohíbote so pena de desobediencia, beber en los rios, «fuentes ó pozos comunes, ó lavarte en ellos de cualquier modo que fuere, ni «mojar en los mismos tus ropas, chismes, camisa y demás de tu uso.» (Á las tablillas): «Toma estas tablillas en señal de que te está vedado hablar con los «que no te sean semejantes, salvo el caso de necesidad; y con ellas has de pe- «dir lo que te conviniere, apartándote de las gentes contra la direccion del «viento.» (Á los guantes): «Recibe estos guantes, sin los cuales no podrás «tocar cosa alguna que no te pertenezca, procurando que tus efectos no sean «tocados de los demás.» (Á la fiambrera): «Recibe esta fiambrera en la cual «guardarás lo que te dieren las personas caritativas, acordándote de rogar á «Dios por tus bienhechores.»

El ajuar de un leproso consistia en zapatos, escarpines, sayo de camelote, *husa*, montera de camelote, dos pares de pañamanos, un barril con su embudo, cinto de correa, cuchillo, escudilla de palo, una cama de terliz, cabezal, manta, dos pares de sábanas, una segur, un cofre con llave, una mesa, una silla, una lámpara, una sarten, una bacía, cucharas de palo y un puchero para guisar la carne. Todos estos objetos groseros eran bendecidos y santificados por las preces de la Iglesia; y despues el sacerdote cogia el leproso por su ropa y lo introducia en su celda diciendo: «Hé aquí mi reposo para siempre; en él «moraré, pues es el objeto de mis deseos.» Delante de la puerta se fijaba una cruz de madera y un cepillo, para recibir las limosnas que el fiel peregrino deponia humilde en cambio de las oraciones del enfermo solitario. El mismo sacerdote daba el ejemplo ofreciendo primero que nadie su limosna, y despues seguia todo el pueblo.

Terminada esta ceremonia triste en parte, y en parte consoladora, los fieles regresaban á la iglesia precedidos de la cruz procesional, y allí se arrodillaban á escuchar la siguiente oracion que en voz alta dirigia el sacerdote al Dios todopoderoso: «Potente Dios, que por la paciencia de tu Unigénito soltaste el or- «gullo del antiguo enemigo, concede á tu siervo la necesaria paciencia para «llevar pia y sufridamente los males que pesan sobre él, Amen.» Y el pueblo respondia: «¡Amen! *así sea.*»

De esta suerte quedaban segregados de la sociedad los *cativos gratos al Dios bondoso:* dichosos si poseian virtud y resignacion, porque doquiera se les consideraba como personas muy elevadas en el órden moral. Desterrados en la tierra, privados de todas las ilusiones que generalmente embellecen la vida, y de todos los auxilios humanos que naturalmente la sostienen, los leprosos en su estado habitual yacian en una tristeza humilde y apacible. Nosotros, que ya no tenemos la fe de entonces, no alcanzamos á comprender lo mucho que hizo en pro de los que sufren la misericordia del cielo colocando beneficios hasta en los últimos límites de la desgracia. La Religion y la naturaleza encierran tesoros de sublimes fruiciones para aquellos miembros de la familia humana que el

caridad persuadió á algunos fervorosos cristianos, mancebos de noble cuna, á arrostrar los riesgos del contagio poniéndose á servir á los leprosos, y estos héroes, cuales el Paganismo y la herejía no los produjeron ni los producirán jamás, fundaron la caballería de san Lázaro; pero ¡ admírenos hasta qué extremo la Religion llevó su solicitud á favor de aquellos pobres enfermos! Temiendo que el aspecto repugnante de su mal y el peligro de su contagio no retrajera de prodigarles todas las atenciones, esmero y cuidados que necesitaban, inspiró una cosa verdaderamente increible: *El gran maestre de la Órden de san Lázaro, establecida para sanar y corregir la lepra, debia ser un leproso.* Y ¿por qué esto? porque habiendo sentido y sintiendo aun por sí todos los dolores del mal, tuviera mayor compasion á sus compañeros de infortunio, y mandara asistirles con mas celo, diligencia y solicitud: ¿no es esto un estupendo amor de madre? ¿Pudo la Religion ser mas ingeniosa, y la caridad de los caballeros penetrar mas en el fondo de las miserias humanas? Ese gran maestre de los lazaristas, que debe adolecer del propio mal que hace curar en los demás, ¿no imita, hasta dónde cabe en la tierra, el ejemplo del Salvador que tuvo á bien aceptar todas nuestras enfermedades para ser mas simpático y sensible á nuestros dolores?

Esta regla fundamental de la Órden de san Lázaro dió márgen á una cuestion que no tiene par en los anales de la historia. Obligados los caballeros á abandonar la Siria en 1253, dirigiéronse al papa Inocencio IV diciéndole: «Desde el orígen de nuestra institu-«cion, es ley entre nosotros elegir en gran maestre á un caballero «leproso; pero ocurre la novedad de que los infieles han inmolado á «todos los caballeros leprosos de nuestro hospital de Jerusalen; y

mundo hubo de desheredar. En la edad media se honraba á un leproso como á un confesor de la fe, y dábanse los dictados mas afectuosos [1] á aquel pobre á quien el cielo misteriosamente consolaba. El amigo soberanamente fiel no abandonaba al infeliz leproso, comunicándole un secreto contento sin mezcla de turbacion; pues la dicha solo existe donde hay algo de celestial.

1 Llamábanles *los enfermos del Dios bueno, los pobres queridos del buen Dios, las buenas gentes*, etc. Únicamente el dia de Pascua podian salir de su encierro en memoria de la Resurreccion de Nuestro Señor Jesucristo.

En una iglesita cerca de Dijon vimos uno de esos sepulcros de los leprosos. Allí es donde puede formarse idea del traje y parte del ajuar de aquellos infelices. Mr. Maillard de Chambure, conocido por su aficion á las antigüedades de Borgoña, hizo poner en los archivos un dibujo muy grande y exacto de este monumento curioso. (*Historia de san Francisco de Asís*, por Emilio Chavin, cap. 2).

«así, no pudiendo cumplir con el instituto, os suplicamos nos per- «mitais elegir en lo sucesivo á un caballero sano.» ¿Qué va á responder á esta súplica el Vicario de Jesucristo? No osando decidir por sí si es mejor que se pierda la Órden que poner fin al milagro de caridad cuyo ejemplo ha dado, remite á los suplicantes al Obispo de Frascati para que este resuelva lo que crea proceder, examinado con madurez conveniente insiguiendo las miras de Dios [1]. Si estos hechos hubieran acaecido entre griegos ó romanos, todo el mundo se haria lenguas de ellos, se relatarian en prosa y verso, y nos los harian tomar de memoria desde la primera infancia; mas porque fueron obra de nuestros padres en la fe y los inspiró la Religion, se relegan al olvido y aun se permite vergonzosamente que los ignoremos!

Dios, que á la lepra oponia correctivos tan eficaces, no dejaba postergados los males espirituales de sus hijos. En una época en que la Europa entera iba y venia de Oriente, el fervor de muchos se debilitaba, la concupiscencia, estimulada por el escándalo, amenazaba aniquilar la obra de la redencion del ser moral contrayendo á lo sensible los afectos de su corazon: mas aun, los herejes se atrevian á levantar la cabeza y á proferir nuevas blasfemias. Como correctivo de tamaños males, y para dar nuevo impulso á la piedad, hacer reflorecer la virtud, arrollar las herejías, y en suma, asegurar el triunfo á la Iglesia, Dios sacó de los tesoros de su misericordia un hombre, uno solo! para que se vea cuán poderosos son en sus manos los mas débiles instrumentos; y fue este hombre san Bernardo.

Modelo de virtud, apóstol de verdad, rey de su siglo, san Bernardo nació en el castillo de Fontaines, cerca de Dijon. Llegado apenas al mundo, su madre lo consagró al Señor, cosa por desgracia poco imitada, y que no tardó en dar sus frutos. Aunque niño, Bernardo amaba ya la soledad: dócil, afable, modesto, complaciente con todos, y en particular muy caritativo con los pobres, crecia en gracia delante de Dios y de los hombres á medida que avanzaba en edad. El favor que con mas ahinco pedia al cielo era de que nunca llegase á manchar su inocencia bautismal; y una vez que fijó sus miradas en cierto objeto peligroso, castigóse sumergiéndose hasta el cuello en un estanque helado.

Arguyendo por este lance cuán peligroso es el mundo, desde lue-

[1] Véase Helyot, t. I, pág. 282.

go proyectó dejarlo; pero como aun estuviera perplejo, acudió á la oracion, y últimamente dió conocimiento de ello á sus padres. Opúsose la familia al principio, pero tanto hizo y tanto porfió que acabaron por darle el permiso deseado, y aun atrajo á su proyecto á sus hermanos. En un dia fijado, salieron juntos para el castillo de Fontaines donde estaba su padre, al objeto de despedirse de él y recibir su bendicion, dejándole para que le consolara en su ancianidad al hermano menor Nivardo, el cual, al salir ellos, estaba jugando con otros niños de su edad. — «Adios, Nivarcillo, le dijo el mayor, solo «tú disfrutarás de nuestros bienes y haciendas. — ¿Cómo, respon- «dió el rapaz con una penetracion superior á su edad, para vos- «otros tomais el cielo y á mí me dejais la tierra? la particion no es «igual.» Sin fijarse en esta circunstancia siguieron su camino, permaneciendo el chico con su padre; pero años despues tambien este dejó el siglo y fué á reunirse con sus hermanos.

Bernardo á la cabeza de treinta señoritos nobles que habia logrado atraer á Jesucristo, se encaminó al Cister, célebre abadía de Benedictinos fundada por Roberto, natural de Champaña, la que por estar sujeta á ciertas reglas especiales se considera como una segunda rama de la Órden de san Benito, siendo la primera la de Cluny, sita á cinco leguas de Dijon en la diócesis de Chalons. Antes que los religiosos llegasen á ella era un desierto escabrosísimo, fertilizado por una pequeña corriente, y el nombre de *Cister* parece que se le dió á causa de unas cisternas halladas en aquel lugar.

Los religiosos empezaron por desmontar el terreno y labrarse unos barracones de madera; y su vida no podia ser mas pobre y edificante. En alas de la fama, bien pronto se hizo público este nuevo asombro del desierto, y ¡cosa notable! apenas habia pasado medio siglo de su instalacion, ya contaba quinientas abadías, y otro medio siglo despues tenia mas de mil ochocientas, siendo sus cuatro primeras hijuelas la Ferté, Pontigny, Claraval y Morimond. Toda la Iglesia de Jesucristo estaba llena de la fama de santidad de estos nuevos religiosos, como del aroma de un divino bálsamo, y no existia ni país ni provincia por la que esta vid benedictina no hubiese extendido sus ramas [1].

Al Cister, pues, dirigiéronse Bernardo y sus compañeros. Llegados á las puertas del monasterio, postráronse humildemente delante

[1] Helyot, t. V, pág. 347.

de ellas pidiendo se les admitiese en la comunidad, y san Estéban, que era abad entonces, los recibió con mucho amor y les dió el hábito. Bernardo contaba veinte y tres años: habiendo pasado á la soledad para trascordar el mundo y llevar una vida oculta en Dios, excitábase al fervor diciéndose á menudo: «Bernardo, ¿á qué has «venido?»

Fiel á la gracia de su vocacion, bien pronto sirvió de modelo á sus hermanos. Habiendo aumentado considerablemente el número de ellos, y ofreciendo el Conde de Troyes fundar un nuevo monasterio, deputóse para tal empresa á Bernardo, con otros doce religiosos. Sigámosles en su expedicion, para saber de qué manera el Evangelio ha conquistado y civilizado el mundo. La piadosa colonia, precedida de la cruz y de Bernardo, salió del Cister entonando salmos, y escoltada por Ángeles y cobijada con la proteccion de los Santos, caminó muchos dias hasta llegar al desierto llamado *Valle de Absinto*, en la diócesis de Langres, sito en mitad de una antigua selva, manida harto frecuente de bandoleros. Allí plantaron la cruz y sus báculos de caminantes, y despues de tomar posesion de aquella tierra selvática en nombre de Jesucristo, barbecharon parte de ella, y se fabricaron algunas celdillas. ¿Quién ponderará sus privaciones y trabajos? No una, sino muchas veces, viéronse reducidos á la mas extrema necesidad; pero aquel que mantiene á las avecillas del cielo no abandonó á sus servidores.

Los paisanos, admirados viendo su virtud, les auxiliaron y ayudaron á levantar un monasterio, de manera que todo cambió pronto de faz: el hórrido yermo se convirtió en risueña pradera hermosamente cultivada; la selva umbría en que solo resonaban los aullidos de las fieras ó la gritería de los ladrones, repitió los suaves acentos de las preces cristianas, pues mas de quinientos religiosos cantaban allí noche y dia loores al Señor, sin por esto olvidar el cultivo de la tierra y la asistencia á los pobres. Este monasterio y su valle tomaron el significativo nombre de Claraval, célebre y preclaro á la vez por el cambio recien operado por las virtudes angélicas de sus nuevos moradores y por la presencia de san Bernardo, el varon y el Santo mas eminente de su siglo [1].

La fama del Abad de Claraval salvó bien pronto los límites del

[1] Las principales obras de san Bernardo son:

1.° Sus homilías sobre el Evangelio *Missus est*, en las que se contiene cuan-

desierto en que se ocultaba, y puede decirse que la cristiandad entera fijó en él sus miradas. Consultado por reyes y papas que á él remitian la decision de sus mas arduos asuntos, vino á ser el alma de todos los consejos y de las mayores empresas de su tiempo. Él fue quien confundió los errores de Abelardo y de Gilberto de la Porrea, obispo de Poitiers; él quien predicó la segunda cruzada; él quien puso fin al cisma que dividia el Occidente; él quien defendió con no menos elocuencia que piedad las augustas prerogativas de la siempre Vírgen María. Misionero á la par que hombre de Estado, recorrió en bien de la Iglesia y de los pueblos gran parte de Europa, predicando en Francia, en Italia y en Alemania; y por sus obras, su elocuencia, su celo y sus virtudes, fue llamado el último de los santos Padres de la Iglesia. Por fin, colmado de méritos, este gran milagrero murió en Claraval á los sesenta y tres años de edad, queriendo ser enterrado al pié del altar de la Vírgen, cuyo tiernísimo devoto fue toda la vida, y el dia 20 de agosto de 1153 el cielo contó un nuevo morador.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber atendido con tal ahinco aun á las necesidades temporales de vuestros hijos. Concedednos la caridad de los hospitalarios de san Lázaro, y la devocion de san Bernardo á María santísima.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rezaré cada dia el* ACORDAOS *por los enfermos.*

to quepa apetecer de mas piadoso acerca el misterio de la Encarnacion y de María santísima;

2.° Su libro de la *Consideracion,* dirigido al papa Eugenio, que fue discípulo suyo, expositivo de todos los deberes propios de los superiores eclesiásticos. Igual es el concepto del tratado sobre los *Deberes de los Obispos;*

3.° Sermonario para todo el año.

«El discurso de san Bernardo, dice Sixto de Siena, rebosa todo fuego y «dulzura, y á un tiempo abrasa y encanta: su lengua es como un manantial «del que brota siempre leche y miel, y su corazon como un horno del cual sa-«len ardientes afectos que inflaman á los lectores.» La edicion mejor de las obras de san Bernardo es la de D. Mabillon, París, 1690, fielmente reproducida por los hermanos Gaume en 1840.

LECCION XXXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XII).

La Iglesia atacada : herejías y escándalos ; — consolada y defendida : Órdenes contemplativas ; conversion de la Pomerania ; — amenazada por el lado del Norte : prusianos ; — defendida : caballeros teutónicos ; — por el lado del Mediodía : árabes ; — defendida : Órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Avis ; — afligida : esclavos en África ; — consolada : Órdenes de la Redencion ; san Juan de Mata.

El demonio, envidioso de la suerte de la Iglesia, suscitó en el siglo XII gran número de sectarios, los que por medio de sus errores y prácticas supersticiosas y ridículas tendian á desfigurar la hermosura de la Religion, alterar la fe y desvanecer el espíritu del Evangelio. Á esas obras de tinieblas opuso Dios obras de luz, cuales fueron las Órdenes religiosas contemplativas. Estas, al mismo tiempo que purgaban el escándalo y el desórden, consecuencia del error y la supersticion, perpetuaban en su pureza el verdadero espíritu de los primitivos cristianos, salvando á la sociedad con la conservacion inmutable de las santas prácticas evangélicas, pues sus monasterios fueron otras tantas escuelas donde se encontraban las verdaderas condiciones de la piedad católica, y el modo como Dios gusta ser honrado. La mas célebre de estas congregaciones fue la de Fontevrault, planteada por el beato Roberto de Arbricelles, en cuya casa se criaron por mucho tiempo las hijas de los reyes de Francia [1].

No solamente consoló Dios á la Iglesia conservándole en los monasterios gran número de hijos dignos de tan digna Madre, sino que le dió otros en sustitucion de los que el error le arrebataba. Trasladémonos á Alemania, donde siguiendo las pisadas de un ardiente misionero presenciarémos la conquista de un nuevo pueblo.

Vivia por entonces san Oton, obispo de Bamberga en Franconia, prelado recomendable á la par por su capacidad, elocuencia y celo en pro de las almas : Boleslao, duque de Polonia, habiendo conquis-

[1] Helyot, t. II, pág. 160; t. VI.

tado una gran provincia del Norte, la Pomerania, rogó á este Santo que pasara á instruir en las verdades del Cristianísmo á los idólatras de aquel país. Oton acepta con solicitud, y acompañado de varios obreros evangélicos cruza la Polonia y la Prusia, y despues de hartas fatigas llega á Pomerania. En el año 1120 el jefe de este país recibe el Bautismo junto con la mayor parte de sus vasallos; los desvelos del santo Obispo reciben su premio, y conversiones innumerables son el interesante fruto de su celo. Bien pronto erige iglesias, instituye sacerdotes, y provee con sabiduría á las diferentes necesidades de los recien convertidos [1].

Quedaba aun por cristianizar en el Norte otra nacion recien aparecida, la de los prusianos, si bien la hora de la gracia aun no habia llegado para ella; y entre tanto Dios cuidó de poner la Iglesia á cubierto de este pueblo feroz, colocando en las fronteras como antemural una nueva Órden religioso-militar, que se llamó teutónica ó de Nuestra Señora de los Alemanes, y llegó á ser una de las mas poderosas que en el mundo hayan existido, poseyendo con el tiempo en plena soberanía la Prusia real y ducal, la Livonia y los ducados de Curlandia y Semigal que abarcan dilatados territorios.

Su orígen se parece al de los caballeros de san Juan de Jerusalen: cuando las Cruzadas, juntáronse en Oriente algunos nobles alemanes en cuerpos religiosos para defensa de los Cristianos y alivio de los enfermos; y habiendo pasado á Occidente, situáronse en las fronteras del Norte representando la civilizacion armada contra los desafueros de la barbarie. Sus votos eran iguales á los de los Sanjuanistas; su alimento cotidiano se reducia á pan y agua; por lecho les bastaba un mal jergon, y su traje consistia en manto azul adornado con una cruz blanca sobre el hombro izquierdo: era preciso ser aleman indígena para ingresar en la Órden teutónica. Estos héroes, verdaderamente dignos de tal nombre, fueron por mucho tiempo el baluarte de la cristiandad en la raya septentrional, y, gracias á su bizarría, los prusianos, pueblo feroz que recordaba toda la barbarie de los normandos y húngaros, fueron arrollados y puestos en la imposibilidad de dañar á la Iglesia [2].

Así, mientras en Oriente los caballeros de san Juan y de san Lázaro protegian á la cristiandad, defendíanla en el Norte los caballe-

[1] **Bolando, t. I *julii*, pág. 349.**
[2] **Helyot, t. III, pág. 147.**

ros teutónicos, faltando solo extender esta muralla viviente hácia el Mediodía para que la Iglesia estuviese rodeada como de una fortaleza, ya que al Occidente le servia de tutela el Océano. Este reparo que faltaba, el Pastor divino procuró levantarlo á fin de que sus queridas ovejas pudiesen descansar en paz.

Dueños del África y de gran parte de España, los árabes hacian frecuentes incursiones á los países cristianos, y precisamente cansados los Reyes se veian incapaces de contenerles. Dios levantó en España y Portugal tres Órdenes religioso-militares que fueron el terror de los infieles y el baluarte de la Iglesia por aquel lado. Llamáronse estas Órdenes en España de Calatrava y Alcántara, y en Portugal de Avis, y sus reglamentos venian á ser análogos á los de su clase. La de Calatrava tomó orígen de una circunstancia memorable: los moros habiendo juntado numerosa hueste se disponian á asaltar á Calatrava, una de las plazas mas fuertes y resistentes de España; entonces D. Sancho, rey de Castilla, mandó echar pregones de que si algun señor queria defender la ciudad, se la daria en juro, con facultad de transmitirla á sus herederos; y como nadie osara presentarse, tal era el asombro que en los mas briosos pechos causaba el formidable poder de la morisma, un religioso cisterciense, de la abadía de Nuestra Señora de Fitero en el reino de Navarra, tuvo valor de sobreponerse á la consternacion general, ofreciéndose al Rey para la defensa de la plaza. Al principio se le llamó loco, pero el Rey aceptó su oferta y prometió dar Calatrava á la Órden cisterciense si la salvaba de los infieles. El religioso sin perder momento, con licencia del Rey y del Arzobispo de Toledo, organizó una Órden de caballeros militares, para la cual se ofrecieron muchos señores, y poniéndose á su cabeza, el año 1158 entró en Calatrava, cuyas fortificaciones mandó reparar, y hecha buena provision de vituallas y bastimentos, con su solo nombre, su destreza y su actividad prodigiosa puso temor en los infieles, los que no atreviéndose siquiera á formalizar el sitio se retiraron.

Esta nueva Órden, bautizada con el nombre de la ciudad, fue por espacio de algunos siglos, junto con la de Alcántara, el paladion de la España: los caballeros vestian túnica corta, para poder cabalgar desembarazadamente, mantos-pellizas, y por encima un escapulario con cruz roja flordelisada; sus armas, excepto la espada y las espuelas, no tenian dorado ni realce alguno. Dormian vestidos, para

estar siempre prontos á combatir; en tiempo de paz madrugaban para rezar y oir misa, ayunaban los viernes, comian en refectorio, guardando silencio durante la comida, y hospedaban á los peregrinos. Doquiera en la edad media vemos el espíritu religioso amalgamado con el guerrero, espíritu que produjo héroes cuales no los tuvo el Paganismo jamás y cuales no los crea ya la impiedad. Llaneza y arrojo, bondad y fuerza, hidalguía, delicadeza y generosidad, tales eran sus caractéres distintivos.

Las Órdenes militares de Calatrava y Alcántara en España, á las que debemos añadir la de Santiago de la Espada, votaban defender la Inmaculada Concepcion de María santísima; pero queriendo que su profesion fuese mas solemne, dispusieron celebrar novenarios en tres distintas iglesias de Madrid, suntuosamente decoradas, celebrándose cada dia una misa solemne y sermon sobre la Concepcion; y al objeto de que estas funciones no se perjudicaran unas á otras, fueron celebradas sucesivamente, asistiendo á todas los caballeros en el traje de su Órden. El último dia, despues de entonado el Evangelio, en medio del general silencio adelantóse un caballero de cada Órden á formular en alta voz su voto en nombre de la misma, en estos términos: *Yo, fulano de tal, hago voto de sostener, defender y guardar pública y privadamente la creencia de que María santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, fue concebida sin mancha de pecado original.* Despues de ellos, sus compañeros de armas, extendidas las manos sobre la cruz y los sagrados Evangelios en presencia del celebrante, pronunciaron idéntica fórmula. La piedad con respecto á Dios y singularmente la devocion á María son las fuentes de la caridad entre los hombres; júzguese, pues, ¡qué dulce fraternidad reinaria entre aquellos arrogantes caballeros! Bastará, en prueba, recordar una tiernísima usanza: cuando fallecia algun caballero, el comendador mas próximo á la vivienda del difunto estaba obligado, á mas del rezo ordinario, á alimentar á un pobre por espacio de cuarenta dias en sufragio de su alma: ¡á ver quién encuentra fuera de la Iglesia una cosa parecida!

Á pesar de la intrepidez y activa vigilancia de los religiosos guerreros, sucedia á las veces que los lobos rapaces, esto es, los árabes que vagaban en torno del redil de Jesucristo, penetraban en su recinto y se apoderaban de algunas reses: especialmente los moros africanos, tripulando naves ligeras salteaban de improviso algun punto de las

costas de Italia, Francia ó España, y haciendo presa en los pueblos costaneros, saqueaban las casas, cautivaban las personas, y llevándoselas en sus naves las reducian á esclavitud. El trato que en África les daban no puede explicarse sino comprendiendo toda la ojeriza que tenian á los Cristianos, ojeriza atroz, inveterada, que el roce con los pueblos civilizados por varios siglos apenas ha endulzado, y que seria horrenda en el siglo XII, cuando los musulmanes se hallaban en toda la pujanza de su poderío y fanatismo, á juzgar por lo que en nuestros dias sucedió á un esclavo cristiano, libertado en el año 1816, el cual refiere las torturas padecidas durante treinta años de cautiverio en estos términos:

«Habiendo naufragado en la costa de África el buque en que yo «iba, apoderáronse de nosotros los kubailas ó kabilas, feroz tribu «que mora en las cercanías de Oran. Cruzados los brazos nos ataron «á la cola de sus caballos, y cayendo y tropezando algunos de fati-«ga y debilidad, fuimos llevados á presencia de su jefe, el cual paga «doscientos reales por cada cristiano que le presentan. Los árabes, «sin embargo, aunque aman mucho el dinero, á veces prefieren ma-«tar á los que no son de su religion, creyendo firmemente con este «acto de barbarie hacerse agradables á Mahoma. Ocho noches se-«guidas duró nuestra marcha, al cabo de las cuales llegamos al monte «Félix: yo estaba estropeado, habiéndoseme hinchado la barriga de «una manera horrorosa, y mis camaradas no se hallaban en mejor «estado, de suerte que tres de ellos murieron á poco de nuestra lle-«gada. Quitáronnos los vestidos que traíamos puestos, sustituyén-«dolos con una especie de zamarrines, y para recreo nos ataron de «dos en dos á una gruesa cadena larga de diez piés que pesaba se-«senta libras.

«Cargados así de hierro condujéronnos al presidio: es este un «edificio prolongadísimo, parecido á un grande establo, en el cual se «guardan regularmente unos dos mil esclavos, aunque puede con-«tener quinientos mas; las paredes tienen cuarenta piés de elevacion «y ocho de grueso, y el techo, semejante á los nuestros y compues-«to de planchas cortadas á guisa de pizarras, es bajo comparado con «la extension del edificio. Por toda luz tiene algunas rejas salteadas «con fuertes barrotes, al través de las cuales veíamos asomar por las «noches fieras alimañas al olor de la carne humana, que les sabe de «perlas, y que demostraban su apetito con grañidos espantosos, ca-

«paces de hacer erizar los cabellos al mas valiente. Encima de las «murallas que forman azotea, álzanse cincuenta ó sesenta garitas «donde hay unos vigilantes armados hasta las uñas, que sin descui«darse atisban el menor ruido para aquietar á los esclavos dispa«rándoles sus arcabuces cargados de sal gruesa, y su voz de alerta «es: *¡Cuidado con los cristianos!* Por fin, á lo largo del piso, que for«ma declive por ambos lados, corre un arroyo ancho de dos piés «para quitar las inmundicias.

«En este lugar horrendo nos alojaron, sujetando nuestra cadena «con un cerrojo por el centro á una argolla que habia en la pared á «tres piés del suelo; para acostarnos nos concedieron un poco de «paja y una piedra por cabezal, con ámplia facultad de dormir si «queríamos y podíamos, lo que no era fácil á causa de los puñados «de chinches que nos caian encima y sobre los que nos revolcába«mos dispertando con sobresalto, de suerte que cuando por la ma«ñana nos mirábamos mi compañero y yo, veíamos nuestras carnes «cubiertas de pústulas y de una sangre negruzca; pero júzguese cuál «seria nuestro asombro viéndonos tambien rodeados de dos mil hom«bres cási desnudos, puestos á dos hileras, con luengas barbas, y «los mas bebiendo agua en cráneos humanos á falta de vaso. Á pe«sar de lo dolorido y quebrantado que me hallaba, fue preciso á las «seis de la mañana levantarme como los demás para ir á trabajar, «arrastrando la cadena y recogiendo de paso, porque nos las arro«jaban como á perros, tres mazorcas de maíz, las cuales servian á la «vez de almuerzo, comida y cena. Despues de tirar todo el dia de «un arado con otros doce esclavos, al caer la noche fuí llevado otra «vez á mi encierro, no solo abrumado de fatiga sino magullado á «palos, que se me prodigaron para acostumbrarme al régimen de «los guardas, los cuales nunca hablan á los esclavos con otras insi«nuaciones. Si alguno queda inútil por viejo, lo despachan de un «arcabuzazo, y si jóven empieza á adolecer sin esperanza de cura«cion, lo echan fuera, donde al punto es devorado por los leones, «tigres, panteras ó leopardos que andan al rededor aguardando su «presa, y que se la disputan cuando la alcanzan moviendo una al«gazara muy divertida para los árabes, los cuales sueltan la carca«jada diciendo: *Miren el cristiano, poco debe de conocerle su Dios cuan«do así permite que sea devorado.*

«El cráneo de los que mueren á tiros es el que suele servir de

«copa á los demás; así murió uno de mis compañeros que cayó en-«fermo, y su colodrillo me sirvió catorce años. Cási todos nos levan-«tábamos á las dos de la madrugada para evitar los palos que siem-«pre llegaban harto aprisa, y unos nos ocupábamos en cortar leña, «otros en barbechar terruños, y algunos en arrastrar el arado. Yo «solia ir á cavar á cinco leguas de distancia del presidio, y allí doce ó «catorce esclavos uncidos con correas al mástil de un arado tiraban «de él, dirigidos por dos de sus compañeros [1].»

Sin embargo, la persecucion mas terrible no era aquella que torturaba ó mataba al cuerpo, sino la que se dirigia á matar el alma arrebatándole la fe; y esto los sarracenos lo procuraban por cualquier medio. En vano los malhadados cautivos tendian una mano suplicante á sus hermanos de Europa: ó no se oian sus clamores, ó nadie era bastante rico, fuerte y valeroso para volar á libertarles; mas lo que nadie acertó á ver, lo vió la Religion, y lo que nadie supo intentar, su corazon maternal lo llevó á cabo.

Un infante acababa de nacer en la oscura aldehuela de Faucon, hácia los confines de la Provenza: era el dia 24 de junio de 1160. Oriundo de la ilustre familia de Mata, recibió el nombre de Juan, en obsequio al Santo del dia: apenas dejada la cuna, ya despreció los juegos de la niñez. Á doce años pasó á Aix, capital de Provenza, para cursar humanidades, y dedicóse á los ejercicios peculiares de la nobleza, y habiéndose trasladado á París distinguióse tanto en los estudios, que recibió el grado de doctor en teología. Habiendo abrazado despues el estado eclesiástico, bien pronto descolló en las virtudes que el Señor le reservara para aquel momento, con altas miras sobre su destino.

Juan de Mata, ordenado sacerdote, escogió para celebrar su primera misa la capilla de Mauricio de Sully, obispo de París. Queriendo el Prelado asistir á ella, en compañía de los abades de San Víctor y Santa Genoveva, y del rector de la Universidad, pudieron presenciar el milagro que aconteció, y fue, que al alzar el nuevo celebrante la sagrada hostia, se apareció en la cúspide del altar un Ángel en figura de mancebo vestido de blanco con una cruz encarnada y azul en el pecho, teniendo las manos cruzadas y puestas encima de dos cautivos como en ademan de cambiar uno por otro. El

[1] *Historia de la esclavitud en África.* Véase tambien *Cinco meses de servidumbre bajo Abd-el-Kader*, por Mr. de France, 1837.

Obispo y los demás presentes conferenciaron sobre esta vision, y no acertando á deslindarla, determinaron que Juan, llevando las auténticas de ella, pasase á Roma á informar al Padre Santo y á saber de sus labios lo que convenia hacer.

Obedeció el Santo, bien que haciendo violencia á su humildad, y en compañía de un buen ermitaño, llamado Félix de Valois, tomó la via de Roma. Acababa entonces de subir al trono pontificio uno de los Papas mas egregios que la Iglesia haya tenido, Inocencio III, el cual recibió á nuestros viajeros con suma bondad, y conocido por su relato y por las misivas del Obispo parisiense el motivo de su viaje, convocó á los cardenales y á algunos obispos en San Juan de Letran para oir su dictámen, decretando al propio tiempo ayunos y solemnes rogativas al objeto de lograr de Dios una declaracion perfecta, y al propio fin mandó invitar á todos los prelados para la misa que él queria celebrar el dia siguiente.

Dirígese á la iglesia acompañado de toda la clerecía y de nuestros dos viajeros para celebrar el augusto misterio: durante él, al elevar la sagrada hostia y mostrarla al pueblo, la misma vision del Ángel se reproduce en iguales términos que en París, á presencia de la ilustre asamblea. Entonces el Papa, no pudiendo ya dudar que Juan de Mata y Félix de Valois son inspirados de Dios, les permite establecer en la Iglesia una nueva Órden religiosa, cuyo objeto principal será procurar la redencion de cautivos que gimen bajo la tiranía de los infieles. Al efecto, el dia 2 de febrero siguiente, fiesta de la Purificacion de la Vírgen, les vistió por sus manos el hábito, que quiso se compusiera de los mismos colores observados en el Ángel, á saber, sayal blanco con una cruz roja y azul en medio del pecho; y dióle el nombre de la santísima Trinidad, que suele promiscuarse con el de *Redencion de cautivos*, en atencion al objeto para que fue establecida esta Órden.

Llenos de bendiciones apostólicas y provistos de lisonjeras misivas, regresan los nuevos Fundadores á Francia, donde no tarda en labrárseles un monasterio hácia los confines de la Brie y el Valois en el lugar llamado Cerfroy, el cual viene á ser la matriz de la Órden; Juan de Mata, viéndola establecida, pone manos á la obra, recoge cuantiosas limosnas, y rico con las dádivas de la caridad envia á África dos de sus religiosos para rescatar á los pobres cautivos cristianos. ¡Qué pensarian los bárbaros viendo llegar al través de ma-

res y tormentas á aquellos dos hombres solos, indefensos, que besaban humildes las cadenas de sus hermanos, aguardando la hora de poderlas romper y arrojar el oro sin contarlo al régulo codicioso, solo para volver la libertad á unos desgraciados á quienes no habian visto en su vida!

Dios bendijo á los dos redentores, pues el año 1200 regresaron trayendo consigo ciento ochenta y seis redimidos. El mismo san Juan se trasladó á Tunez no sin pasar graves percances, pero al cabo logró venir seguido de ciento y veinte esclavos libertados por su diligencia. ¡Con qué ahinco en todas las costas del Mediterráneo se esperaba el regreso de la nave salvadora! Apenas se la señalaba á lo léjos, todo el pueblo acudia á la playa: hijos, esposas, madres, hermanos, todos palpitantes de emocion corrian á informarse de la suerte de un padre, de un marido, de un hijo, de lo que mas querian; y luego, ¡qué dulce espectáculo ver abrazar á los cautivos, regarse mútuamente con tiernas lágrimas, al mismo tiempo que el padre de la redencion, escabulléndose para evitar las bendiciones de la multitud se retiraba á pié ó montado en un pollino [1] al monasterio de su Órden mas inmediato, donde descansando solo el tiempo preciso, volvia á tomar su bordon y calabaza para emprender nueva excursion mendigando antes por todas las tierras de la cristiandad! Cuando ya habia reunido la suma necesaria, tomaba otra vez el derrotero de África, extraia victoriosamente nuevos cautivos despues de rotas sus cadenas, y concluida la expedicion, vuelta á mendigar para dar libertad á los que quedaban. Tal era, además de la oracion, el único empleo de su existencia.

San Juan de Mata, bendecido por cielos y tierra, falleció en Roma el año 1213 [2]. Antes de su viaje á Tunez, habia recorrido la España exhortando á los fieles á compadecerse de sus hermanos cautivos y desamparados entre los bárbaros, siendo tal el fruto de sus discursos, que algunas mujeres virtuosas, en la imposibilidad de ir personalmente á rescatar cautivos, pidieron asociarse á los religiosos Trinitarios para ayudarles en su piadosa tarea, cuando no con otra cosa con sus oraciones: así vemos siempre en la Iglesia católica á Moisés orando en la cima del monte, mientras Israel combate en la llanura. San Juan de Mata accedió á la solicitud de aquellas

[1] Por humildad estos religiosos no usaban otra cabalgadura.
[2] Helyot, t. II, pág. 320.

buenas mujeres, y les hizo labrar un monasterio, donde se reunieron á hacer vida comun, confundiendo sus bienes para los fines de la redencion, y reservándose solo un escaso violario.

Al pensar en lo mucho que nuestros padres hicieron, ¿cómo considerarémos de alguna monta lo poco que hacemos nosotros? ¿Nada nos dicen tan hermosos ejemplos? Nada en verdad nos dirán, si tenemos un corazon rastrero y un espíritu limitado; porque solo los corazones nobles son capaces de emprender cosas grandes, al paso que solo los espíritus elevados son capaces de apreciarlas.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber protegido oportunamente á la Iglesia contra los infieles, é inspirado á san Juan de Mata y á sus religiosos aquella ardorosa caridad tan necesaria para la redencion de los cautivos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *socorreré á los presos con mis limosnas ó con mis oraciones.*

LECCION XL.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS XI Y XII).

La Iglesia consolada : fundacion de la Órden hospitalaria del Espíritu Santo, del hospital de Albrac, de los religiosos Pontifes ó pontoneros; — afligida y atacada : escándalos; errores de Arnaldo de Brescia; — consolada y defendida : nono y décimo concilios generales celebrados en San Juan de Letran; — atacada otra vez : herejía de los Valdenses; — defendida y consolada : undécimo concilio general de Letran; san Isidro, san Drogon ; conversion de los rugienses; — atacada : Albigenses y Beguardos.

En su maternal afan, la Iglesia, al mismo tiempo que armaba el brazo de los caballeros para guarecer á sus hijos contra los infieles, y hablaba al corazon de los religiosos Trinitarios para libertar á los cautivos, no se olvidaba de los que padecian en el interior mismo del redil. *Siempre tendréis pobres con vosotros*, decia el Salvador del mundo [1], esto es una verdad; pero así como el Paganismo los dejaba perecer de hambre, la Religion los sustentaba y asistia con una magnificencia verdaderamente régia. En efecto, en el curso del siglo XII verémos elevarse como por ensalmo numerosos hospitales para aliviar las diferentes miserias del hombre, y enseñarle que ya no se hallaba bajo la afrentosa servidumbre del Paganismo, sino bajo la suave coyunda de la caridad.

Entre las Órdenes hospitalarias que aparecieron á la sazon, nombrarémos la del Espíritu Santo, cuyo fundador fue Guy, señor de Montpeller. Propagóse con celeridad, y el papa Inocencio III erigió en Roma un hospital que puso bajo la direccion de la nueva Órden; monumento digno de Roma, del vicario de Jesucristo, de la majestad y caridad de la Iglesia católica, que merece ser conocido. Compónese de varios cuerpos de edificio, encerrando un salon tan anchuroso que puede contener hasta mil camas [2], al lado del cual cor-

[1] Ioan. XII, 8.

[2] Todas las estancias reunidas contienen actualmente 1,616 camas. Monseñor Morichini, *Institutos de caridad en Roma*, pág. 36, y las *Tres Romas*, t. II.

re una galería capaz de doscientas; en otra pieza transversal se colocan los heridos, y para los eclesiásticos y nobles existen cámaras separadas, cada una con cuatro lechos, donde se sirve á los enfermos en vajilla de plata. Tambien hay piezas distintas para herejes y enfermos contagiosos, para huérfanos y sus amas (estas además de dos mil foráneas, que igualmente reciben chiquillos para criar), para niños expósitos, que son en número de quinientos, desde la edad de tres años hasta la de poder tomar estado, y para niñas en igual número hasta que se casan ó entran en religion, dirigidas por hermanas de la propia Órden, cuyo convento se contiene en el mismo hospital: caso de contraer matrimonio reciben un dote de cincuenta escudos romanos [1]. Al lado del hospital se eleva el palacio del comendador ó jefe de la Órden, corriendo entre ambos edificios un claustro en el cual hay casas para los médicos, cirujanos, criados y dependientes del establecimiento, en todo un centenar de personas, y de allí se pasa á la habitacion de los religiosos.

Los gastos anuales, comprendiendo huérfanos y enfermos, ascienden á un millon por término medio [2].

Para recibir los expósitos existe en el ámbito exterior un torno grande y siempre abierto, con un mullido colchon, donde cualquiera puede depositarlos osadamente á la luz del dia, pues está prohibido bajo graves penas, y aun con castigo corporal, averiguar quién sea el deponente ó seguirle con la vista cuando se retira [3]. ¡Asombrosa prevision de la caridad católica! Sus maternales miradas echaron de ver cuáles serian las resultas de una conducta inversa; y sin embargo la moderna filantropía, creyendo ser mas ilustrada que la caridad, pensó mejorar la cosa suprimiendo los tornos y exigiendo declaraciones humillantes: queria, segun su decir, atajar el libertinaje, y en su desacuerdo solo ha logrado multiplicar los conatos, siendo cada dia los infantillos abandonados en un rincon de los templos ó tras las puertas de las casas, nuevas acusaciones contra la imprudencia y barbarie de sus leyes. No, la caridad que recibe á ojos cerrados el inocente que se le confia, no incita al libertinaje; hija de la Religion, ella, al igual que su madre, encarece la pureza de cos-

[1] El dote que hoy se da es de 100 escudos romanos, 540 libras. (Morichini, etc., pág. 95).

[2] Ahora sube á 121,000 escudos romanos. (Id. pág. 45).

[3] Helyot, t. II, pág. 200.

tumbres; lo que sí incita al desenfreno es la impiedad, es sobre todo el ejemplo asaz frecuente de esos mismos filántropos que declaman contra la caridad y que suprimen los tornos.

¡Vedlo, y enorgulleceos! En todas partes la Religion ha obrado mejor que la filantropía, porque nada escapó á su previsora solicitud: ya en el siglo XII, no solo se ocupaba en criar huérfanos y curar enfermos, sino que ocurria á otras muchas necesidades, y segun hemos visto, ella habia situado su tienda en la cumbre de los Alpes, para, con ayuda de los religiosos del San Bernardo, proteger y encaminar á los pobres viajeros. Conviniendo además en aquellos tiempos atender en ciertas provincias á la seguridad de los caminos, tambien esa empresa la Religion la tomó sobre sí, por manera que en sus divinas manos hasta el mal se convertia en bien, y los siniestros mas graves venian á producir instituciones de general utilidad.

Así sucedió el año 1130, en que Adalardo, vizconde de Flandes, regresando de una romería á Santiago de Galicia, dió en una emboscada de ladrones: pasaba la escena en un cerro aislado sito en la raya de tres provincias, Guyena, Langüedoc y Auvernia, en la diócesis de Rodez; monte áspero, inhiesto, cubierto de nieves y densas brumas durante ocho meses del año, separado á lo menos tres leguas de toda humana habitacion, y siete de la capital de la provincia. Su inmensa soledad y las espesas arboledas y numerosas lagunas que en la edad media le rodeaban hacian de aquel sitio una manida segura para los facinerosos y un paso temido de los viajeros, llamándose entonces, como ahora, Albrac ó Aubrac.

El noble peregrino, viéndose en trance de perder la vida, hizo voto, si salia de él, de fundar allí mismo un hospital para albergar peregrinos y ahuyentar á los ladrones. Dios permitió en efecto que estos no le hicieran daño, y Adalardo, fiel á su promesa, al poco tiempo mandó erigir en aquella montaña un hospital con su iglesia bajo la advocacion de María santísima. El hospicio de Albrac llegó á ser con el tiempo uno de los mas célebres de Francia, y la ventaja de su situacion para facilitar las comunicaciones entre Francia y España fue altamente apreciada por los reyes de Aragon, los condes de Tolosa y otros señores, los cuales contribuyeron al esplendor de esta casa por medio de considerables donativos y fundaciones.

Su comunidad se repartia en cinco categorías: sacerdotes para el servicio de la capilla y administracion de Sacramentos á los peregrinos; caballeros para acompañar á estos, arrollar á los forajidos y proteger el establecimiento; hermanos clérigos y legos para el servicio del hospital y de los pobres; *oblatos* [1] para cultivar las tierras del hospital, y por fin, cosa única, á no ser en los anales de la caridad católica, damas de calidad, establecidas de asiento en la casa para lavar los piés á los peregrinos, blanquear su ropa, componer sus camas, y prestarles los humildes servicios propios de un criado para con su señor. El vizconde Adalardo fue el primer superior de Albrac, habiendo querido consagrarse en persona al servicio de los pobres. Estas varias personas llevaban una vida muy austera, compartida entre la oracion, el ayuno y el servicio de sus hermanos [2].

No léjos de Albrac alzábase al propio tiempo otra maravilla de la caridad. Conviene ante todo saber que en aquel tiempo la Francia y la Europa no estaban como ahora cruzadas por anchas y hermosas carreteras que sin cesar recorren infinitos carruajes, sino que muy al revés, los viajes en general eran difíciles y poco seguros, y

[1] Llamábanse *oblatos* ó *donados* aquellos que se ofrecian á un monasterio para servir á Dios sin empero profesar la vida religiosa, á cuyo efecto abandonaban enteramente su casa y familia, sujetándose á una verdadera servidumbre. Como símbolo de la ofrenda que hacian de sí mismos y de sus bienes, se ceñian al cuello la soga de las campanas de la iglesia, ó se ponian algunas monedas encima de la cabeza; pues como en aquellos tiempos toda disposicion estable solia indicarse por medio de algun acto externo, esa era la forma de tradicion de los donados. La emperatriz santa Adelaida, habiendo fundado en Pavía el monasterio de San Salvador, le señaló rentas considerables, y para consolidar la donacion hizo entrega de un cuchillo; otras veces se daba un baston, un tallo de yerba (*stipula*, de donde la palabra estipular), una rama, una astilla, un libro, etc., y á veces tambien un puñado de la tierra que se entregaba, ó una bolsita llena de ella para colgarla puertas afuera.

Estos oblatos ó donados que existen en diferentes monasterios, no se deben confundir con otros que las abadías y monasterios de realengo en Francia tenian obligacion de recibir y mantener, tocando su presentacion al Rey, á los que en efecto se recibia y sustentaba con decoro; reduciéndose su encargo á tañer las campanas y barrer la iglesia. Esos puestos se reservaban regularmente para soldados inválidos, estropeados en la guerra, y mas adelante quedaron vinculados como verdaderas pensiones al hospital de Inválidos edificado por Luis XIV. (Helyot, t. V, pág. 90).

[2] Helyot, t. III, pág. 172. Consúltese para mayor ilustracion el reciente opúsculo del abate Bousquet sobre la abadía de Albrac.

de consiguiente la civilizacion siquiera material, que nace de la frecuencia de comunicaciones, permanecia estacionaria. Tambien la Religion se encargó de dar este nuevo impulso : los dilatados bosques que cubrian el territorio francés fueron cortados por mano de los religiosos Benedictinos y Cistercienses, y gracias á los desvelos de una hermandad que vamos á nombrar en seguida, los rios, peligrosos á veces por la inseguridad de los vados, pudieron atravesarse con todo descanso.

Los hermanos *Pontifes* ó pontoneros vinieron á completar este conjunto de medios que la Religion habia excogitado para facilitar y dar mas seguridad á los viajes. Su orígen se debió á un jóven ganadero llamado Benezet, el cual por sus raras virtudes, y sobre todo por su caridad, mereció un lugar entre los Santos. Á los doce años, el cielo, valiéndose de reiterados avisos, le ordenó dejar los rebaños de su madre y trasladarse á Aviñon para construir un puente sobre el Ródano. Llegó allá el año 1176, y habiendo entrado en la iglesia á la sazon que el obispo predicaba, aguardó que este saliese, y le declaró su mision. El prelado, viendo á un pobre villano sin instruccion ni letras, le tomó por fatuo y lo remitió al preboste de la ciudad con amenaza de hacerle cortar piernas y brazos, y el preboste por su lado no fue mas crédulo que el obispo. El pueblo sin embargo, ante las pruebas sobrenaturales que el mancebo daba de su divina mision, accedió á sus invitaciones, y el puente fue empezado el año 1177. Compuesto de diez y ocho arcos, y largo de 1340 piés, pasa con razon por una maravilla [1], habiéndose empleado en su obra once años nada menos, siendo siempre el director de ella Benezet, hasta que falleció poco antes de terminarse, en el año 1184, y fue enterrado en un lucillo debajo del tercer pilar del mismo puente. Otro, tambien sobre el Ródano, labraron los religiosos Pontifes, mas soberbio que el de Aviñon, llamado del Espíritu Santo, y que subsiste todavía.

Erigir puentes, establecer barcas para cruzar los rios, y prestar ayuda á los viandantes, tal era el instituto de esos buenos religiosos, los cuales apostados á semejante fin en las rias ó cerca de los vados, se ocupaban en pasar gentes con sus barcas siempre prontas; y si por acaso venian los viajeros muy cansados ó les sobrecogia la no-

[1] **Ha sido destruido por el Ródano, y ya no quedan de él sino leves vestigios.**

che, les daban albergue, sustento y abrigo, y no les abandonaban hasta ponerles en lugar seguro [1]. ¿No es, pues, una verdad, ¡oh Dios mio! que jamás os habeis cansado de favorecer á los hombres? ¿No es, pues, una verdad, ¡oh Religion santa, tierna madre nuestra! que así velais por el alma como por el cuerpo de vuestros hijos, pues no hay necesidad alguna que se oculte á vuestra solicitud?

Envidioso el infierno de la dicha que tantas mercedes proporcionaban al hombre y á la sociedad, procuró con nuevas mañas llamar hácia otro lado la atencion de la Iglesia, tratando de abrir nuevamente la fuente de sus lágrimas, con incitar el brazo secular á arrogarse, cual en otras épocas, la provision de los cargos eclesiásticos; pero atajóle Dios mediante el noveno concilio general que se celebró en la iglesia de San Juan de Letran en Roma. Aunque esta derrota fue en regla, el infierno no se desanimó: Arnaldo de Brescia, discípulo de Abelardo, empezó entonces á sembrar perniciosos errores; pero luego tambien el décimo concilio celebrado en el propio lugar hizo la ley al innovador y á sus innovaciones. Por último y desesperado partido, los poderes infernales avocan contra la Iglesia una taravilla de sectarios andrajosos llamados *Valdenses*, de Valdo, su jefe, natural de Lyon: consistia la herejía de estos miserables en decir que insiguiendo la pobreza evangélica nadie puede poseer cosa alguna, con lo cual zapaban el edificio social, y además echaban abajo la jerarquía eclesiástica, añadiendo que cada cristiano era un sacerdote, y que ellos solos constituian la verdadera Iglesia. San Juan de Letran vió juntarse en su grandioso recinto el undécimo concilio general que proscribió el naciente error, uno de los mas peligrosos que desde mucho tiempo se hubiesen suscitado, de modo que á pesar del concilio la victoria aun no quedó segura.

Para mas acreditar sus errores los Valdenses afectaban un exterior mortificado y costumbres austerísimas en apariencia, y siendo todos legos, y generalmente de la ínfima clase del pueblo, arrastraban en pos de sí á los incautos campesinos. Convenia, pues, á sus falaces virtudes oponer otras verdaderas, á su abnegacion hipócrita el contraste de una pobreza sincera y universal; y eso es lo que la Providencia hizo estableciendo varias Órdenes religiosas que se multiplicaron en aquel siglo, y especialmente en el inmediato, durante el cual se propagaron aun los errores de los Valdenses. El propio ob-

[1] Helyot, t. II, pág. 290.

jeto logró suscitando en las condiciones mas oscuras ilustres modelos de toda virtud, cuya santidad reveló Dios por medio de estupendos milagros, entre ellos san Isidro patron de los labradores, y san Drogon que lo es de los pastores, cuyas historias vamos á referir.

Isidro nació en España. Sus padres, modelos de piedad, aunque pobres en bienes, grabaron en su tierno pecho con ejemplos y lecciones el horror al pecado y el santo temor de Dios. Aunque desposeidos de medios para atender á su instruccion, no por esto fue menos sólida la virtud del niño, el cual aprovechaba con anhelo todas las ocasiones de oir la palabra de Dios. Esas doctrinas hacian en su ánimo una impresion tanto mas honda, cuanto mas puro y vehemente era su afan por instruirse. Sufrido en las injurias, afable con sus émulos, leal hácia sus amos, solícito en ocurrir al deseo de todos aun en cosas indiferentes, y aplicado á servir á los demás, logró reportar una victoria completa sobre sus pasiones. Confunde la conducta de este Santo á aquellos que pretextan tener muchas ocupaciones para no consagrarse á las prácticas de piedad : él sabia convertir su trabajo en un acto perenne de religion, dándose á él en espíritu de penitencia y como para llenar la voluntad del cielo; de suerte que mientras su mano conducia el arado, su corazon conversaba con Dios y con los Ángeles. Ya deploraba su miseria y la de los demás hombres, ya suspiraba tras las delicias de la celeste Jerusalen : un vehemente amor al rezo junto con las asiduas prácticas de humildad y mortificacion le granjearon aquella eminente santidad por la que tan admirado fue en España y aun en toda la Iglesia.

Cuando mancebo, entró al servicio de un hidalgo de Madrid llamado Iban de Vargas para cuidar sus tierras y dirigir una de sus haciendas, y mas adelante, habiendo determinado contraer matrimonio, fijó su eleccion en una doncella llamada María Toribia (despues santa María de la Cabeza). Isidro siguió siempre al servicio del mismo amo, y este, conociendo los muchos quilates del tesoro que poseia, tratábale como á un hermano, recordando aquel precepto del Eclesiástico : *Al siervo cuerdo ámale como á tu alma* [1]. Permitióle asistir cada dia á los sagrados oficios, mas el Santo, no queriendo abusar, madrugaba mucho para dar á un tiempo cumplimiento á su piedad y sus obligaciones, sabiendo que es falsa devocion querer agradar á Dios faltando á los deberes del propio estado.

[1] Eccli. VII, 23.

Lleno de compasion hácia los pobres, aunque él lo era tambien, procuraba endulzar sus quebrantos, consagrando á este objeto buena parte de su salario. Despues de inspirar á su consorte los sentimientos que le poseian, logró hacer de ella una fiel imitadora de sus virtudes, hasta fallecer en olor de santidad; y él mismo, habiendo enfermado, predijo la hora de su muerte. Preparóse á sufrirla con redoblado fervor, y recibió con tal edificacion los Sacramentos que arrancó lágrimas á todos los presentes. Tenia cerca de sesenta años cuando se durmió en el Señor el dia 15 de mayo de 1170 [1]. Su santidad, declarada por asombrosos milagros, hizo ver de qué parte estaba la verdadera Iglesia, la madre de los Santos, la esposa de Jesucristo, y los Valdenses quedaron para siempre desacreditados no sólo en España sino tambien en todo el Mediodía de Europa.

Entre tanto la Providencia cuidaba de confundirles en el Norte y en muchas provincias, llamando á otro Santo de oscuro orígen, al que presentó á la vista de todos, haciéndole viajar durante mucha parte de su vida. Fue el nuevo pregonero de la santidad católica san Drogon, natural de Epinoy en Flandes, huérfano desde la cuna, pues su padre le premurió, y su madre espiró al darle á luz. De muy niño hízose notar por su descollante piedad: á los veinte años dejó cuanto tenia para seguir con mas libertad á Jesucristo, y libre ya de toda traba mundana vistió un cilicio y un sayal grosero, y á imitacion de Abrahan se expatrió, haciendo varias romerías, hasta fijarse en el villorrio de Seburgo en Hainaut, á dos leguas de Valenciennes. Allí entró en clase de pastor al servicio de una piadosa dama llamada Isabel de La Haire, eligiendo este empleo como el mas propio para ejercitar la obediencia, la humildad y la mortificacion. Seis años estuvo así guardando reses, llamando la atencion por su modestia, su fervor y sus demás virtudes, y captándose el afecto de toda clase de personas. Cedia á los pobres cuanto le daban, y además dábales todo aquello que podia escatimar de su menguada racion.

Temiendo sucumbir á los halagos de la vanagloria, dejó su empleo, y se puso á recorrer los lugares de devocion mas célebres, y tan solo en Roma estuvo nueve veces. Estas romerías, emprendidas con las disposiciones necesarias, fueron para él un caudal de merecimientos, para los fieles un gran motivo de edificacion, y para los

[1] Godescard, 15 de mayo.

herejes una refutacion notoria. De vez en cuando volvia á Seburgo; pero una relajacion de intestinos, ocasionada por tan largas correrías, le obligó á permanecer en su retiro y á no volver á separarse de él por el resto de su vida. Para poder adorar á Dios sin tregua y estarse como quien dice al pié de los altares, hízose construir una barraquilla junto á la iglesia, en la cual pasó cuarenta y cinco años viviendo solo de pan de centeno amasado con lejía, y bebiendo agua tibia, todo para mayor mortificacion, si bien lo disfrazaba aparentando ser un régimen indispensable para su salud. Así llegó hasta la edad de ochenta y cuatro años, falleciendo el dia 16 de abril de 1186 [1].

En resarcimiento de las pérdidas ocasionadas á la Iglesia por los Valdenses, el Señor atrajo á su maternal regázo los rugienses, otra poblacion idólatra del Norte. Valdemaro, rey de Dinamarca, tripuló buques para subyugar á los eslavos rugienses, habitantes de la isla de Rugen, y habiendo puesto cerco á su capital, la tomó á partido. El artículo primero de la capitulacion fue que ellos entregarian al vencedor su divinidad llamada Suantovit, y que cederian á la Iglesia las tierras consagradas á sus falsos dioses. Suantovit era un ídolo gigantesco que tenia cuatro cabezas, y en su mano derecha un cuerno embutido de diversos metales, el cual cada año llenaba el pontífice de vino, y segun este disminuia ó no, augurábase la esterilidad ó la abundancia de la tierra. Á este ídolo se sacrificaban víctimas humanas, escogidas entre los Cristianos; nueva prueba de que esa inícua costumbre fue general en el globo para mengua de la humanidad, y para que mas y mas nos regocijemos de la venida del Dios de amor que se dignó proscribir tamaña barbarie.

El Rey vencedor mandó echar abajo este coloso, que cayó con horrísono estruendo, y habiendo los daneses arrastrádole por su campamento, metieron con él grande algazara hasta que por la noche lo astillaron condenándole á alimentar el fuego de las cantinas. Abrasaron tambien el templo, que era una tosca obra de madera, arreglando en su lugar con los travesaños de las máquinas que habian servido para el sitio una iglesia provisional á cargo de varios sacerdotes; en cuyo trabajo tomó parte el mismo caudillo ó soberano de los rugienses. Este, apenas instruido en los misterios de la Reli-

[1] Godescard, 16 de abril.

gion, corrió con afan á la pila bautismal, contribuyendo no poco á la conversion de sus súbditos, á quienes él mismo predicó para atraerles á las dulzuras del Cristianismo, viendo coronados sus esfuerzos con el mas ventajoso resultado.

La conversion de este pueblo y la muerte del santo pastor de Seburgo, tan preciosa delante de Dios y de los hombres, coronan con gloria los sucesos del siglo XII. En el siguiente, la lucha eterna del mal contra el bien, es decir, de la herejía y el escándalo contra la verdad y la santidad católica, va á tomar proporciones mas grandiosas, pero solo para poner mas en relieve los inagotables recursos de la Providencia y la asombrosa fecundidad de nuestra madre la Iglesia, á la par que la flaqueza, la mala fe y los crímenes de los sectarios del error. Ved ahí en sosten de la verdad cuarenta y dos Órdenes religiosas, tres concilios generales, grandes reyes y reinas tan ilustres por su santidad como por el brillo de sus coronas, ingenios esclarecidos, y finalmente Santos admirables así por la constante inocencia de su vida, como por sus altos ejemplos de penitencia.

No menor ejército se necesitaba para defender el mundo cristiano, contra el cual el infierno desataba todas sus iras: por un lado los Valdenses, los Albigenses, los Beguardos y otra multitud de herejes predicaban errores groserísimos; por otro el apego á los placeres, riquezas y honores invadiendo rápidamente á nobles y plebeyos, y postergando el espíritu del Evangelio; y últimamente los filósofos y teólogos, que imbuidos en la filosofía de Aristóteles y de los árabes, llevaron á las cosas de la Religion una curiosidad excesiva, y una aficion desmedida á las sutilezas del raciocinio, hasta incurrir en absurdos desvaríos [1]. Entre tanto mientras el error cundia y la concupiscencia ganaba terreno, las calamidades públicas, consecuencia inevitable de la herejía y del desórden moral, iban á lastimar al orbe culpable; pero antes que hablemos de los paladines de la virtud y la verdad, demos á conocer á sus antagonistas; porque la Iglesia nunca ataca: siendo la primera, y estando en posesion, no hace mas que defenderse; y hé aquí precisamente otra prueba de ser ella la verdad, pues en todos casos la verdad precede al error.

De los Valdenses se ha dicho ya lo necesario: los Albigenses, resabio impuro de los Maniqueos, que infestaron el Languedoc, pre-

[1] Véase d'Argentré, *Colecc. rud.*, t. I, *Exámen del fatalismo.*

tendian que este mundo visible es obra del demonio, y atacaban de paso los Sacramentos, los ritos de la Iglesia y su autoridad y prerogativas; al igual que los Valdenses eran pobres y afectaban regularidad de costumbres, si bien en secreto se entregaban á toda clase de desórdenes. Una vieja importó esta herejía de Oriente á Francia, la cual una vez introducida se desplegó haciendo numerosos prosélitos en varias provincias, y favorecida por ciertos magnates, usurpadores de bienes eclesiásticos y condenados por los Concilios á devolverlos so pena de entredicho, llegó á formar una secta asaz temible. Habia tambien los Beguardos, otra clase de fanáticos, segun cuyo decir el hombre puede llegar á ser tan perfecto en la tierra, que ya no pueda pecar; en cual estado todo le será lícito, sin tener que orar, ayunar, ni obedecer á las leyes civiles ó eclesiásticas. Por supuesto que los Beguardos se contaban entre estos seres privilegiados, y que obrando en consecuencia, entregábanse sin escrúpulo á odiosas demasías, siempre en secreto.

Verdaderamente nada contribuyó mas al progreso de los Valdenses, Albigenses y Beguardos, que esa afectada morigeracion, y así fue necesario oponerles ejemplos de virtud, y evidenciar que todas las de que ellos blasonaban eran practicadas por los Católicos. Como hacian profesion de renunciar sus bienes, llevar una vida pobre, consagrarse á la oracion y á la leccion de las sagradas Escrituras practicando al pié de la letra los consejos evangélicos, Dios suscitó fervorosos católicos, los cuales juntándose en congregaciones religiosas daban tambien sus bienes á los pobres, vivian del trabajo de sus manos, meditaban las Escrituras, predicaban contra los herejes, y guardaban la mas perfecta castidad. ¡Cosa admirable! precisamente en esta coyuntura se organizaron las cuatro Órdenes mendicantes de los Carmelitas, Franciscanos, Dominicos y Agustinos. Destinadas á contrarestar los progresos del mal, muy pronto se fortalecieron y propagaron [1], no ya por los desiertos y los bosques, sino en el seno de las ciudades ó en medio de poblado, viviendo sus religiosos de la limosna de los fieles, como verdadera sal de la tierra para evitar la corrupcion, ó como el sol que doquiera difunde sus resplandores. En cambio de los socorros que recibian, procuraban la salvacion de sus bienhechores guareciéndoles del contagio de los nuevos escánda-

[1] Acerca la utilidad de las Órdenes mendicantes, véase á Bergier, art. *Mendigos*.

los y herejías; y predicaban, confesaban y establecian en todas partes prácticas conducentes á mantener la fe y hacer revivir la devocion [1].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos deparado tan bellos ejemplos entre los pobres: concedednos la humildad y la pureza de intencion de san Isidro.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *á nadie despreciaré jamás.*

[1] Pluquet, t. I, pág. 252.

LECCION XLI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIII).

La Iglesia defendida : Carmelitas, Franciscanos, Dominicos, Agustinos; santo Tomás.

Los primeros adalides que Dios opuso en el siglo XIII á los numerosos sectarios que atacaban á la Iglesia, fueron los Carmelitas. En sus principios eran unos simples ermitaños retirados en el monte Carmelo en Palestina, y consideraban como á su fundador y modelo al profeta Elías que habia vivido en la misma montaña al igual que su discípulo Eliseo. Su superior en 1209 se dirigió al bienaventurado Alberto, patriarca de Jerusalen, pidiéndole una regla, y este santo varon dictó para la Órden carmelitana unas constituciones las mas sábias, en las cuales se ordenaba á los hermanos orar noche y dia en sus celdas, salvo el caso de dispensa por legítima ocupacion, ayuno diario á excepcion de los domingos, desde la Exaltacion de la santa Cruz hasta Pascua, comer siempre de vigilia, aplicarse á trabajos manuales, y guardar silencio desde Vísperas hasta la hora de Tercia siguiente.

Las conquistas de los árabes obligaron á estos religiosos á dejar la Palestina hácia principios del siglo XIII, y trasladarse á Europa; verdadera cohorte de aguerridos veteranos que Nuestro Señor enviaba en auxilio de su atribulada esposa la Iglesia. Rápidas fueron las creces de esta Órden y eminentes los servicios que prestó, habiendo dado al mundo una multitud de sujetos insignes, cuyo saber y virtud son el honor de la Religion. El bienaventurado Alberto su legislador pereció en 1214 á manos de un inícuo á quien habia reprendido por sus delitos [1].

Al propio tiempo que los Carmelitas llegaban de Oriente para defender á la Iglesia, Dios suscitó en Occidente al cuarto patriarca de la Órden monástica, el gran san Francisco de Asis. En pos de este nuevo capitan marcha un ejército de Santos, los cuales por medio

[1] Helyot, t. I, pág. 301.

de sus predicaciones oponen la verdad al error, y por medio de su ejemplo, la pobreza, la mortificacion y la humildad al amor desenfrenado de los placeres, honores y riquezas; en suma, virtudes reales á las aparentes de los sectarios y á los escándalos de los malos cristianos.

San Francisco, fundador de la Órden franciscana, nació en Asis, ciudad de Italia, en el año 1182. La compasion hácia los pobres parecia serle innata, y muchas veces le aconteció quitarse sus vestidos para cubrir á los desnudos. Hallándose un dia en la iglesia oyó leer estas palabras del Evangelio: *No lleveis nada para el camino, ni baston, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni tengais dos túnicas* [1]. El nuevo Antonio las tomó á la letra, y aplicándoselas al punto, dió todo su dinero, se descalzó, tiró su baston, y se puso un miserable saco ceñido con una cuerda. Este fue el mismo traje que dió á sus discípulos, los cuales no tardaron en organizarse entre los vecinos de Asis, movidos por su ejemplo y sus palabras que hacian prorumpir en llanto á los pecadores mas endurecidos. Para acostumbrarles al amor y á la práctica de la pobreza, los fué llevando por toda la ciudad, para pedir limosna á cada puerta, dándoles con ello á entender que todo su patrimonio se reduciria á las larguezas de la caridad.

Despues de esto procuró instruirles en los varios ejercicios de la vida espiritual: hablábales á menudo del reino de Dios, del desprecio del mundo, de la renuncia de su voluntad, de las mortificaciones corporales, todo con objeto de predisponerles á la ejecucion de su plan, que era enviarles por el mundo á predicar el Evangelio. Las exhortaciones de este santo Patriarca, animadas por el fuego del amor divino y sostenidas por un celo ardiente en favor de las almas, causaron en el ánimo de sus hijos todo el efecto que se habia prometido; y un dia mientras les hablaba de las misiones, movidos de una santa inspiracion, se postraron á sus piés suplicándole que no dilatara el cumplimiento de sus designios; pero el momento determinado por la Providencia no habia llegado aun. En el ínterin, Francisco trazó para su corta familia una regla de vida en la que entre otras cosas disponia rezar tres *Padre nuestros* á cada hora canónica, y poco despues redactó sus constituciones, que fueron una verdadera obra maestra de sabiduría, y que aprobaron y elogiaron en alto grado los Sumos Pontífices. Hé aquí el resúmen de su contenido:

[1] Luc. IX, 3.

Por humildad llama el Santo á sus religiosos *hermanos menores*; su instituto es predicar por medio de ejemplos y discursos las tres grandes virtudes del Cristianismo: amor á la pobreza, amor al sufrimiento, y amor á la humildad. Para practicarse en ello nunca andan á caballo, sino á pié, descalzos y descubiertos; una celdilla de algunos piés de extension es su vivienda, un jergon su cama, una túnica basta de lana su traje, sin usar camisa ni otra prenda de lienzo; comen de las limosnas que reciben ó del trabajo de sus manos, y nada absolutamente poseen, recordándoles su nombre que son las últimas personas en el mundo, y que han de hallarse siempre prontos á sufrir toda clase de ignominias y persecuciones de parte de todos.

¡Quién lo creyera! una Órden desprovista de los mas esenciales recursos, y en diametral oposicion con todas las pasiones, se extendió con asombrosa rapidez, de manera que ya en vida del santo Fundador se contaron hasta diez mil religiosos de su instituto, y mas adelante llegaron á mas de ciento y cincuenta mil; ejemplos vivos y presentes en todas partes de las tres virtudes fundamentales de la Religion: humildad, pobreza y castidad. Segun los países, se distinguen con diferentes nombres: en unos se les llama *cordeleros*, á causa del cordon con que se ciñen; en otros *recoletos*, por alusion á su vida recogida, y en muchos *capuchinos*, por razon de la particular hechura de su traje, siendo quizá los mas populares los conocidos con este último nombre, pues son inmensos los servicios que prestaron en todo tiempo á la clase pobre de las ciudades y de los campos. Y ¡aun hay hombres bastante ilusos para permitirse torpes injurias contra esos padres de los pobres, verdaderos consoladores de los afligidos, y paños de lágrimas del pueblo!

Al eminente Francisco, patriarca de esas innumerables tribus de Santos y Santas, se le da el dictado de *Seráfico* en virtud de su ardiente caridad para con Dios que le hacia semejar á un Serafin revestido de carne mortal. Entre muchísimas gracias extraordinarias que recibió del Señor, no hay otra mas famosa que la que vamos á referir: durante una vision en la cual se abandonaba á toda la ternura de su compasion hácia los sufrimientos del Hombre-Dios, este divino Señor se dignó darle una admirable semejanza con él, imprimiendo en su cuerpo los *estigmas* ó señales de su pasion, de manera que los piés y manos de Francisco fueron taladrados de clavos, cu-

yas cabezas negras y redondeadas se veian en las palmas de sus manos y en la parte superior de los piés, y sus puntas remachadas sobresalian por el lado opuesto. Además se abrió en su costado una llaga como de lanza, la cual á veces manaba sangre hasta teñir su túnica. La impresion de estas llagas es indubitable en vista del testimonio del papa Alejandro IV, el cual en un sermon predicado delante de san Buenaventura declaró haberlas examinado por sus ojos; prescindiendo del testimonio de otras muchas personas que declararon lo propio con juramento [1].

Conociendo que se acercaba su última hora, el humilde Francisco mandó cantar un himno compuesto por él para dar gracias á Dios en nombre de todas las criaturas. Su santidad le habia dado á él mismo sobre cuantos seres le rodeaban una parte del señorío que el hombre en estado de inocencia ejercia sobre la naturaleza. Cuando á la alborada oraba dentro una gruta rodeada de bosque, los pajarillos reposaban en los árboles y le acompañaban con sus trinos; mas si por acaso estorbaban al Santo, dábales este la bendicion diciendo: ¡Idos! y al punto las avecillas obedientes iban á continuar mas léjos sus melodías, para no turbar la harto mas deliciosa del Santo.

Antes de espirar hizo que lo trasladasen al convento de Nuestra Señora de los Ángeles, donde, recostado en el suelo, cubierto con un pobre sayal que le habian dado, llamó cerca de sí á sus discípulos, y exhortándoles al amor de Dios y á la práctica de la obediencia y la pobreza, les dió su última bendicion, extensiva á los ausentes, diciendo: Adios, hijos mios; permaneced siempre en el temor del Señor. Despues se puso á recitar un salmo, y al llegar á estas palabras del mismo: *Saca mi alma de la prision para alabar tu nombre; á mí me están aguardando los justos hasta que me recompenses* [2], durmióse dulcemente con el sueño de los justos el dia 4 de octubre de 1226 á los cuarenta y cinco años de su edad, habiendo tenido la satisfaccion de ver establecidas en cási todos los reinos de la cristiandad mas de ochenta casas de su Órden. Tan solo era diácono, pues por humildad rehusó siempre aceptar el sacerdocio [3].

No bien hubo espirado, Dios se dignó manifestar la santidad de

[1] Helyot, t. VII, pág. 24.

[2] Psalm. CXLI, 8.

[3] Véase la *Vida de san Francisco de Asis*, por Mr. Chavin, y la preciosa aunque diminuta obrilla italiana, titulada *Fioretti di S. Fr.*, en 18.°

su siervo, para que los pueblos conocieran que la virtud existia no ya entre los herejes, sino en la antigua y sola verdadera Iglesia. Un cambio maravilloso se operó en todo su bienaventurado cuerpo; su piel, que estaba curtida y tostada por el sol, se puso blanca como la nieve, haciendo resaltar aun mas que en vida las llagas maravillosas, que entonces pudieron examinarse con toda libertad, hasta el punto de despoblarse la ciudad de Asis para admirar las saludables señales de nuestra redencion con que Jesucristo favoreció á su amado. El dia siguiente una increible multitud de pueblo, llevando ramos ó cirios en las manos, acompañó su santo cuerpo hasta la iglesia de San Jorge, donde se le dió sepultura, la cual no tardó en acreditarse con asombrosos milagros [1].

Trasladémonos ahora de Italia á Francia, donde nos espera otro espectáculo no menos conducente para que bendigamos la Providencia que vela por el bien de su Iglesia. Mientras Francisco y sus prosélitos acreditaban de este modo su santidad con ejemplos y palabras, Domingo y sus compañeros acorralaban hasta las últimas trincheras á la desenfrenada herejía. Los infames, á quienes se llamaba Albigenses, por haberse establecido en las inmediaciones de la ciudad de Albi, seguian adelante en sus estragos y profanaciones, siendo un doloroso espectáculo el ver infinitas iglesias violadas, altares derruidos y vasos sagrados prostituidos en indignos empleos; pero mas desgarrador era aun considerar tantísimas almas, rescatadas con la preciosa sangre de Jesucristo, aumentar de dia en dia el botin del demonio. Amargas lágrimas corrieron entonces de los ojos de la Iglesia; pero su divino Esposo al verlas se apresuró á enjugarlas, y para consuelo suyo suscitó á santo Domingo.

Este Santo, tan descollante por la nobleza de su alcurnia, como por sus talentos y virtudes, nació en España, de la ilustre casa de Guzman, el año 1170. Á fuer de virtuosos, sus padres nada perdonaron para darle una educacion sólidamente cristiana; y el muchacho correspondió á sus desvelos de la manera mas satisfactoria. Apenas empezó á hablar, ya pedia que le llevaran á las iglesias para adorar á Dios, y secretamente se levantaba por las noches hurtando al sueño el tiempo que consagraba á la oracion. Á la edad competente cursó en las aulas públicas, distinguiéndose tanto por sus pro-

[1] Véase Godescard, 4 de octubre; Helyot, t. I, pág. 27.

gresos, como por su tierna piedad y vida penitente; pues ayunaba con frecuencia, trasnochaba, y dormia sobre el entarimado de su habitacion. No hay que ponderar su amor á los pobres, que brillaba en todas ocasiones; pero cuando mas resaltó fue durante una carestía que acaeció en España, en la que, para socorrer á los infelices hambrientos vendió todo su ajuar y hasta sus libros de estudiante, y no teniendo ya de que echar mano, quiso venderse á sí mismo para rescatar al hijo de una pobre viuda aprehendido por los moros.

Su caridad, cual la de todos los Santos, no se ceñia á las necesidades corporales del prójimo, sinó que se extendia á las espirituales; con esta idea imponíase las mas ásperas penitencias al objeto de lograr la conversion de los pecadores, singularmente de los mas endurecidos. Dios oyó las súplicas de su celoso servidor. Ordenado de sacerdote, el santo óleo que bañó su frente dió nuevo impulso á su celo por el bien de las almas; y despues de edificar á la España, y de devolver á Dios muchos pecadores punto menos que incurables, pasó á Francia donde desplegó toda la pujanza de sus gracias y dones para la conversion de los Albigenses, siendo tambien favorecido de Dios en esta empresa.

Tras increibles fatigas, el santo apóstol tuvo la dicha de volver al redil de Jesucristo muchísimas ovejas extraviadas; y entonces fue cuando, habiendo consultado á sus compañeros, resolvió formar una congregacion y fundar una Órden religiosa cuyo objeto principal seria la predicacion del Evangelio, la conversion de los herejes, el sosten de la fe y la propagacion del Cristianismo. Habiendo pasado á Roma, sometió su plan al Sumo Pontífice, el cual lo aprobó, y en consecuencia fue establecida la nueva Órden bajo el nombre de Padres *Predicadores* ó *Dominicos,* y en Francia de *Jacobitas,* porque su primera casa en París estaba en la calle de Santiago.

Hé aquí los artículos principales de su regla: Silencio perpétuo, de modo que en ninguna circunstancia pueden los religiosos hablar entre sí sin anuencia del superior; ayuno cási continuo, con abstinencia de carnes, salvo el caso de peligrosa enfermedad; uso de ropas de lana en lugar de lienzo, y otras varias privaciones. Su traje consiste en sayal y escapulario blancos, capa y cogulla negras, rematando esta última en punta como la de los Cartujos.

La Órden dominicana se propagó velozmente por todas partes, prestó desde su orígen los mas insignes servicios á la Iglesia, ya en

las misiones entre los infieles, ya en los países católicos, y dió al mundo varios hombres ilustres en santidad y en saber, como san Antonino, san Vicente Ferrer, Alberto el Grande, Vicente de Beauvais, el P. Luis de Granada; pero el mas famoso de todos fue sin disputa santo Tomás, de quien hablarémos luego. Los Papas hán colmado de favores á esta Órden, poderosa auxiliar de la fe, entre otros con el privilegio de que haya de ser siempre un dominico el maestro del Sacro Palacio. Hé aquí la circunstancia que dió orígen á esta prerogativa:

Santo Domingo, hallándose en Roma, observó que los criados de los Cardenales y ministros de la corte se divertian en jugar y perder el tiempo mientras sus señores estaban en el despacho con Su Santidad, y afligido de ver esto, propuso al Papa que nombrara alguna persona para instruirles, á lo que el Papa accedió confiriéndole á él mismo esta comision. El Santo explicó á los domésticos las Epístolas de san Pablo, y logró tan felices resultados, que Su Santidad quiso continuaran siempre estas instrucciones á cargo de un religioso dominico, titulado maestro del Sacro Palacio [1].

Débese tambien á santo Domingo la institucion de la célebre cofradía del *Rosario*. Para el feliz logro de sus misiones, púsolas bajo la proteccion de María santísima, enseñando á honrar de una manera sencilla y fácil sus principales misterios y los de Jesucristo nuestro Señor, por cuyo medio trató de reparar los ultrajes que á la tierna Madre de los Cristianos inferian los herejes. Esta devocion ha llegado á generalizarse inmensamente, pues al paso que asegura á los que la practican la tutela de María, atrae sobre ellos los dones mas excelentes, segun manifestarémos al tratar de ello en la parte IV del Catecismo. Lleno de dias, colmado de virtudes, honrado

[1] Así se hizo hasta nuestros dias, pero ahora el maestro del Sacro Palacio ya no instruye á los domésticos de los Cardenales, sino solo á los del Papa, y aun con estos se reduce á las principales festividades del año, al Adviento y á la Cuaresma.

Andando el tiempo los Pontífices dispensaron mucho honor y confianza á los maestros del Sacro Palacio. Nadie puede predicar delante de Su Santidad, si no es nombrado por este funcionario, y en caso conveniente tiene derecho á reprender en público al orador. Tampoco sin su aprobacion puede imprimirse cosa alguna en Roma ni en su demarcacion, siendo el juez nato de todos los impresores, libreros y grabadores en lo relativo á la impresion, venta, compra, entrada y salida de libros y estampas.

con el don de milagros, santo Domingo murió en Bolonia el dia 5 de agosto de 1221 [1].

Á los Carmelitas, Franciscanos y Dominicos agregáronse durante el siglo XIII, como otros auxiliares de la fe, los Agustinos. Hasta entonces habian existido en la Iglesia diversas congregaciones religiosas bajo la regla agustiniana; pero al objeto de darlas mas cuerpo, vigor y consistencia, el papa Alejandro VII las reunió en uno solo, bajo la direccion de un superior general. Así quedó formada la cuarta Órden de los Mendicantes, tan regular y austera como las precedentes, al paso que no menos útil y famosa [2].

Mientras esas falanges de modelos y de apóstoles impedian que el libertinaje y la herejía tomaran pié entre el pueblo, otros defensores de la verdad y virtud sostenian ante los sábios la causa de la Iglesia; pues ya dijimos que en el siglo XII grandes doctores llevados de peligrosa curiosidad habian alterado la sana doctrina y sostenido graves errores tomados de los moros de España ó sea de los árabes allí establecidos. Dios, pues, para desalojar el error de este nuevo apostadero, suscitó inmortales ingenios, los cuales á una ciencia asombrosa juntaron la santidad mas perfecta, entre ellos y distinguidamente san Buenaventura y santo Tomás, el segundo llamado doctor Angélico, y el primero doctor Seráfico. En la imposibilidad de relatar la historia de ambos, escogerémos la de santo Tomás, por ser el nombre que mas á menudo llega á nuestros oidos.

Santo Tomás, destinado por Dios para cercenar de la ciencia sagrada toda clase de sutilezas inútiles ó peligrosas, trazar con mano firme y segura los límites del saber y de la fe, demarcar su necesaria alianza y refutar los errores muzlímicos introducidos en las escuelas cristianas, nació en Italia á fines del año 1226. Su padre Lendulfo era conde de Aquino y señor de Loreto, y Teodora su madre hija del conde de Theato. Contaba Tomás cinco años apenas cuando fue confiado á los religiosos de Monte-Casino para que le imbuye-

[1] Helyot, t. III, pág. 210. — El santo Rosario, que consiste principalmente en repetir por una série de veces la Salutacion angélica, ha inspirado al P. Lacordaire, autor de la *Vida de santo Domingo*, la reflexion siguiente: «El ra«cionalista se sonrie al ver desfilar una procesion de devotos, que pronuncian «todos las mismas palabras; pero el que ha recibido una luz mas espléndida, «comprende que el amor solo tiene una expresion, la cual aunque se diga siem«pre, no se repite jamás.»

[2] Helyot, t. III, pág. 11.

ran los primeros rudimentos de la doctrina civil y religiosa „ y ya entonces llamó la atencion de sus preceptores por la rapidez de sus progresos. Devuelto á su familia á los diez años, padres y amigos se admiraron de ver tanta piedad y modestia en tan corta edad, tanto decoro y cordura en un niño que nada decia ociosamente y sin mucho tino, y cuyo mayor gusto consistia en abogar ante sus padres por los pobres, á favor de los cuales se interesaba hasta privarse del necesario sustento para socorrerles.

Trasladado á Nápoles al objeto de seguir sus estudios, en medio de la corrupcion de aquella gran capital supo conservar hermosa y lozana la flor de su inocencia, habiendo hecho pacto con sus ojos para nunca fijarlos en ningun objeto peligroso; y hastiado del mundo tomó el hábito entre los Dominicos de Nápoles, el año de 1243, contando diez y siete de edad. Sus padres y hermanos emplearon todos los medios imaginables para disuadirle y volverle al siglo, insistiendo muchos años en esa especie de persecucion; pero inútil fue, antes hirió de rechazo á sus propios autores. En efecto, Tomás dió tan buenos motivos para justificar su eleccion, que dos de sus hermanas imitaron su ejemplo y entraron monjas. Rompiendo al fin los lazos que le retenian, pasó Tomás á París con el general de los Dominicos, y de allí á Colonia, donde Alberto el Grande enseñaba teología con muchísima reputacion. Bajo ese hábil maestro, el Santo hizo progresos extraordinarios, aunque los ocultaba por humildad, é imponiéndose con igual motivo un silencio absoluto, de modo que sus compañeros de clase, achacándolo á tontería, le llamaban por burla el *buey mudo;* mas habiéndole interrogado el profesor sobre materias muy intrincadas, respondió con tal precision y lucidez, que los oyentes quedaron estupefactos, y el mismo Alberto, lleno de gozo, no pudo menos de exclamar: «Ese jóven á quien llamais el *buey* «*mudo* mugirá algun dia de tal manera por su doctrina, que su voz «ha de resonar por el universo [1].»

Esta prediccion se realizó: alternativamente orador, profesor y escritor, santo Tomás reunió todos los talentos, hasta el de la poesía; y á él se debe el magnífico oficio del santísimo Sacramento, con el cual nada cabe comparar. En las cuestiones arduas fiábase mas de la oracion que de su trabajo, y acostumbraba decir que no tanto

[1] Nos vocamus istum, *Bovem mutum;* sed ipse dabit talem in doctrina mugitum, quod in toto mundo sonabit.

habia aprendido en los libros como en presencia de su Crucifijo y al pié de los altares. Colonia, París, Bolonia, Roma, Nápoles, fueron las principales ciudades donde enseñó; todos hacian la debida justicia á su mérito: san Luis le convidaba muchas veces á su mesa, á pesar de lo cual aparecia tan modesto en la corte, como recogido en su convento. Es sabido que los hombres de genio padecen á veces singulares distracciones; el doctor Angélico no estaba exento de ello. Cierto dia, hallándose en la mesa con el Rey, le sucedió una que merece trasladarse: Ocupábase á la sazon en refutar la herejía de los Maniqueos, conocidos con el nombre de Albigenses, y llena su cabeza de la idea que le dominaba, exclamó de improviso: *Esto es decisivo contra los Maniqueos* [1]. Su prior, que le acompañaba, hízole presente el lugar donde estaba; el Santo para reparar su descuido pidió perdon al Rey, pero este buen Monarca léjos de darse por ofendido mandó á uno de sus secretarios que escribiese el argumento del Santo por miedo de que no se le olvidara.

Tomás rehusó todas las dignidades con que á porfía le brindaron los Sumos Pontífices, de modo que siendo aun jóven, era ya sazonado para el cielo. Habiendo emprendido un viaje á Italia, cayó enfermo en el convento de Fosa-Nova, célebre abadía cisterciense en la diócesis de Terracina, y como el abad y religiosos se dispusieran á administrarle el santo Viático, rogó á sus enfermeros que le pusiesen sobre ceniza, á fin, decia, de poder recibir humildosamente á Jesucristo; y en esta posicion aguardó al Salvador. Aunque se hallaba muy débil, cuando vió la hostia en manos del sacerdote pronunció las siguientes palabras con tal devocion y ternura que hizo derramar lágrimas á todos los presentes: «Creo con firmeza que Je«sucristo, Dios y hombre verdadero, está contenido en ese augusto «Sacramento; adórote, Dios y Salvador mio; recíbote, á tí que «eres el precio de mi redencion y el Viático de mi carrera, á tí, por «cuyo amor estudié, trabajé, prediqué y enseñé. Confio no haber «emitido idea alguna opuesta á tu divina palabra; mas si tal me su«cedió por ignorancia, públicamente me retracto y declaro someter «todos mis escritos á la censura de la santa Iglesia romana.» En seguida, habiéndose recogido, para formar algunos actos de religion, recibió el santísimo Sacramento, y no consintió que le volvieran á su lecho hasta haber acabado la accion de gracias. Sintiéndose des-

[1] Conclusum est contra Manichaeos.

fallecer, quiso le administraran la Extremauncion miéntras disfrutaba de lucidez, en cuyo acto fué repitiendo las preces de la Iglesia, y seguidamente expresó su gratitud al abad y á los demás religiosos. Como uno de estos le preguntase qué convenia hacer para vivir siempre fiel á la gracia, respondió: «Andar siempre en pre«sencia de Dios [1].» Estas fueron sus últimas palabras; oró aun algunos momentos, y acabó por dormirse en el Señor, el dia 7 de marzo de 1274, á los cuarenta y ocho años de edad [2].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber proporcionado á vuestra Iglesia tantas Órdenes religiosas y tantos doctores Santos para que la defendiesen; concedednos la humildad y la tierna devocion de santo Tomás.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *repetiré á menudo: Quiero salvarme.*

[1] El mismo, consultado por una de sus hermanas acerca lo que debia hacer para salvarse, le respondió esta sola palabra: *Velle*, quererlo.

[2] Godescard, 7 de marzo; Helyot, t. III, pág. 210. — Las obras de santo Tomás se dividen en cuatro partes:

1.° Obras *filosóficas*, que compuso el Santo para refutar á los herejes y á los árabes de España, los cuales echaban mano de Aristóteles para combatir á la Religion. Gracias al santo Doctor, Aristóteles, llamado entonces el terror de los Cristianos, fue cási convicto de ortodoxo, y suministró á la Religion nuevas armas contra el ateismo y la incredulidad;

2.° *Comentarios* sobre los cuatro libros del *Maestro de las sentencias*, que vienen á ser un curso metódico de teología;

3.° *Suma teológica*, obra admirable en la que siempre se dan la mano la razon y la fe. La *Suma contra los gentiles*, tambien obra suya, fue compuesta á instancias de san Raimundo de Peñafort para dar á los predicadores españoles suficiente luz en sus discursos á los judíos y sarracenos;

4.° *Opúsculos* sobre varios asuntos, entre ellos la explicacion del Símbolo, de los Sacramentos, del Decálogo, del Padre nuestro y del Ave María.

Existen asimismo de santo Tomás unos Comentarios á la sagrada Escritura, habiéndose sobrepujado á sí propio en la explanacion de las Epístolas de san Pablo. La mejor edicion de estas obras es la de Roma, 1570, 18 tomos en fólio.

LECCION XLII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIII).

La Iglesia consolada : san Luis, rey de Francia; san Fernando, rey de Castilla y de Leon; — propagada: conversion de la Livonia y la Cumania. — Tres concilios generales. — La Iglesia consolada : fundacion de la Órden de Nuestra Señora de la Merced.

Si necesarios eran en aquellos tiempos maestros y modelos para los pueblos y los sábios, no lo eran menos para los grandes y los reyes; pues si bien es cierto que muchos soberanos combatian el error con las armas en la mano, muchos otros con sus excesos daban funesto ejemplo de desórden. Sin mas reglas que sus pasiones, y continuamente divididos entre sí, abrumaban á los pueblos con cargas é impuestos para alimentar su vil desenfreno y sus miserables rencillas; de ahí el pillaje, el asesinato, el luto de las familias y la miseria de los débiles y pequeños, con gran congoja de la Iglesia. Entonces Dios, compadecido, mandó en su ayuda eminentes reyes cuyo fuerte brazo pudiera atajar el mal y repararlo, siendo de este número san Fernando en España y san Luis en Francia.

San Luis, gloria de la monarquía francesa, era hijo del rey Luis VIII, y nació el dia 25 de abril de 1215 en el castillo de Poissy. Mas adelante, en testimonio de lo que apreciaba la gracia bautismal y la divina adopcion, solia firmar : *Luis de Poissy*. Razon teníais, poderoso Monarca; el título de cristiano es preferible al de rey de Francia. Pasó sus primeros años en compañía de la reina Blanca su madre, virtuosísima princesa, la cual deseosa de hacerle mamar con la leche las grandes máximas de la Religion, sentábale muchas veces en sus rodillas y le repetia estas hermosas palabras, palabras que debieran estar siempre en los labios y en el corazon de las madres verdaderamente dignas de tal nombre: «Hijito mio, con sumo amor te quiero; pero preferiria verte morir á mis piés, antes que verte cometer un solo pecado mortal.» Estas lecciones de la piadosa Reina no fueron estériles; Luis no dejaba pasar dia sin recordarlas, y mer-

ced á ellas tuvo la dicha de conservar toda su vida la inocencia del Bautismo.

Á los doce años subió al mas bello trono del universo, siendo consagrado en Reims. Nuevo Salomon, suplicó al Señor que fuera su guia y su apoyo en el gobierno; y la prudencia que mostró, la firmeza, el amor á la justicia y todas cuantas cualidades forman los valerosos capitanes, los buenos reyes y los grandes Santos, acreditaron que su oracion habia sido atendida.

Despues de consagrar la mayor parte del dia á los negocios del Estado, gustaba mucho conversar con personas piadosas; y á los que criticaban su asiduidad en la oracion, respondia con harta cordura: «¡Cuán extraños son los hombres! critican mis prolijas ora«ciones, y no dirian nada si emplease el mismo tiempo en cazas y «devaneos.»

Penetrado de la verdad de que los Reyes solo son ministros de Dios para el bien, este sábio Monarca se esmeraba en hacer florecer la Religion, extirpar las herejías y proscribir los escándalos, y á lo que no alcanzaba por sí mismo, valíase del auxilio de los demás. Fundó porcion de monasterios, de los cuales salieron hombres eminentísimos, de gran provecho para la Iglesia. Su caridad lo abarcaba todo: cada dia hacia alimentar en su palacio, y á veces servia él propio á la mesa, ciento veinte ó doscientos pobres.

Habiendo tenido la dicha de adquirir la santa corona de espinas del Salvador del mundo, erigió una capilla magnífica para custodiarla. Era tan vehemente su fe, que palpaba, por decirlo así, las verdades objeto de ella: habiendo un sujeto ido á encontrarle presuroso, diciendo que Nuestro Señor se aparecia en la misa en las manos de cierto celebrante, con mucha calma respondió: «No nece«sito verlo para creerlo.» Otra de sus disposiciones fue amenazar que taladraria con un hierro encendido la lengua de los blasfemos; expulsó del reino á los histriones, y cargó la mano de firme contra los señores que oprimian á sus vasallos. En tratando de administrar justicia no atendia á consideraciones humanas ni á vínculos de sangre: sentado bajo la encina de Vincennes el buen Monarca fallaba los pleitos, y hacia sobre la marcha enmendar los desafueros.

Otras miras sin embargo tenia la Providencia sobre Luis, el cual no solo debia hacer reflorecer la Religion en sus Estados, sino dar nuevo impulso á la guerra sagrada de la civilizacion contra la bar-

barie musulmana. De nuevo los cristianos de Palestina gemian bajo el yugo de los infieles, y sabiendo Luis cuánto padecian, resolvió marchar en su auxilio. Quizá aquellas grandes expediciones no tuvieron el éxito directo é inmediato que de ellas se esperaba, pero á la larga redundaron otro mayor, y fue impedir que los sarracenos lastimasen á la Iglesia, enervando sus brios, é inspirarles un gran terror al nombre de cristiano.

Embarcóse, pues, nuestro Rey á la cabeza de un ejército poderoso: Damieta fue tomada, pero se perdió la batalla de Massure, en la que el santo Rey cayó prisionero. Grande sin embargo lo mismo en la cárcel que en el trono, su paciencia y su firmeza en resistir aquello que no le parecia conveniente admiraba á los árabes, quienes le decian: «Te teníamos por nuestro cautivo y esclavo, pero tú «entre prisiones nos tratas á nosotros como si fuéramos prisioneros «tuyos.» Una sola vez osaron proponerle que diese cierta suma por su rescate, pero hé aquí la noble respuesta que dió á los enviados del Sultan: «Decidle á vuestro amo que un rey de Francia no se res«cata con dinero: yo daria esta cantidad por mi gente, y Damieta «por mi persona.»

Vuelto á Francia, consagróse con nuevo desvelo al bienestar de sus vasallos. Si era buen rey, no era menos gran capitan; así, despues de contener á los enemigos del reino, hízose á la vela segunda vez para libertar á los cristianos; pero Dios se contentó con su buena voluntad. Apenas tocó las playas de África, cerca de Tunez, cayó enfermo; sintiendo que se acercaba su fin, llamó á su hijo mayor y le entregó el testamento que sigue, tan propio de un cristiano, de un héroe, de un rey y de un padre:

«Querido hijo, la primera cosa que te encargo es que ames á Dios «de todo corazon, prefiriendo sufrir mil veces cualquiera especie de «tormentos á incurrir en pecado mortal. Si Dios te envia calamida«des, súfrelas con buen ánimo, recordando lo mucho que le ofen«diste; y al contrario, si te prospera, no te dejes malear por el or«gullo, porque nadie debe contrastar á Dios y á sus dones. Confié«sate á menudo, eligiendo un director hábil y prudente que pueda «enseñarte lo que has de hacer y lo que has de evitar sin temor de «reprenderte y de señalar tus defectos. Asiste con devocion á las fun«ciones de la iglesia, en especial al santo sacrificio de la misa, des«de la consagracion. Sé compasivo y piadoso con los pobres, y ayú-

«dales en cuanto pudieres. Procura conservar las buenas costumbres «de tu reino y corregir las malas; sobre todo no cargues al pueblo «de impuestos.

«Haz que te rodeen hombres probos y leales, ajenos á la codicia, «ya sean legos ó religiosos, y departe con ellos, evitando la compa«ñía de los malos. Apresúrate á escuchar la palabra de Dios y rete«nerla en tu corazon, y concurre á ganar perdones y plegarias. Na«die sea tan osado que profiera delante de tí palabras pecamino«sas, ó murmure de otro á sus espaldas con detraccion, ni permi«tas blasfemar en tu presencia. Da frecuentes gracias á Dios por los «beneficios que te ha dispensado, á fin de que merezcas otros. En «hacer justicia y otorgar derecho sé rígido y leal, sin ladear á de«recha ó izquierda; pero apoya el derecho y sosten la queja del po«bre hasta que la verdad quede despejada. Esmérate en conservar la «paz y la rectitud entre tus vasallos; y respecto á las ciudades, así «como á las usanzas del reino, consérvalas en el estado y franqui«cias con que las tuvieron tus mayores, corrigiendo únicamente aque«llo que conocieres dañoso. La importancia y riqueza de las grandes «poblaciones será tu mejor arma para contener á los extranjeros y «especialmente á tus pares y barones... Haz que no sean desmedi«dos los gastos de tu palacio.

«Finalmente, queridísimo hijo, manda celebrar misas por mi al«ma y elevar preces en todo el reino, y concédeme parte especial y «cumplida en cuantas buenas obras practicares. Amado mio, doyte «cuantas bendiciones un buen padre puede dar á su hijo: que la Tri«nidad santísima y todos los Santos de la corte celestial te guarden «y preserven de mal, y Dios te haga la gracia de poder llenar siem«pre tu santa voluntad á fin de ser honrado por tí, y que tú y Nos «podamos, despues de esta vida mortal, vernos reunidos con él y «alabarle sin término, amen.»

El Rey recibió los Sacramentos con edificante fervor, y al llegar su última hora, hízose acostar sobre una capa de ceniza, en cuya posicion, cruzados sobre el pecho los brazos y alzados los ojos al cielo, espiró dulcemente, murmurando aquellas palabras de la Escritura: *Señor, yo entraré en tu morada* [1]. Así murió el mejor de los reyes, cuyas virtudes es imposible admirar sin bendecir la Religion que las ha inspirado; corria el dia 25 de agosto del año 1270.

[1] Psalm. v, 8.

Mientras san Luis llenaba tan gloriosamente la doble mision que recibiera de la Providencia, de proscribir la herejía y el escándalo de las altas clases sociales, y repeler la barbarie musulmana, otro soberano cumplia iguales deberes, probando ambos con brillo lo que en aquel siglo convenia probar ante todo, á saber: que las verdaderas virtudes resplandecen no entre los sectarios, sino en el seno de la antigua y verdadera Iglesia.

Este soberano, émulo de san Luis en las cualidades que forman los héroes y los Santos, era Fernando III, de Castilla y de Leon, primo de san Luis é hijo del rey Alfonso. Rey á los diez y ocho años, procuró rodearse de hombres los mas idóneos y virtuosos, y al igual de san Luis, su primer cuidado se dirigió á hacer como él y honrar á Dios en sus dominios. Construyó ó restauró multitud de iglesias, monasterios y hospitales, y á pesar de estos dispendios no cargó de contribuciones al pueblo. Durante la guerra que hacia á los moros, uno de aquellos seudo-políticos que hacen poco caso de la miseria pública no vaciló en proponerle un medio para levantar subsidios extraordinarios; pero airado el Rey, respondió: «¡Dios me libre de «aceptar tu plan! Si me faltan recursos, la Providencia sabrá darme «otros auxilios; mas temo la maldicion de una pobre villana, que to«da una hueste de agarenos.»

Apaciguados y felices sus Estados, ocupóse Fernando en extender el reino de Jesucristo, permitiéndolo Dios para subsanar los quebrantos que la herejía de los Albigenses, Valdenses, Beguardos y demás sectarios ocasionaba á nuestra santa Madre. Fernando tenia la conciencia de su mision cuando se dirigia á Dios en estos términos: «Señor, que sondeais los riñones y los corazones, bien sabeis que es «vuestra gloria la que apetezco y no la mia, y que no me propongo «adquirir reinos deleznables, sino extender el conocimiento de vues«tro nombre.»

En 1125 emprendió su primera campaña contra los infieles, y de un tiron les arrebató veinte de sus mejores plazas de Andalucía. El Arzobispo de Toledo desempeñaba en el ejército las funciones pastorales, pues el Rey queria inspirar á sus tropas sentimientos de tierna piedad, dándoles por su parte el ejemplo de todas las virtudes, ayunando rígidamente, vestido un cilicio en forma de cruz, y pasando á menudo toda la noche en oracion, sobre todo cuando debia librar alguna batalla, cuya gloria atribuia á Dios. Tenia siempre en

sus reales una imágen de la Vírgen, para que mirándola sus soldados se estimulasen á confiar en la Madre de Dios. ¿Qué mucho, pues, que una hueste de guerreros cristianos acaudillados por un Santo realizara verdaderos prodigios, hasta el punto de que los mismos infieles viesen en ello la mano de Dios? En efecto, despues de tomada la inconquistable Sevilla, el gobernador moro decia llorando: «Solo «un Santo podia con pocas tropas hacerse dueño de una ciudad tan «fuerte y populosa.» Cartagena, Murcia y otras muchas poblaciones dominadas por la morisma cayeron igualmente en poder de los Cristianos.

Sin embargo, la conquista mas famosa de san Fernando fue la de Córdoba. Esta antigua capital de los árabes en España gemia en su poder hacia quinientos veinte y cuatro años; el ejército cristiano entró en ella el dia de san Pedro y san Pablo del año 1236. Inmediatamente la gran mezquita fue purificada y convertida en iglesia bajo la advocacion de María santísima, y para su servicio las campanas de Santiago de Compostela, que el sultan Almanzor mandara llevar allá en hombros de los Cristianos, fueron traidas en hombros de los árabes por mandato de san Fernando.

Acercábase en esto el dia, feliz para él, de tomar posesion del reino celeste que sus virtudes le habian conquistado. Cuando oyó anunciar su última hora, hizo una confesion general de su vida, y pidió el santo Viático, que le llevó el Obispo de Segovia seguido del clero y de toda la corte. Al ver en su cámara al santísimo Sacramento, bajó del lecho y postróse en el suelo, rodeada una soga al cuello en señal de penitencia, y empuñando un Crucifijo que besaba y regaba de lágrimas, en cuya posicion recibió el cuerpo del Salvador con los sentimientos de la compuncion mas acendrada. Antes de espirar llamó á sus hijos para darles su bendicion y consejos saludables, y durante su agonía rogó al clero que rezase las letanías y el *Te Deum*, falleciendo tranquilamente concluidas estas preces, á 30 dias de mayo de 1254 [1].

Las conquistas de san Fernando contra los moros no eran la sola indemnizacion que la Iglesia recibia por las pérdidas que la herejía le ocasionara, pues tambien hácia el Norte avanzaba rápidamente la luz evangélica, y entre otras gentes, toda la Livonia abrazaba la fe. Habitaban aquellas comarcas unos hombres bárbaros, cuyos dioses

[1] Godescard, 30 de mayo.

eran animales, árboles, rios, yerbas y espíritus inmundos; pero la Religion tumbando con una mano las aras de tan ridículas deidades, plantó con la otra el leño de la cruz, y desde aquel momento la civilizacion, hija de la verdad, empezó á resplandecer en la inhospitalaria region de que tratamos. Parte de la Prusia siguió el ejemplo de la Livonia, y al propio tiempo los cumanos, pueblo descreyente que ocupaba las bocas del Danubio, recibieron tambien la buena nueva, es decir, la nueva de la alteza de nuestro orígen, de nuestro fin y de los medios de conseguirlo. Al igual que otros, este pueblo nómada pasando al Cristianismo se hizo civilizado; para que no se trascuerde lo que otras veces hemos consignado, á saber: siempre que el Evangelio convierte á una nacion, obra dos conquistas, una sobre el error, y otra sobre la barbarie; verdad nunca bastante repetida.

Tambien le venian á la Iglesia otros consuelos del lado de la Alemania y de Italia: en Alemania santa Isabel mostraba á los poderosos del siglo la union admirable de todas las virtudes y de la grandeza temporal, y en Italia una ilustre penitente, la bienaventurada Margarita de Crotona purgaba con una penitencia de veinte años los escándalos de su juventud.

Finalmente para consolidar todo el bien obrado por las Órdenes religiosas y por los Santos que acabamos de mencionar, celebráronse durante el siglo XIII tres concilios generales, que fueron el duodécimo, décimotercio y décimocuarto ecuménicos. El primero se juntó en Roma en San Juan de Letran, año de 1215, presidido por Inocencio III, asistiendo á él dos patriarcas, los de Constantinopla y Jerusalen, 71 arzobispos, 412 obispos, 800 abades, el primado de los maronitas, y santo Domingo. En esta ilustre asamblea se condenaron los errores de los Albigenses y demás herejes, y se dictó el famoso decreto que obliga á todos los fieles á la edad de razon á confesarse á lo menos una vez en el año y á comulgar por la Pascua. La Iglesia para obtener mas se contentó con exigir lo menos: antes de aquel siglo la obligacion de recibir los Sacramentos era mucho mas frecuente, pero la relajacion de costumbres hacia necesaria esta reforma de la antigua disciplina. El segundo de los indicados concilios se celebró en Lyon el año 1245, con objeto de poner término á las convulsiones que agitaban á la Europa y resolver una nueva cruzada. Veinte y nueve años mas tarde, en 1274, tambien en Lyon

se celebró el tercero, dirigido á procurar la union de los griegos con la Iglesia latina.

La divina caridad, que por tantas vias se manifestaba, no por esto quedaba agotada: habia aun una gran miseria por aliviar: el número de cristianos cautivos en poder de los infieles aumentó considerablemente durante las últimas luchas; ¡ pero consolaos ya, infortunados esclavos! los ojos maternales de la Iglesia no os han perdido de vista, y vuestras cadenas van á caer bien pronto. Hé aquí una nueva Órden religiosa creada expresamente para socorrer á estos infelices, Órden verdaderamente heróica en virtud y abnegacion, la de *Nuestra Señora de la Merced, redentora de cautivos.*

Dos con este objeto se hallan establecidas en la Iglesia, una la de los Trinitarios, de que hablamos en su lugar, y otra la de que aquí es cuestion; aquella, segun indudables y reiteradas revelaciones, inspirada por la misma Trinidad santísima; la segunda hija indisputable de María, consoladora de los afligidos, la cual para instrumento de su misericordiosa compasion escogió á san Pedro Nolasco. Contemos en breves palabras la historia de este gran siervo de María.

Nació Nolasco en Langüedoc el año de 1189. Sus padres quisieron darle estado matrimonial; pero el Santo, despreciando el mundo, habia para su corazon escogido otro cariño, superior al de una simple mortal, y consagrádose enteramente á Dios. Habiendo pasado á España, recibió el encargo de educar al príncipe de Aragon, pero aun viviendo en el seno de una corte supo guarecerse del halago de los placeres y grandezas, sin por esto descuidar aquellos medios que la prudencia cristiana debe sugerir, de suerte que asiduo en la doble práctica de la oracion y la mortificacion, consagraba al rezo cuatro horas al dia, y dos por la noche. Movido de vehemente compasion á los pobres cautivos cristianos, resolvió emplear todos sus bienes en su rescate; y cuando mas absorto andaba en esa idea, en la noche del 1.° de agosto de 1218, fiesta de *san Pedro ad Vincula*, se le apareció la Vírgen, y le dijo: «Dios quiere que tú fundes una Órden religiosa para la redencion de cautivos.»

Pedro, no siendo un fanático, consultó esta vision con su confesor san Raimundo de Peñafort, otro de los ilustres Doctores de la Iglesia; pero júzguese de su sorpresa cuando Raimundo le aseguró haber tenido la misma vision, y recibido de la soberana Reina del

cielo la órden de favorecer su proyecto. Juntos fueron á encontrar al rey para declararle el suceso, mas su admiracion creció de punto al declararles el piadoso monarca que María santísima le habia revelado la misma cosa. No pudiendo ya dudar de la voluntad de Dios, solo pensaron en realizar su obra.

Habiendo el rey, que era D. Jaime el Conquistador, señalado cuantiosas rentas para dotacion de un monasterio, Pedro se recogió á él, y bien pronto le siguieron muchos señores para formar parte de la nueva Órden. Á mas de los tres acostumbrados votos de pobreza, castidad y obediencia, hacian otro que prueba hasta dónde la Religion puede llevar la caridad hácia el prójimo, y era obligar sus personas á quedarse en cautiverio entre los infieles si así convenia para libertar á los cautivos. Hé aquí la fórmula de este voto, único en los fastos del mundo: «Yo, N., soldado de Nuestra Señora de la Mer«ced y de la Redencion de cautivos, profeso y prometo guardar obe«diencia, pobreza y castidad, vivir para Dios observando la regla «de san Benito, y si conviniere para la redencion de los fieles de Je«sucristo, me quedaré cautivo èntre los sarracenos [1].»

Efectivamente, hanse visto muchos de estos generosos esclavos de la Vírgen permanecer entre los infieles al objeto de poder rescatar mayor número de ellos y predicar la fe á los musulmanes, habiendo sido otro de tantos san Ramon Nonato, el cual permaneció ocho meses cautivo, sufriendo en el ínterin inauditos martirios, hasta que los moros, no pudiendo impedir que predicase, le taladraron los labios con un hierro hecho ascua, y se los cerraron con candado.

Otro, san Pedro Pascual, obispo de Jaen, despues de emplear sus rentas en alivio de los pobres y rescate de los cautivos, emprendió tambien la conversion de los agarenos; pero echaron mano de él y le sujetaron á duros suplicios. El clero y el pueblo de su diócesis envióle una partida de dinero para que se rescatase; recibióla muy agradecido, pero en vez de utilizarla para sí, la invirtió en dar libertad á una porcion de mujeres y chiquillos cuya flaqueza daba

[1] Ego N. miles sanctae Mariae de Mercede et Redemptione captivorum, facio promissionem et promitto obedientiam, paupertatem, castitatem servare, Deo vivere, et comedere secundum regulam S. Benedicti, et in Saracenorum potestate, si necesse fuerit, ad redemptionem Christi fidelium, detentus manebo.

sospecha de que abandonarian la Religion, y por su parte siguió preso y permaneció mucho tiempo en tal estado hasta que los bárbaros al fin le proporcionaron la corona del martirio [1].

Difícil seria enumerar la multitud de esclavos que los Mercedarios devolvieron á sus familias; solamente san Pedro Nolasco, en dos viajes que hizo á Morería, redimió mas de cuatrocientos. Colmado de bendiciones y rico en virtudes, falleció al cabo á los sesenta y siete años, en el de 1226 [2].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber dado un san Luis á la Francia y á la Iglesia para defenderla y edificarla: concedednos la caridad y firmeza de este santo Rey.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré por los pecadores*.

[1] Godescard, 6 de diciembre y 31 de agosto.
[2] Helyot, t. III, pág. 280,

LECCION XLIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIV).

La Iglesia atacada : Frailotes, Dulcinistas, Flagelantes, etc.; cisma de Occidente;—defendida : fundacion de los Celitas y de la Órden de santa Brígida; san Elzear y santa Delfina.

Cual en verano sucede, tras una suspirada y tempestuosa lluvia brotar de la tierra millares de insectos y reptiles; así se vió en el siglo XIV tras la prolongada fermentacion de los siglos anteriores surgir legiones de sectarios en quienes el absurdo y la licencia corrieron parejas con el fanatismo. Frailotes, Dulcinistas, Fratricelos, Flagelantes, Turlupines, etc., tales fueron los ignobles enemigos que el averno escupió á la faz de la Iglesia. Eran todos estos herejes degeneraciones de los Albigenses y demás novadores ya condenados, y al igual que sus antecesores afectaban una pobreza absoluta, gran mortificacion, rezo continuo, y sobre todo cordial caridad entre sí; mas debajo de tan hermosa máscara ocultaban acciones las mas ruines, que ellos sin embargo tenian la desfachatez de erigir en virtudes.

Enemigos acérrimos de la Iglesia católica que los proscribia, osaban parangonar con ella otra Iglesia que decian ser la verdadera: la primera, observaban, es toda exterior, opulenta, posesora de bienes y dignidades, y tiene por jefes al Papa y los Obispos; la otra es toda espiritual, sin mas apoyo que la pobreza y la virtud, y sus miembros somos nosotros. Esta ojeriza á los Sumos Pontifices les valió la tutela de ciertos príncipes condenados á su vez por efecto de las vejaciones y demasías que se permitian, y á esta liga juntóse un cisma deplorable que desoló á la Iglesia por espacio de cerca cuarenta años. Tales fueron las perversas artimañas con que el infierno en este siglo atacó la obra de la humana redencion.

En cambio Dios le opuso: 1.° treinta y nueve Órdenes ó congregaciones religiosas que hicieron resplandecer á vista del universo así la santidad como la verdad de la Iglesia católica; pues como quiera que la caridad, ostentándose bajo las formas mas variadas, aten-

dia á nuevas necesidades, la piedad mas fervorosa, la mortificacion mas austera y la castidad mas pura eclipsaban las falsas virtudes de la herejía; 2.° eminentes Santos de toda condicion; 3.° Mártires; 4.° el augusto acento del sacerdocio y de la Iglesia reunida en concilio general, y finalmente para reemplazar las pérdidas sufridas la conversion de nuevos pueblos, con lo que otra vez solemnemente se confirmó la promesa del Señor *de que las puertas del infierno no prevalecerán contra su Iglesia* [1].

En cuanto á los errores de los herejes en el siglo XIV, tan groseros eran que se refutaban por sí mismos, pero mas peligrosas eran sus falsas virtudes: por eso vemos elevarse en contraposicion muchas mas Órdenes enfermeras y contemplativas que apologistas. De otra parte los Dominicos instituidos en el siglo precedente estaban en campaña siguiendo con celo en el desempeño de su instituto, que es defender la verdad.

Entre las Órdenes enfermeras del siglo XIV aparecen en primera línea los Celitas. El afan de la madre mas tierna para con su hijo único no igualará jamás al de Dios para con el hombre, su criatura predilecta, y la prueba de esta verdad, capaz de ablandar á un corazon de bronce, se halla consignada en cada página del presente Catecismo. Recorred todos los siglos; preguntad á cada cuál: ¿es cierto que Dios te ha amado? y ninguno dejará de responder mostrándoos las pruebas múltiples y especiales de la caridad de Dios á su favor. Ninguna de nuestras menores necesidades escapa á la vista, digo mal, al corazon atentísimo del divino Redentor, tan vigilante por las necesidades de nuestro espíritu como por las de nuestro cuerpo; y si durante la vida nos proporciona lo mas conveniente, en la hora de la muerte cuida de nuestros restos mortales, mirando como objetos sagrados esas reliquias devueltas á la tierra, para cuya custodia se erigen lugares bendecidos aguardando el dia de la resurreccion; y entre tanto la Religion vela por los finados cual una madre vela á su hijo dormidito en la cuna.

Inagotable en su solicitud, el Salvador computó entre las obras mas meritorias el enterrar los muertos; pero siendo ella penosa y en cierto modo repulsiva á la naturaleza, ese Padre de amor, temiendo, por decirlo así, que fuese postergada ó mal desempeñada, induce á algunos fervorosos cristianos á ejercerla por tarea, lo cual se verifica

[1] Matth. XVI, 18.

á principios del siglo de que tratamos, en el año de 1309. Reunidos en comunidad los nuevos hermanos bajo el nombre de Celitas [1] ó hermanos *sepultureros*, dedicáronse en seguida á visitar enfermos y prodigarles todos los auxilios de la caridad, hasta orar por ellos y ayudarles á bien morir, asistiendo despues á su entierro y dándoles sepultura. Tambien rezaban cada dia el oficio de difuntos por los fallecidos.

Mayor era aun su asiduidad con los enfermos en tiempo de peste, de manera que para que el valor no les abandonase en la hora del peligro, á fuer de religiosos verdaderamente animados de una caridad heróica, hacian voto particular de no abandonar la cabecera de los apestados. Habia tambien mujeres en esta asociacion, al objeto de compartir sus desvelos, y los hombres tenian aun otro mas repugnante, que era asistir en el patíbulo á los reos condenados á muerte [2].

Apenas una ejecucion queda decretada, ya la Religion acude para atenuar su amargura. Ella consuela al ajusticiado, le alienta, le realza á sus propios ojos, y le enseña que la aceptacion de aquella muerte forzosa tiene inmensos privilegios para desarmar la cólera del cielo. En hora tan suprema la Iglesia sabe inspirar al criminal un sentimiento de vivísimo interés, rodeándole de mas preces, consuelos y bendiciones que quizás el justo no disfruta en su hora postrera. Un sacerdote le acompaña, y sus dulces palabras, sus tiernos consuelos, sus abrazos paternales, prenda del perdon celeste, hacen descender en el corazon del reo el arrepentimiento, y brillar en su frente la auréola de la esperanza. En algunos países se le notifica su sentencia tres horas antes de la ejecucion; mas apenas el tétrico representante de la justicia humana acaba de hablar, la Iglesia alza su voz, y todas las campanas tañendo á agonía durante las tres horas, llaman al templo una multitud de fieles, los cuales acuden á rezar y llorar en la ansiosa expectativa del acto que va á cumplirse. Pero los tañidos han cesado : entonces la fúnebre comitiva emprende la marcha dirigida por los cofrades de la Cruz que visten trajes de penitencia, llevando antorchas en las manos y rezando en voz alta incitando al pueblo á hacer lo mismo.

En España existe otra costumbre no menos interesante. Luego de notificado el terrible fallo, un piadoso cofrade ó un tierno monaguillo

[1] En latin *cella*, sepulcro, segun Tertuliano.
[2] Helyot, t. III, pág. 414.

recorren la poblacion pidiendo limosna para el pobre ajusticiado, el producto de la cual sirve para dar al mismo sepultura y celebrarle santos sufragios, de manera que el sacrificio divino acompaña al sacrificio de la tierra, y la sangre del Hombre-Dios viene á confundirse, por decirlo así, con la del criminal para purificarle, mientras el sacerdote, lleno de confianza en la misericordia divina, al echar una última mirada á aquel viajero para la eternidad, le señala el cielo con el dedo, animándole con estas sublimes palabras: *¡Hijo mio, parte á la gloria!* Hé aquí cómo la Religion ennoblece y santifica la muerte del criminal; pues recordando que un ladron espiró al lado de la cruz, y fue el primero en tomar posesion del reino de Dios, mira en la aceptacion de la muerte del reo una confesion sangrienta de la justicia de Dios, y cási borra la infamia de su suplicio asociándole al suplicio del Justo y purificando el patíbulo por la cruz [1].

Al paso que los hermanos Celitas y las numerosas congregaciones contemplativas mostraban tan al vivo que siempre y únicamente en el seno de la Iglesia católica resplandecian la caridad y las demás virtudes cristianas; mientras la lucha entre el bien y el mal se hacia mas empeñada; y en el momento en que el gran cisma del Occidente se juntaba á la herejía amenazando abismar la barquilla de Pedro; los buenos cristianos alzaron á María sus manos suplicantes; pues, segun los Padres, María triunfa de todas las herejías, y santa Brígida, princesa de Suecia, tuvo la inspiracion de fundar una nueva Órden, consagrada en especial á obtener el poderoso valimiento de la Reina de los cielos. Dios bendijo visiblemente empresa tan santa: María invocada con admirable fervor holló con su planta virginal la cabeza de la serpiente, y otra vez la Iglesia quedó salva.

Óigase en breves rasgos la historia de santa Brígida: nació en 1302 de la familia real de Suecia; dirigióla en su infancia una tia, cuyas virtudes fueron otros tantos modelos para la niña en cuanto logró comprenderlas, y desde la edad mas tierna se mostró muy inclinada á las prácticas de devocion. El estado matrimonial, que sus padres le aconsejaron, en nada amenguó su fervor, pues habiendo caido malo su esposo, logró curarle mediante sus oraciones; y al mismo tiempo ese buen consorte, echando de ver por su enfermedad lo deleznable de la vida y de todas las cosas temporales, conviniéndose

[1] **Véase una ejecucion en Roma, en las *Tres Romas*, t. II.**

con la Santa se retiró á un monasterio de la Órden cisterciense, donde falleció pocos años despues en olor de santidad.

Brígida, libre de lazos, renunció la categoría de princesa para mejor consagrarse á la penitencia; y así despues de nombrar herederos á sus hijos, olvidando lo que fue en el mundo, solo ambicionó el título glorioso de sierva de los pobres, haciendo sus mayores delicias de la caridad á favor de los miembros doloridos de Jesucristo, y de la mortificacion y oracion. En el año 1344 el Señor le inspiró la idea de fundar una Órden para el culto especial de María santísima, cuya oportunidad, atendidas las circunstancias, es otra de las mil pruebas de la admirable Providencia que vela por las necesidades de la Iglesia.

Óiganse los principales reglamentos de esta provechosa institucion, en los que resplandece la mas alta sabiduría : el número de religiosas debe ser de sesenta en cada monasterio, acompañadas de algunos religiosos-sacerdotes para la administracion de Sacramentos; su empleo es rezar cada dia el oficio de Nuestra Señora, y asistir á una misa solemne en loor de María, despues de la cual se canta la *Salve;* y á fin de perpetuar el verdadero espíritu del Evangelio, no solamente poseen todas las cosas en comun, sino que observan la siguiente práctica : antes de Vísperas, y despues del *Ave María,* religiosos y religiosas se piden mútuamente perdon, á cuyo efecto el primer coro inclinándose hácia el otro dice : *Perdonadnos por amor de Dios y de su santísima Madre si os ofendimos de palabra, de hecho ó siquiera por señas, pues tambien nosotros, si alguna ofensa recibimos de vuestra parte, os la perdonamos de todo corazon;* y el segundo coro, inclinándose á su vez repite lo mismo. Los ayunos son frecuentes; el traje pobre; el silencio cási continuo.

Si fallece alguno de los religiosos ó religiosas, en seguida es reemplazado por otro, y sus ropas se distribuyen á los pobres, y su pitanza se da á los mismos hasta la llegada del reemplazante. Cada año por la fiesta de Todos los Santos se forma el presupuesto de gastos para el siguiente, y si resultan sobras en víveres y dinero, el dia inmediato se reparten á los pobres, con lo cual la Órden nunca posee mas de lo preciso.

En el cementerio de cada convento hay siempre una hoya abierta, á la cual la abadesa con sus religiosas van cada dia á rezar y meditar por algun rato, y despues aquella echa dentro un puñado de

tierra. En la entrada del templo hay tambien un ataud y un túmulo para que cuantos entren recuerden que han de morir. ¡Júzguese si estos objetos inspirarán ideas graves y provechosas! En cambio nosotros procuramos alejar de nuestras casas, y aun de las iglesias, el recuerdo de la muerte; pero ¿acaso por esto somos mas asiduos en la oracion, mas desprendidos y moralizados?

Establecida su Órden, santa Brígida emprendió varias excursiones devotas, esparciendo por el tránsito así el buen olor de Jesucristo como el culto de María santísima, siendo célebres sus revelaciones, ceñidas principalmente á algunas particularidades de la pasion de Nuestro Señor y á las futuras revoluciones de ciertos reinos, en lo cual los Sumos Pontífices nada han hallado opuesto á la creencia católica, antes declaran que *pueden creerse piadosamente*, sin empero pasar por artículos de fe. Colmada de dias y merecimientos, Brígida falleció en Roma el dia 23 de julio de 1373 [1].

Esa misma santidad de que las Órdenes religiosas daban tan bellos ejemplos así en la soledad del claustro como en medio del tumulto de las poblaciones, san Elzear la ostentaba á la faz del mundo, entre las clases mas elevadas de la sociedad. Este nuevo apologista de la Iglesia católica, este modelo de jefes de familia y de personas ligadas con el vínculo matrimonial, nació en 1285 en Robians, junto al castillo de Ansois, diócesis de Apt. Era de la ilustre y antigua casa de Sabrán en Provenza: apenas venido al mundo, su madre, á quien por su mucha caridad y otras virtudes llamaban la *buena condesa*, lo tomó en brazos y lo ofreció á Dios, pidiendo que se lo llevara luego de bautizado, si su alma se habia de mancillar con el pecado. Desde niño mostróse muy inclinado á los pobres, y á menudo repartia su comida entre varios niños mendigos. Adiestróle en las ciencias su tio Guillermo de Sabran, abad del célebre monasterio de San Víctor en Marsella.

Sólido ya en la piedad y en las prácticas de mortificacion, casáronle á los catorce años con Delfina de Glandèves, señorita de diez y seis abriles; pero ambos con mútuo consentimiento se obligaron á vivir como hermano y hermana, enlazados solo por el vínculo de la mas tierna caridad. Las maceraciones que esta pareja angelical se imponia durante el santo tiempo de Cuaresma recuerdan la vida de los Santos penitentes y de la primitiva Iglesia.

[1] Helyot, t. I, pág. 25; Godescard, 3 de octubre.

Aun no era hombre cumplido Elzear, cuando perdió á sus virtuosos padres. Viéndose heredero de sus bienes, considerólos solo como un medio que la Providencia le deparaba para mejor socorrer á los pobres y granjear la gloria de Dios; y estas ricas posesiones no le distrajeron un momento de trabajar en la consecucion de los bienes eternos. Cada dia rezaba el oficio de la Iglesia, y comulgaba muchas veces á la semana; pero su piedad nada tenia de adusta, y es imposible imaginar hombre mas divertido y agradable en la conversacion, así como brioso en la guerra, activo y prudente en la paz, vigilante con sus subalternos, y fidelísimo en cumplir los deberes de su estado.

Habiéndose retirado al castillo de Puy-Michel, trazó un reglamento para su casa que mandó observar con toda puntualidad. Para régimen de los amos y amas vamos á extractar las principales bases de este documento curioso, que, salvas ligeras modificaciones de tiempo y lugar, podria aun adoptarse por los criados y dependientes, pues en verdad, ¿acaso ha variado el Evangelio? ¿acaso ha dejado de ser obligatorio aquel precepto de san Pablo: *Si alguno no tiene cuidado de los suyos, y mayormente de los de su casa, negó la fe y es peor que un infiel*[1]? Mas para que se observe este reglamento, es preciso empezar dando el ejemplo.

1.° Todas mis gentes deberán oir misa cada dia, cualesquiera que sean sus ocupaciones; pues la casa donde Dios está bien servido, no carecerá de nada.

2.° Si alguno de mis criados jurare ó blasfemare, será castigado con severidad. ¿Quién aguantará en su casa bocas infames que llevan el veneno á los corazones?

3.° Respeten todos el pudor. La menor impureza en hechos ó en palabras no quedará impune en la vivienda de Elzear.

4.° Así los hombres como las mujeres se confesarán cada semana; y ninguno sea tan miserable que ose faltar á la comunion en las fiestas principales del año.

5.° Quiero se evite en mi casa toda ociosidad. Por la mañana cada uno hará á Dios una ferviente oracion ofreciéndose á sí propio y todas sus obras durante el dia, y luego pasará á sus quehaceres.

6.° Prohibo todo juego de azar; mas como mi castillo no ha de ser un claustro, ni los que dependen de mí han de vivir como ermita-

[1] I Tim. v, 8.

ños, consiento que se diviertan, sin empero hacer cosa que su conciencia repruebe.

7.° Si se moviere alguna reyerta, mando guardar inviolablemente el precepto del Apóstol, llevando á cabo la reconciliacion antes de ponerse el sol; por cuanto es conducta diabólica no perdonar á los ofensores, al paso que amar al enemigo y volverle bien por mal es el signo característico de los hijos de Dios. Á las personas de esta clase les franquearé siempre mi casa, mi bolsillo y mi corazon.

8.° Por las noches toda la familia se reunirá en asamblea para oir hablar de Dios, de la salvacion y de los medios de ganar el cielo. No hay negocio que me interese tanto como la salud espiritual de los que me sirven.

9.° Prohibo á mis oficiales bajo las mas severas penas hacer extorsion á nadie en sus bienes ni en su honra, como tambien vejar á los pobres y arruinar al prójimo con pretexto de salvar mis fueros.

La conducta de Elzear era un corolario práctico de esas disposiciones bien meditadas, y Delfina, su compañera, secundaba perfectamente sus miras, prestándose á ellas con entera obediencia. Sabiendo que las prácticas devotas no pueden ser las mismas para una mujer casada que para una religiosa, pues ha de reunir la vida activa á la contemplativa, distribuia su tiempo tan perfectamente, que daba evasion á sus múltiples deberes. Tierna, bondadosa, vigilante, solícita y en extremo compasiva, la noble Condesa era honrada de todos sus dependientes al igual de una madre, y ella en cambio les miraba como hijos. La conducta de estos esposos modelos acreditaba la verdad de la máxima de que los amos virtuosos hacen los buenos criados, y que las familias de los santos son las familias de Dios.

Nombrado ayo del jóven rey de Nápoles, Elzear se puso al frente del Consejo de regencia; cargando en tal calidad con cási todo el peso del gobierno. Viendo que los pobres carecian de amparo, pidió al jóven Soberano la merced de ser nombrado abogado suyo. —«Raro «oficio me pides, respondió sonriéndose el Príncipe; no creo que te «salgan competidores. Sé enhorabuena abogado de los pobres, y desde «luego pongo á todos los del reino bajo tu proteccion.» Elzear se previno de una cartera con la cual iba por las calles recogiendo memoriales de los pobres y necesitados, oyendo sus quejas y repartiéndoles limosnas, sin dejar á ninguno privado de consuelo. En su caso defen-

dia tambien personalmente las causas de las viudas y los huérfanos hasta recabar que se les hiciese justicia.

Habiendo pasado muchos años en el ejercicio de este cargo, regresó á Francia y falleció en París el dia 27 de julio de 1323. Delfina le sobrevivió aun por espacio de cuarenta y tres años, perpetuando sus ejemplos de virtud en la tierra, y al fin voló al cielo á compartir su corona de gloria. La Iglesia, dócil á la voz de sus milagros, colocó á entrambos entre los altares en la seguridad de que no podia ofrecer á la gente de mundo modelos mas cumplidos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber con el esplendor de tantas virtudes guarecido á vuestra verdadera esposa la Iglesia contra los escándalos y falsas virtudes de los herejes. Hacednos la gracia de que practiquemos los deberes de nuestro estado con el esmero de san Elzear y de santa Delfina.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *visitaré á los enfermos.*

LECCION XLIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIV, CONTINUACION).

La Iglesia consolada : santa Isabel, reina de Portugal ; Mártires de Lituania; san Juan Nepomuceno. — La Iglesia afligida : gran cisma de Occidente; — consolada : mision de Juan de Moncorvino ; conversion de parte de la Tartaria, de la Persia y de la Bulgaria ; conviértese tambien la Lituania.

El año 1311, el concilio de Vienne en Francia, décimoquinto general, condenó los errores de los sectarios, reformó las costumbres y trabajó eficazmente en hacer progresar las ciencias, y establecer cátedras de idiomas orientales en las universidades. Por esta via se manifestaba la solicitud y el poder de la Iglesia, mientras con no menos brillo su santidad portentosa resplandecia así en las cortes de los Reyes y en el mismo trono, como entre las clases ínfimas de la sociedad. Así la religion verdadera, mostrando estar siempre llena de vida y cerrando la boca á los sectarios, dejaba sin excusa á los que osaban seguir el error.

Entre los Santos mas egregios del siglo XIV es preciso colocar á santa Isabel, reina de Portugal, con la que puede decirse subieron al trono todas las virtudes. Hija de D. Pedro III de Aragon, nació el año 1271, recibiendo el nombre de Isabel en atencion á su tia santa Isabel de Hungría. Educada por su abuelo D. Jaime I apellidado el *Santo* á causa de sus virtudes, y el *Conquistador* á consecuencia de sus glorias militares, entre ellas la toma de Mallorca y de Valencia, al fallecer este hallóse imbuida en las máximas mas sublimes de la piedad, á pesar de que solo contaba unos diez años.

Procuraban sus deudos dejarla solo familiarizarse con personas virtuosas, cuyos ejemplos fueran para ella un perenne dechado ; y era de índole tan apacible que del mejor grado se prestaba á estas nobles inspiraciones. No encontraba gusto sino en las cosas dignas de una alma inmortal, encaminadas á Dios, y su mayor placer era pasar el tiempo en la iglesia. Desde la tierna edad de ocho años practicaba la mortificacion, y los pobres la llamaban su buena madrecita.

Casada con Dionisio, rey de Portugal, esta nueva Esther no se dejó deslumbrar por el brillo de las humanas grandezas : repartiendo sábiamente su tiempo á fin de conciliar sus deberes piadosos con los de su estado, levantábase cada dia muy de mañana, y tras una prolongada meditacion oia misa y á menudo comulgaba, rezaba siempre los oficios de la Vírgen y de difuntos, y tenia además señaladas diferentes horas para santas lecturas, quehaceres domésticos y ejercicios de caridad en favor del prójimo. En sus pocos ratos ociosos hacia ornamentos para las iglesias ó vestidos para los pobres, ayudada en esto de sus damas de honor; y así no le quedaba momento para entregarse á inútiles conversaciones ó á frívolos devaneos.

Gracias á sus desvelos los extraños tenian buena posada y asistencia, los pobres vergonzantes ocultos socorros que les proporcionaban un pasar decente, las doncellas, tan ocasionadas á los corruptores halagos del siglo, una dote regular para poder casarse segun su clase, y en suma ella era el alma de todos los desgraciados. Tamañas atenciones no le impedian consagrarse á sus restantes deberes : amaba y respetaba á su esposo, estándole sujeta y llevando paciente sus defectos; pues Dionisio, aunque adornado de excelentes cualidades, tenia pasiones violentas, cuyos excesos amargamente deploraba su compañera, que rogaba sin tregua, y hacia rogar por su conversion, adoptando en el ínterin el medio infalible que toda esposa debe seguir si no quiere exponerse á chocar, cual es granjearse las simpatías del consorte por las vias de la suavidad, corrigiendo con afectuoso cariño los estragos de sus pasiones. SUFRIR, OCUPARSE, ORAR Y CALLAR, tal era su divisa, divisa que habia recibido de santa Clotilde, la cual á su vez la heredó de santa Mónica.

Esposas cristianas, que sinceramente deseais la conversion de vuestros compañeros, si es lícito daros un consejo, adoptad esta gran divisa, ó mejor esta *receta* tradicional, rogando á Dios que la grabe con caractéres de fuego en vuestro corazon : meditadla todas las mañanas puestas en el reclinatorio, y procurad que ella sea la regla inmutable de vuestra conducta, porque el éxito es seguro. Recordad que solo sois fuertes por vuestra suavidad angelical, y que los cargos, quejas, asperezas, riñas no harian sino agriar el mal sin producir ningun beneficio. Tal fue el resultado de la conducta de Isabel, que el Rey abrió los ojos y renunció para siempre á sus desórdenes; las virtudes que naturalmente poseia, embellecidas por la

Religion, resplandecieron con mayor brillantez, y últimamente acabó por ser el ídolo y la gloria de sus vasallos.

Poco tiempo antes de su conversion sucedió el caso que vamos á referir: Tenia Isabel un paje sumamente timorato, de quien se servia para sus limosnas secretas; pero otro paje, envidioso del favor que el primero disfrutaba, resolvió perderle levantando contra él odiosas imputaciones. Dionisio, fácil en pensar mal de los demás, dió asenso á esta calumnia, y resuelto á sacrificar al pretendido culpable, llamó á un quidam, dueño de un horno de cal, y le dijo: «Te «enviaré cierto paje con el recado de si has cumplido las órdenes del «Rey. Por esta señal le conocerás. Cógele y échale en tu horno pa«ra que muera abrasado, pues merece la muerte por haber incur«rido en mi indignacion.»

El dia prescrito sale el paje para dirigirse al horno; mas en el camino, pasando por delante de una iglesia, entra á oir misa, y como la que se celebraba estaba ya adelantada, aguarda que salga otra y la oye. El Rey, impaciente por saber el resultado, envia al paje delator á informarse de si sus órdenes quedan cumplidas. El dueño del horno tomándole por el que el Rey le habia indicado, le coge y le arroja á la hornaza, donde en breves instantes queda consumido. Entonces el paje bueno, cumplidas ya sus devociones, llega y pregunta si se han cumplido las órdenes del Rey, y oida la respuesta vuélvese á palacio con el recado. ¡Júzguese cuál seria el asombro de Dionisio al verle regresar! Pero cuando supo los pormenores del suceso, adoró los juicios de Dios, y haciendo justicia á la inocencia del paje respetó entonces mas la virtud y santidad de su compañera.

Cual todas las esposas ilustradas y verdaderamente cristianas, Isabel, que hiciera un negocio principal de la conversion de su marido, nada omitió para proporcionarle una dichosa muerte. Cuando le vió caer enfermo, redoblando en celo, prodigóle las muestras mas cumplidas de adhesion é interés, y retenida á la cabecera de su cama por la mas animosa ternura, servíale con sus propias manos. Tras el ansia de ayudarle á morir bien, repartió abundantes limosnas y mandó elevar preces en todas partes para que el cielo le dispensara sesemejante gracia. Oyó Dios su humilde ruego, y el Rey durante su enfermedad dió pruebas de la mas sincera penitencia, y finalmente murió en paz.

Viuda Isabel, ya no vivió mas que para Dios, para sus hijos, en-

tre quienes procuró mantener la paz y la caridad, y para los necesitados, á los cuales entonces mas que nunca hizo sentir los efectos de su munificencia. Acometida á la edad de sesenta y cinco años de una leve calentura, predijo la hora de su muerte, se confesó repetidamente, y recibió el santísimo Viático de rodillas al pié del altar y en seguida el sacramento de la Extremauncion. Á fuer de buena hija de María dió pruebas de la devocion mas acendrada á su divina Madre, y pareció enajenarse de alegría cuando el celeste Esposo vino á llamarla á las eternas bodas el dia 4 de julio de 1336. Milagros esplendentes acreditaron la verdad y el heroismo de sus virtudes, y la Iglesia desde entonces pudo oponer á los sectarios esta Princesa ilustre, hija, esposa y madre de reyes, cual nuevo monumento de su inmutable santidad.

No echó menos otros defensores tan distinguidos como elocuentes. La santidad de su moral, la verdad de sus dogmas, y la divinidad de su orígen é institutos recibió un testimonio sangriento : la Iglesia tuvo Mártires en el siglo XIV. ¡Honra y prez, hermanos católicos, á esos héroes que por la Iglesia y por nosotros pelearon! Volved la vista al Norte, y fijadla en tres jóvenes cuyas frentes destellan ya una chispa de luz inmortal : llámanse Antonio, Juan y Eustaquio, los dos primeros, hermanos, naturales de Lituania, de ilustre linaje, y los tres chambelanes de Olgerdo gran duque de Lituania, padre del famoso Jagellon. ¿Por qué causa padecieron muerte? Voy á referirlo:

Criados en la religion del país, adoraban por Dios al fuego; pero habiendo tenido la dicha de conocer la verdad, abrazaron el Cristianismo y fueron bautizados. El negarse á comer de ciertos manjares prohibidos un dia de vigilia les costó la libertad y la vida, siendo aprisionados por órden del Gran Duque, quien despues de odiosas torturas los condenó á muerte. Eustaquio, que era el mas jóven, sucumbió tras las violencias mas bárbaras, cruelmente apaleado, quebradas sus piernas, y arrancado el pelo y la piel de su cabeza. Padecieron estos Santos su martirio en Wilna el año 1342: despues de muertos fueron colgados á una grande encina que servia de horca para los malhechores; mas ya á nadie se volvió á colgar en ella, porque los Cristianos compraron el árbol y el terreno, y andando el tiempo edificaron allí una iglesia. Ya verémos despues que esta sangre no fue infecunda.

Traslademonos de Lituania á Alemania, para ver á otro testigo sellar con su holocausto la fe que todos profesamos, y vengar para siempre de las calumnias de la impiedad uno de los mas sagrados dogmas de la Iglesia católica: sentábase en el trono imperial un príncipe á quien la historia ha estigmatizado con los apodos de *ebrio* y *holgazan*, llamado Wenceslao, residente en la ciudad de Praga. Cerca de la misma poblacion naciera en 1330 un niño bautizado con el nombre de Juan, al que apellidaban Nepomuceno por proceder de la ciudad de Nepomuch. Ya en el acto de salir al mundo estuvo en gran riesgo de perder la vida, pero salvóle la proteccion de la Vírgen María, á quien sus padres imploraron en la iglesia de un monasterio cisterciense allí cercano, y agradecidos, lo consagraron á su bienhechora, procurando luego darle esmerada educacion.

Juan Nepomuceno, á medida que adelantaba en años, crecia en piedad y virtudes, y á su tiempo fue doctor en teología y derecho canónico en la célebre universidad de Praga, émula y hermana de las de Padua y París. Desde niño, sintióse muy inclinado al estado eclesiástico, y dirigiendo á este objeto sus estudios, hizo en cierta manera su noviciado, participando con frecuencia de la sagrada Comunion. No bien recibió la uncion sacerdotal, mandáronle ejercitar el privilegiado talento que tenia para la predicacion, y én efecto, no bien subió al púlpito, la ciudad se despobló para oirle, siendo los mas solícitos los estudiantes, que á la sazon excedian de cuatro mil, recabando opimos frutos de santificacion. Al mismo tiempo el obispo, deseoso de conservar un varon tan lleno del espíritu de Dios, le confirió un canonicato que vacaba por entonces.

Llega á noticia del Rey el mérito de este siervo de Dios, y deseando conocerle personalmente, le da el encargo de predicar en presencia de la corte, durante el Adviento. Juan acepta, aunque no desconoce lo delicado de esta mision, y sus discursos hacen tal fuerza al Emperador, que por algun tiempo se retrae de sus desarreglos. En recompensa quiere dar al Santo un obispado, que desecha, así como otra dignidad de muy pingüe renta; y sin embargo, cuanto mas Juan huye de las humanas grandezas, tanto mas el Señor permite que sea apremiado por el mundo.

La Emperatriz, mujer de Wenceslao, era una princesa virtuosísima, y prendada de la uncion del flamante orador, le tomó por director espiritual, y á su ejemplo, muchas personas principales hi-

cieron lo mismo; siendo en breve el encargado de guiar las almas de las personas mas virtuosas de la corte, pues todos admiraban en él el rarísimo talento de formar santos en el trono, felices en la adversidad, y adeptos y seguidores del Evangelio en medio del gran mundo donde tan á menudo se desconoce.

En esto el bárbaro Wenceslao salió un dia con el proyecto, tan nuevo como extravagante, de hacerse declarar por Juan Nepomuceno la confesion de la Emperatriz; y así, habiéndole mandado á buscar, empezó por hacerle preguntas indirectas, hasta que, dejando la máscara, le declaró paladinamente su intencion. El Confesor, horrorizado, expuso con respeto cuán chocante al buen sentido y ofensivo á la Religion era el deseo manifestado por S. M.; pero este, sin darle oidos, viendo que nada podia recabar, lo mandó á un calabozo.

Pasado algun tiempo, hízolo sacar otra vez y aun le convidó á su mesa; pero concluido el banquete, despidió á todos, y habiéndose quedado solo con el siervo de Dios, redobló sus esfuerzos para que le revelara la confesion de la Emperatriz. El Santo respondió, como la vez primera, que él estaba obligado á guardar inviolable silencio por las leyes naturales, divinas y humanas, y que nada del mundo seria capaz de hacerle faltar á su deber: viendo el Emperador que eran inútiles los manejos empleados, no puso ya límites á su enojo: mandó que de nuevo encarcelaran al Santo, y que se le tratara con la mas colmada inhumanidad. Los verdugos le pusieron en un potro, le abrasaron los costados con hachas encendidas, le tostaron á fuego lento, y le atormentaron con feroz barbarie; pero en medio de este suplicio, Juan Nepomuceno no pronunciaba otras palabras que los sagrados nombres de Jesús y María; sin embargo cuando lo sacaron del potro estaba cási espirando. Presentado otra vez á Wenceslao, dijo este de nuevo: «No tienes mas recurso que perecer ó «revelar la confesion de la Emperatriz.» El Santo nada respondió, dando bien á entender su resolucion por su silencio; y conociéndolo el tirano, exclamó: «Quítenme de delante á ese hombre; arrójenle «al rio luego que las sombras de la noche puedan ocultar esta eje- «cucion.»

El santo Mártir empleó las pocas horas que le restaban en prepararse al sacrificio, y apenas la noche cerró, atado de piés y manos le echaron al Muldaw desde el puente que sirve de comunicacion

entre la ciudad grande y pequeña de Praga : sucedió esto en la víspera de la Ascension, 13 de mayo de 1383. Ahogado ya, el santo cuerpo flotó sobre las aguas rodeado de una auréola celeste cuya vista atrajo muchos espectadores; y entre otros la Emperatriz, que, ignorante de lo pasado, corrió á preguntar á su esposo, qué era aquella luz que se veia desde su cámara. El tirano, aterrado, nada contestó, y para ocultar su abatimiento y vergüenza se fué al campo, prohibiendo que nadie le siguiera. Al llegar el dia despejóse el misterio, y los mismos verdugos descubrieron el secreto : toda la ciudad corrió á ver el santo cuerpo, y el clero de la catedral salió procesionalmente á recogerlo trasladándolo á la iglesia de Santa Cruz, en cuyo tránsito varios enfermos recobraron la salud. Así murió Juan Nepomuceno, enumerado con razon entre los Mártires, y con título tanto mas glorioso, cuanto el secreto de la confesion, que se lo mereció, nunca habia excitado el furor de los tiranos ni de consiguiente causado aun ninguna víctima.

El testimonio de la sangre del Mártir de Praga era necesario para vindicar á la Iglesia de las calumnias de sus detractores, y al propio tiempo consolarla del cisma que la dividia. Esta deplorable escision, conocida con el nombre de *gran cisma de Occidente*, nació de la circunstancia siguiente : Varios Papas habian fijado su residencia en Aviñon, en detrimento de Italia y sobre todo de Roma que sentia mucho esta ausencia de los Sumos Pontífices; lo cual explica la falta de monumentos de la edad media que se observa en aquella metrópoli. Al fallecer Gregorio IX, el pueblo romano, temiendo que el nuevo papa, si era francés, no se domiciliase tambien en Aviñon, aglomeróse en tropel á las puertas del palacio donde estaban congregados los cardenales, y empezó á gritar : *¡Queremos un papa romano!* Estas voces sediciosas fueron acompañadas de amenazas, y de resultas, la eleccion del nuevo papa, que recayó en Urbano VI, se hizo con algun apresuramiento.

Despues se pretendió que era nula, y proclamóse otro papa con el nombre de Clemente VII, de cuyas resultas la cristiandad quedó dividida entre los dos Pontífices; sin embargo, aunque muy deplorable, este cisma acaso no perturbó tanto las conciencias como otros escándalos de mayor cuantía al parecer. Así lo observa san Antonino, arzobispo de Florencia, escribiendo á mediados del siguiente siglo : «En ambos partidos se creia proceder de buena fe y con se-

«guridad de conciencia, pues aun cuando es necesario creer que en «la Iglesia solo existe un jefe visible, si acontece que se elijan dos «pontífices á la vez, no hay precision de indagar cuál sea el legíti- «mo, bastando tener por verdadero al que esté canónicamente ele- «gido, sea el que fuere, pudiendo el pueblo en este particular re- «girse por la conducta y el dictámen de su pastor especial.» Conviene añadir que la sucesion de los vicarios de Jesucristo tampoco se interrumpió durante el cisma mas que á la muerte de cada papa; lo que constituye esencialmente el encadenamiento y derivacion apostólica, es la perpetuidad de la doctrina; mas como todos los papas *verdaderos* que han precedido ó sucedido á los *dudosos*, recibieron la propia enseñanza, solo aquellos son incontestablemente los vicarios de Jesucristo y sucesores de san Pedro. El gran designio de Dios, que es la santificacion de los elegidos, cumplióse durante aquella aflictiva division lo mismo que antes, pues hubo Santos en ambas obediencias. Sí, la Iglesia en medio de su vehemente dolor no careció de consuelo: la herejía le habia usurpado algunos hijos, indignos de tal Madre, pero áquí tenemos en cambio millares de otros que corren á precipitarse en sus brazos maternales.

La sangre de los tres Mártires de Lituania, de quienes mas arriba se habla, fue un semillero de nuevos cristianos: un humilde religioso francisco que debajo el sayal de buriel ocultaba el valor de un héroe y el celo de un apóstol, Fr. Juan Moncorvino, fue enviado como misionero á Oriente; y á pié, cayado en mano, sin mas apoyo que la Providencia, penetró hasta la China septentrional habiendo cruzado la Tartaria y la Persia y explorado una parte de las Indias. Llevaba consigo una carta del Papa dirigida al Emperador. Dejemos á este gran misionero que nos cuente él mismo su viaje:

«Despues de permanecer tres meses en las Indias, en la iglesia de «Santo Tomás, llegué al reino de Cathai (China septentrional), y «habiéndome presentado al Emperador, que llaman Gran-Khan, le «invité, á tenor de las cartas del Papa, á abrazar la religion cris- «tiana; pero estaba harto endurecido en la idolatría, si bien favo- «reció mucho á los Cristianos. Desde los once años que pertenezco «á esta mision, he construido una iglesia en la ciudad de Cambalu, «que es la principal residencia del Rey, y la he concluido hace seis «años aumentándola con un campanario y tres campanas. Creo ha «ber bautizado mas de seis mil personas. Un reyezuelo del país, lla-

«mado Jorge, se me aficionó desde el primer año que llegué, y con-
«vertido, recibió las órdenes menores y me ayudó la misa revestido
«con su traje real. Despues ha atraido á la verdadera creencia gran
«número de sus vasallos, mandando tambien labrar un magnífico
«templo en honor de la santísima Trinidad, que llama *Iglesia ro-*
«*mana*. He bautizado además ciento y cincuenta niños que cantan
«conmigo los divinos oficios; pero careciendo de libros de coro, lo
«hacemos de memoria. Á las horas correspondientes taño las cam-
«panas.

«Soy ya viejo, encanecido mas por efecto de los trabajos y aflic-
«ciones que por la edad, pues solo tengo cincuenta y ocho años. He
«vertido al tártaro el Nuevo Testamento y el Salterio, y públicamente
«enseño y predico la ley de Jesucristo.»

Enterado el Sumo Pontífice de los progresos que la fe hacia en Oriente, se llenó de alegría, y sobre la marcha encargó al entonces general de los Minoritas, Gonzalo, que escogiera siete religiosos de la Órden, virtuosos y sábios, para ordenarles de obispos y enviarles á Tartaria. En la misiva que al efecto les entregó el Vicario de Jesucristo, añadia: «Considerando las grandes acciones que Juan de «Moncorvino ha llevado á cabo y continúa operando en Tartaria con «ayuda de la gracia, le hemos nombrado arzobispo de la gran ciu-«dad de Cambalu, poniendo bajo su direccion todas las almas de los «dominios tártaros [1].»

No tardó la Religion á penetrar en Persia, donde el Pontífice erigió nuevos obispados; y al mismo tiempo que la Iglesia recibia tamaños consuelos, otros hijos de san Francisco obraban en Bulgaria conversiones innumerables, bautizando en el solo espacio de ciento sesenta dias mas de doscientos mil varones, cuyos nombres, para que no pudiera dudarse del número, mandó el rey continuar en los registros públicos.

Esposa inmortal del Hombre-Dios, Iglesia sacrosanta, alégrate, no solo de los hijos que has adquirido, sino de los que todavía vas á adquirir; un nuevo floron se añadirá á tu corona, y la misma Lituania sentirá el efecto de la proteccion de tus Mártires. Adoraban los moradores de aquel país un fuego que creian ser perpétuo, como tambien los bosques y las serpientes: habiendo llegado á él en el año 1387 Jagellon, rey de Polonia, convocó en Wilna una asam-

[1] Fleury, lib. LXXXVII y LXXXVIII.

blea para el miércoles de Ceniza, y de acuerdo con los señores y obispos que le acompañaban, procuró inducir á los lituanios á reconocer al verdadero Dios y abrazar el Cristianismo; los bárbaros empero decian ser una impiedad abandonar sus dioses y abolir las costumbres de sus antepasados. Entonces el Rey polaco, para demostrarles que no era la verdad lo que dejaban sino un cúmulo de ridículos errores, mandó apagar el fuego perpétuo que se alimentaba en Wilna; hizo tambien en presencia de los bárbaros destruir el templo, derribar el ara donde inmolaban sus víctimas, cortar los bosques sagrados, y matar las serpientes que se guardaban en cada casa honrándolas como divinidades.

Los lituanios, viendo destruir así su religion, lloraban y se lamentaban no osando oponerse á las órdenes del Rey, aunque esperando por momentos que su Dios se vengaria por sí mismo: pero como vieron que nada sucedia, abrieron sus ojos á la luz y pidieron á voces el Bautismo. Los sacerdotes polacos estuvieron algunos dias instruyéndolos en los principales artículos de la fe, haciéndoles aprender la Oracion dominical y el Símbolo; pero el que con mas ahinco trabajó en su conversion fue el mismo Rey, persuadido, á semejanza de san Estéban de Hungría, de que la mayor gloria de un monarca es civilizar á los pueblos que de él dependen, y no ignorando que la civilizacion es hija de la fe. Los nobles fueron bautizados uno tras otro; pero en cuanto al pueblo, como hubiera sido inmenso trabajo ejecutarlo individualmente, se hizo en globo por aspersion.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la asidua proteccion que habeis dispensado á la Iglesia, pues solo para nuestro bien la defendeis y consolais; hacednos la gracia de que seamos dóciles á su voz maternal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *guardaré fielmente los mandamientos de la Iglesia.*

LECCION XLV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XV).

La Iglesia atacada : Wiclef, Juan Hus, etc.; — defendida : concilio de Constanza; san Vicente Ferrer; san Casimiro; Órden de los Pobres voluntarios; cofradía de la Misericordia.

Venid á presenciar nuevamente los combates de vuestra Madre, y si sus persecuciones os contristan el corazon, reanímese vuestra fe á vista de sus triunfos. El siglo XV, en el cual hoy entramos, presenta la continuacion y el desarrollo de esa eterna lucha del infierno contra la Iglesia, del mal contra el bien, del error contra la verdad, de la carne contra el espíritu.

De parte del infierno hé aquí cuáles son los recursos y los ataques: 1.° la continuacion del gran cisma de Occidente; 2.° Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga; 3.° horribles escándalos, consecuencia de las herejías; 4.° la pérdida de la fe en porcion de pueblos cristianos de Oriente y de Occidente.

Con objeto de impedir ó reparar el mal Dios opone: 1.° treinta y siete congregaciones y Órdenes religiosas; 2.° un concilio general; 3.° grandes Santos en todas las clases; 4.° la conquista de nuevos pueblos.

Las herejías del precedente siglo, unidas al cisma funesto que desolaba el Occidente, habian amenguado entre los pueblos el respeto á la autoridad pontificia, y sembrado por doquiera gérmenes de rebelion contra la Iglesia. Tales principios, para originar sectas mas trascendentales y peligrosas, solo necesitaban alojarse en una cabeza capaz de reguralizarlos y cohonestarlos; eso es lo que hizo Wiclef. Simple sacerdote inglés, despechado por su remocion de la universidad de Oxford, empezó á desatarse contra los religiosos, y en seguida contra el Sumo Pontífice, á quienes miraba como autores de su desgracia, y vertiendo hiel en escritos y sermones, atacó sin rebozo á la Iglesia, su autoridad, sus Sacramentos y sus ritos; verdad es tambien que el Clero inglés se levantó en masa contra el des-

carado novador, y despues de condenarle le obligó á dejar su parroquia.

Sin embargo, sus escritos llevados á Alemania electrizaron los espíritus ya prevenidos contra el Clero, y Juan Hus, sacerdote bohemio, tan intrigante como orgulloso, prohijó las virulencias del visionario inglés y se puso á dogmatizar contra la Iglesia. Discípulo de Hus, Jerónimo de Praga, así apellidado por ser hijo de la ciudad de este nombre, sostuvo osadamente la doctrina de su maestro, y habiendo abrazado la herejía por corrupcion de corazon, permaneció en ella hasta su muerte á impulsos del orgullo.

Dios contraresló á esos tres herejes con ayuda de una multitud de doctores católicos reunidos en el concilio de Constanza y con las propias decisiones de este concilio, descollando entre los paladines de la verdad el cardenal de Ailly llamado el *martillo de los herejes,* y su discípulo el célebre Gerson, canciller de la universidad de París. Victoriosamente refutados por los teólogos católicos, los novadores fueron condenados en 1414 por este concilio, en el cual la Iglesia suprimió para los fieles el uso de la comunion bajo ambas especies. Al tratar de la Eucaristía dimos la razon de esta innovacion [1]. Wiclef murió en Inglaterra hecho un infeliz, y Juan Hus y Jerónimo de Praga fueron quemados vivos por disposicion del emperador Segismundo.

Á propósito de esto, los impíos, llevados de su acostumbrado saber y buena fe, pusieron el grito en el cielo contra la Iglesia; mas para que se aprecie el valor de su acusacion, baste saber que el concilio de Constanza solo decretó contra los herejes y en particular contra Juan Hus la degradacion eclesiástica y la supresion de sus escritos, y todo lo que se hizo de mas fue obra del poder civil. Este, si dió un salvoconducto á Juan Hus, fue para que compareciera á justificarse en el concilio, con la condicion de someterse á su fallo si su doctrina era declarada herética conforme el mismo Hus publicaba; habiendo, empero, este hombre faltado á su palabra, el emperador Segismundo consideró contrario á todas las reglas de la prudencia, de la Religion y de la buena política, dejar á los pueblos expuestos á la seduccion de un fanático que espontáneamente decia querer dogmatizar mientras tuviese un soplo de vida. ¿Á quién, pues, dar la culpa si el brazo de la justicia se descargó sobre su ca-

[1] Tomo IV, leccion XXXVI.

beza? ¿Desde cuándo la sublevacion y el orgullo son un título de misericordia?

Ziska, discípulo de Hus, no bien supo la muerte de su maestro, púsose á la cabeza de algunos millares de delirantes para asolar no solo la Bohemia, sino cási toda la Alemania; en cuya ocasion la herejía dió de sí la muestra que ha dado siempre, esto es, de ser un manantial de calamidades para los pueblos, convirtiendo los países que recorrió en vasto desierto empapado de sangre humana y cubierto de las cenizas y ruinas de pueblos, ciudades y monasterios. Llegó la desolacion á tal extremo, que el Emperador para atajarla hubo de poner en campaña un ejército que batió y dispersó á los Husitas.

El mismo concilio de Constanza dió tambien fin al gran cisma de Occidente nombrando papa á Martino V, que fue reconocido por toda la Iglesia cual el solo y verdadero sucesor de san Pedro. Como los herejes, en el arrebato de su frenesí, decian que la Iglesia católica no era verdadera depositaria de la fe, Nuestro Señor para cerrarles la boca se complació durante este siglo en patentizar que nuestra Madre nunca ha dejado de ser su legítima esposa; que en ella sola pone sus complacencias; que únicamente ella es la que perpetúa la obra de la redencion, y finalmente, que solo ella le da hijos verdaderamente virtuosos, pues que sancionaban su virtud con estupendos milagros.

Uno de estos varones que Dios quiso poner á vista de la Europa entera durante medio siglo con objeto de vengar á la Iglesia católica, confundir á la herejía y preparar al mundo para el fin de los tiempos, fue san Vicente Ferrer. Este ángel del Apocalipsis nació en Valencia de España, el dia 23 de febrero de 1357, de unos padres muy recomendables por su piedad y amor á los pobres; cristianos de alta valía, que empleaban cada año en limosnas el pico sobrante de sus rentas.

Vicente desde la infancia mostró ser muy devoto á Jesús crucificado y á María santísima, á la cual siempre honró por madre: como todos los pobres eran amigos suyos, sus padres se decidieron á hacerle distribuidor de sus liberalidades. Para acostumbrarle temprano al aprendizaje de la vida, Dios permitió que su virtud fuese probada por medio de violentas tentaciones, á las que él oponia como armas la oracion, la mortificacion y una asidua vigilancia sobre

sus sentidos. Incorporado á la Órden de santo Domingo, recibió la uncion sacerdotal, y predicó con tan extraordinario fruto y celo que el Sumo Pontífice le nombró predicador apostólico, y en esta calidad hizo misiones en España, en Francia, en muchas partes de Alemania, en Italia y en Inglaterra. Para dar mas energía á sus palabras comunicóle Dios el don de hacer milagros, siendo notable el que obró en Cataluña restituyendo el uso de los miembros á un tullido llamado Juan Soler, cuya curacion declaraban ser imposible los médicos, y este milagro fue patente por muchos años, pues dichó Soler, hombre de un mérito superior, fue elevado á la silla episcopal de Barcelona.

El Santo misionero, á pesar de sus continuos viajes y de las fatigas consiguientes, vivia con mucha austeridad, privándose del uso de carnes, ayunando todos los dias excepto los domingos, y los miércoles y viernes no tomando otro alimento que pan y agua, cuyo régimen observó por espacio de cuarenta años; su cama se reducia á un poco de paja ó sarmientos. No inferiores su celo y humildad á su mortificacion, pasaba largas horas en el confesonario, donde ponia el sello á la obra comenzada en el púlpito, y siempre rehusó las dignidades eclesiásticas y todos los empleos que se le trató de conferir en su Órden.

Durante su mision por Francia, predicó en Nevers, en Bourges y en el Delfinado, y habiendo sabido que los moradores de cierto valle, apellidado *valle de Corrupcion,* vivian en la crápula mas infame, siendo tan groseros y bárbaros que ningun misionero osaba acercárseles; Vicente, dispuesto á padecer por la gloria de Dios, resolvió salvar á aquellos infelices, aun á expensas de su propia vida. No fueron estériles sus trabajos: los hombres ignorantes, instruidos y movidos por él, detestaron sus delitos, reparándolos por medio de una verdadera conversion, siendo tal el cambio, que hasta el valle cambió su odioso nombre en el de *Valpura* ó valle de pureza, que todavía conserva.

Únicamente Dios sabe la innumerable multitud de pecadores y herejes restituidos al sendero de la verdad y de la virtud por las predicaciones de Vicente; él mismo en una carta á su general decia que habia tenido la dicha de convertir á cási todos los herejes domiciliados en los puntos donde se detenia.

El eco de su fama llegó á oidos del rey moro de Granada, quien

sobre ser buen musulman tuvo la curiosidad de conocer á un hombre tan extraordinario, y pidió le visitase. El Santo tomó agua en Marsella, y correspondiendo á la invitacion presentóse en Granada, donde se puso á predicar el Evangelio. Habia ya obrado bastantes conversiones, cuando los magnates moros, viendo las pérdidas que su religion hacia diariamente, pidieron al rey que echase á Vicente. Lanzado de allí fué á ejercitar su celo en otros puntos de España, y acabó por volverse á Francia.

Esta vez hizo principal teatro de sus predicaciones y milagros la Turena y la Bretaña : en Francia, como en España, el pueblo se agolpaba para oirle ; y, ¡cosa asombrosa en la vida de este hombre de portentos! los que ya le habian oido, le seguian á veces en número de diez y quince mil para oirle nuevamente en los lugares donde volvia á predicar. Imposible seria, repetimos, calcular el gran número de almas que convirtió: segun los cómputos mas exactos, fueron asombroso fruto de su predicacion doscientos mil herejes, ochenta mil musulmanes, veinte y cinco mil judíos, y multitud innumerable de pecadores y pecadoras reconducidos á la verdad y á la virtud [1]. Semejante al rayo, su palabra electrizó la Europa, revolviéndola hasta en sus entrañas, cual un siglo mas adelante la de san Francisco Javier conmovió las Indias y el Japon [2].

Acercábase empero el dia en que el santo Apóstol debia cosechar en el cielo lo que en la tierra habia sembrado y regado con sus sudores : enfermo en Bretaña, llegó á Vannes con tan récia calentura, que predijo su muerte para dentro de diez dias. Llegado, en efecto, el dia décimo, hízose leer la Pasion del Salvador, y poniéndose á rezar los siete Salmos penitenciales, espiró tranquilo el miércoles antes del domingo de Ramos, 5 de abril de 1419, contando de edad cincuenta años. Todas sus reglas de perfeccion se reducian á tres : 1.ª evitar las distracciones externas, hijas de supérfluo cuidado ; 2.ª preservar su espíritu de las asechanzas del orgullo ; 3.ª des-

[1] Véanse los Bolandistas.

[2] Á propósito de estos dos celebérrimos y santos misioneros, españoles ambos, recordarémos lo que otro francés dijo de nuestra nacion : «La España so«la, son sus palabras, ha convertido mas infieles que súbditos no contienen «sus Estados.» ¿Puede la Francia gloriarse de otro tanto, á pesar de estar *visiblemente predestinada* para la propagacion del Evangelio?... *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

terrar todo apego inmoderado á las cosas sensibles [1]. ¿Hay álguien de nosotros que haga esto?

La verdadera Iglesia, que por el ministerio de san Vicente daba pruebas de su pujanza replegando en su maternal gremio una multitud de ovejas descarriadas, dábalas igualmente colocando hasta en las gradas del trono las virtudes que preconiza. ¿No es acaso un hecho digno de consideracion el que todos los siglos ofrezcan ilustres Santos, así en las clases inferiores como en las superiores de la escala social, así en el claustro y en las cortes, como en el trono y en las cabañas? ¿Puede la Religion decirnos con mas elocuencia: Yo soy bastante á santificar todas las condiciones; luego con qué excusaréis vuestra cobardía?

Vemos efectivamente en el siglo XV á un jóven príncipe brillar en el mundo por sus virtudes con mas vivo esplendor que por su alcurnia y sus cualidades sociales: este príncipe es san Casimiro, hijo de Casimiro III rey de Polonia, que florece en medio del contagio del siglo, cual lirio entre espinas, sin perder nada de la amable pureza de sus costumbres. Como virtudes distintivas profesaba un grande amor á los pobres y una tiernísima devocion á María, siendo tal la confianza que tenia puesta en la Reina de los Ángeles, que compuso en su obsequio el himno conocido con su nombre, del cual al morir exigió pusieran una copia en su sepulcro.

Frisaba apenas en los trece años, cuando los húngaros, sabedores de sus eminentes cualidades y esclarecidas virtudes, le ofrecieron el trono de su nacion en reemplazo de su rey Matías que no les gustaba. Partió el Santo para obedecer á su padre; pero como tuviese noticia de que el Sumo Pontífice desaprobaba la gestion de los húngaros, se volvió á Polonia para dedicarse á merecer un trono mas brillante que el de Hungría, contrayendo todos sus cuidados á la santificacion de su alma, hasta que, maduro para el cielo, aunque niño cási, falleció en Wilna el dia 4 de marzo de 1483 á los veinte y cuatro años de edad. San Casimiro es el patron de los polacos y el modelo de todos los mancebos que apetecen guardar la mas amable al par que delicada de las virtudes [2].

[1] Guillon, t. XXV, pág. 326; Godescard, 5 de abril. Véase acerca la mision providencial de san Vicente Ferrer, nuestro opúsculo en 8.° : *¿Á dónde vamos á parar?*

[2] Godescard, 4 de marzo.

Si de las clases elevadas descendemos al comun del pueblo, tambien encontramos otros monumentos de la virtud fecundante de la Iglesia católica. Herederos de los Valdenses y Albigenses, los sectarios de Wiclef y de Juan Hus pretendian ser ellos la verdadera Iglesia, y para darlo á entender afectaban gran desapego de las riquezas; en cambio eran muy tenaces en sus particulares opiniones; practicaban al exterior los consejos evangélicos, pero en el fondo estaban, como los sepulcros blanqueados, llenos de carcoma y podredumbre, siendo en suma su santidad una celada peligrosísima. Desgraciado el que se dejaba prender en ella; el veneno de la herejía no tardaba en invadir su corazon.

Para burlar este nuevo ardid del infierno, Dios suscitó en el siglo XV, cual habia suscitado en los anteriores, verdaderos discípulos del Evangelio, los cuales á las virtudes falsas de los sectarios opusieron virtudes reales, patentizando que todas las buenas obras de que la herejía se jactaba eran practicadas con mayor perfeccion por los hijos de la Iglesia católica. Así es que se veia gran número de fieles repartir sus bienes á los pobres, y luego ponerse á ganar el pan con el sudor de su frente, consagrarse á la oracion y finalmente practicar todos los consejos evangélicos, originándose de aquí distintas Órdenes religiosas, entre ellas la de los *Pobres voluntarios*.

Esta congregacion trae su orígen del siglo XII, pero hasta el XV, esto es, en 1470, no constituyó verdadera Órden religiosa. Su objeto principal, conforme hemos dicho, era patentizar que solo la Iglesia católica es madre de todas las virtudes, bien así como ella sola es coluna de la verdad. De su nombre puede colegirse que ni la Órden ni los religiosos poseian renta alguna, pues fiados enteramente en la providencia de aquel que alimenta á las avecillas y da el ser á cuanto vive, solo procuraban por el sustento diario. Á la mañana ignoraban aun qué tendrian, y aun si tendrian algo que comer aquel dia; despues de largas y férvidas oraciones, salian en parejas ordenadas por el superior á cuestuar por la poblacion, llevando al brazo una cesta para recoger las limosnas, apoyada su mano en un báculo que remataba en cruz, pasando con la otra las gordas cuentas de su rosario; los piés descalzos; el vestido compuesto de un saco negro ceñido con un cordon y un mantelete gris con caperuza. En tan pobre y humilde arreo no temian presentarse unos hombres que por su nacimiento y fortuna hubieran podido gozar

vida regalada y posicion distinguida en el mundo; elocuente predicacion que desconcertaba la herejía eclipsando las falsas virtudes de sus prosélitos, é inclinaba el ánimo de los Católicos á un saludadable desprendimiento de los bienes transitorios.

De regreso á su convento, comian en comunidad lo que habian alcanzado á recoger. Traian una vida muy ocupada, que hubiera bastado á sufragar todas sus necesidades, si no prefirieran depender de la Providencia y dar al mundo los grandes ejemplos de abnegacion que las circunstancias exigian. Dedicábanse á las artes mecánicas, siendo sastres unos, otros zapateros, carpinteros, cerrajeros, etc. Ardiendo en caridad por el prójimo, iban á velar enfermos si los llamaban, y cuidábanles, consolábanles y ayudábanles á bien morir, y aun despues de muertos los amortajaban y mandaban á la tierra. Al dar la media noche poníanse en pié para rezar su oficio; en seguida tenian dos horas de oracion sobre la Pasion de Nuestro Señor, permaneciendo durante ella de rodillas; despues se volvian á descansar hasta las cuatro y media, en cuya hora bajaban á oir misa en la iglesia parroquial, permaneciendo tambien tres horas de rodillas. De regreso al monasterio íbanse á trabajar ó á pedir limosna para la comida; y la tarde la pasaban igualmente entre el trabajo y la oracion : tal fue la Órden de los *Pobres voluntarios* [1], milagro viviente de caridad, abnegacion y sacrificio.

Ese carácter de caridad es la señal distintiva de las obras católicas, no consintiendo Dios que la herejía logre usurpárselo; por esto las sectas disidentes, á pesar de su riqueza y poderío, jamás han alcanzado á formar una pobre hija de san Vicente de Paul, pues les falta para ello el principio de amor. La Iglesia romana, por el contrario, en la union con su divino Esposo, realmente presente en nuestros tabernáculos, encuentra siempre aquella caridad perpétua, infinita, que ostenta de mil maneras para el alivio espiritual y corporal de sus hijos; y ¡cosa admirable! los grandes infortunios parecen ofrecer á su maternal corazon un incentivo particular.

Por de pronto, merced á ella, los pobres, los niños abandonados, los enfermos de toda especie, ancianos, impedidos, peregrinos, etc., son objeto de los cuidados mas tiernos [2]. Quedaba solo en la época

[1] Helyot, t. IV, pág. 50.

[2] No puede pensarse sin enternecimiento en la fundacion que se realizó en la edad media, habiendo un piadoso católico dejado fondos considerables para

que recorremos una clase de desgraciados tanto mas dignos de lástima cuanto lo son ya por su falta; hablo de los condenados á muerte: la Iglesia vió en ellos unos hijos á quienes era preciso consolar y salvar por una eternidad, y desde luego, ni el horror de sus delitos, ni la infeccion de sus calabozos impidieron que llegase hasta ellos y los estrechase sobre su corazon. Roma, centro de la verdad y foco de la caridad católica, fue la primera que vió nacer en su seno las *cofradías de la muerte.*

Hasta entonces los presos habian sido objeto de la caridad cristiana, á la que nada escapa, conforme hemos visto en una de las precedentes lecciones; pero en la época á que llegamos, la Iglesia organizó en alguna manera esta caridad para hacerla mas eficaz, mas edificante y permanente.

Desde el siglo XIII habíanse formado en Roma, la ciudad modelo,

proporcionar á los enfermos las comodidades que pudieran apetecer. No le basta á la caridad cristiana sufragar para las necesidades de su hijo enfermo; quiere aun en alivio de sus quebrantos satisfacer hasta sus antojos.

En otro lugar hemos visto que la Iglesia contenia la efusion de sangre por medio de las treguas de Dios : vedla aquí protegiendo la *fortuna* del pobre y del artesano contra la ávida cupidez de los logreros. — Á fines del siglo XV, cuando los pueblos de Italia sufrian el doble azote de las discordias civiles y de las guerras exteriores, cási todas las familias estaban arruinadas, y solo una clase de hombres especulaba con la miseria pública, á saber, los judíos, los cuales prestaban sobre prendas y daban dinero hasta el 70 ú 80 por 100 de interés. Llegó el mal á tal extremo que ya fue preciso ponerle remedio; la Iglesia tomó la iniciativa, y los Estados Pontificios vieron nacer los monte pios, cuya gloria cumple tributar íntegramente al P. Bernabé de Terni, buen religioso, el cual predicando en Perusa no podia contener sus lágrimas al ver los enormes intereses que á la gente pobre arrancaban los usureros, y llevado de su celo, no paró hasta conseguir de algunos sujetos caritativos que formasen una caja de préstamos para los necesitados. Salió la empresa á las mil maravillas : llamóse á esta caja *Monte pio,* «Mons pietatis... ut ad ipsa tanquam ad montem confi«denter refugere possint indigentes, et ea in promptu sint, ad mutuandum sub « pignoris cautione ipsis indigentibus et occurrendum usuris, quas pro sua in« digentia usurariis praesertim iudaeis solvere cogebantur.» (Ferraris, art. *Mont. piet.* t. V). Así pues, en 1491, cierto número de vecinos de Perusa pusieron en comun una partida de dinero con destino al alivio de los pobres mediante un módico interés, el cual menos que beneficio era una justa indemnizacion de los gastos ocasionados por el depósito y conservacion de las prendas recibidas en cambio del dinero; y siendo este poco, ni siquiera se exigia nada. Los buenos efectos de tal establecimiento no tardaron en hacerse sentir, pues así el obrero como el mercader acudian á él en momentos de penuria; y si el

cofradías de penitentes destinadas, segun su nombre indica, á expiar el crímen y convertir el castigo del culpable en reparacion de su falta y en leccion saludable para la sociedad; siendo la mas célebre de esas cofradías la de los *Penitentes negros de la Misericordia,* que fundaron en Roma en 1488 varios florentinos asociados para acompañar á los reos al suplicio y ayudarles á morir bien.

Óigase el relato de sus obras: Cuando un infeliz ha sido condenado á la pena capital, la justicia pasa aviso á la cofradía de la Misericordia, la cual designa cuatro hermanos para que vayan á la prision á consolar al paciente y disponerle á hacer una confesion general, permaneciendo con él noche y dia hasta que espira. Llegada la hora de la ejecucion, los demás penitentes en gran número salen á buscar y á acompañar al reo formados procesionalmente en dos líneas, llevando á su cabeza la imágen del Crucificado cubierta con

uno hallaba por este medio la corta ayuda que le es á menudo indispensable para dar la última mano á su trabajo, el otro tenia un recurso para solventar descubiertos al vencimiento.

Tan ventajosa pareció esta fundacion, que el papa Sixto IV quiso hacerla extensiva á la ciudad de Savona su patria, y en consecuencia estableció un monte pio calcado sobre el de Perusa. No tardaron en formarse otros en Cesena, Mantua, Florencia, Padua, Bolonia, Nápoles, Milan, y últimamente en la capital misma del orbe cristiano, apresurándose los Papas á favorecer estos y otros actos de caridad, siempre con la principal idea, segun se calenda en sus bulas de autorizacion, de asegurar á los pobres una salida fácil y gratuita. Mas adelante se establecieron tambien monte pios en las ciudades industriosas de Flandes, y en todas partes la autoridad religiosa intervino para regular las condiciones del préstamo.

Segun lo resuelto por los Sumos Pontífices y por los concilios Lateranense y de Trento, se acordó:

1.° Que el préstamo fuese tal que jamás pudiera llegar á absorber el capital reproductivo, y que en ningun caso se abonaria á los ricos y á los extranjeros;

2.° Que no se devengaria sino por cierto plazo, como de un año ó menos;

3.° Que para seguridad del capital prestado, se recibiria una prenda con la que el establecimiento pudiese indemnizarse en caso de no devolucion al espirar el debitorio;

4.° Que á fin de resarcir los gastos ocasionados por el depósito y conservacion, abonaria el prestamista un ligero derecho; aunque mejor seria no exigir ninguno, dice Leon X en su bula de autorizacion; evitándose gastos supérfluos por parte de la administracion, y cuidando sobre todo que los fondos destinados para préstamos no se distrajeran á otros objetos.

Á principios del siglo XVII habia ya monte pios en las principales naciones de Europa. (Véase las *Tres Romas,* t. II, pág. 448).

una gasa negra y acompañada por dos hermanos que la alumbran con hachas amarillas, símbolo de la reparacion que el penitente hace á Dios á quien ultrajó, y á la sociedad por él escandalizada. Los congregantes cantan en lúgubre tono los siete Salmos penitenciales y las Letanías mayores, con el fin de excitar en el alma del criminal los dos grandes sentimientos que en aquel supremo trance deben poseerle: arrepentimiento y confianza.

Así que el ministro de la justicia humana se ha apoderado del paciente, estos pios ministros de la Misericordia redoblan sus preces permaneciendo junto al patíbulo para unir sus súplicas á la sangre y á los dolores del culpable cuando ha espirado. En el mismo órden pasan á la Iglesia mas cercana, y se apresuran por medio de ardientes oraciones á acompañar el alma de su hermano ante el tribunal del supremo Juez. Algunas horas mas tarde vuelven al patíbulo con hachas en la mano, símbolo de gloria é inmortalidad, recogen el cadáver, lo colocan en una caja cubierta con paños negros, y lo trasladan á su iglesia, donde rezan por él el oficio de Difuntos, y el dia inmediato se celebra un solemne funeral, al que sigue el entierro.

El hábito de los congregantes se compone de un saco negro ceñido, velo del mismo color, y en las procesiones de un sombrero caido ó caperuza [1]: entre otros privilegios disfrutan el de poder librar cada año á un criminal condenado á muerte ó á encierro perpétuo. El ejemplo de Roma fue imitado; y los reinos y ciudades católicas tuvieron cada cual sus cofradías, y desde entonces los criminales pudieron verse en sus últimos momentos rodeados de todos los auxilios necesarios para morir santamente.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber velado con tanta solicitud por nuestras necesidades; dadnos el celo de san Vicente Ferrer y la compasiva caridad de los Penitentes.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré por los presidarios y por los reos condenados á muerte.*

[1] Helyot, t. VIII, pág. 232. Véase, acerca la cofradía de la Misericordia de Florencia, las *Tres Romas*, t. I.

LECCION XLVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XV, CONTINUACION).

La Iglesia afligida: violacion de sus leyes; —consolada: san Francisco de Paula, Órden de los Mínimos; concilio de Florencia. —Juicio de Dios contra los griegos. —La Iglesia consolada de la pérdida del Imperio griego: expulsion de los árabes de España; conversion de la Samogitia; conquistas evangélicas en África y en las Indias; descubrimiento de América.

En el siglo XV, no solo el cisma y la herejía traian afligida la Iglesia, sino que sus mismos hijos le arrancaban lágrimas amargas, habiéndose enfriado en el corazon de muchos la gran virtud del Cristianismo, la caridad, no vacilando otros en violar sacrílegamente las santas leyes de la abstinencia y el ayuno; tristes consecuencias del cisma, que tendiendo á menoscabar la autoridad eclesiástica, produjo el menosprecio de sus leyes. En esta situacion Nuestro Señor echa una tierna mirada á su acongojada Esposa, y hé aquí que para reanimar el fervor de los Cristianos y contrabalancear las iniquidades de la tierra, surge de los tesoros de la divina misericordia otra Órden la mas austera de las que se hubiesen conocido, la de los *Mínimos*. Un varon no menos recomendable por la santidad de su vida que por la esplendidez de sus milagros es el que la funda: Francisco de Paula; hé aquí el gran consolador de la Iglesia en el siglo XV.

Nació en Italia en 1416 de unos padres que, sin ser ricos, tenian un mediano pasar con su industria. Apenas Francisco vino al mundo, procuraron inspirarle sentimientos virtuosos, siendo este niño á los ojos de su fe un sagrado depósito que el Señor les habia confiado y que algun dia les volveria á reclamar. El hijo de bendicion secundó las miras de sus buenos padres, manifestándose desde tierno muy inclinado á la oracion, á la mortificacion y al retiro.

Cuando tuvo trece años, su padre lo confió á los Franciscanos, de quienes aprendió los rudimentos de las humanas ciencias, y, lo

que es mejor, los principios de la ciencia de los Santos, y allí sentó las bases de aquella vida austera que perennemente siguió observando. Un año despues emprendió con sus padres una romería á la capital del mundo cristiano y á Nuestra Señora de los Ángeles, y de regreso pidió y obtuvo de ellos licencia para retirarse á una soledad, contando á la sazon sobre quince años. Francisco, sin embargo, en edad tan corta hacia la vida de los antiguos solitarios de la Tebaida, y la Italia tuvo su Hilarion : su lecho era una peña dura; su sustento las yerbas que recogia en un bosque cercano ó que las almas caritativas algunas veces le llevaban.

Despues de pasar cuatro años en este aislamiento, reuniéronsele algunos compañeros atraidos por sus virtudes, y con su ayuda construyó varias celdas y una capillita ; pero el número de prosélitos fué creciendo de dia en dia, y al paso que el desierto acogió dulcemente á sus nuevos moradores, la Iglesia se estremeció de contento y esperanza : tal fue el orígen de la órden de los *Mínimos*, nombre que el Santo dió á sus religiosos para que se tuvieran por los últimos de los hombres.

El objeto de esta Órden, segun ya dijimos, fue principalmente reanimar la caridad cási extinguida en el corazon de los Cristianos; por esto tomó por divisa esta divina palabra : *Caridad* [1], virtud que que habia de ser su alma y su carácter distintivo, no solo para enlazar á los religiosos entre sí, sino para dilatar sus corazones y abrirlos á todos los fieles con la mira de su salud. Tenia tambien por objeto expiar y contener, por medio de la austeridad de sus hijos, los abusos é inmortificaciones á que los Cristianos se abandonaban durante la Cuaresma y los dias de abstinencia; siendo el ejemplo de estos santos religiosos una leccion mas eficaz que todos los discursos.

Á mas de los tres votos acostumbrados de pobreza, castidad y obediencia, hacian otro, y era, observar una cuaresma perpétua, lo cual envolvia la privacion del uso de carnes y de toda sustancia animal, carne, lardo, pescado, huevos, manteca, queso, lacticinios con todos sus compuestos, salvo el solo caso de enfermedad grave. Á esta primera mortificacion añadió el Santo el ayuno durante cási todo el año. Mientras andaba atareado en establecer el cuarto voto que hemos dicho, el sumo pontífice Paulo II quiso tener noticias directas

[1] Las armas ó escudo de la Órden consisten en la palabra *Caridad* de oro rodeada de rayos de lo mismo en campo azul.

de Francisco, de quien la fama pregonaba maravillas, y con tal objeto le envió un prelado de su corte, quien, llegado á Calabria donde estaba el Santo, y al divisar á este, quiso arrojarse á sus piés y besarle las manos; pero Francisco, rehuyéndolo con humildad, le dijo, aunque nunca le habia visto: «Yo soy el que debo humillarme ante «vos, pues hace treinta y tres años que estais condecorado con el sa«cerdocio.» El prelado, sorprendido á mas no poder, le dijo que iba con encargo del Sumo Pontífice para informarse de su manera de vivir y de sus discípulos, vida que calificó de rigor indiscreto y de peligrosa singularidad. El Santo le dejó concluir; pero como se trataba de afianzar el cumplimiento de la vida cuaresmal que instituyó por órden del cielo, tomó unas ascuas en sus manos, y conservándolas sin quemarse, contestó al prelado: «Si por virtud de Dios hago es«to, no dudeis que con auxilio de la gracia se pueden suportar la vida «mas austera y los mas arduos rigores de la penitencia.» El prelado, asombrado de ver el milagro, quiso postrarse á los piés del Santo y recibir su bendicion; pero léjos de consentirlo Francisco imploró la suya con tal humildad, que se la hubo de dar, volviéndose á Roma lleno de veneracion hácia el hombre de Dios. El relato que hizo al Papa y á toda la corte romana preparó las gracias que despues la Santa Sede fué otorgando á la Órden de los Mínimos.

Dios se complacia en evidenciar por medio de prodigios la santidad de su favorito. Precisado á hacer varias correrías para el establecimiento de su Órden, tuvo una vez que trasladarse á Sicilia; acércase á la playa con dos compañeros, llama al patron de un buque para que los reciba á bordo; pero el marino, viendo su pobreza, se niega; entonces lleno de confianza en el Dios que gobierna las olas y las tormentas, en el Dios que abrió los abismos del mar Rojo ante los israelitas, y que hizo andar á Pedro sobre las aguas, Francisco extiende en ellas su capa, y sentado encima con sus camaradas trasládase felizmente á Sicilia dejando confuso de vergüenza y asombro al avaro patron del barco. Recibiéronle en la isla como un Ángel bajado del cielo, y las gentes se precipitaban para admirar al nuevo taumaturgo.

El eco de estos milagros pasó los límites de Italia, y llegó á oidos de Luis XI de Francia. Este Rey, poseido de un gran temor de morir, con la esperanza de que el siervo de Dios podria retardar el momento con ayuda de sus oraciones, escribió al Papa su-

plicándole que diese órden al Santo de pasar á Francia. Sixto IV envió dos breves á Francisco, secundando este deseo; el Santo obedeció, y á pesar de su extrema repugnancia y de la enorme violencia que á su modestia debió hacer, consideró la voz de san Pedro como una órden emanada del cielo. Recibiéronle en Nápoles con la misma pompa que á un legado apostólico ó que al mismo Rey; salió á su encuentro toda la corte, en medio de tal afluencia de pueblo, que, á no acompañarle el Príncipe de Tarento hijo del Rey, le hubiera sido imposible dar un paso.

Tambien en Roma el Santo Padre le hizo tributar honores que no se hacen á los monarcas; los Cardenales le visitaron ceremoniosamente, y en tres audiencias que mereció de Sixto ocupó á su lado un asiento igual al suyo. Queria el Pontífice conferirle dignidades eclesiásticas, pero Francisco, humildísimo siempre, lo rehusó, aceptando solo entre las muchas ofertas que se le hicieron la de poder bendecir velas y rosarios para regalarlos en Francia, cuyo permiso fue orígen de una porcion de milagros que obró en el reino Cristianísimo.

Sabedor Luis XI de que el Santo llegaba á la Turena, salió á recibirle con todo aparato, y al verle se echó á sus piés suplicándole le dilatase la vida. Francisco respondió lo que un Santo debia responder á tal peticion: «Solo Dios es dueño de la salud, y en sus manos «está la vida de los monarcas, así como las de los restantes hombres; «de consiguiente á él es preciso recurrir, y someterse ciegamente á «su santa voluntad.» El Rey alojó á san Francisco en su propio palacio, le consultó repetidas veces, y habiéndole rogado que le preparase para la muerte, el Santo puso todo ahinco en llenar este último deber. Por medio de sus oraciones obtuvo un cambio radical en los sentimientos del Rey, quien espiró entre sus brazos el dia 4 de agosto de 1483 perfectamente sumiso á la voluntad de Dios, habiéndole antes encomendado sus tres hijos y el reposo de su alma.

Cerca del palacio fundó san Francisco un monasterio, donde el Señor tuvo á bien revelarle la proximidad del dia en que le iba á sacar de este mundo para darle la recompensa inmortal. Efectivamente, entróle calentura el domigo de Ramos de 1507; pero sosteniendo hasta el fin su vida penitente, no quiso recibir auxilios ni lenitivos; el Jueves Santo hízose conducir á la iglesia, y habiéndose

confesado recibió la sagrada Eucaristía al igual que sus religiosos la recibian aquel dia, esto es, con los piés descalzos y una soga al cuello. De regreso á su celda, como un hermano fuese á preguntarle si querria le lavasen los piés despues de comer, insiguiendo la costumbre de la Iglesia, respondió que no, pero que al otro dia harian de su cuerpo lo que quisiesen; en efecto, espiró el dia siguiente, Viernes Santo, 2 de abril. La Órden de san Francisco de Paula se propagó con celeridad por todos los ámbitos de Europa, penetrando hasta en las Indias, y doquiera ha operado grandes frutos de santificacion [1].

Satisfecha la Iglesia de ver reanimarse el fervor entre sus hijos, nada olvidó para reducir á la unidad á los griegos de Oriente. Ya dijimos que Focio, patriarca de Constantinopla, sembró las semillas del cisma en el ánimo de los griegos, y que Miguel Cerulario, otro patriarca de la misma ciudad, las fomentó : esta fatal levadura fué corrompiendo toda la masa, y á cada momento observábanse defecciones particulares mas ó menos considerables. Sin cesar la Iglesia romana, madre y señora de todas las restantes, dirigia á su hija de Constantinopla palabras las mas apacibles, aprovechando todas las ocasiones de desvanecer la prevencion que separaba á los griegos de los latinos; y los griegos por su lado parecian dispuestos á reconciliarse, como lo acreditan tantos concilios, en especial los de Letran, Lyon, Viena y Constanza, donde ambas Iglesias de Oriente y Occidente se abrazaron y firmaron una misma profesion de fe; sin embargo el carácter veleidoso y el espíritu sutil de los griegos halló siempre pretextos para quebrantar la unidad.

Durante el siglo que nos ocupa, llevóse á cabo en Florencia otra tentativa de reunion, en el concilio décimosexto ecuménico celebrado en esta ciudad el año 1439, en el cual se publicó y firmó por el Sumo Pontífice, cardenales, patriarcas y obispos de Oriente un decreto de union mucho mas explícito y solemne que los anteriores [2], creyéndose dejar con ello asegurada la paz para siempre; pero no bien los griegos hubieron regresado á su país, surgieron nuevas dificultades; recibióse mal á los que habian firmado; el pueblo y el Clero se conjuraron contra ellos, haciendo retractarse á muchos, y si al-

[1] Helyot, lib. VII, pág. 442; Godescard, 2 de abril.
[2] Fleury, lib. CVIII, pág. 39.

guno permaneció firme en la verdad, otros se pusieron á declamar de palabra y por escrito contra la alianza que habian firmado arrastrando á su partido la mayoría de los griegos.

Aquí es donde Dios aguardaba á ese pueblo culpable: hacia quinientos años, desde Focio hasta el concilio de Florencia, que cansaban al cielo con sus rebeldías contra la Madre comun de todas las iglesias, valiéndose de imposturas, diatribas, rebeliones incesantes, reuniones firmadas la víspera y quebrantadas el dia siguiente, observando en suma, en su conducta religiosa, lo mismo que en la política, espíritu de discordia y de doblez de corazon. Dios entonces pronunció contra su imperio la sentencia de muerte que otras veces dictó y seguirá dictando contra las naciones que se hallen en el mismo caso: «Yo os habia criado y puesto en el mundo para que «sirviéseis á Jesucristo mi Hijo, á quien dí todas las naciones en «herencia; de esto pendia vuestra felicidad; pero ya que rehusais «conocerle, diciendo como los judíos: *No queremos que reines sobre «nosotros*, vais á ser en presencia de todos los siglos el padron de su «cólera terrible: ya que no quisísteis servirle en gozo y en abun«dancia, serviréis á sus enemigos y á los vuestros en hambre, en «sed y en desnudez: ya que habeis sacudido un yugo ligero que os «hacia honor, llevaréis otro de hierro que os aplastará. Un pueblo «salido de los confines de la tierra volará hasta vosotros con la im«petuosidad del águila cuando persigue su presa; pueblo cruel, bár«baro, desapiadado, de quien ni siquiera entenderéis el idioma; el «cual no tendrá compasion ni humanidad [1].» Vamos á ver cómo literalmente se cumplieron estas tremendas amenazas.

Dice el Señor, y dando un silbido, como en otros tiempos para llamar á Asur contra su pueblo, aparécese el feroz conquistador Mahometo II caminando á marchas redobladas al frente de trescientos mil turcos. Ministro de las divinas venganzas, va á poner sitio enfrente de Constantinopla, como antes habia hecho Tito delante de Jerusalen, y desde los primeros dias de abril de 1453 toda la campiña queda cubierta de soldados que aprietan á la ciudad por tierra, al paso que una flota de trescientas galeras y doscientos navíos la bloquea por mar.

No pudiendo estas embarcaciones meterse en el puerto por estar cerrado con gruesas cadenas y defendido con ventaja, el sitiador man-

[1] Deut. XXVIII.

da cubrir hasta dos leguas de camino con planchas de abeto untadas con grasa y sebo en forma de quilla por las cuales á fuerza de máquinas y de brazos hace resbalar ochenta galeras, llevando á cabo en breves dias esta asombrosa operacion. ¡Júzguese del estupor de los sitiados cuando vieron toda aquella flota bajar por tierra á su puerto, y luego formarse á vista de ellos un puente de barcas, que sirvió para levantar baterías de cañones! Es verdad que por su parte no estaban mano sobre mano, pero como el Emperador sucumbiese en un ataque, desfallecieron del todo, la ciudad fue ganada, y penetrando en ella los enemigos furiosos saquearon, degollaron, cometieron inauditos excesos; de modo que el número de víctimas pasó de cuarenta mil, los cautivos de sesenta mil, y la dispersion de los demás fue tan considerable, que el Sultan tuvo que llamar gente de varias provincias de su imperio para repoblar la malhadada Constantinopla. Santa Sofía, el templo mas grandioso del Oriente, fue transformado en mezquita, y en lo alto de sus antiguas torres á la cruz reemplazó la media luna: el estandarte del despotismo y la barbarie, puesto en lugar del de la civilizacion y la libertad, prenunció el futuro destino de los vencidos criminales.

Desde entonces, en efecto, esa Grecia, patria de los Milcíades, de los Leónidas, de los Alejandros, de los Sófocles y de los Platones, se ha vuelto la tierra clásica de la servidumbre é ignorancia mas groseras. ¡Oh Reyes, oh pueblos, acabad de abrir los ojos! hé aquí lo que á las naciones cuesta el atreverse á decir al Cordero dominador del mundo, ¡no queremos que reines sobre nosotros! hé aquí lo que el Mahometismo da á los pueblos por él avasallados: hierros, servidumbre, y las tinieblas de la barbarie, al paso que el Cristianismo establece la verdad y difunde la luz del saber y de las artes en los países bárbaros que reciben su dulce ley. ¿Quién, pues, echará en cara á los Papas los esfuerzos que durante muchos siglos hicieron y los sacrificios á que se sujetaron para preservar á las naciones civilizadas de las invasiones del Islamismo?

Dueño de Constantinopla, Mahometo continuó ejerciendo su mision vengadora en todas las provincias reas de cisma: Corinto, Trebizonda, Teodosia, la Grecia y el Peloponeso entraron bajo su coyunda; ebrio por el triunfo quiso extender su bárbara dominacion hasta las islas y los pueblos que el Señor custodiaba, pero fue batido. El célebre Huniade le obligó á levantar el sitio de Belgrado; Scan-

derberg rey de Albania, y sobre todo el gran maestre de los caballeros de Rodas, Pedro de Aubusson, le dieron severas lecciones.

Entre tanto la Iglesia se hallaba sériamente alarmada, pues el Átila africano habia hecho el impío voto de acabar con todos los adoradores de Cristo, y llevaba ya derribados dos imperios, conquistados doce reinos y arrebatadas al poder cristiano mas de doscientas ciudades; Dios empero se encargó de tranquilizar á su Esposa. Una diarrea de pocos momentos libró al mundo del terrible Mahometo; y en seguida un príncipe magnánimo apareció en Occidente suscitado por el cielo para contrastar el poder otomano y arrebatarle por un lado lo que habia ganado por otro.

Fernando el Católico, tal es el héroe providencial que ahora cumple daros á conocer. Rey de Aragon por su cuna, y dueño de Castilla por su esposa D.ª Isabel, llegó á serlo por fuerza de las armas del reino de Granada: en el mes de noviembre de 1492 entró vencedor á la cabeza de cuarenta mil guerreros en esta capital del poderoso califato que los moros poseyeron durante cerca quinientos años; brillante conquista que rompió para siempre el cetro de los árabes en España. Hechos ya tributarios de la corona, Fernando é Isabel dedicáronse eficazmente á ponerles bajo el yugo del Evangelio, á lo que les ayudó mucho el gran cardenal Jimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo [1]; de cuyas resultas millares de moros recibieron el Bautismo é indemnizaron á la Iglesia de las pérdidas ocasionadas por el cisma de los griegos.

Mientras en el Mediodía de Europa se cumplian estos sucesos consoladores, el Norte llenaba de alegría el maternal corazon de la Iglesia. El ilustre Jagellon, rey de Polonia, acababa de atraer á la fe una dilatada region hasta entonces poblada de idólatras; los samogicios acababan de convertirse. Esta nueva conquista fue una indemnizacion para el Catolicismo, y otra prueba de que el sol del Evangelio es como el astro que ilumina á la naturaleza, el cual nunca se detiene ni apaga, y si deja un país es para pasar á otro.

Pero, ¡alegraos aun otra vez, Iglesia santa de Dios, ensanchad vuestros tabernáculos, porque aquí vienen nuevos hijos á recogerse entre vuestros brazos! En esta época algunos misioneros llegaron al Congo y hasta el interior de África, operando numerosas conversiones; las islas Canarias fueron descubiertas, y las Indias orientales

[1] *Vida del cardenal Cisneros*, por Fléchier, pág. 103.

se abrieron por el lado marítimo, con lo cual unas y otras recibieron la semilla evangélica.

Como si aun no bastaran tamañas indemnizaciones y consuelos, un mundo nuevo va á brotar como por ensalmo del seno de los mares; mundo que se dará por herencia á la Iglesia, la cual empezando por fijar en ella su tienda movible, erigirá luego templos y establecerá su imperio sobre millones de hombres que tendrán á honra ser hijos suyos, sin por esto dejar de ser siempre la grande Iglesia, la Iglesia católica.

El descubrimiento de América, que resarció las pérdidas ocasionadas por el cisma griego, y que además debia indemnizar los estragos que el Protestantismo causaria medio siglo mas adelante, es un hecho en que tan visiblemente aparece la Providencia, cuyos consejos ponen al servicio de la Iglesia para gloria de Jesucristo los acontecimientos de la política y los descubrimientos de las artes, los vuelos del genio y los proyectos y pasiones de los hombres, los vientos y las tempestades, en una palabra, la tierra y el cielo, que importa trazar en compendio su relato.

En las cercanías de Génova nació en 1449 un pobre pescador llamado Cristóbal Colon. Persuadido de muchacho que Dios lo habia criado para descubrir un nuevo mundo, consagróse con ardor al estudio de la astronomía, de la náutica y de las matemáticas. Lleno de confianza en sus proyectos, se fué á Portugal, donde en vano solicitó recursos para llevar aquellos á cabo; en seguida se dirigió á España, y habiendo hecho pedir al Rey Católico que le confiase algunos buques, tratáronle de loco. Sin desanimarse por esto, al través de negativas y desprecios logró obtener una audiencia del rey D. Fernando, quien le recibió en medio de toda su corte: el hombre sábio, con aquel tono y aire de inspiracion propio regularmente del genio, explanó su proyecto, y tan de fijo aseguró que descubriria un nuevo mundo, como que ya de antemano solicitaba el título de virey para sí y sus sucesores, pidiendo además el número de buques y el dinero indispensable. La respuesta que por entonces se le dió fue una risa de mofa y compasion; pero alentado por su amigo Fr. Juan Perez de Marchena, religioso francisco y prior del convento de la Rábida en Andalucía, siguió con su empeño adelante. El buen Marchena escribió á la reina D.ª Isabel, de quien habia sido confesor, y con tal recomendacion, la Reina, que por su lado veia algo de sobrena-

tural en el italiano, le proporcionó lo que deseaba. Así pues, el primer hombre que en España comprendió desde un principio al ilustre genovés y contribuyó con mas eficacia al descubrimiento del nuevo mundo, fue uno de aquellos pobres religiosos cuya pretendida ignorancia ha excitado muchas veces la *chispa* de nuestra *muy ilustre escuela volteriana* [1] !

Tres buques se confiaron á Colon, cuya partida dió márgen á una escena solemne : los habitantes de Palos reunidos en la playa, á vista de sus compatricios que por órden de la corte se veian obligados á intentar una navegacion arriesgada por desconocidos mares, en busca de un nuevo mundo y bajo la sola palabra de un extranjero, tenian embargados sus espíritus de terror y desolacion : el amigo buscaba la mano del amigo y se separaba de él llorando; las esposas y las madres miraban á sus esposos y á sus hijos como otras tantas víctimas inmoladas á los ensueños de un ambicioso; sus lamentos henchian los aires, y los mismos marineros, enternecidos ó medrosos, respondian con lágrimas á tan sombría despedida. En medio de esta escena tan desgarradora y agitada descuella serena la hermosa figura de Colon, quien, lleno de confianza en Dios, impone silencio á todos, y con voz solemne, fuerte y simpática, se coloca á sí y á sus naves bajo el amparo de la Providencia, y oida misa con toda la tripulacion, comulga públicamente, despues de lo cual, firme y con tranquilo ademan, plácido y con severo contento pintado en el rostro pasa á ocupar su sitio en la almiranta *Santa María*. Dase la señal de partida, y el viernes 3 de agosto de 1492 zarpa la flotilla impelida de favorable viento, y á las nueve semanas de navegacion descúbrese la primera isla americana.

Colon abordó á ella el viernes 12 de octubre : al pisar la tierra tan deseada, hincó ambas rodillas y dió gracias al Señor por el feliz resultado de su empresa, imitando su ejemplo toda la tripulacion; y luego, no menos ardiente cristiano que fiel vasallo, el inmortal marino tomó posesion de la misma en nombre de Dios y del Rey de España, y la llamó *San Salvador*. Los habitantes eran pobres salvajes que huyeron al ver á los españoles; pero despues amansándose por grados, llegaron á trocar su oro por abalorios y bujerías [2]. Colon,

[1] *Vida de Colon*, por Washington Irving, t. I, pág. 97 y sig. Debe advertirse que Irving es protestante.

[2] Con este primer oro venido de América, que los Reyes de España ofre-

de regreso á España, fue recibido con singulares honores, y si mas adelante emprendió un segundo y un tercer viaje, al fin, calumniado y caido en desgracia, ese hombre que acababa de dar un mundo al Rey de España, murió en la pobreza, sin tener siquiera el consuelo de dejar su nombre á aquella tierra nueva llamada *América*, en obsequio á Américo Vespucio, navegante florentino, quien siguió el camino trazado por Colon; ¡para que se vea lo que hay que fiar en la gratitud de los hombres!

La leccion siguiente nos explicará por qué causa este nuevo mundo salió, como por milagro, del seno del Océano, en este siglo y no en otro.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los milagros providenciales con que habeis conservado y consolado á vuestra Iglesia; haced que mi corazon comprenda toda la gratitud que os es debida.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nunca obraré por respetos humanos, sino solo para agradar á Dios.*

cieron á la Vírgen María, se doró el artesonado de la iglesia de Santa María la Mayor en Roma.

LECCION XLVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVI).

La Iglesia violentamente atacada : Lutero, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII.— El Protestantismo considerado en sus autores, en sus causas, en su dogma, en su moral, en su culto, y en sus efectos.

Vamos á asistir al mayor combate que se haya librado contra la Iglesia nuestra madre desde el Arrianismo; como si el infierno en el siglo XVI hubiese querido poner en campaña todos sus ejércitos. Cuatro sectarios gigantescos aparecen sucesivamente enarbolando el pendon de la revuelta, no para atacar un dogma, un Sacramento ó una práctica particular de la Religion, sino la autoridad misma de la Iglesia, base del dogma y de la moral. Su voz de guerra la forman aquellas palabras diabólicas que perdieron al linaje humano: *Romped el yugo de la autoridad, y seréis como dioses;* y los pueblos desagradecidos creen ser bastante fuertes é ilustrados para bastarse á sí mismos, y se alistan en tropel bajo las banderas de la rebelion, atacando con furiosa saña á esa antigua Iglesia que les diera su libertad, su educacion, su morigeracion, su civilizacion, sus leyes, su supremacía y hasta su existencia.

El pretexto de semejante revuelta fueron ciertos abusos verdaderos ó supuestos; pero la causa real era otra : el orgullo humano impaciente contra el yugo de la autoridad, y deseoso de emanciparse : hé aquí los comienzos del *Protestantismo*, palabra que de sí dice ya bastante. En su orígen el Cristianismo hubo de arrostrar la rebeldía de la fuerza material, personificada en los emperadores romanos; seis siglos despues hubo de contrarestar la de los sentidos, simbolizados en Mahoma; mil años mas adelante debió sostener la del orgullo representado por Lutero, de manera que en tres distintas épocas sus enemigos fueron la ambicion, el deleite y el orgullo; por desgracia, esos tres enemigos los tendrá eternamente.

Demos á conocer desde luego á los campeones del orgullo sublevado, ó sea el Protestantismo, dignos en verdad de la causa que defienden.

1.° *Lutero.* Lutero nació en Alemania el año 1484. Habiendo sido muerto por un rayo un compañero suyo con quien paseaba, afectóle de tal modo este accidente que profesó en la religion de los Agustinos. Embebido allí en la lectura del heresiarca Juan Hus, concibió una violenta ojeriza á la Iglesia romana, y ardiente, impetuoso, infatuado, no tardó en verter su virulencia y veneno en varias tésis públicas que hizo sostener en 1516. Como el papa Leon X publicase á la sazon una indulgencia á favor de los que contribuyesen á la obra de San Pedro de Roma, quitóse de todo punto la máscara, y empezando por atacar las indulgencias, siguió por la libertad del hombre, por la confesion, por la primacía del Papa y por los votos monásticos. Con bula del año 1520 el Sumo Pontífice condenó sus errores; pero la respuesta del fraile apóstata fue quemar este documento en la plaza de Wittemberg.

Entonces dió á luz su tratado *Del cautiverio de Babilonia*, en que despues de declarar que siente haber sido tan comedido, expia su falta desatándose en las mayores injurias que el mas violento frenesí puede inspirar á un hereje, y concluye estimulando á los Reyes á que se emancipen del yugo papal, suprimiendo de una plumada nada menos que cuatro Sacramentos. Como esas osadas tentativas motivasen fuertes reclamaciones, Lutero, para abonar su conducta en cierto modo, escogió por juez la facultad de teología de París, cuyo profundo saber habia siempre respetado; pero la facultad le condenó por unanimidad. Entonces la respuesta del fraile apóstata fue vomitar nuevas y mas groseras injurias contra los que así le reprobaban.

Al propio tiempo Enrique VIII, rey de Inglaterra, publicó contra él una obra que dedicó á Leon X, mereciendo por ella el título de *Defensor de la fe*, que sus sucesores han conservado y grabado en sus monedas. Lutero, lleno de coraje, respondió con dicterios como solia, y para que se juzgue de la amenidad de su estilo, hé aquí una muestra: «Dudo, dice, que la misma locura sea tan insensata como «la cabeza de ese pobre Enrique. ¡Cuánto me gustaria poder re«vestir de fango y basura á esta soberbia majestad inglesa! ¡y por «cierto que me sobra razon! Véngase V., señor Enriquillo, y le en«señarémos cuántas son quince [1].»

Encerrado en una torre bajo la tutela de Federico, elector de Sa-

[1] *Veniatis, domine Henrice, ego docebo vos.* Á propósito de esta frase

jonia, el inflamado apóstol escribia cuantas locuras le pasaban por las mientes: entre otras dijo que en una conferencia habida con el diablo, le reveló este que si queria salvarse debia suprimir las misas rezadas, y en consecuencia escribió contra las misas rezadas. Pero una torre era recinto harto angosto á semejante hombre: toda la Alemania fue desde entonces el teatro de sus glorias, y para ganar prosélitos dispensó á los eclesiásticos y religiosos de ambos sexos el voto de continencia en un libelo donde se conculca el pudor en mil lugares. Despues de apelar á la impudencia, agasajó á la avaricia con otro libelo salido en 1522, con el título de *Tratado del fisco comun*, en que incitaba á los Reyes á apoderarse de las rentas de los monasterios, obispados, abadías, y en general de todos los beneficios eclesiásticos: el cebo del botin le valió mas parciales que sus varios libros, y este partido se engrosó rápidamente con toda clase de gentes impuras y de soberanillos ambiciosos, extendiéndose por gran parte de la Alemania.

Hácia esa época el fundador del nuevo Evangelio echó por las ramas el sayal agustiniano, y el año siguiente 1525 se casó con una monja que él mismo arrebató del convento. Pero aun dió al mundo cristiano otro espectáculo mas singular, cuando públicamente autorizó á Felipe, landgrave de Hesse, para enlazarse con dos mujeres. Afligido el emperador Cárlos V de ver tan escandalosos excesos, convocó una dieta ó asamblea de príncipes alemanes en Spira, el año 1529, de cuyas resultas los Luteranos adquirieron el nombre de *Protestantes*, por haber protestado contra el decreto de esta asamblea que mandó seguir observando la religion de la Iglesia católica.

Entonces acabó de exasperarse Lutero. Cada año publicaba algun escrito contra el Sumo Pontífice, ó contra los reyes y los teólogos católicos; hé aquí algunas muestras de su estilo: á Roma la llamaba *la escoria de Sodoma, la prostituta de Babilonia;* al Papa *un canalla que escupia diablos;* á los Cardenales *unos tahures á quienes era necesario quitar de en medio.* «Si en mis manos estuviera, decia, haria un «solo lio del Papa y de los Cardenales, y los echaria de cabeza al «mar. Yo doy mi palabra y pongo á Jesucristo por fiador de que es«te baño los curaria radicalmente.» Las lindezas que regalaba á los teólogos eran por el mismo estilo, llamándoles cuando menos *brutos,*

Erasmo no puede menos de observar que Lutero, ya que endilgaba groserías, debia siquiera escribir en buen latin.

puercos, epicúreos, ateos, etc. Tan arrebatado con sus parciales como con los Católicos, amenazaba, si le contradecian, retractarse de todo lo que habia enseñado, baladronada por cierto bien propia de un apóstol de la mentira; y una vez que los Zuinglianos, de quienes luego vamos á tratar, tuvieron la desgracia de disgustarle, exclamó: «Tienen el diablo en el cuerpo, y están endiablados, superen«diablados; su lengua es lengua de mentira, movida á gusto de Sa«tanás, embebida, saturada de su veneno infernal.» En medio de tales iras no vacilaba en llenarse á sí mismo de improperios, diciendo que *estaba lleno de diablos, satanizado, persatanizado*, etc. ¿Qué apóstol de la verdad se produjo jamás en tales términos?

Desde su prevaricacion, la vida de este infeliz fue una vida en que solo se echan de ver furibundas declamaciones y las mas estragadas costumbres. Consérvase todavía cierta Biblia, al pié de la cual hay una oracion en verso aleman escrita de puño de Lutero, cuyo sentido es el siguiente: «Dios mio, por vuestra bondad proveednos de «vestidos, de sombreros, de capotas y de mantos, de becerros, de «cebones, de cabritos, vacas, carneros, terneras, y de todo lo ne«cesario para satisfacer todos nuestros apetitos: comer bien y beber «bien, hé aquí el gran medio para pasar los dias sin fastidio [1].» Esta especie de oracion en que la indecencia, la impiedad, la lujuria y la glotonería rivalizan entre sí, da una cabal idea del caudillo de la pretendida Reforma, el cual murió de una indigestion en 1546 á la edad de sesenta y dos años.

Monje apóstata y corruptor de una religiosa, amigo de tabernas y francachelas, socarron impío y asqueroso, el primero en echar fuego á la Iglesia so pretexto de reformarla, y que por prueba de su extraña mision, la cual ciertamente requeria milagros de primer órden, á la manera que Mahoma con el alfanje, solo ofreció los progresos del libertinaje y los excesos de la discordia, de la revuelta, de la crueldad, del sacrilegio y del latrocinio; tal fue Lutero [2].

2.° *Zuinglio*. Párroco de Nuestra Señora de las Ermitas, en Suiza, y luego predicador en Zurich, Zuinglio imbuido en las doctrinas de Lutero se puso á dogmatizar; es decir, atacó cuanto la Iglesia hasta entonces habia enseñado y practicado: indulgencias, autori-

[1] Cristian Juncker, *Vita Lutheri*, pag. 225.

[2] Véase *Viaje de un caballero irlandés en busca de una religion; Vida de Lutero*, por Juncker; y la misma por Mr. Audin.

dad pontificia, sacramento de la Penitencia, votos monásticos, celibato clerical, y abstinencia de ciertos manjares. Juntando el ejemplo al precepto, el flamante apóstol arrogóse presuroso la libertad que á los demás predicaba, casándose con una rica viuda; porque es de saber que el casamiento fue, como en las comedias, el desenlace obligado de todas esas farsas de reforma. Su doctrina revolvió á la Suiza entera tan feliz y tranquila hasta esta época; los cantones protestantes armáronse contra los católicos, y Zuinglio hubo de acaudillar á sus secuaces, y conducirles al campo, donde á pesar de su vaticinio perdieron la batalla, siendo él mismo otro de los muertos, año de 1531 [1].

3.° *Calvino.* Este nuevo apóstol de la pretendida Reforma nació en la diócesis de Noyon el año 1509, y si bien obtuvo un beneficio, nunca llegó á ser sacerdote. El desarreglo de sus costumbres le valió ser marcado con hierro en mitad de la espalda [2]. Habiéndose ausentado de su patria, recorrió varias ciudades de Francia predicando los errores de Lutero, con añadidura de sus propios delirios; despues se fué á Basilea donde publicó su tratado *de la Instruccion cristiana.* Al igual que Lutero y Zuinglio, pasaba por un mismo rasero la doctrina, la moral y los ritos de la Iglesia en cuyo seno nació, rechazando culto externo, santos, jefe visible, obispos, sacerdotes, fiestas, cruz, en suma todas aquellas ceremonias y objetos que la Religion tiene por tan útiles al culto de Dios, y la filosofía tan necesarios á unos hombres materiales y groseros que solo por los sentidos, digámoslo así, se elevan á contemplar las cosas espirituales.

Despues de varias correrías por Suiza é Italia, el pretendido reformista fué á establecerse en Ginebra, en cuya ciudad, ese hombre que no queria papas en la Iglesia, llegó á ser no solo un papa, sino un verdadero déspota, pues la menor objecion ú oposicion á sus ideas era considerada como obra de Satanás, y delito digno de la hoguera. Habiendo osado contradecirle el jóven Miguel Servet, médico español, por órden suya fue quemado vivo. Á sus discípulos les aconsejaba proceder del mismo modo contra cuantos se opusieran á su doctrina, y escribiendo á du Poët, á quien titula *general de la religion en el Delfinado*, le dice: «No vacileis en limpiar el país de ese «hato de celosos ganapanes que por medio de sus arengas exhortan

[1] *Historia de la Reforma en la Suiza occidental,* por Mr. de Haller.

[2] Véase Mr. Jacques en su *Teologia.*

«á los pueblos á recalcitrar contra nosotros, afeando nuestra conduc-«ta y presentando como una quimera nuestra creencia. Esos móns-«truos se han de ahogar como yo he hecho aquí con Miguel Servet.» Tal era la caridad de este varon *evangélico* : en cuanto á la pulcritud de estilo, los cumplimientos mejores que dirigia á sus adversarios era apellidarles *puercos*, *borricos*, *caballos*, *toros*, *borrachos* y *rabiosos*, etc. Sin cesar incitaba á sus parciales á que se apoderasen de las riquezas de los Católicos, diciendo : «Que esto debia hacerse por «amor de Dios, al objeto de poder sostener su rebañuelo; pues sin «medios grandes y poderosos, toda buena voluntad seria inútil.»

Orgulloso, impúdico y cruel, murió Calvino desesperado, víctima de una enfermedad vergonzosa, que á los ojos de sus propios discípulos fue un notorio castigo de la justicia divina [1], acaeciendo su triste fin en Ginebra el año 1554.

4.° *Enrique VIII.* El cuarto reformista de la Religion fue Enrique VIII de Inglaterra. Este Rey que al principio habia rebatido los escritos de Lutero, mientras se mantuvo casto fue buen católico; pero como Clemente VII rehusase invalidar su matrimonio conforme él pretendia, pues era muy legítimo y no puede un Pontífice separar lo que Dios ha unido, Enrique pasó adelante, repudió á su esposa, y casó con Ana Bolena. Excomulgado el impúdico Príncipe, al objeto de esquivar los anatemas de la Iglesia hízose declarar *patrono y jefe supremo de la iglesia en Inglaterra*, quedando así hecho papa; y si bien nada tocó de la doctrina, dado el primer paso, el cisma no tardó en acarrear la herejía. Efectivamente, en un país tan bien dispuesto, los flamantes errores encajaron como de molde, y á pesar de Enrique, y aun sin saberlo, ya en su vida el Luteranismo empezó á propagarse, y despues de él Eduardo VI abolió enteramente la religion católica.

Mas ocupado en satisfacer sus pasiones que en establecer su iglesia, el veleidoso Monarca tomó hasta cinco mujeres, que repudió una tras otra enviándolas al patíbulo; y dícese que antes de morir, despues de pasear una mirada por los que le rodeaban, exclamó :

[1] Calvinus in desperatione finiens vitam obiit, turpissimo et foedissimo morbo, quem Deus rebellibus et maledictis comminatus est, prius excruciatus et consumptus. Quod ego verissime attestari audeo, qui funestum et tragicum illius exitum et exitium his meis oculis praesens aspexi. *(Ioan. Haren. Apud Petr. Cutsemium; Vida de Calvino,* por Mr. Audin.

«Amigos mios, todo lo hemos perdido, nacion, fama, conciencia y «cielo.» Acaeció su muerte el año 1547.

Considerando, pues, el Protestantismo, que hoy dia por tantos medios se procura generalizar:

1.° *En los hombres que lo establecieron*, hallamos que tuvo por fundadores cuatro desalmados libertinos, cuatro hombres á quienes ninguna persona decente quisiera parecerse. Y ¿seríais Vos, buen Dios de toda santidad, el que habríais escogido tales ministros para reformar la Iglesia vuestra esposa, y enseñar la verdad y la virtud? ¡Créalo quien quiera!

2.° *En sus causas.* Estas son orgullo, codicia y sensualidad. Federico rey de Prusia, protestante y filósofo, decia que Lutero y Calvino eran unos *pobretes.* «No se crea, añade otro escritor, que los «sectarios del siglo XVI fuesen unos talentos descollantes, porque «sucede con los jefes de secta lo que con los embajadores; á veces «los talentos medianos son los que sacan mejor partido, mientras «ofrezcan buenas condiciones. El principal apóstol de la Reforma en «Alemania fue el amor á los bienes eclesiásticos; en Francia fue el «amor de la novedad; en Inglaterra el amor lúbrico.»

3.° *En su dogma.* Á un solo artículo se reduce el símbolo protestante: *Creo lo que quiero.* En efecto; el principio fundamental, único y universal del Protestantismo, es que cada cual busque su religion en su Biblia, sin admitir mas que lo que él encuentre y no otro alguno; así que, el Protestantismo enseñando la Biblia á los pueblos, les dice: «La verdad, toda la verdad se contiene en este libro; «pero ¿qué es la verdad? ¿qué es el Cristianismo? yo lo ignoro; «tú búscalo en la Biblia; búscalo, sea quien fueres, hombre, mujer, «niño, sábio, ignorante, etc.; busca y despues díme: ¿Has encon«trado en la Biblia el misterio de la Trinidad? ¿Crees en él? ¿sí? «pues eres cristiano; ¿no crees? tambien eres cristiano. ¿Crees en «la divinidad de Jesucristo? eres cristiano; ¿no crees? tambien lo «eres. ¿Crees en la eternidad de las penas? eres cristiano; ¿no «crees? no importa, ¡tambien así eres cristiano! Cualesquiera que «fueren tus opiniones, por poco que finjas apoyarlas en la Biblia, «basta esto para que seas cristiano; y sin embargo lo que tú crees, «otros lo niegan; lo que para tí es verdadero, para ellos es falso. «¿Quién, pues, tiene razon? Eso no me lo pregunteis: vosotros «permaneced tranquilos en vuestra indecision, y no dudeis que se

«puede ser buen cristiano sin saber lo que debe creerse para serlo.»

Tal es, palabra por palabra, la doctrina del Protestantismo. ¿Qué resultó de aquí? Que en breve hubo entre los Protestantes tantas religiones como indivíduos: uno creyó ver en la Biblia que hay cinco Sacramentos, otro creyó ver cuatro, otro dos, otro ninguno. Á tal extremo llegó la cosa, que ya en vida de Lutero contábanse entre sus discípulos treinta y cuatro religiones diversas, las que recíprocamente lidiaban, se denigraban y anatematizaban, estando únicamente ligadas por su odio contra la verdadera Iglesia. Desde aquella época, las sectas protestantes se han multiplicado á lo infinito, y cada dia retoñan otras nuevas, bastando observar que en la sola ciudad de Lóndres é inmediaciones hay mas de ciento [1], y en cada secta las profesiones de fe se reproducen y pululan como las hojas de los árboles. «Así es, decia no ha mucho un profesor protestante, que nues-«tra religion se halla absolutamente disuelta á consecuencia de la «multiplicidad de confesiones y sectas que han ido surgiendo du-«rante y despues de la Reforma. Y no solo la apariencia exterior de «nuestra iglesia ha sufrido modificaciones innumerables, sino que

[1] Hé aquí el nombre de las principales, tan extravagante como lo son sus doctrinas: Anglicanos, Colegianos, Hacientes, Lagrimantes, Indiferentes, Multiplicantes, Bramantes, Cuákeros, Shakeros, Jumpers, Groanners, Metodistas, Wesleyanos, Wifeldianos, Milenarios, Adamistas, Racionalistas, Generacionistas, Sonthestistas, Anabaptistas, Adiaforistas, Entusiastas, Pneumáticos, Brownistas, Interimitas, Menonitas, Berboritas, Calvinistas, Evangelistas, Labadistas, Luteranos, Lutero-Calvinistas, Bautistas, Lutero-Bautistas, Universales-Bautistas, Meincerianos, Sabbatarianos, Puritanos, Armenios, Socinianos, Zuinglianos, Calvino-Zuinglianos, Osiandrianos, Lutero-Osiandrianos, Stanerinianos, Presbiterianos, Anti-Presbiterianos, Lutero-Zuinglianos, Syneretinianos, Synerginianos, Ubiquistianos, Pietistianos, Bonakerianos, Versechorianos, Latitudinarios, Cesederianos, Burrignonianos, Camisarienses, Glasinienses, Sandemanienses, Hertchonsinianos, Cameronianos, Filisteos, Mariscalianos, Hopkinsinianienses, Necesarianos, Edwarianos, Priestlianos, Relief-Cecedrianos, Burgerienses, Anti-Burgerienses, Bereanianos, Ambrosianos, Moravios, Monasterianos, Antimonienses, Anomenios, Munsterianos, Mamilarios, Clancularios, Grubenharios, Staberios, Bacularios, Nuperales, Sanguinarios, Confesionarios, Unitarios, Trinitarios, Anti-Trinitarios, Convulsionarios, Anti-Convulsionarios, Impecables, Alegrines, Asperones, Taciturnos, Demoníacos, Llorones, Libres, Concubinos, Apostólicos, Espirituales, Olleros, Pastoricidas, Conformistas, No-Conformistas, Episcopales, Místicos, Concienzudos, Socialistas, Puseistas: total 110. (Extracto de la obra inglesa titulada: *Guia con objeto de alcanzar la verdad y la felicidad*, pág. 85). ¡Bonita página para añadida á la *Historia de las Variaciones*!...

«aun interiormente está desunida y fraccionada así en principios co-«mo en opiniones [1].»

En 1835 decia otro: «La Reforma, en sus iglesias segregadas y «en su poder espiritual, se parece á un gusano cortado en diminu-«tos fragmentos, los cuales siguen meneándose mientras conservan «su primera vitalidad, pero al último acaban por perder la vida y el «movimiento que habian conservado [2].» Otro añade: «Si Lutero sa-«liese hoy del sepulcro, no reconoceria por suyos, ni aun por miem-«bros de la sociedad que fundó, á esos apóstoles, que en nuestra «iglesia pasan hoy dia por sucesores de él [3].» Un tercero añadió: «La divergencia de los pastores engendra un mar de confusion en «la mente y en el corazon del pueblo, el cual en vano escucha y lee, «porque ya no sabe por dónde anda, ni qué debe creer, ni qué ha «de seguir [4].» Es tal el desquiciamiento, que otro protestante en una reciente publicacion *apostaba poder escribir en la uña de su dedo pulgar todas las doctrinas admitidas aun por la generalidad de los Protestantes* [5]. En conclusion observa otro: «El Protestantismo, á puro «reformar y protestar, queda reducido á una hilera de ceros á la iz-«quierda [6].» ¡Hé aquí la religion que algunos ilusos quisieran imponernos! ¿no vale mas decir que esto es la negacion de toda religion?

Es inútil detenerse en analizar las perpétuas inconsecuencias de los Protestantes: ellos, que rechazan toda autoridad y tradicion en materia religiosa, ¿cómo saben que la Biblia es un libro divino? ¿acaso no es por la autoridad de la tradicion? Y si esta les parece infalible cuando dice que la Biblia procede de Dios, ¿por qué no se lo ha de parecer cuando enseña otras verdades que rechazan? ¿Cuándo acabaréis de tener dobles pesas y medidas? ¿Cuándo llegaréis á ser lógicos con vosotros mismos? Ya que holgais el domingo, ¿quién os ha dicho que este es el dia del Señor? ¿no es precisamente la autoridad de la tradicion? ¿Por qué suprimísteis las fiestas? ¿Por qué no haceis abstinencia en la Cuaresma, en las vigilias, en los viernes

1 Wette, *Los Protestantes*, 1828.
2 Las iglesias cristianas, 1835.
3 Reinhard, *Discurso acerca la Iglesia*, 1800.
4 Ludke, ministro.
5 Harus, ministro en Kiel.
6 Schmaltz, jurisconsulto prusiano.

y sábados de cada semana, segun la autoridad de la tradicion y la antigua usanza de la Iglesia? ¿De dónde sino de la tradicion sacásteis que el Bautismo por infusion es válido, cual otras varias prácticas que mirais como sagradas?

4.° *En su moral.* El decálogo de los Protestantes se reduce á un solo precepto: *Practicarás lo que tú creas.* Segun hemos demostrado, el protestante puede creer todo lo que quiere, es decir, todo lo que en su juicio le parece verdadero; de suerte que podrá hacer cuanto se le antoje, siendo siempre protestante, sin que otro de su creencia tenga derecho á impedírselo, segun ha sido siempre y sucede todavía entre ellos. Así, por ejemplo, Lutero establece por base de su moral que las buenas obras son inútiles y hasta nocivas para la salvacion; que el hombre es puramente una máquina sin libertad moral, incapaz de virtudes y de delitos; Calvino afirma que el individuo, una vez justificado por la fe, tiene asegurada la salvacion aun cuando despues se entregue á los mayores desórdenes; y así Lutero como Calvino pretenden hallar estas abominables máximas *categóricamente consignadas* en la Biblia. Á su vez los Anabaptistas dijeron: *En la Biblia encontramos que para cumplir las órdenes del cielo hemos de inmolar á los impíos, y confiscar sus bienes á fin de establecer un mundo nuevo;* y vióseles la Biblia en una mano, la tea en otra, y la espada al cinto quemar, matar, talar y asolar toda la Alemania [1]. En pos de los Anabaptistas salieron los Familistas, sosteniendo, siempre segun la Biblia, *que es bueno perseverar en el pecado al objeto de que la gracia abunde;* y luego los Antimonianos, cuyo principio era *que el adulterio y el asesinato santifican en la tierra y hacen bienaventurado en el cielo.*

Si se estudian las innumerables sectas protestantes, veráse que no existe punto alguno de moral que una ú otra de ellas no haya negado, pues de ninguno el Protestantismo puede decir *debemos conformar á él nuestra conducta,* por la sencilla razon de que de ningun dogma puede afirmar: *debemos creerlo y sujetar á él nuestra razon.* En resúmen: así como el símbolo del Protestantismo viene á ceñirse á este solo artículo: *Creo lo que me parece cierto;* su código de moral puede reducirse á este otro: *Debo practicar lo que me parece bueno,* fórmula de moral sumamente elástica, que cualquier hombre sabrá muy bien acomodar á sus pasiones, por grandes que ellas sean, co-

[1] Véase la *Vida de Juan de Leyden y de Munzer.*

mo sabrá tambien acomodar á sus errores, por grandes que sean, la fórmula de fe correlativa.

5.° *En su culto.* El culto es la expresion de la fe y de la moral; mas como entre los Protestantes no hay fe ni moral obligatoria y uniforme, de ahí es que tampoco tienen ni pueden tener culto uniforme y obligatorio. El vacío de la Reforma por defecto de fe y amor aparece sensiblemente en sus templos, donde todo es frialdad, vacío, desnudez, no habiendo cosa mas glacial y triste que una ceremonia protestante. De la perpétua veleidad de opiniones nace la movilidad de los signos destinados á expresarlos; y así sucede con los Protestantes, que mientras unos consideran la predicacion cual acto religioso, los otros lo tienen por meramente civil, y mientras estos miran el Bautismo como rito inútil, aquellos lo encuentran muy necesario. Pero aun hay otra cosa mas increible: habiéndose recientemente congregado una porcion de luteranos y calvinistas de Alemania, sus ministros anunciaron que darian en la comunion la *realidad* ó bien la *figura* del cuerpo de Jesucristo, segun la voluntad y creencia del comulgante; de manera, que cuando este se acercaba á recibir aquella, el ministro le decia: ¿Crees recibir el cuerpo de Jesucristo? —Sí, respondia el luterano. —Pues bien, recibe el cuerpo de Jesucristo. —¿Crees recibir la figura de Jesucristo? —Sí, respondia el calvinista. —Pues bien, recibe su figura. ¿Qué es esto sino una sacrílega y ridícula farsa, una declaracion hecha por el Protestantismo á la faz del universo, de que ya no sabe qué creer acerca de la Eucaristía como acerca de lo demás, y que el acto mas augusto del culto cristiano á sus ojos queda reducido á una vana ceremonia, sobre la cual nada comprende? ¿Quién extrañará, en vista de eso, que tantísimos protestantes muestren una invencible aversion á un culto tan vacío y sin fe? Y, sin embargo, el tal culto se sostiene, bien así como las formas de un cadáver se conservan por algun tiempo aun despues de abandonada la vida, pero luego la putrefaccion empieza, y toda aquella máquina se reduce á polvo [1].

6.° *En sus efectos.* El Protestantismo es la causa primordial de todas las calamidades que han pesado sobre la Europa de trescientos

[1] Véase la carta de Mr. Laval, ministro protestante, explicando su conversion al Catolicismo.

años á esta parte [1]. Díganlo por nosotros los hechos. Apenas sus flamantes apóstoles hubieron sembrado la mala semilla entre el pueblo, un dilatado incendio recorrió la Alemania, la Francia, la Suiza y la Inglaterra; una guerra de treinta años, el saqueo de cien mil monasterios, sagrados asilos del saber, monumentos de la caridad de nuestros mayores; la devastacion y el despojo de mas de doscientas mil iglesias; rios de sangre desde el Norte al Mediodía de Europa; fechorías inauditas, odios atroces, perjurios, escándalos capaces de abochornar al mismo vicio, tales fueron los resultados inmediatos del Protestantismo. ¿Y esto seria la verdad? No, dice un impío célebre; la verdad jamás fue dañosa [2]. Para nosotros hé aquí la mejor prueba de que el Protestantismo no es la verdad.

La lógica inexorable viene á levantar actas de estos hechos aterradores, para hacer responsables de ellos á los reformistas del siglo XVI. Y á la verdad, ¿qué es el Protestantismo, á los ojos del observador imparcial, sino una llamada enérgica á las tres grandes pasiones que en diversas épocas de la historia hicieron estremecer al mundo? «El amor de los bienes eclesiásticos, dice un autor nada «sospechoso, fue el causante principal de la Reforma en Alemania, «así como en Francia fue el amor á la novedad, y en Inglaterra el «amor impuro.» ¿Qué es además el Protestantismo sino la deificacion de la razon privada y por ende la consagracion de la duda universal, primero en materia de religion y despues en todo lo demás? Ahora bien: no hay sociedad sin religion, no hay religion sin creencias, no hay creencias sin fe, y no hay fe con el derecho de dudar de todo, es decir, con el Protestantismo; luego con el Protestantismo no cabe religion, ni sociedad, sino solo revoluciones eternas, convulsiones sangrientas, catástrofes deplorables, cuales las vemos en la historia de Europa y del mundo hace tres siglos.

Si con plena exactitud se dijo de Voltaire, verdadero lógico del Protestantismo, «Voltaire no vió todo lo que hizo, pero hizo todo «lo que vemos;» con mayoría de razon puede decirse de Lutero, padre de la duda: «Lutero no vió todo el mal que hizo, pero «hizo todo el que nosotros vemos.» Recorred las naciones que han

[1] Grocio, famoso protestante, decia: Ubicumque invaluere Calvini discicipuli, imperia turbavere.

[2] J.-J. Rousseau.

abrazado el Protestantismo, doquiera en presencia del horrible cáos de opiniones á que se hallan abismadas y de la amarga duda que las corroe, oiréis á la conciencia universal pronunciar contra la Reforma este anatema tremendo : *Al matar la fe, ha muerto al Cristianismo y la sociedad.*

Vosotros, Lutero, Zuinglio, Calvino, Enrique VIII, que al imponeros espontáneamente vuestra mision os pusísteis de propia autoridad á reformar la Iglesia, oid lo que hicísteis: al proclamar con desprecio de la autoridad católica la independencia de cada hombre en materia de fe, surgieron delante de vosotros mismos otros reformadores para continuar la grande obra, pero reformando vuestra enseñanza, cual vosotros reformábais la de la Iglesia ; y si antes decíais: Desechamos esos y otros dogmas, porque repugnan á nuestra razon, ellos á su vez dijeron : Desechamos tales otros, porque nuestra razon no los admite. Vosotros habíais preguntado : ¿ Quiénes sois? Ellos á su vez os preguntaron : ¿ Quiénes érais para contradecir á la Iglesia? Y á esta pregunta nada supísteis responder. Es verdad que espantados ya en su principio de vuestra propia obra, columbrásteis sus progresos lamentables, y con asombro prevísteis para el porvenir esas interminables luchas de opiniones, esa barahunda inmensa de doctrinas, esa destruccion gradual de la fe que pensábais legar á la posteridad. ¡ Menguados! vuestros fúnebres presentimientos distaban aun muchísimo de la realidad, y si no vísteis cuanto habeis hecho, hicísteis cuanto nosotros vemos ahora. Apenas os cubrió la losa, nuevas sectas, despertando á la voz de revuelta que al mundo lanzásteis, desgarraron é hicieron trizas la poca fe que habíais conservado, aniquilando sucesivamente todo el símbolo de la Religion, hasta que al fin vuestros postreros discípulos han acabado por renegar de la divinidad misma de Jesucristo [1] : apostasía solem-

[1] Es público que el consistorio de Ginebra ha vedado á sus ministros predicar sobre la divinidad de Jesucristo. Seria curioso tomar nota de las jeremiadas que con tal motivo elevan los actuales ministros de Alemania, Inglaterra, etc.; hé aquí una muestra : « El espíritu anticristiano habla sin rebozo. Si « bien tenemos la Biblia por regla de fe, no me atrevo ya á decir cómo se la in- « terpreta : nuestras mismas universidades van tan léjos, que temo no estén « labrando su propia ruina, pues cuando la sal pierde el sabor, se la tira y « pisotea, y de seguro el diablo tiene mas fe que varios de nuestros doctores; « Mahoma mismo era mejor que ellos. ¡ Cosa maravillosa, y sin embargo cier- « tísima! Entre los turcos no habria uno capaz de blasfemar públicamente de

ne que hubiera arrancado á esa Religion un grito de ira general, á ser todavía cristiana, pero que ha sido ratificada por el escándalo de su silencio. Ya, pues, todo se consumó para ella : la obra del Protestantismo ha llegado á su último término, porque nada queda que reformar en el Cristianismo, despues de reformado su divino Autor... y ¡esa es la religion que en nuestra época se intenta imponernos!!!...

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme hecho nacer en el gremio de la verdadera Iglesia; ¡ojalá podamos consolarla por medio de la santidad de nuestra conducta!

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *rogaré á menudo por la conversion de los herejes.*

«Jesucristo, Abrahan, Moisés y los Profetas, y entre nosotros hay muchísi-«simos cristianos que lo hacen con sus palabras y escritos. Solamente los que «explican como hechos naturales los milagros del Nuevo Testamento forma-«rian una legion, y sus adeptos son tan numerosos como las estrellas del fir-«mamento.

«¿Quién duda que nuestros sermones, aun los de los intendentes y super-«intendentes generales, de los oradores de la corte y de los principales cape-«llanes, podrian sin inconveniente predicarse en una sinagoga judía ó en una «mezquita turca, con solo sustituir á los nombres de Jesucristo y Cristianismo, «usados por mera fórmula, aquellos en que el predicador cree junto con los «preceptos y doctrinas de la razon, y de los filósofos Sócrates, Mendelsohn, «Mahoma, etc., etc.? Tal es el abuso, que si un hombre hoy dia predica la pa-«labra de Dios pura y sin alteracion, si lo hace provechosamente confundiendo «al incrédulo, conmoviendo al indiferente, confirmando en su fe á los amigos «de Jesucristo, luego se dice : *Ese hombre predica el papismo.*»

Véase la obra del doctor V. Hœuningaus, protestante converso, titulada : *Resultado de mis excursiones por el campo de la literatura protestante; ó necesidad de reincorporarse á la Iglesia católica demostrada exclusivamente por las confesiones de los teólogos y filósofos protestantes.*—No puede menos de admirarse la osadía de la empresa de este escritor; solo dirémos que entre las autoridades que aduce en número de *mil ochocientas ochenta y siete,* no hay una sola de autor católico.

LECCION XLVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVI, CONTINUACION).

La Iglesia defendida : concilio Lateranense; Órden de san Juan de Dios; Jesuitas; san Ignacio; san Francisco Javier.

Hemos reconocido en la leccion que antecede el campamento enemigo de la Iglesia y los heresiarcas de que el demonio se valió durante el siglo XVI para menoscabar en la tierra la obra de la Redencion ; y en verdad, nunca sus esfuerzos fueron mas terribles, pero está escrito que las puertas del infierno no prevalecerán contra la *Iglesia* [1]. Al ejército enemigo Dios opone dos concilios generales, varios Doctores igualmente notables por su genio y por su santidad, cincuenta y nueve Órdenes ó congregaciones religiosas, y en fin, para resarcir las pérdidas sufridas en Europa, regala á su amada Esposa la América, las Indias y el Japon. Así pues, al propio tiempo en que el Protestantismo se sentaba victorioso sobre las ruinas de los altares y templos católicos que él habia derribado en muchos puntos de Europa, cuando se jactaba de asistir á los funerales de la Iglesia romana, esa Iglesia muestra mas superabundancia de vida y despliega sus fuerzas con nueva y prodigiosa majestad.

« Ved en Italia, en España, en Francia, cincuenta y nueve reformas ó nuevas Órdenes creadas para la educacion, la instruccion y la beneficencia, dirigidas á poner al servicio de la Iglesia todas las fuerzas disponibles y encarrilar insensiblemente por el mismo camino á las futuras generaciones. Pásmome ante las grandiosas figuras de esta época, los Cárlos Borromeos, los Ignacios, los Franciscos Javier, los Franciscos de Sales, las Teresas, los Pablos Justiniani, los Cayetanos de Thiena, los Pedros Caraffa, los Romillon, los Berullos, los Felipes de Neri, los Hugos Menardo, los Azpilcuetas, los Juanes de Dios, los Belarminos, los Baronios, los Vicentes de Paul, etc., etc.

« Veo á lo léjos el esplendoroso edificio de la Iglesia católica, eri-

[1] Matth. XVI, 18.



«gido en la América del Sur, donde la conquista se convirtió en mi-
«sion, y la mision se hizo civilizadora; miro en las Indias orienta-
«les, gran centro conquistado por el Catolicismo, la ciudad de Goa
«y sus contornos, donde en 1565 contábanse hasta trescientos mil
«cristianos nuevos; observo en el Japon otros trescientos mil cristia-
«nos en 1579; y posteriormente en 1606 trescientas iglesias y treinta
«casas de Jesuitas fundadas por el P. Valignano, y últimamente,
«á pesar de los furores de la persecucion, doscientos treinta y nue-
«ve mil trescientos treinta y nueve japoneses, convertidos desde el
«año 1603 al de 1622; veo además en China la primera iglesia de
«Nankin consagrada un año despues de la muerte del célebre Pa-
«dre Ricci, quien empezaba siempre dando lecciones de matemáti-
«cas para acabar por la Religion, y en 1616 varias iglesias cristia-
«nas se elevan en las cinco provincias del Imperio. Ningun año pa-
«saba entonces sin que se convirtieran millares de individuos, no
«obstante la viva resistencia de las religiones nacionales constituidas
«en Oriente; entre otros ochenta bramines convertidos por el P. No-
«bili en 1609, tres príncipes de la familia imperial de Akbar en el Mo-
«gol, convertidos por Jerónimo Javier, sobrino del Santo, en 1595;
«la comunidad nestoriana, devuelta á la fe; en Absinia, Selachristos,
«hermano del emperador, seguido de otras muchas personas, y lue-
«go el emperador Seltan Segueld comulgando segun el rito católico.

«Traladémonos á Roma y verémos distinguirse por un mismo
«carácter de austeridad religiosa cuantas eminencias ó capacidades
«descuellan en política, administracion, poesía, artes, ciencias, to-
«cando y reanimando la Iglesia con su hálito vivificador las fuerzas
«enervadas ó corrompidas de la existencia, y dando al mundo nue-
«vo impulso, nueva fisonomía.

«¡Qué prodigiosa actividad! La antigua Roma abraza al mundo
«entero, penetra á un tiempo en las Indias y en los Alpes, envia
«sus representantes y defensores al Tibet y á la Escandinavia; y sin
«embargo en toda la extension de ese inmenso escenario, véisla do-
«quier siempre jóven, enérgica, infatigable, transmitiendo del cen-
«tro á la circunferencia una impulsion que léjos de debilitarse con
«la distancia, se reproduce quizás con mayor brio entre los obreros
«situados en aquellos países lejanos. [1]»

[1] *Historia del Papado* por Leopoldo Ranke, autor protestante segun triste-
mente lo acredita su obra en varios pasajes.

Antes de desplegarse la herejía de Lutero, la Iglesia, solícita siempre por el bien de la cristiandad, habia congregado en San Juan de Letran de Roma su décimoséptimo concilio general, el año de 1512, cuyo principal objeto fue reanudar la paz entre los príncipes cristianos y formar una liga contra el Turco, enemigo siempre inminente de la Religion y de la civilizacion europea; pero gracias á Lutero, que con sus errores sembró la discordia en Alemania, esta liga no se llevó á efecto, y los musulmanes pudieron á mansalva asolar las provincias cristianas adyacentes á su imperio.

Al propio tiempo que la Iglesia velaba por la conversion de sus hijos, justificábase á la faz del universo de los viles cargos y calumnias con que el apóstata de Wittemberg trataba de mancillarla. Decia entre otras cosas á esta santísima Esposa de Jesucristo, que era una Babilonia, una prostituta, la voz de Satanás, y que carecia ya de verdad, santidad y caridad; pero *el árbol se conoce por el fruto,* como dice el Señor: *todo árbol bueno lleva buenos frutos, y el mal árbol lleva malos frutos* [1]. Así, mientras el Protestantismo predicaba guerra á los grandes, el saqueo de los bienes eclesiásticos, el libertinaje á los religiosos, y todo lo ponia en combustion, la Iglesia ofrecia al mundo uno de los presentes mas hermosos que haya podido hacerle, una prueba tan tierna de maternal caridad, que es imposible no reconocer en ella á la Esposa siempre legítima y verdadera del Dios de caridad.

Las bastardas pasiones puestas en agitacion por las doctrinas de Lutero y de Calvino, los trastornos que esto habia de producir, así como la decadencia y la pérdida general de la fe, todo eran concausas para el desarrollo de la enfermedad mas ominosa que á los hombres pueda afectar: la demencia iba á generalizarse aumentándose el número de locos hasta una proporcion desconocida aun en Europa. Sí, preciso es ya decirlo, despues que la ciencia ha sancionado este hecho y formuládolo en términos cási matemáticos: *De la pérdida de la fe á la de la razon no hay mas que un paso, y cuanta menos fe se observa en un pueblo, mas locos hay en él* [2]. Pero felizmente hé

[1] Matth. VII, 16, 17.

[2] Véanse las sábias investigaciones del Dr. Esquirol. El progreso de la locura desde la Reforma acá es un hecho tan notorio, que hasta ha llamado la atencion de los hombres de mundo: en la sesion de la cámara de los Pares de 5 de febrero de 1838 se hizo constar que el número de locos habia aumen-

aquí á la Iglesia que sale á atajar esta nueva calamidad y que remediará el daño causado principalmente por la herejía. Fúndase en aquel entonces la Órden de san Juan de Dios, cuyos religiosos, además de los tres ordinarios votos, forman el de asistir á los enfermos y en particular á los pobres orates. ¡Oh caridad católica, cuán admirable eres! Conociendo la flaqueza y veleidad del humano corazon, lo sujetas con lazo indisoluble, aquí á la cabecera del apestado, allí en el calabozo del esclavo, acullá en la jaula del loco; ¿y aun se dirá que nada tiene de sobrenatural una Religion que hace diez y ocho siglos realiza tales milagros? Si este gran milagro de caridad no procede de Dios, ¿de dónde procede?

San Juan de Dios fue el fundador de la nueva Órden: nació en Portugal el año 1495 de unos padres poco aventajados en bienes de fortuna, pero piadosos y caritativos. El deseo de ver mundo le impulsó desde muy jóven á dejar patria y familia; pero su partida afligió de tal modo á su madre, que falleció á las tres semanas. El volandero mancebo, privado de todo recurso, se vió luego en tanta miseria, que hubo de ponerse á servir para ganarse la vida, y en este concepto acomodóse con un cabrerizo que le dió á guardar sus reses. Contaba á la sazon diez años: durante algunos mas permaneció en el mismo empleo con toda la inocencia de un verdadero cristiano; pero habiendo despues tenido la desgracia de sentar plaza en una compañía de soldados, los hábitos licenciosos de estos inficionaron su virtud, y poco á poco fué perdiendo el temor de Dios, olvidando cási todos sus ejercicios de piedad. Dios sin embargo vela por sus elegidos, y si consiente que incurran en algunas faltas, es para que conozcan toda su flaqueza y edifiquen á la Iglesia con su penitencia. Poco tiempo siguió Juan en semejante desarreglo: paseando un dia á caballo, fue derribado por este, y quedó lastimado de manera que por mucho rato quedó privado de movimiento y de palabra; pero al volver en sí, comprendió el gran peligro en que se habia hallado de perder la vida, y empezó á hacer sérias reflexiones sobre el estado de su alma. Entonces, puesto de rodillas, se encomendó á María santísima proponiéndose mudar de vida, y efectivamente, fiel á su promesa, dejó el ejército y volvió á su primer estado de pastor.

tado prodigiosamente en Inglaterra desde el tiempo de Enrique VIII. Ya en el siglo pasado un médico italiano calculó que en Italia, á proporcion de su poblacion, habia siete veces menos locos que en los países protestantes.

Alejado del ruido de las armas, Juan recordó lo que fuera en su mocedad, y este recuerdo le causó el pesar mas vehemente: desde luego dedicó gran parte del dia y de la noche á las prácticas de devocion y mortificacion, y deseoso de satisfacer del todo á la divina justicia, creyó que nada seria tan meritorio como consagrarse al servicio de los desvalidos. Llevando, pues, á ejecucion este designio, pasó á África con ánimo de prestar á los esclavos cristianos cuantos auxilios y consuelos dependerian de él, y acaso tambien esperando encontrar allí la corona del martirio que anhelaba con ardor, pero luego por consejo de su confesor volvió á España. Habiendo casualmente asistido á un sermon del P. Juan de Ávila, famosísimo orador de aquel tiempo, quedó tan conmovido que se puso á llorar, y á lamentarse y gemir en la iglesia, y en seguida, pasando á hacer una confesion general, ya no pensó sino en ser útil á los pobres y á los enfermos. Durante el dia estaba fijo á su cabecera prodigándoles los mas tiernos cuidados y prestándoles los servicios mas ingratos á la naturaleza; hácia las nueve de la noche salia á mendigar por ellos andando calles con una banasta á la espalda y unas fiambreras debajo el brazo, sin arredrarse por frio, viento ó temporal, y pidiendo en alta voz por sus caros enfermos decia: *¡Hermanos, hermanos, favoreceos por amor de Dios!* Por este medio tan singular, aunque altamente filosófico, de pedir limosna, hacia salir toda la gente á la ventana y recaudaba copiosos donativos. La ciudad de Granada, donde pasaba esto, vió con edificacion semejante conducta, y como algunos piadosos cristianos se reuniesen á este siervo de Dios, organizóse en breve una congregación que se llamó *de la Caridad de san Juan de Dios*, á la cual dió su aprobacion el santo papa Pio V.

Siguió Juan consagrándose á estas obras de misericordia hasta el fin de sus dias; pero como era pobre él mismo, carecia aun de lo mas preciso. Durante su última enfermedad, una señora que fué á visitarle le encontró acostado en su zahurda con sus propios vestidos, cubierto solo en lugar de manta con una andrajosa ropilla, y descansando la cabeza en el banasto de mendigar sustituido á la piedra que ordinariamente le servia de cabezal; al rededor de él estaban vertiendo lágrimas los pobres y enfermos á quienes solia socorrer. Pasó entre otros á verle el obispo de la ciudad, y habiendo celebrado misa allí mismo y administrado al paciente los últimos Sa-

cramentos, arrodillado este al pié del altar donde habia comulgado, espiró el dia 8 de marzo de 1550.

Dijimos que el instituto principal de los hermanos de san Juan de Dios era asistir á los dementes. La locura, entre todas las enfermedades que pueden afectar al hombre, es sin disputa la mas humillante y aflictiva, porque el loco, privado de su razon, es lo mismo que un animal, y á veces un animal furioso, en cuyo estado no puede esperar del mundo mas que desprecio, escarnio y abandono; y desechado por sus parientes, encerrado como un criminal en sombrío calabozo, sujeto al trato mas duro, se irrita, se exaspera, y encendiéndose todavía mas su sangre, acaba por rematarse para siempre. Afortunadamente el Cristianismo, médico de todas las dolencias de la humanidad, les tendió una mano amiga, apropióse sus dolores, y los frutos de su celo llegaron á ser incalculables.

La primera diligencia de los hermanos de san Juan de Dios fue establecer hospitales particulares, muy ventilados, provistos de buenos patios y huertas y de aquellas comodidades que hacen agradable la vida y pueden contribuir á templar la exaltacion de los infelices dementes. En esos institutos los locos no son molestados ni encerrados en aquellas jaulas donde acaban de perder lo poco que de razon les queda, antes al contrario pueden circular todo el dia por donde les place, dentro de la casa, sin que los religiosos empleen para dominarles otros medios que la suavidad y tiernos desvelos, merced á los cuales la calma se restablece en aquellos cerebros perturbados, y muchas veces los religiosos de san Juan han tenido la suerte de volver á sus familias miembros que se creian para siempre perdidos.

Cuando la Órden de san Juan de Dios tomó sobre sí esta tarea, hallábanse tan arraigadas las prevenciones contra la locura, que no sin harta dificultad lograron el permiso de llevar á cabo su designio, por manera que las mismas autoridades, á fin de retraerles y persuadirles que toda tentativa seria inútil, les llevaron á las mazmorras nauseabundas donde los dementes mas furiosos yacian; pero en esta empresa, así como en todas aquellas á que el Cristianismo ha dado el ser, vióse indefectiblemente resplandecer el sello divino por medio de un milagro que, dando la razon á aquellos buenos hermanos, probó que su generoso sacrificio era muy grato á Dios.

En lo mas secreto de los calabozos estaba sobre un monton de paja el loco que pasaba por ser el mas furioso, amarrado de piés y manos á unas argollas fijas en el muro, comprimido por una pieza de hierro que le impedia todo movimiento, y cubierto de miserables andrajos, muestra de las violencias que solia ejercer consigo mismo, y del peligro que habia en acercársele demasiado. Á sus piés habia una vasija quebrada y un pedazo de pan negro emporcado con excrementos, único y triste manjar de aquel infeliz. Cuando vió á lo léjos y á la luz de las antorchas que los guardas llevaban acercarse el grupo de los que iban á verle, dió un furioso salto removiendo sus cadenas, y tomó un ademan amenazador, con el pelo erizado, los ojos chispeantes y vueltos en blanco, presentando una mezcla singularísima de idiotismo y frenesí, lo cual, unido á lo tétrico del local, y al silencio solo interrumpido por el choque de las cadenas, daba á aquella escena un carácter imponente y terrible, capaz de intimidar á otros que no fuesen cristianos penetrados del espíritu de Dios.

Al llegar á cierta distancia los guardas se pararon, pero el superior de los hermanos de san Juan de Dios avanzó osadamente hácia el loco, le abrazó con efusion, y pasándole la mano por encima como cuando se halaga á un animal, dióle á entender con sus caricias que no llevaba intencion de hacerle daño. Entonces en lugar de enfurecerse el loco dejó ver en sus miradas una indecible admiracion, pues de muchos años á aquella parte solo conocia á los hombres por sus malos tratos y por los golpes que le daban, siendo para su débil inteligencia un prodigio inexplicable ver á un hombre que no solamente no le maltrataba, sino que con la mayor suavidad manifestaba compadecerse de sus penas y dolores. Desde entonces, pues, el religioso se hizo absoluto dueño del prisionero, y con gran asombro de los acompañantes mandó quitarle las cadenas, lo vistió decentemente, y tomándole del brazo le acompañó á la casa que tenia ya dispuesta. Un año despues, ese loco tan peligroso habia vuelto al seno de su familia, en medio de sus hijos, con los cuales, bendiciendo á los caritativos hermanos de san Juan, daba gracias al cielo de que se los hubiera enviado para volverle la libertad, la razon y la existencia [1].

[1] Véase Butler, 8 de marzo; Helyot, t. IV, pág. 131; *Historia de los beneficios del Cristianismo*, t. I, pág. 147.



Así la fundacion de esta Órden como la de tantas otras enfermeras que aparecieron en el siglo XVI, verdaderos milagros de caridad divina, vindicaban gloriosamente á la Iglesia católica del cargo de infidelidad que le dirigian los Protestantes. Pero Dios quiso aun confundir á sus enemigos descubriendo todo el veneno y toda la vanidad de sus doctrinas, y al intento sacó de los abismos de su misericordia otra Órden religiosa admirable por su actividad, por su saber y por todo su conjunto; Órden que sobre ser un semillero de Santos, de sábios, de Mártires y de misioneros, debia constituir un firmísimo baluarte de la Religion; Órden cuyos miembros á fuer de centinelas vigilantes, y empuñadas siempre las armas, debian con su enseñanza conservar la fe entre las generaciones venideras, con sus escritos restablecerla en el corazon de los hombres maduros y de los ancianos, con sus sábias controversias desbaratar á la herejía, y con sus misiones admirables atraer á la Iglesia á los pueblos infieles.

En el momento preciso, en el mismo año, en el propio dia quizás en que Lutero sostenia sus primeras tésis heréticas, san Ignacio, destinado á anonadarle, recibia en el sitio de Pamplona la herida que para siempre iba á alejarle del mundo, preparar su conversion y conducirle á la cueva de Manresa, donde redactó sus Ejercicios espirituales, código metódico de la piedad que sirvió para la organizacion de su Órden y la reorganizacion de todas las demás, libro de oro, del cual se dice haber hecho mas conversiones que letras tiene. Algun tiempo despues, cuando Calvino empezó á hacer prosélitos en París, Ignacio, que habia ido allí á estudiar, juntaba compañeros para declarar la guerra á los enemigos de la fe. Mas adelante tambien, cuando Enrique VIII de Inglaterra se erigió en jefe de la Iglesia anglicana, y mandó á sus vasallos bajo pena de muerte borrar de todos sus libros el nombre del Papa, san Ignacio echaba los cimientos de su Órden, que hace profesion de especial obediencia al Sumo Pontífice.

El ilustre fundador de la Compañía de Jesús nació en España el año 1491: sus padres le enviaron pronto á la corte, pero él, siendo apasionado por la gloria, no tardó en abrazar la carrera de las armas. Dado á los hábitos caballerescos y preocupado por la vanidad y los devaneos del mundo, su conducta distaba mucho de acomodarse á las máximas del Evangelio, y así siguió hasta la edad de

veinte y nueve años en que el Señor le abrió los ojos. En la defensa de Pamplona, cuya ciudad estaba sitiada por los franceses, Ignacio recibió un balazo que le quebró la pierna, quedando prisionero entre los enemigos, los cuales sin embargo le cuidaron con atencion é inteligencia. Haciéndose larga la cura, pidió libros para distraerse, y le llevaron *Vidas de Santos*. Aquí era donde Dios le esperaba: por medio de esta lectura la gracia tocó de tal manera su corazon, que resolvió convertirse é imitar á los Santos, y firme en su propósito, apenas pudo andar retiróse á una cueva junto á la ciudad de Manresa, donde practicó las mayores austeridades é hizo una confesion general de su vida, y de allí pasó á la Tierra Santa.

Vuelto de su viaje, dedicóse al estudio con ahinco, y habiéndose trasladado á París, logró convertir á Francisco Javier, repitiéndole aquella expresion de Nuestro Señor: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma* [1]? Reunidos con él varios discípulos, echaron los cimientos de la Compañía de Jesús, cuyo instituto aprobó el Santo Padre en el año 1540.

Ignacio vivió mucho tiempo en Roma, y la persecucion y la calumnia se cebaron en él, pero á todo hacia frente con humildad y paciencia, habiendo tomado por divisa estas palabras: *Todo para mayor gloria de Dios.* Fijo en ellas su pensamiento, era indiferente así á los bienes como á los males terrenos, y alzados los ojos al cielo, repetia á menudo: *¡Cuán despreciable me parece la tierra al contemplar el cielo!* Murió este gran Santo en la misma Roma el dia 31 de julio de 1556, contando de edad sesenta y cinco años.

Los Jesuitas, hijos de san Ignacio, tienen por instituto: 1.° educar á la juventud; 2.° cooperar á la salvacion de los católicos por medio de la predicacion, la confesion y la redaccion de buenos libros; 3.° dedicarse á la conversion de infieles y herejes haciendo misiones. Sobre los acostumbrados votos de obediencia, pobreza y castidad, hacen el de ir á todas las misiones que el Papa les indique, y como no sea por expresa órden suya, no admiten dignidad alguna eclesiástica. Esta religion ha hecho y continúa haciendo grandes favores á la Iglesia; y sus misiones en los países infieles son particularmente el mas hermoso floron de su corona, habiendo enviado obreros evangélicos por todas las comarcas de la tierra, de manera que solo en el espacio de cien años contaron mas de ocho mil, entre los

[1] Matth. XVI, 26.

cuales figuraron hasta cien Mártires: además ella es la que ha tenido la gloria de producir el san Pablo de los tiempos modernos, el gran apóstol de las Indias Francisco Javier, de quien vamos á ocuparnos [1].

Este Santo nació el dia 5 de abril de 1506 en el castillo de Javier, en España, de padres no menos distinguidos por su virtud que por su nobleza. Agudo, festivo, apacible y complaciente, Francisco se hizo amar de todos desde su infancia. Á los diez y ocho años fue enviado á París, donde con tal ardor se entregó al estudio, que en breve sobrepujó á sus condiscípulos, y concluido el curso, le confirieron una cátedra de filosofía. Por desgracia Javier solo pensaba en el mundo, y los aplausos que se granjeaba no sirvieron mas que para estimular su vanidad y ambicion. En esta coyuntura, san Ignacio, llegado tambien á París para organizar una sociedad ilustrada que se consagrase al bien del prójimo, le propuso ingresar en ella; pero el novel profesor, llena su cabeza de vanidades, despreció tal oferta, y varias veces se mofó de ella y de quien se la hizo. Ignacio, sin darse por vencido, recibia apacible y aun alegre tales desdenes, limitándose á repetir á Javier de vez en cuando esta máxima del Evangelio: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma* [2]?

Como nada de esto hiciera gran mella en el desvanecido jóven, Ignacio le atacó por su flaco: alabó mucho su talento y saber, y aun le ofreció dinero para sacarle de un apuro en que se encontraba. Esta noble conducta afectó á Javier; entonces la gracia obró en su corazon, y su conversion quedó resuelta. Unido ya inseparablemente á san Ignacio, todo el ahinco que habia puesto en adquirir doctrina lo empleó en granjear virtudes, y al poco tiempo estos dos paladines de la fe seguidos de algunos compañeros partieron á Roma para ofrecer sus servicios al Santo Padre.

Precisamente aquel era el momento, para siempre solemne, en que gran parte de Europa perdia la llama de la fe que ya no merecia: los Protestantes cerraban sus oidos para no escuchar la voz maternal de la Iglesia que les llamaba al aprisco, llegando á responder con insultos á sus invitaciones. Con esto la Religion dejaba cumpli-

[1] Helyot, t. VII, pág. 452. Véase la *Historia de la Compañía de Jesús*, por Mr. Cretineau-Joly.

[2] Matth. XVI, 26.

do su deber de madre, pero luego recordó que es hija del cielo, y con aquella noble entereza que le es tan propia, les dijo: *Ya que vosotros desechais la palabra de Dios y os juzgais indignos de la vida eterna, desde este punto me vuelvo á los gentiles*[1].

Un nuevo mundo, la América y las Indias, le estaba ya aparejado, y solo faltaba un hombre que empuñara la sagrada antorcha y la llevara allende los mares. Javier fue este hombre: escogido por el Pontífice para que fuera á predicar el Evangelio entre las naciones orientales, salió de Roma en el preciso momento en que la Alemania, la Suiza y la Inglaterra rompian los últimos lazos que las habian unido á la antigua Iglesia, y una flota pronta á zarpar le estaba esperando en el puerto de Lisboa. Sube en ella el hombre providencial, el nuevo Pablo, teniendo en sus manos el sacro fuego que el cielo en su enojo acaba de arrancar á los pueblos del Norte. Apenas llegado á las Indias, la luz divina brilla en aquellas dilatadas regiones por tanto tiempo sumidas en las tinieblas de la muerte, y sus resplandores se extienden con rapidez. Para mas autorizar la palabra del nuevo Apóstol, Dios le concede el don de milagros: de repente resucita muertos, habla idiomas que en su vida habia oido; los gentiles corren asombrados á escucharle, y en masa se convierten. En breve las conquistas de Javier indemnizan ámpliamente á la Iglesia, devolviéndole tantas ó mas ovejas de las que habia perdido.

El santo Misionero no se daba un momento de vagar, en todas partes predicaba, catequizaba, bautizaba, asistia enfermos, contándose que por su sola mano regeneró hasta un millon y cien mil idólatras. Sabedor de que allende las Indias habia un gran país llamado el Japon, resolvió trasladarse á él: en vano le observaron que corria á una muerte segura; nada pudo detener su celo, y su respuesta fue: Cuando los mercaderes para ganar un poco de oro no vacilan en arrostrar tamaños peligros, ¿seré yo menos osado cuando voy á la conquista de las almas? Apenas desembarcó en el Japon, púsose á predicar el Evangelio, confirmando con nuevos milagros la doctrina que enseñaba, entre otros resucitando á una doncella que estaba muerta hacia veinte y cuatro horas. Estos prodigios dieron gran crédito á la Religion, pero lo que contribuyó mucho á la con-

[1] Act. XIII, 46.

version de los infieles, fue un ultraje inferido al P. Fernandez, otro de los agregados de Javier.

Predicando cierto dia este misionero en la plaza pública, acercósele un miserable de la hez del pueblo como quien nada hace y le escupió al rostro; el bueno del Padre, sin decir una palabra ni manifestar la mas pequeña emocion, sacó el pañuelo para limpiarse, y siguió tranquilamente su discurso, dejando á todos pasmados de tan heróica templanza. Los que al principio habian soltado la risa, se quedaron con la boca abierta, y un doctor de los mas sábios de la ciudad que se hallaba presente, dijo para consigo: Ley que inspira tal valor y grandeza de alma, que hace reportar sobre sí mismo tan completa victoria, no puede menos de ser de orígen divino; y así que concluyó el sermon, confesó que la virtud del orador le habia penetrado, y en su consecuencia pidió el Bautismo que le fue administrado solemnemente. Á esta ilustre conversion siguieron luego otras muchas.

Tanto fue el fruto de la semilla evangélica sembrada por san Francisco en el Japon, que al encenderse la persecucion en aquel imperio contábanse en él cuatrocientos mil cristianos. Sin embargo el Santo no se daba aun por satisfecho, y por el contrario estos logros avivando mas y mas su celo le inspiraron el proyecto de extender la fe al dilatado imperio chino. No tardó en llegar á la vista de aquella tierra suspirada, que contempló de léjos como Moisés la tierra de promision, pero Dios, pagado de su buena voluntad, consideró que era ya hora de darle el premio merecido por tantos trabajos.

Enferma Javier en la isleta de Sancian distante pocas leguas de la costa de la China, donde le dejan por mucho rato en la playa, expuesto á la inclemencia y en particular á la accion de un viento norte muy penetrante y violento. Habia allí un mercader portugués, el cual, compadecido de su estado, lo hizo trasladar á su barraca, poco mejor que la playa descubierta, porque estaba desmantelada por todos lados, y allí el enfermo siguió agravándose hasta un viernes, 2 de diciembre, en que despues de pronunciar estas palabras: *En tí, Señor, esperé; no quede yo jamás confuso* [1], enajenado de un gozo celestial que se pintó en su rostro, dió amorosamente el espíritu, año de 1552, á los cuarenta y seis de su edad, habiendo per-

[1] Psalm. xxx.

manecido en las Indias diez y medio: su cuerpo incorrupto se conserva aun en la ciudad de Goa, capital de la India. Cuando queria estimularse á convertir infieles, nuestro Santo exclamaba: ¡Trinidad santísima! Especie de voz de guerra con que ahuyentaba á los demonios [1].

Hé aquí, pues, merced á san Francisco y á sus dignos cooperadores, esta fe de la Iglesia romana que algunos habian esperado extinguir, brillando con nuevo resplandor en las vastas regiones orientales; hé aquí la Iglesia nuestra madre, la verdadera, la única, siendo siempre la Iglesia católica, siempre aquella ciudad de Isaías edificada en la cumbre del monte, visible á todos los pueblos, y en la cual todos deben ingresar para tener parte en las bendiciones del Dios de Jacob. ¡Salud, Iglesia romana! Iglesia inmortal! ¿Con qué podré compararte? Al paso que las sectas y las herejías lanzaron por algun rincon del globo falsos chispazos tan pronto formados como desaparecidos, á semejanza de aquellas livianas y falaces llamas que brotan en los pantanos durante la noche, y rastreando por la region mas baja del horizonte ligeramente se desvanecen, tu benéfica luz, ó Iglesia divina y católica, no se extingue jamás, antes, cual el refulgente astro que ilumina al mundo, pasas majestuosamente de un país á otro, y si alguna nacion es bastante ingrata para desconocer tus beneficios, déjasla caer otra vez en el error de las tinieblas de donde la habias sacado, y llevas á otra parte la luz y la vida de que eres inagotable manantial. ¿Qué mas diré? Es la Iglesia católica como un rio caudaloso, el cual, si imprudentemente se le oponen diques que desvien su corriente, sin perder nada de la abundancia y fecundidad de sus aguas, toma nuevas direcciones y corre á fertilizar campiñas mas venturosas. Antiguo árbol, lleno de vida y lozanía, aunque la segur escamonde de él algunas ramas, la sávia vivífica que las nutria toma otra direccion y produce nuevas ramas, ó da á las que se habian conservado mayor frondosidad y mejores frutos.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber justificado y consolado á vuestra Iglesia, nuestra tierna madre, suscitando

[1] Godescard, 3 de diciembre.

en favor suyo grandes Santos y celosos apóstoles; dadnos la caridad de san Juan de Dios y de san Francisco Javier.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, me repetiré á menudo estas palabras de san Ignacio: *Sea todo para mayor gloria de Dios.*

LECCION XLIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (FIN DEL SIGLO XVI).

La Iglesia defendida y consolada : concilio de Trento; san Cárlos Borromeo; santa Teresa; Carmelitas; la beata Ángela de Brescia; Ursulinas; hermanos Escolapios; Congregacion de Nuestra Señora; religiosos Somascos; hermanos Enfermeros de Obregon; hermanos de la Buena muerte; san Camilo de Lelis.

Javier, al espirar, habia legado á la Iglesia un mundo cási entero de fervorosos neófitos, como si la Esposa del Hombre-Dios debiese por medio de esta magnífica compensacion consolarse de los males que la ingrata Europa le irrogaba; con todo sentia ella la pérdida de sus hijos, porque nada es tan difícil de consolar como el corazon de una madre, y llevada de este impulso, determinó hacer el último esfuerzo para volver los pródigos á buen camino, ó por lo menos asegurar en el de la verdad á los que permanecieran fieles, fijando de una vez todas las incertidumbres, disipando todos los nublados, y deslindando marcadamente los límites de la herejía y de la fe.

Al intento, congregó el concilio último y quizás el mas sábio de los generales en la ciudad de Trento, capital del Tirol, cuyo concilio duró nada menos que diez y ocho años, en diversos períodos, pues fue abierto en 1545 y no se cerró hasta el año 1563. Contáronse en él cinco cardenales legados de la Santa Sede, tres patriarcas, treinta y tres arzobispos, doscientos treinta y cinco obispos, siete abades, siete generales de Órdenes monásticas y ciento sesenta doctores en teología. Fueron invitados á concurrir los jefes del partido protestante, que con sus errores desolaban á la Religion y ensangrentaban la Europa, pero rehusaron presentarse. Entonces la Iglesia examinó sus libros, y juzgó y condenó su doctrina, estableciendo de otra parte reglamentos muy sábios para la reforma de las costumbres públicas. Estos decretos, sin embargo, aunque recibidos en los países católicos, generalizábanse con harta lentitud, en cuya ocasion Dios suscitó una de aquellas almas privilegiadas que

solo de siglo en siglo da á su Iglesia para que sean el móvil y el sosten de todas las grandes empresas.

Cárlos Borromeo, modelo de los Obispos y restaurador de la disciplina eclesiástica, nació en Arona, junto á Milan, de una de las familias mas ilustres de Italia. Desde muy jóven abrazó el estado eclesiástico, y su piedad singular, su virginal pureza, su celo por el servicio de los altares y su notable capacidad para los negocios le promovieron luego á las mayores dignidades de la Iglesia. Nombrado cardenal y arzobispo de Milan, mostróse por sus virtudes y conducta digno del elevado puesto en que la Providencia le habia colocado; merced á su celo se dió fin al concilio Tridentino, y al mismo tiempo que con urgentes instancias á los Obispos y á los Soberanos activaba su publicacion, reunia en Milan un numeroso sínodo para recibir los decretos de la augusta asamblea. Empezando la reforma por sí mismo, á los placeres mas inocentes sustituyó el trabajo mas austero y grave; dejó todos sus beneficios, se abstuvo de usar vestidos de seda, y adoptó en fin un régimen de vida lleno de privaciones. En los últimos años de su harto breve existencia llevaba la frugalidad á tal extremo, que solo se mantenia de pan, agua y algunas legumbres; su casa mas parecia seminario que palacio arzobispal; así es que toda la Italia se hacia lenguas del celo y santidad del cardenal Borromeo. Mas de una vez hizo la visita de su gran diócesis, recorriendo toda la provincia eclesiástica hasta los profundos valles de los Grisones y de la Suiza, en cuyas excursiones apostólicas se le veia andar á pié, sufriendo hambre y sed y el rigor de la intemperie, y trepar á las montañas mas encumbradas en busca de ovejas perdidas que reconducir al redil.

Nunca empero brilló mas su caridad que en la peste de Milan; apenas se declara el terrible azote, los opulentos del siglo huyen, y algunos osan aconsejar al santo Obispo que haga lo propio, retirándose á algun lugar seguro para bien de toda la diócesis; pero su respuesta es muy lacónica : El buen pastor da la vida por sus ovejas; dicho esto, ofreciendo á Dios el holocausto de la suya, se consagra enteramente al servicio de los apestados. Su caridad no conoce límites : infatigable de dia como de noche, á todas partes lleva socorros, remedios y palabras consoladoras; sin embargo el contagio se prolonga, los recursos se agotan, y los pobres van á quedar desatendidos; no, ahí está el santo Prelado que hallará un manantial

de recursos en su caridad; primero empeñará sus bienes, despues los venderá, y venderá hasta sus muebles y su propia cama, de manera que haciéndose rico para los pobres, habiéndose empobrecido á sí mismo, podrá llevar á los enfermos remedios y alimentos que mitigarán sus dolores. Por fin, la abnegacion del Pastor templa las iras del cielo, y el azote desaparece.

Esta calamidad sirvió oportunamente al santo Arzobispo para extender y afianzar mas y mas una reforma saludable : convencido de que el porvenir de la sociedad pende de la buena educacion de los niños, consumió parte de su patrimonio en fundar en la ciudad de Pavía un colegio de nobles donde los de Milan recibieran sin menoscabo de las buenas costumbres la instruccion que hace á los hombres útiles ; establecimiento magnífico, llamado *Colegio Borromeo,* que durante tres siglos ha prestado beneficios singulares á la patria del ilustre fundador. Siete años despues de la peste, á los 3 de noviembre de 1584, el varon de Dios voló á recibir el premio de tantas virtudes y sacrificios, llevando consigo á la tumba el dolor de su rebaño que le queria como á un padre, el pesar de la Santa Sede que tenia en él un firme apoyo, y la admiracion de la Iglesia, edificada por su santidad de vida, ampliada por su celo, y verdaderamente reformada por su prudencia. ¿Qué sociedad segregada del núcleo católico produjo nunca semejantes hombres [1]?

Mientras el santo Cárlos se empleaba en restablecer la disciplina eclesiástica, mientras celosos misioneros llevaban á bárbaras regiones la buena nueva del Evangelio, y la herejía rebosando en saña proporcionaba al cielo generosos Mártires, nuevas instituciones se organizaban en la Iglesia, la reforma se generalizaba en los claustros, y las Órdenes monásticas renacian á su prístino fervor. La principal causante de estas últimas maravillas fue la gran santa Teresa de Jesús, vírgen, reformista, alma grande, amante, celeste entre las celestes, nacida en Ávila de España el dia 28 de marzo de 1515. Oigamos á ella misma referirnos su vida.

«Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y ansí los tenia de «romance, para que leyesen sus hijos. Esto, con el cuidado que mi «madre tenia de hacernos rezar, y ponernos en ser devotos de Nues-«tra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, «á mi parecer, de seis ó siete años. Ayudábame no ver en mis padres

[1] *Historia compendiada de la Iglesia*, pág. 410.

«favor sino para la virtud. Tenian muchas. Era mi padre hombre de «mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con «los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese escla-«vos, porque los habia gran piedad... Era de gran verdad; jamás «nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi «madre tambien tenia muchas virtudes, y pasó la vida con grandes «enfermedades. Grandísima honestidad; con ser de harta hermosu-«ra, jamás se entendió que diese ocasion á que ella hacia caso de-«lla; porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era como «de persona de mucha edad, muy apacible y de harto entendimiento. «Fueron grandes los trabajos que pasaron el tiempo que vivió: mu-«rió muy cristianamente. Éramos tres hermanas y nueve hermanos...

«Tenia uno cási de mi edad, que era el que yo mas queria, aun-«que á todos tenia gran amor, y ellos á mí: juntábamonos entram-«bos á leer Vidas de Santos: como veia los martirios que por Dios «los Santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á go-«zar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí... Juntábame con este «mi hermano á tratar qué medio habria para esto. Concertábamos «irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá «nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan «tierna edad si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos «parecia el mayor embarazo.» La idea de morir martirizados fermentó de tal manera en el alma de esas dos tiernas criaturas, que un dia desertaron de la casa paterna en busca de una tierra de infieles esperando encontrar entre ellos la corona del martirio. Afortunadamente los encontró al salir de la ciudad uno de sus tios, quien los devolvió á su madre. Uno y otro recibieron una buena reprimenda; pero el hermano para disculparse echó toda la culpa sobre su hermana.

Dotada de una alma generosa, Teresa tenia gran gusto en socorrer á los pobres, segun sus facultades. «Hacia limosna como podia, «dice, y podia poco.» De doce años perdió á su madre. Como comenzó á entender lo que habia perdido, afligida se fué ante una imágen de Nuestra Señora y la suplicó con muchas lágrimas que fuese su madre. Esta accion, aunque hecha con sencillez y confianza infantil, le pareció en lo sucesivo una de las mas aventajadas de su vida, de suerte que al valimiento de María atribuyó siempre las gracias sin número de que el Señor se dignó colmarla, particularmente

en la época en que se vió con riesgo de perder su inocencia y el amor á sus deberes.

Fue esta época la de su juventud, la mas crítica para conservar las buenas costumbres, por haberse dado á lecturas peligrosas y á malas compañías. «Quedóme de mi madre en costumbre el leer li-«bros de caballerías, y aquella pequeña falta que en ella ví, me co-«menzó á enfriar los deseos y comenzar á faltar en lo demás; y pa-«recíame no era malo con gastar muchas horas del dia y de la noche «en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre. Era tan en «extremo lo que en esto me embebia, que si no tenia libro nuevo, «no me parece tenia contento. Comencé á traer galas y á desear con-«tentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabellos y «olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran har-«tas por ser muy curiosa... Duróme mucha curiosidad de limpieza «demasiada, y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado «muchos años: ahora veo cuán malo debia ser...

«Tenia una hermana de mucha mas edad que yo, de cuya hones-«tidad y bondad, que tenia mucha, desta no tomaba nada, y tomé «todo el daño de una parienta que trataba mucho en casa. Era de «tan livianos tratos, que mi madre la habia mucho procurado des-«viar... Á esta que digo me aficioné á tratar: con ella era mi con-«versacion y pláticas; porque me ayudaba á todas las cosas de pa-«satiempo que yo queria, y aun me ponia en ellas, y daba parte de «sus conversaciones y vanidades... De tal manera me mudó esta con-«versacion, que de natural y alma virtuosos, no me dejó cási nin-«guno... Víme en gran riesgo de perder la inocencia; pero felizmente «Dios me preservó por un efecto de su bondad.»

El padre de Teresa, notando que su hija no tenia la piedad de antes, y que esto procedia de su intimidad con la parienta, la puso á pension en un convento de religiosas Agustinas, donde el trato de personas virtuosas reencendió en breve en el pecho de la jóven pensionista, —contaba á la sazon quince años, — los piadosos sentimientos de su primera niñez, abriéndole el Señor los ojos sobre sus extravíos. Dócil á la gracia, cambió totalmente de conducta, y al salir del convento ya no pensó sino en consagrarse á Dios. Habiendo acudido á las religiosas Carmelitas, solicitó el favor de entrar en el número de sus novicias, y aunque este peso fue muy sensible á su corazon por el sentimiento de dejar á un padre idolatrado, la gracia

hubo de vencer á la naturaleza, y como ingresase en el convento, no tardó en tomar el velo. Visitóla Dios por medio de crueles dolencias que la afectaron gran parte de su vida; pero ella las llevaba con una resignacion y hasta con un gozo admirable, de suerte que en lo mas récio de sus males, repetia esta frase de Job que le daba sumo aliento y consuelo : *Si de la mano de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibirémos los males* [1]? Á tal punto de perfeccion llegó en amar los sufrimientos, que solia decir á Dios : «Padecer, ó morir.»

Su habitual flaqueza no la impidió consagrarse al bien del prójimo, y entre otras cosas se propuso establecer en su Órden la regla y el fervor primitivos. Fuera prolijo referir los muchos inconvenientes con que tropezó, y las contradicciones y persecuciones que sufrió para dar cima á su proyecto, pero Dios la sostuvo : el Carmelo refloreció como en sus prístinos tiempos, y la Iglesia halló y halla aun en las virtudes y preces de las religiosas Carmelitas una ámplia compensacion de los muchos males y escándalos que entonces la afligian y que aun hoy dia la contristan.

Entre tanto los grandes trabajos de Teresa habian minado su salud, y el dia 3 de octubre de 1582 se sintió desfallecer, vaticinó su muerte y pidió los Sacramentos. Al ver delante de sí el santo Viático, pareció como que se reanimaba, pintándose el ardor de su fe en su rostro y en sus ojos inflamados, los cuales volvió hácia el Salvador mientras se ponia de hinojos para recibirle con mas respeto, y exclamó arrebatada en santa enajenacion : «¡Oh Señor y Esposo «mio! ¡llegada es, por fin, esa hora que tan ardientemente he de«seado! ¡ya voy á alcanzar el momento de mi libertad!» Sobre las nueve de la noche pidió el sacramento de la Extremauncion, que recibió con ternísima piedad, y hasta perder el uso de la palabra se le oyó repetir este versículo del Salmo : *¡Al corazon contrito y humillado no lo despreciarás, oh Dios* [2]! Su agonía se prolongó hasta el otro dia : con la cabeza reclinada en el brazo de una de sus hermanas y los ojos clavados en un Crucifijo que tenia empuñado, aguardó tranquilamente la muerte, la cual dejó coronados sus trabajos y virtudes en la noche del 6 del indicado mes y año [3].

[1] Iob, II, 10.
[2] Psalm. L.
[3] Godescard, 14 de octubre.

Habiendo dado á conocer la madre, bueno es que digamos algo de las hijas. Levántanse las Carmelitas á las cinco en verano y á las seis en invierno, y permanecen una hora en oracion. Lo mismo antes de cenar. Ayunan desde la Exaltacion de la Santa Cruz hasta Pascua; no comen carnes sino en caso de enfermedad, y abstiénense de huevos y lacticinios en todos los ayunos y viernes del año, excepto los que median entre las dos Pascuas. Danse disciplina varias veces á la semana, y particularmente los viernes, para aumento de la fe, conservacion de la vida y de los Estados de los príncipes reinantes, y provecho de sus bienhechores, de las almas del purgatorio, de los cautivos y *de los que se hallan en pecado mortal.* ¡Véase, pues, si son inútiles al mundo las Órdenes contemplativas! ¿Quién dirá los pecadores que se han convertido y las calamidades que se han conjurado por la expiacion voluntaria de estas víctimas inocentes?—El traje de las Carmelitas consiste en sayal y escapulario pardos; su lecho en simples jergones sobre cuatro tablas, su calzado en sandalias-alpargatas y calcetines de buriel como el vestido [1].

Santa Teresa tuvo el consuelo de ver en vida diez y seis conventos de monjas y catorce de frailes agregarse á su austero instituto, el cual poco despues se propagó por toda la cristiandad. Esta reforma admirable, llevada á cabo contra toda prevision humana en un siglo que veia consumarse tremendos pecados, es, volvemos á decirlo, una patente prueba de la verdad bien sabida de que la Providencia nunca deja sin contrapeso las iniquidades que se cometen.

La pureza de costumbres, el fervor y la piedad, restablecidos entre el Clero y las Órdenes monásticas, derramáronse desde ellas cual fecundo manantial sobre todos los fieles, y la faz de la tierra quedó renovada. Para conseguir este glorioso triunfo, que echando por tierra la herejía, el cisma y el escándalo, acreditaba la santidad perenne de la Iglesia católica, Dios puso en obra todos los recursos de su providencia : en la cátedra pontificia coloca un gràn Santo, cual Pedro firme, cual Leon ilustrado, cual Gregorio celoso, y cuyo solo nombre constituye todo su elogio : este hombre ilustre se llama san Pio V : eminentes obispos resplandecen en las sillas de Francia, Alemania, España é Italia, y entre otros hay en Ginebra Francisco de Sales; mas de cincuenta Órdenes y congregaciones se organizan ó reforman, unas dirigidas á propagar la verdad entre los pueblos, y

[1] Helyot, t. I, pág. 358.

conservar en ellos la fe, ó volvérsela disipando sus errores; otras encaminadas á reparar los estragos resultantes de los delitos públicos, aligerar los padecimientos del hombre, y convencer á la herejía de que si ella puede acarrear azotes al mundo, solo la Iglesia católica tiene facultad de curar sus efectos.

Entre las Órdenes destinadas á conservar y difundir la verdad, vemos en primera línea la de los *Teatinos*, fundada por el papa Paulo IV [1]; la de los *Bernabitas*, planteada por tres caballeros italianos [2]; los *Padres de la Doctrina cristiana*, cuyo instituto debe la Iglesia al venerable César de Bus [3], y otras muchas que no mencionamos. Obligados á ceñirnos á corto espacio, no darémos á conocer mas que dos, las mas célebres y extendidas, á saber, las *Ursulinas* y los *Pobres de la Madre de Dios*.

Deben las *Ursulinas* su orígen á la beata Ángela de Brescia que fundó este instituto en 1537. Conocida con este sobrenombre por la residencia que hizo en la ciudad de Brescia, esta fundadora vió la primera luz en Italia. Huérfana en edad temprana, y virtuosa tan pronto como huérfana, pasó con otra hermana á cargo de un tio, el cual procuró darlas buena educacion. Aunque niñas ambas, cifraban sus delicias en las prácticas de devocion, no las ordinarias y acostumbradas, sino arduas y fervorosas; por ejemplo, á la noche se levantaban para hacer oracion, despues de tomar un breve descanso sobre el duro suelo ó sobre algunas tablas, y ayunaban con frecuencia. Ansiando vivir solo con Dios, huyeron un dia de casa para retirarse á una ermita; pero su tio las alcanzó y se las trajo otra vez. Ángela, que era la menor, no hallaba consuelo sino en su hermana, pero Dios se la quitó; pérdida tanto mas sensible cuanto miraba en aquella su único apoyo y guia para seguir el camino de la virtud. Como buena cristiana, aunque penetrada de intenso dolor, sufrió esta separacion con admirable conformidad, y viéndose ya sola en el mundo puso toda su esperanza en el Dios de los huérfanos, no perdonando medio para atraerse su amor. Sólida ya en la virtud por medio de oraciones, ayunos y otras austeridades, á los veinte y seis años recibió de Dios la inspiracion de hacerse útil al prójimo fundando una congregacion religiosa; precisamente en el tiempo en

[1] Helyot, t. IV, pág. 83.
[2] Ibid. pág. 106.
[3] Ibid. pág. 347.

que la herejía protestante arruinaba monasterios, condenaba la virginidad, y pisoteaba los votos mas solemnes. Felizmente Dios velaba por su Iglesia; y aquí podemos admirar cuánta prevision tuvo en aplicar al mal su debido correctivo. Hémosle visto en diferentes siglos establecer Órdenes religiosas, casas de retiro y penitencia, y asilos seguros contra la corrupcion, que aprovechaban al que ingresaba en ellos; pero hay muchas personas que no pueden ó no quieren dejar el mundo, y de consiguiente era necesario salvar muchas almas en medio de los percances mismos de la vida secular, ir, por decirlo así, á buscar los pecadores en sus propias casas para forzarles á abrir sus ojos á la luz, é ir en su seguimiento para restituirles al buen camino.

La bienaventurada Ángela comprendió, ó mejor, Dios le hizo comprender esta necesidad, y en consecuencia dispuso que sus hijas permanecieran en el siglo, cada cual en la casa paterna, al objeto de difundir mas fácilmente el buen olor de la gracia y de la doctrina cristiana, y ser útiles á toda clase de personas mediante el ejemplo de sus virtudes. Su tarea principal debia ser consolar á los afligidos é instruirles, socorrer á los pobres, frecuentar los hospitales, asistir á los enfermos, y prestarse humildemente á todos los trabajos que la caridad demandara. Estos trabajos debian en otro concepto encaminarse particularmente á la conversion y salud espiritual de todos los hombres, haciéndose todas ellas, á pesar de ser algunas de noble alcurnia, esclavas de los demás, á semejanza del Apóstol, para conquistar el mayor número de almas. Así es que en todos los pueblos donde estas religiosas se establecieron, vióse pronto renacer el espíritu de los primeros cristianos, no solo en socorrer á los pobres, sino en instruir á los ignorantes.

Por una prevision que acompaña siempre á la sabiduría del cielo, Ángela dispuso que segun fueran las circunstancias, pudiera cambiarse el régimen de vida establecido, y en efecto, cuando las circunstancias fueron otras, la mayor parte de esas vírgenes misioneras se reunieron en congregaciones y escogieron la soledad del claustro para encerrarse en él durante su vida. Una prueba patente de la utilidad de esta Órden y de la proteccion que la dispensaba el cielo, es que se propagó con asombrosa rapidez, habiendo dado orígen á mas de trescientas cincuenta comunidades que en el dia se dedican en general á la enseñanza de niñas de toda jerarquía. Todo en ellas exha-

la el espíritu de su santa fundadora, y el nombre mismo que llevan es un monumento perpétuo de profundísima humildad, pues cuando la beata Ángela fue nombrada superiora de la congregacion, indujo á sus discípulas á colocarla bajo la proteccion de santa Úrsula, que en otro tiempo habia dirigido y conducido al martirio tantas vírgenes; y de aquí les vino el nombre de Ursulinas, ó compañía de santa Úrsula [1].

Mientras la Iglesia iba buscando almas débiles ó extraviadas aun en medio de los devaneos del siglo, puso sus miradas maternales en la infancia, que es tanto mas digna de su ternura, cuanto mas flaca y expuesta al aliciente de las malas doctrinas. Para ayudarla, Dios sacó de los tesoros infinitos de su misericordia uno de aquellos hombres singulares que tiene reservados para el bien de los pueblos y de los tiempos. En el año 1592 llegó á Roma José de Calasanz. Este noble español, natural del reino de Aragon, unia al saber de los doctores la humildad de los Santos, y aquel sublime entusiasmo para lo bueno de que tan cabal modelo era su compatricio Ignacio de Loyola. Quebrábasele el corazon de ver turbas de niños vagando por las calles, gracias á la culpable morosidad de sus padres, pasando los dias en la vagancia so capa de mendigar. El rato de doctrina que se hacia cada domingo en las parroquias no podia fructificar durante toda la semana; además los institutores de Roma en aquella época estaban muy mal retribuidos, de modo que habiéndoles el Santo rogado cuidaran de recoger en sus escuelas á tanto chiquillo vagabundo, rehusaron hacerlo si no se les aumentaba el salario. Á todas las puertas llamó este amigo tierno de la infancia; pero todas se le hicieron sordas con mas ó menos especiosos pretextos.

Viendo que por este camino no habia medio, resolvió llevar á cabo por sí propio lo que deseaba : en noviembre de 1597 fundó la primera escuela pública gratuita de Europa en el barrio situado mas allá del Tíber, asistido de algunos buenos sacerdotes con quienes pudo en breve dirigir centenares de niños. Como la enseñanza de los pobres sea por excelencia una obra caritativa, san José dió á su instituto el nombre de *Escuelas pias*, de donde vino el de *Escolapios* á los religiosos : esta enseñanza comprendia el Catecismo, la lectu-

[1] Helyot, t. IV, pág. 150. — La bonita leyenda de santa Úrsula y de sus numerosas compañeras ha sido admirablemente vindicada por Mr. Didron, sábio arqueólogo francés. (Véase el *Univers* de 25 de diciembre de 1840).

ra, la escritura y la aritmética, y como los pobrecitos concurrentes carecian de recursos, se les proporcionaban tambien gratis cartillas, libros y demás objetos necesarios.

De tan flacos elementos nació al poco tiempo una gran sociedad de sacerdotes preceptores, los cuales nombraron á san José de Calasanz prefecto de las *Escuelas pias*, y este á su vez dió á la congregacion el interesante título de *Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas pias. Pobreza, María é Infancia*, hé aquí tres nombres que van derechamente al corazon, y por los cuales se atrajeron bendiciones unánimes y abundantes socorros los hombres generosos que los habian tomado por divisa. Á mas de los tres votos de costumbre, hacen el de enseñanza; admiten niños de toda clase desde la edad de siete años, para darles tres horas de leccion por la mañana y otras tantas por la tarde, haciéndoles oir misa cada dia y rezar ciertas oraciones al principio y al fin de la leccion. Los domingos los reunen en sus aulas al objeto de practicar en comun varios ejercicios religiosos, otro de los cuales es rezar el Oficio parvo de Nuestra Señora, y cada año por la Pascua les dan algunos dias de ejercicios. Al salir de la clase estos buenos religiosos acompañan los niños á sus casas, ordenados de dos en dos, con lo cual se evita el desórden y alboroto, y los accidentes que podrian ocurrir entre tantos chiquillos abandonados á sí mismos. Esta religion se halla muy extendida por Italia y España, y en todas partes Dios bendice sus trabajos proporcionándoles en la tierra ámplios consuelos, mientras en el cielo les prepara una corona la mas brillante.

Si José de Calasanz por un lado aseguraba á los niños el precioso beneficio de una cristiana educacion, por otro el bienaventurado Pedro Fournier completaba la obra de la Providencia creando otro instituto análogo para niñas. Este santo clérigo, cuya memoria se bendice aun en Francia, nació el dia 30 de noviembre de 1564, en Mirecourt, pequeña ciudad de la Lorena. Inocente en su juventud, aprovechado en sus estudios, apenas promovido al sacerdocio, fue nombrado párroco de un villorrio cercano al pueblo de su nacimiento, llamado Mattaincourt, cuya poblacion, por efecto del comercio que hacia con Ginebra en lanas, paños y encajes, por su opulencia y consiguiente lujo, por su libertinaje y espíritu de irreligion estaba desacreditada en todo el país, llamándosele con harto motivo *la pequeña Ginebra*. Tal era el campo que se daba á barbechar y fertilizar al

nuevo cura. Lleno de confianza en Dios, pone sin dilacion manos á la obra: á fuerza de oraciones y lágrimas vertidas al pié de su Crucifijo, de paternales instrucciones, de muestras de afecto, de heróicos ejemplos de abnegacion y virtud, logra enternecer los corazones; bien pronto la parroquia en masa se conmueve y cambia de faz, de tal manera que las virtudes de los prístinos tiempos parecen reunirse en ella: celo por la palabra de Dios, asistencia á los oficios, frecuentacion asidua y fervorosa de los Sacramentos, pureza de costumbres, paz en las familias, hospitalidad con los extranjeros, generosidad hácia los pobres, caridad entre vecinos dispuestos siempre á socorrerse unos á otros, y santa emulacion en distinguirse cada cual por su conducta ejemplar y cristiana. En suma, el cambio es tan general y patente, que las personas de bien que antes huian de Mattaincourt como de una piedra de escándalo, vuelven al pueblo para no dejarlo mas, y ser testigos oculares del maravilloso espectáculo que ofrece su repentino tránsito de muerte á vida, y oir la voz del pastor de un rebaño tan feliz [1].

Sin embargo, el celo es como el fuego que necesita siempre nuevo pábulo. No quedando satisfecho aun el de este siervo de Dios, sin cesar buscaba ocasiones de hacer bien y de salvar almas, y Dios, que ve las disposiciones del corazon, satisfizo al buen sacerdote inspirándole que fundara una Órden consagrada especialmente á la enseñanza de niñas. Por mucho tiempo este proyecto fue madurado al pié de los altares, no perdonándose toda clase de maceraciones y buenas obras, ya al objeto de conocer abiertamente la voluntad de Dios, ya al de reunir elementos para la nueva congregacion; y por fin, hallando el jóven sacerdote en su parroquia algunas doncellas desengañadas del mundo á consecuencia de sus instrucciones, tuvo la dicha de que acogieran perfectamente su plan y lo secundasen desde luego poniéndose á visitar enfermos, socorrer necesitados, dar lecciones á las niñas, hasta formar paulatinamente una escuela segun las miras del santo director.

Por la fiesta de Navidad del año 1597 obtuvieron permiso de romper solemne y enteramente con el mundo, y así despues de abandonar lo mas precioso que tenian en joyas y objetos de lujo para costear la obra de un nuevo tabernáculo, presentáronse en la misa de media noche con vestidos negros sumamente sencillos y ordinarios,

[1] *Vida del Bienaventurado*, pág. 38.

y el Niño divino descendido del cielo á su corazon por medio de la Comunion sacrosanta fue sello y prenda del don que ellas por su lado le hicieron de sí mismas. Por este hecho la congregacion de Nuestra Señora ha mirado siempre la noche de Navidad como data de su orígen, á María santísima como Madre, y el santo pesebre del Señor como cuna [1].

Aunque agitada por las tormentas, la reciente planta echó hondas raíces y extendió rápidamente sus ramas tutelares. Era tal la prisa en pedir de todas partes religiosas de ese instituto, que el venerable fundador se vió imposibilitado de satisfacer á las demandas. Comprenderáse esta solicitud, conociendo el objeto de la santa congregacion de Nuestra Señora, el espíritu excelente que la anima, y los inapreciables servicios que presta á la sociedad.

Á los tres votos de pobreza, castidad y obediencia agregan las religiosas de coro el de enseñanza, en estos términos : Hago voto de nunca permitir que se descuide la educacion de las niñas segun está autorizada por la Santa Sede y ordenada en nuestras constituciones. Jamás voto alguno fue mejor cumplido : fieles al espíritu de su fundador, las religiosas de Nuestra Señora tienen todas en sus casas locales separados para dar á las niñas pobres enseñanza esmerada y gratuita ; y una sola casa de París, llamada de los *Pájaros*, educa á mas de doscientas. Estas educandas son externas y no tienen roce alguno con las internas, como no sea tres ó cuatro veces al año en ciertos dias de fiesta y recreo, durante los cuales las segundas tienen un placer en servirlas á la mesa y proporcionarles inocentes diversiones. Las mismas externas en la época de su primera comunion, cuando merecen que se las admita, son alojadas y mantenidas gratuitamente en la casa durante los dias de su preparacion. Hay tambien obradores donde las que salen de curso puedan aprender á trabajar bajo el amparo de la Religion hasta que puedan ganarse la vida. Para completar este admirable sistema de caridad, la congregacion de Nuestra Señora adopta niñas huérfanas, á las cuales alberga, cria, instruye, mantiene y conserva hasta la edad de diez y ocho ó veinte años, concurriendo las mismas á las clases de las externas, y permaneciendo cási siempre en la casa acostumbradas á una vida frugal y laboriosa, pues importa á su felicidad que aprendan á crearse un modo de vivir seguro.

[1] *Vida del Bienaventurado*, pág. 50.

Respecto á las jóvenes que reciben como pensionistas, los esfuerzos de las religiosas de Nuestra Señora se dirigen á inspirarles una piedad sólida é ilustrada, y enseñarles á hacer amable á cuantos las rodean la práctica de la virtud, de modo que con el tiempo puedan llenar cumplidamente la mision á que fueren llamadas como hijas, como hermanas, como madres ó como esposas. Para hacer mas eficaz la piadosa influencia que algun dia hayan de ejercer en sus casas, además de la práctica de una religion bien entendida, se les da la instruccion suficiente para que sean agradables compañeras, procurándose segun esta idea que sus estudios estén al nivel de las necesidades, ó mejor, de las exigencias de la época. Gracias al excelente espíritu de la Congregacion, semejantes estudios, tan diversos y ocasionados á inspirar cierta petulancia y aficion á cosas frívolas, no han dado en tal tropiezo harto temible y harto comun en nuestros dias, de manera que todas las personas que visitan la casa de París y las demás de la Enseñanza de Nuestra Señora elogian particularmente su sencillez, como si fuera un aura propia de estos preciosos asilos, la que es imposible dejar de aspirar. Las casas de la Enseñanza, al igual de las de la Visitacion, son independientes unas de otras : en el dia hay hasta diez y ocho.

En esto, el bienaventurado fundador, promovido á superior general de su Órden, emprendió la visita de las casas que integraba, y en el año 1636 llegó á la ciudad de Gray en el Franco Condado, donde permaneció cuatro años edificando á todos con el ejemplo de sus virtudes, en particular con su paciencia y con el ejercicio de las funciones mas humildes del sagrado ministerio. Atacado de una calentura que agotó sus fuerzas, al conocer que iba á morir, rogó á los que le asistian que durante su agonía repitieran esta frase, pendiente siempre de sus labios : «*Habemus bonum dominum et bonam* «*dominam;* Buen dueño y buena señora tenemos.» En medio de estas disposiciones de amable confianza, durmió el sueño de los justos en octubre del año 1670, contando el septuagésimoséptimo de su edad. La ciudad de Gray conservó su corazon; pero el cuerpo fue trasladado á su querida parroquia de Mattaincourt; y en 10 de enero de 1730 el sumo pontífice Benedicto XIII dió el decreto de beatificacion que auténticamente coloca á este siervo de Dios entre los numerosos abogados que tenemos en el cielo.

Á la par que curaba las dolencias del alma, la Iglesia atendia tam-

bien á las enfermedades corporales, pues á todo bastaba su caridad de madre. En Italia el venerable P. Jerónimo Emiliani, Vicente de Paul del siglo XVI, consagróse al alivio de todas las miserias; y pobres, huérfanos, enfermos, pecadores y pecadoras se cobijaron bajo las alas de su caridad, habiendo fundado la Órden de religiosos *Somascos*, del nombre de la ciudad de Somasca donde fue planteada. Feliz y contento en medio de sus arduas tareas, el bondadoso fundador dió á su Órden por armas á Nuestro Señor cargado con la cruz, y por divisa estas palabras: *Mi yugo es ligero; onus meum leve* [1].

Tambien en España aparecia otro médico de las humanas dolencias por el estilo de los que solo la Iglesia católica tiene poder de formarlos, esto es, abnegados, caritativos, pacientes, no contando jamás consigo mismos, y nunca retrocediendo ante ninguna miseria por repugnante que fuere. Este nuevo portento de caridad era el venerable P. Bernardino de Obregon, fundador de los hermanos enfermeros.

Bernardino recibió una educacion cristiana, pero habiendo perdido á sus padres, entró á servir al Rey de España, en cuyo ejercicio fué perdiendo el espíritu evangélico; Dios, sin embargo, que velaba sobre esta alma privilegiada, deparóle una ocasion para atraérsela. Un dia que pasaba por cierta calle de Madrid muy súcia mientras unos barrenderos la estaban limpiando, otro de ellos sin querer le salpicó de lodo el uniforme, lo cual puso tan iracundo á nuestro soldado, que se volvió contra el hombre y le dió un récio bofeton. Este infeliz, léjos de mostrar enojo, se apresuró á limpiarle las manchas, y dándole gracias por su accion, le dijo: «Nunca fuí mas hon«rado que ahora con vuestro bofeton, el cual recibo de muy buena «gana por amor de Jesucristo.»

Tanta moderacion dejó pasmado á Bernardino, y reflexionando sobre ella mientras seguia su camino, decia para consigo: «¿Qué es «lo que acabo de oir? ¡Es posible que unos pobres ignorantes ganen «el cielo, al paso que yo, y los que se me parecen, viles esclavos de «la carne y de la sangre, lo perdemos miserablemente con toda nues«tra prudencia y saber!» Convertido en aquel mismo punto, dejó la carrera de las armas para consagrarse al servicio de los enfermos, y por una de aquellas atenciones de que solo la caridad católica es ca-

[1] Helyot, t. IV, pág. 235.



paz, mandó labrar el hospital de Santa Ana de Madrid, destinado á albergar á los pobres que salian aun delicados de los demás hospitales; de suerte que, gracias á este Santo en España y á san Felipe Neri en Roma, la Europa debió el tener sus dos primeros hospicios de convalecientes.

Mucho es en verdad prestar á los enfermos la corporal asistencia que su estado requiere, pero mas es á los ojos de la fe dar á su espíritu aquellos auxilios que á veces con harta urgencia reclama: en efecto, el árbol, segun expresion del Evangelio, caerá por el lado á do se incline, y permanecerá en él; lo cual significa que conforme sea la vida será la muerte, que esta ha de decidir de nuestra eternidad, y de consiguiente que nada importa mas que morir bien. En el postrer trance es cuando el demonio redobla sus esfuerzos para perdernos, sabiendo que si el hombre fine mal ya no puede escaparle; pero tambien el divino Salvador ama sobrado las almas para no defenderlas con ahinco especial; por esto no bastando á su ternura enviar al moribundo sacerdotes para consolarle, alentarle y fortalecerle, quiso establecer otra Órden religiosa que abrazara todas estas obras de misericordia, y así lo hizo con la que lleva el interesante nombre de *Hermanos agonizantes* ó *Padres ministrantes de los enfermos*.

El objeto de tan caritativa institucion es ejercer con el prójimo toda clase de obras de misericordia así espirituales como corporales: perennes dia y noche á la cabecera de los enfermos, estos buenos Padres no perdonan medio para mitigar las dolencias de su cuerpo, y disponer sus almas para el feliz tránsito de esta vida á la eternidad, administrándoles y aplicándoles los medicamentos, haciendo sus camas, velándoles, y en suma prestándoles todos los oficios de unos buenos y esmerados servidores. Esta tarea la aceptan por voto, además de los tres acostumbrados, así como la de asistir á los pacientes hasta su muerte aun en tiempo de contagio.

Agrégnese á esa Órden la de los *Hermanos enterradores*, de que antes hablamos, y véase cuánta ha sido la solicitud en atender á los últimos momentos del hombre y al cuidado de sus restos exánimes, como si su misericordia tratara de mitigar en lo posible el rigor de su justicia que nos condena á morir á todos. Tomemos ejemplo de estos santos religiosos para, en lo que nos quepa, preparar á los enfermos una muerte preciosa delante de Dios; pero hora es ya de que demos á conocer al promovedor de esa Órden tan digna de la Reli-

gion de caridad, en cuya vida registrarémos un nuevo ejemplo de la bondad de Nuestro Señor.

Débese la Órden de los hermanos Agonizantes á san Camilo de Lelis: nació en Italia en 25 de mayo de 1550. Su padre, que era militar, se esmeró poco en su educacion, pues si bien fue llevado á la escuela, redújose á aprender lectura y escritura, prefiriendo pasar el tiempo en juegos de náipes y dados. Á la edad de diez y ocho años tomó la carrera de las armas, pero apenas fue incorporado, murió su padre, y él mismo adoleció de grave enfermedad. En esto el Señor, queriendo atraerse á Camilo, empezó á inspirarle aversion á las cosas de la tierra, cuya disposicion fué aumentando luego que por haberse puesto en contacto con algunos religiosos franciscanos, tuvo ocasion de admirar su vida humilde y sencilla. Resuelto á entrar en su Órden y á renunciar al siglo, fué á encontrar á un tio suyo que era superior de cierto convento de franciscanos, suplicándole que le admitiese; pero ora fuera por las dolencias que le aquejaban, ora porque el buen religioso hallase poco firme su vocacion, no quiso acceder. Efectivamente la época de la conversion de Camilo no habia llegado todavía.

Despues de una permanencia no muy larga en el convento, salió para Roma, con ánimo de hacerse curar una llaga que tenia en la pierna; y habiendo sido recibido en el hospital de incurables en clase de enfermero, despidiéronle á los pocos meses á causa de sus ruines costumbres, pues entre otras cosas era tal su aficion al juego, que por satisfacerla abandonaba á los enfermos y salia muchas veces del hospital.

Privado de todo humano recurso, sentó plaza otra vez al servicio de los venecianos en el año 1569; pero concluida la guerra quedóse como los demás sin colocacion y con las manos vacías. Era por invierno; el frio apretaba; sin dinero y cási sin vestidos vióse en el mas duro trance, pero afortunadamente llamó á la portería de un convento de Capuchinos, y estos buenos Padres, que á la sazon hacian trabajar en algunas obras, le dieron generosa hospitalidad. Camilo se ofreció á servir en clase de peon esperando ganar un miserable jornal, para estar á cubierto de la necesidad y poder volver al ejército hácia la primavera; mas desgraciadamente aun no habia perdido su aficion al juego, y por el contrario, esta le arrebataba de

modo, que un dia en Nápoles jugó hasta la camisa, y la perdió. Liviana era, sin embargo, esta falta para quien habia ya empezado á hacer las mas sérias reflexiones, siendo al cabo tan vehemente el impulso de la gracia, que pidió y consiguió quedarse entre los Capuchinos; pero le duró poco este gusto, teniendo luego que salir por habérsele renovado la llaga de la pierna. Recibido otra vez en el hospital de incurables de Roma, estuvo allí dando muestra bien distinta de sí; pues trocado enteramente ese hombre antes tan jugador, ofrecia en su conducta un modelo de arreglo, de caridad y de piedad.

En esta época concibió el proyecto de establecer una Órden para el alivio espiritual y corporal de los enfermos, logrando no sin hartas dificultades y contradicciones la aprobacion del Santo Padre. Una vez establecida, dimitió por humildad el cargo de superior de ella, á fin de poder seguir con mas ahinco la via de la perfeccion, ajeno á todo negocio humano: llorar el tiempo malogrado, cuidar noche y dia á los enfermos en el grande hospicio del Espíritu Santo, y enriquecerse de méritos para la eternidad, tal fue la ocupacion constante de los últimos siete años de su vida, hasta que, lleno de buenas obras, y de confianza en aquel que dijo: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia* [1], finó en Roma el dia 14 de julio de 1614 [2].

Últimamente, para no dejar desatendido ningun infortunio, á semejanza del sol cuyos rayos llevan á todas partes el calor y la vida, la caridad católica fundó en aquel mismo tiempo una Órden especialmente consagrada á excogitar recursos para la redencion de cautivos, y sostener con sus oraciones á los generosos libertadores que cada año iban á concertar entre los infieles el rescate de los Cristianos: tales fueron las religiosas *Mercedarias* establecidas en Sevilla el año de 1568 [3].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber establecido tantísimas Órdenes religiosas para el alivio de nuestras mise-

[1] Matth. v, 7.
[2] Helyot, t. IV, pág. 263; Godescard, 14 de julio.
[3] Helyot, t. III, pág. 296.

rias espirituales y corporales: concededme gran devocion á la sagrada Eucaristía, que es la fuente de la caridad católica.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *visitaré á los pobres, mayormente á los que estén enfermos.*

LECCION L.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVII).

Reseña del siglo XVII.—Juicio de Dios sobre las naciones heréticas.—La Iglesia defendida: san Francisco de Sales; Órden de la Visitacion;—propagada: misiones del Paraguay y otras;—consolada: san Vicente de Paul; hermanas de la Caridad.

Hijos de la Iglesia católica, hemos llegado ya al siglo XVII de su gloriosa fundacion. Para relataros su historia, diez y siete veces hemos debido llevar á la boca la trompa guerrera, empezando cada una de nuestras lecciones con la señal de un nuevo ataque: mas ¿cómo podia ser otra cosa? ¿no está escrito en el Libro divino que vuestra augusta madre, por su verdad y santidad inalterables, será blanco de las incesantes persecuciones del vicio y del error [1]? ¿No es acaso por su corona de espinas como todos los siglos han de reconocer á la legítima Esposa del Dios del Calvario? Léjos, pues, de afligiros á causa de esta lucha eterna de la Iglesia, debeis por ella aquilatar vuestra fe y sobre todo rebosar de amor y gratitud, considerando que si sufre tanto, es para conservaros intacto el patrimonio de vuestro padre. El dia que la Iglesia, infiel depositaria, hiciera paces con el error ó el vicio, el infierno habria depuesto las armas, y una paz vergonzosa, la paz de las sectas, fuera para vuestra madre la innoble recompensa de su prevaricacion. Mas, nada temais: ya vísteis que hace diez y siete siglos canta con justo motivo el dulce cántico de su gloriosa fidelidad; este cántico seguirá entonándolo en los tres siglos cuya historia va á conduciros hasta nuestra época, y despues de nosotros lo cantará de nuevo á las generaciones futuras; himno solemne que ninguna otra sociedad tiene derecho de repetir, y que por siglos sin fin resonará bajo las bóvedas de la celeste Jerusalen: *Muchas veces mis enemigos me combatieron desde mi juventud; pero no pudieron conmigo. Sobre mi espalda labraron los pecadores como en*

[1] Marc. XIII, 13.

ayunque, y prolongaron su iniquidad; mas el Señor justo cortó las cervices de los pecadores [1].

Por otra parte, ese glorioso destino de vuestra madre es una elocuente leccion para vosotros: guerra tambien, y guerra sin tregua, es vuestro elemento y la condicion forzosa de vuestra existencia en la tierra; si, pues, el valor, la paciencia, la confianza en Dios, la fidelidad á sus gracias, han asegurado el triunfo á la Iglesia, valeos de las propias armas y obtendréis victoria, aquella victoria inmarcesible cuyo premio será una corona inmortal. Aprovechaos de tan útiles reflexiones, y en el ínterin volvamos al palenque donde esperan nuevos combatientes ya preparados.

Durante el siglo XVII el infierno sigue sosteniendo la lucha terrible incoada en el anterior. Infinitas sectas, hijuelas del Protestantismo, van sucesivamente atacando á la Iglesia, y estrellándose contra esta piedra inmoble; grandes calamidades, castigo justo del cisma, de la herejía y del escándalo, afligen á la culpable humanidad, haciéndola sentir algo de la miseria y servidumbre paganas, de que la eximiera el Cristianismo. Á todos estos combates del infierno, dirigidos á menoscabar la obra de la redencion, Dios opone la Iglesia, reforzada y defendida por grandes doctores é insignes Santos; la Iglesia madre de otras ciento y diez Órdenes ó congregaciones religiosas; la Iglesia, por fin, brillando con nueva lozanía, y extendiendo sus conquistas por los cuatro ángulos del globo.

La Alemania, la Inglaterra, la Suiza y la Francia en parte habian perdido la fe: como tantos otros pueblos, habian osado decir á Jesucristo: *No queremos que reines sobre nosotros;* como tantos otros, recibieron el justo pago de su rebeldía. Leed su historia, y decid si hay algo comparable con los quebrantos que aquellas padecieron entonces: en Alemania, rios de sangre regaron sus campos por espacio de treinta años; la Inglaterra anduvo vacilante mas de medio siglo al resplandor de las hogueras encendidas y alimentadas por una guerra fratricida, hasta que de revolucion en revolucion tropezó en un cadalso donde se vió saltar la cabeza de su rey; delito y castigo, espectáculo horrendo, que aun no se habia dado al mundo desde el Cristianismo: la Suiza se empapó en la sangre de cien mil hijos suyos, y últimamente la Francia fue teatro de inauditas atrocidades,

[1] Psalm. CXXVIII.

vió devastar mucha parte de sus interesantes monumentos, y asolar varias de sus provincias. Es verdad que la mano de Dios cesó de descargarse sobre este reino Cristianísimo, el cual durante el siglo XVII volvió á ser otro de los poderosos sostenes de la fe, portándose como verdadero primogénito de la Iglesia, siempre dispuesto á combatir el error, á deputar misioneros á los infieles, y á sostener el celo de los que se empleaban en convertir herejes.

Otra de sus glorias fue secundar con energía al santo apóstol del Chablais, Francisco de Sales, quien de ningun otro pueblo recibió mas deferencia y veneracion. Hijo del castillo de Sales, en Saboya, este gran Santo, visiblemente enviado de Dios para contrastar la herejía y restaurar la verdadera piedad en la tierra, nació el dia 25 de agosto de 1567. Por sus padres emparentaba con las mas ilustres familias del país; amó á Dios en cuanto pudo conocerle, y la primera palabra que dijo fue: «Dios y mi madre me quieren mucho.» Distinguióse de los otros niños por su dulzura, su docilidad, su modestia, su viveza penetrante, y sobre todo por su tierno amor á los pobres, de modo que por ellos porfiaba siempre con sus padres, y mientras podia privábase de lo necesario para socorrerles.

Á la edad regular fue puesto en el colegio de Annecy, donde hizo los progresos apetecibles, y algunos años mas adelante pasó á París bajo el gobierno de un virtuoso ayo. Al estudio de las ciencias humanas unia el jóven Francisco el mas importante de la ciencia de los Santos. Con objeto de evitar malas compañías no salia de casa sino para el aula ó la iglesia, imitando en esto á san Gregorio y san Basilio cuando cursaban en Atenas, de quienes se dice no conocian mas que dos calles, la de la iglesia y la de la escuela: ¡buena leccion para muchos jóvenes, y especialmente para las señoritas!

En París y en la iglesia de San Estéban-des-Grés, el santo mancebo, puesto un dia á los piés de una imágen de María, hizo voto de continencia; acto sublime que el Señor bendijo. Para mas aquilatar su corazon tan puro ya, quiso sujetarle al crisol de las tentaciones, permitiendo que á instigacion del demonio se creyera condenado, cuya idea terrible llegó á minar su salud y ponerle en trance mortal; Dios, empero, no consiente que la tentacion supere á las fuerzas del tentado, y así Francisco, corriendo á humillarse á los piés de María santísima, recibió otra vez de esta buena Madre la paz del corazon. Semejante triunfo fue prenda de los que consiguió andando

el tiempo, ora en París, ora en Italia, contra el enemigo de todo bien.

Finidos sus estudios y vuelto á la casa paterna, quisieron darle al mundo, haciendo que contrajera un ventajoso enlace; pero Francisco respondió haber ya tomado al Señor por herencia, y no obstante los ruegos y lágrimas de su padre recibió las sagradas órdenes. Enviado en clase de misionero por el Obispo de Ginebra al canton de Chablais y á otros infestados de herejia, pasó allí grandes tribulaciones sufriendo hambre, frio, desprecios é injurias, pero con paciencia tan angelical, que en solos dos años de trabajos volvió á la fe por medio de sus ejemplos y palabras á mas de sesenta mil herejes. Esta luz brillante fue en seguida colocada sobre el candelero para que con sus puros fulgores alumbrara á toda la Iglesia, ascendiendo á la misma silla de Ginebra.

Nunca se vió Santo mas amable, ni de mayor apacibilidad, pues siendo su temperamento arrebatado y fogoso, jamás dejó traslucir la menor emocion. Para apurar su paciencia, un dia que hacia gran bochorno, un criado encendió fuego en su aposento; la accion del Santo al entrar fue sonreirse y decir: «El fuego es bueno en toda «estacion.» Nada encarecia con mas ahinco que esas virtudes: dulzura, sencillez y confianza en Dios; sus obras rebosan en ellas, y por esto no hay libros mejores para excitar la devocion. Abrumado de fatiga, falleció en Lyon el dia 28 de diciembre de 1622, á la edad de cincuenta y seis años.

Á él se debe, de concierto con santa Juana Francisca de Chantal, el orígen de la Órden de la Visitacion, para retiro de doncellas y mujeres enfermas, lo que hace que sus estatutos sean poco rígidos, aunque admite tambien personas sanas. Prestan las religiosas los tres votos acostumbrados; hase perpetuado entre ellas la piedad dulce y caritativa del santo Fundador, de modo que no cabe mejor escuela de aquellas virtudes santificantes y sencillas que son la esencia del Cristianismo; y otro de sus ramos es la educacion de niñas, la cual desempeñan con harto fruto. Visten un traje negro, de corte sencillísimo; llevan al pecho una cruz de plata para recordar el amor de Dios y la conformidad absoluta á su divina voluntad, semejando á Nuestro Señor que quiso ser obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Despues de comer se presentan todas á la superiora para recibir sus órdenes y obrar solo por obediencia, y á la noche despues de la cena hacen lo mismo para el dia siguiente hasta la tarde. Al

objeto de que la pobreza sea rígidamente observada entre ellas, cada año cambian de aposento, de cama, de Crucifijo, de rosario, de imágenes y demás cosas de su uso.

Seria imposible formarse cabal idea del contento y paz que reinan en estos deliciosos asilos de la inocencia; si el paraíso estuviera en la tierra, allí deberia buscarse. Es asombrosa la rapidez con que la Órden de la Visitacion se ha propagado, contando en su seno muchísimas personas distinguidas por su cuna y por su piedad, entre otras la Duquesa de Montmorency, la madre de Brechard, una de las primeras compañeras de santa Juana de Chantal, la venerable María Alacoque, á quien el Señor inspiró la devocion del sagrado Corazon al pié de un altar que se conserva en la Charité-sur-Loire, junto con el corazon de santa Juana.

Mientras san Francisco de Sales restablecia la piedad y preparaba á la Iglesia abundantes consuelos, misioneros celosos lo dejaban todo, á semejanza de san Francisco Javier, para trasladarse á los países bárbaros entre salvajes, y hacer prosélitos para Jesucristo. Necesitaríanse muchos volúmenes para relatar las grandes acciones de estos héroes en el decurso del siglo XVII; pero sin embargo dirémos algo de los servicios que han prestado á los míseros infieles, para que se vea que los misioneros católicos fueron siempre los verdaderos bienhechores de la humanidad, y que Dios no ha cesado de dar pruebas de bondad entrañable aun á los pueblos que tenian la desgracia de no conocerle.

Los españoles al descubrir la América vieron que aquel país estaba lleno de minas de oro, y excitada con esto su codicia, nada perdonaron para explotar tan rico metal, llegando hasta cometer crueldades inauditas en los pobres salvajes. Los misioneros atajaron en lo posible tamaños excesos, logrando á fuerza de instancias mitigar la barbarie de los invasores; pero ¿qué importa esto, si la avaricia halla mil caminos por donde satisfacer su ambicion inagotable? Afortunadamente aquellos buenos religiosos sin darse por vencidos pusieron en obra todos los recursos de su celo apostólico, y obtuvieron de los Reyes de España el permiso de formar colonias independientes de aquellos salvajes á quienes pudiesen reunir y convertir á la Religion.

Sus oraciones fueron oidas, y sus esfuerzos coronados de éxito. Para organizar estos establecimientos, que recordaron los hermosos

dias de la primera Iglesia, desparramáronse por los bosques, con un libro al brazo, una cruz en la mano, sin mas provisiones que su confianza en Dios, segun nos los representan las primitivas relaciones; abriéndose penoso camino por entre las selvas vírgenes, al través de pantanos donde andaban con el agua á la cintura, trepando cuestas inaccesibles, y escudriñando cavernas y precipicios á riesgo de encontrarse en vez de hombres con monstruosas sierpes ó feroces alimañas. Muchos perecieron de hambre y de fatiga, otros fueron asesinados y devorados por los salvajes, si bien estos se paraban algunas veces al rededor del sacerdote desconocido que les hablaba de Dios, y dirigian la vista al cielo que él les señalaba; y otras veces huian de él como de un nigromántico, poseidos de extraño terror. El religioso iba en pos de ellos tendiéndoles los brazos en nombre de Jesucristo, y si no podia detenerles, hincaba su cruz en un sitio descubierto, y oculto entre el ramaje esperaba que volvieran para examinar este pabellon de paz elevado en la soledad, y cuando veia la ocasion, salia y aprovechábase de la sorpresa de los bárbaros para convidarles á dejar su miserable vida por las dulzuras de la sociedad.

Cuando tuvieron reunidos algunos salvajes, formaron aldehuelas, cuyo número ascendió á treinta en pocos años, dirigidas respectivamente por dos misioneros, los cuales atendian á los intereses espirituales y temporales de su pequeña república. Los trabajos empezaban y concluian á son de campana: á la alborada llamaba á los niños, que juntos en la capilla entonaban un concierto matutino, hasta la salida del sol, como los pajaritos del bosque; en seguida hombres y mujeres oian misa, y pasaban á emprender sus faenas. Al caer la noche llamábales otra vez la campana al pié del altar, donde se cantaba á dos coros y con música la oracion vespertina.

El territorio estaba distribuido en varias suertes, segun el número de familias, para atender á su sustento; habia además un campo público llamado *Posesion de Dios*, cuyos productos servian para resarcir las malas cosechas y mantener á las viudas, á los huérfanos y á los enfermos. En el centro de cada aldea habia una gran plaza, y en esta la capilla, la choza de los Padres misioneros, el arsenal, el pósito y la casa de refugio ú hospicio para los extranjeros.

Con un gobierno tan paternal, no es extraño que estos nuevos cristianos fuesen los mas puros y felices de los hombres. Su mudan-

za de costumbres era un milagro realizado á la faz del nuevo mundo. Aquel espíritu de crueldad y venganza, aquella nefanda crápula que caracterizaban á las hordas indias, habíanse trocado en un espíritu de dulzura, de paciencia y de castidad. Júzguese de sus virtudes por esta ingénua frase del Obispo de Buenos Aires dirigida al rey Felipe V : «Señor, en estas pueblas numerosas de indios, que «naturalmente son propensos á toda clase de vicios, reina ahora tal «inocencia, que dudo se cometa entre ellos un solo pecado mortal.»

Al leer esa historia, parece no cabe otro deseo que el de cruzar los mares, y léjos de revoluciones y trastornos ir á buscar una vida oscura entre las cabañas de los pobres salvajes, y un sepulcro tranquilo bajo las palmeras de sus cementerios; pero ¡ ah! no son bastante hondos los desiertos, ni los mares bastante dilatados para guarecer al hombre de los dolores que le persiguen: las misiones del Paraguay se hallan destruidas; aquellos trescientos mil salvajes, con tanta pena reunidos, vuelven á vagar por las selvas ó á ocultarse vivos en las entrañas de la tierra; la obra del Cristianismo ha caido á impulsos de la malignidad humana [1]. Sin embargo no por esto la Religion se ha extinguido en América; al contrario, sus conquistas son cada dia mayores, y en la actualidad hay en ella mas de veinte y cuatro millones de católicos.

Al paso que los misioneros civilizaban á los salvajes de América, otros apóstoles no menos celosos llevaban la luz de la fe á los pueblos orientales: la Tartaria, el Tibet, la Persia, el Egipto, la China, el Tong-King, vieron sucesivamente llegar estos nuevos conquistadores, y recibieron sus palabras. No existe rincon en el mundo que haya escapado á su celo y á su vehemente afan de salvar almas. ¿Qué heroe emprendió lo que ellos han realizado? Llenos de compasion hácia tantos infieles sentados en las sombras de la muerte, ardieron en deseo de dar su vida por la salud de tantas almas rescatadas al precio de una sangre divina; mas para esto era forzoso atravesar bosques profundos, cruzar lagunas y corrientes peligrosas, trepar enhiestas cordilleras; era preciso desafiar la saña de unos pueblos crueles, supersticiosos y envidiosos; era necesario vencer en unos la ignorancia de la barbarie, y en otros las prevenciones de la civilizacion; pero ninguno de estos inconvenientes podia detenerles.

[1] Chateaubriand, *Genio*, t. IV, pág. 35-49; Muratori, *Misiones del Paraguay*.

¿Quién narrará dignamente la sublimidad de su sacrificio? El hombre que en presencia de todo un pueblo, á la vista de sus padres y amigos arrostra la muerte por su patria, no hace mas que trocar algunos dias de vida por muchos siglos de gloria, ilustrando á su familia y elevándola á los honores y riquezas; pero el misionero, cuya vida se consume en el fondo de los bosques, que perece de una manera horrible, sin testigos, sin aplausos, sin provecho para los suyos, oscuro, despreciado, tratado de loco, de absurdo, de fanático, todo ello para proporcionar eterna dicha á un salvaje desconocido, ¿qué nombre darémos á esta muerte, á este sacrificio? Varias eran las congregaciones religiosas que se dedicaban á las misiones, entre otras las de Dominicos, Franciscanos, Jesuitas, Lazaristas y los Padres de las Misiones extranjeras, todos los cuales poseian un instinto maravilloso para seguir las huellas del infortunio, y acosarle, por decirlo así, hasta su última madriguera [1].

En tanto que los misioneros de América en general recorrian los bosques buscando salvajes que convertir, otro de sus colegas, el Padre Claver se consagraba á la instruccion de los negros. Para comprender la extension de su caridad debe saberse que los negros son la porcion mas degradada y envilecida del género humano: arrebatados al África, son trasladados á Cartagena de América donde suelen concurrir los que trafican en ellos, á cuyo puerto continuamente arriban buques en los que estos infelices son hacinados desnudos, sin tener puesto para acostarse ni siquiera para ensuciarse, cargados de grillos, lo cual unido á la falta de buen alimento les causa enfermedades, cánceres y úlceras tan infectas que ellos mismos no pueden resistir su hedor. En suma, ni á las bestias de carga se las trata peor, y esto hace que muchos prefieren asfixiarse ó perecer de hambre á seguir llevando una vida tan miserable. Lo mas sensible es que así se desprecia á sus almas como á sus cuerpos, pues el que se emplea en tan odioso comercio solo piensa en enriquecerse comprando ó vendiendo, y la sed del oro ahoga en él todo otro sentimiento.

Viendo tamaños horrores, el P. Claver, misionero jesuita, á quien el Padre universal de los hombres dotara de un incentivo particular y de un tierno cariño para con los negros, sintióse penetrado de vehemente compasion, y resolvió ponerse enteramente á su servicio;

[1] Chateaubriand, *Genio*, t. IV, pág. 35-49.

de manera que al hacer su profesion solemne, á los votos acostumbrados añadió el de servir á los negros, firmándose en estos términos: «Pedro Claver, esclavo de los negros para siempre.» Nunca voto mas difícil que este fue pronunciado, pero tambien nunca otro fue mejor cumplido.

Apenas llegaba al puerto un buque negrero, el buen Padre corria hácia él provisto de aguardiente, bizcocho, frutas, á veces hasta de conservas y otros manjares regalados para festejar á los tristes cautivos, y cuidarles como una madre podria hacer con sus hijos. Aquellos pobres, atraidos por su rostro afable y simpático, sus ademanes cariñosos, sus amorosas palabras y el vehemente afecto que les mostraba ofreciéndose á servirles siempre de defensor, protector y padre, se le inclinaban al momento, y acababa de conquistarles repartiendo entre ellos los regalillos que traia consigo. Por esto decia que la primera diligencia debia ser hablarles con la mano. Algunos amigos virtuosos le ayudaban y suministraban los recursos convenientes. Cuando ya se habia granjeado la confianza de los negros, procuraba ganarles para Dios, averiguando primero cuántas criaturas habian nacido durante el viaje para administrarles el Bautismo; despues y con el propio objeto visitaba á los adultos tal vez enfermos de gravedad, á quienes por sí mismo cuidaba y medicaba, curando sus llagas, llevándoles á la boca el alimento, abrazándoles con efusion antes de dejarles, por repugnantes que fuesen, cuyo trato caritativo les embelesaba tanto mas, cuanto menos podian esperarlo.

El dia del general desembarco, volvia acompañado de negros antiguos de la propia tribu, con los cuales recibia á los recien llegados, dando á todos particulares muestras de afecto, pues á unos ayudaba á saltar del barco, á otros abrazaba, y si habia algun enfermo cargaba con él y lo colocaba en un carruaje ya prevenido. No les dejaba hasta situarles en el lugar de su destino, y aun despues de alojados los visitaba sucesivamente, recomendándoles con eficacia á su amo, y prometiendo volver, de modo que ya no se olvidaba mas de ellos.

Siendo sin embargo el principal objeto de estos auxilios corporales la salvacion de sus almas, para conseguirlo se arreglaba de este modo: acordadas con sus intérpretes las horas mas propias para su instruccion, salia llevando en la mano un báculo que remataba en forma de cruz, sobre el pecho un Crucifijo, y á la espalda una mo-

chila que encerraba una sobrepelliz, una estola, varias imágenes y lo demás necesario para el socorro de los enfermos. Apenas llegado, entraba con rostro alegre en sus cabañas, especie de húmedos establos, donde por el mucho número yacian amontonados unos sobre otros, sin mas cama que el duro suelo, en medio de una atmósfera hedionda, resultado del gran calor y del hacinamiento de tantos cuerpos infectos de sí, cosa que pocos europeos hubieran aguantado durante una hora sin caerse desmayados; mas el P. Claver parecia embelesarse en aquel lugar. Fija su idea únicamente en el precio de todas aquellas almas rescatadas con la sangre de Jesucristo, componia luego un altar con algunos cuadros expresivos, por ejemplo, de la crucifixion, del infierno, del paraíso, etc., á fin de dar á aquellos espíritus groseros alguna idea de nuestros misterios. Para que mas cómodamente pudiesen oirle, iba á buscar bancos, tablas, esteras, con aire tan risueño y afectuoso, que los pobres esclavos no sabian cómo manifestarle su agradecimiento; cual si allí estuviera solo para servirles y fuese esclavo de los mismos esclavos. Por este medio, si bien muchos de aquellos negros tienen cierto orgullo ó una estupidez feroz que los hace intratables, ninguno dejaba de ceder á la solicitud y perseverancia de su santo pastor, quien no contento con hacerles cristianos de nombre y de profesion, procuraba transformarles en verdaderos fieles, y en hombres exactos en cumplir los deberes del Cristianismo; y por un prodigio que solo la gracia puede obrar, logró á fuerza de cuidados, trabajos y penas, excitar en esa porcion degradada y cási enteramente embrutecida del humano linaje virtudes que hubieran dejado atónitos á los europeos mejor instruidos.

Tal vez este ejemplo cuadre á los filósofos que en nuestros dias han aparentado tener mucho afecto á los negros; pero por mas que blasonen de ser sus libertadores, dudo que pudieran resolverse á mostrarles su aficion del modo que lo hizo el P. Claver. Para emanciparles bastaba dar un decreto [1], aunque fuera en detrimento de los propietarios; mas para aliviarles, consolarles, instruirles é ilustrarles, seria preciso sacrificarse á sí propio condenándose á la existencia mas penada y laboriosa; y ya se sabe que la humanidad dictada por la filosofía no llega á tal extremo de heroismo.

[1] Decreto de la Asamblea constituyente que produjo la catástrofe de Santo Domingo.

Trasladémonos de las regiones donde el sol se pone á los lugares do amanece, para ver los nuevos milagros que allí nos promete la católica caridad. Miremos á los misioneros de Levante encerrarse en los calabozos y en las galeras pestíferas para prestar alivio á los esclavos cristianos, y si queremos apreciar mejor su abnegacion oigamos el relato de uno de ellos[1]:

«Los servicios que prestamos á esos pobres esclavos cristianos, en «el presidio de Constantinopla, consisten en afirmarles en el temor «de Dios y en la fe, suministrarles los socorros de la caridad de los «fieles, cuidarles en sus enfermedades, y en su caso ayudarles á bien «morir. Aunque estos trabajos requieren mucha sujecion y fatiga, «aseguro por experiencia que Dios da en cambio grandes consue-«los. En tiempo de peste no siendo nosotros mas que cuatro ó cinco, «y conviniendo de otra parte asistir á todos los atacados, acostum-«bramos elegir á un solo Padre para que entre en el presidio y per-«manezca en él durante el azote, en cuyo caso, obtenido el permiso «del superior, se prepara de antemano con algunos dias de retiro, y «se despide de sus hermanos cual si debiera morir pronto. Algu-«nas veces el sacrificio se consuma, pero otras se sale ileso del pe-«ligro[2].»

Oigamos á otro misionero:

«He llegado ya á vencer el miedo que las enfermedades contagio-«sas suelen inspirar, y, si á Dios place, tras los percances pasados «no creo morir de este mal. Acabo de salir del presidio donde he «administrado los Sacramentos á ochenta y seis personas. Durante el «dia, á lo que recuerdo, nada me inmutaba; solo por la noche mien-«tras tomaba un ligero sueño representábanseme las mas tétricas ima-«ginaciones. El mayor riesgo que he corrido y que acaso corra en «mi vida fue en la sentina de una sultana de ochenta y dos cañones, «donde los esclavos, de concierto con sus guardianes, me hicieron «entrar al anochecer para que les confesara durante la noche y les «dijera misa á la madrugada, y allí dentro fuimos todos encerrados «con dobles cerrojos segun es costumbre. ¡Júzguese qué ambiente «se respiraria en un lugar tan reducido sin tener ningun respirade-«ro! Solo diré que de los cincuenta y dos esclavos á quienes confesé, «doce estaban atacados, y de estos tres fallecieron antes que yo sa-

[1] El P. Tarillon.

[2] *Cartas edificantes*, t. I, pág. 19-21.

«liese. Si Dios, pues, me ha librado de ese trance, tambien me sa-«cará de otros [1].»

En la India, los misioneros tenian que combatir las supersticiones mas groseras y vergonzosas; en la China debian hacerse sábios para ganar á un pueblo envanecido de su saber; en otras partes se hacian artesanos; su caridad tomaba todas las formas y empleaba cuantos medios eran imaginables, haciéndose en suma todo para todos, á fin de granjear almas á Jesucristo; ¡admirable celo que despues no ha dejado de tener imitadores! ¿Quién ignora que cada año salen de varios puertos de Europa hombres en la flor de su edad, los cuales dicen un eterno adios al mundo, á su patria, á sus deudos y amigos, para irse á países bárbaros é ignotos á sacrificar su vida en la conversion de infieles? Hambre, sed, privaciones y persecuciones de mil maneras es todo lo que les espera, para ir á acabar en un rincon de calabozo, en una hoguera ó en un patíbulo; y ¿se dudará aun que la religion cristiana sea toda amor, cuando á sus hijos les inspira tan ardiente caridad? ¿Se dudará que Dios ama á los hombres, cuando tanto hace para salvarles? ¿Se dudará de la providencia del Señor sobre su Iglesia, viendo que estas misiones que convirtieron y siguen aun convirtiendo tantísimas almas, empezaron precisamente cuando la amada Esposa del Hombre-Dios deploraba en Europa la apostasía de gran número de sus hijos?

Si otra prueba se necesita de la inmensurable solicitud con que Dios vela por su obra, ahí está san Vicente de Paul: ¿qué mas hermosa dádiva podrá hacerse á la tierra? Ejemplo de todas las virtudes, alivio de todas las miserias, con justo motivo puede llamarse á este gran Santo el bienhechor de la humanidad. Como Nuestro Señor, pasó haciendo bien, y suscitóle Dios para socorrer las humanas dolencias, y realzar la fe y la caridad ya cási extinguidas en medio de las guerras y herejías que destrozaban la Europa.

Nació san Vicente el año 1576 en la aldea de Poy, diócesis de Acqs en Gascuña. Sus padres, pobres por demás, tenian seis hijos, á los cuales dieron buenas inclinaciones y acostumbraron á las faenas del campo. Vicente pasó sus primeros años guardando reses; tenia un aspecto grave, y tal amor á los pobres, que muchas veces se privó del sustento para socorrerles. Su padre, advirtiendo en él

[1] *Cartas edificantes*, t. I, pág. 23; Chateaubriand, t. IV, pág. 14 y 15.

raras disposiciones, resolvió hacerle estudiar, y le puso como pensionista en un convento de Franciscanos donde en pocos años se puso en estado de enseñar á los demás. Á los veinte pasó á Tolosa á cursar teología [1], y en breve recibió el subdiaconado, el diaconado y el sacerdocio.

Habiendo cinco años despues hecho una excursion á Marsella, al regresar á su país el buque en que iba fue apresado por unos piratas, y Vicente llevado cautivo á Tunez. Tuvo allí tres amos: el primero un pescador, el segundo un viejo médico que hizo los mayores esfuerzos para que renunciara á su religion, y el tercero un renegado, con quien, despues de convertirle, se vino á Europa. Libre de la esclavitud de los hombres, ya no pensó sino en rescatar almas de la servidumbre del demonio: consagróse especialmente al servicio de los necesitados comenzando por los campesinos, y prodigóles todos los auxilios corporales y espirituales de que fue capaz. Despues se dedicó á los galeotes, á quienes dispensó tan buenos oficios, que el Rey hubo de nombrarle limosnero general de las galeras de Francia. En esta nueva calidad trasladóse á Marsella sin darse á conocer para mejor apreciar las cosas, y entonces pudo ver de cerca la desesperacion de un mísero forzado á quien no pudo consolar, hasta que tiernamente conmovido, segun se asegura, por un arrojo inaudito de caridad, logró sustituirle y llevar por algun tiempo las mismas cadenas con que estaba cargado. Mientras permaneció allí, organizó para los galeotes enfermos un hospital, que merced á sus cuidados fue luego uno de los mas cómodos del reino.

Sus misiones por el campo habian inspirado á algunos eclesiásticos el deseo de juntársele: tal fue el orígen de la comunidad de san Lázaro. Establecidos por Vicente de Paul, los Lazaristas se dedican á hacer misiones de pueblo en pueblo, y si conviene tambien van á los países infieles.

No satisfecho con esto el celo de san Vicente, planteó las asociaciones de *Caridad* para socorrer á los pobres de cada parroquia, de señoras de la *Cruz* para crianza de niñas, y de *Damas* para servicio de los enfermos en los hospitales. Á este gran Santo debe la ciudad

[1] No la estudió solamente en Tolosa (de Francia), sino tambien en Zaragoza. Cuando algun Santo español ha estudiado en París, los franceses se hacen lenguas para que nadie lo ignore. *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

de París sus hospitales de la Compasion, Bicêtre, Salpêtrière, y Niños expósitos. En aquel tiempo hallábanse cada noche gran número de criaturitas expuestas por las plazas ó á las puertas de los templos, y muchas de ellas perecian desgraciadamente. San Vicente, condolido en extremo de su suerte, buscó remedios para tan arduo mal, y convenido con algunas piadosas señoras logró recursos por algun tiempo, mas al cabo se agotaron. Reunidas otra vez las caritativas señoras á fin de determinar si se continuaria la buena obra, el Santo, entrañablemente conmovido, tomó la palabra y se dirigió así á la asamblea: «Ea, señoras, la compasion y la caridad nos hicieron adop«tar por hijos á estas criaturillas, cuyas madres habeis sido segun «la gracia, desde que las abandonaron las que lo eran por natura«leza: considerad, pues, si las abandonárais ahora y si dejárais de «ser madres suyas para convertiros en sus jueces. Su vida ó su muer«te está en vuestras manos; voy á recoger los votos.» La respuesta de las concurrentes fue ponerse á llorar; resolvióse seguir adelante con el empeño; los Soberanos prometieron contribuir por su parte, de donde resultó que mas de diez mil inocentes cada año deben su existencia en la sola ciudad de París á san Vicente de Paul.

Para facilitar á sus párvulos cuidados mas tiernos y á sus enfermos una asistencia mas asidua, fundó una congregacion de *hermanas de la Caridad*, conocida aun bajo el nombre de hermandad de san Vicente de Paul, la cual ha dado orígen á varias otras fundaciones de análoga índole no solo en Francia, sino en todos los ámbitos del orbe cristiano, por lo cual puede decirse que los enfermos universalmente deben á san Vicente los auxilios y las atenciones admirables que en los hospitales les prodigan las religiosas [1].

Nadie que las vea, no solo curar, limpiar los enfermos y aderezarles la cama, sino lavar los trapos que dejan llenos de podre y asquerosidades, dejará de tenerlas por unas santas víctimas, que á impulso de un exceso de amor y de caridad para con el prójimo corren voluntariamente á la muerte, desafiándola, por decirlo así, en medio de la corrupcion producida por la acumulacion de los enfermos [2]. Y ¡qué de sacrificios no tienen que hacer estas heroínas de la caridad para consagrarse así al servicio de unos infelices desconocidos, de quienes ninguna retribucion pueden esperar! Placeres

[1] Bergier, t. X.

[2] Helyot, citado por Chateaubriand, t. IV, pág. 123.

de la vida, encantos de la juventud, dulzuras de familia, goces del corazon, sentimientos del alma, todo lo abandonan, todo lo ahogan menos la compasion, la cual en medio de tantos dolores se convierte en un tormento mas [1].

¿Quién no sentirá arrebatársele el corazon y enajenársele el espíritu en presencia de la abnegacion de esas sublimes vírgenes llamadas con tanta propiedad *hermanas de la Caridad* ó *hijas de Dios,* considerando que el mismo Voltaire hubo de rendirles el tributo de su admiracion? «Quizás, dice, nada hay en la tierra tan grande co-«mo el sacrificio que un sèxo tan delicado hace de la hermosura, de «la juventud y de la opulencia para servir en los hospitales á esa «suma de humanas miserias cuya vista es tan humillante para el or-«gullo del hombre, y tan repulsiva para su delicadeza. Los pueblos «segregados de la comunion romana *solo imperfectamente* han *podido «imitar* caridad tan generosa [2].»

Admira que un hombre solo, privado de medios, pudiese realizar tamaños prodigios; pero mas sorprende el pensar que durante muchos años mantuvo provincias enteras asoladas por la guerra ó la peste, siendo incalculables las limosnas que en aquellas circunstancias logró reunir.

Entre tanto la salud de Vicente, minada por tantos trabajos, decaia á ojos vista. Frisaba en los ochenta años cuando fue acometido de una calentura que acabó de postrarle. Cada vez que le entraba la sesion, decia amorosamente resignado: «Ea, bien venida seas, ca-«lenturita mia, pues vienes de parte de Dios.» Con todo esa calenturita que le acompañó mucho tiempo no le privaba de levantarse cada dia á las cuatro de la madrugada, y entregarse á sus ordinarios ejercicios de piedad y de caridad; hasta que al fin un dichoso tránsito coronó aquella vida de buenas obras el dia 27 de setiembre de 1660. Todo el mundo le lloró amargamente, y los mismos impíos no han podido menos de rendir homenaje á sus virtudes [3].

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber suscitado

[1] Chateaubriand, t. IV, pág. 123.

[2] *¡Imitar solo imperfectamente!* No han podido imitarla en lo mas mínimo; aun está por nacer la primera hospitalaria protestante.

[3] Godescard, 19 de julio.

tantos misioneros al objeto de que pregonasen el Evangelio á todos los pueblos de la tierra : hacednos la gracia de que por nuestra conducta verdaderamente cristiana merezcamos que la fe permanezca entre nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *sufriré resignadamente las enfermedades.*

LECCION LI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVII).

La Iglesia atacada en el Japon : persecucion violenta; — defendida : Mártires ; reina de Tango; otros Mártires; su regocijo, su constancia admirable; — consolada : progresos de la fe en China y en América; — atacada : Jansenismo; — defendida : Bossuet, Fenelon; — consolada : Trapenses ; Órden de Nuestra Señora del Refugio ; la venerable madre Isabel de Jesús ; Órden de la Adoracion perpétua ; Congregacion de hermanas de la Caridad en Nevers.

La Iglesia, que acreditaba su santidad en el Occidente por las elocuentes virtudes de san Vicente de Paul, firmaba en Oriente su fe con la sangre de los Mártires. Hecho es muy digno de reflexionarse, que en ningun siglo el testimonio de la sangre, ó sea el martirio, ha faltado á la religion católica.

San Francisco Javier, cuando llegó al Japon en 1549, encontró aquel dilatado reino sumido en las tinieblas mas densas de la idolatría; pero fue tan eficaz la predicacion de ese varon apostólico, suscitado por la misericordia de Dios, que las provincias se convertian en masa. Este beneficio seria tan duradero como maravilloso, cuando en 1582 los reyes de Arima, Bungo y Omura enviaron una solemne embajada al papa Gregorio XIII, y cuando cinco años despues se contaban en el Japon doscientos mil cristianos, entre ellos muchos bonzos, ó sacerdotes del país, y algunos príncipes y reyes. Desgraciadamente las creces de la nueva religion que seguian de dia en dia fueron atajadas el año 1588 por la circunstancia que vamos á referir.

El emperador Cambacundono, que á impulsos de un orgullo sacrílego se hacia tributar honores divinos, mandó que todos los misioneros jesuitas salieran de sus Estados en el término de seis meses; pero algunos se quedaron á pesar de esta órden, bien que disfrazados para poder con mas libertad ejercer sus santas funciones. Encendida la persecucion en el año 1592, muchos de los japoneses convertidos recibieron la palma del martirio, y el emperador Taicosa-

ma, tan corrompido como orgulloso, aun se cebó en ellos con mas ferocidad. Nueve misioneros fueron crucificados en un altillo cercano á la ciudad de Nangasaqui, y al mismo tiempo perecieron varios japoneses, entre otros, tres niños que solian ayudar á misa á los sacerdotes, dos de ellos de quince años, y el tercero de diez, pero á pesar de sus pocos años sufrieron los tormentos no solo con valor sino con alegría. Á los misioneros que quedaron los embarcaron por fuerza, para que no predicasen mas el Cristianismo en el Japon; sin embargo aun permanecieron disfrazados veinte y ocho.

Muerto Taicosama volvieron los misioneros, y convirtieron cuarenta mil personas en 1593, y mas de treinta mil el año siguiente, aunque ellos no excedian de ciento, y mandaron labrar cincuenta iglesias donde los fieles se reunian. Este período tranquilo, tan favorable á la propagacion del Evangelio, fue nuevamente turbado en 1602 por Cubosama, quien mandó renovar los edictos publicados contra los Cristianos, y ensañándose la persecucion en 1614 y en los años siguientes, viéronse reproducir los hermosos ejemplos de piedad, caridad é impavidez, que la historia de la primitiva Iglesia ofrece. Darémos en prueba algunos ejemplos:

El rey de Tango tenia una esposa muy jóven, la que encerrada siempre en su palacio vivia con sumo recato é inocencia. Aquel, aunque idólatra, hubo de hablarle varias veces de la religion cristiana, admirada de los mismos que no la seguian, y esta princesa, que poseia un talento despejado conservando en su memoria lo que se le dijo, no hallando además en sus costumbres obstáculo para las inspiraciones de la gracia, se sintió fuertemente inclinada á una religion tan acomodada á sus hábitos é inclinaciones; pero dudando obtener licencia de su marido, tuvo que llevar con gran sigilo el negocio de su conversion, y eludir la vigilancia de cien ojos que estaban siempre abiertos observando sus pasos.

Criábase afortunadamente con ella una princesa de sangre real, á quien la unia la identidad de virtuosas inclinaciones con mas estrecho vínculo que la afinidad; y como para esta segura amiga nada tenia secreto, abrióle su pecho, y dióle el encargo, puesto que era dueña de ir y venir, de comunicar á un misionero sus deseos á la par que sus apuros. La medianera, tan ansiosa como la Reina de abrazar el Cristianismo, no se redujo á su cometido, sino que se hizo bautizar recibiendo el nombre de María, y transformada de súbito

en apóstol por la gracia del Sacramento, cuantas damas y doncellas de palacio supieron su buena suerte fueron sucesivamente á encontrar al misionero y volvieron cristianas, aconteciendo lo propio á un caballero que las acompañaba. La Reina entre tanto gemia con mayor dolor de verse esclava del infierno en medio de una corte á la que ella habia proporcionado la santa libertad de los hijos de Dios, y viendo esto la princesa María, fué otra vez á encontrar al misionero, para que le explicara detenidamente el modo de administrar el Bautismo, y de regreso bautizó á la Reina imponiéndole el nombre de Gracia, que nunca fue dado con mas propiedad.

Todo esto pasaba en ausencia del Rey; pero cuando volvió, mostrándose muy enojado, declaró imperiosamente á la Reina y á toda su corte que era necesario abjurar desde luego una religion odiada por el Emperador, y que podia labrar su pérdida. Siendo inútiles las amonestaciones y amenazas, apeló á toda especie de violencias, contra su esposa la primera, pues el despecho del Rey se midió por el ardiente amor que la profesaba; ella sin embargo á tamaños excesos solo opuso una dulzura y paciencia admirables, acompañadas empero de una constancia invencible. Habiendo enfermado peligrosamente un hijo del Rey, bautizóle la princesa María á sugestion de aquella, y al punto quedó sano. Entonces el Rey sintió caérsele las armas de la mano, y adoptando el partido de disimular no molestó mas á unas personas á quienes irresistiblemente amaba y respetaba.

Viéndose la Reina con mayor libertad, solo hizo uso de ella para consagrarse á todas las buenas obras que su situacion le permitia, y dar ejemplo de todas las virtudes cristianas. Léjos de idolatrar en sí misma, parecia querer desfigurarse con las maceraciones de la penitencia. Aprendió regularmente el latin y el portugués, no tanto por gala de saber, como para ilustrar mas y mas su espíritu en el conocimiento de las verdades que leia en los libros piadosos. Su mayor ahinco era recoger huérfanos y niños pobres para servirles y cuidarles por sus manos, instruirles en los rudimentos de la Religion, y hacer de ellos unos buenos católicos.

Hacia ya doce años que llevaba una vida tan santificada, cuando ocurrió en el país una revolucion que la hizo triste víctima de los celos de su régio consorte. Si bien este príncipe nunca habia sospechado de su fidelidad, recelaba á cada momento que otro se pren-

dara de ella, y con tal idea dispuso que se retirase á la ciudad de Osaca, plaza bien fortificada y que parecia poder resistir á los embates del enemigo; mas aun no bien seguro, dió órden al intendente de su casa de que si la ciudad llegaba á sucumbir, descabezase á la Reina y pegase fuego al palacio.

Cayó en efecto la ciudad, y el enemigo intimó al intendente que entregase la persona de la Reina. Respetaba mucho este funcionario á su soberana; pero viendo que no podia salvarla aunque lo intentó, preséntasele con la desesperacion pintada en el rostro, riega sus piés de lágrimas, y le declara la órden bárbara que habia recibido. «Tam«bien nosotros, añadió, morirémos al instante, y eso es lo que me «consuela, porque no sabria sobrevivir á una princesa cuya muerte «seria el mayor tormento de mi vida.»

La Reina escuchó estas palabras como si no se refiriesen á ella: «Ya «sabes, responde, que soy cristiana, y á los Cristianos no les espanta «la muerte: tú sí que debes pensar en lo que será de tí por toda una «eternidad.»

Dichas estas pocas palabras, entróse en su oratorio, y postrada ante la imágen de un Dios que murió por nosotros, ofreció el sacrificio de su vida. Seguidamente reunió á todas sus camaristas, cristianas como ella, y abrazándolas tiernamente las hizo presente que como el decreto de muerte no las comprendia, por la ley de Dios estaban obligadas á retirarse antes que el palacio fuese pábulo de las llamas. Al oir esto, todas prorumpieron en clamores y lamentaciones; solo ella, cual si se tratara de un negocio cualquiera, volvióse pausadamente á su oratorio, y llamó al intendente para que cumpliera su comision. El buen hombre postrado á sus piés, le rogó nuevamente que le perdonase su muerte. Entre tanto ella puesta de rodillas apartó por sí misma el cuello de su vestido, y pronunciando los dulces nombres de Jesús y María recibió el golpe fatal, mostrando en su entereza que la fuerza cristiana habia hecho su alma independiente en cierto modo de la materia, de la fragilidad de su sexo, y de todas las debilidades de la naturaleza.

En último resultado la persecucion solo sirvió para patentizar cuán arraigada estaba la fe en la mente y en el corazon de los japoneses. Habiendo ordenado el Emperador que se formasen listas de todos los cristianos que concurrian á las iglesias de Osaca y Meaco, corrió al punto por las provincias la voz de que iban á ser sacrificados cuan-

tos rehusasen adorar á los dioses del país, cuya noticia, léjos de turbar los ánimos, hizo resplandecer la fe con tal brillo, y encendió tal ardor por el martirio, que hasta los idólatras quedaron maravillados.

El Rey de Bungo, que regocijó á la Iglesia por su conversion cuando mas abrumada se veia de humillaciones y trabajos, solia decir: ¡Oh Dios omnipotente, os juro que aunque todos los Padres Jesuitas, por cuyo ministerio me atrajísteis al Cristianismo, renunciaran á la religion que me han enseñado; aun cuando supiera que todos los cristianos de Europa hubiesen renegado de vuestro nombre, yo os confesaria, reconoceria y adoraria por mas que me costara la vida, conforme ahora os confieso, reconozco y adoro por el solo verdadero y todopoderoso Dios del universo.

Ucondono, generalísimo de los ejércitos y otro de los mas fervientes cristianos del Japon, púsose inmediatamente á las órdenes de los misioneros, esperando que no tardarian en ser presos, para compartir sus cadenas y suplicios. Imitaron su ejemplo dos hijos del gran chambelan del Emperador, el mayor de los cuales, investido ya con los cargos de su padre, caso de sobrevivirle, corrió desde doscientas leguas de distancia á Meaco, y tomó el traje de los misioneros para que le prendieran mas pronto; y al mismo tiempo sus familiares, á quienes quiso despedir, protestaron querer morir con él. Su hermano menor, residente en el seno de la familia, tuvo que arrostrar todo el cariño de sus deudos y hasta las iras de su padre que era gentil, pero mostró tal valor y resolucion, que ya no esperaron poder disuadirle.

Tambien un príncipe enlazado con el Emperador y señor de tres reinos fué á encerrarse con los Jesuitas para recibir la muerte al lado de ellos. Otro príncipe, no bien estuvo bautizado, dió un pregon amenazando con severas penas á los que preguntados si su rey era cristiano, disimulasen la verdad.

Un magnate poderoso y célebre por su valor, temiendo que nadie osaria irle á prender en su castillo, presentóse junto con su esposa á uno de los ministros de la persecucion sin mas comitiva que un niño de diez años al que llevaba de la mano, y una niñita demasiado pequeña aun para poder andar, llevada en brazos por la madre. Hasta las personas de clase mas humilde se presentaban con impavidez á los esbirros, y en suma, todos esperaban el momento de poder sellar con su sangre la profesion de su fe.

Las señoras ricas confeccionaban aprisa con sus camareras vestiduras magníficas para honrar el dia de su muerte, que todas llamaban dia de su triunfo, y de intento se juntaban en las casas donde mejor creian ser vistas. Entre las de Meaco hubo una que pidió á sus conocidas la arrastrasen al suplicio si acaso la veian retroceder ó flaquear. Vióse tambien á una señorita preparar con admirable sangre fria todos los pormenores de su sacrificio y arreglar su vestido de modo que pudiera estar con toda decencia en la cruz; suplicio que parece iba á ser comun á todos los Cristianos. Los criados, ocupándose tambien de sí, proveíanse unos de relicarios, otros de rosarios ó Crucifijos con una calma y tranquilidad tal, que algunos sayones, dominados acaso por la idea general en el país de que es una infamia padecer violencia, arrojaron sus puñales y cimitarras, para tomar como las mujeres algun objeto piadoso y dejarse degollar como ellas.

Para que mas se vea lo sobrenatural de este arrojo, citarémos algunos ejemplos de débiles mujeres y tiernos infantillos. Una cristiana llamada Tecla fue quemada teniendo cinco hijos al rededor y otro en el seno; para subir al patíbulo se vistió un ropaje nuevo en muestra de regocijo, y cuando estuvo encima de la hoguera, cuyo humo empezaba á envolverla, solo se ocupó en enjugar el llanto de una niñita de tres años que llevaba en brazos, animándola con la esperanza de la gloria eterna que iba á gozar en breves instantes. Otra pobre mujer vendió su cinturon para comprar el poste al que debia ser atada cuando la quemasen viva por la fe. Una hubo que descubrió á sus perseguidores y delató como cristiana á su propia nieta para que gozara la dicha de recibir corona de Mártir. Otra, condenada á muerte, escribió á su ausente esposo rogándole con urgencia que viniese á participar de su dicha y triunfo, muriendo á su lado.

No menos generosas fueron las criaturas que sus dignas madres: un chiquillo de nueve años corrió espontáneamente al lugar de los suplicios, y apartando él mismo sus vestidos, ofreció el cuello al filo ensangrentado; una niñita de ocho años no pudiendo dirigirse por sí al martirio porque era ciega, se asió tan fuertemente á su madre que logró morir en la propia hoguera; otros dos niños condenados á perecer daban tiernos consuelos á su anciana tia creyendo que lloraba de sentimiento, cuando era de envidia que tenia á los Már-

tires; otro de cinco años, dispertado en medio de un profundo sueño para ser conducido al suplicio, sin conmoverse pidió sus mejores galas, vistióse aprisa, y en los brazos mismos del verdugo fue, tierno corderillo, llevado al matadero. Allí de rodillas, junto al cadáver de su padre que acababa de ser inmolado, tiende sus manecitas, y alzando los ojos al cielo aguarda el golpe mortal; mas tan gran generosidad en tan breves años desarma al verdugo; la cuchilla se le cae de la mano. El niño despues de desnudarse por sí solo hasta la cintura, viendo indeciso al ejecutor, se dirige á uno de sus ayudantes, de quien obtiene lo que desea; pero torpe este ó inexperto, solo al tercer golpe logra separar la cabeza del tronco á aquel precioso Mártir, cuya constancia no flaquea un solo momento.

Júzguese cuál seria el valor de los misioneros que tan sublimes sentimientos supieron inspirar á unos débiles niños y á unas tímidas mujeres. El mas antiguo y célebre de estos obreros evangélicos era el padre Cárlos Espinola, natural de Italia, de ilustre cuna. Aprehendido con otros muchos cristianos condenáronle á ser quemado vivo; esta sentencia debia ejecutarse en un montecillo junto á Nangasaqui, á unos quinientos pasos de otro, donde un cuarto de siglo antes fueron crucificados los veinte y seis Mártires á quienes Urbano VIII canonizó. Púsose la comitiva en marcha para el lugar de la ejecucion, habiéndose colocado de antemano numerosos piquetes de trecho en trecho para contener á la multitud, pues se asegura que concurrieron treinta mil cristianos por lo menos, sin contar los idólatras.

Llegados á la colina, ataron á los Mártires á diferentes postes, y entre tanto el P. Espinola dirigió algunas palabras á los cristianos, divisando entre ellos á una ardiente neófita llamada Isabel Fernandez, de quien la misma víspera de su prision bautizó un niño, nacido poco antes, al cual impuso el nombre de Ignacio por ser la fiesta del santo Fundador de la Compañía. Hacia de esto cuatro años: madre y niño estaban allí aguardando el golpe de muerte; pero oculto el chiquillo tras de su madre, no podia ser visto del sacerdote, quien recelando no le hubiesen alejado para sustraerle del suplicio, gritó á Isabel: ¿Dónde está mi hijillo Ignacio? ¿qué has hecho de él? — Aquí está, respondió la mujer tomándole en brazos; ¿pensais habia de privarle de la única dicha que le puedo proporcionar? Hijo mio, añadió dirigiéndose al infante, hé aquí á tu padre; ruégale que te bendiga. El niño, obediente, se puso de rodillas, juntó sus

manecitas y recibió la bendicion, pero con un ademan tan tierno, que la muchedumbre espectadora, atraida ya por las palabras de la madre, empezó á despedir fuertes murmullos y gemidos, anuncio de mayor tumulto. Entonces la autoridad mandó apresurar la ejecucion, y al punto dos ó tres cabezas saltaron rodando hasta los piés del tierno Ignacio, que no pareció inmutarse, ni se conmovió mas al ver saltar la de su madre, hasta que él mismo, con una intrepidez naturalmente imposible en su edad, recibió el golpe del hacha volando al cielo, donde á la par de los santos Inocentes juega con su corona ante el trono del Cordero. La madre tambien era digna de tal hijo, pues toda su vida habia sido una larga preparacion para el martirio; y cuando entró en el lugar del combate, llevaba en una mano un Crucifijo y en la otra un rosario, cantando el salmo *Laudate Dominum omnes gentes;* Naciones todas, alabad al Señor.

Cuando los primeros Mártires hubieron consumado su sacrificio, se colocaron sus cabezas junto á los que debian morir abrasados, y dióse fuego á la leña. Esta se hallaba dispuesta de modo que el fuego avanzase lentamente, á cuyo efecto procuraban apagarlo cuando prendia demasiado aprisa, refinamiento de crueldad con que se queria amedrentar el espíritu de los Mártires, prolongar su agonía y hacerles apostatar, si fuera posible; mas todo se convirtió en mengua del demonio, pues conservando el P. Spinola su sangre fria, dijo á la asamblea: «El fuego que va á consumirnos solo es sombra de «aquel con que el Dios verdadero castigará por una eternidad á los «que rehusaron conocerlo, ó que, habiéndole conocido y adorado, «no vivieron de una manera conforme á la santidad de su ley.» Por fin, las llamas ganaron terreno, y los Mártires empezaron á sentir dolores intensísimos, particularmente hácia el lado del P. Spinola, por donde soplaba un vientecillo récio. Quien los viera con los ojos fijos en el cielo, hubiera dicho que nada padecian: una hora despues el holocausto quedaba consumado [1].

La persecucion siguió aun mucho tiempo, hasta que el Emperador en 1639 prohibió definitivamente la entrada de los europeos en sus dominios. Desde entonces algunos generosos misioneros han vuelto aun á penetrar en aquel país, tan cristiano antes, pero, segun parece, fallecieron todos de mala muerte. Sin embargo, todavía quedan cristianos en el Japon, segun lo acredita una reciente cor-

[1] Charlevoix, *Historia del Japon*, t. II, lib. XV, pág. 275.

respondencia de Mons. Bruguières, misionero en China, fallecido hace dos años, siendo obispo de Capsa.

La luz divina rechazada en el Japon avanzaba por el interior de la China y de las Indias, penetrando asimismo entre los iroqueses é ilineses, pueblos salvajes que vagaban por las inmensas selvas de la América septentrional.

Mientras tanto el demonio, exasperado de ver que la Iglesia ganaba lauros en la persecucion, y conquistaba pueblos los mas lejanos, suscitó una nueva herejía para agriar su contento. Fue autor de ella Jansenio obispo de Iprés en los Países Bajos, el cual, pretendiendo explanar la doctrina de san Agustin acerca de la gracia, en una obra que por esta causa tituló *Augustinus*, sentó cinco proposiciones contrarias á la fe católica, negando entre otras cosas la libertad del hombre, y la posibilidad de cumplir varios de los Mandamientos de Dios. El papa Inocencio X condenó semejantes asertos; pero á pesar de esto, sus discípulos, llamados Jansenistas, siguieron sosteniéndolos, dando á luz una porcion de obras cuyo peor resultado fue inspirar á los fieles un temor tan grande á la Comunion, por la idea exagerada de las disposiciones exigidas al comulgante, que ha acarreado en último término el abandono de los Sacramentos. Los principales Jansenistas fueron Arnaud, Nicole, San-Cyran, Quesnell, etc., á quienes refutaron con brillantez, al igual que á los Protestantes, dos prelados, gloria de la Francia, Bossuet, obispo de Meaux, y Fenelon, arzobispo de Cambrai.

Los muchos desórdenes causados por las renacientes herejías demandaban una expiacion; además para granjear lauros á los doctores que combatian la herejía, celo á los misioneros que daban á conocer á las naciones el nombre del Señor, denuedo á los Mártires que lo confesaban delante de los tiranos, necesitábanse fervorosos Moiseses para orar noche y dia en la cumbre de la santa montaña. Cabalmente esta preciosa armonía nunca fue tan visible como en la presente circunstancia : un número asombroso de congregaciones contemplativas se consagraban fervorosamente á la penitencia y oracion, de las cuales ninguna ha sido mas célebre que la de la Trapa. Hé aquí su historia :

Vivia en París en el siglo XVII un jóven eclesiástico de muy noble y muy antigua familia, el cual dotado de excelentes cualidades logró conciliarse la estimacion general. Por desgracia, enamorado

él propio del mundo, vivia con tal disipacion y fausto, que insensiblemente le alejaron del espíritu sacerdotal. Nació el año de 1626, y llamábase Armando de Rancé. Dios, que tenia puestas en él misericordiosas miras, hízole comprender los riesgos á que exponia su alma; y mostrándose dócil á la gracia, vendió su patrimonio, y lo distribuyó en buenas obras. Retiróse despues á un monasterio de la Órden cisterciense, llamado la *Trapa*, donde se propuso hacer revivir la antigua regla de san Benito. De aquí vino en denominarse *Trapenses* los que hoy siguen la regla establecida por este reformador.

Encima de la puerta del monasterio se leen las siguientes palabras: *Esta es la casa de Dios, dichosos los que en ella moran.* Con efecto, tan de veras es la casa del Dios de caridad, que todo extranjero, sin distincion de clases, de países y hasta de religion, es allí admitido y regalado como amigo y como hermano: el religioso portero se arrodilla delante del peregrino implorando su bendicion; despues le conduce á una grandiosa hospedería, y corre á dar aviso á dos religiosos encargados de admitir á los viajeros. Postrados nuevamente ante el huésped, acompáñanle al pié del altar, donde está el santísimo Sacramento, y hecha una breve oracion vuelven á la hospedería, y otro de ellos se queda para leer algunos versículos de la *Imitacion* á los recien llegados. En seguida se encarga de darles la asistencia necesaria un religioso con el título de *posadero*. Abrahan y los Patriarcas, modelos de la antigua hospitalidad, no eran mas solícitos con sus huéspedes de lo que lo son estos buenos religiosos. Antes de profesar escriben á su familia renunciando sus bienes, y ya no vuelven á acordarse del mundo mas que para rogar por él. Si ocurre fallecer el pariente de alguno, el abad lo recomienda á las oraciones de toda la comunidad, callando cuyo sea, diciendo solo en general que ha muerto el padre ó la madre de uno de los hermanos. Traen siempre la vista al suelo, sin mirar jamás á los extraños; guardan perenne silencio, no hablando sino con su superior, y entre sí cuando están en el trabajo ó en otra parte solo se dan á entender por signos.

En el trabajo lo mismo que en la oracion, observan la gravedad propia del que hace una obra santa. De vez en cuando un hermano por medio de tres palmadas les llama á elevar su espíritu á Dios, y al punto cada religioso queda inmóvil y como petrificado en la posicion en que se encuentra para entregarse á la meditacion. Al ver

á estos religiosos, con los brazos cruzados, la cabeza algo inclinada y la mirada fija en el suelo, de pié entre algunas piedras, cualquiera diria que son estatuas tumularias en medio de unas ruinas, y que una palabra mágica les arrebató de súbito el aliento vital; y á la verdad su alma ya no pertenece á la tierra, ni á sus miserias tan congojosas, ni á sus placeres por lo comun tan amargos, sino al cielo donde reposa en la contemplacion de la beldad eterna en la cual hallará participacion y premio.

Maravilla del mundo llamaba Inocencio III al convento de san Bernardo : otro tanto podria decirse del de la *Trapa*. La vida que en él se observa es realmente angelical; y no cabe espectáculo mas tierno que el que ofrece el asiduo recogimiento de los religiosos, en el trabajo, en el refectorio, y particularmente en la iglesia. En los dias de ayuno su comida se reduce á un mendrugo de pan moreno cocido con yerbas y aderezado con un poco de sal, y la colacion á dos onzas de pan seco. Duermen vestidos sobre jergon y tablas; levántanse invariablemente á media noche para cantar el oficio, y durante el dia consagran algunas horas al trabajo de manos, que consiste principalmente en cavar la tierra.

¡Cuán sublime es el espectáculo de la muerte de un trapense! ¡qué leccion tan filosófica y significativa para el hombre! Acostado sobre un poco de paja y ceniza en el santuario de la iglesia, llama á la virtud á sus hermanos que le rodean silenciosos, mientras la campana anuncia con triste tañido su último combate. Regularmente son los vivos los que procuran animar al enfermo á dejar la vida; pero aquí sucede una cosa mas sublime, y es que el mismo moribundo habla de la muerte á las puertas de la eternidad, sin duda porque nadie la conoce mejor que él, y con una voz que retumba ya entre esqueletos, recomienda imperiosamente la penitencia á sus compañeros y hasta á sus superiores. ¿Quién no temblará viendo á aquel religioso que tan santa vida llevó, dudar aun de su salvacion al acercarse el terrible paso [1]?

Cuando algun religioso empieza á agonizar, lo trasladan á la iglesia, y allí recibe los Sacramentos tendido sobre un lecho de ceniza, permaneciendo regularmente en esta posicion hasta que fallece. Sus compañeros no le abandonan, y algunos permanecen rezando junto

[1] *Genio*, t. III, pág. 240.

al ataud hasta el momento de la inhumacion. Concluidos los funerales, es conducido al cementerio, donde toda la comunidad, despues de largas oraciones dirigidas en cierto modo á hacer violencia al cielo á favor de su hermano, póstrase tres veces de rostro en el suelo, clamando en voz alta estas palabras de salud y perdon : *Señor, dignaos tener misericordia del pobre pecador!* Apenas cerrada esta hoya, se abre para el primero que falte otra nueva, al borde de la cual van á veces algunos religiosos á orar, mirándola con complacencia y diciendo : *Espero que esta sea la mia.*

Este deseo de morir que el trapense tiene, no es disgusto de la vida ni de su estado, no por cierto, sino el anhelo de una alma desterrada que pide á voces volver á su patria, de un hijo ausente de su padre querido, á cuyos brazos ansia volar. Una sencilla cruz de madera indica al viandante el lugar donde reposa uno de estos hombres que el mundo no merece, uno de estos hombres que tal vez ha ido á ocultar en la oscuridad del claustro la brillantez del talento, de la alcurnia ó de la fortuna : ¡grande y útil ejemplo para el mundo, si el mundo supiera ó quisiera comprenderlo [1]!

¿Quereis ver demostrada por otra maravilla la tierna solicitud con que la Providencia vela por la Iglesia? La herejía y el cisma engendran desórdenes : es preciso no solo expiar estos, sino reducir las malogradas víctimas al cumplimiento de su deber; y Dios halla en los infinitos arcanos de su misericordia medio para salvar al hombre culpable y rehabilitarle á sus propios ojos restituyéndole á la virtud. Tal fue la índole de muchos de los institutos religiosos fundados de siglo en siglo, y en particular la de la Órden de *Nuestra Señora del Refugio.*

Destinada para asilo de las doncellas y mujeres pecadoras, la Órden de Nuestra Señora del Refugio tiene además la circunstancia interesante y especial de que ingresan en ella *jóvenes honradas y de calidad*, las cuales no deben confundirse con las arrepentidas. Estas pecadoras se admiten á la profesion religiosa, si lo quieren y lo merecen, y las primeras, aunque preferidas regularmente para los cargos y oficios principales, solo forman una sociedad con las religiosas de la segunda clase, pues tienen el mismo espíritu y el mismo rezo,

[1] La reforma de la Trapa acaba de ser aprobada por el Sumo Pontífice. Sirve de consuelo y de esperanza para el porvenir considerar que nunca fue tan considerable como ahora el número de los Trapenses.



y son enteramente conformes en el traje y en el régimen de vida. Y ¿por qué confundirse así las buenas con las culpables? ¿por qué sujetar el amor propio á un sacrificio tan penoso? Para encaminar mas fácilmente á Dios á estas míseras pecadoras. Pero aun va mas léjos la caridad católica : las religiosas de honor, al objeto de afirmar á las arrepentidas en la penitencia por medio de su ejemplo, hacen el voto particular de cuidarse de su direccion, y no consentir que por motivo alguno disminuya el número de las penitentes que han de componer las dos terceras partes de la comunidad. «Tanto mas, dice «el P. Helyot, debe admirarse aquí la caridad de estas santas vír«genes, en cuanto por ella se nos representa tiernamente la que Je«sucristo tuvo para con nosotros al tomar la figura de pecador para «eximirnos de la servidumbre del pecado [1].»

En distintas congregaciones establecidas con análogo objeto se encubrian los antiguos yerros de estas pecadoras con las denominaciones mas cariñosas y compasivas. Unas veces se las llamaba hijas del *Buen Pastor*, ó bien hijas de la *Magdalena*, para indicar su regreso al redil y el perdon que les esperaba; otras veces se las llamaba *monjas blancas* por el color de su hábito, blanco para inspirarles ideas de pureza. En algunas poblaciones al entrar en religion se les ceñia una corona y se cantaba: « *Veni, sponsa Christi;* ven, esposa de Je«sucristo.» Semejantes contrastes eran tiernísimos y muy dignos de una Religion que sabe socorrer sin zaherir, y disimular las flaquezas del corazon al mismo tiempo que le arranca á sus vicios [2]. ¿Podia significarse mejor á estas infelices pecadoras que el arrepentimiento es hermano de la inocencia?

La Congregacion de Nuestra Señora del Refugio tuvo orígen en Nancy, el año 1624, siendo su fundadora la venerable madre María Isabel de la Cruz de Jesús, nacida en Remiremont en Lorena á 30 de noviembre de 1592. Hija de padres nobles, desde su infancia mostró singular tendencia á la mortificacion, y, niña como era, se ponia cilicios tres veces á la semana. Aunque los manjares groseros le revolvian el estómago, no tomaba otros, y tanto se mortificaba el gusto, que llegó á perderle, y á puras penitencias acabó por enfermar. Su madre, llena de cuidado por ella, la acostaba por sí misma cada no-

[1] Lo que he dicho en *presente*, debí decirlo en *pretérito*, porque desgraciadamente esta Órden, como otras muchas, ya no existe.

[2] Chateaubriand, t. IV, pág. 115.

che y arreglaba su cama ; pero apenas habia vuelto la espalda, levantábase Isabelita y se acostaba en el duro suelo.

Así este ángel de expiacion castigaba su carne inocente, dando indicios de lo que seria; y al propio tiempo Dios, que desde edad temprana queria hacer de ella una perfecta cruz, permitió que fuese hostigada de las criaturas. Poseia todas las prendas de una señorita cabal; sin embargo sus padres dieron en aborrecerla cuando vieron que rehusaba contraer enlace. Por interina providencia su madre le escondió todos sus libros devotos, y le entregó en cambio perniciosas novelas, ordenándole que mudase de confesor. No contenta con privarla de estos medios esenciales de santificacion, quiso se pusiera galas las mas propias para realzar su belleza, y la llevó á las reuniones del mundo. La pobre niña recurria en secreto á Dios, oponiendo solo al mal ejemplo oraciones, mortificaciones y asiduidad á los Sacramentos.

Viendo su madre que nada adelantaba adoptó otro sistema : empezó á llenar de baldones á esta ovejilla que no respondia una sola palabra; y una vez se arrojó á maltratarla con tal exceso, que ella misma se puso mala y tuvo que guardar cama hasta dos meses; mas no por esto cejó en su propósito : todo era en vano : apenas se levantó, cual madrastra desnaturalizada hizo vestir á su hija de andrajos hechos jirones, en cuyo arreo la paseó por todas las calles y puntos mas visibles de la ciudad; y al objeto de acabarla de correr se hacia encontradiza con la gente diciendo que su hija se habia vuelto loca. La cándida Isabel llevaba todo esto con paciencia, satisfecha de sufrir el desprecio de los hombres por amor á su Dios.

Al cabo sus padres resolvieron casarla por fuerza, y haciendo extender el contrato secretamente, la amenazaron hasta de muerte, si no obedecia; mas nada pudo obligarla á dar el sí. De tan maltratada, cayó enferma; sin embargo, no por esto se suspendieron los preparativos de boda, y al dia fijado la sacaron de la cama para conducirla á la iglesia cuando apenas podia sostenerse; y de este modo fue llevado á cabo su matrimonio.

Era designio de Dios que en todos los estados fuese perfecto modelo de la cruz. Llevábala ya en medio del corazon á consecuencia de la irracional ojeriza de sus padres; pero harto mas se clavó en é por la feroz condicion de un marido bárbaro, el cual hallaba placer en aumentar y exacerbar sus padecimientos. Despreciándola, le qui-

tó el gobierno de la casa; del desprecio pasó á las injurias, á las violencias y hasta á pegarla con furor. Por una mañana muy fria, yendo los dos á caballo por el campo, ocurrió tener que vadear un arroyo bastante rápido: el cruel marido, montado en un brioso alazan, nada tenia que temer; pero la pobre señora con su jaquilla se exponia á grave riesgo vadeando el rio; pero mandándolo aquel, obedeció. Mas no pudiendo el animal resistir á la corriente, fue arrastrado por ella, mirándoselo el marido sin darse la pena de alargar la mano, y la pobre mujer llevada por las aguas á gran distancia hubiera perecido sin el auxilio de algunos paisanos que la sacaron.

Á pesar de esto, nunca mujer tiernamente aficionada á su esposo fue mas asidua y obsequiosa que Isabel con el suyo, pues le servia como verdadera esclava. Por fin, Dios puso término á su martirio llevándose de una vez padres y marido. Ella apenas se vió libre retiróse á Nancy, donde fundó la Órden de Nuestra Señora, y murió la muerte de los Santos en el año 1691 [1].

No se beneficia solamente á los hombres aliviando sus miserias corporales y reparando los estragos sufridos por su virtud, pues tambien se les sirve, y acaso mejor, haciéndoles á Dios propicio por medio de fervorosas oraciones que desarman su justicia, atajan sus castigos y atraen sus bendiciones. Esta observacion hará conocer la importancia de las Órdenes religiosas contraidas á la expiacion, entre las cuales ninguna tan útil como la de la *Adoracion perpétua*, establecida para reparar las ofensas que se infieren á Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento. Si, en efecto, Dios en ninguna parte se presenta tan amable como en este misterio, ¿no es una consecuencia que los ultrajes hechos á la adorable Eucaristía son los mas sensibles que á Dios pueden irrogarse, y por tanto los mas conducentes á excitar su cólera y acarrear al mundo castigos inauditos? Ese ultraje, pues, requeria una reparacion pública, esplendente, continuada: á este objeto se dirigian en su orígen las procesiones de la fiesta del Corpus; pero la malicia de los hombres ha tomado de esto ocasion para un nuevo agravio; de consiguiente no quedaba otro medio de reparacion que establecer una Órden religiosa. Inspiróla la Providencia, temiendo tener que castigar, y en 1634 tuvo orígen en Marsella, siendo su fundador el reverendo P. Antonio Le

[1] Helyot, t. IV, pág. 344; y Mr. Boudon, *Triunfo de la Cruz, ó Vida de la V. M. Isabel de Jesús.*

Quien, religioso dominico. La Órden del santísimo Sacramento tiene por objeto desagraviar á su divina Majestad de las ofensas que recibe en la sagrada Eucaristía por parte de los herejes y de los malos cristianos, como tambien lograr por medio de férvidas y continuas oraciones que Nuestro Señor en los tabernáculos sea conocido del mundo entero. Las religiosas de esta Órden, consagradas al recogimiento, guardan un silencio muy exacto, pues raras veces bajan al locutorio y solo hablan con sus parientes una ó dos veces al año. Así de noche como de dia hay dos que están continuamente adorando al santísimo Sacramento, relevándose unas á otras cada dos horas. Todo, hasta su vestuario les recuerda el fin de su vocacion, pues llevan un sayal negro que al pecho hácia el corazon tiene un viril bordado en seda amarilla y al brazo derecho otro igual, como para recordarles que sus afectos y sus actos se han de contraer al obsequio del santísimo Sacramento [1].

Aunque rechazado siempre el demonio, no se daba por vencido; antes al abrirse el siglo XVIII preparaba con él una guerra mas general y encarnizada. La niñez, tan querida de Nuestro Señor, á la cual pertenece el porvenir, iba á ser vivamente disputada por la impiedad, sabiendo que la sociedad seria suya si lograba apoderarse de las nacientes generaciones. Para repeler esta nueva acometida y conservar siquiera un pequeño número de escogidos, los cuales en medio de la general defeccion no doblasen la rodilla ante Baal, el Señor dió un poderoso auxiliar á las muchas Congregaciones que ya se dedicaban á la enseñanza, con la nueva de *Hermanas de la caridad é instruccion cristiana de Nevers*.

Fundada hácia 1683 en la pequeña ciudad de Saint-Saulge por el reverendo P. de Lavenne, religioso benedictino, creció lentamente como todas las fundaciones sólidas, conservando pura la chispa del sagrado fuego que parece hubo de tomar el fundador del corazon mismo de san Vicente de Paul. De este modo pudo sobrevivir á la gran catástrofe de la Revolucion francesa y aun tomar tal desarrollo, que en el dia cuenta mas de dos mil religiosas, cuyo celo creciendo á medida de las necesidades sociales y de la Iglesia abraza actualmente las obras mas variadas : visita y asistencia de pobres y enfermos á domicilio, en los hospitales y en las casas de beneficencia, enseñanza de muchachos pobres, educacion de señoritas, ni-

[1] Helyot, t. IV, pág. 424.

ñas huérfanas y arrepentidas, y tambien el cuidado de los locos. Sus votos solo son temporales, pero no por esto se conservan menos fieles á sus sagrados compromisos, ni menos solícitas en el cumplimiento de sus muchas ocupaciones.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber multiplicado los medios de conservar á los justos en la virtud y de inclinar á los pecadores á la penitencia: haced que, justos ó pecadores, sepamos aprovecharnos de tanta bondad, ya para solidar nuestra perseverancia, ya para obrar nuestra conversion.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *haré cada dia una visita al santísimo Sacramento.*

LECCION LII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada : filosofía, Jansenismo; — defendida : el abate de La Salle; hermandad de las Escuelas cristianas; san Alfonso de Ligorio; Congregacion del santo Redentor; — consolada : conversion de parte de la familia imperial de China; conversion de los ilineses.

En el siglo XVI, Lutero y los demás pretendidos reformistas habian dicho al pueblo : Ninguna autoridad religiosa tiene derecho de mandaros; tomad la Biblia, leedla, y creed lo que os parezca verdadero, es decir, lo que vosotros querais. Este funesto principio fue harto bien comprendido. Ya vimos que los discípulos de Lutero y Calvino con la Biblia en la mano sostuvieron todos los errores y canonizaron todos los excesos; pero luego se pasó mas adelante, pues dejando á un lado la Biblia, cada cual arregló sus creencias y costumbres á las inspiraciones de su corrompido corazon; cuanto pudo halagar los sentidos, aquello fue la verdad. Sin embargo, esta impiedad descarada y sin freno no osó mostrarse en Francia durante el reinado de Luis XIV; mas apenas este Monarca bajó al sepulcro, el Filosofismo, hijo repugnante del Protestantismo, se quitó la máscara, y durante la regencia del Duque de Orleans hizo gala de una depravacion tal, que su solo recuerdo ruboriza y ruborizará perpétuamente á todas las personas honradas.

Á pesar de esto aun faltaba algo que hacer : sus vergonzosos misterios no habian por entonces salido de la esfera mas elevada de la sociedad; pero importaba ahogar los últimos remordimientos en el alma de sus adeptos é infiltrar el veneno hasta el pueblo. Ponen, pues, los filósofos manos á la obra, y al momento un granizo, un diluvio de folletos impíos y obscenos inundan y pervierten la Francia, gangrenándola y corrompiéndola hasta la raíz. Bien pronto una sorda fermentacion, unida á un desasosiego universal, síntomas de próxima y aterradora crísis, se perciben en todas partes, y la sociedad empieza á sentir las convulsiones, iba á decir el dolor cólico de una per-

sona que ha sido envenenada. El Señor, que muy á pesar suyo castiga, suscitó grandes obispos para que señalaran el mal, deteniendo á los pueblos en la pendiente del abismo, y al objeto de tocarles mas, les reveló los encantos de su amor en el misterio de su *Sagrado Corazon.* Además, para conservar siquiera una chispa de fe con que sellar el Cristianismo en el corazon de las generaciones futuras, formó un hombre segun su deseo, hombre de fe y de caridad cual ninguno, y que ciertamente llegaba á tiempo, pues ya las afrentosas y miserables doctrinas de la impiedad descendian de los palacios á las cabañas; ya la casta hija del cielo, la Religion, esa madre tierna y benéfica era lanzada ignominiosamente de las moradas opulentas, mientras el pueblo, imitador servil de sus señores, se aparejaba á su vez con ingratitud inaudita á desalojarla del hogar doméstico. Ya muchos padres iban á abstenerse de repetir su nombre á sus hijos, como tambien de enseñarles á conocerla, amarla y bendecirla; ¡qué digo! lo que iban á enseñarles con palabras y con ejemplos, era á despreciarla, abominarla y blasfemar de ella; y sin embargo ¿se creerá que tamaña ingratitud no pudo mitigar el entrañable amor que Dios profesa á sus culpables criaturas? Así como escogió la víspera de su Pasion para dejar á los hombres desagradecidos la prueba mas insigne de su caridad con la institucion de la sagrada Eucaristía, parece quiso tambien, en vísperas de los sangrientos ultrajes que se le aparejaban, dar al mundo una prueba mas de su paternal solicitud. Era caso de salvar á la niñez, supliendo la impotencia ó mala voluntad de los padres en favor de las nacientes generaciones; hé aquí, pues, que Dios saca de los tesoros de su misericordia uno de aquellos hombres singulares destinados á hacer el bien de los pueblos edificando á la Iglesia, y en consecuencia viene al mundo el abate de La Salle, tan justamente llamado el amigo y bienhechor de la infancia.

Nació en Reims á 30 de abril de 1651, de una familia tan honrada como cristiana. Desde la edad mas tierna dió indicios ciertos de haber nacido para la piedad: los primeros nombres que articuló distintamente fueron los de Jesús y María, y sus juegos consistian en poner capillas é imitar devotamente las sagradas ceremonias de la Iglesia. Era una admiracion verle al pié del altar cual ángel revestido de cuerpo mortal. En medio de tantas gracias revelaba gran disposicion al estudio, aunque los conocimientos humanos solo le sir-

vieron para cumplir algun dia los deberes de su estado; no como hacen otros por prurito, por vanidad ó por liviana curiosidad. Jóven aun, declaró á sus padres que se creia llamado al estado eclesiástico, y recibió la tonsura; promovido despues á un canonicato en Reims, pasó al seminario de San Sulpicio de París á cursar teología; y allí sus buenas prendas le conciliaron el afecto de todos. Retirado nuevamente al seno de la familia, empezó á dar muestras de aquel ardiente celo que le arrebataba en pro de las almas, y echó los cimientos de las escuelas cristianas de párvulos, ayudándole en esta empresa algunas señoras caritativas. El buen éxito de estos ensayos le inspiró el deseo de plantear sus establecimientos en mayor escala; mas está de Dios que las obras encaminadas á su gloria sufran contradiccion, y las del abate La Salle debieron recibir ese estigma glorioso.

Como hubiese albergado en su propia casa á los profesores de la nueva enseñanza formando con ellos una especie de comunidad, el mundo dió en tratarle de imprudente, loco y desvanecido por un celo indiscreto, y los mas reservados le tenian compasion; pero él, armado de paciencia y de confianza en aquel cuya gloria procuraba promover, dejó decir y siguió adelante. En efecto, en pos de la tormenta vino la calma y la serenidad: el cura de San Sulpicio, sabiendo cuán útil era la nueva Órden á los niños pobres, pidió algunos hermanos para dirigir á los pobres de su parroquia. Nuestro abate se prestó á la invitacion, de cuyas resultas fundáronse nuevas escuelas junto con un noviciado, y poco á poco la Órden fué ensanchándose al través de las contradicciones, de la falta de medios y del menosprecio de los hombres. El santo fundador dictó á los hermanos unas reglas muy sábias así para su régimen particular como para el de los niños; reglas que aun vigen en el dia, y que son infinitamente superiores á todos los planes concebidos por los hombres de mundo para la enseñanza de la juventud.

En medio de todo, el abate La Salle padecia hacia tiempo dolorosos ataques de réuma, y á menudo suspiraba tras su ansiada libertad. Oyó sus ruegos el Señor, y así recibidos los últimos Sacramentos con piedad angelical, dirigió á los hermanos de su Órden, reunidos en torno suyo, las siguientes palabras acomodables á todo buen cristiano: «Si quereis permanecer y morir en vuestro estado, «no os roceis con los mundanos, porque insensiblemente os aficiona-

«ríais á su trato, y os empeñaríais en tales conversaciones, que no po- «dríais sin impolítica dejar de deferir algunas veces á su dictámen, «por malo que fuese, siendo el resultado haceros infieles á vuestra «regla, disgustaros de vuestro estado, y abandonarle.» Un sudor frio le impidió continuar; á poco le entró la agonía, durante la cual pronunció aun estas palabras: «Adoro, sí, en todo y por todo la ma- «nera como el Señor me ha tratado:» algunas horas despues juntó las manos, alzó los ojos al cielo, y entregó su espíritu al Criador, precisamente el mismo dia en que Nuestro Señor espiró en la cruz por la salud del humano linaje, á 7 de abril de 1719. Contaba este gran siervo de Dios á la sazon la edad de sesenta y ocho años[1].

Hay en esta hermandad una regla muy penosa pero prudentísima, segun la cual los hermanos no pueden hablar en las horas de recreo sin licencia del director. Esta regla, como las demás del presente instituto, fue aprobada por Benedicto XIII en 1725. De tal modo ha bendecido Dios esta provechosa Órden, que reune ya trescientos diez establecimientos y mas de dos mil hermanos distribuidos en Francia, Bélgica é Italia, dando una educacion gratuita y cristiana á unos ciento cuarenta mil muchachos. Para apreciarla como se merece debe considerarse: 1.° Que estos hermanos son instrumentos de la bondad del Señor para la salud espiritual de los niños mas pobres y desvalidos. Dios quiere que todos los hombres lleguen á conocer la Religion, y ¿cómo podrian hacerlo semejantes infelices, particularmente en épocas azarosas, sin escuelas cristianas y gratuitas donde se les enseñen las eternas verdades? 2.° La hermandad suple á los padres y madres en lo tocante á la instruccion cristiana de sus hijos. La gente pobre, ocupada en ganarse el cotidiano sustento, no tiene tiempo, ni medios, ni conocimientos bastantes para instruir á sus hijos: ¡cuán bondadosa es, pues, la divina Providencia al dar á los niños pobres y abandonados unos padres segun la gracia que suplen en los deberes mas importantes á los padres segun la naturaleza! 3.° Los indivíduos que componen esta hermandad son apóstoles y ángeles tutelares de la niñez. Nada mas comun en las ciudades y aldeas como ver á los chiquillos andar vagamundeando y adiestrándose en cuantas travesuras el demonio inspira, entretenidos en pasatiempos que amenguan el pudor y conducen á excesos deplorables; y ¿quién desconoce en esta situacion la utilidad de unas per-

[1] Está incoado el proceso de su beatificacion.

sonas que les retraen de semejantes desórdenes, y les inspiran hácia ellos el horror debido para que espontáneamente los eviten? Lo mismo que los hermanos hacen con los niños, hacen las hermanas con las niñas, y cuanto acabamos de decir de los primeros puede aplicarse á las segundas, pues siendo igual el sacrificio, unos y otros merecen iguales elogios.

Mientras el instituto del abate La Salle sembraba en el corazon de la sociedad una semilla salvadora que debia germinar y desarrollarse tras la tormenta que á la Francia amagaba, un santo obispo cumplia en Italia otra mision no menos preciosa. El Jansenismo, del cual nos ocupamos al tratar del siglo pasado, habíase aliado con la impiedad para socavar el edificio de la Religion, pues si la una atacaba descaradamente y á la luz del dia, el otro lo hacia sordamente, y cual lobo voraz revestido con la piel de oveja trataba de penetrar hasta el corazon de la Iglesia. Catequismo, ascetismo, literatura, sermones, libros de piedad, teología, liturgia, á todo lleva atrevida mano, y todo lo que toca mancha. Un miedo servil reemplaza á la caridad para con Dios; los Sacramentos son abandonados y ridiculizados; la augusta Eucaristía, gérmen fecundo de la piedad católica, se convierte en objeto de espanto; el verdadero espíritu del Cristianismo se extingue; pero la Providencia está velando, y fuertes antemurales se opondrán á tan amenazadora invasion.

Entre los varones que Dios llamó en estas graves circunstancias para combatir al Jansenismo y reanimar la piedad atrayendo nuevamente á los hombres al Sacramento prodigioso que es manantial de ella, es imposible dejar de poner en primera línea al santo obispo Alfonso María de Ligorio. Nació este gran Santo en Nápoles el dia 17 de setiembre de 1696. Dotado de excelente natural, como el jóven Tobías aprendió desde niño á temer á Dios; y el amor al mismo y á la Vírgen Madre, la obediencia á sus padres, una modestia de ángel y un grande amor á los pobres fueron las virtudes que en él descollaron desde la aurora de su vida.

Rápidos fueron sus progresos literarios, pues á la edad de diez y seis años fue recibido doctor por aclamacion en la universidad de Nápoles. Despues ejerció con mucho lucimiento la profesion de abogado; pero un accidente que le sobrevino mientras informaba en cierta causa le desengañó para siempre de las cosas del mundo, y le decidió á abrazar el estado eclesiástico. Sus padres se opusieron

mucho tiempo á su vocacion, pero fue tan notoria la voluntad de Dios, que al cabo otorgaron su consentimiento. Promovido á las sagradas órdenes, Alfonso se consagró en cuerpo y alma á las virtudes del estado sublime que acababa de abrazar, y uno de sus cuidados preferentes fue instruir á los campesinos. Iba con frecuencia á hablarles de Dios, y á semejanza de Nuestro Señor discurria por los lugares y aldeas predicando con fruto admirable; lo cual nada tiene de extraño en quien reunia la elocuencia á la práctica esmerada de la mortificacion, de la oracion y de la pobreza.

No tardó en allegar cierto número de eclesiásticos que ardian en celo por el bien de las almas, con cuyo elemento planteó la congregacion del *Santo Redentor* para instruir á los pobres habitantes del campo; y al través de infinitas contradicciones y dificultades que le suscitaron toda clase de personas, logró últimamente verla confirmada por el Sumo Pontífice. Modernamente se ha extendido por varios puntos de Europa, con grande edificacion de la Iglesia.

Establecida ya su Congregacion, dedicóse el Santo á componer varias obras para dirigir á las almas y refutar el error; tarea difícil que desempeñó con la mayor habilidad y talento; de suerte que los Sumos Pontífices han declarado á este profundo y sapientísimo autor, como suscitado providencialmente para oponer un dique al torrente de las malas doctrinas que en el siglo pasado se propagaban con aterradora celeridad. Contra su gusto fue nombrado obispo de Santa Águeda en el reino de Nápoles; y en esta nueva posicion mostró ser, como siempre, padre vigilante y tierno, superior ilustrado y rígido, director lleno de experiencia, y misionero altamente celoso. Era tan caritativo con los pobres, que durante una gran carestía vendió todas sus propiedades para socorrerles; mas como este sacrificio no alcanzase á cubrir las necesidades de los muchos indigentes, viéndoles aglomerados á su puerta salió á su encuentro llorando, y les dijo: «Queriditos mios, nada tengo; pues todo me lo «he vendido para socorreros, inclusos mi carruaje y mis caballos; «y aunque he pedido dinero para el mismo objeto, no han querido «prestármelo.»

Tan ardiente era su caridad hácia los pobres, como vivo y tierno su amor hácia Dios, y en particular hácia Nuestro Señor Jesucristo en el santísimo Sacramento. Prueba de ello es la excelente obra que nos ha dejado, tan llena de confianza y piedad que parece haberla

escrito al ardiente impulso del corazon del Salvador, intitulada: *Visitas al santísimo Sacramento y á María santísima.*

La filial confianza en Nuestro Señor que Alfonso enseña con tal elocuencia á los demás, practicábala él mismo, como lo acreditará el ejemplo que no podemos resistirnos á citar: En cierta ocasion viéronse sus religiosos en grande apuro: la caja estaba vacía, y siendo la mañana no habia en toda la casa mas que dos panes para comer. El ecónomo corre á dar aviso al Santo. —No os inquieteis por ello, responde este; al mismo tiempo llaman á la puerta dos pobres que piden limosna. Dadles los dos panes, dice san Alfonso. El ecónomo, con tono algo despechado, hizo algunas observaciones y llegó á indicar que no se encargaba de servir á la comunidad, y que ya podia él buscarles la comida. —Hermano, respondió el Santo, ¿os ha faltado nunca lo necesario? ¿no puede Nuestro Señor convertir en pan las mismas piedras? El que sustenta diariamente á los pajaritos del cielo, ¿nos abandonarán acaso? Tranquilízate, hombre de poca fe. Dicho esto se retira, entra en la sacristía para revestirse con un roquete, y postrado al pié del altar hace un acto de adoracion, sube las gradas, é inclinado profundamente llama con suavidad á la puerta del tabernáculo, diciendo con una confianza única: ¡Dios mio, que estais aquí, oidme: no tenemos pan! y volviendo á saludar se marcha. ¿Cómo es posible que resistiese á tanta confianza é infantil sencillez aquel Señor que ha dicho: *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré* [1]? Apenas el Santo ha vuelto á su estancia, oye llamar: piden por él; baja, y se encuentra con un emisario que le traia de parte de una señora desconocida una gran suma de dinero. La comunidad no solo tuvo para comer aquel dia, sino que subsistió de esto por mucho tiempo.

Algunos años antes de su muerte renunció el obispado de Santa Águeda para retirarse á Nocera en un convento de su Órden, donde vivió hasta la adelantada edad de noventa años. En su última hora fueron los religiosos á pedirle bendicion y consejos, y habiéndoles otorgado este doble favor, concluyó diciendo: Hijos mios, salvad vuestra alma. Al poco rato entró en plácida agonía, y dió el espíritu en la paz del Señor á 1.° de agosto de 1787 [2]. Beatificado por

[1] Matth. XI, 28.

[2] *Vida de san Alfonso*, en italiano. Acerca el convento de Nocera, véase las *Tres Romas*, t. II.

Pio VII en 1815, ha sido recientemente canonizado por Gregorio XVI el dia 26 de mayo de 1839.

Las muchas conversiones preparadas por el abate La Salle y operadas por san Alfonso no bastaban aun á indemnizar á la Iglesia de las pérdidas que sufria, pues en aquella temporada, mala como la que mas, la impiedad erguia la cabeza y caminaba á su objeto con banderas desplegadas. Publicábanse cada dia libros mas licenciosos y mas plagados de atroces calumnias que los que habian precedido, arrastrando al abismo muchísimas almas débiles ó presuntuosas. No hay remedio; Dios tendrá siempre su porcion de elegidos: si hoy la Iglesia vierte una lágrima de dolor, mañana derramará otra de consuelo, y si un dia la afligen grandes escándalos, otro realzarán su gloria ejemplares estupendos, aunque hayan de ir á buscarse en los últimos confines de la tierra.

Así sucedió en la circunstancia presente. Habian los misioneros llegado hasta la corte del emperador chino, uno de cuyos príncipes tenia trece hijos. El tercero de estos, militar egregio muy instruido en la Religion y en las ciencias de su país, trabó relaciones con otro de dichos misioneros, y habiendo pedido le explicase alguna de las verdades de la religion cristiana, el sacerdote satisfizo cumplidamente su deseo. Con esto la gracia empezó á obrar en él y resolvió bautizarse; pero atravesábanse grandes dificultades para un negocio de tanta importancia. Uno de sus hermanos, al partir para el ejército, reclamó igualmente el Bautismo con ahinco tal, que el misionero no pudo negárselo, y le bautizó con el nombre de *Pablo*, otorgando la misma gracia á su esposa, que fue llamada *María*. El príncipe antedicho, al ver esto, no vaciló mas; á su vez recibió el Bautismo con toda su familia, y los restantes hermanos sucesivamente alcanzaron igual felicidad.

Sin embargo, como la cruz ha sido siempre patrimonio de los amigos de Dios, toda esta familia, en odio á la fe, fue desterrada junto con el comun padre, que todavía era idólatra; pero salieron alegres al considerar que habian sido dignos de padecer alguna cosa, esto es, privacion de sus bienes y dignidades, humillaciones y pobreza por la gloria de Jesucristo. Constaba esta familia de treinta y siete príncipes é igual número de princesas, de diferentes edades, con unos trescientos familiares, cuya mayor parte habian sido bautizados. El destierro no era mas que el preludio de sus quebrantos: ge-

nerosos confesores de Jesucristo debian darle aun mas ilustre testimonio; el emperador mandó degradarles y cargarles de cadenas, y, apelando luego á mayores rigores, dió órden de prender y castigar con la muerte á algunos de esos ardorosos neófitos, sin duda para intimidar á los que quedaban. Emplazados ante el tribunal del mandarin supremo, presentáronse en número de treinta y seis, y fueron cargados cada uno, hasta los niños, con nueve cadenas; á ocho escogidos entre los mismos se les encerró en oscuras mazmorras donde cási todos perdieron la vida, víctimas de rigores inhumanos; otros espiraron en el destierro, y algunas de las princesas corrieron la misma suerte. Esta insigne familia de Mártires y Confesores reprodujo el fervor, la caridad, la paciencia y la viva fe de los primeros cristianos, aparejando con su sangre y ejemplo nuevas conquistas para la Religion en el dilatado imperio de la China [1].

Inmensa cual Dios, autor de ella, la religion católica llenaba perfectamente los huecos dejados por los impíos y libertinos, pues mientras en la China escoge príncipes de la familia imperial para sujetarles al yugo del Evangelio, va hasta el Norte de América á buscar salvajes que convertirá en seres racionales y cristianos. ¡Oh Religion santísima! ¡cómo sabes variar de medios y tomar todas las fases para llegar diestramente al fondo de los humanos corazones! secreto es ese tuyo, que canoniza indeclinablemente tu divinidad. Asistamos á la conversion de este nuevo pueblo.

Vagaba por el centro de las heladas selvas de América la nacion de los ilineses, feroz y salvaje entre las demás, como lo probará un solo ejemplo, á tenor del relato de un misionero, anterior á su conversion: «La mayor gloria para un ilinés, dice, es coger vivos á los «prisioneros y traerlos consigo. Á su llegada, todo el pueblo se junta «y se coloca á dos filas en el camino por donde los prisioneros han «de pasar; terrible tránsito, durante el cual unos les aporrean, otros «les arrancan las uñas, ó les mutilan dedos, orejas y narices, etc. «Condenados á muerte, cuélganlos en seguida de un gran poste, «donde les obligan á cantar el himno funerario, y luego, habiendo «calentado á una hoguera muchas segures, cañones de fusil y otras «herramientas, van sucesivamente hiriéndoles con ellas y martiri«zándoles de mil maneras, ora pinchándoles con cuchillos, ora que«mándoles con tizones, cortándoles pedazos de la carne asada, que

[1] *Extracto de la correspondencia del P. Parennino.*

«comen en su presencia, ó formando regueros de pólvora por sus llagas y cuerpo, á los que en seguida pegan fuego, etc., etc. Cada «cual, en fin, los tortura á su antojo, á veces durante cuatro ó cinco «horas, á veces durante dos ó mas dias; y cuanto mas agudos y des«esperados son los gritos del paciente, mayor es el regocijo y la al«gazara de los bárbaros.»

Tales eran los ilineses antes de su conversion, hé aquí ahora cuál esta los trocó. Habla tambien un misionero: «Habiendo venido á ver«nos los ilineses, su piedad y vida edificante nos llenó de embeleso: «cada noche rezaban el Rosario á dos coros, y por las mañanas oian «una misa, durante la cual, particularmente en los dias festivos, can«taban varias preces de la Iglesia conforme al Ritual. Un espectáculo «tan nuevo atraia al templo gran concurrencia, excitando la mas «tierna devocion. Durante el dia, á veces despues de cenar, entona«ban juntos ó á solas himnos sagrados, cuales el *Dies irae, Vexilla «regis,* el *Stabat,* etc., y á buen seguro encontraban mas gusto en «estos cantos, que la mayoría de los salvajes y aun muchos fran«ceses no lo encuentran en otras canciones livianas y tal vez impú«dicas. Cualquiera se admirará, conforme yo me admiré, al llegar «á esta mision, de ver que pocos franceses se hallan á la altura de los «conocimientos religiosos de nuestros neófitos, pues saben de memo«ria cási todas las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento, po«seen excelentes métodos para oir la santa misa y recibir los Sacra«mentos, y conocen todos los misterios de la Religion y los deberes «que ella impone. El que ve á un ilinés, naturalmente piensa cuánto «trabajo habrá costado y debe aun de costar á los misioneros el for«marles de tal modo al Cristianismo; pero su laboriosidad y pacien«cia quedan altamente recompensadas por las bendiciones que el «Señor se digna derramar sobre sus trabajos.»

La Religion al convertir á ese pueblo bárbaro no solo domeñó su crueldad, sino que triunfó de su bastarda ignorancia. Cuál fuese esta, lo patentizará el ingénuo caso siguiente: Uno de los salvajes, llamado Chikagú, llevado á Francia, al regresar á su país contó de lo que habia visto cosas que á sus paisanos parecieron increibles, y aun él dudaba si su viaje habia sido un sueño. — Te han pagado, le decian, para que nos endilgaras tamañas paparruchas. — Puede ser, añadian sus parientes, que hayas visto cuanto refieres, pero un encanto fascinaria tus ojos, porque es imposible que la Francia sea cual tú

la describes. Cuando decia que en Francia hay cinco cabañas unas sobre otras, y que son tan altas como los mayores árboles; que por las calles de París pulula tanto gentío como yerba en los prados, y maringuines (especie de moscas) en los bosques; que los hombres se pasean y hasta emprenden largos viajes metidos en unas cabañas ambulantes de cuero; así le creian como al contar que habia visto grandes barracones llenos de enfermos donde unos diestros cirujanos hacian curas maravillosas. — Ea, les decia en broma, si os falta un brazo, una pierna, un ojo, un diente, un pecho, al punto en Francia os encajan otro que ni pintado [1]. Este sencillo relato explica bien lo que los misioneros tanto recalcan hablando de los salvajes, y es que antes de hacerles cristianos es preciso hacerles hombres.

¡Religion asombrosa, siempre nueva cuanto mas antigua! El maravilloso cambio que obraste, hace cien años, y que has obrado sucesivamente en el decurso de diez y ocho siglos en varios puntos del globo, lo estás obrando aun en nuestros dias; y en prueba de esta virtud siempre fecunda vamos á reproducir la carta que en el año 1840 escribió á Su Santidad el Rey de las islas Gambier, convertido desde solos cuatro años antes á la fe con todo su pueblo. ¡Quién creyera al leer tal escrito, que su autor era poco antes un *antropófago!*

«Beatísimo Padre: Yo os amo cuanto vos nos amais: permitid que «os rindamos nuestro homenaje al impulso del amor que á Dios pro-«fesamos, y que tambien os profesamos á vos; á vos que habeis en-«viado un obispo y algunos sacerdotes á Mangareva, para que nos «enseñaran la santa palabra de Jesucristo; á vos que sois el Sumo «Pontífice de la Iglesia. Bendecidnos, pues ya amamos á Dios sin-«ceramente: hace poco estábamos abandonados á nosotros mismos «cual animales, y formábamos un pueblo inícuo semejante al bruto «y no al hombre; pero gracias á Dios nos hemos vuelto buenos, y «ya somos hijos vuestros y de la Iglesia: bendito seais mil veces por «haberos acordado de nosotros.

«Regocijámonos tambien en la bienaventurada Vírgen María. Po-«seemos á esta buena Madre en Mangareva, cuya estatua nos trajo «el misionero Caret, y á la cual queremos mucho, por manera que «todo este país le ha sido consagrado. Sí, María es nuestra Madre, y

[1] *Cartas edificantes compendiadas*, t. IV, pág. 102 y 314.

«nosotros sus hijos; Mangareva acaba de celebrar en su obsequio «una fiesta que ha sido magnífica, porque María es el objeto de nues-«tra mas acendrada predileccion.

«Igualmente amamos á Jesucristo muchísimo, mas que á todas las «cosas. Actualmente le edificamos una iglesia de piedra, y por amor «suyo hemos hecho una larga caminata en la procesion del santísi-«mo Sacramento, en la cual iba, y le hemos obsequiado con toda so-«lemnidad. Ahora estamos en los dias de gracias. Amamos á Dios «de corazon, y todo nuestro empeño es aspirar al cielo, lo cual nos «ha hecho dignos de recibir la primera comunion.

«Gracias por las magníficas vestiduras que me regalásteis: creed «que las guardaré con esmero, y las reservaré para grandes solem-«nidades. Tambien el Rey de Francia me ha enviado una soberbia «espada que servirá para análogas ocasiones. Aprecio en mucho el «vestido que me hicísteis entregar, el cual me parece divinamente. «Los misioneros, hace ya tiempo que residen en Mangareva; pero «no creíamos que Caret y Laval vinieran solo por temporada: á ellos «debe el pueblo de Mangareva el conocer la buena palabra. Rogad «al cielo que derrame sus gracias sobre ellos.

«Antes carecíamos cási de alimentos, pues solo conocíamos el maíz, «pero ahora poseemos muchos y en abundancia. Éramos perezosos, «y ahora nos aplicamos al trabajo, gracias á los misioneros.

«Vos sois bueno y clemente, conforme lo habeis acreditado acor-«dándoos de este mísero pueblo perdido en la inmensidad de los ma-«res. Mi corazon pertenece del todo á Jesucristo, y yo soy de los mas «asiduos á la sagrada mesa, siendo mi confesor el P. Cipriano. To-«dos seguimos puntualmente la palabra de Dios, y los misioneros «nos excitan sin cesar á la virtud.»

Esta misiva, tiernamente ingénua, da elocuente testimonio de la verdad mil veces demostrada en el presente Catecismo de que el Evangelio no penetra en ningun pueblo sin llevarle dos beneficios, virtud y civilizacion.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber cumplido tan visiblemente aquella profecía de que vendrian pueblos de Oriente y de Occidente para abrazar el Evangelio, al paso que serian des-

echados los hijos y herederos del reino : dignaos conservar la fe entre nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *nunca leeré libros sospechosos.*

LECCION LIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada : Voltaire. — Juicio de Dios contra Voltaire. — Rousseau. — Juicio de Dios contra Rousseau. — Voltaire y Rousseau juzgados uno por otro. — Juzgados por sí mismos. — La Iglesia defendida : Bergier, Nonnotte, Bullet, Guénée. — Consolada : madama Luisa de Francia.

Airado por las conquistas que la Religion llevaba á cabo en las extremidades del globo, el infierno puso nuevo ahinco en aniquilar la fe en Europa, y especialmente en Francia. Una liga de hombres sábios, conocidos con el nombre de filósofos, iba urdiendo la horrible trama de exterminar la religion de Jesucristo, y poniendo chicos y grandes manos á la obra, escudriñan unos las entrañas de la tierra, consultan otros las estrellas, comparan aquellos los anales de los antiguos pueblos, forman estos nuevos cálculos, y todos á una se esfuerzan á poner la Religion en descubierto y en contradiccion con las ciencias naturales, las tradiciones de los pueblos y los monumentos de la historia. Derrámanse libelos como lluvia, predícase en todos los acentos incredulidad y desenfreno; el hombre se hace carne, y cual en los tiempos que precedieron al diluvio, el espíritu de *Dios*, no pudiendo ya reposar en él, se dispone á retirarse.

Entre los sujetos cuyo nombre debe pronunciarse con horror por los tremendos azotes que su malicia atrajo sobre nuestras cabezas, dos particularmente merecen ser designados para que hasta los niños aprendan á conocer el veneno de sus doctrinas, á saber, Voltaire y Rousseau. Doblemente criminales, como apóstatas de la fe y como profanadores del talento, por lo escandaloso de su vida se constituyeron ya adversarios de la Religion y apóstoles de la incredulidad; porque, téngase presente, esta nace siempre en el lodo y no tiene otro apoyo que el libertinaje, para gran mengua suya; al paso que vos, ¡oh religion católica! nunca habeis tenido por enemigos sino á aquellos hombres que á toda alma noble repugnan.

¡Oh jóvenes, que jurais por la palabra de Voltaire y de Rousseau!

¡oh ancianos, que guardais sus obras en vuestras librerías! venid: yo voy á descubriros toda la ignominia de vuestros maestros, toda la bajeza de vuestros ídolos.

Francisco María Arouet, llamado de Voltaire, nació en Chatenay, cerca de París, el año 1694. Hijo de un antiguo notario, fue educado en el colegio de Jesuitas de la capital, pero la temeridad de sus opiniones alarmó luego á sus preceptores, uno de los cuales le dijo que seria el abanderado de la impiedad; prediccion siniestra harto justificada por los sucesos. Á los diez y seis años salió del colegio, y mientras cursaba jurisprudencia, empezó á frecuentar las reuniones mas elegantes y corrompidas. Habiendo tenido disensiones con su padre, este se decidió á enviarle á Holanda en calidad de secretario de embajada; mas apenas llegado á La Haya, mereció por su desenfreno que le despidieran otra vez para su casa. Al objeto de volver en gracia de su padre, hubo de ponerse á escribiente en casa de un procurador; mas tambien fue despedido en breve por su holgazanería y su ninguna aficion á la carrera del foro.

Mal hijo, fue asimismo mal ciudadano. En el año 1715 algunas palabras que rayaban en insultantes le valieron ser abofeteado por un antiguo actor en los corredores mismos del teatro, y poco tiempo despues un oficial, á quien habia calumniado, le señaló la cara de una estocada.

Mal hijo y mal ciudadano, fue tambien indigno vasallo. Al fallecer Luis XIV, llovieron contra este Monarca rastreras é indecentes sátiras, y Voltaire, autor presunto, y con motivo, de una de ellas, fué á purgar su demasía en un calabozo de la Bastilla. No bien recobró la libertad, tuvo que huir de París, como complicado en un complot que abortó, y habiéndose retirado á Sully, sus desarreglos le dieron á conocer luego.

Estuvo despues una temporada en Holanda, pero llevado de su espíritu inquieto volvió á París, donde recibió una soberbia paliza de mano de los lacayos de cierto magnate á quien zahiriera; y luego de parte de la autoridad seis meses de reclusion en la Bastilla, y la órden de salir de Francia, acabado el encierro.

Así pues Voltaire, á la edad de treinta y un años, habia sido arrojado de la casa paterna, de la del procurador su principal, de Holanda y de París; abofeteado por un cómico, herido por un oficial, apaleado por unos lacayos, y despues de purgar dos veces sus cul-

pas en la Bastilla, expulsado de Francia por remate. ¡Filósofos, admirad la conducta de vuestro apóstol!

Fuera ya de la Bastilla, trasladóse á Inglaterra, llena entonces de *espíritus libres* que trabajaban como de consuno en socavar los cimientos del Cristianismo. En Lóndres publicó la *Henríada*, engañando al editor de su obra, el cual reiteró en las espaldas del vate la correccion fraterna administrada tres años antes por los criados del caballero de Rohan. Este *doloroso* percance le obligó á pedir el permiso de volver á Francia, el que obtenido, fué á vivir en un arrabal de París oscuramente y cási oculto, ocupado solo en trabajos literarios y en pecuniarias especulaciones, una de las cuales, la empresa de suministros del ejército de Italia, le valió una renta de ciento sesenta mil libras: ¡pobrecito!

Denunciado al guardasellos con motivo de la apoteosis de cierta cómica, que no es mas que una no interrumpida série de impertinencias contra la Religion y sus ministros, y contra el reino en general, se refugió en Ruan, donde permaneció siete meses escondido en la casa de un librero, á quien en recompensa arruinó poco tiempo despues por medio de una estafa digna de presidio.

Lo que resta de su vida es digno de tales antecedentes, reduciéndose á una série de escándalos, crápulas, impiedades, rastrerías con los grandes, hipocresías y sacrilegios, y por remate una muerte horrible. Habíase retirado el criminal escritor á Ferney, cerca de Ginebra: desde allí lanzaba contra sus enemigos y contra la Religion y el Gobierno millares de libelos y diatribas, donde á la par campean el virulento fanatismo del patriarca de la filosofía moderna, y el repugnante descaro y cinismo del hombre embrutecido. «Mentid, «compañeros, mentid sin rebozo, decia á sus acólitos, siempre que-«dará de ello alguna cosa... Me importa poco que me crean, con tal «que se lean mucho mis obras.»

En 1778 obtuvo permiso de volver á París, y en esta ocasion su regreso fue un verdadero triunfo. ¡El triunfo de Voltaire! ¡malas estarian las ideas! ¡Estas dos palabras, que llenan de terror y vergüenza, este triunfo del cinismo, de la impiedad y de todos los vicios personificados, al mismo tiempo que revelaba el estado de la sociedad francesa en aquella época, presagiaba la inaudita catástrofe que quince años despues debia ensangrentar á la nacion, y la mengua sin ejemplo de un pueblo, considerado el primero del mundo,

que prostituiria su incienso á lo mas soez de los criminales, al infame Marat!!! Sin embargo, el Dios vivo, ultrajado durante setenta años por el mas ingrato de los hombres, iba en breve á tomar su desquite.

Frisaba ya Voltaire en los ochenta y cuatro años. Algunos dias despues de su ovacion tuvo un vómito de sangre, lo cual no le impidió recibirse francmason: pero la medida estaba ya colmada; iba á dar la hora de la divina justicia. Nótese de paso que la muerte del *abanderado de la impiedad* tanto fue mas significativa, cuanto el primer acceso de su mal postrero recayó en el tiempo en que se prometia el triunfo del Ateismo. Sus mismos parciales dieron á luz la carta en la que escribia á D'Alembert estas palabras: «De aquí á veinte años ya estará «Dios bien divertido.» Esta profecía blasfematoria lleva la fecha de 25 de febrero de 1758: el vómito de sangre que le condujo á la tumba ocurrió precisamente el dia 25 de febrero de 1778; esto es, veinte años despues, dia por dia. La violencia del mal le hizo desmentir al punto su profesion de incredulidad: el hombre ateo, cínico y burlon por excelencia, al ver la cara de la muerte, llamó á uno de aquellos sacerdotes á quienes tan torpemente ultrajara y calumniara en sus escritos, el abate Gauthier, vicario de San Sulpicio; postrado á los piés del mismo, le confesó sus faltas, y arrepentido puso en sus manos una retractacion auténtica de las impiedades y escándalos que habia escrito, declarando particularmente que moria en el seno de la religion católica. Pareciendo sospechosa esta profesion de fe de parte de un hombre que ya habia hecho otras semejantes, el cura de San Sulpicio quiso verle, pero los amigos de Voltaire lo impidieron, para que *no diera otra zambullida,* como dijo uno de ellos; y como no le abandonaban un momento, hicieron inútil el celo y la caridad del buen cura.

Entre tanto el inveterado criminal llegaba á los umbrales de la eternidad. Quizás se habia lisonjeado de completar la grande obra de su reconciliacion con Dios, pero la muerte se anticipó á los últimos auxilios. Horrendos temores asaltan al filósofo: «¡Estoy dejado «de la mano de Dios y de los hombres!» grita con voz horrísona; y si bien invoca al Señor de quien blasfemara, parece que medio siglo de sarcasmos vomitados contra la Religion han agotado la paciencia del Eterno. El sacerdote no llega; mientras tanto el enfermo, presa de los furores y convulsiones de la desesperacion, lívido, tiritando

de espanto, con la vista azorada se agita, se revuelca, se retuerce, se desgarra y devora... hasta sus excrementos! Aquel infierno, de que tanto se burló, lo ve ya abrirse delante de sí, y estremecido de horror, su último suspiro es el estertor frenético del réprobo.

¡Estoy dejado de la mano de Dios y de los hombres! Estas congojosas palabras, y el ademan y acento con que fueron pronunciadas, llenaron de terror al célebre Tronchain que asistió á Voltaire en su última enfermedad. «Figuraos, dice este médico protestante, testi-«go de tan horrible muerte, figuraos toda la rabia y el furor de Ores-«tes, y apenas tendréis una débil imágen de la rabia y el furor de «Voltaire en su última enfermedad.» «Muy útil fuera, repetia á me-«nudo, que nuestros filósofos hubiesen presenciado el remordimien-«to y las iras de Voltaire, porque esta es la leccion mas saludable «que podrian recibir los que han sido corrompidos por sus escritos.» El mariscal de Richelieu, habiendo asistido igualmente á tan lastimoso espectáculo, no pudo menos de exclamar: «Eso es demasia-«do; no puede aguantarse.» Así murió el patriarca de la incredulidad, el dia 30 de mayo de 1778.

Mientras Voltaire corrompia á la juventud y hablaba á los talentos superficiales, Juan Jacobo Rousseau se dirigia á los hombres que blasonan de reflexivos y que entonces se apellidaban pensadores y espíritus fuertes. Como protestante, desarrolló y aplicó á la sociedad los dañosos principios de la Reforma, y como impío, incrédulo y disoluto, fue digno de figurar entre los enemigos de una Religion que condena todos los vicios y prescribe todas las virtudes.

Nació Rousseau en Ginebra el año 1712. Los primeros años de su edad los pasó leyendo novelas, hasta que su padre, relojero de profesion, lo puso como pensionista en casa de un ministro protestante, donde solo recabó aprender un poco de latin y contraer perversas costumbres. Colocado como dependiente del canciller de Ginebra, fue despedido por inepto. Estuvo luego de aprendiz con un grabador, donde la pereza, la mentira y el robo fueron sus vicios familiares, segun él mismo confiesa. Habiendo pasado á Saboya, un caritativo eclesiástico le proporcionó recursos para trasladarse á Turin, en cuya ciudad instruido en la religion católica, dos meses despues abjuró el Protestantismo. Como esta pretendida conversion le valiese solo unos cuatro duros, entró de lacayo en casa de la Condesa de Vercelles; mas acusado de un latrocinio, que injustamente acri-

minó á una doncella, fué á servir al Conde de Gouvon camarero mayor de la reina de Cerdeña, cuyas bondades pagó con insolencia y comportamiento tal, que otra vez fue despedido.

Privado de recursos y valimiento, hácese el santurron, y logra embaucar á una pobre señora que le prodiga oficios de madre. Por su consejo ingresa en el seminario, al objeto de seguir la carrera eclesiástica, pero al cabo fue tambien despedido por su ineptitud. No sabiendo qué hacer de su persona, recorrió la Suiza asociado á un pretendido obispo griego que recaudaba limosnas para el Santo Sepulcro, y con tan honrada compañía le echaron el guante en Soleura dándole forzado retiro en un calabozo.

Lastimado de su situacion el embajador de Francia le proporcionó medios para llegar á París. Allí se vió reducido á los últimos apuros, y no pudiendo mantenerse, acomodóse como pedagogo con Mr. de Mably, gran preboste de la ciudad de Lyon, á quien birló su buen vino de Arbois y lo apuró con delicia siguiendo embebido en sus novelas. Despues de otros actos no menos honrosos, y de una breve excursion á Italia, regresó á París en 1745 para entregarse á un libertinaje público, llevando por espacio de veinte y cinco años una vida la mas escandalosa, á la faz de la Europa. Juntó al libertinaje la impiedad, pues si antes habia dejado la secta de Calvino por la religion católica, despues, vuelto á Ginebra, abandonó la religion católica por la secta de Calvino.

Su obra principal, el *Emilio*, fue censurada por la Sorbona, condenada por el arzobispo y por el Parlamento de París, y quemada en la misma plaza de Ginebra por mano del verdugo. Huyendo de las autoridades de Francia y Suiza, refugióse á Inglaterra; pero viéndose mal acogido y abrumado de disgustos, logró tras muchas instancias el permiso de volver á París con la condicion de que no escribiria sobre materias de religion ni de política. Último rasgo para que se forme cabal juicio de este nuevo patriarca de la filosofía: ese Rousseau que con tan fuerte acento recalcaba sobre la ternura maternal y sobre los deberes de los padres hácia sus hijos, relegaba friamente á los suyos en el hospital de Expósitos. Cual la vida, tal la muerte: segun todas las probabilidades acabó por asestarse un pistoletazo, despues de tomar una dósis de veneno, corriendo el año de 1778.

Hé aquí, filósofos de nuestros dias, hombres irreligiosos de todas

clases y matices, lo que fueron Voltaire y Rousseau, vuestros dos apóstoles, vuestros dos evangelistas, vuestros dos santos, los autores de cuanto hemos visto [1] y de cuanto vemos todavía. Ea, imitad á vuestros padres, postraos ante estos dos hombres, y decid, si os atreveis: *yo quisiera parecerme á ellos !!!* Pero no; antes de resolveros, no será malo los conozcais á fondo, no de voz pública, sino por su propia boca. Venid, pues, conmigo á Ferney, á Ginebra; prestad oido á las lindezas que mútuamente se regalan, y por la estimacion que hacen uno de otro aprended á regular la vuestra.

Voltaire escribe á Rousseau que es *un prófugo de Ginebra, un quídam que asaz ha hecho de las suyas, un canalla, un pícaro redomado, un charlatan ambulante que reune á los ociosos en el Puente Nuevo; un orate de aldea que escribe impertinencias dignas del hospital de Bicêtre, un chisgarabís parlero cuyas atroces chabacanadas pasan por elocuencia entre mujercillas; un hipócrita, enemigo del género humano; un gozquecillo ruin y rencoroso; un hosco energúmeno finchado de orgullo y destilando hiel; un patan, un impío, un ateo, un botarate que estaria bien en una escala y mereceria la horca por haber compuesto libros abominables; hombre sin fe y sin religion.* Todo esto para Rousseau: su esposa es tambien *una viejaza infame cuyas manos de arpía han sido mordidas por los perros del infierno.*

¡Vaya, señor Voltaire, que los pone V. como nuevos! y sin embargo, ¿no era V. mismo, escritor insigne, modelo de pulcritud y de gusto, el que decia: «En una conversacion de personas decentes, «cada cual emite su parecer sin injuriar á los demás; ilustra, pero «no insulta?» V. sin embargo injuria é insulta, luego no es V. un... No quiero concluir.

Menos hábil en el arte de los piropos, Rousseau replica á Voltaire atacando sus escritos en estos términos: *Alma ruin, en vano tratas de envilecerte á tí misma: la lúgubre filosofía que profesas es la que te iguala á las bestias, pero tu ingenio declara contra tus principios, y el mismo abuso que haces de tus facultades prueba su excelencia á despecho tuyo.*

[1] *Voltaire no vió todo lo que hacia, pero hizo todo lo que nosotros vemos,* escribia en medio de las ensangrentadas ruinas del trono y de los altares el filósofo Condorcet, admirador y discípulo de Voltaire. ¡Algunos meses despues hubiera podido escribir esta frase desde el patíbulo, adonde, como á otros muchos, le condujeron las doctrinas de su digno maestro!

De consiguiente si preguntais á Voltaire quién es Rousseau, os responde *que un canalla, un tunante, un perro, un charlatan ambulante.* Si á Rousseau quién es Voltaire, os dice que *una alma ruin, igual á las bestias.*

¿Quereis algo todavía mas original y menos sospechoso? Escuchad á Voltaire y á Rousseau haciéndose justicia á sí mismos y á sus escritos. Voltaire dice: *He perdido el tiempo de mi existencia componiendo un enorme fárrago, cuya mitad por lo menos no debiera haber visto la luz.* Rousseau dice á su vez: *Sostener y probar á un tiempo el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, tal ha sido siempre la ocupacion favorita de mi espíritu. No puedo mirar mis libros sin estremecerme, pues corrompo, en vez de instruir; enveneno, en vez de alimentar; la pasion me extravia, y en medio de mis bellas disertaciones, no paso de ser un malvado. Solo deseo un rincon de tierra donde pueda morir en paz, sin tocar ya papel ni pluma.*

Tales son Voltaire y Rousseau, los dos mejores prototipos que el Filosofismo puede oponernos. ¡Oh Dios de toda santidad, de toda pureza, de todas las virtudes! ¿Serán estos hombres los que habréis escogido por representantes vuestros en la tierra, por intérpretes de vuestras santas verdades y por preceptores del género humano, condenando al mismo tiempo como erróneo cuanto de mas virtuoso, ilustrado y semejante á Vos haya existido entre los mortales? Preguntaréisme acaso, ¿cómo se explican los elogios y la admiracion fanática de que Voltaire y Rousseau fueron objeto? No es difícil la respuesta: *Ellos decian en alta voz lo que su siglo pensaba, y su voz impura era eco de todos los corazones corrompidos que llenaban el mundo.*

Tantos escándalos requieren una expiacion, y tantos ataques una respuesta categórica: dieron la respuesta, por cierto irrefragable, ilustres apologistas, cuales Bergier, Nonnotte, Bullet, Guénée; en cuanto á la expiacion, ofrecióla singularmente una ilustre víctima que atrajo sobre sí las miradas de toda la Europa.

En las gradas del trono mas hermoso del mundo naciera una princesa, ídolo de la corte por sus brillantes cualidades, delicia de su madre por su inocencia, y adorado objeto de sus hermanas por su viveza y bondadoso carácter: llamábase madama Luisa de Francia, hija de Luis XV; pero súbitamente, en la flor de sus años, en el momento en que se desplegaba á su vista un largo porvenir de feste-

jos y obsequios, y en que ya disfrutaba de todas las diversiones de Versalles, viósela tomar el camino de San Dionisio para implorar humildemente la gracia de ser admitida entre las hijas de santa Teresa, dejar los dorados camarines del Trianon por una pobre celdilla, y trocar las primorosas galas de una princesa de Francia por el tosco sayal del Carmelo. Solo Dios sabe lo que este sacrificio debió pesar en la balanza del santuario; por nuestra parte solo dirémos que causó en el público una impresion profunda, mayormente cuando se le vió sostener por luengos años con el contento mas indecible.

Efectivamente, madama Luisa fue el modelo de las hijas de santa Teresa y la gloria del Carmelo. Dos dias despues de haber ingresado recibió una visita de las princesas sus hermanas [1], cuya entrevista dió lugar á una escena sumamente tierna: las tres princesas abrazaron á su hermana con la mayor efusion, anegadas en llanto, en el cual les acompañó toda la comunidad enternecida; pero madama Luisa con rostro sereno y corazon alegre procuraba consolarlas, hablándoles con chiste y asegurándoles que no habia motivo de llorar, á menos que le envidiasen la suprema felicidad de que disfrutaba. Era entonces la Pascua, en cuyo tiempo las Carmelitas suspenden sus ayunos; y deseando las princesas asistir á la cena de su hermana, pasaron al refectorio. Correspondia aquel dia comer patatas fritas y leche cuajada: madama Luisa comió alegre y con apetito este rústico manjar que en la corte le hubiera dado náuseas; viendo lo cual sus hermanas coligieron que pues tenia el necesario valor y piedad, mas digna era de ser felicitada que compadecida por su aislamiento.

Acostumbrada á llevar en el siglo zapatos de tacon muy alto, fue para ella un verdadero suplicio acostumbrarse á las sandalias de las religiosas, de modo que se le hincharon las piernas sin cási poder andar, y como le aconsejaran que volviese á tomar su antiguo calzado, respondió: «Un dia ú otro tendria que acostumbrarme; por «consiguiente vale mas que sufra de una vez.» La tarima donde las Carmelitas reposan es tan estrecha, que le acontecia á menudo darse encontrones con la pared, y un dia lo hizo con tal violencia, que se levantó un chichon en la cabeza. Esto se lo escribió á sus hermanas diciendo que se habia rozado algo bruscamente con las cortinas

[1] Véase su *Vida* por Mr. Proyart.

de las Carmelitas; estilo chancero, por medio del cual orillaba todos los inconvenientes de su nuevo estado, cualesquiera que fuesen.

Siempre apacible despues de haber tomado el hábito, hablaba con frecuencia de su dicha, mas nunca de sus sacrificios; y si tal vez comparaba su vida pasada con la carmelitana, era para afirmar que habia encontrado mucho en cambio de poco. Hé aquí el paralelo que solia formar entre dos estados tan contrarios: «Verdaderamente soy «mas dichosa de lo que merezco, decia hablando á sus compañeras «con aquel tono candoroso que arguye conviccion, y así en lo físico «como en lo moral he ganado mucho en meterme aquí. Á la verdad, «en Versalles tenia un rico lecho, pero en él solo disfrutaba un sue- «ño interrumpido: mi mesa era opípara; pero á menudo me faltaba «el apetito: aquí solo tengo un mal jergon en el cual duermo á pier- «na suelta, y con la salsa de un buen apetito como de todas las po- «bres viandas que salen á nuestro refectorio, de modo que á veces «me da escrúpulo el comer con tanto gusto guisantes y zanahorias.

«Si miro á la tranquilidad del alma, ¡qué diferencia! Sin ponde- «racion puedo asegurar que un solo dia en la casa del Señor me hace «mas feliz que mil años pasados en el palacio donde moraba. Si aquí «tenemos nuestras prácticas, tambien la corte tiene las suyas, y por «cierto bien gravosas. El que en ella reside, mal que le pese ha de «sujetarse á sus exigencias. Aquí, por ejemplo, á las cinco voy á la «oracion; en Versalles me iban á avisar para ir á la comedia; no «hay allí un momento de descanso por mas que siempre se gire en «el mismo círculo de inutilidades.

«¡Qué madrugones me daba allá tan malos, ya por resultas de «las fatigas á veces desagradables de la víspera, ya por las imperti- «nencias del tocador ó de los cortesanos que nos rodeaban! En esta «santa morada, habiendo dormido bien por la noche, me levanto con- «tentísima por la mañana; el tocador no me ocupa dos minutos, y «en el trabajo del dia expláyase mi espíritu, porque conozco que es «útil á mi alma. En suma, la corte doquiera me brindaba placeres «sin darme ninguno; y por el contrario, aquí donde todo parece «contristar á la naturaleza, disfruto una dicha pura, y al año de per- «manecer en este encierro aun me pregunto todos los dias: ¿dónde «están aquellos rigores con que trataban de asustarme?»

Si en todo tiempo no hubiese sido cosa averiguada que la virtud y la piedad constituyen la verdadera dicha, lo que aquí dice mada-

ma Luisa, fundada en su experiencia, bastaria á convencer á cuantos no estuvieran ciegos por efecto de preocupacion ó de sus pasiones.

Siendo madama Luisa maestra de novicias, no podia hacer tragar una medicina á otra de sus discípulas que estaba mala; y viendo ser inútil toda reflexion, le dijo: «Querida mia, veo que eres poco «generosa; mira, lo que tú no has osado hacer ni por tí, ni por mí, «ni siquiera por amor de aquel que apuró hiel y vinagre para sal«varnos, voy á hacerlo yo al objeto de probarte que una medicina «no es un veneno.» Decir esto, verter la mitad del remedio en un vaso, y apurarle, fue obra de un momento, y volviéndose á la enferma le dijo: *¡ya está!* La novicia sorprendida y confusa pide y bebe lo demás, reconociendo que este sacrificio no es superior á las fuerzas humanas, si bien confiesa que la vista de un grande ejemplo es capaz de vencer las mas arduas dificultades.

Nadie puede imaginarse los detalles á que la buena Princesa descendia cuando fue superiora de la comunidad: una de sus religiosas padecia un miedo excesivo, y madama Luisa, sabedora de ello, tenia la bondad de acompañarla á todos los sitios á donde no hubiera ido sola, y hasta le permitió hacerse la cama en su propia celda, lo cual era muy incómodo particularmente en verano atendida la poca capacidad del local, y sin quejarse solo una vez dijo á su compañera en tono de broma: «Amiga mia, harias bien de guardar tu miedo «para el invierno, pues aquí dos se ahogan de calor.»

Distraida un dia por la série de trabajos que la ocupaban y por los muchos deberes de su cargo, olvidó que cierta religiosa pasaba una gran pena y que tenia que consolarla. Vínole esta memoria en mitad de la noche: su corazon inquieto ya no puede sosegar; levántase, pasa á ver á su hija y la dice: «Querida hermana, ayer me ol«vidé de hablarte, conforme deseaba: siento vivamente este olvido «que tal vez habrá redoblado tu pena, y vengo á repararlo.» La religiosa, tiernamente conmovida viendo la excesiva bondad de su superiora, no sabia cómo expresar su agradecimiento. «Nada de gra«cias, repuso madama Luisa; lo que hago es tanto para mi alivio «como para el tuyo: ¿hubiera yo podido reposar tranquila sabiendo «que tú estás con una afliccion?» Y no la dejó hasta haber tranquilizado su espíritu.

Una hermana conversa encargada de dispertar á la comunidad el

dia de Pascua á las dos de la madrugada, temiendo faltar á la hora, recordó en su inquietud que la superiora sabia muy bien poner treguas al sueño, y habiendo pasado á verla, le manifestó su recelo, diciendo cándidamente que, todo bien considerado, no sabia quién mejor pudiese dispertarla que ella, y de consiguiente la suplicaba le hiciese este favor. Tanta sencillez embelesó á la prelada: «Des-«cansa en mí, respondió, vete á dormir tranquila; ya te llamaré.» En efecto, á la madrugada, poco antes de la hora prescrita, la superiora, hija de un rey, llamaba á la puerta de la humilde campanera. Estos rasgos, aunque consagrados por la Religion, son de aquellos que aun el mundo no puede menos de admirar.

Otra vez que se hallaba en la enfermería, una religiosa le dijo que por respeto á su salud debiera dispensarse de ciertas observancias de la Órden. «No sé hasta dónde llega la necesidad, respondió la prin-«cesa, entonces priora, para considerarme dispensada; sobre que «yo mas que nadie debo temer la relajacion que mi ejemplo podria «ocasionar.» Repuso la religiosa que le seria fácil abstenerse sin que nadie lo advirtiera; al oir esto madama Luisa la reprendió, diciendo con viveza: «Eso es decirme que sea hipócrita. No permita «Dios que haga jamás en su presencia una accion que pudiera ru-«borizarme ante la tierra. Seamos siempre lo que debemos ser, y así «nunca temerémos parecer lo que somos.»

Una piadosa señora se admiraba de que siendo ella tan delicada, y criada como hija de un rey, hubiera podido abrazar una vida tan austera como la de las Carmelitas: «Pues á mí, señora, respondió «madama Luisa, solo me admira su admiracion de V., pues cono-«ciendo el Evangelio sabe que no tiene secreto particular para que «ni las princesas ni las personas delicadas puedan salvarse sin ha-«cer penitencia. —No hay por qué ponderar tanto mi sacrificio, de-«cia en otra ocasion, pues lo costoso para mí ha sido, no el hacerlo, «ni el haberlo hecho, sino haber tardado tantos años en ponerlo por «obra.»

Durante la hora de recreo, hubo de llamar por segunda vez á una religiosa para que pasase al locutorio, diciéndole que gustaba de hacerse esperar. Esta religiosa, entretenida en cierta conversacion, cuyo final deseaba oir, respondió picada, que á veces tambien gustaba de lo mismo la madre priora. —«Es verdad, repuso madama «Luisa, pero nuestras razones pueden ser distintas.» Otras superio-

ras se hubieran tenido por muy modestas en dar una contestacion tan concisa y exacta á la impertinente salida de la monja; pero la princesa teme ya haber pecado de orgullo, y postrándose al momento á los piés de sus hijas, besa la tierra, y pidiendo perdon de que aun trate de justificarse exclama: «Siempre he sido una vanidosa; des-«pues de renunciar á todo, aun asoman en mí los vanos halagos del «amor propio.» Este ejemplo quizás solo excitará el desprecio de los mundanos que se guian por las falsas leyes del pundonor, pero de seguro será admirado por todos aquellos que conocen la excelencia y el precio de la humildad cristiana.

Una religiosa anciana, de recomendable virtud, que tambien habia sido superiora, sometió á madama Luisa algunas resoluciones piadosas que habia formado en el retiro. La princesa, despues de leerlas, se las volvió diciendo: «Solo faltaba un artículo, bastante «esencial para que pudiera yo prescindir de continuarlo.» Habia, en efecto, escrito al pié de las resoluciones: «Seré fiel en amonestar «y reprender á nuestra madre por sus faltas.»

Nada pareció hacérsele extraño en la mansion de la pobreza: ella, que toda su vida habia usado trajes suntuosos y delicados, llevaba al igual de sus compañeras camisas de jerga comun, y de la misma tela eran las sábanas de su cama, calcetines de trapo, alpargatas sin tacones y vestido del buriel mas ordinario. Nunca usaba mas que uno, el cual remendaba si se le echaba á perder, y durante diez y siete años que permaneció en el convento solo tuvo tres, habiendo llevado el último por espacio de ocho años, —para que se vea la pobreza de la Princesa, entonces priora, —y como le habia echado sendos retazos de tela nueva, presentaba diferentes colores. Una religiosa queriéndola inducir á trocar este sayal por otro mejor, observó que la comunidad se avergonzaria de que algun miembro de la Real familia la viese tan mal vestida; pero ella increpó esta falsa delicadeza, diciendo: «¿De cuándo acá seria vergonzoso seguir el «espíritu de nuestro santo estado? ¿No sabe mi familia que hice voto «de pobreza, y que particularmente en el puesto que ocupo es el en «que debo dar ejemplo?»

Por una buena temporada ocupó la celda mas triste é incómoda que habia en la casa, y si bien le aconsejaban hacer en ella algunas reparaciones que para otra religiosa hubiera considerado indispensables, las juzgó inútiles para sí, y no permitió llevarlas á cabo. Sus

ventanas ajustaban tan mal, que el viento mataba la luz por la noche, y para remediarlo atascaba las rendijas con papel, cuya operacion debia renovar cada vez que las abria. Habiendo, por indispuesta, pasado á la enfermería, le propusieron trasladarla al gabinete donde solia recibir á la familia Real, pero rehusólo ella terminantemente, y como á lo mismo le instasen sus hermanas que fueron á verla, suponiendo estaria allí con mas comodidad, respondió: «No «dudo que estaria mejor, pero aquí no vienen á buscarse comodi-«dades: sanas ó enfermas, hemos de acordarnos de que somos Car-«melitas.»

Siempre hallaba excelentes los manjares que le servian, y temiendo que tal vez no se apreciaran los muchos sacrificios que un refectorio de Carmelitas debe hacer á la hija de un rey, nunca cesaba de afirmar que comia con escrúpulo por el gusto que en ello encontraba: «No hay, repetia, cocinero en Versalles que sepa dar á sus «guisados el saborete que aquí le dan el ayuno y el trabajo.» Una buena hermana repostera, desvanecida por los elogios de madama Luisa, creyó haber granjeado en el arte culinario una destreza que nadie sospechaba antes, y muy formal les decia á las religiosas: «Va-«ya, si creerán que aquí nos chupamos el dedo; miren como su real «estómago saborea nuestras calabazas.»

Una cocinera habia sacado de la despensa para tirarla una alcachofa medio podrida, que otra hermana mezcló sin advertirlo con las buenas, y presentóla en la mesa. Temblaba la cocinera esperando llevar una buena peluca, pero como vió que nadie chistaba, pensó para sí: á la madre priora le habrá caido. En efecto, madama Luisa al recibir la legumbre advirtió que estaba maleada; pero con todo eso la comió. Cuando la cocinera, confusa, pretendió sincerarse, respondió ella: «Nada importa, pues á mí me ha tocado, pero cuidado «con otra vez, porque no todas las hermanas disfrutan el apetito «que yo.»

El Rey de Suecia, cuando estuvo en París, deseó visitar á madama Luisa, cuyo heróico sacrificio habia causado admiracion general en Europa. Al entrar en su celdilla, y al examinar su pobre contenido, un Crucifijo, una silla de palo y un haz de paja entre dos banquillos, exclamó: «¡Cómo! ¿aquí se alberga una hija del Rey de «Francia?—Sí, señor, repuso madama Luisa, y aquí se duerme me-«jor que en Versalles, y aquí se engorda como podeis ver por mí.»

Entonces le explicó la vida ordinaria y las ocupaciones de una carmelita, le condujo al refectorio y le enseñó el puesto que solia ocupar entre las demás hermanas, y el cubierto de que se servia, esto es, una cuchara de palo, un vaso de barro y una vasija de lo mismo. Admirado de lo que veia, y mas aun de lo que echaba á faltar en torno de tan gran princesa, este Rey del Norte, poseido de los mismos sentimientos que la Reina del Mediodía al contemplar en su magnificencia la sabiduría de Salomon, no cesaba de admirar la sabiduría harto preferible de una señora que sabia encontrar en la privacion su embeleso y el desprecio de toda magnificencia. Apenas daba crédito á sus ojos al ver el contento y el puro y franco regocijo de una princesa que diariamente se inmolaba á todos los rigores de una vida de penitencia. «Ni París, ni la Francia, decia, ni Roma, «ni la Italia, me han presentado nada comparable con el portento «que se encierra en el convento de Carmelitas de San Dionisio.»

Así pues, madama Luisa habia dado, en la balanza de la divina justicia, un gran contrapeso á los delitos de su siglo. ¿Quién sabe si á las heróicas virtudes de esa real vírgen debió la Francia el conservar aquella chispa de fe que la impiedad no pudo extinguir aun entre oleadas de sangre? Como quiera que sea, llegó el dia de la recompensa, y el ángel de paz, de oracion y expiacion, dejó esta morada de destierro el dia 23 de diciembre de 1787.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber opuesto tan bellos ejemplos de virtud á los escándalos de la tierra; hacednos la gracia de que imitemos aquellos y sepamos huir de estos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no leeré jamás libros sospechosos.*

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada : Estados generales ; Asamblea constituyente; supresion de las Órdenes monásticas ; juramento forzoso. — La Iglesia defendida : discursos y conducta de los Obispos en la Asamblea nacional. — La Iglesia atacada : saqueo y destruccion de los templos; diosa *Razon;* — defendida : Mártires en la iglesia de Carmelitas ; abate Fenelon; clero de Nevers, ó historia de sus persecuciones ; Pio VI. — Juicio de Dios contra la Francia ; — contra sus perseguidores ; — particularmente contra Collot-d'Herbois. — La Iglesia consolada : eleccion de Pio VII; conversion de herejes; progreso de la Religion en los Estados-Unidos ; mision de Corea. — Cuadro de la Religion desde principios del siglo XIX.

Fúnebre es el cuadro que á vuestra vista nos falta desplegar, el cuadro lamentable de una nacion abandonada de Dios : ¡ ojalá no sea estéril esta leccion ! La liga infernal que habia jurado aniquilar el Cristianismo se reforzaba de dia en dia, hasta hacerse de moda la impiedad y el desenfreno por ella preconizados. En vano el Señor conjuró á la Francia que se convirtiese de nuevo á él ; en vano le anunció por boca de sus ministros los tremendos castigos que serian el pago de su pertinacia : á estas indicaciones la cohorte filosófica esparcida por toda la haz del reino solo respondia con befa impía y con aquel clamor sanguinario que por vez primera resonó en las calles de Jerusalen pocas horas antes de morir Jesús : *¡ No queremos que reine sobre nosotros!*

Eso ya era demasiado apurar : Dios se retira. Al momento la impiedad hace de las suyas, jurando hundir en el propio abismo la Religion y la Corona. Reunidos los Estados generales en Versalles el año 1789 para excogitar medios de cubrir la deuda del Estado, la impiedad que domina en la Asamblea no tarda en manifestar su ojeriza contra la Religion : declara que todos los bienes del Clero pertenecen á la nacion, prohibe admitir novicios en los conventos, y luego despues suprime las Órdenes religiosas apoderándose de todos sus haberes para que nunca puedan restablecerse. Las casas religio-

sas que á la sazon existian en Francia pasaban de doce mil, entre abadías, conventos, prioratos y demás monasterios de uno y otro sexo; fundados sucesivamente por la piedad de los reyes, de los grandes y de los particulares, rendian, segun hemos visto, notables servicios, pues diseminados por las ciudades y aldeas, y hasta por los bosques mas retirados, eran en todas partes unos asilos abiertos á la virtud y al saber, y la mayor parte contenian monumentos antiguos, depósitos literarios y otros objetos de valía: pues bien, todas esas admirables fundaciones, tan gratas á la juventud, al infortunio y á las diferentes clases sociales, desaparecieron junto con los tesoros que encerraban, y la piqueta revolucionaria del Filosofismo destruyó en un instante la obra de tantos siglos [1].

Destruido ya el órden monástico, la impiedad dirigió sus ataques contra la misma Iglesia; pues todo enemigo cuando ha arrasado las obras exteriores, endereza sus tiros contra el corazon de la plaza. Trazó, pues, la Asamblea un acta cismática con el nombre de *Constitucion civil del Clero,* en la que exigia que todos los miembros de este jurasen conformarse á su tenor, esto es, á abjurar la fe católica y la sumision debida á la Santa Sede. Mas, como Dios desde el alto cielo velase aun por la suerte de la Francia, porcion escogida de su patrimonio, desbarató en breves momentos la trama de la impiedad, haciendo que algunos heróicos confesores de la fe diesen uno de los espectáculos mas sorprendentes que la historia de la Religion pueda recordar. Llegó el dia señalado por el decreto, de que todos los eclesiásticos que formaban parte de la Asamblea, nominal é individualmente prestasen ante el Cuerpo legislativo juramento de sostener la Constitucion civil del Clero, ó segun hemos indicado, de renunciar solemnemente á los verdaderos principios de la fe católica. Sus enemigos no habian perdonado medio para asegurarse el triunfo y preparar su derrota, habiendo allegado en el salon y en sus avenidas una horda de sicarios pagados, los cuales despues de prodigar denuestos y amenazas á los prelados y sacerdotes fieles que iban entrando en la Asamblea, llenaban los ecos con estas vociferaciones de muerte: «Al farol los obispos y los clérigos que se nieguen á pres-«tar el juramento.»

Avisado por esta señal de que era tiempo de empezar el ataque, el presidente se levanta, y coge la lista de los eclesiásticos que no ha-

[1] *Compendio del Memorial de la Revolucion*, pág. 221.

bian querido jurar. El primer interpelado es Mr. de Bonac, obispo de Agen: «Señores, responde este Prelado, poco me importa sacri«ficar mis intereses; pero lo que no puedo sacrificar es vuestra esti«macion y mis convicciones; y estoy seguro que perderia unas y otras «si prestase el juramento que se me exige.» Esta breve contestacion hecha en tono decente y grave excita por un momento la admiracion, ó mejor, reprime y suspende los primeros efectos del coraje de la izquierda [1].

El presidente llama á Mr. Fournel, de la diócesis del mismo Prelado, digno párroco, cuyas palabras son las siguientes: «Señores, «parece habeis querido volvernos á los primeros tiempos del Cristia«nismo: ¡sea enhorabuena! Yo, con toda la sencillez de aquella «venturosa edad de la Iglesia, diré que me glorio de seguir el ejem«plo que mi Obispo y señor acaba de darme, y que siguiendo sus «huellas, como el diácono Lorenzo siguió las de su obispo Sixto, le «acompañaré al martirio.» — Al oir esta respuesta empezaron á arrepentirse de haber dado al Clero ocasion para que tan pública y solemnemente atestiguase su constancia en la fe; pero creyendo que no todos harian gala de igual firmeza, llamó el presidente á Mr. Leclerc, cura de Cambre, diócesis de Séez. Su respuesta fue levantarse y decir: «Naci católico, apostólico y romano, y en esta profe«sion de fe quiero morir, lo cual no podria, si prestase el juramento «que me exigís.»

Á unas declaraciones tan firmes y categóricas la izquierda pierde ya los estribos, y para hacerlas cesar, pide se declare finido el llamamiento nacional. Entonces Mr. Baupoil de Saint-Aulaire, obispo de Poitiers, temiendo se le prive de una ocasion tan magnífica para rendir testimonio á la fe, y lleno de una solicitud que aligera el peso de sus años, sube á la tribuna, y encarándose con el presidente reclama silencio y dice: «Señores, tengo setenta años, y «treinta y cinco de obispado: sabed que no deshonraré mis canas «firmando vuestros decretos, y por tanto declaro que no quiero ju«rar.» Todo el Clero de la derecha se levanta en masa, aplaude, y dice hallarse en igual disposicion. La rabia y el despecho se pintan en el rostro de los miembros de la izquierda; dejando sus asientos forman corrillos para convenirse en el modo de paliar la vergüenza

[1] **Dábase este nombre á la fraccion de la Asamblea que ocupaba el lado izquierdo del salon, y que era la que se habia propuesto *descatolizar* á la Francia.**

de su derrota, y desvirtuar el brillante efecto de la constancia del Clero; mientras el eco de sus clamores llena el salon, por defuera se oye la gritería de los asesinos clamando: «¡Al farol los obispos y curas que no juraren!» Entre tanto, estos curas y Obispos, serenos é impasibles, aguardan que sigan los llamamientos nominales tan preciosos para su fe, y piden y reclaman que se lleven adelante: así los Confesores de la primitiva Iglesia desafiaban á sus tiranos.

Sin embargo, de las tumultuosas deliberaciones de la izquierda sale una mocion, que Gregorio, otro de los juramentados, se encarga de explanar en la tribuna. Empieza arengando al Clero de la derecha y esforzándose en persuadir que la intencion de la Asamblea nunca fue atentar á la Religion ni á la autoridad espiritual; que el juramento á nada compromete contra la fe católica. «Pedimos, responden los Obispos y sacerdotes, que esta explicacion se convierta en «decreto.» Ese era el medio de paliar hasta cierto punto los ultrajes irrogados á la Religion, pero la parte dominante de la Asamblea tenia muy diversas intenciones. Rehusando consignar la explicacion, pide tumultuosamente que en vez de llamar por sus nombres á los del Clero, se les haga una intimacion general de prestar el juramento. Retirado, pues, el anterior decreto, el presidente declara: «Que todos los eclesiásticos que aun no hubieren jurado, se levanten y se «acerquen á hacerlo;» pero ninguno se levanta, ni acerca.

Al ver una resistencia tan invencible, los jacobinos pasan de la vergüenza á la desesperacion, y para vengarse de la ignominia que los cubre, decretan sobre la marcha que el Rey mandaria elegir otros obispos y párrocos en lugar de los que se hubieren resistido á jurar. Esta ley tiránica no impide que los sacerdotes, no jacobinos, que antes creyeran poderse eximir del llamamiento jurando con ciertas restricciones, vuelvan de su error y procuren enmendarlo incitados por su conciencia, viendo la digna entereza de sus colegas y no pudiendo ya disimularse la guerra abierta que se le declara por la obstinada negativa de la Asamblea en admitir toda explicacion favorable á la Religion. Muchos de ellos se acercan á la tribuna y se retractan en voz alta de un juramento que ya no pueden dudar es el de la apostasía; todos los demás que habian flaqueado como ellos se unen á la retractacion y quieren ponerla sobre la mesa, pero no les es admitida; insisten, y otra vez son rechazados; con todo, la voz de la imprenta hace pública el dia siguiente su conversion.

Así terminó este combate para siempre memorable, en que á la faz de una Asamblea encarnizada y á pesar de las amenazas de un populacho sin freno, el colegio de Obispos y sacerdotes dió el sublime espectáculo de la profesion de fe mas solemne y auténtica que se halla registrado en los anales de la Iglesia. Salieron del tremendo Senado al través de las amenazas y vociferaciones de los sicarios, cuyo furor apenas contenia una escolta numerosa, *pero ellos salieron gozosos del concilio porque habian sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús* [1]. Sus enemigos desconcertados no pudieron menos de rendir á tanta firmeza el tributo de su admiracion, y uno de ellos hubo de exclamar: «Si les hemos cogido su dinero, ellos «han conservado su honra.»

Para vengarse, la impiedad revolucionaria se puso á talar y saquear los lugares santos; cayeron bajo el martillo de los demoledores mas de cincuenta mil iglesias, capillas y oratorios; otras fueron convertidas en habitaciones, almacenes, guaridas de usureros y agiotistas, caballerizas, salones de baile, y algunas tambien, bajo el nombre de clubs, en cavernas de impíos y asesinos. Las campanas, las cruces, los incensarios, los cálices y otros vasos sagrados, y toda la plata de los templos, fueron rotos, tronchados y robados por los representantes *del pueblo*. De la sola diócesis de Nevers, Fouché se llevó á París varias cargas, una de ellas compuesta de mil noventa y un marcos de oro y plata, y otra de diez y siete cofres todos llenos de objetos de los propios metales sacados de las iglesias [2].

No contentos los impíos con embestir á Dios en sus templos, osaron conculcar su misma divinidad, sustituyendo al culto divino el de la *Razon*. Vióseles pasear triunfalmente en un carro, y colocar despues en el altar mayor de la metrópoli de París, á una ramera adornada de guirnaldas de roble, teniendo en la mano una pica, en la cabeza el gorro frigio, y á los piés un Crucifijo; y dióse órden para que esta impiedad execrable se imitase en todas las ciudades,

[1] Act. v, 41.

[2] Léese en el *Monitor* de 14 de noviembre de 1793: «En medio de aplau«sos generales y á los gritos de *¡ Viva la república !* se introduce en el salon de «sesiones de la Convencion una gran caja llena de escudos arrastrada por diez «hombres, y el contenido de un carro lleno de oro y plata procedente del depar«tamento de Nièvre.» — En el número siguiente añade: «El departamento de «Nièvre *trae* por tercera vez un rico presente á la patria compuesto de nove«cientas mil libras en numerario y mas de dos millones de plata labrada.»

villas y lugares de Francia. Felizmente no toda la nacion secundó tan sacrílego conato, y muchos eclesiásticos conservaron á escondidas entre las familias algunas chispas de la fe, y sostuvieron el valor de los fieles.

Tornóse entonces contra ellos la rabia de la impiedad. No basta la lengua humana á expresar todas las crueldades de que fueron blanco, y seria preciso tener otra para que se formase idea de tan inauditos horrores. Muchos de ellos arrestados en París ya en agosto de 1592, fueron trasladados á diferentes cárceles ó conventos transformados en mazmorras; y en la noche del 2 al 3 de setiembre, una turba de degolladores, préviamente excitada por bebidas y licores fuertes, fue conducida á la casa de la ciudad y á las prisiones, donde, fusil y sable en mano, cual manada de tigres sedientos de sangre, se precipitó sobre las inocentes víctimas señaladas á su furor, durando la degollina hasta el dia 7, y siendo de ella víctimas tres obispos y mas de trescientos sacerdotes.

Uno de los obispos sacrificados era Mr. Dulau, metropolitano de Arles, otro de los que mas ilustraron á la Iglesia francesa por sus luces y virtudes, á quien los mismos impíos no pudieron rehusar su estimacion. Cuando estaba encerrado en la iglesia de los Carmelitas con otros ciento y veinte eclesiásticos aguardando el momento de que fueran á matarlos, propusiéronle distintas veces que se aprovechara de su valimiento ó que alegara á lo menos sus enfermedades para ser trasladado á su casa. «No por cierto, respondió, estoy aquí per«fectamente y en muy buena compañía.» Tal se hallaba en verdad, que no solo nada pedia para sí, sino que se aprovechaba del ascendiente de su dignidad para que los demás presos fuesen asistidos antes que él. En la tercera noche de su detencion aun no tenia cama, y no pudieron hacérsela aceptar, porque habiendo contado los colchones vió que no habia para uno que acababa de llegar.

Los bárbaros carceleros se complacian en ultrajarle por ser el mas alto en dignidad; pero su religiosidad y paciencia le hacian como insensible á todas las tropelías, y léjos de quejarse se tenia por el mas dichoso, puesto era el mas atormentado. En la víspera del dia fatal, un asqueroso gendarme fué á sentarse con insolencia á su lado, y entre crueles pullas y groseras impiedades le dijo : «¡Amigo, esta«rá V. perfectamente en la guillotina!» Despues se levantaba y le hacia profundas reverencias, dándole por burla sus títulos de nobleza

y de particular, que la Asamblea habia ya abolido: «Monseñor, de-«cia, mañana se cortará el cuello á V. Ema.» Irritado y desconcertado al ver la calma del paciente Arzobispo, encendió su pipa, y sentándose otra vez junto á él, echábale al rostro bocanadas de humo. Cuando el Prelado no pudo resistir, mudó de sitio; pero el tenaz verdugo le fué siguiendo, y duró esta cruel escena hasta que su misma obstinacion quedó vencida por la paciencia de la víctima. Este grande hombre tenia tal presencia de espíritu y se hallaba tan dispuesto á ofrecerlo á Dios, que habiéndole dispertado por la noche uno de los presos, alarmado por algun ruido, diciendo: «¡Monseñor, «ya llegan los asesinos!» respondió tranquilamente: «Que lleguen; «si el buen Dios quiere nuestra vida, el sacrificio debe estar consu-«mado;» y dicho esto se durmió.

Cuando el domingo 2 de setiembre llegaron los bandidos para asesinar á los presos, el Arzobispo de Arles, hallándose en el huerto del convento, junto á un oratorio, con el Abad de Panonia, oyó que este clamaba al ver el brillo de las armas: «Ahora sí, Monseñor, que creo «nos vienen á asesinar.—Querido, ¡cómo ha de ser! respondió; si «llegó el momento de nuestro sacrificio, sometámonos, y demos gra-«cias al Señor que se digna aceptar nuestra sangre por tan bella cau-«sa.» Mientras esto decia, llegan los asesinos gritando: «¿Dónde «está el Arzobispo de Arles?» Él los aguardaba en el mismo sitio sin inmutarse; y acercándose mas: «¿Eres tú?» le dijeron al Abad de Panonia. Viendo que este juntaba las manos y bajaba los ojos sin responder, dirigiéronse á Mr. de Dulau: «Tú, malvado, ¿eres el Ar-«zobispo?—Sí, ¡yo soy!—¡Ah, tunante! ¡con qué tú eres el que «hizo derramar tanta sangre en la ciudad de Arles!—Señores, no «creo haber hecho mal á nadie en mi vida.—¿No? ¡pues yo voy á «hacértelo á ti!» repuso uno de los descamisados. Y diciendo esto, descargó un sablazo sobre su cabeza, que el Prelado recibió impasible, vuelto hácia él, aguardando que secundara el golpe. Entonces otro asesino se adelanta y le cruza la cara de otro sablazo; el pobre Arzobispo sin proferir un ay, sin dar siquiera un paso adelante ó atrás, se contentó con llevar las manos á la herida, y solo al recibir otro golpe en la cabeza cayó apoyando un brazo en el suelo, como para impedir la violencia de la caida, y en fin recibió al pecho una lanzada tal, que el hierro no pudo volver á salir. El héroe de esta

hazaña puso un pié sobre el cuerpo del Prelado, cogió su reloj, y lo alzó enseñándoselo á los demás cual precio de su triunfo.

Tal fue el martirio de ese buen Prelado, el cual sacrificando sin cesar sus gustos á sus deberes, solo conocia las dulzuras de la sociedad para privarse de ellas, y solo se servia de sus riquezas para socorrer á los indigentes, no gustando otro placer que el de hacer bien. No es extraño, pues, que los jacobinos encargasen á sus emisarios inmolarle cual primera víctima de su furor, pues los hombres que mas odiaban eran precisamente los mas adictos á la Religion y los que así podian defenderla con su talento como honrarla por su virtud, en cuyo concepto uno de los preferentes era el Arzobispo de Arles.

Bien pronto siguieron sus huellas los Obispos de Saintes y Beauvais, inhumanamente asesinados como él, aunque vertiendo gustosos su sangre por la fe; y si los demás Prelados de Francia se eximieron de correr igual suerte, fue por haberse con tiempo puesto á salvo, prefiriendo la expatriacion y la pobreza al goce de sus bienes y dignidades, que no hubieran podido conservar sin rebelarse contra la Religion, con lo cual dieron una prueba de que en caso extremo tambien hubieran preferido la muerte á la apostasía.

La persecucion, empezada en las cárceles de París, fué extendiéndose por toda la capital y por las provincias; pero entre los atentados mas odiosos y que mas atraen la maldicion del género humano sobre la impiedad revolucionaria, es preciso señalar el asesinato del venerable abate Fenelon, tan justamente llamado *padre de los huérfanos*. Este sacerdote, entre toda la familia el mas parecido por sus virtudes al grande Arzobispo de Cambrai, hacíase singularmente admirar por su celo en el socorro y enseñanza de los pobres conocidos en París con el nombre de *saboyardos*. Amábales como á hijos y asistíales á todos, pero con especialidad favorecia á los niños por ser los mas necesitados y los mas ocasionados á cualquier percance. Tenia en su casa un almacen de camisas, zapatos y vestidos para el uso de estos infelices, y además varios utensilios propios para que se ganasen la subsistencia, los que repartia entre ellos segun sus necesidades. Podian entrar en su casa en toda ocasion, y debian hacerlo á horas determinadas, ya para pedir lo que deseaban, ya para dar cuenta de su conducta, ya para oir lecciones de moral y de religion. Cuando habia algunos debidamente instruidos, señalaba un domin-

go para administrarles la primera comunion, á cuyo efecto les preparaba con algun tiempo de retiro durante el cual procuraba se reconciliasen con Dios en el tribunal de la penitencia, y, á fin de que la limpieza del cuerpo correspondiera á la pureza del alma, les daba un vestido nuevo. Celebrábase despues la ceremonia con mucha pompa, siendo regularmente un obispo el que les comulgaba por la mañana, y un hábil predicador el que les arengaba por la tarde, despues de lo cual reiteraban los votos del Bautismo. Este aparato religioso heria al vivo su imaginacion y sus sentidos, haciendo en su ánimo una impresion tal, que ya no volvia á borrarse.

El espíritu de celo y caridad que al abate Fenelon animaba, les inspiró un medio especial para que los pequeños saboyanos se condujesen debidamente, y fue regalarles unas medallitas de cobre con una leyenda al mérito; pero para obtenerla era preciso ganarla, y esto no se conseguia sino tras reiteradas pruebas de docilidad y buena conducta. El premiado conservaba la medalla como un objeto precioso, engalanábase á veces con ella, y no dejaba de exhibirla siempre que necesitaba de recomendacion, siendo además conocida de los agentes de policía, en cuyo concepto servia mucho al posesor en algun apuro.

Á tantas obras buenas apenas alcanzaba la renta del generoso patrono, reducida á un módico priorato; pero cuando habia agotado sus recursos y particularmente en épocas calamitosas, hacia cuestas en la corte y en la ciudad y tambien en las casas nobles donde tenia entrada. —«Hay diseminados muchos hijos mios por todas las calles «de París,» decia ingénuamente á las personas á quienes imploraba, «y pido socorros para atender á las necesidades de esta pobre y nu«merosa familia.» Por esto el mundo le daba el honorífico dictado de *Obispo de los pequeños saboyanos.*

Parece que un hombre tal, un padre tan tierno de los hijos del pueblo, debiera ser no ya respetado, sino amado y protegido por aquellos que se titulaban exclusivamente amigos del pueblo; pero pronto manifestaron los impostores que su cacareada amistad no era mas que la vana pantalla de su ambicion. Á pesar de los continuos servicios que á los huérfanos prestaba, el abate Fenelon fue detenido como sospechoso, á la edad de ochenta años, y conducido á las cárceles del Luxemburgo. Sus protegidos no bien supieron esta novedad, llenos de dolor resolvieron presentarse en masa á las puertas

de la Asamblea nacional para reclamar que fuese soltado, á cuyo efecto hiciéronse redactar una peticion en la que se vertian algunas especies que su cariño rechazaba, pero que se consideraron indispensables para el buen logro de la pretension. El dia 19 de enero de 1794 preséntanse, en efecto, delante de la temible Convencion, con su memorial en la mano, y, siendo imposible dejar de oirles, uno de ellos, llamado Fermin, toma la palabra en nombre de los demás y dice :

«Ciudadanos legisladores : Bajo el imperio del *despotismo* los sa- «boyanos necesitaron el apoyo de la Francia, y un anciano respeta- «ble les sirvió de padre. La vigilancia de nuestra conducta, los ele- «mentos de nuestra industria, nuestra propia subsistencia, estuvieron «mucho tiempo pendientes del celo benéfico de este patrono que era «sacerdote y noble, pero afable y compasivo, y por consiguiente «buen *patriota*. Este sujeto, tan caro á nuestros corazones, y no du- «damos decirlo, aun á la humanidad, es el ciudadano Fenelon, de «ochenta años de edad, detenido en el Luxemburgo como medida de «seguridad pública. Estamos léjos de condenar esta medida, y aca- «tamos la ley, pues los magistrados no tienen obligacion de conocer al «buen anciano como le conocen sus hijos. Lo que nosotros pedimos, «ciudadanos representantes, es que plazca á este *augusto* Senado po- «ner en libertad á nuestro padre, bajo *nuestra responsabilidad*. No «hay ninguno que no se halle dispuesto á ocupar su lugar, y aun «todos juntos nos ofreceríamos á ello si la ley lo autorizase.

«Dado caso que nuestra sensibilidad pudiera graduarse de indis- «creta, disponed á lo menos, ó ciudadanos legisladores, que se abra «un pronto debate sobre la conducta de nuestro padre, pues que en- «tonces sin duda vosotros mismos aplaudiréis sus virtudes *cívicas*, «proporcionando á sus hijos el dulce consuelo de habéroslas hecho «conocer, y á este buen padre el de recibir tan acendrada prueba «de vuestra *justicia* y gratitud.»

El memorial tal cual venia redactado y acababa de ser leido, suscrito por el mismo *Fermin*, «en nombre de los demás,» se puso sobre la mesa. La asamblea por toda contestacion mandó pasarlo al comité de *seguridad pública*, que era como remitirlo á los que deseaban la muerte del preso, de manera que al oir este acuerdo, uno de los saboyanos no pudo menos de exclamar : «¡Al comité de seguri- «dad pública! ¡ya no hay remedio para nuestro padre! Ciudadanos

«legisladores : habeis anunciado la paz á las cabañas y la guerra á «los castillos; pero ¿no perdonaréis al santo abate Fenelon el haber «nacido en un castillo, cuando durante sesenta años fue el amigo y «el bienhechor de las cabañas?» Este acento de dolor filial no hizo impresion alguna á los feroces *sans-culottes.*

Creciendo el terror cada vez mas, ya vió el abate Fenelon ser necesario prepararse á sacrificar su vida; redoblando, pues, de fervor en sus piadosos ejercicios, hízose modelo de resignacion para todos sus compañeros de cautiverio, de suerte que, inspirados por su ejemplo, muchos entraron en sus sentimientos, se confesaron con él, y con él se dispusieron á bien morir. Era llavero de la cárcel uno de aquellos niños saboyanos que el buen Abate habia instruido y favorecido, el cual viendo á su bienhechor entre las víctimas destinadas á perecer, corre fuera de sí, y lo abraza estrechamente clamando : «¡Pa«dre, padre mio! ¿V. condenado á muerte? ¿V. que no ha hecho «mas que bien?» Y estrechándole siempre con mayor fuerza, le cortaba el paso, y queria arrancarle de las manos de los gendarmes.— «Consuélate, le respondió el buen anciano; la muerte no es un mal «para el que ya no puede ejercer el bien : tu sensibilidad en este mo«mento es la mejor recompensa para mi corazon. Adios, José, acuér«date de mí alguna vez.—¡Ah, señor, responde llorando el man«cebo, no crea V. que nunca pueda olvidarle!» En premio de su piedad filial le quitaron el destino que desempeñaba.

Otro de los mismos saboyanos, detenido tambien como sospechoso, fué á arrojarse á las plantas del abate Fenelon diciendo con los ojos arrasados en lágrimas : «¡Cómo, padre mio! ¿Tambien V.? —No «llores, querido, respondió afectuosamente el anciano; decreto es del «cielo. Ruega por mí; si acaso voy á la gloria, y así lo espero de la «gran misericordia de Dios, no dudes que tendrás en ella un esme«rado valedor.»

Condenóle el tribunal de sangre el dia 28 de junio de 1794. Colocado en la fatal carreta con otras sesenta y ocho víctimas, exhortóles durante el camino á detestar sus faltas, á poner su confianza en Dios y á hacerle resignadamente el sacrificio de su vida, y al llegar al pié del patíbulo, reanimó su celo y sus fuerzas exhortándoles á formular con buen ánimo el acto de contricion, despues de lo cual pronunció sobre ellos la sagrada fórmula absolutoria. Testigos presenciales aseguraron que el ejecutor quedó tan impresionado por el

venerable continente del Abate, que se inclinó como los demás, y todos los ajusticiados llamaron la atencion de los espectadores por su resignacion al recibir el golpe mortal. Tal fue la muerte de ese pobre octogenario, que vivió solo para honrar á la Religion por medio de sus virtudes, á la humanidad por medio de sus servicios, y cuya vida sencilla, aunque activa, oscura, aunque colmada, fue otra prueba de que un solo sacerdote animado del espíritu de su estado hace mas bien en un solo dia que todos nuestros noveles doctores reunidos, tan ricos en proyectos y tan fecundos en *ideas liberales*.

Mientras el abate Fenelon y muchísimos sacerdotes con él firmaban la fe con su sangre en los patíbulos, otros todavía en mayor número ratificábanla en oscuros calabozos donde la impiedad revolucionaria los habia hacinado, pudiendo contarse á millares estas víctimas consagradas. Referir las privaciones, los ultrajes, los disgustos, las tropelías que padecieron, seria asunto imposible; jamás los presidios de Constantinopla y Tunez presenciaron tales horrores, y apenas los primeros cristianos encerrados en las cuevas de Neron y de Diocleciano pudieran comparar su suerte con las de nuestros modernos Mártires. Baste saber que la impiedad furibunda por no haber podido doblar la entereza de los eclesiásticos y recabar de ellos un juramento sacrílego, dió á sus esbirros la órden satánica de *exacerbar su paciencia*.

Oigamos á uno de estos venerandos Confesores, último que sobrevivió á tantas víctimas [1], quien va á referirnos lo que por sí mismo vió y pasó. La suerte de los sacerdotes fieles de las varias diócesis de Francia, aunque diversa de la de los de Nevers en circunstancias accesorias, fue idéntica en el fondo, viéndose doquiera por un lado la cárcel, la miseria, el oprobio para lo presente y la muerte en perspectiva, y por otro la resignacion, una paciencia angelical, la serenidad y hasta el contento. Así el relato particular que vamos á leer puede mirarse como la historia general del Clero católico francés desde el año 1792 al 1795. Los cristianos primitivos oian leer con profundo respeto las actas de los Mártires adquiriendo con ello nuevos brios; recojámonos, pues, tambien nosotros para leer estos renglones escritos por un Confesor de la fe sobre las húmedas pajas de la prision:

[1] Mr. Imbert, arcipreste, canónigo y actual párroco de la catedral de Nevers. —Fallecido en 1841. *(Nota de la quinta edicion)*.

«Despues de detenidos quince meses, ya en la abadía de Nuestra «Señora, ya en el gran Seminario, habilitado para cárcel, supimos «se habia dado órden de deportarnos á la Guyana y conducirnos á «Nantes para ser embarcados. Los carceleros y los miembros del co- «mité se apresuraron á porfía á arrebatarnos nuestros efectos, y lo «poco que se dignaron dejar fue llevado á un bote que nos aguar- «daba junto al puente.

«Llegó el dia de la partida, 14 de febrero de 1794: acababan de «dar las nueve cuando recibimos órden de bajar. Éramos cuarenta «y ocho, los treinta y dos mayores de sesenta años: amarráronnos «con grilletes de dos en dos, y nos hicieron pasar entre dos filas de «guardias nacionales, los cuales vomitaban injurias contra nosotros. «El pueblo, que nos aguardaba en tropel por la calle y en el mue- «lle, no pudo ver sin emocion tantos sacerdotes, la mayor parte en- «canecidos, cargados de cadenas como unos criminales y conducidos «á la muerte por el solo delito de ser eclesiásticos, y muchas lágri- «mas corrieron en esta ocasion. Cuando yo iba á descender al bote, «mi madre quiso verme por la última vez, pero aunque ofreció una «buena suma á la mujer del carcelero, no se lo permitieron.

«Hacináronnos en una barca estrecha, en la cual se hallaban ya «trece eclesiásticos procedentes de otras cárceles de la ciudad, y con- «denados cual nosotros á destierro, de modo que éramos sesenta y «uno; y despues de saludarnos, y de echar una mirada á la ciudad «que nos viera nacer, al seminario que nos habia servido de cuna «sacerdotal y luego de cárcel, y de dar desde lo mas íntimo del co- «razon el último adios á todo lo que nos era querido, completamos «nuestro sacrificio y aguardamos en paz el momento de la partida. «Venia cerca de la nuestra otra lancha con diez y seis milicianos en- «cargados de escoltarnos, ó mejor, de robar el poco dinero que nos «quedaba y hasta nuestro menguadísimo rancho. El cuidado que po- «níamos en ablandarles, compartiendo con ellos lo poco que nos pasa- «ban cada dia, solo servia para hacerlos mas bárbaros, de suerte que «su conducta involuntariamente nos recordaba á los *diez leopardos*, «esto es, á aquellos diez soldados romanos que acompañaron á Roma «á san Ignacio de Antioquía, y así nos teníamos por felices en pare- «cernos en algo al ilustre Mártir.

«Por fin levantamos anclas. Estaba el mar picado, y un viento Oeste «que cargaba nos impedia ir adelante, con lo que pudimos largo

«tiempo deleitarnos en contemplar los sitios por nosotros tantas ve-«ces recorridos y que pocos debíamos volver á ver. Ya desde el ins-«tante de la partida, la Providencia veló sobre nosotros de una ma-«nera visible, deteniéndonos por medio de un viento contrario, pues «á llegar á nuestro destino con tres ó cuatro dias de antelacion, to-«dos hubiéramos infaliblemente perecido.

«Cuando llegamos cerca de Orleans, los guardas nos mandaron «desembarcar, y su jefe, que no sabia de escribir, me obligó á ha-«cerlo, dictando él una carta informando al *club de Nevers* de que la «escolta aun no habia hallado ocasion de deshacerse de nosotros, bien «que por lo demás estaba satisfecha de nuestra sumision y docilidad. «Es de advertir que si en la travesía no perecimos ahogados, se de-«bió á la probidad de los marineros que se encargaran de nuestra «conduccion.

«Para consolarse de no haber podido aun echarnos al mar, los ta-«les guardas repetian á cada momento : «Somos dueños de quitaros «de en medio, ya sea degollándoos, ya dándoos á comer á los pe-«ces, y si acaso no podemos hacerlo á bordo, lo harémos en Nantes, «donde no tendréis vuestros protectores (los marineros). Allí será la «algazara. Confiamos sin embargo que no habrá necesidad de ir «tan léjos.» En medio de tales piropos llegamos á Tours, donde se «nos prodigaron mas insultos, lo mismo que en Pont-de-Cé, en cuyo «lugar unos soldados llamados *voluntarios* decian al vernos arribar: «¡Buena comida para engordar á nuestras sabogas!» Pasamos la «noche á pan y agua encerrados en hediondos calabozos; y entre «tanto el populacho, en la persuasion de que íbamos á ser sumer-«gidos, nos gritaba desde las troneras de la prision : «Dadnos vues-«tros asignados, echádnoslos con todo lo que os sea menos preciso, «porque van á anegaros.» Estas amenazas empero no se realizaron.

«Al salir de Pont-de-Cé, veíamos por momentos flotar en el agua, «ó dispersos en las peñas, cadáveres agarrotados; espectáculo de «funestísimo augurio, que duró desde Bouchemaine hasta Angers, «en cuya poblacion se hacian entonces ejecuciones numerosas. Al «propio tiempo empezamos á ver por la márgen izquirda del Loira «la humareda de las villas y lugares de la Vendea que los ejércitos «republicanos incendiaban.

«Desembarcamos en Angers el dia 3 de marzo, en medio de un «populacho furioso, que nos tomaba por vendeanos condenados á

«muerte. Entonces nuestros custodios nos arrancaron los últimos di-«neros y asignados que nos quedaban, so pretexto de que era lle-«gada nuestra última hora, jurando devolvérnoslos si volvíamos al «barco, ó entregarlos á nuestras familias si perecíamos; pero nunca «mas se habló de ello. Conducidos entre filas al palacio episcopal «donde residia el tribunal revolucionario, so capa de registrarnos «nos desnudaron cási del todo; y allí estuvimos aguardando ocho «horas siendo blanco de insolencias y amenazas de toda especie. Uno «de los miembros del tribunal decia en nuestra presencia á otro de «los guardas: Necio has sido en traerlos aquí: ¿por qué no los echa-«bas á pique?...

«Despues de habernos arrebatado la ropa blanca, los pañuelos, los «breviarios, etc., repartiéronnos en tres grupos y separadamente nos «condujeron á los encierros del palacio, donde permanecimos once «dias, recibiendo por todo alimento un torrezno de pan duro y me-«dio vasito de agua por dia, y algunas pajas podridas por cama; «y eso que habia entre nosotros un anciano de ochenta años y treinta «sexagenarios, todos achacosos y enfermos.

«En la noche del 13 de marzo nos sacaron repentinamente, no «para entregarnos á los guardas y marineros de Nevers, que ya ha-«bian desaparecido, sino á otra escolta de cincuenta hombres, la cual «debia conducirnos á Nantes, mandada por un tal Marquet, que dió «órden de aherrojarnos ó mas bien nos aherrojó él mismo dos á dos, «y luego dió á su falange esta voz bárbaramente equívoca: Al rio; «marchen! y nos arrastraron hácia el puente. Allí estuvimos desde «la una de la noche hasta las siete de la mañana, en pié ó sentados «sobre las rocas, expuestos á la accion de un viento glacial del Nor-«te, durante cuyo tiempo fueron á sacar de las otras cárceles de la «ciudad quince sacerdotes septuagenarios de Angers, á quienes me-«tieron en el mismo bote en que íbamos los demás, con tal angos-«tura que apenas quedaba para cada uno el espacio de un pié en «cuadro.

«Los soldados, situados mas cómodamente en una lancha cañonera, «habian apuntado sus piezas contra la nuestra para echarla al traste, «al menor indicio de que vinieran á salvarnos desde las costas de la «Vendea. Nuestra resignacion en medio de tamañas torturas irritó á «los soldados hasta el extremo de que uno de ellos, saltando á nues-«tra lancha, con un Crucifijo de marfil que nos habia robado pegó á

«muchos en la cara, acompañando esta accion diabólica de furibun-«das blasfemias. Á estas violencias procuramos corresponder como «el divino Maestro hacia con sus enemigos volviéndoles bien por mal; «pues habiendo uno de los soldados caido en el rio, fue sacado tiri-«tando, y al punto uno de nuestros colegas tuvo la caridad de qui-«tarse su casaca y prestársela mientras la suya se secaba. ¿Se ablan-«dó acaso el alma del tal soldado, y lleno de gratitud se apresuró á «devolver esta prenda que le salvaba la vida? ¡Vana esperanza! «Cuando el sacerdote reclamó al dia siguiente su *única* casaca, re-«cibió por toda respuesta improperios y una negativa.

«Finalmente el dia 15 llegamos á Nantes, habiendo pasado dos «dias desde Angers sin probar bocado, y sin embargo hasta las nue-«ve de la noche nos tuvieron detenidos en el barco, dejándonos fa-«llecer de hambre. Trasladados á aquella hora al puerto de *la Sé-«cherie* para pasar á una galeota que apresaron á los holandeses cuya «quilla debia servirnos de cárcel, fue preciso que nuestros pobres «viejecitos, extenuados de cansancio y necesidad, subiesen á bordo «por una escala de tablas y bajasen al fondo del barco por otra de «cuerdas, pero como los mas entecados no tuviesen fuerza para ello, «los soldados les pasaron unas maromas por debajo los sobacos, y «los dejaron caer como un cofre sin la menor consideracion, de suerte «que uno salió con el brazo roto. Antes de esta inhumana operacion, «habíanles desnudado de las pocas ropas que conservaban.

«Encerrados ya en las entrañas del buque, en medio de la oscu-«ridad mas profunda, maltratados, extenuados, moribundos, bus-«camos á tientas un rincon para sentarnos; pero el barco era estre-«cho, y donde apenas habia lugar para cuarenta personas sanas, de-«bíamos acomodarnos setenta y seis, cási todas enfermas; y en vez «de camas y asientos, solo encontramos la quilla y cuerdas alquitra-«nadas. Para mayor desgracia nos vimos rodeados de agua: enton-«ces sí que creíamos llegada nuestra última hora; felizmente esta «agua no aumentó durante la noche. Prescindiendo de que en tal si-«tuacion era imposible tomar reposo alguno, el piquete que habia «sobre cubierta se encargó al parecer de impedirlo, pues habiendo «cerrado la escotilla, único respiradero por el cual llegaba un poco «de aire á nuestra prision, estuvieron cási toda la noche saltando y «bailando sobre nuestras cabezas, con afectada energía; y lo que mas «nos lastimó fueron las obscenidades é injurias contra nosotros con

«que acompañaban su algazara, de suerte que al llegar el dia que-«damos admirados de vernos todavía con vida.

«Á pesar de esto un placer inocente, una perfecta serenidad pin-«tada en todos los semblantes hubiera hecho creer que nada pade-«cíamos, si la palidez y el aniquilamiento causados por el hambre «no demostraran á las claras lo contrario. Otro piquete, que relevó «al de la noche, nos permitió extraer el agua de la cala, y viendo «que cási todos nosotros, hasta los de complexion mas récia, no te-«níamos fuerza ni energía, nos ayudaron en este penoso trabajo. Ha-«biendo logrado limpiar el local, señalamos puestos, dando los me-«jores á los enfermos, á quienes los jóvenes y los menos dolientes de «buen grado se prestaron á servir; pero no obstante estas mútuas «atenciones, en breve padecimos los mas intensos quebrantos. Dos «de los ancianos espiraron en nuestros brazos el mismo dia, uno de «ellos de inanicion, pues hacia tres dias que no habíamos recibido «una onza de pan. Á la noche el sueño pudiera servirnos de algun «lenitivo, pero ¿quién habia de dormir sin comer en tantos dias? «Entonces un nacional entreabrió la escotilla y nos dijo que si le dá-«bamos cinco duros nos proporcionaria pan. Crédulos por hambre, «reunimos entre todos la suma, no sin harta dificultad; pero los ber-«gantes solo la emplearon en comprar vino y embriagarse, llenán-«donos á nosotros de dicterios. Á la madrugada hicieron que subié-«semos al puente los dos fallecidos de la víspera, y habiéndose pre-«sentado un oficial público para hacerlos trasladar al muelle, los de-«jaron allá desnudos cási todo el dia, hasta que al cabo los llevaron «al cementerio. Lo propio sucedió con muchos otros de los nuestros «que fallecieron en la galeota.

«Despues de ocho dias de forzado ayuno, presentóse el guarda del «buque y nos dió como de limosna un pedazo de carne que re-«partimos en setenta y dos porciones, y la devoramos de un solo bo-«cado, uniendo á ella unas migas de pan seco que por casualidad «hallamos en las faltriqueras, y unas cortecillas mohosas que enre-«dadas en las cuerdas descubrieron dos de los viejos. Comiéronlas «estos mojadas en agua, pero como habia tantos dias que nada pro-«baban convirtióseles este manjar en veneno, y murieron presa de los «mas violentos dolores.

«Éramos todos unos verdaderos esqueletos; no teníamos otra be-«bida que el agua del Loira repugnante y tan infecta por la multi-

«tud de personas ahogadas en ella, que la policía habia prohibido «su uso en Nantes; no habíamos disfrutado un solo momento de re-«poso, y á tamaños horrores agregóse el espectáculo mas deplora-«ble. Cási todos los dias llevaban á nuestra vista botes llenos de mu-«jeres y niños, algunos de pecho, los que juntos hacíanlos sumer-«gir por la noche, y cuyos gritos, penetrando en nuestro encierro, «nos desgarraban las entrañas. El dia siguiente veíamos sobrenadar «en el agua aquellas malhadadas víctimas, y no pocas veces la ma-«rea alta las hacinaba al lado de nuestra galeota. Eran estos infeli-«ces procedentes de la Vendea.

«Declarándose con violencia los efectos del hambre, cási todos ado-«lecíamos de un flujo disentérico acompañado de cierta calentura «con todos los caractéres de pútrida, sin tener siquiera agua caliente «para aliviarnos, y como tampoco podíamos mudar de ropa, agre-«gábase á esto el respirar el mefítico ambiente de un local lleno de «toda clase de infecciones.

«Por fin el décimo dia, despues de porfiadas instancias á las au-«toridades de Nantes, trajéronnos para cada uno media libra de pan «malo, y dos onzas de arroz cocido con agua. Mucho era para nues-«tros estómagos debilitados y compresos; sin embargo aun parecia «poco, pues cuatro de nosotros pagaron con la vida la especie de «voracidad con que comieron esta ténue racion. Al ver fallecer tan-«tos de nosotros, creyeron los nanteses que la peste se habia decla-«rado á bordo, y ya ni el paquete queria acercársenos, ni era posi-«ble obtener la visita de ningun facultativo, ni remedio alguno; y «hasta llegaron á prohibir á los vecinos que paseasen por el muelle «de la *Sécherie*, del cual distábamos doscientos pasos en medio del «Loira.

«En esto la ingeniosa caridad de algunas buenas almas halló me-«dio de remitirnos furtivamente en una lancha ochenta camisas, be-«bidas y comestibles, entre ellos algunos jarabes para atajar la di-«senteria, y pocos dias despues nos proporcionaron por la misma «via alguna ropa blanca, vestidos, mantas y demás que se consideró «necesario: fueron tambien entregadas diferentes limosnas á nues-«tro carcelero, el cual se alzaba con la mayor parte, y aquello poco «que nos cedia hacíanoslo pagar con las setenas. Bajó finalmente á «nuestro calabozo un delegado de sanidad, teniendo aplicado á su «nariz un botecillo de vinagre de los *cuatro ladrones*, siendo el re-

«sultado de su visita no disimularnos que ningun socorro teníamos «que esperar. Varios de nosotros agonizaban entre tanto, y los demás «se hallaban enfermos de gravedad.

«Desde el dia 16 de marzo hasta el 18 de abril, perecieron treinta «y uno de los nuestros (niverneses), y de los angevinos solo que-«daba uno, en situacion cási desesperada.»

Á las seis semanas de permanecer en la galeota, los que sobrevivieron fueron llevados á Brest, y aun en el tránsito perecieron seis. Los pocos vivos encerrados en estrecho calabozo aguardaban la muerte á cada momento, cuando por la caida de Robespierre mudó la faz de los negocios, pudiendo columbrar alguna esperanza de volver á sus familias. Volvieron en efecto á ellas, pero con una multitud de achaques que convirtieron su existencia en un prolongado martirio.

No contenta la impiedad con diezmar á la tribu santa, pensó acabar con el sacerdocio atentando contra su Jefe. Penetran algunos ejércitos en Italia, invaden la ciudad de Roma, y no tardan en apoderarse del venerable pontífice Pio VI. Un desalmado osa penetrar en la morada del Papa que estaba asaz indispuesto, y le notifica que no es ya rey de Roma, pero que la República francesa se digna señalarle una pension. «No lo necesito, responde con dignidad el Vi-«cario de Jesucristo; bástame como pontífice un simple cayado en «lugar de báculo, un basto sayal como particular que debo morir «sobre ceniza y cubierto de lana. Adoro la mano del Omnipotente «que castiga al pastor por las faltas de sus ovejas. Dueño sois de mi «cuerpo; pero mi espíritu está fuera de vuestro alcance. Destruid si «quereis las habitaciones de los vivos y hasta los sepulcros de los «muertos, pero no lograréis acabar con nuestra Religion santa, que «subsistirá despues de vos y de mí, conforme subsistió antes de nos-«otros, y se perpetuará hasta el fin de los siglos.»

La persona á quien Su Santidad dirigió estas nobles palabras era calvinista; al retirarse, mandó á uno de los camarlengos que previniera al Pontífice se aparejase á salir de Roma, y que á las seis de la mañana del dia siguiente estuviera pronto para ponerse en camino. Viendo que el funcionario vacilaba en cumplir tan cruel mision, volvió á entrar en la cámara, y por sí mismo notificó su bárbara órden á Pio VI, quien no pudo menos de responder: «Tengo ochenta «y un años; de dos meses á esta parte lo he pasado tan mal que lle-

«gué á la muerte y aun no me hallo restablecido; de otra parte, no «puedo abandonar á mi pueblo ni mis obligaciones, y de consiguiente «quiero morir aquí.» El republicano responde con grosería: «Lo mis«mo moriréis aquí que en otra parte. Si no quereis partir de buen «grado, se emplearán medios que os obliguen.» Apenas volvió la espalda, el Papa corrió á reanimar sus fuerzas al pié del Crucifijo en una estancia vecina, y volviendo dijo á sus servidores: «Dios lo quie«re, preparémonos á sufrir cuanto su providencia tenga determi«nado.»

En la noche del 19 al 20 de febrero de 1798 fue cuando se presentaron á llevárselo del Vaticano. Antes Pio VI quiso oir misa, que se celebró en su misma cámara; pero los militares, trinando por miedo de una conmocion popular, se quejan de la lentitud del celebrante, pues su grande empeño es sacar de Roma al Papa antes que amanezca, y profiriendo nuevas blasfemias, amenazan arrebatarle antes que la misa concluya. Terminada apenas, dos horas antes del dia le sacan de sus aposentos, y como por razon de su edad y debilidad, y de la perlesía que hacia en él rápidos progresos, no podia andar muy aprisa, sobre todo al bajar las escaleras, tuvieron la audacia de incitarle con palabras y aun con insinuaciones mas brutales.

Metido, por fin, en una carroza de su servidumbre, lo arrebatan con velocidad. El dia 22 llega ya á inmediaciones del lago de Bólsena, por donde divagan errantes algunos sacerdotes franceses disfrazados para mayor seguridad, cuales de mendigos, cuales de militares, con uniformes que unos soldados compasivos les habian dejado. Mientras mudaban los tiros, uno de ellos, escuchando solo los impulsos de la gratitud y de la fe, se acerca al Pontífice, quien, alegre en medio de la desgracia con la santa paz de una alma pura, le reconoce y le dice sonriéndose: «¿De cuándo acá eres soldado? — «Padre santo, todos lo somos y lo serémos siempre de Jesucristo y «de Pio VI. — ¡Á que mísero estado os veis reducidos! — En segui«ros está nuestra gloria. — ¿Á dónde vais, pues? — ¡Oh Padre san«to! la oveja sigue las huellas de su pastor; y si no siempre pode«mos seguiros, siempre os acompañarán los votos que elevemos por «vuestra conservacion. — Sí, tened valor y entereza. — ¿Quién lo «duda, beatísimo Padre? ¿Podemos no tenerla á la vista de tan «gran modelo?»

Poniendo término á estas demostraciones, el carruaje arranca con nueva carrera, y el dia 25 llega á Siena, donde el Papa es alojado en el convento de Agustinos hasta el 25 de mayo. Allí disfruta algun respiro, y uno de los sacerdotes que habia dejado en Bólsena, el mismo que tuvo la honra de hablarle, es admitido á su presencia. Manifestando estar inquieto por lo que padece, responde el Papa con san Pablo: Sufro, pero no me abato; *Patior, sed non confundor*. Envidiaba este sacerdote la dicha de Mons. Marotti, que en calidad de secretario de escritos latinos nunca se alejaba del Papa, y comparábale á san Jerónimo que en otro tiempo desempeñara igual cometido cerca del papa Dámaso, tambien perseguido por la fe: «Es «verdad, respondió Pio VI con la humildad mas candorosa, pero «Nos somos un mísero pecador, al paso que Dámaso era un verda«dero santo.»

Pretextando temores de terremoto, pero en la realidad para cortar comunicaciones y tal vez una evasion por mar, los recelosos perseguidores del Papa resolvieron trasladarle á un monasterio de Cartujos distante media legua de Florencia. Sabedoras las almas piadosas de que carecia de recursos pecuniarios, y de que sus tiranos le exigian el coste del viaje, ofreciéronle algunas cantidades; generosa dádiva, inspirada por la Religion, que llenó su alma de embeleso, pero mayor fue su satisfaccion en poder prescindir de aceptarla, en cuanto los Soberanos de Europa en calidad de tales creyeron por propio decoro deber atender con munificencia á sus necesidades.

Entre los obsequios de esta clase que entonces recibió, hubo uno, que así por relacion al donante como por relacion al objeto donado, formaba un contraste asaz chocante con la bárbara conducta de los revolucionarios para que no le sirviese de algun consuelo: consistió en un cáliz y patena de plata con las armas de Francia al pié por un lado y por otro una crucecilla, y fuele enviado por el bey de Tunez acompañado de esta carta: «Santísimo Padre, esos inícuos france«ses al despojaros de todo, sin duda no os habrán dejado ni un cá«liz: dignaos, pues, aceptar el que estimo como un deber y como una «honra de ofreceros [1].» ¿No se hubiera dicho que las cenizas de san

[1] Véase acerca los pormenores y la autenticidad de este hecho la *Historia de Pio VI*, por Baldassari, traducida al francés por el abate Delacouture, página 361.

Á este, aun podemos añadir otro no menos curioso. Mehemet-Alí, entonces

Cipriano exhalaban entonces una milagrosa aroma de catolicismo en las costas de Cartago, y que la Arabia empezaba en las márgenes del Sena?

Alarmado el Directorio por el interés que Pio VI excitaba, y por la irrupcion en Italia de las tropas austríacas, dió órden de que lo trajeran á Francia. En esto la enfermedad hacia terribles progresos en su persona, causándole en particular agudos dolores los vejigatorios que fue preciso aplicarle; cuando sin consideracion á su estado los agentes franceses lleváronsele súbitamente de la Cartuja para trasladarle á un meson fuera de Florencia, donde le tuvieron toda la noche hasta su partida á la madrugada. ¡Qué nuevo suplicio no será para el Santo Padre andar todavía cuatro meses de una parte á otra, cruzando ciudades y aldeas agitadas por el frenesí de la revolucion, en las cuales se eleva el árbol infame de la revuelta y la impiedad, cuyos triples colores presentan erguidas cási todas las frentes y cuyas blasfemias repiten inmundas cási todas las bocas! ¡Qué reposo y qué alimentos se le dejarán en malas posadas despues de satisfechos los treinta jinetes y su comandante bajo cuya custodia es conducido!

En Parma quedó algun tanto consolado por las atenciones que el gobernador francés de la plaza, siguiendo solo las inspiraciones de su corazon, le tributó, recibiendo de Su Santidad una lisonjera expresion de agradecimiento. Decayendo cada dia mas su salud, parecia no habria alma bastante bárbara para llevarle mas léjos, cuando hé aquí que á media noche entra en su cuarto el capitan de la escolta y le da órden de partir dentro de cuatro horas. Esta órden, pronunciada en tono de gran amenaza, era resultado de una falsa alarma sobre estar cerca los austríacos para libertarle; el Pontífice que lo sospechaba alegó su deplorable situacion para oponerse; en la duda se llamó á dos médicos, los cuales obligados por el jefe republicano á levantar las cubiertas de la cama para mirar desnudo aquel venerable cuerpo llagado por los vejigatorios, declararon que Su Santidad corria riesgo de fallecer en medio de la carretera si de nuevo se le sometia á las fatigas del viaje. Habiendo salido el oficial

virey de Egipto, mandó cortar de una cantera de alabastro descubierta hace pocos años, cuatro soberbias colunas que ofreció al Sumo Pontífice para contribuir á la restauracion de la basílica de San Pablo, destruida como se sabe por un incendio. ¡Oh profundos designios de Dios! *O altitudo!*

por breves instantes, volvió diciendo con voz tiránica: «Es preciso «que el Papa salga *muerto ó vivo.*»

En efecto, no bien apunta el dia, pónenle en camino para Turin; y cuando espera terminar su penoso viaje y ser debidamente alojado, ve que le meten en la ciudadela. Entonces alzando la vista y las manos al cielo exclama, adorando la divina voluntad: «¡Iré á donde les «plazca!»

Dos dias despues, á las tres de la madrugada se lo llevan á Suze, y á fin de pasar los Alpes, el augusto anciano, que apenas podia entrar y salir del coche con ayuda de peldaño de cuero y correas, es colocado en una especie de silla de manos poco mejor que una parihuela, y seguido de los prelados y demás familiares montados en mulas, es conducido hácia el terrible paso del monte *Ginebra*, marchando por espacio de cuatro horas suspendido sobre estrechos senderos entre una muralla de once piés de nieve y profundísimos barrancos. Unos húsares piamonteses ofrecen sus dormanes de pieles para guarecerle del frio intolerable que aun en verano reina en aquella region elevada; pero como los males de la tierra ya nada podian contra aquella alma celeste, dió las gracias diciendo: «Nada padezco y «nada temo, pues la mano del Señor visiblemente me protege en «medio de tantos peligros. Ea, valor, hijos mios, queridos mios, «pongamos en Dios nuestra confianza.» Poseido de tales sentimientos estaba ya entrando en el suelo de Francia.

Despues de siete horas ó mas de tan cruel travesía, llega á Brianzon hácia la tarde del martes 30 de abril; pero ¡júzguese cuál seria el consuelo y la sorpresa de este gran Pontífice, insensible á los dolores, al ver la poblacion corriendo á su encuentro, llevada de su fe, y prodigarle con santo entusiasmo redobladas pruebas de la mas sincera piedad! Tambien ellos, los primeros, merecieron oir esta exclamacion del Pontífice: *Verdaderamente os digo que no he hallado fe tan grande en Israel* [1].

Colócanle en el hospital en un aposento bastante reducido é incómodo, con prohibicion de asomarse á la sola ventana que habia en él, declarándole que es un rehen de la República. Como iguales rehenes son separados de su lado y llevados á Grenoble cási todos sus domésticos, quedándole solo su confesor el P. Fantini y su fiel ayuda de cámara Morelli, lo cual le causa nuevo sentimiento, pero

[1] Matth. VIII, 10.



su resignacion sigue inalterable. Infundiendo al Directorio nuevos temores los triunfos de los austríacos en Italia, y temiendo que no vayan por el Santo Padre hasta Brianzon, manda que tambien sea trasladado á Grenoble; y el Vicario de Jesucristo parte en una modesta silla de dos asientos, teniendo á su lado los dos solos compañeros que se le han querido dejar.

Imponderables son los obsequios que la piedad de los grenobleses le prodigó durante los tres dias que allí estuvo, y aun á su salida fueron acompañándole para Valence, á donde llegó el 14 de julio: á inmediaciones de la ciudad vió, conforme habia visto durante el camino, multitud de fieles que se precipitaban á recibir su bendicion, haciendo admirable y abonado contraste con aquellos fieros republicanos que un año antes, en el dia aniversario del primer triunfo sangriento de la Revolucion, habian quemado el retrato del Papa junto con otros en aquella ciudad misma.

Señalaron por alojamiento del Pontífice la casa del gobernador, desde cuyo jardin se dominan las márgenes del Ródano; pero encerrado este edificio en el recinto de la ciudadela, la administracion central del departamento del *Drôme*, residente en Valence, declaró con acta solemne que permaneceria allí en estado de arresto. Prohibió á las personas de su comitiva decir y hacer en la calle cosa alguna que tuviese carácter de piedad, y se interceptó expresamente toda comunicacion entre la azotea de la residencia y la del convento de Padres Franciscanos, donde habia encerrados treinta y dos sacerdotes fieles, muchos de los cuales habian recibido mercedes del Papa durante su expatriacion en Italia; y tambien ellos por su lado recibieron la terminante órden de no asomarse para descubrir á su augusto y santo bienhechor. Finalmente, prevínose al mismo Papa que no saliera del recinto del jardin, para no causar, segun dijeron, «perturbacion y tropel de gentes,» y á nadie se permitió acercársele sin papeleta, la que escasamente se concedia.

Entre tanto el Directorio de la República francesa habíase templado algo desde que tres de sus cinco miembros, los mas encarnizados contra el Papa, hubieron de ceder su puesto á otros hombres mas humanos; por consiguiente ya no hacian la ley Treilhard, ni Merlin *(de Douai)*, ni particularmente aquel Laréveillère-Lépaux que ya por medios violentos, ya asalariando adeptos entre la hez de los revolucionarios, pretendia establecer su absurda religion llamada

Teofilantropía consistente en afectar que se amaba á Dios y á los hombres. Así reconstituido el Directorio, las órdenes que enviaba á sus consistorios de las administraciones subalternas eran mas plausibles, y el funcionario dependiente de la administracion del Drôme pudo congratularse de no recibirlas en oposicion á los sentimientos de respeto que le inspiraban la edad, las virtudes y la dolorosa situacion del Sumo Pontífice; en cambio los administradores, á excepcion de uno solo, conservando la saña y ojeriza anticatólica de Laréveillère, lograron predominar sobre el delegado del Gobierno, y siguieron hostigando á Pio VI hasta que bajó á la tumba.

Los rápidos adelantos de las huestes austríacas y rusas en Italia les condujeron cási á la cima de la cordillera meridional de los Alpes, y alarmado el Directorio, creyendo verles lanzarse sobre Valence, tornóse cruel por miedo, y dispuso la traslacion del Papa á Dijon, «en la inteligencia, decia, que el viaje se hará á expensas «suyas.» Vedó terminantemente detenerse en la ciudad de Lyon, conocida por su ardiente fidelidad á la Santa Sede; pero habíase echado la cuenta sin la huéspeda: cuando la órden llegó, el obstáculo que las dolencias del Papa oponian á esa traslacion era insuperable, y él mismo no dudaba ya de la proximidad de su fin postrero. Sin embargo, ni aun al mirar ante sí el sepulcro entreabierto, le abandona aquella solicitud pastoral que tenia por las iglesias todas, y que habia conservado siempre, y hasta en el momento en que sus achaques le anunciaban la proximidad de su fin, exclamaba: «¡Qué son mis «dolores corporales comparados con las congojas de mi espíritu! ¡los «cardenales y los obispos dispersos!... ¡huérfanos Roma y mi pue«blo!... ¡Ah! ¿y la Iglesia, y la Iglesia?... Esto es lo que dia y «noche me atormenta. ¡En qué estado voy á dejarla!...»

Cási todo el dia se lo lleva rezando, y aun de noche óyesele repetir salmos, de los cuales hace férvidas aplicaciones á su estado particular. El dia 20 de agosto empieza á sentir vómitos acerbos y otros accesos no menos crueles que prueban haberle llegado la perlesía á los intestinos. Despues de confesarse, fíjase el dia siguiente para administrarle el santísimo Viático, y Pio VI, deseando recibirlo con las mayores muestras de respeto de que es capaz, exige lo saquen de la cama y lo revistan con su sotana, roquete, muceta y estola, sintiendo amargamente no poder arrodillarse ni permanecer en pié al recibir á su Dios, debiendo hacerlo sentado en su poltrona. El Ar-

zobispo de Corinto es el que le lleva la sagrada Eucaristía, pero al presentarle el cuerpo de Jesucristo, este Prelado cree necesario decirle si perdona á sus enemigos: «Sí, responde apresuradamente; «con todo mi corazon, con todo mi corazon;» y alzando los ojos al cielo vuelve á fijarlos en un Crucifijo que tiene en las manos. Su maestro de ceremonias lee en alta voz la profesion de fe marcada en el Pontifical, y cual si sacara nuevo vigor de su fe, mas con la accion que con la palabra manifiesta su adhesion, llevando una mano á los santos Evangelios y poniéndose otra al pecho, y por fin comulga de una manera angelical, arrancando lágrimas de profunda emocion á todos los presentes.

El otro dia á las ocho de la mañana, el Arzobispo de Corinto juzga no deber dilatar la aplicacion del Sacramento de los moribundos, en cuyo acto el Pontífice se asocia á cada una de las unciones con tiernísima piedad. Despues de recogerse una hora, dicta y firma un codicilo en el que consigna algunas mandas á favor de sus servidores, y encarga al propio Arzobispo la ejecucion de él y la de la cláusula contenida en su testamento relativa al modo y forma como deberá ser enterrado.

Libre ya de todo cuidado ajeno al negocio de su salvacion, solo piensa en ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Por medio de frecuentes aspiraciones manifiesta cuán impaciente está por unirse á Jesucristo; de vez en cuando reza los salmos *Miserere mei* y *De profundis clamavi*, y á menudo repite estos versículos del himno ambrosiano tan propios para perseverar confiando en Dios: *Te ergo quaesumus famulis tuis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.* «Rogámoste pues, Señor, que asistas á tus siervos, á los cuales redimiste «con tu preciosa sangre.» *In te, Domine, speravi, non confundar in aeternum.* «En tí esperé, ¡Dios mio! no sea yo confundido por una «eternidad.»

Sus preces son tan fervientes y continuas en el decurso del dia, que hay necesidad de rogarle modere su fervor por miedo de una recrudescencia en el mal. Con todo eso sus fuerzas se agotan, pero conserva la cabeza despejada y todo su conocimiento, de lo cual se aprovecha para tender afectuosamente una mano paternal á los servidores leales que rodean su lecho, y tomándoles las suyas se las aprieta tiernamente para expresar cuán reconocido se halla á su adhesion y á sus servicios.

Al mediar la noche, algunos síntomas sobrado ciertos anuncian así á él como á los asistentes la proximidad del trance. En seguida el Arzobispo pónese á rezar las oraciones de los agonizantes, y Pio VI deseando seguirle con ardorosa piedad y unirse á ella, con meditada intencion le hace ademan de que las formule con páusa, repitiendo interiormente cada palabra como saboreando su sentido verdadero. En el curso de estas oraciones el santo Pontífice rinde tranquilamente su alma en el seno de Dios, á la una y veinte y cinco minutos de la madrugada del dia 29 de agosto de 1799. Era su edad de ochenta y un años, ocho meses y dos dias.

Nunca fallecimiento de un pontífice romano produjo tan gran sensacion, y quizás ningun otro papa al dejar este suelo de destierro recibió mayores homenajes de sentimiento, amor y veneracion. En Italia, en España, en Alemania, aun en Francia y por doquiera, Pio VI fue bendecido y celebrado como un mártir, y hasta en San Petersburgo y en Lóndres resonó su elogio. Entre las sectas segregadas causó esta gloriosa muerte conversiones las mas patentes; la misma Ginebra hubo de conmoverse, y uno de sus hijos mas esclarecidos escribió estas palabras: «El católico romano podrá envane«cerse de la victoria memorable que su Jefe ha reportado sobre la «impiedad, y el cristiano de las demás comuniones podrá ver dónde «se halla la verdadera Iglesia, pues ese cúmulo de tribulaciones re«servadas á los solos pastores de la Iglesia romana le evidenciarán «que las religiones cuyos ministros no causan recelo alguno á los «apóstoles de la impiedad é incredulidad no son seguras, y que el «error, cuando el vicio fraterniza tan abiertamente con él, á nadie «debe seducir. Este será, así lo espero, el fruto de los atentados co«metidos contra el Papa durante su vida y despues de su muerte [1].»

Ya estaba inmolada la gran víctima; ya el oleaje de la impiedad, que hasta entonces siguiera desbordándose y dilatando sus estragos, habia llegado, como el océano, al límite marcado por el dedo de Dios: ya tambien preparábase el triunfo de la Iglesia mediante la eleccion prodigiosa de un nuevo pontífice, y la justificacion de la Providencia divina mediante el castigo de los culpables.

La Francia ha osado decir al Cordero dominador: *No queremos que reines sobre nosotros*, y los hombres se han saciado de la sangre de los Mártires; pero tambien la mano de Dios se descarga sobre la

[1] Véase Baldassari, pág. 557.

Francia y los perseguidores. Un vendaval horrible ha soplado, conmoviendo el país hasta sus cimientos: fundaciones, riquezas, ciudadanos, todo perece, y por espacio de diez años la historia del reino, antes cristianísimo y ahora rebelde á Jesucristo, se escribe con la punta de un puñal ensangrentado: nunca las generaciones contemplaron espectáculo mas lastimoso. Sin embargo, los grandes criminales que arrojaron á la Francia á tales excesos no logran evitar el golpe de la venganza divina que les amaga: el uno es devorado por los perros; el otro fallece miserable, y cási todos pierden su cabeza en el cadalso [1]. Collot-d'Herbois, el que á la ferocidad reunió la derision sacrílega, espanta á los mismos negros por la atrocidad de su muerte: ¡aviso á los perseguidores! Hé aquí un resúmen de ella: Este impío furibundo y exaltadísimo revolucionario era carne y uña con Robespierre á quien secundó en todas sus empresas abominables. Él fue el promovedor de los asesinatos de Lyon, cuando enviado allá en el año 1793 sacrificó por mano del verdugo, ó á tiros y á metrallazos, nada menos que mil seiscientas personas reas del solo delito de haber querido sacudir el yugo de la tiranía; pero no tardó mucho la ira de Dios en caer sobre él. Vacilando la Convencion en arrostrar la opinion pública abiertamente pronunciada contra este mónstruo, decretó su arresto en 2 de marzo de 1795 y luego su deportacion á Cayena, donde no solo era odiado de los blancos, sino de los negros, los cuales en su idioma le llamaban *verdugo de la Religion de los hombres.*

«En aquel destierro, segun refiere un testigo ocular, exclamaba «á veces: *¡Castigado estoy! ¡el abandono en que me hallo es un infier-«no!...* En esto le toma y devora una calentura inflamatoria, durante «la cual invoca á Dios y á la Vírgen santa. Un soldado, imbuido por «él en el ateismo, oyendo tales voces, le pregunta cómo llama á «aquellos de quienes pocos meses antes se burlaba.—*Amigo*, res-«ponde Collot, *entonces mi boca hacia la ley á mi corazon;* y volvia á «clamar: *¡Dios mio, Dios mio! ¿puedo todavía esperar perdon? En-«viadme un consolador; enviadme álguien que aparte mi vista del bra-«sero que me consume. ¡Oh Dios! ¡volvedme la paz!* Tan atroz era el

[1] Sesenta y tres fueron los presidentes de la Convencion nacional, y de ellos diez y seis murieron guillotinados, tres suicidados, ocho deportados, seis encarcelados á vida, cuatro locos ó dementes en Bicêtre, y únicamente dos se eximieron de toda especie de condena.

«espectáculo de sus últimos momentos, que fue necesario ponerle se-«parado; y mientras se buscaba un sacerdote, espiró el dia 7 de ju-«nio de 1797 con los ojos entreabiertos, los miembros contraidos, y «echando bocanadas de sangre y espumarajos. Los negros, apresu-«rados para ir á un baile, lo enterraron solo á medias, y su cadáver «fue pasto de los cerdos y de los cuervos!...»

Despues de justificada la Providencia, haciendo ver al mundo que ni los hombres ni los imperios, cualesquiera que sean, logran impunemente burlarse del Cordero dominador, y que cuantas veces el grito deicida de los judíos se repite en una nacion, una lluvia de castigos cae sobre ella, la destroza y convierte en padron de la eterna justicia; Dios consoló á la Iglesia, nuestra madre, dándole nuevos hijos en reemplazo de los que se hicieron indignos de sus beneficios.

Primeramente le devuelve, como por milagro, su Jefe visible. Cuando la impiedad creyó poder sentarse triunfante sobre un haz de cruces destrozadas, otro de sus representantes decia en tono de triunfo: «Guardad bien á vuestro Papa actual, cuidadle y embalsamad-«le despues de su muerte, porque os predigo y creed cierto que aca-«bado este no tendréis otro [1].» Para que se vea toda la ridiculez de tal profecía, obsérvese de qué manera subió Pio VII al trono pontificio.

Coge Dios del brazo al jóven general Bonaparte, vencedor de Italia, y lo conduce á los últimos confines del Oriente; al propio tiempo llama del fondo del Norte á los libertadores del Mediodía, y á su voz los rusos y los ingleses avanzan sobre Italia, desalojan de ella á los franceses, y dan tiempo á los dispersos cardenales de reunirse para elegir un nuevo pontífice; y á fin de que este grande acontecimiento tuviese el sello de una potestad sobrenatural, Dios elige al protector nato de la Iglesia griega para que se constituya defensor de la romana, ordenándole que cambie la faz de la Italia, que aleje todos los obstáculos y allane todos los caminos para la reunion de un nuevo conclave de una manera pacífica y regular, y que no ofrezca la menor apariencia ni pretexto de division. Venecia es la que tiene la dicha y la gloria de albergar al Sacro Colegio; júntanse en su re-

[1] Barruel en sus *Memorias para esclarecer la historia del Jacobinismo*, refiere que esta especie fue vertida por el apóstata Cerutti, entonces redactor de la *Feuille villageoise*, hablando con el secretario mismo del Nuncio apostólico en París.



cinto los miembros de él, y echados los votos queda proclamado Pio VII. Tiene ya, pues, la Iglesia otro jefe digno de reparar sus quebrantos y cerrar sus llagas, y queda de nuevo y para siempre afianzada la religion católica, no consintiendo la Providencia que la sucesion de los Pontífices romanos quede interrumpida, ó que una religion cismática desgarre el Catolicismo.

No era este el solo consuelo que el Hombre-Dios daba á su muy amada Esposa; pues al tiempo que una parte de la tribu santa la honraba con su constancia bajo el hacha de los verdugos, la otra la hacia conocer y respetar en los países donde reinaba la herejía. Cuarenta mil sacerdotes franceses lo abandonan todo antes que renunciar á la Religion: id, ilustres proscritos; nueva mision os comete el cielo, y vosotros seréis los instrumentos de un nuevo prodigio que va á confundir á la impiedad. Estos sacerdotes y pontífices, *gloriosos* confesores de la fe romana, se derraman por toda la haz de Europa, y el carácter de persecucion que llevan impreso, su saber, su celo, su caridad, su solo aspecto echa por tierra las añejas prevenciones que por tanto tiempo han dividido la grey de Jesucristo. Hablan, y conversiones innumerables siguen á sus discursos; el movimiento se propaga, y los príncipes, los sábios, los hombres de todas las clases vuelven al gremio de la Iglesia para convertirse en hijos llenos de respeto y cariño filial, que enjugarán á porfía el llanto de la Esposa de Jesucristo. Es cosa admirable que nunca como en aquel período abundaron tanto las conversiones en el seno de las iglesias segregadas; de manera que el terrible huracan de la revolucion francesa, el cual segun decir de los impíos debia aniquilar á la Iglesia, convirtióse insiguiendo los decretos de la Providencia en aura favorable que transportó á remotas regiones la semilla evangélica, la cual rindió sin cesar un beneficio de ciento por uno.

Mas todavía: la América estaba alargando sus brazos á la Iglesia romana, el Gobierno protestante de los Estados-Unidos pedia obispos, y las naciones mas lejanas de Oriente, estremeciéndose al nombre de Jesucristo, postrábanse de hinojos al pié de la cruz. Sí: al mismo tiempo que la impiedad victoriosa se esforzaba en apagar la antorcha evangélica con la sangre de sus sacerdotes, la Providencia hacia llevarla á un país nuevo donde aun no habia penetrado. Este país era la Corea.

Llámase Corea una península idólatra, cási igual en extension á

la Italia, colindante con la China y separada del Japon por un brazo de mar ancho de unas treinta leguas. Hé aquí cómo se introdujo en ella el Cristianismo: Llega á Pekin en 1784 un mancebo llamado Ly, hijo de un embajador del Rey de Corea. Aficionado este jóven á las matemáticas, se dirige á los misioneros europeos pidiéndoles libros y lecciones sobre esta ciencia, y los misioneros, aprovechando la coyuntura, se los prestan tambien sobre religion. La gracia obra en él, se convierte, y es bautizado con el nombre de *Pedro*. De regreso á su patria el nuevo discípulo de Jesucristo comunica á sus deudos y amigos los principios de la verdadera fe, les presta los libros que habia recibido, cuya lectura junto con las lecciones vivas del neófito atraen á muchos á la nocion del verdadero Dios. Á mas de los que él bautiza por su mano, por la de los catequistas que tambien instituye, entran en el gremio del Cristianismo personas de toda clase, cuyo número en el breve espacio de cinco años excede de cuatro mil.

La propagacion de la nueva doctrina no pudo ocultarse mucho tiempo á los ministros del Rey de Corea, los cuales decretaron varias capturas; pero la persecucion en todos lugares y en todos tiempos acrece infaliblemente el número y el fervor de los Cristianos: entre los presos habia dos hermanos llamados Pablo y Jaime, los cuales, preguntados por el gobernador, con noble sinceridad confesaron á Jesucristo. Pablo demostró la verdad de la Religion con tal evidencia, que los gentiles quedaron asombrados y los jueces furiosos. Habiendo escrito al Rey, dió órden de buscar con diligencia á todos los cristianos, reducirlos á prision, y no soltarlos hasta que renunciaran á su creencia, de palabra ó por escrito. Tocante á los dos hermanos dispuso fuesen llevados á su presencia, pues queria interrogarles él mismo. Á las varias preguntas que les dirigió, respondieron: «Profesamos la religion cristiana, porque hemos reconocido «su verdad, y sea cual fuere la voluntad de Dios, cristianos viviré-«mos y morirémos.»

Esta contestacion lacónica, pero enérgica, no fue del agrado del tribunad de la corte, y en consecuencia dispuso se torturase á los dos hermanos hasta que renunciaran á Jesucristo. Haciéndose mas tenaces con los tormentos, se procuró reducirles con halagos, y como todo fuese inútil, airado el juez decretó su muerte. Segun costumbre del país, el Rey debia confirmar este decreto, pero súpole

mal, conociendo el talento y las bellas cualidades de Pablo, y apreciando á su familia. Mandó, pues, en secreto algunas personas que hablaran á los presos haciéndoles ver su locura; mas como tampoco nada recabase, enojado á su vez confirmó la sentencia. Los generosos atletas conducidos al lugar del suplicio iban rodeados de una muchedumbre inmensa de gentiles y cristianos: Jaime, medio muerto por efecto de la tortura, articulando apenas los nombres de Jesús y de María; Pablo, erguido, alegre como quien se dirige á un festin delicioso y anunciando á Jesucristo con tal dignidad, que los cristianos y hasta los infieles quedaban penetrados de admiracion.

Aun al llegar al patíbulo se les pregunta si renuncian á su fe; pero siguiendo negativos, el oficial ejecutor manda á Pablo que él mismo lea la sentencia de su muerte, lo que hace el jóven tomando el papel y leyéndolo en alta voz. Poseido al mismo tiempo de una celeste alegría, reclina la cabeza sobre un gran tajo de madera, pronunciando repetidamente los dulces nombres de Jesús y María, y con la mayor impavidez hace señal al verdugo de que cumpla su cometido. El verdugo le decapita al igual que á Jaime, quien á pesar de su estado mortal tenia aun bastante fuerza para repetir los mismos nombres que su hermano.

Nueve dias permanecieron insepultos sus cuerpos, hasta que sus parientes y amigos, obtenida licencia para enterrarles, fueron por ellos, quedando asombrados de ver que no presentaban señal alguna de corrupcion, antes se conservaban frescos y flexibles cual si los hubieran decapitado aquel mismo dia. Aumentó su asombro cuando repararon que la sangre vertida sobre el tajo era tambien *líquida* y colorada como al salir de las venas. Allí fue entonces el declamar contra la injusticia de los jueces, y el proclamar la inocencia de ambos hermanos, y muchas personas movidas por el prodigio que tan patente veian se convirtieron á la fe, al paso que los cristianos bendecian al Señor.

La sangre de estos dos Mártires fue un semillero de nuevos cristianos, contra los cuales en el año 1800 se encendió una persecucion mas terrible que la primera, de la que fue víctima el único misionero que entonces habia en Corea. Quedaron sin embargo gran número de neófitos ardientes y piadosos, de los que algunos recientemente han pasado á la China para solicitar nuevos apóstoles, asegurando que la cosecha seria abundante; de cuyas resultas varios mi-

sioneros se han trasladado allá. ¡Quiera el cielo bendecir su abnegacion y el fervor de estos nuevos cristianos[1]!

No entra en el plan de este Catecismo seguir la historia de la Religion durante el siglo XIX; lo que sí haremos, será echar una rápida ojeada al período que media entre las dos fechas de 1799 y 1840. Esta reseña, por estilo de la que presentamos en la leccion XLVIII, al paso que demuestra la superabundancia de vida de la Iglesia romana en los dos supremos momentos en que sus enemigos pregonan su derrota, responde victoriosamente á sus gritos de muerte, y hace palpitar de fe, amor y esperanza todos los corazones católicos.

Veo á esta Iglesia, tras la muerte del Pontífice que en decir de la impiedad debia ser el último, renaciendo en cierto modo en la persona del glorioso Pió VII, elegido por milagro en Venecia; y luego pasada esta deshecha tormenta, que tambien en decir de sus enemigos debia borrar hasta su nombre, volver á Francia, pobre á la verdad en bienes de fortuna, pero rica en virtudes y brillante bajo los estigmas del martirio; con una mano lidiando firme y apoyada por la justicia contra el gigante que despues de hollar bajo sus piés tantas coronas de reyes, creyó poder ceñir su cabeza con la tiara de los pontífices; y con otra recogiendo una á una las piedras diseminadas del santuario, y no obstante la oposicion del poder temporal, no obstante los sarcasmos de la impiedad, reconstruir con ánimo infatigable los muros de la santa Jerusalen. Véola, tras diez años de lucha, libertada por su divino Esposo, armando en su defensa los hombres y los elementos, volviendo á tomar en triunfo el camino de la ciudad eterna, mientras su perseguidor destronado y cautivo iba á espirar en un peñon desierto en mitad del Océano.

Mírola despues cicatrizando sus heridas, llenando otra vez las filas de su milicia diezmada por la segur de la impiedad, oponiendo dulzura, caridad y oraciones á los ultrajes incesantes de sus enemigos; y luego, bendiciendo Dios sus lágrimas, contemplo las innumerables maravillas operadas á su voz como por encanto en todo el

[1] El número 93 de los *Anales de la Propagacion de la Fe* contiene el relato de otra persecucion que acaba de desplegarse en Corea, y los ejemplos de fe y entereza, dignos de los primeros cristianos, que han presentado los neófitos.



ámbito del suelo francés, 30,000 iglesias restauradas ó construidas; 10,000 escuelas y hospitales; 40,000 sacerdotes; 35,000 religiosos de uno y otro sexo, y la Órden mas austera de todas, la de la Trapa, numerosa como nunca; mas de dos millones de buenos libros dados á luz; una actividad nunca vista para todas las obras de misericordia espirituales y corporales... hé aquí el asombroso espectáculo que se ofrece á la vista de todos, y que sirviendo de consuelo á los fieles llena de desesperacion á los impíos.

No menos activa y fecunda aparece en otras partes: en Prusia y en Rusia está oponiendo á la herejía y al cisma colocado en el trono la intrepidez de sus Pontífices, arrancando un clamoreo de admiracion á sus perseguidores, en tanto que les hace soltar las armas de la mano: en la Gran Bretaña quebranta los hierros remachados hace tres siglos en los puños y en los piés de la fiel Irlanda, minando en Inglaterra el Protestantismo opresor, mientras allí arrebata á una herejía tenaz y restituye al aprisco dos millones de ovejas, erigiendo obispados hasta en la metrópoli del error, y edificando mas de 600 iglesias en los ensangrentados dominios de Enrique VIII y de Isabel.

Si de Europa llevo mi vista á otros puntos del globo, veo asimismo á esta Iglesia desplegar una pujanza y actividad sin ejemplo en la historia. Entre ella y el error, Briareo de cien bocas y cien brazos, hase trabado una lucha mas que nunca encarnizada y general, y en tiempos no lejanos el mundo entero, cual en los del Cristianismo naciente, será la recompensa del vencedor. ¿Qué parte de la tierra no ha visto ya á los misioneros casados del Anglicanismo, á los asalariados buhoneros de las sociedades bíblicas [1] anticipándose en todos lugares á conquistar para el error las nuevas poblaciones que los prodigios de la navegacion hacen brotar, por decirlo así, cada dia del seno de los mares? Es otra vez Simon Mago precediendo á Pedro en Roma.

Pero la Iglesia católica tampoco se duerme: miradla difundir á

[1] Cada misionero anglicano goza un estipendio de 24,000 reales, sin otros 4,000 para el regalo de su señora esposa, y 2,000 para cada uno de sus hijos menores; de suerte que si el dinero y las Biblias bastasen para convertir gentes, todo el mundo seria ahora protestante; pero véase ¡qué chasco! uno de estos pretendidos apóstoles confesaba no ha mucho que la mision anglicana de Macao, en el espacio de veinte años y despues de gastar cerca de 2.000,000 de reales, solo habia logrado convertir siete chinos, inclusos en el número los criados de la casa!!!

largas distancias el espíritu de fuego que bajó sobre ella en el Cenáculo, reduciéndose á indicar á sus misioneros los países lejanos que conviene sacar del error; y esos Ángeles de paz, llevados en alas de los vientos, vuelan á los cuatro ángulos del mundo, apóstoles hoy de la buena nueva y mañana mártires suyos. ¡Cosa admirable! si los diez y ocho siglos que nos preceden no ofrecieran constante repeticion del mismo fenómeno: cabalmente cuando la impiedad proclama en Europa el fin de esta Iglesia inmortal es cuando ella manifiesta mayor superabundancia de vida, y dilata su imperio hasta los últimos límites del universo. Cítese un solo punto del globo, una isla la mas perdida en la inmensidad del océano, que recientemente no haya sido visitada por algunos de los apóstoles de esta Iglesia! ¿En qué playas por apartadas y peligrosas que sean han temido publicar la grandeza de su doctrina y derramar por ella su sangre? Gracias al celo de estos héroes, desde los helados picos de la América septentrional hasta las ardientes llanuras que riega el Ganges, desde las islas oceánicas hasta la Corea, y desde el Tibet hasta el Cabo de Buena Esperanza, el árbol de vida plantado en la cima del Calvario extiende sus ramas tutelares y brinda á todas las tribus de la raza humana con sus frutos de inmortalidad.

¡Cosa todavía mas admirable! al siguiente dia de una revolucion veloz como el relámpago, terrible como el rayo, que en solas tres jornadas rompe una triple generacion de reyes, sepultando bajo ruinas sangrientas el antiguo solio de san Luis, considerado antes cual peana necesaria de la Iglesia; al dia siguiente, repito, el dia mismo de esa gran catástrofe, el celo del apostolado se reanima en la tribu santa con nuevo ardor; pues si desde 1815 á 1830 el seminario de Misiones extranjeras solo envió cuarenta y seis apóstoles á las naciones infieles, desde 1830 á 1839 envió setenta y seis, y asimismo la Órden de Lazaristas habiendo en el primer período despachado siete solamente, en el segundo expidió mas de cuarenta. Á fin de que ningun pueblo quede postergado, dos nuevas Órdenes se establecen para evangelizar á las naciones recien descubiertas, y la Oceania oriental y la Oceania occidental son el dilatado campo donde se ejerce el santo celo de las congregaciones de Picpus y de María.

Otra circunstancia media, cuya oportunidad, haciendo aun mas prodigioso este fervor apostólico, pone en descubierto la Providencia que sin cesar vela por la Iglesia: cuando en el año 1830 el Gobierno

francés suprimia los socorros y limosnas que los Reyes cristianísimos habian siempre concedido á las Misiones, de cuyas resultas tratábase ya de cerrar el Seminario, una asociacion enteramente francesa, la Sociedad de la Propagacion de la Fe, hasta entonces parecida al grano de mostaza, que es de todas las simientes la mas pequeña, toma de repente una crecida inexplicable, y empezando por los católicos de Francia, siguiendo los del antiguo mundo, llevados del espíritu apostólico juntan sus preces y sus limosnas para socorrer á las Misiones, y asegurar á la Iglesia el éxito del combate que en todos los puntos del globo se empeña entre el error y la verdad. La suma de sus ofrendas anuales sube rápidamente de algunos miles de francos á mas de cuatro millones: gracias á este maravilloso concurso de los hombres y de la Providencia las TREINTA Y OCHO Órdenes ó congregaciones francesas y extranjeras que se consagran á las misiones de ultramar pueden salir adelante en sus tareas; y no solo queda asegurado el porvenir de las cristiandades antiguas, sino que pueden fundarse otras nuevas, duplicarse los operarios evangélicos, edificarse iglesias y seminarios, rescatar fieles cautivos, y hacer, en fin, brillar el sol de la gracia doquiera que resplandece y esparce vida el sol de la naturaleza, de suerte que hoy dia la Iglesia posee fuera de Europa, en regiones donde apenas su nombre era conocido hace algunos años, ciento y veinte obispados con cinco millones de neófitos. Si á esta cifra añadimos las naciones católicas de mas antigua fecha en las cuatro partes del mundo, tendrémos en conjunto para el Catolicismo 800 obispados, sin contar los coadjutores, los sufragáneos y otros prelados, con mas de 150.000,000 de fieles.

No está muerta, pues, como dice la impiedad, esa Iglesia romana que aun impone su fe á tantos millares de inteligencias, y que cada dia engrandece su imperio con infatigables conquistas; pudiendo observarse que si el águila y la loba, imágenes sanguinarias de la Roma antigua, tuvieron que cejar ante una resistencia tenaz á orillas del Eufrates y del Danubio, la Roma nueva ha llevado sus pacíficos símbolos, la paloma y el cordero, hasta las márgenes del Ganges y el Mississipí, y aun más allá, en ignotas regiones y entre pueblos sin nombre.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia romana, que lo mismo ahora que en los dias de su infancia tiene en el corazon una caridad tan grande como el mundo, y en las venas sangre bastante para cir-

cular por toda la haz de la tierra, sangre generosa que, léjos de desvirtuarla, se convierte en fecunda semilla de nuevos cristianos.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuya palabra saca de la barbarie y llama al banquete de la civilizacion á las tribus mas degradadas de la especie humana, al propio tiempo que su mano poderosa edifica escuelas, conventos y hospitales en aquellas regiones idólatras donde los hijos son cosas semovientes, las mujeres esclavas y los pobres una casta impura.

No está muerta, en verdad, esa Iglesia cuyos resplandores constituyen toda la diferencia entre la civilizacion y la barbarie; echad sino una ojeada al globo : doquiera brilla la antorcha del Cristianismo, luz; doquiera no brilla, tinieblas; doquiera ha dejado de brillar, barbarie: así en materia de inteligencia la Oceania se halla bajo cero, el África reducida á la nada, y el Asia muerta; solo hay vida intelectual en Europa y en América, que es donde existe la humanidad cristiana. Esta geografía de la inteligencia no solo responde victoriosamente á los clamores de muerte de la impiedad, sino que por sí resuelve y resume todas las grandes cuestiones sobre religion, Iglesia, filosofía é historia, siendo cosa geográficamente demostrada que la inteligencia humana es la inteligencia cristiana, y la razon humana la razon cristiana; y si á la historia le preguntais de dónde salieron y de dónde proceden aun esos torrentes de maravillosa luz, os señalará sin vacilar los adorables collados de la ciudad eterna.

No está muerta, no, ó hombres alucinados, esa Iglesia, madre vuestra y mia, á quien debeis toda la vida intelectual y social que teneis, por mucha que sea. No ignoro que la disminucion de la fe, la apostasía de las naciones, de las familias y de los particulares, la rebelion siempre mas general contra la Iglesia, es un hecho lamentable que diariamente toma creces en el seno de Europa; pero ¿dirémos por esto, como algunos, que la palabra de la Iglesia católica es fria é inerme? ¿No veis que eso es acusaros á vosotros mismos? ¡La palabra de la Iglesia fria é inerme! — Y ¿cómo os consta? ¿la habeis oido? ¿la habeis experimentado? ¿la habeis estudiado? ¿obliga ella acaso á los ciegos á que vean y á los sordos á que oigan? Cuando hace tres siglos se la está insultando, calumniando, adulterando, ridiculizando, ¿es culpa suya si ya no la entendeis ni estimais? ¿Por qué deja de producir en vosotros los mismos efectos

que en tantas elevadas inteligencias y en tantos nobles corazones? ¿Estais seguros de que no sois vosotros los muertos sino ella? ¿Estais seguros de que no son vuestros ojos que están cegados, sino que la luz del sol se ha extinguido? Lo que yo sé es que, cuando el hombre llega á materializarse, el espíritu de Dios se retira, y la vida huye de él. Volved á leer ciertas páginas de cierta historia, la historia de los pueblos y de los hombres que hoy dia pregonan la muerte del Catolicismo; quizás halleis en ellas la explicacion de este misterio, y si eso no basta, pedidle al universo que aclare vuestras dudas, pedídselo á tantas naciones, á tantas cifras, á tantos hechos como acabo de reseñar.

Ya, pues, que en cualquier sociedad, la accion, la actividad y el influjo son signos irrecusables de vida, la Iglesia romana vive, y no, en verdad, con una vida local, como las humanas constituciones, sino universal, y de consiguiente divina. Considerad las grandes masas de creyentes recien convertidos en toda la superficie del globo; 400,000 negros, 200,000 salvajes americanos, 320,000 chinos, 450,000 anamitas, 800,000 indos, 500,000 maronitas, 200,000 colonos ingleses, 1.200,000 ciudadanos de los Estados-Unidos, y ante tales datos, negad, si podeis, la universalidad y el orígen divino de una Religion que avasalla todos los climas, todas las variedades de raza, todos los grados de desarrollo intelectual, todas las fases é instituciones sociales, siendo por ende ajena á esas condiciones de tiempo y lugar, accesorios siempre necesarios de toda creacion terrena [1].

¡Salve ahora, ó Iglesia inmortal! ¡Salve, horizonte magnífico que ante tí miro extenderse! ¡Salve, Madre adorada, que alumbraste mi cuna y protegerás mi sepulcro! El brazo potente del divino Esposo tan largo es ahora como siempre; cumpliráse, sí, tu mision benéfica, cual empezaste y seguiste cumpliéndola al través de reñidos combates; la corona de espinas, diadema incomunicable de la Esposa legítima del Dios del Calvario, realzará siempre tu frente virginal, y la antorcha divina que en tus manos fue colocada arderá siempre, lo creo de veras; y nunca, espero, dejará de resplandecer sobre mi patria. No, Dios mio; Vos no quitaréis la fe á la hija primogénita de vuestra Iglesia, á la que tan notoriamente criásteis y dísteis al mundo

[1] Véase *Anales de la Propagacion de la Fe*, n. 71, pág. 350 y sig.

para ser el consuelo, el brazo y la voz de su Madre [1]; á la que hoy mismo, á pesar de sus infidelidades, atrae hácia el Catolicismo á todas las naciones de la tierra, cual el sol arrebata en su movimiento á todos los astros del cielo; á la que por sus limosnas, por sus oraciones, por su sangre, es aun la primera en haceros conocer, amar y bendecir de pueblos los mas lejanos que yacen en las sombras de la muerte [2]. Y Vos, María, aliada poderosa de la Francia, Madre de misericordia, tampoco desmentiréis el solemne oráculo que para gloria vuestra y consuelo nuestro pronunció uno de los órganos mas autorizados de vuestro Hijo, diciendo que el *reino de Francia es el reino de María, y nunca perecerá; Regnum Galliae, regnum Mariae, nunquam peribit* [3]; y para la Francia, no perecer, es volver á ser católica.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme dejado leer esa hermosa historia de vuestra caridad para con el hombre: Dios amando á los hombres y amándoles siempre, únicamente ocupado en hacerles todo bien, tal es la sublime é interesante verdad que se halla escrita en cada página de la Religion. ¿Quién en vista de eso dejará de amaros? Porque si Vos tanto nos quisísteis, ¡oh Dios bueno! fue para granjearos nuestro amor, cual si no pudiérais ser feliz sin nosotros.

Reitero, pues, aquí por la ciento y quincuagésima vez el propósito de amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios.

[1] ¡Con qué, la Francia, ó sean los franceses católicos, son el *consuelo*, el *brazo*, la *voz* de la Iglesia!... Unido esto á lo que el infrascrito oyó predicar en aquella nacion, á saber: que «si el alma de la Iglesia está en Roma, el cora«zon de la misma está en Francia,» podria cási darnos á entender que la persuasion de los cristianísimos es que la fe *Romana* puede que llegue un dia á ser *francesa!*... ¡si volviesen á tener al Papa en Aviñon, qué cosasas no veríamos y oiríamos!!! *(Nota del Censor de la* LIBRERÍA RELIGIOSA).

[2] Fácilmente se comprenderá que no es, por desgracia, la Francia como nacion la que merece estos elogios, sino los católicos franceses.

[3] Benedicto XIV.

CATECISMO COMPENDIADO.

LECCION XXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN JUAN EL LIMOSNERO (CONTINUACION). — DEVOLUCION DE LA VERDADERA CRUZ. — SIGLO VII.

PREGUNTA. Sigue refiriéndome la vida de san Juan el Limosnero.

RESPUESTA. Tan fácilmente perdonaba las injurias como hacia limosna; cierta vez un senador, llamado Nicetas, quiso usurpar bienes de la Iglesia y de los pobres de Alejandría, y enojado por la oposicion del Santo, este, al volver á su casa, le envió á decir: «Hermano, el sol corre á su ocaso.» Nicetas le entendió, corrió á encontrarle, se arrodillaron, se abrazaron, oraron juntos, y la mayor armonía reinó entre ellos desde entonces.

P. ¿Cuál era la resignacion del santo Patriarca?

R. En una circunstancia que necesitaba de todos sus recursos, supo que habian naufragado tres naves propias de la Iglesia alejandrina, cargadas de trigo y géneros preciosos; pero recibió este golpe de la Providencia con toda la resignacion del santo Job, y como él fue recompensado.

P. ¿Cuál era su desprendimiento?

R. Moraba en una celdilla y dormia en una cama que solo tenia un mal cobertor de lana hecho jirones. Habiéndole comprado otro nuevo un rico caballero, solo á su pesar lo recibió; pero en toda la noche no pudo pegar los ojos, y á cada instante repetia: ¡Quién creyera que el humilde Juan se abriga con un cobertor del precio de treinta y seis piezas de plata! ¡Cuántos pobrecitos no tienen sino una

mala estera donde tenderse! Pero Dios sea loado; esta será la primera y la última vez que me sirvo de tal cobertor; y al llegar la mañana lo hizo vender.

P. ¿Dónde falleció san Juan?

R. En la isla de Chipre, muy anciano, dejando por toda fortuna una sola moneda que mandó entregar á los pobres.

P. ¿De qué modo castigó Dios á los persas que habian asolado á Jerusalen?

R. De la manera mas estupenda, dándoles Heraclio el golpe de muerte por medio de una gran victoria que sobre ellos reportó, despues de la cual el rey Cosroes, que habia tomado á Jerusalen y robado la verdadera cruz, fue asesinado por su propio hijo.

P. ¿Qué fue de la verdadera cruz?

R. Fue devuelta dentro de su mismo estuche sin abrir, sellada por el Patriarca de Jerusalen, y llevada en triunfo por la ciudad.

Oracion y propósito, pág. 14.

LECCION XXX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN SOFRONIO. — SEXTO CONCILIO GENERAL. — SAN WILLIBRODO. — SIGLOS VII Y VIII.

P. ¿Quién dió el golpe de gracia al imperio persa?

R. Mahoma, nacido en la Meca de Arabia, de oscuros padres, hombre que para satisfacer sus pasiones no vacilaba en cometer un delito; y al objeto de mejor avasallar á los árabes, idólatras en su mayoría, ideó darles una religion.

P. ¿Cuál es su religion?

R. La mahometana, extravagante mezcla de cristianismo, judaismo y gentilismo, la cual enseña que el hombre no es libre, autoriza los pecados mas nefandos, y promete á sus sectarios placeres sensuales por galardon.

P. ¿Qué resultados produjo esta religion?

R. El envilecimiento y la corrupcion, la servidumbre y la barbarie; al contrario de la religion cristiana que depuró las costumbres, abolió la esclavitud y civilizó á las naciones.

P. ¿De qué manera Mahoma estableció su religion?

R. Con el alfanje, diciendo á los hombres: cree ó muere; debiendo sus logros á la violencia y al amor de los placeres; al paso que los Apóstoles establecieron la religion cristiana echando un freno á todos los apetitos y dejándose inmolar.

P. ¿Tiene unidad la religion mahometana?

R. La cristiana la tiene, pero la de Mahoma se dividió en tantas sectas, que forma ahora mas de sesenta.

P. ¿Qué fin tuvo Mahoma?

R. Una mujer judía, curiosa de saber si era verdadero profeta como afirmaba, sirvióle un lomo de carnero con tósigo, y comiéndolo sin advertirlo, murió desastradamente.

P. Y el imperio de los persas ¿cómo acabó?

R. Omar, teniente de Mahoma, les declaró la guerra, y dando muerte á su último rey, acabó así con su imperio, de cuyas resultas todas las provincias heréticas de Oriente fueron sujetadas por los musulmanes.

P. ¿Qué otra calamidad afligia á la Iglesia?

R. La herejía de los Monotelitas que solo reconocian en Nuestro Señor una voluntad en sus dos naturalezas; pero fueron condenados en el sexto concilio general de Constantinopla, año 680.

P. ¿De qué manera consoló Dios á la Iglesia?

R. Por la vida angelical de un gran número de Santos que repararon los escándalos y excesos cometidos por la herejía, siendo uno de los mas insignes san Anastasio, solitario del monte Sinai.

P. ¿De qué manera subsanó Dios sus pérdidas?

R. Convirtiendo muchos y nuevos pueblos, cuales los frisones, los holandeses y parte de los daneses, á quienes evangelizó san Willibrodo, religioso benedictino inglés, enviado por el papa Sergio.

Oracion y propósito, pág. 24.



LECCION XXXI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN BONIFACIO. — MARTIRIO DE LOS RELIGIOSOS DE LERINS Y DE SAN ESTÉBAN, SOLITARIO. — SIGLO VIII.

P. ¿No hizo la Iglesia mas conquistas?

R. Sí, muchas y dilatadas: toda la Alemania se convirtió á la voz de san Bonifacio, benedictino de Inglaterra, encargado por el papa Gregorio II de predicar el Evangelio en todo el Norte de Europa.

P. ¿Qué hizo el Santo luego de recibida su mision?

R. Convirtió á los bávaros, el resto de los frisones y parte de los sajones, y para asegurar el fruto de sus trabajos erigió la célebre abadía de Fulda, semillero de Santos y grandes hombres que civilizaron á los alemanes despues de convertidos.

P. ¿Cómo murió san Bonifacio?

R. Consagrado arzobispo de Maguncia convirtió á un gran número de idólatras, y recibió de mano de los bárbaros la corona del martirio que hacia tiempo ambicionaba.

P. ¿Quién afligió por entonces á la Iglesia?

R. Aunque alegre por la conversion de los alemanes, fue lastimada por los sarracenos ó árabes que pasaron desde África á España y luego á Francia, llevándolo todo á sangre y fuego.

P. ¿Quién los puso á raya?

R. Cárlos Martel, soberano francés, derrotándolos en la sangrienta batalla de Poitiers; pero antes de esta invasion se habian cometido grandes desórdenes y necesitábanse víctimas para expiarlos.

P. ¿Qué víctimas fueron estas?

R. Muchos santos obispos y religiosos que vivian entonces, y particularmente los gloriosos Mártires cuya sangre corrió bajo el alfanje morisco, entre otros los religiosos de Luxeuil en el Franco Condado y los de Lerins.

P. ¿Qué mas hubo de sufrir la Iglesia en este siglo?

R. La impiedad de los Iconoclastas ó destructores de imágenes; verdaderos herejes que tomando á idolatría el culto prestado á las imágenes de Nuestro Señor, de la Vírgen y de los Santos, se empeñaron en destruirlas.

P. ¿Quién fue autor de esta herejía?

R. El emperador Leon el Isáurico, que la sostuvo con fuerza de armas, y su hijo Constantino que pereció miserablemente, herido por la mano de Dios.

Oracion y propósito, pág. 35.

LECCION XXXII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—SAN JUAN DAMASCENO.—SÉPTIMO CONCILIO GENERAL.—SAN ANSCARIO.—SAN EULOGIO.—SAN METODIO.—SIGLOS VIII Y IX.

P. ¿Quién fue el principal defensor de las santas imágenes?

R. San Juan, nativo de Damasco, donde le educó con grande esmero un religioso rescatado por su padre de los sarracenos.

P. ¿Qué hizo despues de fallecido su padre?

R. Promovido al gobierno de Damasco, temió perderse en medio del fausto y la riqueza y se retiró á la laura de San Sabas cerca de Jerusalen, en cuyo lugar escribió contra la herejía de los Iconoclastas, que fue condenada en el concilio séptimo general de Nicea, año 787.

P. ¿Cómo castigó Dios á los emperadores de Constantinopla?

R. Quitándoles el imperio de Occidente y dándoselo á Carlomagno, quien hizo reflorecer las ciencias y la Religion, y dispuso la conversion de los sajones.

P. ¿Qué otra siguió á esta?

R. La de los daneses y suecos, por la cual quedaron reparadas las pérdidas que el Mahometismo y la herejía irrogaban á la Iglesia.

P. ¿Quién fue su apóstol?

R. San Anscario, religioso benedictino de la abadía de Corbie.

P. ¿No hubo Mártires en esta época?

R. Húbolos numerosos en España, donde los árabes pretendian acabar con la fe; siendo otro de los mas ilustres san Eulogio.

P. ¿Quién era?

R. Un santo sacerdote lleno de fe y de saber, el cual habiendo aconsejado á una jóven cristiana, hija de padres infieles, que hu-

yese de la casa paterna para no exponer su fe, recibió la muerte de mano de los árabes, y cuatro dias despues fue tambien martirizada la doncella.

P. ¿Fructificó esta sangre?

R. Fue un semillero de cristianos, pues en breve abrazó el Cristianismo la nacion de los búlgaros, cuyo rey, aterrado á vista de una pintura del juicio final, pidió el Bautismo y se convirtió en agente fervoroso.

Oracion y propósito, pág. 45.

LECCION XXXIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — OCTAVO CONCILIO GENERAL. — CONVERSION DE LOS RUSOS Y LOS NORMANDOS. — ORÍGEN DE LA ABADÍA DE CLUNY. — SIGLOS IX Y X.

P. ¿Qué es lo que afligió á la Iglesia á últimos del siglo IX?

R. El cisma de Focio, hombre potente y orgulloso, que hizo deponer á san Ignacio patriarca de Constantinopla, y se apoderó de su silla, no obstante ser un simple lego.

P. ¿Qué hizo el Sumo Pontífice?

R. Reunió en Constantinopla el octavo concilio general, por el que Focio fue condenado y san Ignacio reconocido cual pastor legítimo; y si bien el órden se restableció, quedó en ciertos ánimos un gérmen hostil que mas adelante ocasionó el cisma de los griegos.

P. ¿De qué manera fue consolada la Iglesia?

R. Por la conversion de los rusos, pueblo bárbaro que acababa de asomar en el Norte de Europa. Habiendo ido á convertirles un santo obispo, los rusos le pidieron un milagro.

P. ¿Cuál era este milagro?

R. Quisieron arrojase á una hoguera, encendida por ellos, el libro de los Evangelios, prometiendo hacerse cristianos si no se quemaba; y en efecto, realizado el milagro, se bautizaron.

P. ¿Qué pueblo se convirtió en el siglo X?

R. Los normandos, bárbaros del Norte que devastaban la Europa hacia mas de un siglo.

P. ¿Quién les predicó la fe?

R. El principal fue un arzobispo de Ruan en Francia, convirtiendo á su jefe Rollon, el cual despues de bautizado cooperó con celo á convertir á sus vasallos.

P. ¿Qué nuevo enemigo tuvo la Iglesia que vencer?

R. El escándalo introducido entre los Católicos y aun en los monasterios; pero Dios suscitó grandes Santos que hicieron reflorecer la virtud.

P. ¿Cuál fue el mas eminente?

R. San Odon, abad de Cluny, célebre abadía de la Órden benedictina cerca de Macon, estableciendo una perfecta regularidad en esta casa, de donde procedió la feliz reforma, merced á la cual las Órdenes monásticas recobraron su prístina santidad.

Oracion y propósito, pág. 55.

LECCION XXXIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN GERARDO. — SAN ODON. — SANTA ADELAIDA. — CONVERSION DE LOS POLACOS. — SIGLO X.

P. ¿Quién fué siguiendo la reforma de costumbres?

R. San Gerardo en la Bélgica. Era este un jóven caballero que volviendo de caza se detuvo á orar en una ermita y resolvió allí dejar el mundo.

P. ¿Á dónde se retiró?

R. Á la abadía de San Dionisio, cerca de París, donde se ordenó, recibiendo la mision de restablecer la disciplina en Bélgica.

P. ¿Quién reformó la Inglaterra?

R. San Odon, y luego san Dunstan, ambos arzobispos de Cantorbery, que vieron coronados sus esfuerzos con brillante éxito, triunfando doquiera la Religion á pesar de las artimañas del demonio.

P. Demuéstralo mejor.

R. Mientras la virtud reflorecia entre el Clero y en los monasterios, san Wenceslao, duque de Bohemia, san Eduardo, rey de Inglaterra, santa Matilde, reina de Germania, y santa Adelaida, em-

peratriz, reformaban con su ejemplo los pueblos que de ellos dependian.

P. ¿Qué nuevos triunfos reportó la Iglesia?

R. La conversion de los vascos, pueblo rayano de España y Francia, y de los polacos, atraidos á la fe por una de sus princesas.

P. ¿De qué otra manera fue consolada?

R. Por las extraordinarias virtudes de san Pablo de Latre, célebre anacoreta de Oriente, el cual durante su prolongada vida expió las iniquidades del mundo con austeridades dignas de los mas afamados solitarios.

Oracion y propósito, pág. 64.

LECCION XXXV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN BRUNON. — SAN GUILLERMO. — SAN PEDRO DAMIAN. — SAN GREGORIO VII. — SIGLO XI.

P. ¿Qué reformadores tuvo la Alemania?

R. San Brunon y san Guillermo; el primero hermano del emperador Oton y arzobispo de Maguncia, el cual restableciendo el amor á la ciencia y la práctica de la virtud, consoló á la Iglesia cuanto los anteriores escándalos la habian afligido; y el segundo abad de Hirsauga que hizo reflorecer la piedad en la abadía de este nombre y reformó mas de cien monasterios.

P. ¿Quiénes fueron los primeros reformadores del Clero?

R. Los Papas; y así debia de ser, como establecidos por Nuestro Señor, no solo para que velasen sobre los fieles, sino sobre los pastores.

P. ¿Quién les ayudó?

R. San Pedro Damian, que de humilde pastor de cerdos ascendió á célebre profesor y eminente santo, habiéndose retirado á una ermita donde ejerció las mayores austeridades de penitencia.

P. ¿Qué hicieron los Pontífices?

R. Le sacaron de su oscuridad promoviéndole á obispo y cardenal, en cuya calidad consagró toda su vida á la reforma del Clero, teniendo el consuelo de ver coronados de éxito sus trabajos.

P. ¿Cuál era la principal causa de los escándalos en aquel tiempo?

R. Las investiduras, esto es, el derecho que los príncipes temporales se arrogaban de conferir dignidades eclesiásticas sin participacion de la autoridad de la Iglesia.

P. ¿Quién se opuso con mas ahinco á tamaño abuso?

R. El gran papa san Gregorio VII, el cual por su entereza emancipó á la Iglesia de los poderes temporales que la deshonraban, dándole ministros poco dignos; y tal es la gratitud que merece por este hecho, cuyo resultado fue salvar con la Iglesia la sociedad, que los mismos Protestantes le tributan sus homenajes.

Oracion y propósito, pág. 78.

LECCION XXXVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — FUNDACION DEL GRAN SAN BERNARDO. — ORÍGEN DE LOS CAMALDULENSES. — LANFRANCO, ARZOBISPO DE CANTORBERY. — SIGLO XI.

P. ¿Cuáles fueron los principales Santos de este siglo?

R. Además de los ya referidos, san Enrique, emperador de Alemania, san Estéban, rey de Hungría, y su hijo san Emérico, y san Olao, rey de Noruega, los cuales patentizando los efectos de la reforma de costumbres, prueban que la Iglesia rebosó siempre vida y lozanía.

P. ¿Qué otra cosa lo prueba?

R. La institucion de los religiosos del gran San Bernardo.

P. ¿Á quién se debe?

R. Á san Bernardo de Menthon, el cual labró en la cima de los Alpes un hospicio para albergar á los caminantes que atraviesan aquella sierra peligrosa, y es el que aun se llama hospicio del gran San Bernardo.

P. ¿Cuáles son las ocupaciones de sus religiosos?

R. Socorrer á los viajeros, buscarles en la nieve, trasladarles y albergarles en el convento prodigándoles toda clase de auxilios. La vida que hacen es muy austera, y regularmente viven poco á causa del aire vivo que reina en aquellas montañas.

P. ¿Qué otra institucion nació por el mismo tiempo?

R. La de los Camaldulenses, con objeto de dar grandes ejemplos de virtud y expiar los pecados del mundo, fundada por san Ro-

mualdo, caballero italiano cuya juventud no fue muy regular, pero movido de Dios se convirtió é hizo una vida asperísima en el desierto.

P. ¿Qué efectos produjo su santidad?

R. Atraerle, como discípulos, algunos príncipes y caballeros y otros sujetos.

P. ¿Cómo viven los Camaldulenses?

R. Del trabajo de sus manos, practicando ayunos, silencio, oracion y todas las virtudes de los antiguos solitarios. Ha dado á la Iglesia gran número de Santos y personajes ilustres, entre otros al último papa Gregorio XVI.

P. ¿Qué aflicciones tuvo la Iglesia durante este siglo?

R. La herejía de Berengario arcediano de Angers, que osó negar la presencia real de Nuestro Señor en el santísimo Sacramento, aunque le confundió el célebre Lanfranco, arzobispo de Cantorbery; 2.° el cisma de Miguel Cerulario patriarca de Constantinopla, fomentando las semillas de division sembradas por Focio, y 3.° las persecuciones de los árabes contra los cristianos de Egipto y Palestina.

Oracion y propósito, pág. 88.

LECCION XXXVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — CONVERSION DE LOS HÚNGAROS. — TREGUA DE DIOS. — ORÍGEN DE LOS CARTUJOS. — *SIGLO* XI (CONTINUACION).

P. ¿De qué modo consoló Dios á la Iglesia en el siglo XI?

R. Por medio de la conversion de los húngaros, pueblo bárbaro y cruelísimo que habia asolado la Alemania, la Italia y otros varios países.

P. ¿Cómo se efectuó?

R. Bautizado uno de sus reyes, indujo á sus vasallos á imitarle, y crió para la religion á su hijo Estéban, que llegó á ser un gran santo y el apóstol de la Hungría.

P. ¿Qué otro consuelo se dió á la Iglesia?

R. El de la creacion de la tregua de Dios, por la cual se vedaba todo combate desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes

de cada semana; paz tanto mas necesaria, en cuanto los Cristianos habian de organizar una cruzada contra los sarracenos.

P. ¿Qué son las Cruzadas?

R. Unas guerras emprendidas por los Cristianos para eximir la Tierra Santa del yugo de los infieles, é impedir que estos invadieran el resto del mundo volviéndole al estado de la barbarie.

P. ¿Quién fue el primer apóstol de las Cruzadas?

R. Un santo ermitaño llamado Pedro, de la diócesis de Amiens, comisionado por el Sumo Pontífice para recorrer la Europa y decidir á los reyes y señores á tomar las armas contra los sarracenos.

P. ¿Cómo se llamaron los que tomaban parte en la expedicion?

R. *Cruzados*, porque llevaban una cruz roja al hombro como distintivo. Tomaron á Jerusalen, eligiendo por rey á Godofredo de Bouillon, y cuéntanse seis cruzadas principales.

P. ¿Qué ventajas produjeron?

R. 1.° Endulzar la suerte de los cristianos esclavos; 2.° impedir que los infieles se posesionaran de Europa, dándole lo que han dado en todas partes, servidumbre, corrupcion y barbarie, y 3.° desarrollar las artes y ciencias.

P. ¿Qué Órden religiosa se fundó en aquel tiempo?

R. La de los Cartujos, suscitada por Dios al objeto de expiar los pecados del mundo y granjear victoria á sus hermanos.

P. ¿Quién la fundó?

R. San Bruno, canciller de la iglesia de Reims, el cual habiéndose retirado á la diócesis de Grenoble en un horrible desierto, llamado la Cartuja, llevó allí una vida de ángel con sus compañeros, hasta que falleció en 1101.

Oracion y propósito, pág. 99 y 100.

LECCION XXXVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — FUNDACION DE LA ÓRDEN DE LOS ANTONIANOS, DE LOS CABALLEROS DE SAN JUAN Y DE LOS LAZARISTAS. — SAN BERNARDO. — SIGLOS XI Y XII.

P. ¿Qué era la Órden de san Antonio de Viennois?

R. Un instituto destinado á curar las víctimas del llamado *fuego*

de san Antonio; enfermedad desconocida y terrible que asoló la Europa durante los siglos XI, XII y XIII.

P. ¿Cuál era el de los caballeros de san Juan de Jerusalen?

R. Cuidar enfermos en los hospitales y debelar infieles en el campo de batalla. Hacian los votos de pobreza, castidad y obediencia, y juraban nunca contar el número de los enemigos.

P. ¿Eran los únicos que hacian esto?

R. Tambien los Lazaristas asistian á los enfermos y combatian en el campo; pero su objeto principal era cuidar á los leprosos.

P. ¿Quién debia ser gran maestre de la Órden?

R. Un leproso, al objeto de que los enfermos fueran mejor asistidos: caridad admirable que recuerda la de Nuestro Señor, el cual para mejor compadecer nuestros males quiso ser hombre y débil como nosotros.

P. ¿Qué Santo fue suscitado para endulzar los males espirituales de los cristianos?

R. San Bernardo, que extirpó los escándalos, confundió las herejías y consoló á la Iglesia. Oriundo del castillo de Fontaine, cerca de Dijon, á los veinte y tres años ingresó en la Órden del Cister, junto con sus hermanos y treinta mancebos nobles que atrajo á Jesucristo.

P. ¿Qué hizo en el Cister?

R. En breve fue el modelo de la comunidad, excitándose á la virtud por medio de esta pregunta: *Bernardo, ¿á qué viniste?* De cuyas resultas á pesar de ser muy jóven fue enviado con otros doce religiosos á fundar la abadía de Claraval.

P. ¿Dónde está Claraval?

R. En la diócesis de Langres. Era un receptáculo de ladrones; pero Bernardo se situó allí, edificó celdas, y en poco tiempo logró reunir quinientos religiosos animados de ferviente devocion.

P. ¿En qué virtudes descollaba este Santo?

R. En su apacibilidad con los demás, su aspereza consigo, y su devocion á María santísima. Falleció en Claraval, de sesenta y tres años, el 20 de agosto de 1153.

Oracion y propósito, pág. 114.

LECCION XXXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. —FUNDACION DE LAS ÓRDENES CONTEMPLATIVAS.—ORÍGEN DE LOS CABALLEROS TEUTÓNICOS Y DE LA RELIGION TRINITARIA.—SIGLO XII (CONTINUACION).

P. ¿Qué correctivo puso Dios á los escándalos del siglo XII?

R. La fundacion de nuevas Órdenes contemplativas, el ejemplo de Santos eminentes y la conversion de una gran provincia del Norte, llamada Pomerania.

P. ¿De qué manera defendió á la Iglesia?

R. Por medio de las Órdenes religiosas militares; los caballeros teutónicos al Norte, los sanjuanistas de Jerusalen, y los de san Lázaro al Este, y al Mediodía los de Santiago de la Espada, de Calatrava, de Alcántara y de Avis.

P. ¿Qué voto hacian estos últimos?

R. El de sostener la Inmaculada Concepcion de María santísima. Durante muchos siglos fueron el baluarte de la cristiandad y el terror de los musulmanes, los cuales, á pesar de su arrojo, hacian bastantes cautivos.

P. ¿Quién socorrió y redimió á estos cautivos?

R. La Órden trinitaria, fundada por san Juan de Mata, religioso francés, á quien Dios hizo conocer su vocacion por un milagro el dia que celebraba su primera misa.

P. ¿Qué milagro fue este?

R. En el instante de alzar la hostia consagrada, vió en lo alto del altar un Ángel en figura de mancebo vestido de blanco con una cruz azul y roja en el pecho, teniendo las manos puestas sobre dos cautivos. Para conocer la voluntad de Dios fue enviado á Roma por el Obispo de París.

P. ¿Qué decidió el Santo Padre?

R. Primeramente mandó ayunar y orar, y celebrando él mismo los santos misterios, reprodújose el milagro, de cuyas resultas encargó á san Juan la planteacion de una Órden religiosa consagrada á rescatar cautivos del poder de los infieles.

P. ¿Cómo se arregló el Santo?

R. Volvióse á Francia, edificó un monasterio, recogió limosnas,

y habiendo enviado á África dos religiosos para rescatar cautivos, pasó tambien él allá y redimió muchísimos por su mano.

Oracion y propósito, pág. 124.

LECCION XL.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—FUNDACION DE LA ÓRDEN DEL ESPÍRITU SANTO.—CONCILIO LATERANENSE.—CONVERSION DE LOS RUGIENSES.—SIGLOS XII Y XIII.

P. ¿Qué otras Órdenes hospitalarias hubo en el siglo XII?

R. Las del Espíritu Santo, de Albrac, y de los hermanos Pontoneros.

P. ¿Qué objeto tenia la del Espíritu Santo?

R. Socorrer á los enfermos. El hospital mas famoso de esta Órden está en Roma, donde se albergan miles de enfermos y niños expósitos.

P. ¿Qué hay junto al monasterio?

R. Un pequeño torno siempre abierto para recibir al expósito; estando severamente prohibido informarse de quién lo expone y hasta seguirle con la vista cuando se aleja.

P. ¿Cuál era el objeto de la Órden de Albrac?

R. Fundada en el Mediodía de Francia, servia para socorrer á los peregrinos enfermos, teniendo religiosos para cuidarles, *caballeros* para escoltarles y defenderles contra los salteadores, y *religiosas* para lavarles los piés y la ropa, hacer las camas, etc.

P. ¿Qué instituto tenian los hermanoso Pontoneros?

R. Construir puentes sobre los rios, pasar á los viandantes en barcas siempre aparejadas, y albergarles, alimentarles y conducirles por su camino.

P. ¿Qué herejías aparecieron en el siglo XII?

R. La de los Valdenses entre otras, nacida en Lyon. Decia que nada se podia poseer, y que todos los Cristianos eran sacerdotes.

P. ¿En qué concilio fue condenada?

R. En el undécimo general Lateranense; y como su aparente santidad alucinaba al pueblo, Dios suscitó de entre el mismo pueblo verdaderos Santos, para mostrarle de qué parte estaba la Iglesia;

siendo otros de ellos san Isidro, patron de los campesinos, y san Drogon, abogado de los pastores.

P. ¿Qué se nota en el siglo XIII?

R. Que el infierno atacó á la Iglesia con furia inaudita; pero Dios salió en defensa de la Iglesia.

P. ¿De qué manera?

R. Suscitando grandes Santos, dando orígen á muchas Órdenes religiosas, entre otras las cuatro mendicantes, de los Carmelitas, Franciscanos, Dominicos y Agustinos, llamados mendicantes por vivir de limosna.

Oracion y propósito, pág. 136.

LECCION XLI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—FUNDACION DE LAS CUATRO ÓRDENES MENDICANTES, CARMELITAS, FRANCISCANOS, DOMINICOS Y AGUSTINOS.—SANTO TOMÁS.—SIGLO XIII (CONTINUACION).

P. ¿Qué eran los Carmelitas?

R. Una Órden consagrada al púlpito, al estudio y á la oracion; tomó orígen en Oriente, y de allí vino al Occidente para socorrer á la Iglesia á principios del siglo XIII, mientras Dios suscitaba á la Iglesia otro defensor.

P. ¿Quién fue?

R. San Francisco de Asis, fundador de los Franciscanos, natural de Italia, donde repartió sus bienes á los pobres, empobreciéndose él mismo, y planteó la nueva Órden para predicar á las gentes por medio del ejemplo, de la palabra y de las tres grandes virtudes del Cristianismo: la abnegacion, la mortificacion y la humildad.

P. ¿Qué nombres se dan á los religiosos Franciscanos?

R. El de *Minoritas* ó frailes menores, por humildad; el de *Recoletos,* á causa de su vida secreta y recogida; el de *Cordeleros*, por el cordon que traen ceñido, y el de *Capuchinos,* por la forma particular de su hábito.

P. ¿Quiénes eran los Dominicos?

R. Los Dominicos, llamados tambien *Predicadores*, eran una Órden fundada por santo Domingo, al objeto de predicar el Evangelio, convertir á los herejes y anunciar la Religion á los infieles.

P. ¿Dónde nació santo Domingo?

R. En España, de ilustre familia, y habiendo pasado á Francia combatió á los Albigenses, y estableció el santo Rosario.

P. ¿Cuál era la cuarta Órden mendicante?

R. La de los Agustinos, llamada así porque de varias congregaciones reunidas se formó un todo bajo la regla de san Agustin.

P. ¿Quién era santo Tomás?

R. Un varon eminentísimo, enviado de Dios para defender la verdad, natural de Italia, donde entró en la Órden dominicana, siendo en breve por su reputacion de saber y santidad objeto de la admiracion general. Enseñó mucho tiempo teología en París, compuso grandes obras de teología y piedad, entre estas el oficio del santísimo Sacramento, y falleció de cuarenta y ocho años.

Oracion y propósito, pág. 147.

LECCION XLII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—SAN LUIS.—SAN FERNANDO.—CONCILIOS GENERALES DE LETRAN Y DE LYON.—ÓRDEN DE LA MERCED.—SIGLO XIII (CONTINUACION).

P. ¿Quién era san Luis?

R. San Luis, rey de Francia, era hijo de Luis VIII; nació el año de 1221 siendo bautizado en *Poissy*, de cuyo lugar fechaba siempre sus firmas, mostrando hacer mas gala del título de cristiano que del de rey de Francia. Cuando niño, su madre la reina Blanca le repetia con frecuencia estas hermosas palabras: «Hijo mio, te amo «entrañablemente, pero mas quisiera verte morir á mis piés, que «verte caer en pecado mortal.» Luis se aprovechó tan bien de la leccion, que durante toda su vida conservó la inocencia del Bautismo.

P. ¿Qué hizo cuando rey?

R. Se aplicó á fomentar la Religion y la dicha de sus súbditos, dando por su parte ejemplo de todas las virtudes, atajó los progresos de la herejía y proscribió de su reino el escándalo.

P. ¿Qué mas hizo?

R. Siguiendo con empeño la guerra santa contra los infieles, pasó al Oriente donde fue hecho prisionero, y habiendo despues partido para África murió cerca de Tunez como rey verdaderamente cristiano, dejando á su hijo instrucciones las mas saludables.

P. ¿Quién fue san Fernando?

R. Uno de los reyes de Castilla y Leon en España, el cual á semejanza de san Luis defendió á la Iglesia, rechazó á los infieles, y edificó al mundo entero.

P. ¿De qué otra manera fue consolada la Iglesia?

R. Por la conversion de la Livonia, de la Cumania y parte de la Prusia, observándose que siempre que ha perdido por un lado, ha ganado por otro.

P. ¿Qué concilios generales hubo en el siglo XIII?

R. El cuarto Lateranense y el primero y segundo de Lyon, en los que la Iglesia confirmó los beneficios realizados por las Órdenes monásticas y los Santos arriba dichos, y procuró atraer los griegos á la unidad.

P. ¿Cuál fue la Órden de Nuestra Señora de la Merced?

R. Una fundada exclusivamente para redimir cristianos cautivos, haciendo sus religiosos voto de ponerse en lugar de ellos en caso necesario. Fundáronla san Pedro Nolasco, san Raimundo de Peñafort y el rey D. Jaime de Aragon.

Oracion y propósito, pág. 157.

LECCION XLIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — FUNDACION DE LOS HERMANOS CELITAS Y DE LA ÓRDEN DE SANTA BRÍGIDA. — SIGLO XIV.

P. ¿Cómo fue atacada y defendida la Iglesia en el siglo XIV?

R. Fue atacada por distintas herejías y un cisma de cuarenta años, y defendida y consolada por nuevas Órdenes religiosas, Santos, Mártires, y la conversion de varios pueblos.

P. ¿Cuáles fueron las Órdenes señaladas?

R. Entre otras la de los hermanos Celitas, del *sepulcro* ó *sepultureros* para asistir enfermos, enterrar los muertos, celebrar por ellos funerales, y rezar cada dia el oficio de difuntos.



P. ¿Qué voto particular hacian?

R. El de no abandonar por ningun motivo la cabecera de los apestados; acreditando con esto la caridad y santidad de la verdadera Iglesia, porque los herejes jamás hicieron cosa semejante.

P. ¿Qué Órden era la de santa Brígida?

R. Otra dirigida á atraer sobre el mundo cristiano la especial proteccion de María santísima, y su poderoso auxilio contra las herejías. Establecióla santa Brígida, infanta de Suecia, cuyas revelaciones pueden piadosamente creerse.

P. ¿Cuáles fueron los otros defensores de la Iglesia en este siglo?

R. Los grandes Santos que Dios suscitó para que acreditaran con el esplendor de sus virtudes la santidad de la Iglesia católica, señaladamente san Elzear y su esposa santa Delfina.

P. ¿Quién era san Elzear?

R. Un conde de Arrian, pio, modesto, de afable trato, valeroso en la guerra, y padre de los pobres y de sus criados. Imitábale en estas virtudes su esposa Delfina, y así vivieron largos años en la union mas perfecta y en la práctica de todas las virtudes.

Oración y propósito, pág. 166.

LECCION XLIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — CONCILIO GENERAL DE VIENNE. — SANTA ISABEL. — SAN JUAN NEPOMUCENO. — CONVERSION DE PARTE DE LA TARTARIA, Y DE LA LITUANIA. — SIGLO XIV (CONTINUACION).

P. ¿Qué concilio general se tuvo en este siglo?

R. El de Vienne en el Delfinado, que fue el décimoquinto ecuménico, en el cual la Iglesia mostró su desvelo por la sociedad, condenando á los herejes que la turbaban, reformando las costumbres y estimulando las ciencias, al paso que hacia brillar la santidad en el trono en la persona de santa Isabel.

P. ¿Qué Santa era esta?

R. Una reina de Portugal, modelo de piedad, de caridad hácia los pobres, y de suavidad tan angelical que tuvo la dicha de domeñar el corazon de su marido y volverle á Dios.

P. ¿Qué vida llevó, muerto ya su esposo?

R. Resplandeció en virtudes tan heróicas que fue un testimonio vivo de la santidad de la Iglesia católica; prescindiendo de los muchos Mártires que aun dieron á esta testimonio mas esplendente.

P. ¿Qué Mártires?

R. Tres jóvenes caballeros lituanios, llamados Antonio, Juan y Eustaquio, criados en la idolatría pero convertidos despues, los cuales prefirieron la muerte á comer manjares vedados en dia de abstinencia.

P. ¿No hubo aun otro Mártir mas célebre?

R. Sí por cierto, san Juan Nepomuceno, canónigo de Praga, mártir del secreto de la confesion.

P. ¿La sangre de los Mártires produjo nuevos cristianos?

R. Produjo la conversion de parte de la Tartaria y de la China septentrional, de la Bulgaria y de la Lituania, consolando á la Iglesia de las pérdidas que le irrogaron la herejía y el gran cisma de Occidente.

Oracion y propósito, pág. 176.

LECCION XLV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — CONCILIO DE CONSTANZA. — SAN VICENTE FERRER. — ORÍGEN DE LA ÓRDEN DE LOS POBRES VOLUNTARIOS. — SIGLO XV.

P. ¿Qué principales enemigos tuvo la Iglesia en este siglo?

R. Tuvo en primer lugar á Wiclef, Juan Hus y Jerónimo de Praga, quienes difundieron errores peligrosísimos, atacaban la autoridad de la Iglesia, los Sacramentos y las prácticas mas santas, y en segundo lugar el gran cisma de Occidente que continuaba.

P. ¿Qué defensores le dió el Señor?

R. El Clero de Inglaterra, los Padres del concilio de Constanza, y sobre todos san Vicente Ferrer.

P. ¿Quién era san Vicente?

R. Un religioso dominico, español, tan santo y elocuente que el Sumo Pontífice le nombró predicador apostólico. En el espacio de

cuarenta años recorrió la España, la Francia, el Piamonte, la Alemania y la Inglaterra, y poniendo en conmocion la Europa convirtió un número incalculable de judíos, árabes, herejes y pecadores.

P. ¿Cómo se puso fin al gran cisma de Occidente?

R. Con el concílio de Constanza, celebrado el año 1414; el cual por razones muy convincentes suprimió tambien la comunion bajo ambas especies.

P. ¿Qué otros auxilios recibió la Iglesia?

R. El de treinta y siete nuevas Órdenes ó congregaciones religiosas, destinadas á oponer verdaderas virtudes á las falsas de los herejes; y tal fue en particular el objeto de la Órden de Pobres voluntarios.

P. ¿Qué hacian los Pobres voluntarios?

R. Renunciaban á sus bienes, cuidaban á los enfermos, trabajaban con ahinco, y sin cobrar salario preferian depender de la Providencia y vivir de limosna.

P. ¿Quiénes eran los Penitentes negros de la misericordia?

R. Una cofradía de piadosos cristianos que consolaban á los reos de muerte, y les ayudaban á bien morir. Primeramente se estableció en Roma, pero luego tuvo sucursales en diferentes lugares de la cristiandad.

Oracion y propósito, pág. 187.

LECCION XLVI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — ORÍGEN DE LOS MÍNIMOS. — CONCILIO DE FLORENCIA. — DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. — SIGLO XV (CONTINUACION).

P. San Francisco de Paula ¿quién era?

R. Uno de los grandes consoladores de la Iglesia en el siglo XV. Italiano de orígen, se retiró á la soledad haciendo vida muy penitente y fundó la Órden de los Mínimos.

P. ¿Cuál era el objeto de ella?

R. Avivar la caridad cási extinguida en el corazon de muchos cristianos, y reparar la violacion escandalosa de las leyes del ayuno

y la abstinencia, por cuya razon los Mínimos hacian voto de var una cuaresma perpétua.

P. ¿Dónde murió san Francisco?

R. En Francia, á donde habia pasado por encargo del Papa al objeto de asistir al rey Luis XI que espiró entre sus brazos. Sus milagros y ejemplos y los de sus discípulos consolaron á la Iglesia ayudándola á sobrellevar nuevas tribulaciones.

P. ¿Qué tribulaciones?

R. La ruina del imperio griego y las conquistas de los musulmanes, cuyo sultan Mahometo II se apoderó de Constantinopla, avasalló toda la Grecia y quiso posesionarse de otras provincias, pues habia jurado exterminar á los Cristianos.

P. ¿De qué manera socorrió Dios á la Iglesia?

R. Mediante el esfuerzo de los caballeros de Malta que vencieron á Mahometo, el cual murió poco tiempo despues.

P. ¿Cómo la indemnizó?

R. 1.° Por la conversion de la Samogitia, que llevó á cabo Jagellon rey de Polonia; 2.° por la predicacion evangélica en el interior de África y en las islas Canarias; 3.° por el descubrimiento de América donde la fe hizo luego rápidos progresos.

Oracion y propósito, pág. 198.

LECCION XLVII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—LUCHA ENTRE LA IGLESIA ROMANA Y EL PROTESTANTISMO.—SIGLO XVI.

P. ¿Qué carácter tomó la guerra contra la Iglesia en el siglo XVI?

R. El mas terrible, siendo sus caudillos Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII.

P. ¿Quién fue Lutero?

R. Un religioso agustino, aleman, que violó sus tres votos de pobreza, obediencia y castidad, apostató, se casó con una monja, y se puso á declamar contra la Iglesia católica.

P. ¿En qué términos escribia al Papa antes de ser condenado?



R. Diciendo que aceptaria su fallo como un oráculo salido de la boca de Jesucristo; mas apenas Leon X hubo condenado sus errores, desatóse en injurias contra él y contra los Obispos y teólogos católicos, presumiendo ser él mas sábio que todo el orbe cristiano; siguió predicando el error, y despues de llevar la vida mas escandalosa, murió al salir de un banquete, donde, segun costumbre, se habia hartado de manjares y de vino.

P. ¿Quién era Zuinglio?

R. Un cura párroco de Nuestra Señora de las Ermitas en Suiza, el cual predicó en Zurich los errores de Lutero, autorizó toda clase de desórdenes, osó casarse públicamente, y murió de mala muerte en un combate que sus secuaces perdieron, aunque les habia augurado la victoria.

P. ¿Quién era Calvino?

R. Un eclesiástico de Noyon, si bien no llegó á ser ordenado sacerdote; adoptó los errores de Lutero, añadiendo á ellos los propios; fijóse en Ginebra donde mandó quemar á Miguel Servet, que se atrevió á contradecirle, y murió al fin de un mal vergonzoso.

P. ¿Quién fue Enrique VIII?

R. Uno de los soberanos de Inglaterra, hombre de pasiones fogosas, el cual no pudiendo lograr del Papa que anulase su legítimo matrimonio, se declaró jefe de la religion en Inglaterra, y arrastró á su pueblo al cisma, y despues á la herejía.

P. ¿Es una verdadera religion el Protestantismo predicado por estos hombres?

R. Ni es verdadera, ni es religion: 1.° por haberla establecido cuatro grandes libertinos; 2.° por haber nacido del amor de los honores, de los bienes ajenos y de los placeres sensuales, tres cosas prohibidas en el Evangelio; 3.° porque permite creer todo lo que se quiere, y hacer todo lo que se cree; 4.° porque ha producido infinitos males, hasta conducir al mundo á la impiedad y la indiferencia, orígen de todas las revoluciones y demasías.

P. ¿Qué se deduce de esto?

R. Que hemos de rogar por los que tienen la desgracia de seguir el Protestantismo, recelar de los que lo pregonan, y abominar los libros que lo propagan.

Oracion y propósito, pág. 212.

LECCION XLVIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—ORÍGEN DE LOS HERMANOS DE SAN JUAN DE DIOS Y DE LOS JESUITAS.—SAN FRANCISCO JAVIER.—SIGLO XVI (CONTINUACION).

P. ¿Cómo sinceró Dios á la Iglesia de los cargos que los Protestantes le dirigian?

R. Haciendo que produjese obras palmarias de caridad y santidad, por las que demostró ser siempre la verdadera Esposa de Jesucristo.

P. ¿Qué obras fueron estas?

R. Principalmente la fundacion de varias Órdenes religiosas para socorro de los enfermos y enseñanza de la juventud, y las misiones, que dieron al cielo porcion de Mártires.

P. Cítame alguna de estas Órdenes.

R. En primer lugar la de san Juan de Dios, así llamada de su fundador que nació en Portugal el año 1495, siendo al principio militar y habiendo perdido el temor de Dios, pero convertido, se consagró al servicio de los enfermos. Estos religiosos hacen voto especial de cuidar á los dementes.

P. Cita otra.

R. La de los Jesuitas, fundada por san Ignacio, caballero español, herido en el sitio de Pamplona el año mismo en que Lutero empezó á predicar la herejía, y, convertido por la lectura de buenos libros, se consagró al Señor, pasó á París, y fundó la Órden llamada *Compañía de Jesús*, con el doble objeto de instruir á la juventud y convertir á los herejes é infieles. Por esto sus miembros hacen voto de ir en mision á cualquier punto que el Papa quiera enviarles.

P. ¿Quién fue el gran misionero de este siglo?

R. San Francisco Javier, español de nacion, noble y de talento, profesor de filosofía en París cuando allá estuvo san Ignacio, el cual le convirtió, repitiéndole la frase del Salvador: *¿Qué aprovecha al hombre ganar el universo, y perder su alma?*

P. ¿Qué hizo Javier?

R. Se hizo discípulo de san Ignacio, y llevó la fe á las Indias, precisamente cuando la perdian la Alemania, la Inglaterra y parte de la Francia.

P. ¿Qué frutos recogió san Francisco?

R. Convirtió inmenso número de infieles en las Indias y en el Japon, pero falleció cuando iba á penetrar en la China el año 1552, á los cuarenta y seis de edad, siendo su cuerpo trasladado á la ciudad de Goa, donde subsiste incorrupto.

Oracion y propósito, pág. 225 y 226.

LECCION XLIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — CONCILIO DE TRENTO. — SAN CÁRLOS BORROMEO. — SANTA TERESA. — URSULINAS. — POBRES DE LA MADRE DE DIOS. — FIN DEL SIGLO XVI.

P. ¿Á qué fin se reunió el concilio de Trento?

R. Para condenar las herejías protestantes y reformar las costumbres de los Católicos. Fue el décimoctavo y postrero de los generales; y sus sábios decretos fueron en varias naciones planteados por grandes Santos á quienes Dios suscitó, entre otros san Cárlos Borromeo.

P. ¿Qué Santo era Cárlos Borromeo?

R. El gran restaurador de la disciplina eclesiástica y el modelo de la caridad, de la cual dió señaladas pruebas en la peste de Milan, cuyo arzobispo fue; y mientras él avivaba la virtud entre el Clero, santa Teresa la restablecia en los monasterios.

P. ¿Quién era santa Teresa?

R. La reformadora de la Órden carmelitana. Nació en España; recibió educacion piadosa, si bien corriendo riesgo de perderse á causa de la lectura de novelas y de tener una mala compañera; pero herida de la gracia se hizo religiosa, llevando una vida angelical y reanimando el fervor en antiguos monasterios al paso que fundaba otros nuevos.

P. ¿Qué congregacion es la de las Ursulinas?

R. La que fundó la bienaventurada Ángela de Brescia, para llamar los pecadores á la virtud, enseñar á los ignorantes, y difundir por el mundo el buen olor de Jesucristo.

P. ¿Y la de los Pobres de la Madre de Dios?



R. Otra que tiene por objeto especial instruir á los niños en la Religion y en las humanidades, fundada por san José de Calasanz, el primero que abrió escuelas públicas y gratuitas para los pobres.

P. ¿Quién dió orígen á la congregacion de Nuestra Señora y Enseñanza?

R. El bienaventurado Pedro Fournier, cura de Mattaincourt, en Lorena; cuya Órden, dirigida principalmente á la enseñanza de niñas pobres, sigue aun prestando grandes servicios á la Iglesia, lo mismo que todas las creadas entonces para aliviar miserias corporales.

P. Cítame algunas.

R. 1.° La de los hermanos *Enfermeros* para cuidar á los pobres en los hospitales; 2.° las religiosas *Somascas*, que socorren á todos los menesterosos; y 3.° los hermanos *Agonizantes* fundados por san Camilo de Lelis, para procurar á los pobres enfermos la gracia de una buena muerte.

Oracion y propósito, pág. 244 y 245.

LECCION L.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — SAN FRANCISCO DE SALES. — MISIONES DE AMÉRICA Y DE LEVANTE. — SAN VICENTE DE PAUL. — SIGLO XVII.

P. ¿Cómo castigó Dios á las naciones que habian abandonado la fe?

R. Con terribles calamidades, al paso que consoló á la Iglesia dándole un gran Santo que debia avivar la piedad en el mundo, cual lo habian hecho san Cárlos entre el Clero y santa Teresa en el claustro.

P. ¿Quién fue este gran Santo?

R. San Francisco de Sales, obispo de Ginebra, oriundo de Saboya, de noble familia, habiendo mostrado desde su infancia una piedad y una pureza de costumbres que le atrajeron la proteccion especial de María santísima, y con el tiempo convirtió mas de sesenta mil herejes.

P. ¿Qué Órden fundó?

R. Fundó, de acuerdo con santa Juana de Chantal, la Órden de la Visitacion, en la cual se conserva aquel espíritu de fervor, dulzura y caridad, que distinguió al Santo mas amable de estos últimos tiempos.

P. ¿Qué otros consuelos dió el Señor á la Iglesia?

R. Los ejemplos de san Vicente de Paul y las conquistas de los misioneros, parte de los cuales formaron en América las *Reducciones del Paraguay*, donde se vió resplandecer toda la inocencia de los primeros cristianos; y los demás convirtieron grandes provincias en Oriente.

P. ¿Dónde nació san Vicente de Paul?

R. En Gascuña, y fue pastor de reses en su infancia, pero Dios le sacó de la oscuridad llamándole al sacerdocio.

P. ¿Qué le sucedió despues de ordenado?

R. Fue cautivado por los turcos, que le llevaron á Tunez; pero habiendo convertido á su dueño, se vino con él, y socorrió en Francia á toda clase de menesterosos, fundando una congregacion para socorrerles en vida y en muerte, que es la de las buenas *Hermanas de san Vicente de Paul.*

P. ¿No dió orígen á otra congregacion?

R. Sí por cierto, la de los misioneros *Lazaristas*, con objeto de prestar socorros espirituales á los míseros campesinos, y si conviene predicar á los infieles. Con su caridad mantuvo varias provincias asoladas por el hambre y la guerra, haciendo él solo mas bien que no han soñado todos los filósofos reunidos.

Oracion y propósito, pág. 260 y 261.

LECCION LI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.—MÁRTIRES DEL JAPON.—ÓRDENES DE LA TRAPA Y DEL REFUGIO.—SIGLO XVII (CONTINUACION).

P. ¿Tuvo Mártires la Iglesia en este siglo?

R. Muchos, señaladamente los del Japon, donde san Francisco Javier y sus sucesores convirtieron á cási todo el pueblo.

P. ¿En qué época se desplegó la persecucion?

R. Su mayor período fue en el año 1622; pero el ardor de los Cristianos en el martirio fue admirable.

P. Cítame algunos ejemplos.

R. Una mujer vendió su ceñidor para comprar el poste en que debia ser atada y quemada; y simples criaturas de cinco y de cuatro años admiraron á los verdugos por su constancia.

P. ¿Qué herejía atacó por entonces á la Iglesia?

R. La de Jansenio, obispo de Iprés, el cual sostuvo, en cierta obra, que el hombre no era libre, y que no podia observar algunos de los mandamientos de Dios.

P. ¿Cómo fue defendida?

R. Defendiéronla contra los Jansenistas, entre los cuales descollaban Arnaud, Nicole y Quesnel, dos ilustres prelados franceses, Bossuet y Fenelon. Al mismo tiempo, para expiar los ultrajes que á las buenas costumbres inferian los pecadores escandalosos, Dios hizo surgir una nueva congregacion.

P. ¿Qué congregacion?

R. La de la Trapa, fundada por Armando de Rancé, jóven eclesiástico. Mientras la vida de los Trapenses, mas angélica que humana, expiaba los delitos de la tierra, Dios abria un asilo á las pecadoras arrepentidas.

P. ¿Qué asilo fue este?

R. La Órden de Nuestra Señora del Refugio, no solo para doncellas y mujeres pecadoras, sino tambien para jóvenes virtuosas, alternando estas con aquellas para que no se abochornasen.

P. ¿Qué otras fundaciones consolaron á la Iglesia?

R. La de la Adoracion perpétua al objeto de desagraviar á su divina Majestad en el santísimo Sacramento, la de las Hermanas de Nevers consagrada á la instruccion de la infancia y al alivio de las miserias corporales, etc., etc.

Oracion y propósito, pág. 278.

LECCION LII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — HERMANDAD DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS Y ÓRDEN DEL SANTO REDENTOR. — MISIONES EN CHINA Y EN AMÉRICA. — SIGLO XVIII.

P. ¿De qué manera fue atacada la Iglesia en este siglo?

R. Por el libertinaje, el Jansenismo y los filósofos.

P. ¿Cómo acudió Dios en socorro de la fe?

R. Haciendo nacer doctores egregios que refutaron á los apóstoles del error, y varias congregaciones religiosas para enseñanza de la juventud, entre otras la hermandad de Escuelas cristianas.

P. ¿Quién la fundó?

R. El abate de La Salle, canónigo de Reims, basándola en reglas harto superiores á los planes que suelen formar los hombres de mundo para educar á la juventud; cuya congregacion contribuyó mucho á conservar la fe entre el vulgo. En el propio siglo formóse otra en Italia para la defensa y propagacion de la verdad.

P. ¿Cuál era?

R. La del santísimo Redentor, creada por san Alfonso María de Ligorio, obispo de Santa Águeda en Nápoles, á quien Dios suscitó para defender la verdad contra los impíos, y oponer un dique al Jansenismo que conculcaba los verdaderos principios de la moral, y enervaba la piedad alejando de los Sacramentos.

P. Y los impíos ¿hacian tambien conquistas?

R. Sobradas por desgracia, particularmente en Francia; en cambio unos misioneros franceses indemnizaban á la Iglesia convirtiendo en China muchísimas personas, entre ellas una rama de la familia imperial, la que mostró en la persecucion la entereza de los primitivos cristianos.

P. ¿Qué mas conquistas hizo la fe?

R. Las de convertir y civilizar á diferentes naciones salvajes de América, una de tantas los ilineses.

P. ¿Cuál era el carácter de estos salvajes antes de su conversion?

R. El de la barbarie mas repugnante, pues se comian á los prisioneros despues de asarles á fuego lento, arrancarles las uñas, mu-

tilarles dedos y orejas, etc.; pero una vez convertidos tornáronse afables, hospitalarios y muy piadosos.

Oracion y propósito, pág. 290 y 291.

LECCION LIII.

CONTINUACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — DIFERENTES APOLOGISTAS DE LA RELIGION. — MADAMA LUISA DE FRANCIA. — SIGLO XVIII (CONTINUACION).

P. ¿Gozó en paz la Iglesia de sus conquistas?

R. No por cierto, pues la atacaron los impíos conocidos con el nombre de filósofos, los cuales desarrollando los malos principios de Lutero y Calvino, negaron las verdades mas canonizadas y los mas sagrados deberes.

P. ¿Qué mas hicieron?

R. Organizaron una liga contra la Religion, esforzándose á ponerla en contradiccion con las ciencias, aunque no lo consiguieron, siendo sus corifeos Voltaire y Rousseau.

P. ¿Qué vida llevó Voltaire?

R. La mas indigna, no solo de un cristiano, sino de un hombre honrado. Apenas salió del colegio fue echado de la casa paterna y encarcelado; estafó á un librero, arruinó á otro villanamente, y entregóse á toda la perversidad de su corazon y á su saña contra la Religion, hasta que falleció en 1778.

P. ¿Cuál fue su muerte?

R. La mas desesperada. Á menudo repetia con furor estas palabras: *Estoy dejado de la mano de Dios y de los hombres;* y habiendo pedido un confesor, sus compinches no lo dejaron llegar.

P. ¿Qué especie de hombre era Rousseau?

R. Un ginebrino no menos libertino, rapaz en su infancia, protestante renegado y luego renegado católico, habiendo vivido por espacio de veinte y cinco años entregado á un público desenfreno.

P. ¿De qué suerte murió?

R. De una manera digna de su vida, envenenándose y levantándose despues la tapa de los sesos.

P. ¿Quiénes refutaron á Voltaire y Rousseau?

R. Refutáronles palmariamente Bergier, Nonnotte, Bullet, Guénée y otros paladines de la verdad; al paso que la Providencia oponia á los desafueros del Filosofismo grandes víctimas de expiacion.

P. ¿Cuál fue la principal?

R. Madama Luisa de Francia, hija de Luis XV, la cual en la flor de su edad dejó el palacio de Versalles por el convento de Carmelitas de San Dionisio, donde vivió practicando la oracion, el ayuno y toda clase de maceraciones.

Oracion y propósito, pág. 306.

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — EL CLERO DE FRANCIA. — MÁRTIRES DE LA REVOLUCION. — MISION DE LA COREA. — FIN DEL SIGLO XVIII.

P. ¿Qué aflicciones tuvo la Iglesia á fines del siglo XVIII?

R. Tuvo el cisma, la persecucion y el escándalo. La impiedad triunfante quiso organizar una iglesia á su manera, y redactó una acta cismática, llamada *Constitucion civil del Clero*, exigiendo que todos los sacerdotes se sujetasen á ella con juramento.

P. ¿Qué hizo despues?

R. Dió órden de inmolar á los sacerdotes y prelados que se habian mantenido fieles, entre ellos el santo Arzobispo de Arles, y el venerable abate Fenelon, padre de los huérfanos. Los que no eran llevados al cadalso, sucumbian en hediondos calabozos, ó eran tratados á pan y agua, lastimados y atropellados, y, por fin de cuenta, deportados.

P. ¿Qué mas hacia la impiedad?

R. Habíaselas con el mismo Dios, colocando sobre los altares públicas pecadoras, á las que ofrecia incienso y rendia homenaje.

P. ¿Quedó satisfecha con esto?

R. No lo quedó hasta apoderarse en su ciego frenesí del santo padre Pio VI, el cual á la edad de ochenta años fue llevado de cárcel en cárcel, hasta parar en Valence del Delfinado, donde falleció á consecuencia de las tropelías padecidas.

P. ¿De qué manera vengó Dios á su Iglesia?

R. Lloviendo sobre la Francia infinitos y tremendos males, y dando á los perseguidores una muerte terrible, cual á los antiguos tiranos, espirando muchos en la guillotina, otros devorados de perros ó comidos de gusanos.

P. ¿Qué consuelos tuvo la Iglesia?

R. Tuvo en primer lugar la eleccion milagrosa de un nuevo Pontífice, cuya energía salvó la barquilla de san Pedro en medio de la deshecha tormenta que la agitaba; 2.° la conversion de gran número de protestantes, y 3.° la rápida propagacion de la fe en América y en la Corea.

Oracion y propósito, pág. 345.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEXTO.

PARTE TERCERA.

LECCION XXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO VII).

LECCION XXX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VII Y VIII).

LECCION XXXI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO VIII).

LECCION XXXII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VIII Y IX).

LECCION XXXIX.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XII).

LECCION XL.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS XI Y XII).

LECCION XLI.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIII).

LECCION XLII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIII).

LECCION XLIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIV).

LECCION XLIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XIV, CONTINUACION).



LECCION LII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII).

LECCION LIII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XV

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLO XVIII).

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEXTO.









